CONINGSBY

BENJAMIN DISRAELI

Coningsby

Benjamin Disraeli

Coningsby

CONINGSBY

BENJAMIN DISRAELI

ÍNDICE GENERAL

Nota del Editor

Dedicatoria a Henry Hope

Prefacio

LIBRO I

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

LIBRO II

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

LIBRO III

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

LIBRO IV

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

LIBRO V

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

LIBRO VI

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

LIBRO VII

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

LIBRO VIII

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

LIBRO IX

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

NOTA DEL EDITOR

Como novelista, Benjamin Disraeli pertenece a principios del siglo XIX. *Vivian Grey* (1826-27) y *Sybil* (1845) marcan el inicio y el final de su período verdaderamente creativo; pues las dos producciones de sus últimos años, *Lothair* (1870) y *Endymion* (1880), no añaden nada a las características de sus volúmenes anteriores, salvo los cambios de sentimiento y poder que acompañan a la vejez. Su período, por tanto, es el de Bulwer, Dickens y Thackeray, y el de los últimos años de Sir Walter Scott —un hecho que su prominencia como estadista durante la última década de su vida, así como la popularidad de *Lothair* y *Endymion*, ha tendido a oscurecer. Su estilo, su

materia y sus puntos de vista sobre el carácter y la vida ingleses datan todos de aquella época temprana. Nació en 1804 y murió en 1881.

Coningsby; or, The New Generation (*Coningsby, o la Nueva Generación*), publicada en 1844, es la mejor de sus novelas, no como historia, sino como estudio de hombres, costumbres y principios. La trama es ligera —poco más que un recurso para ensartar esbozos de carácter y declaraciones de opiniones políticas y económicas—; pero estos son siempre interesantes y a menudo brillantes. El motivo que subyace al libro es político. En resumen, es un intento de mostrar que la salvación política de Inglaterra debía buscarse en su aristocracia, pero que esta aristocracia era moralmente débil y socialmente ineficaz, y que debía enmendar sus costumbres antes de que pudiera cumplir su deber para con el Estado. El interés por este aspecto del libro ha desaparecido en gran medida, por supuesto, con las condiciones políticas que reflejaba. Como cuadro de la vida aristocrática en Inglaterra en la primera parte del siglo XIX, tiene, sin embargo, un significado y un encanto duraderos. Disraeli no se encuentra entre los grandes escritores de ficción realista inglesa, pero en este campo especial ninguno de ellos lo ha superado. Desde este punto de vista, en consecuencia, *Coningsby* se incluye apropiadamente en esta serie.

A HENRY HOPE

No es porque esta obra fuera concebida y parcialmente ejecutada entre las claras arboledas y las galerías de DEEPDENE por lo que la he inscrito con su nombre. Ni tampoco solo porque deseara aprovecharme del más gracioso privilegio de un autor, y dedicar mi obra al amigo cuyos talentos siempre he apreciado, y cuyas virtudes siempre he admirado.

Sino porque en estas páginas he procurado plasmar algo de ese desarrollo de la mente nueva y, como creo, mejor de Inglaterra, que ha sido a menudo objeto de nuestra conversación y especulación.

En este volumen encontrará muchas ideas ilustradas y muchos principios que se intenta establecer, que a menudo hemos discutido y examinado juntos parcialmente.

Sin duda, puede encontrar algunas opiniones con las que no esté de acuerdo, y algunas conclusiones cuya exactitud pueda tener motivos para cuestionar. Pero si en general he logrado mi objetivo, de esparcir algunas sugerencias que puedan tender a elevar el tono de la vida pública, determinar el verdadero carácter de los partidos políticos e inducirnos en el futuro a distinguir más cuidadosamente entre hechos y frases, realidades y fantasmas, creo que ganaré su simpatía, pues encontraré un reflejo de esos esfuerzos en

su propio espíritu generoso y su mente ilustrada.

GROSVENOR GATE: 1 de mayo de 1844.

PREFACIO

CONINGSBY se publicó en el año 1844. El propósito principal de su autor era vindicar los justos derechos del partido **Tory** (*partido conservador tradicional*) para ser la confederación política popular del país; un propósito que había perseguido, más o menos, desde una edad muy temprana. La ocasión era favorable para el intento. La mente juvenil de Inglaterra acababa de recuperarse de la embriaguez del gran triunfo **Conservador** de 1841, y comenzaba a preguntarse qué, después de todo, habían conquistado para preservar. Era oportuno, por tanto, mostrar que el **Toryism** (*toryismo / doctrina conservadora tradicional*) no era una frase, sino un hecho; y que nuestras instituciones políticas eran la encarnación de nuestras necesidades populares. Esto el escritor procuró hacerlo sin prejuicios, y tratar los acontecimientos y personajes de los que tenía cierta experiencia personal, no del todo sin la imparcialidad del futuro.

No era originalmente la intención del escritor adoptar la forma de ficción como instrumento para esparcir sus sugerencias, pero, tras reflexionar, resolvió valerse de un método que, en el temple de los tiempos, ofrecía la mejor oportunidad de influir en la opinión.

Al considerar el esquema **Tory**, el autor reconoció en la IGLESIA al agente más poderoso en el desarrollo previo de Inglaterra, y el medio más eficaz de esa renovación del espíritu nacional a la que apuntaba. La Iglesia es una corporación sagrada para la promulgación y el mantenimiento en Europa de ciertos principios asiáticos, que, aunque locales en su nacimiento, son de origen divino, y de aplicación universal y eterna.

Al afirmar el carácter primordial de la política eclesiástica y la majestad del principio teocrático, se hizo necesario remontarse al origen de la Iglesia cristiana, y afrontar con un espíritu digno de una época crítica y comparativamente ilustrada, la posición de los descendientes de esa raza que fueron los fundadores del cristianismo. Los judíos modernos habían sufrido durante mucho tiempo la odiosidad y el estigma de la malevolencia medieval. En la (Edad Oscura, cuando la historia era desconocida, las pasiones de las sociedades, sin ser perturbadas por la experiencia tradicional, eran fuertes, y sus convicciones, sin mitigar por la crítica, eran necesariamente fanáticas. Los judíos eran considerados en la Edad Media como una raza maldita, enemigos de Dios y de los hombres, enemigos especiales del cristianismo. Nadie en aquellos días se detenía a reflexionar

que el cristianismo fue fundado por los judíos; que su Divino Autor, en su capacidad humana, era descendiente del Rey David; que sus doctrinas eran abiertamente la culminación, no el cambio, del judaísmo; que los Apóstoles y los Evangelistas, cuyos nombres los hombres invocaban a diario, y cuyos volúmenes abrazaban con reverencia, eran todos judíos; que el trono infalible de la propia Roma fue establecido por un judío; y que un judío fue el fundador de las Iglesias cristianas de Asia.

Las naciones europeas, relativamente hablando, solo se habían convertido recientemente a la creencia en Moisés y en Cristo; y, por así decirlo, aún avergonzadas de las deidades salvajes que habían abandonado, pensaban que expiaban su idolatría pasada desahogando su venganza sobre una raza a la que, y solo a la que, debían el Evangelio que adoraban.

Al vindicar el derecho soberano de la Iglesia de Cristo a ser la perpetua regeneradora del hombre, el escritor pensó que había llegado el momento de intentar hacer justicia a la raza que había fundado el cristianismo.

El escritor ha desarrollado en otra obra (*Tancred*) los puntos de vista respecto a la gran casa de Israel que primero insinuó en *Coningsby*. Nadie ha intentado refutarlos, ni la refutación es posible; puesto que todo lo que ha hecho es examinar ciertos hechos en cuya verdad todos están de acuerdo, y extraer de ellos conclusiones irresistibles que el prejuicio por un momento puede rehuir, pero que la razón no puede negarse a admitir.

D.

GROSVENOR GATE: mayo de 1894.

LIBRO I

CAPÍTULO I

Era una brillante mañana de mayo, unos doce años atrás, cuando un joven de tierna edad —pues ciertamente no había superado los doce años por más de dos— fue conducido a la sala de espera de una casa en las cercanías de St. James's Square, la cual, aunque con la apariencia general de una residencia privada, y de carácter nada ambicioso, mostraba en aquel momento síntomas de ser ocupada para algún propósito público.

La puerta de la casa permanecía constantemente abierta, y numerosos visitantes, incluso a aquella temprana hora, cruzaban el umbral. La mesa del vestíbulo estaba cubierta de cartas selladas; y el portero anotaba en un libro el nombre de cada individuo que entraba.

El joven caballero que hemos mencionado se encontró en una sala que ofrecía pocos recursos para su entretenimiento. Una gran mesa abundantemente provista de material de escritura y unas sillas eran su único mobiliario, excepto el burdo paño gris que cubría el suelo y un oscuro grabado (mezzotinto) del Duque de Wellington que adornaba sus frías paredes. No había siquiera un periódico; y los únicos libros eran la *Guía de la Corte* y el *Directorio de Londres*. Durante algún tiempo permaneció con paciente resistencia apoyado contra la pared, con los pies descansando en el travesaño de su silla; pero finalmente, en sus cambiantes posturas, dio muestras de su inquietud, se levantó de su asiento, miró por la ventana a un pequeño patio lateral de la casa rodeado de muros muertos, recorrió la sala, tomó la *Guía de la Corte*, la cambió por el *Directorio de Londres*, luego escribió su nombre en varias hojas de papel de tontillo, dibujó variados paisajes y rostros de sus amigos; y luego, partiendo una o dos plumas, soltó un bostezo que parecía el colmo de su aburrimiento.

Y sin embargo, el aspecto del joven no denotaba un carácter que, si se hubiera presentado la oportunidad, no hubiera podido encontrar entretenimiento e incluso instrucción. Su rostro, radiante de salud y del brillo de la inocencia, era a la vez pensativo y resuelto. La expresión de sus profundos ojos azules era seria. Sin una regularidad extrema de facciones, el rostro era de esos que nunca pasarían desapercibidos. Su corto labio superior indicaba buena cuna; y sus rizos castaños se agrupaban sobre su frente despejada, mientras el cuello de su camisa caía sobre sus hombros sin restricción de pañuelo ni cinta. Añádase a esto una figura ágil y grácil, que la chaqueta de su vestimenta infantil exhibía con gran ventaja.

Justo cuando el joven, subido a una silla, estaba enderezando el retrato del Duque, que había notado torcido, entró en la sala el caballero por quien había estado esperando todo ese tiempo.

—¡*Floreat Etona*! (Que florezca Eton) —exclamó apresuradamente el caballero, con voz aguda—; estás enderezando al Duque. Te he dejado mucho tiempo prisionero, pero los encontré tan ocupados aquí que escapé con dificultad.

Quien pronunció estas palabras era un hombre de mediana estatura y edad, originalmente de complexión probablemente delgada, pero ahora un poco inclinado a la corpulencia. La calvicie quizá contribuía a la expresión espiritual de una frente que, sin embargo, era esencialmente intelectual, y daba cierto carácter de franqueza a un rostro que, aunque no mal parecido, estaba desgraciadamente marcado por una siniestralidad inconfundible. Su actitud era fácil, pero más audaz que distinguida. En efecto, mientras un rostro que de otro modo podría describirse como apuesto se estropeaba por

una mirada deshonesta, así también un comportamiento que no carecía de aplomo y soltura estaba viciado por una vulgaridad innata, que a la larga, aunque raramente, se manifestaba sin duda.

El joven había saltado de su silla al entrar el caballero, y entonces, tomando su sombrero, dijo:

—¿Vamos ahora donde el abuelo, señor?

—Por supuesto, querido muchacho —dijo el caballero, poniendo su brazo bajo el del joven; y estaban a punto de salir de la sala de espera cuando la puerta se abrió de repente y dos individuos, en un estado de gran excitación, irrumpieron en el apartamento.

—¡Rigby! ¡Rigby! —exclamaron ambos al mismo tiempo—. ¡Por Dios... han caído!

—¿Quién se lo ha dicho?

—La mejor autoridad; uno de ellos mismos.

—¿Quién? ¿quién?

—Paul Evelyn; lo encontré al pasar por Brookes', y me dijo que Lord Grey había dimitido y que el Rey había aceptado su dimisión.

Pero el señor Rigby, aunque muy aficionado a las noticias y muy interesado en el momento, era extremadamente celoso de que alguien le diera información, y se mostró escéptico. Declaró que Paul Evelyn siempre se equivocaba; que era moralmente imposible que Paul Evelyn pudiera estar alguna vez en lo cierto; que sabía, por la más alta autoridad, que Lord Grey había estado dos veces con el Rey el día anterior; que en la última visita nada se había decidido; que si había estado en el palacio de nuevo hoy, no podría haber estado allí antes de las doce; que solo era un cuarto para la una; que Lord Grey habría convocado a sus colegas a su regreso; que debía haber transcurrido al menos una hora antes de que nada pudiera haber trascendido. Luego comparó y criticó las fechas de cada incidente rumorado de las últimas veinticuatro horas, y nadie era más fuerte en fechas que el señor Rigby; contó incluso el número de escalones que el ministro había tenido que subir y bajar en su visita al palacio, y el tiempo que sus subidas y bajadas debían haber consumido; el detalle era el fuerte del señor Rigby; y finalmente, con sus fechas, su información privada, su conocimiento de las localidades del palacio, su desprecio por Paul Evelyn y su confianza en sí mismo, logró persuadir a sus abatidos y desanimados amigos de que su confortable noticia no tenía el más mínimo fundamento.

Salieron todos juntos de la sala; estaban en el vestíbulo; los señores que trajeron la noticia se veían algo deprimidos, pero el señor Rigby alegre, incluso en medio de la postración de su partido, por la conciencia de que había demolido críticamente un chisme político y había causado cierta mortificación a un par de sus compañeros; cuando un coche de viaje con cuatro caballos y una corona ducal se detuvo frente a la casa. La puerta se abrió de par en par, los estribos se bajaron de golpe, y un joven noble saltó de su carruaje al vestíbulo.

—Buenos días, Rigby —dijo el Duque.

—Veo a Su Gracia bien, estoy seguro —dijo el señor Rigby, con una actitud más suave.

—¿Han oído las noticias, caballeros? —continuó el Duque—. ¿Qué noticias? Sí; no; es decir, el señor Rigby piensa...

—Sabe, por supuesto, que Lord Lyndhurst está con el Rey.

—Es imposible —dijo el señor Rigby.

—No creo que pueda estar equivocado —dijo el Duque, sonriendo.

—Demostraré a Su Gracia que es imposible —dijo el señor Rigby—. Lord Lyndhurst durmió en Wimbledon. Lord Grey no pudo haber visto al Rey hasta las doce; ahora son cinco minutos para la una. Es imposible, por tanto, que ningún mensaje del Rey haya podido llegar a Lord Lyndhurst a tiempo para que Su Señoría esté en el palacio en este momento.

—Pero mi autoridad es alta —dijo el Duque.

—Autoridad es una frase —dijo el señor Rigby—; debemos atender al tiempo y al lugar, a las fechas y a las localidades, para descubrir la verdad.

—Su Gracia decía que su autoridad... —se aventuró a observar el señor Tadpole, animado por la presencia de un duque, su patrón, para luchar contra el despotismo de un Rigby, su tirano.

—Era la más alta —replicó el Duque, sonriendo—, pues era el propio Lord Lyndhurst. Vine esta mañana desde Nuneham, pasé junto a la casa de Su Señoría en Hyde Park Place cuando subía a su carruaje de gala, detuve el mío y supe de un soplo que los **Whig** (liberales) habían caído y que el Rey había enviado a buscar al Jefe de la Judicatura. Así que me dirigí aquí de inmediato.

—Siempre pensé que el país era sólido en el fondo —exclamó el señor Taper, quien, bajo el antiguo sistema, se había escabullido en la *Treasury Board* (Oficina del Tesoro).

Tadpole y Taper eran grandes amigos. Ninguno de ellos desesperaba jamás de la *Commonwealth* (Mancomunidad/República). Incluso si se aprobaba el *Reform Bill* (Proyecto de Ley de Reforma), Taper estaba convencido de que los Whig nunca demostrarían ser hombres de negocios; y cuando sus amigos confesaban entre ellos que un gobierno **Tory** era imposible en el futuro, Taper comentaba, en un susurro confidencial, que por su parte creía que antes de que terminara el año los Whig serían expulsados por los oficinistas.

—No hay duda de que existe una reacción considerable —dijo el señor Tadpole—. La infame conducta de los Whig en el caso de Amersham ha abierto la mente del público más que nada.

—Aldborough fue peor —dijo el señor Taper.

—Terrible —dijo Tadpole—. Decían que no servía de nada discutir el *Reform Bill* en nuestra Cámara. Creo que el gran discurso de Rigby sobre Aldborough ha contribuido más a la reacción que toda la violencia de las Uniones Políticas juntas.

—Esperemos lo mejor —dijo el Duque, suavemente—. Es un paso audaz por parte del Soberano, y soy libre de decir que hubiera preferido que se pospusiera; pero debemos apoyar al Rey como hombres. ¿Qué dice usted, Rigby? Está callado.

—Estoy pensando cuán desafortunado fue que no desayunara con Lyndhurst esta mañana, como estuve a punto de hacer, en lugar de bajar a Eton.

—¿A Eton? ¿Y por qué a Eton?

—Por mi joven amigo aquí presente, el nieto de Lord Monmouth. Por cierto, son parientes. Permítame presentar a Su Gracia al señor CONINGSBY.

CAPÍTULO II

La agitación política que durante un año y medio había sacudido a Inglaterra hasta sus cimientos recibió, si era posible, un incremento de intensidad y virulencia cuando se supo, a principios de mayo de 1832, que el Primer Ministro había presentado su dimisión al Rey, dimisión que había sido graciosamente aceptada.

La enmienda aprobada por la Oposición en la Cámara de los Lores en la

noche del 7 de mayo, de que las cláusulas de habilitación para el voto (*enfranchising clauses*) del *Reform Bill* debían considerarse antes de entrar en la cuestión de la deshabilitación (*disfranchisement*), fue la causa inmediata de este sorprendente suceso. Los Lores habían consentido previamente la segunda lectura del Proyecto con la intención de evitar ese gran aumento de su número con el que habían sido largamente amenazados; más bien por rumores misteriosos que por declaración oficial alguna; pero, sin embargo, de una manera que había convencido a una porción no pequeña de la Oposición de que la amenaza no carecía de fundamento.

Durante el progreso del Proyecto en la Cámara Baja, los periódicos considerados órganos del ministerio habían anunciado con confianza inquebrantable que Lord Grey estaba armado con lo que entonces se llamaba un *carte blanche* (poder ilimitado) para crear cualquier número de pares necesario para asegurar su éxito. Pero los periodistas públicos que estaban bajo el control del ministerio, y cuyas declaraciones nunca fueron contradichas, no eran las únicas autoridades para esta creencia predominante. Miembros de la Cámara de los Comunes, que eran firmes partidarios del gabinete, aunque no vinculados a él por ningún lazo oficial, habían declarado inequívocamente en sus escaños que el Soberano no había resistido el consejo de sus ministros para crear pares, si dicha creación fuera necesaria para llevar a cabo lo que entonces se llamaba la gran medida nacional. En más de una ocasión, se había advertido a los ministros que, si no ejercían ese poder con prontitud enérgica, podrían merecer un *impeachment* (juicio político). Y estas intimaciones y anuncios se habían hecho en presencia de miembros destacados del Gobierno, y habían recibido de ellos, al menos, la sanción de su silencio.

No apareció posteriormente que los ministros reformistas hubieran sido investidos con tal poder; pero una convicción de lo contrario, fomentada por estas circunstancias, había actuado con éxito sobre el temperamento nervioso, o la prudencia estadista, de cierta sección de los pares, que en consecuencia dudaron en su curso; fueron conocidos como que ya no estaban inclinados a seguir la política de la sesión anterior; habían obtenido así un título que en ese momento estaba en boca de todos, el título de *THE WAVERERS* (los vacilantes).

A pesar, por tanto, de la oposición del Duque de Wellington y de Lord Lyndhurst, los Vacilantes aprobaron la segunda lectura del *Reform Bill*; y entonces, asustados por las consecuencias de su propia temeridad obstinada, acudieron atemorizados al Duque y a su hábil consejero para que los sacaran del resultado inevitable de su propia conducta. El último recurso de estos consejos desorientados, donde la audacia y la cobardía, el principio y la conveniencia, el espíritu público y la intriga privada, cada uno arrojaba un

ingrediente en el hechizo turbulento, fue la célebre y exitosa enmienda a la que nos hemos referido.

Pero los ministros Whig, cualesquiera que hayan sido sus defectos, eran al menos hombres de intelecto y valor, y no iban a ser vencidos por los vacilantes. Podrían haber hecho pactos con un enemigo audaz; aplastaron a un oponente vacilante. Lord Grey se apresuró al palacio.

Antes de que se conociera el resultado de esta apelación al Soberano —pues sus efectos no fueron inmediatos—, en la segunda mañana después de la votación en la Cámara de los Lores, el señor Rigby había hecho esa visita a Eton que había convocado de manera tan inesperada al joven Coningsby a Londres. Era el hijo huérfano del menor de los dos hijos del Marqués de Monmouth. Era una familia famosa por sus odios. El hijo mayor odiaba a su padre; y, se decía, por despecho se había casado con una dama a la que su padre estaba unido, y con quien Lord Monmouth entonces meditaba una segunda alianza. Este hijo mayor vivía en Nápoles, y tenía varios hijos, pero no mantenía conexión alguna ni con su padre ni con su país natal. Por otro lado, Lord Monmouth odiaba a su hijo menor, que se había casado, contra su consentimiento, con una mujer a la que ese hijo era devoto. Un sistema de persecución doméstica, sostenido por la mano de un maestro, había terminado finalmente por quebrantar la salud de su víctima, que murió de fiebre en un país extranjero, donde había buscado algún refugio de sus acreedores.

Su viuda regresó a Inglaterra con su hijo; y no teniendo un pariente, y apenas un conocido en el mundo, apeló al padre de su esposo, el noble más rico de Inglaterra y un hombre que a menudo era pródigo, y ocasionalmente generoso. Después de algún tiempo y más molestias, tras solicitudes urgentes y repetidas, y que habrían parecido desgarradoras, el abogado de Lord Monmouth se presentó ante la viuda del hijo de su cliente y le informó de la decisión de Su Señoría. A condición de que entregara a su hijo y residiera permanentemente en uno de los condados más remotos, estaba autorizado a hacerle, en cuatro pagos trimestrales, la asignación anual de trescientas libras, siendo esa la renta que Lord Monmouth, que era el contable más astuto del país, había calculado que una mujer sola podría vivir decentemente en una pequeña ciudad comercial del condado de Westmoreland.

La necesidad desesperada, la conciencia de su propio desamparo, la absoluta imposibilidad de luchar contra un enemigo omnipotente, que, como su esposo le había enseñado, estaba por encima de todo escrúpulo, prejuicio y miedo, y que, aunque respetaba la ley, despreciaba la opinión, hicieron que la víctima cediera. Pero sus sufrimientos no fueron largos; la separación de su

hijo, el clima frío, los rostros extraños a su alrededor, el recuerdo punzante y la monótona rutina de una vida sin pasión, todo se combinó para desgastar una constitución originalmente frágil, y desde entonces quebrantada por muchas penas. La señora Coningsby murió el mismo día en que su suegro fue nombrado Marqués. Merecía sus honores. Los cuatro votos que había heredado en la Cámara de los Comunes se habían incrementado, mediante su intensa voluntad y medios ilimitados, a diez; y el mismo día en que fue elevado a su marquesado, comenzó a socavar nuevas corporaciones, y trabajaba para conseguir la *strawberry leaf* (hoja de fresa, símbolo de los duques). Sus honores fueron proclamados en la *London Gazette*, y su muerte ni siquiera fue mencionada en el *Chronicle* del condado; pero los altares de Némesis están bajo todo techo ultrajado, y la muerte de esta desdichada dama, aparentemente sin un amigo terrenal ni una esperanza terrenal, desolada y abandonada, y muriendo en una oscura pobreza, no fue olvidada.

Coningsby no tenía más de nueve años cuando perdió a su última progenitora; y había estado separado de ella durante casi tres años. Pero recordaba la dulzura de sus días de infancia. Su madre, además, le había escrito con frecuencia desde que la dejó, y sus cariñosas expresiones habían alimentado la ternura de su corazón. Lloró amargamente cuando su maestro le comunicó la noticia de la muerte de su madre. Cierto es que habían estado mucho tiempo separados, y su perspectiva de volverse a encontrar era vaga y tenue; pero su madre le parecía su único vínculo con la sociedad humana. Era algo tener una madre, aunque nunca la viera. ¡Otros muchachos iban a ver a sus madres! él, al menos, podía hablar de la suya. Ahora estaba solo. Su abuelo era para él solo un nombre. Lord Monmouth residía casi constantemente en el extranjero, y durante sus raras visitas a Inglaterra no había encontrado tiempo ni inclinación para ver al huérfano, con quien no sentía simpatía alguna. Incluso la muerte de la madre del muchacho, y los consiguientes arreglos, fueron notificados a su maestro por un extraño. La carta que trajo la triste noticia era del señor Rigby. Era la primera vez que ese nombre llegaba a oídos de Coningsby.

El señor Rigby era miembro de uno de los *boroughs* (distritos) de Lord Monmouth. Era el administrador de la influencia parlamentaria de Lord Monmouth y el auditor de sus vastas propiedades. Era más; era el acompañante de Lord Monmouth cuando estaba en Inglaterra, su corresponsal cuando estaba en el extranjero; difícilmente su consejero, pues Lord Monmouth nunca necesitaba consejo; pero el señor Rigby podía instruirle en asuntos de detalle, que el señor Rigby hacía amenos. Rigby no era un hombre profesional; en efecto, su origen, educación, primeras ocupaciones y estudios eran igualmente oscuros; pero se las había ingeniado a tiempo para abrirse paso en el parlamento por medios que nadie podía comprender, y luego se erigió en un perfecto hombre de negocios. El mundo

le tomó la palabra, porque era audaz, agudo y locuaz; sin pensamiento propio, pero con bastante información desordenada; y aunque desprovisto de toda imaginación y sentimiento noble, estaba bendecido con una imaginación vigorosa y mendaz, fértil en pequeños expedientes, y nunca más feliz que cuando ideaba soluciones para los apuros de los grandes hombres.

Dicen que todos tenemos una oportunidad en esta vida, y así fue con Rigby. Después de una lucha de muchos años, tras una larga serie de las habituales alternativas de pequeños éxitos y pequeños fracasos, después de algunos discursos bastante ingeniosos y muchos folletos bastante ingeniosos, con una considerable reputación, en efecto, por pasquines, la mayoría de los cuales nunca escribió, y artículos en revistas en los que se susurraba que había contribuido, Rigby, que ya se había intrigado para obtener un cargo subordinado, se encontró con Lord Monmouth.

Era exactamente el animal que Lord Monmouth necesitaba, porque Lord Monmouth siempre miraba la naturaleza humana con el ojo insensible de un jinete. Examinó a Rigby; y decidió comprarlo. Lo compró; con su cabeza clara, su incansable industria, su lengua audaz y su pluma pronta y sin escrúpulos; con todas sus fechas, todos sus libelos; todas sus memorias privadas y todas sus intrigas políticas. Fue una buena compra. Rigby se convirtió en un gran personaje, y en el hombre de Lord Monmouth.

Al señor Rigby, que le gustaba hacer muchas cosas a la vez y asombrar a los Tadpoles y Tapers con su enérgica versatilidad, se le ocurrió supervisar la educación de Coningsby. Era una relación que lo identificaba con la noble casa de su pupilo, o, propiamente hablando, su pupilo: pues Rigby afectaba más bien la dignidad graciosa del gobernador que los deberes de un tutor. El muchacho fue llamado de su humilde escuela rural, donde había sido bien fundamentado por un clérigo trabajador y cariñosamente atendido por la ingenua esposa del clérigo. Fue enviado a una escuela de moda preparatoria para Eton, donde encontró a unos doscientos jóvenes de familias y conexiones nobles, alojados en una magnífica villa, que había sido el retiro de un ministro, supervisados por un doctor en teología servil, ya bien beneficiado, y que no desesperaba de obtener un obispado si favorecía a los hijos de los grandes nobles. La esposa del doctor, vestida de cachemira, a veces se interesaba por su salud y ocasionalmente recibía un informe sobre su ropa blanca.

El señor Rigby tenía un retiro clásico, no lejos de este establecimiento, que él consideraba un *Tusculum* (Túsculo). Allí, rodeado de sus bustos y libros, escribía sus libelos y artículos; masacraba a una señora liberal (se pensaba que nadie podía azotar a una mujer como Rigby), destrozaba a un genio emergente cuyas políticas eran diferentes a las suyas, o acribillaba a algún

desgraciado que había presentado sus reclamaciones ante el parlamento, demostrando, mediante extractos manipulados de correspondencia oficial a la que nadie podía acceder, que el descontento, en lugar de ser una víctima, era, por el contrario, un moroso. Tadpole y Taper apostaban por Rigby para una respuesta demoledora contra todos los demás. Aquí, también, al final de una ajetreada semana, encontraba ocasionalmente conveniente entretener a un amigo inteligente o dos de reputación equívoca, con quienes se había familiarizado en días pasados de igualdad fraternal. Nadie era más fiel a sus amigos de la juventud que el señor Rigby, particularmente si podían escribir un libelo.

Fue en este refinado retiro donde el señor Rigby encontró tiempo suficiente, arrebatado a las fatigas de la vida oficial y a las luchas parlamentarias, para componer una carta sobre el estudio de la Historia, dirigida a Coningsby. El estilo se parecía tanto al de Lord Bolingbroke como si hubiera sido escrito por los autores de las Direcciones Rechazadas, y comenzaba: Mi querido joven amigo). Esta composición pulida, tan llena de buenos sentimientos y puntos de vista comprensivos, y todo ello en el mejor gusto, no fue publicada. Solo se imprimió en privado, y unos pocos miles de ejemplares se distribuyeron entre personas selectas como un favor especial y una muestra de alta consideración. Cada copia regalada parecía a Rigby como un certificado de buena conducta; una propiedad que, como todos los hombres de dudosa reputación, apreciaba profundamente. Rigby intrigó mucho para que el director de Eton adoptara su discurso como libro de texto. Con este fin, cenó con el Doctor, le contó varias anécdotas del Rey, que insinuaban una influencia personal en Windsor; pero el director fue inflexible, así que el señor Rigby tuvo que conformarse con que su Carta sobre la Historia fuera canonizada como un clásico en el Seminario Preparatorio, donde el individuo a quien iba dirigida era un alumno.

Este cambio en la vida de Coningsby contribuyó a su felicidad. Los diversos caracteres que exhibía una escuela grande interesaban a una mente joven cuyas energías activas comenzaban a agitarse. Sus conocimientos previos hacían que sus estudios fueran ligeros; y era aficionado a los deportes, en los que estaba capacitado para sobresalir. No le agradaba particularmente el señor Rigby. Había algo discordante y chirriante en la voz y los modales de ese caballero, de lo que las cuerdas del joven corazón se encogían. No era tierno, aunque quizá deseaba serlo; apenas amable: pero era bonachón, al menos con los niños. Sin embargo, esta conexión fue, en general, agradable para Coningsby. De repente parecía tener amigos: nunca volvió a pasar las vacaciones en la escuela. El señor Rigby era tan inteligente que siempre lograba alojar a Coningsby en casa del padre de algún compañero de escuela, porque el señor Rigby conocía a todos sus compañeros y a todos sus padres. El señor Rigby también iba a verle, no pocas veces le daba una cena en el

Star and Garter, o incluso lo llevaba a Londres por una semana a Whitehall. En comparación con su anterior existencia desamparada, eran días felices, cuando lo colocaban bajo la galería como hijo de un miembro del parlamento, ¡o iba al teatro con el mayordomo!

Cuando Coningsby cumplió doce años, se recibió una orden de Lord Monmouth, que estaba en Roma, de que debía ir inmediatamente a Eton. Esta fue la primera gran época de su vida. Nunca hubo un joven que entrara en ese maravilloso mundo pequeño con más ansia y entusiasmo que Coningsby. No era maravilloso.

Esa deliciosa llanura, sembrada de toda creación de la cultura grácil; aldeas y mansiones y granjas; jardines y arboledas y parques; ese castillo-palacio, gris con gloriosas edades; esas agujas antiguas, encanecidas por la fe y la sabiduría, la capilla y el colegio; ese río que serpentea entre las praderas sombreadas; la clara arboleda y la solemne avenida; la habitación en la casa de la señora donde por primera vez pedimos nuestro propio desayuno y sentimos por primera vez que somos libres; la multitud agitada, los grupos enérgicos, la mente individual que lidera, conquista, controla; la emulación y el afecto; la noble lucha y el tierno sentimiento; la hazaña audaz y la aventura arriesgada; la pasión que impregna nuestra vida y respira en todo, desde el estudio ambicioso hasta el deporte inspirador: ¡oh! ¿qué podrá después estimular el cerebro y tocar el corazón como esto? ¿Qué podrá darnos un mundo tan profunda y variadamente interesante, una vida tan llena de excitación rápida y brillante, transcurrida en un escenario tan hermoso?

CAPÍTULO III

Lord Monmouth, que detestaba los tumultos populares tanto como despreciaba la opinión pública, había permanecido durante el agitado año de 1831 en su lujoso retiro italiano, contentándose con oponerse al *Reform Bill* por poder. Pero cuando su corresponsal, el señor Rigby, le informó a principios de la primavera de 1832 de la probabilidad de un cambio en la táctica del partido **Tory** y de que se estaba volviendo prevalente la opinión entre sus amigos de que el gran esquema debía ser derrotado en detalle más que resistido nuevamente en principio, Su Señoría, que nunca carecía de energía cuando sus propios intereses estaban en juego, cruzó inmediatamente los Alpes y viajó rápidamente a Inglaterra. Abrigaba la esperanza de que el peso de su presencia y la influencia de su fuerte carácter —a la vez astuto y valiente— pudieran inducir a sus amigos a abandonar sus medias tintas, un curso al que su naturaleza era reacia. En todo caso, si persistían en su intención y el Proyecto de Ley pasaba a comisión, su presencia era indispensable, pues en esa etapa de un procedimiento parlamentario los

poderes se vuelven ineficaces.

Los consejos de Lord Monmouth, aunque coincidían con los del Duque de Wellington, no prevalecieron sobre los Vacilantes (*Waverers*). Varios de estos personajes de altos principios habían sufrido la rotura de sus ventanas, y opinaban que un hombre que vivía en Nápoles no era un juez competente del estado de la opinión pública en Inglaterra. Además, los días en que los senados eran desprestigiados en el foro han quedado atrás. Vivimos en una era de prudencia. Los líderes del pueblo ahora generalmente siguen. La verdad es que los pares estaban aterrorizados. Era una lástima; apenas hay entidad menos digna que un patricio en pánico.

Entre los compañeros más íntimos de Coningsby en Eton se encontraba Lord Henry Sydney, su pariente. Coningsby había pasado sus vacaciones últimamente en Beaumanoir, la residencia del Duque, padre de Lord Henry. El Duque se sentó junto a Lord Monmouth durante el debate sobre la cuestión del voto, y para pasar el tiempo, y por bondad natural, habló, y habló con calidez y favor, de su nieto. El pulido Lord Monmouth se inclinó como si estuviera muy complacido por esa atención hacia alguien tan querido para él. Tuvo demasiado tacto para admitir que nunca había visto a su nieto; pero hizo algunas preguntas sobre su progreso y ocupaciones, sus gustos y hábitos, que insinuaban el interés de un pariente afectuoso.

Sin embargo, nada se le escapaba a Lord Monmouth. Nadie tenía una memoria más retentiva, ni una mente más observadora. Y al día siguiente, cuando recibió al señor Rigby en su recepción matutina —Lord Monmouth realizaba esta ceremonia con el alto estilo de la vieja corte y daba la bienvenida a sus visitantes en la cama—, dijo con imperturbable calma, y como si estuviera hablando de probar un caballo nuevo: «Rigby, me gustaría ver al muchacho en Eton».

Podría haber alguna objeción para conceder permiso a Coningsby en ese momento; pero era una regla para el señor Rigby no crear dificultades, o al menos persuadir a su patrón de que él, y solo él, podía resolverlas. Inmediatamente se comprometió a que el muchacho estuviera presente, y a pesar de la emoción del momento, se fue a buscarlo a la mañana siguiente.

Llegaron a la ciudad bastante temprano; y Rigby, deseando saber cómo iban los asuntos, ordenó al criado que condujera inmediatamente al cuartel general del partido; donde un comité permanente observaba cada fase de la revolución inminente; y donde cada miembro de la Oposición de nota y confianza era admitido instantáneamente para recibir o impartir información.

Ciertamente no fue sin emoción que Coningsby contempló su primera

entrevista con su abuelo. Toda su experiencia de los lazos de parentesco, por limitada que fuera, estaba llena de ternura y éxtasis. Su memoria a menudo se detenía en el dulce abrazo de su madre; y de vez en cuando un fantasma intermitente de algún pasaje pasado del amor doméstico rondaba su corazón palpitante. La imagen de su padre estaba menos fresca en su mente; pero aún así estaba asociada a un vago sentimiento de bondad y alegría; y las alusiones a su esposo en las cartas de su madre habían alimentado estas impresiones. Por no mencionar fuentes menores de influencia en su estimación del vínculo doméstico, había sido testigo bajo el techo de Beaumanoir de la existencia de una familia unida por los más hermosos afectos. No podía olvidar cómo abrazaban las hermanas a Henry Sydney cuando regresaba a casa; qué amor fraternal y franco existía entre su pariente y su hermano mayor; cómo el bondadoso Duque había recibido afectuosamente a su hijo una vez más en la casa donde ambos habían nacido; y los ojos nublados, las cejas entristecidas y los tonos de ternura que más parecían decir adiós con la mirada que con las palabras, cuando regresaban a Eton.

Y esos encuentros extáticos y esos adioses melancólicos eran ocasionados solo por una separación de unos pocos meses como máximo, suavizada por la correspondencia constante y la comunicación de simpatía mutua. Pero Coningsby iba a encontrarse con un pariente, su pariente cercano, casi su único pariente, por primera vez; el pariente, además, a quien debía su manutención, educación; podría decirse, su existencia. Era un gran incidente para un gran drama; algo trágico en la profundidad y la agitación de sus emociones. Incluso la imaginación del muchacho no podía ser insensible a sus materiales; y Coningsby se imaginaba a sí mismo a un anciano benéfico y venerable apretando contra su pecho a un joven agitado, cuando su ensueño se rompió al detenerse el coche ante las puertas de Monmouth House.

Las puertas fueron abiertas por un suizo gigantesco, y el coche rodó hacia un enorme patio. Al fondo, Coningsby contempló un palacio palladiano, con alas y columnatas que rodeaban el patio.

Una doble escalinata conducía a un vestíbulo circular y de mármol, adornado con colosales bustos de los Césares; la escalera, frescada por Sir James Thornhill, respiraba los amores y las guerras de dioses y héroes. Conducía a un vestíbulo, pintado con arabescos, adornado con girándulas venecianas y con vistas a los jardines. Abriendo una puerta en esta cámara y avanzando un poco por un corredor, el señor Rigby y su compañero llegaron a la base de una escalera privada. Subiendo unos pocos escalones, alcanzaron un descansillo tapizado. Apartando esto, el señor Rigby abrió una puerta y condujo a Coningsby a través de una antesala a un pequeño salón, de hermosas proporciones y amueblado con un gusto brillante y delicado.

—Encontrarás más cosas que te diviertan aquí que donde estabas antes —dijo el señor Rigby—, y yo no estaré ausente tanto tiempo. Dicho esto, entró en un apartamento interior.

Las paredes del salón, cubiertas de raso azul claro, contenían, en paneles de plata, retratos de mujeres hermosas pintados por Boucher. Sofás y sillones de todas las formas invitaban en todos los rincones al reposo lujoso; mientras que el entretenimiento lo proporcionaban mesas cubiertas de caricaturas, novelas francesas e interminables miniaturas de bailarinas extranjeras, princesas y soberanos.

Pero Coningsby estaba tan impresionado por la inminente entrevista con su abuelo que no buscó ni necesitó distracción. Ahora que la crisis estaba cerca, se sintió agitado y nervioso, y deseó estar de nuevo en Eton. La incertidumbre era nauseabunda, pero aún temía más la convocatoria. No estuvo solo mucho tiempo; la puerta se abrió; se sobresaltó, palideció; pensó que era su abuelo; no era ni siquiera el señor Rigby. Era el ayuda de cámara de Lord Monmouth.

—¿Monsieur Konigby?

—Mi nombre es Coningsby —dijo el muchacho.

—*Milor* (Su Señoría) está listo para recibirle —dijo el ayuda de cámara.

Coningsby se lanzó hacia adelante con la desesperación que requiere el cadalso. Su rostro estaba pálido; su mano húmeda; su corazón latía con tumulto. Ocasionalmente lo había convocado el doctor Keate; eso también era una tarea terrible, pero comparada con la presente, una visita matutina. La música, la artillería, el rugido de los cañones y el sonido de las trompetas pueden impulsar a un hombre a una acción desesperada; la ambición, los propios electores, el infierno del fracaso anterior, pueden inducirnos a hacer algo más desesperado; hablar en la Cámara de los Comunes; pero hay algunas situaciones en la vida, como entrar en la sala de un dentista, en las que la postración del sistema nervioso es absoluta.

El momento había llegado por fin en que el desamparado iba a encontrar un benefactor, el abandonado un amigo, el huérfano un padre; cuando el joven, tras una infancia de adversidad, iba a ser recibido formalmente en el seno de la noble casa de la que había estado tan largo tiempo alejado, y por fin asumir esa posición social a la que su linaje le daba derecho. La virilidad podría sostener, el afecto podría calmar, la feliz angustia de tal encuentro; pero era sin duda una de esas situaciones que remueven las profundas fuentes de nuestra naturaleza, y ante las cuales las convenciones de nuestras costumbres ordinarias desaparecen instantáneamente.

Coningsby, con paso vacilante, siguió a su guía a través de una alcoba —cuyo lujo no pudo notar— hasta el vestidor de Lord Monmouth. El señor Rigby, frente a Coningsby mientras entraba, estaba recostado sobre el respaldo de una gran silla, desde la cual, cuando el ayuda de cámara anunció a Coningsby, el Señor de la casa se levantó lentamente, pues sufría ligeramente de gota, apoyando su mano izquierda en un bastón de marfil. Lord Monmouth era de estatura superior a la media, pero más bien corpulento y robusto. Su rostro estaba fuertemente marcado; sagacidad en la frente, sensualidad en la boca y la mandíbula. Su cabeza era calva, pero quedaban restos de los ricos rizos castaños de los que una vez se enorgulleció. Su gran ojo azul profundo, húmedo y penetrante, mostraba que las secreciones de su cerebro estaban repartidas, mitad para la voluptuosidad, mitad para el sentido común. Pero su aspecto general era verdaderamente grandioso; lleno de una nobleza natural, de la que nadie era más consciente que él mismo. Lord Monmouth no estaba en bata; al contrario, su atuendo era exacto, incluso cuidado. Levantándose como hemos mencionado cuando su nieto entró, y apoyándose con la mano izquierda en su bastón de marfil, hizo a Coningsby una reverencia como la que Luis XIV podría haber otorgado al embajador de las Provincias Unidas. Luego extendiendo su mano derecha, que el muchacho tocó temblando, Lord Monmouth dijo:

—¿Qué te parece Eton?

Este contraste con la recepción que había imaginado, esperado, temido, paralizó las energías revividas del joven Coningsby. Se sintió estupefacto; miró casi aterrorizado. En el tumulto caótico de su mente, su memoria de repente pareció recibir alguna inspiración milagrosa. Frases misteriosas oídas en su más tierna infancia, no notadas entonces, olvidadas desde hace mucho tiempo, llegaron a sus oídos. ¿Quién era ese abuelo, no visto antes, visto ahora por primera vez? ¿Dónde estaba el eslabón intermedio de sangre entre él y ese ser soberbio y helado? El muchacho se hundió en la silla que le habían colocado, y apoyándose en la mesa, estalló en lágrimas.

¡Vaya asunto! Si había algo que hubiera hecho a Lord Monmouth viajar de Londres a Nápoles en veinticuatro horas, era evitar una escena. Odiaba las escenas. Odiaba los sentimientos. Vio instantáneamente el error que había cometido al enviar por su nieto. Temía que Coningsby fuera tierno de corazón como su padre. ¡Otro Coningsby de corazón tierno! ¡Desdichada familia! ¡Raza degenerada! Decidió en su mente que Coningsby debía ser destinado a la Iglesia, y miró al señor Rigby, cuyo principal negocio siempre era librar a su patrón de lo desagradable.

El señor Rigby se adelantó inmediatamente y condujo hábilmente al muchacho a la habitación contigua, la alcoba de Lord Monmouth, cerrando la

puerta del vestidor tras él.

—Mi querido joven amigo —dijo el señor Rigby—, ¿qué es todo esto?

Un sollozo fue la única respuesta.

—¿Qué puede pasarle? —dijo el señor Rigby.

—Estaba pensando —dijo Coningsby— en mi pobre mamá.

—¡Silencio! —dijo el señor Rigby—. Lord Monmouth nunca quiere oír hablar de los muertos; así que procura no mencionar nunca a tu madre ni a tu padre.

Mientras tanto, Lord Monmouth había decidido el destino de Coningsby. El Marqués creía poder leer el carácter de un vistazo, y en general acertaba, pues su sagacidad natural se había alimentado de una gran experiencia. Su nieto no era de su gusto; amable sin duda, pero empalagoso.

Somos demasiado propensos a creer que el carácter de un muchacho es fácil de leer. Es un misterio profundísimo. Observa qué errores cometen constantemente los padres acerca de la naturaleza de sus propios hijos, criados además ante sus ojos, y exhibiendo a cada hora sus características. ¡Cuántas veces en la guardería el genio cuenta como un tonto porque es pensativo; mientras que un chico ruidoso es investido de cualidades casi sobrenaturales porque su espíritu animal lo hace impertinente y frívolo! El colegial, sobre todo, no es el ser simple que el mundo imagina. En ese joven pecho a menudo se agitan pasiones tan fuertes como las nuestras, deseos no menos violentos, una voluntad no menos suprema. En ese joven pecho, ¡qué amor ardiente, qué ambición intensa, qué avaricia, qué sed de poder; envidia que los demonios podrían emular, odio que el hombre podría temer!

CAPÍTULO IV

—Vamos —dijo el señor Rigby, cuando Coningsby se hubo compuesto un poco—, ven conmigo y veremos la casa.

Bajaron de nuevo por la escalera privada y volvieron a entrar en el vestíbulo.

—Si hubieras visto estos jardines cuando estaban iluminados para una fiesta de Jorge IV —dijo Rigby, mientras cruzaba la cámara y conducía a su pupilo a las habitaciones de gala. El esplendor y la variedad de los objetos circundantes pronto distrajeron la atención del muchacho, por primera vez en el palacio de sus padres. Recorrió salón tras salón adornado con tapices raros y los suntuosos productos de telares extranjeros; llenos de cuadros

selectos y creaciones de arte curioso; gabinetes que los soberanos podrían envidiar, y vasijas colosales de malaquita regaladas por emperadores. Coningsby alternativamente miraba hacia los techos que resplandecían con color y oro, y hacia abajo a las alfombras brillantes con fantasías y vívidas con los tintes de Aubusson y Axminster.

—Este abuelo mío es un gran príncipe —pensó Coningsby, mientras meditabundo se detenía ante un retrato en el que reconocía los rasgos del ser del que tan reciente y extrañamente se había separado. Allí estaba, Felipe Augusto, Marqués de Monmouth, con sus ropas de estado, con su nueva corona sobre una mesa cerca de él, un despacho a mano que indicaba la misión especial de alta ceremonia de la que había sido el ilustre enviado, y la Jarretera bajo su rodilla.

—Tendrás muchas oportunidades de mirar los cuadros —dijo Rigby, observando que el muchacho ya se había recuperado del todo—. Un poco de almuerzo no te sentará mal después del paseo; y abrió la puerta de otro apartamento.

Era una bonita habitación adornada con un bello cuadro de caza; en una mesa redonda en el centro estaban sentadas dos damas interesadas en la comida a la que Rigby había aludido.

—¡Ah, señor Rigby! —dijo la mayor, aún joven y hermosa, y hablando, aunque con fluidez, con acento extranjero—, venga a contarme alguna noticia. ¿Ha visto a *Milor*? (Su Señoría) y entonces lanzó una mirada escrutadora desde un ojo oscuro y brillante a su compañero.

—Permítame presentar a Su Alteza —dijo Rigby, con un aire de cierta ceremonia— al señor Coningsby.

—Mi querido joven amigo —dijo la dama, extendiendo su blanca mano con un aire de alegre bienvenida—, esta es Lucretia, mi hija. Ya lo queremos. Lord Monmouth estará tan encantado de verle. ¡Qué ojos más bonitos tiene, señor Rigby! Muy parecidos a los de *Milor*.

La joven, que en realidad era más joven que Coningsby, pero de una forma y estatura tan desarrollada que parecía casi una mujer, saludó al invitado con cierta ceremonia y una débil sonrisa huraña, y luego continuó con su pastel de Perigord.

—Debes estar muy hambriento después del paseo —dijo la dama mayor, colocando a Coningsby a su lado y llenando ella misma su plato.

Esto era bastante cierto; y mientras el señor Rigby y la dama hablaban

infinitamente de cosas que él no entendía y de personas de las que nunca había oído hablar, nuestro pequeño héroe hizo su primera comida en su casa paterna con un entusiasmo poco común; y renovado por el pastel y una copa de jerez, se sintió un ser completamente diferente de lo que era cuando había pasado por la terrible entrevista en la que, empezó a reflexionar, se había expuesto considerablemente. Su coraje revivió, sus sentidos se recompusieron; respondió a las preguntas de la dama con calma, pero con prontitud y propiedad. Era evidente que había causado una impresión favorable a Su Alteza, pues de vez en cuando le ponía una trufa o alguna delicadeza en el plato, e insistía en que tomara una golosina en particular porque era de su agrado. Cuando se levantó, dijo:

—En diez minutos estará el coche en la puerta; y si quieres, mi querido joven amigo, serás nuestro galán.

—No hay nada que desee más —dijo Coningsby.

—¡Ah! —dijo la dama, con la más dulce sonrisa—, es sincero.

Las damas se inclinaron y se retiraron; el señor Rigby regresó con el Marqués, y el ayuda de cámara condujo a Coningsby a su habitación.

Esta dama, tan cortés con Coningsby, era la Princesa Colonna, una dama romana, segunda esposa del Príncipe Pablo Colonna. El príncipe se había casado primero cuando era un muchacho, y con una familia no inferior a la suya. De esta unión, en todo aspecto infeliz, la Princesa Lucretia era la única descendiente. Era un hombre disoluto y entregado al juego; y no se preocupaba por casi nada más que por sus placeres y el billar, en lo que se consideraba inigualable. Según algunos, en un arrebato de pasión, según otros, para cancelar una deuda de juego, se había unido a su actual esposa, cuyo origen era oscuro; pero con quien logró vivir en términos de aparente cordialidad, pues ella era muy admirada y hacía que la sociedad de su esposo fuera buscada por aquellos que contribuían a su disfrute. Entre estos figuraba especialmente el Marqués de Monmouth, entre quien y el Príncipe Colonna el mundo reconocía que existía la más íntima y completa amistad, de modo que Su Alteza y su familia eran huéspedes frecuentes bajo el techo del noble inglés, y ahora lo acompañaban en una visita a Inglaterra.

CAPÍTULO V

Mientras tanto, mientras las damas almuerzan pastel de Perigord o recorren las calles en veloces *britskas* (calesas), realizando todas las singulares ceremonias de una mañana londinense en plena temporada; haciendo visitas donde no se ve a nadie, y haciendo compras que no se necesitan; el mundo está en agitación y alboroto. Por ahora, el mundo y la confusión se limitan a

St. James's Street y Pall Mall; pero pronto los límites y el tumulto se extenderán a los *metropolitan boroughs* (distritos metropolitanos) previstos; mañana se extenderán a los distritos manufactureros. Es perfectamente evidente que antes de que pasen cuarenta y ocho horas, el país estará en un estado de crisis temible. ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿No es una verdad que el astuto Jefe de la Judicatura ha estado encerrado una hora entera con el Rey; que poco después, con el ceño pensativo y el labio comprimido, se le vio en su audaz carruaje entrando en el patio de Apsley House? Grande fue el pánico en Brookes', salvajes las esperanzas en Carlton Terrace; todos los caballeros que esperaban haber sido nombrados pares percibieron que el país iba a ser entregado a una rapaciosa oligarquía.

Mientras tanto, Tadpole y Taper, que nunca habían abandonado por un instante el misterioso cuartel general de la antigua Oposición, estaban llenos de esperanzas y temores, y se hacían muchas preguntas, que respondían principalmente ellos mismos.

—Me pregunto qué le dirá Lord Lyndhurst al rey —dijo Taper.

—Tiene mucho valor —dijo Tadpole.

—Casi deseo que Rigby hubiera desayunado con él esta mañana —dijo Taper.

—Si el Rey es firme y el país es sólido —dijo Tadpole—, y Lord Monmouth conserva sus distritos, no me sorprendería ver a Rigby nombrado *Privy Councillor* (Consejero Privado).

—No hay precedente de que un subsecretario sea Consejero Privado —dijo Taper.

—Pero vivimos en tiempos revolucionarios —dijo Tadpole.

—Caballeros —dijo el ayuda de cámara, en voz alta, entrando en la habitación—, se me ha ordenado que comunique que el Duque de Wellington está con el Rey.

—¡Hay una Providencia! —exclamó un caballero agitado, cuya patente de nobleza prevista no había sido firmada el día que el Duque dejó el cargo en 1830.

—Siempre pensé que el Rey sería firme —dijo el señor Tadpole.

—Me pregunto quién tendrá la Junta de la India —dijo Taper.

En ese momento entraron en la habitación tres o cuatro caballeros en un gran

ajetreo y excitación; fueron rodeados inmediatamente.

—¿Es cierto? —Muy cierto; ni la menor duda. Lo vi yo mismo. No fue abucheado en absoluto; ciertamente no fue silbado. Quizás un poco silbado. Un tipo realmente lo vitoreó. Lo vi yo mismo. Digan lo que digan, hay reacción. —Pero *Constitution Hill* (la colina de la Constitución), ¿dicen? —Bueno, hubo cierta inclinación a un disturbio en Constitution Hill; pero el Duque estuvo muy firme; pistolas y puertas del coche atrancadas.

Esto puede dar una vaga idea de las ansiosas preguntas y las satisfactorias respuestas que ocasionó la entrada de este grupo.

—¡Arriba, guardias, y contra ellos! —exclamó Tadpole, frotándose las manos en un arranque de entusiasmo patriótico.

Más tarde, por la tarde, alrededor de las cinco, en la hora de mayor intercambio de chismes políticos, cuando la sala estaba llena y cada uno tenía su rumor, el señor Rigby volvió a aparecer para echar un vistazo a los periódicos de la tarde y captar en varias charlas el tono del sentimiento público o partidista sobre la «crisis». Entonces se supo que el Duque había regresado del Rey, habiendo aceptado el encargo de formar una administración. ¿Una administración para hacer qué? ¡Pregunta portentosa! ¿Se harían concesiones? Y si es así, ¿cuáles? ¿Era del todo imposible, y demasiado tarde, *stare super vias antiquas*? (mantenerse sobre los caminos antiguos) Preguntas completamente por encima de sus Tadpoles y Tapers, cuya idea de las necesidades de la época era que ellos mismos estuvieran en el cargo.

Lord Eskdale se acercó al señor Rigby. Este par era un noble Creso, conocedor de todos los grados de la vida; un voluptuoso que podía ser espartano; clarividente, imparcial, sagaz; el mejor juez del mundo de un caballo o de un hombre; era el árbitro universal; una disputa sobre una apuesta o una amante era resuelta por él en un momento, y de una manera que satisfacía a ambas partes. Patrocinaba y apreciaba las bellas artes, aunque era jinete; respetaba a los hombres de letras, aunque solo leía novelas francesas; y sin ninguna afectación de gustos que no poseía, era considerado por todos los cantantes y bailarines de Europa como su campeón natural. El secreto de su fuerte carácter y gran influencia era su compostura, que un terremoto o un *Reform Bill* no podían perturbar, y que en él era el resultado del temperamento y la experiencia. Era un conocido íntimo de Lord Monmouth, pues tenían muchos gustos en común; eran ambos hombres de considerables y, en cierto grado, similares habilidades; y eran los dos mayores propietarios de distritos cerrados, controlados por un terrateniente) del país.

—¿Cena hoy en Monmouth House? —preguntó Lord Eskdale al señor Rigby.

—Donde espero encontrarme con Su Señoría. Los periódicos Whig están muy sumisos —continuó el señor Rigby.

—¡Ah! todavía no tienen la consigna —dijo Lord Eskdale.

—¿Y qué opina de los asuntos? —preguntó su compañero.

—Creo que los perros están demasiado excitados para soltarlos ahora —dijo Lord Eskdale.

—Hay una combinación —dijo Rigby, que parecía meditar un ataque al botón de Lord Eskdale.

—Dínoslo en la cena —dijo Lord Eskdale, que conocía a su hombre, e hizo un hábil movimiento hacia adelante, como si estuviera muy ansioso por ver el periódico *Globe*.

En el curso de dos o tres horas, estos caballeros se reunieron de nuevo en la sala verde de Monmouth House. El señor Rigby estaba sentado en un sofá junto a Lord Monmouth, detallando en susurros todos sus chismes de la mañana: Lord Eskdale murmurando extrañas preguntas al oído de la Princesa Lucretia.

Madame Colonna hacía comentarios alternativamente a dos caballeros, que le prestaban asidua corte. Uno de ellos era el señor Ormsby; el compañero de escuela, universidad y club de Lord Monmouth, que había sido su sombra durante toda su vida; viajó con él en sus primeros días, ganó dinero con él en el juego, había sido su colega en la Cámara de los Comunes; y aún era uno de sus designados. El señor Ormsby era millonario, lo que a Lord Monmouth le gustaba. Le gustaba que sus compañeros fueran muy ricos o muy pobres; fueran sus iguales, capaces de jugar con él a apuestas altas, o unirse a él en una gran especulación; o fueran sus herramientas, y le entretuvieran y sirvieran. No había nada que despreciara y detestara tanto como una fortuna moderada.

El otro caballero era de una clase y carácter diferentes. La naturaleza había destinado a Lucian Gay para erudito y bromista; la necesidad lo había convertido en un escritorzuelo y un bufón. Se había distinguido en la Universidad; pero no tenía patrimonio, ni esos poderes de perseverancia que el éxito en cualquier profesión docta requiere. Era guapo, tenía un gran espíritu animal y un agudo sentido del disfrute, y no podía trabajar. Además, tenía una buena voz y cantaba sus propias canciones con considerable gusto; habilidades que hicieron su fortuna en la sociedad y completaron su ruina.

Con el tiempo se liberó del banquillo y se sumergió en el periodismo, medio por el cual llegó a conocer al señor Rigby. Ese digno individuo no tardó en detectar el tesoro que había encontrado; un ingenioso, un escritor pronto y feliz, un ser alegre y manejable, con la educación, y aún los sentimientos y modales, de un caballero. Frecuentes fueron las cenas dominicales que encontraron a Gay como invitado en la villa del señor Rigby; numerosos los aéreos pasquines que dejó atrás, y que hicieron la fortuna de su patrón. Halagado por el conocimiento familiar de un hombre de posición, y confiado en que había encontrado el vínculo que tarde o temprano lo restauraría al mundo pulido que había perdido, Gay trabajó en su vocación con entusiasmo y éxito. De buena gana habría Rigby guardado su tesoro para sí mismo; y ciertamente lo atesoró durante mucho tiempo, pero se filtró. Rigby amaba la reputación de poseer el arte completo de la sociedad. Sus cenas eran célebres al menos por sus invitados. Grandes ilustraciones intelectuales se encontraban allí mezcladas con rango y alta posición. A Rigby le gustaba patrocinar; hacer el papel del ministro que se relaja y busca alivio de las preocupaciones del consejo en la sociedad de autores, artistas y hombres de ciencia. Le gustaba que los duques cenaran con él y le oyeran esparcir sus audaces críticas a Sir Thomas o a Sir Humphry. Se iban asombrados por los poderes de su anfitrión, quien, si no hubiera afortunadamente dedicado esos poderes a su partido, aparentemente habría rivalizado con Van Dyck o descubierto la lámpara de seguridad.

Ahora, en estas cenas, Lucian Gay, que tenía brillantes dotes conversacionales y poseía todos los recursos de la compañía alegre, sería un aliado invaluable. Por lo tanto, fue admitido, e inspirado tanto por el disfrute presente como por el futuro al que podría conducir, sus esfuerzos fueron incansables, variados, más exitosos. Las cenas de Rigby se hicieron aún más célebres. Sin embargo, siguió inevitablemente que los invitados que estaban encantados con Gay, desearan que Gay también fuera su invitado. Rigby estaba muy celoso de esto, pero era inevitable; sin embargo, mediante constantes maniobras, con insinuaciones de algún ejercicio, algún día u otro, de patrocinio sustancial en su favor, por mil pequeñas artes con las que creaba trabajo para Gay que a menudo le impedía aceptar invitaciones a grandes casas en el campo, mediante préstamos juiciosos de pequeñas sumas con los pagarés de Lucian y otros dispositivos análogos, Rigby logró mantener al ingenioso en un estado aceptable de esclavitud y dependencia.

Una cosa Rigby resolvió: Gay nunca entraría en Monmouth House. Ese era un empíreo demasiado alto para que su ala volara. Rigby mantuvo ese monopolio social para marcar distintivamente la relación que existía entre ellos como patrón y cliente. Era algo de lo que presumir cuando estaban juntos después de la segunda botella de clarete. Rigby mantuvo su resolución durante algunos años, lo que la frecuente y prolongada ausencia del Marqués

hizo no muy difícil. Pero somos criaturas de las circunstancias; al menos la raza Rigby particularmente. Lord Monmouth regresó a Inglaterra un año y quiso ser entretenido. Quería un bufón: un hombre a su alrededor que le hiciera, no reír, porque eso era imposible, sino sonreír más a menudo, contar buenas historias, decir cosas ingeniosas y cantar de vez en cuando, especialmente canciones francesas. Al principio de su vida, Rigby lo habría intentado todo esto, aunque no tenía gracia, voz ni oído. Pero su dominio sobre Lord Monmouth ya no dependía del mero ejercicio de cualidades agradables; se había vuelto indispensable para Su Señoría por consideraciones más serias, si no superiores. Y con la auditoría de sus cuentas, la custodia de sus distritos, escribirle, cuando estaba ausente, chismes por cada correo y cuando estaba en Inglaterra decidiendo cada pregunta y arreglando cada asunto que de otro modo podría haber perturbado el sublime reposo de la existencia de su patrón, Rigby podría ser excusado si se encogía un poco ante la parte menor del ingenio de sobremesa, particularmente cuando recordamos todo su periodismo subterráneo, sus ácidos epigramas y sus maliciosos párrafos, y lo que Tadpole llamaba sus artículos demoledores.

Estos artículos demoledores eran, en verdad, cosas que, si hubieran aparecido como panfletos anónimos, habrían recibido la despectiva recepción que, desde un punto de vista intelectual, ninguna composición merecía más seguramente; pero susurrados como producciones de alguien entre bastidores, y apareciendo en las páginas de una revista partidista, se hacían pasar por moneda genuina, y engañaban a grandes números de los súbditos, especialmente en el campo. Estaban escritos en un estilo aparentemente modelado sobre las minutas de esos astutos abogados que cansan a los defensores con su inteligente lugar común; molestando con comentarios obvios y torturando con inferencias inevitables. La afectación de orden en la declaración de los hechos tenía todo el método lúcido de un picaflor hábil. Trataban mucho con extractos de periódicos, citas del *Annual Register*, pasajes paralelos en discursos olvidados, dispuestos con una formidable variedad de fechas raramente precisas. Cuando el escritor opinaba que había hecho un punto, puede estar seguro de que el golpe estaba en cursiva, ese último recurso de los *Forcible Feebles* (Débiles Enérgicos). Manejaba una particularidad en cronología como si estuviera probando una coartada en el Tribunal Penal. La censura era grosera sin ser fuerte, y vengativa cuando debería haber sido sarcástica. De vez en cuando había un pasaje que apuntaba a un vuelo más alto, y nada puede concebirse más diferente del sentimiento genuino, o más ofensivo para el gusto puro. Y sin embargo, quizás la característica más ridícula de estas jocosas *gallimaufreys* (ensaladas) era una ocasional asunción del alto tono moral y admonitorio, que cuando recurrimos al espíritu general del discurso, y fuimos propensos a recordar el carácter de su escritor, recordaba irresistiblemente a la Sra. Cole y su libro de

oraciones.

Para volver a Lucian Gay. Era una regla para Rigby que nadie, si era posible, hiciera nada por Lord Monmouth excepto él mismo; y como se debía encontrar un bufón, estaba decidido a que Su Señoría tuviera el mejor del mercado, y que él tuviera el mérito de proporcionar el artículo. Como recompensa, por lo tanto, por muchos servicios pasados, y un nuevo reclamo para sus futuros esfuerzos, Rigby le dijo un día a Gay que la hora había llegado por fin en que el más alto objeto de su razonable ambición, y el cumplimiento de una de las más largamente acariciadas y queridas esperanzas de Rigby, iban a ser realizados. Gay iba a ser presentado a Lord Monmouth y a cenar en Monmouth House.

El conocimiento fue exitoso; muy agradable para ambas partes. Gay se convirtió en un huésped habitual de Lord Monmouth cuando su patrón estaba en Inglaterra; y en su ausencia recibió frecuentes y sustanciales muestras de su amable recuerdo, pues Lord Monmouth era generoso con aquellos que le divertían.

Mientras tanto, la hora de la cena está cerca. Coningsby, que había perdido la llave de su bolsa de viaje, que finalmente cortó con una navaja que encontró en su mesa de escritorio, y cuya hoja rompió en la operación, solo llegó al salón cuando la figura de su abuelo, apoyado en su bastón de marfil y siguiendo a sus invitados, era apenas visible en la distancia. Pronto fue alcanzado. Al ver a Coningsby, Lord Monmouth le hizo una reverencia, no tan formal como la de la mañana, pero aún una reverencia, y dijo: «Espero que le haya gustado su paseo».

CAPÍTULO VI

Una pequeña cena, no más que las Musas, con todos los invitados inteligentes y algunos bonitos, ofrece la vida humana y la naturaleza humana bajo circunstancias muy favorables. En la presente ocasión, también, todos estaban ansiosos por agradar, pues el anfitrión era completamente bien educado, nunca egoísta en pequeñas cosas, y siempre contribuía con su cuota al fondo general de sociabilidad pulida.

Aunque realmente solo había un pensamiento en cada mente masculina presente, la consideración por las damas, y un poco de aprensión hacia los sirvientes, desterró la política del discurso durante la mayor parte de la cena, con la ocasional excepción de alguna rápida y fugaz alusión que los iniciados entendían, pero que permanecía como un misterio para el resto. Sin embargo, una vieja historia de vez en cuando bien contada por el señor Ormsby, un chiste nuevo de vez en cuando bien introducido por el señor Gay, alguna

audaz aseveración del señor Rigby, que, aunque errónea, era sorprendente; esta agradable mezcla de anécdota, broma y paradoja, mantenía todo fluido, y producía ese grado de suave excitación que es deseable. Lord Monmouth a veces resumía con una frase epigramática, y giraba la conversación con una pregunta, en caso de que se detuviera demasiado en el mismo tema. Lord Eskdale se dirigía principalmente a las damas; preguntaba por su paseo matutino y sus quehaceres, hablaba de nuevas modas y citaba una carta de París. Madame Colonna no era ingeniosa, pero tenía esa dulce franqueza romana que es tan encantadora. La presencia de una mujer hermosa, natural y de buen carácter, aunque no sea una L'Espinasse o una De Staël, es estimulante.

Sin embargo, debido probablemente a los poderes absorbentes del tema prohibido, hubo momentos en que parecía que se avecinaba una pausa, y el señor Ormsby, un veterano, aprovechó uno de esos instantes críticos para dirigir una pregunta bonachona a Coningsby, con cuya amistad ya había cultivado al tomar vino con él.

—¿Y qué te parece Eton? —preguntó el señor Ormsby.

Era la idéntica pregunta que se le había presentado a Coningsby en la memorable entrevista de la mañana, y que no había recibido respuesta; o más bien había producido por su parte un derrame sentimental que absolutamente lo había destinado o condenado a la Iglesia.

—Me gustaría ver al tipo al que no le gusta Eton —dijo Coningsby, vivazmente, decidido esta vez a ser muy valiente.

—¡Cáspita! Debo bajar a ver el viejo lugar —dijo el señor Ormsby, conmovido por una recuerdo melancólico—. ¿Todavía se puede conseguir una buena cama y una botella de oporto en el Christopher?

—Será mejor que venga a probarlo, señor —dijo Coningsby—. Si algún día viene a cenar conmigo en el Christopher, le daré una botella de champaña como nunca ha probado.

El Marqués lo miró, pero no dijo nada.

—¡Ah! Me gustaba una cena en el Christopher —dijo el señor Ormsby—; después de cordero, cordero, cordero, todos los días, no estaba mal.

—Teníamos venado para cenar cada semana la temporada pasada —dijo Coningsby—; Buckhurst lo enviaba desde su parque. Pero no me importa la cena. El desayuno es mi momento de relajo.

—¡Ah! esos bollitos y esas porciones de mantequilla —dijo el señor Ormsby —. Raciones cortas, eso sí. ¿Qué cree que hacíamos en mi época? Solíamos enviar al otro lado a por una chuleta de cordero.

—Me gustaría que viera a Buckhurst y a mí en el desayuno —dijo Coningsby —, ¡con una libra de salchichas de Castle!

—¿Qué Buckhurst es ese, Harry? —preguntó Lord Monmouth, en un tono de cierto interés, y por primera vez llamándolo por su nombre de pila.

—Sir Charles Buckhurst, señor, de Berkshire: Shirley Park es su finca.

—Vaya, ese debe ser el hijo de Charley, Eskdale —dijo Lord Monmouth—; no tenía idea de que pudiera ser tan joven.

—Se casó tarde, ya sabes, y tuvo solo hijas durante mucho tiempo.

—Bueno, espero que no haya *Reform Bill* para Eton —dijo Lord Monmouth, pensativamente.

Los sirvientes se habían retirado.

—Creo, Lord Monmouth —dijo el señor Rigby—, que debemos pedir permiso para brindar hoy.

—No, yo mismo lo daré —respondió—. Madame Colonna, estoy seguro de que se unirá a nosotros cuando brindemos por EL DUQUE.

—¡Ah, qué hombre! —exclamó la Princesa—. ¡Qué lástima que tengan una Cámara de los Comunes aquí! Inglaterra sería el país más grande del mundo si no fuera por esa Cámara de los Comunes. ¡Crea tanta confusión!

—No abuse de nuestra propiedad —dijo Lord Eskdale—; Lord Monmouth y yo aún tenemos veinte votos de ese mismo cuerpo entre nosotros.

—Y hay una combinación —dijo Rigby— por la que aún podrías conservarlos.

—¡Ah! ahora la combinación de Rigby —dijo Lord Eskdale.

—Lo único que puede salvar este país —dijo Rigby— es una coalición en escala móvil.

—Será mejor que compre la *Birmingham Union* (Unión de Birmingham) y los otros cuerpos —dijo Lord Monmouth—; creo que todo podría hacerse por dos o trescientas mil libras; y los periódicos también. Pitt habría resuelto este

asunto hace mucho tiempo.

—Bueno, al menos estamos dentro —dijo Rigby—, y debemos hacer algo.

—Me gustaría ver la lista de nuevos pares de Grey —dijo Lord Eskdale—. Dicen que hay varios miembros de nuestro club en ella.

—Y las reclamaciones al honor son tan opuestas —dijo Lucian Gay—; uno, por su gran propiedad; otro, porque no tiene ninguna; uno, porque tiene una familia bien crecida para perpetuar el título; otro, porque no tiene heredero, ni posibilidad de obtenerlo.

—Me pregunto cómo formará su gabinete —dijo Lord Monmouth—; la vieja historia no funcionará.

—He oído que Baring será una de las nuevas cartas; dicen que complacerá a la ciudad —dijo Lord Eskdale—. Supongo que sacarán de seto y zanja todo lo que haya tenido la apariencia de liberalismo.

—Los asuntos en mi tiempo nunca estuvieron tan complicados —dijo el señor Ormsby.

—No, me parece que está en pocas palabras —dijo Lucian Gay—; una parte quiere conservar sus viejos distritos, y la otra obtener sus nuevos pares.

CAPÍTULO VII

El futuro historiador del país se verá perplejo para determinar cuál fue el objeto distintivo que el Duque de Wellington se propuso en las maniobras políticas de mayo de 1832. Se sabía que la aprobación del *Reform Bill* era una condición absoluta con el Rey; era indiscutible que la primera elección general bajo la nueva ley expulsaría ignominiosamente al ministerio Anti-Reforma del poder; que luego reanudarían sus escaños en los escaños de la Oposición en ambas Cámaras con la pérdida no solo de sus distritos, sino de esa reputación por consistencia política, que podría haber sido alguna compensación por la influencia parlamentaria de la que habían sido privados. Es difícil reconocer en este esfuerzo prematuro del líder Anti-Reforma por introducirse de nuevo en la dirección de los asuntos públicos, cualquier indicación del juicio previsor que podría haberse esperado de tal cuarto. Olía más a inquietud que a energía; y, mientras demostró en su progreso no solo una ignorancia por su parte de la mente pública, sino de los sentimientos de su propio partido, terminó bajo circunstancias que fueron humillantes para la Corona, y dolorosamente significativas de la futura posición de la Cámara de los Lores en el nuevo esquema constitucional.

El Duque de Wellington ha sido siempre el devoto de las circunstancias. Le importan poco las causas. Observa los eventos más que busca producirlos. Es una característica de la mente militar. Las combinaciones rápidas, resultado de una mirada rápida, vigilante y comprensiva, son generalmente triunfantes en el campo de batalla: pero en los asuntos civiles, donde los resultados no son inmediatos; en la diplomacia y en la gestión de asambleas deliberativas, donde hay mucho tiempo de por medio y muchas causas contrarrestantes, esta velocidad de decisión, esta acción intermitente y precipitada, son a menudo productivas de considerable vergüenza, y a veces de terrible descalabro. Es notable que los hombres célebres por su prudencia militar a menudo resulten ser estadistas obstinados. En la vida civil, un gran general es frecuente y extrañamente la criatura del impulso; influenciado en sus movimientos políticos por la última información recibida; y a menudo la criatura del último *aide-de-camp* (ayudante de campo) que tiene su oído.

Intentaremos rastrear en otro capítulo las razones que, en esta como en ocasiones anteriores y posteriores, indujeron a Sir Robert Peel a mantenerse al margen, si era posible, de la vida oficial, y lo hicieron reacio a reingresar al servicio de su Soberano. En el presente caso, incluso el éxito temporal solo podría haberse asegurado mediante la máxima decisión, prontitud y energía. Todo esto faltaba: algunos tenían miedo de seguir el audaz ejemplo de su líder; muchos no estaban dispuestos. En cuarenta y ocho horas se supo que había un *hitch* (enganche / problema).

El partido de la Reforma, que había sido más estupefacto que aterrorizado por la misión aceptada del Duque de Wellington, reunió sus sentidos dispersos y reagrupó sus fuerzas. Los agitadores arengaron, las turbas abuchearon. La City de Londres, como si el Rey hubiera intentado de nuevo apoderarse de los cinco miembros, nombró un comité permanente del *Common Council* (Consejo Común) para vigilar las fortunas de la *great national measure* (gran medida nacional), y para informar diariamente. Brookes', que era el único lugar que al principio estaba realmente asustado y hablaba de compromiso, se volvió valiente de nuevo; mientras que los jóvenes héroes Whig saltaban sobre las mesas de las salas de los clubes y pronunciaban ardientes invectivas. Animados por estas manifestaciones, la Cámara de los Comunes se reunió en gran fuerza y aprobó una votación que golpeaba, sin disimulo, a todos los poderes rivales en el Estado; anunciaba virtualmente su supremacía; revelaba la desesperada posición de la Cámara de los Lores bajo el nuevo arreglo; y parecía sepultar para siempre el revoloteante fantasma de la prerrogativa real.

Fue el 9 de mayo que Lord Lyndhurst estuvo con el Rey, y el 15 todo había terminado. Nada en la historia parlamentaria tan humillante como la oración fúnebre pronunciada ese día por el Duque de Wellington sobre la vieja

constitución, que, modelada sobre la veneciana, había gobernado Inglaterra desde la adhesión de la Casa de Hannover. Describió a su Soberano, cuando Su Gracia acudió por primera vez a Su Majestad, como en un estado de la mayor dificultad y angustia, apelando a su nunca fallida lealtad para sacarlo de su problema y vejación. El Duque de Wellington, representando a la Cámara de los Lores, simpatiza con el Rey y promete sus máximos esfuerzos para el alivio de Su Majestad. Pero después de cinco días de esfuerzo, este hombre de indomable voluntad e invencibles fortunas, renuncia a la tarea en descalabro y desesperación, y alega como la única y suficiente razón para su total y desesperada derrota, que la Cámara de los Comunes había llegado a una votación que iba en contra del ejercicio previsto de la prerrogativa.

Desde ese momento, el poder pasó de la Cámara de los Lores a otra asamblea. Pero si los pares han dejado de ser *magnificoes* (magníficos / nobles venecianos), ¿no podría suceder también que el Soberano dejara de ser un *Doge* (Dux)? No es imposible que los movimientos políticos de nuestro tiempo, que parecen en la superficie tener una tendencia a la democracia, puedan tener en realidad un sesgo monárquico.

En menos de quince días, la Cámara de los Lores, como Jacobo II, después de abdicar de sus funciones por ausencia, el *Reform Bill* se aprobó; el ardiente monarca, que unos meses antes había expresado su disposición a bajar al Parlamento, en un coche de alquiler si fuera necesario, para ayudar a su progreso, ahora declinaba dar personalmente su asentimiento a sus disposiciones.

En las prolongadas discusiones a las que dio lugar esta célebre medida, nada es más notable que las perplejidades en las que se ven arrojados los oradores de ambos lados cuando tocan la naturaleza del principio representativo. Por un lado, se mantuvo que, bajo el antiguo sistema, el pueblo estaba virtualmente representado; mientras que por el otro, se instó triunfalmente que, si se concede el principio, el pueblo no debería estar virtual, sino realmente representado. ¿Pero quiénes son el pueblo? ¿Y dónde se traza una línea? ¿Y por qué debería haberla? Se instó que una contribución a los impuestos era la calificación constitucional para el sufragio. Pero hemos establecido un sistema de impuestos en este país de una naturaleza tan notable, que el mendigo que mastica su *quid* (porción de tabaco de mascar) mientras barre un cruce, ¡está contribuyendo a los impuestos! ¿Tiene derecho a votar? Él es uno del pueblo, y aporta su cuota a las cargas públicas.

En medio de estas declaraciones contradictorias, y estas conclusiones confusas, es singular que ningún miembro de ninguna Cámara haya recurrido al carácter original de estas asambleas populares, que siempre han prevalecido entre las naciones del norte. Todavía conservamos en la

fraseología antigua de nuestros estatutos el término que podría haber guiado beneficiosamente a un Reformador moderno en sus trabajos reconstructivos.

Cuando el *crowned Northman* (norteño coronado / rey nórdico) consultaba sobre el bienestar de su reino, reunía a los Estamentos de su reino. Ahora, un estamento es una clase de la nación investida de derechos políticos. Allí aparecía el estamento del clero, de los barones, de otras clases. En los reinos escandinavos hasta el día de hoy, el estamento de los campesinos envía sus representantes al parlamento. En Inglaterra, bajo los normandos, la Iglesia y la *Baronage* (Baronía) eran convocadas, junto con el estamento de la Comunidad, un término que entonces probablemente describía a los poseedores de tierras inferiores, cuya tenencia no era inmediata de la Corona. Este Tercer Estado era tan numeroso, que la conveniencia sugería su aparición por representación; mientras que los otros, más limitados, aparecían, y todavía aparecen, personalmente. El Tercer Estado fue reconstruido según se desarrollaron las circunstancias. Fue una Reforma del Parlamento cuando las ciudades fueron convocadas.

Al tratar la Cámara del Tercer Estado como la Cámara del Pueblo, y no como la Cámara de una clase privilegiada, el Ministerio y el Parlamento de 1831 concedieron virtualmente el principio del *Universal Suffrage* (Sufragio Universal). Desde este punto de vista, el *ten-pound franchise* (derecho al voto basado en una propiedad de diez libras) era una calificación arbitraria, irracional e impolítica. Tenía, en efecto, el mérito de la simplicidad, y también lo tenían las constituciones del Abate Siéyès. Pero su resultado inmediato e inevitable fue el **Chartism** (Cartismo).

Pero si el Ministerio y el Parlamento de 1831 hubieran anunciado que había llegado el momento de que el *Third Estate* fuera ampliado y reconstruido, habrían ocupado una posición inteligible; y si, en lugar de la simplicidad de los elementos en su reconstrucción, hubieran buscado, por el contrario, materiales varios y variados que hubieran neutralizado la dolorosa preponderancia de cualquier interés particular en el nuevo esquema, y prevenido esas envidias conjuradas que han sido sus consecuencias, la nación se habría encontrado en una condición segura. Otra clase no menos numerosa que la existente, e investida de privilegios no menos importantes, se habría añadido a los estamentos públicos del reino; y la desconcertante frase *the People* (el Pueblo) habría permanecido, lo que realmente es, un término de filosofía natural, y no de ciencia política.

Durante esta semana trascendental de mayo de 1832, cuando se efectuó una importante revolución en el más considerable de los reinos modernos, de manera tan tranquila, que las propias víctimas apenas eran conscientes en el momento de la catástrofe, Coningsby pasó sus horas en placeres inusuales y

en una nueva excitación. Aunque oía diariamente de labios del señor Rigby y sus amigos que Inglaterra estaba perdida para siempre, los invitados reunidos aún conseguían hacer justicia a las excelentes cenas de su abuelo; ni la inminente ruina que les esperaba impedía que la Princesa Colonna fuera a la Ópera, adonde muy amablemente llevó a Coningsby. Madame Colonna, en efecto, dio tan gratas noticias de su querido joven amigo, que Coningsby se convirtió diariamente en un mayor favorito de Lord Monmouth, quien acariciaba la idea de que su nieto había heredado no solo el color de sus ojos, sino algo de su espíritu astuto e intrépido.

Con Lucretia, Coningsby no avanzó mucho. Permaneció silenciosa y huraña. No era hermosa; pálida, con el ceño fruncido, y una mirada que evitaba encontrarse con otra. Madame Colonna, aunque bonachona, sentía por ella algo del afecto por el que las madrastras son célebres. Lucretia, en efecto, no fomentaba su amabilidad, lo que irritaba a su madrastra, que parecía rara vez dirigirse a ella sino para reprenderla y regañarla; Lucretia nunca respondía, pero miraba con terquedad. Su padre, el Príncipe, no compensaba este trato. El recuerdo de su madre, a quien había detestado mucho, no ablandaba su corazón. Era un hombre aún joven; delgado, no alto; muy guapo, pero gastado; un Antínoo demacrado; su hermoso cabello adelgazándose cada día; su vestimenta rica y afeminada; muchas joyas, muchos encajes. Rara vez hablaba, pero era pulido, aunque taciturno.

Al final de la semana, Coningsby regresó a Eton. En vísperas de su partida, Lord Monmouth deseó que su nieto se reuniera con él en sus habitaciones a la mañana siguiente, antes de abandonar su techo. Esta visita de despedida fue tan amable y graciosa como la primera había sido repulsiva. Lord Monmouth dio a Coningsby su bendición y diez libras; deseó que ordenara un atuendo, lo que quisiera, para el próximo *Montem* (festival de Eton), al que Lord Monmouth pensaba asistir; e informó a su nieto que ordenaría que en adelante se enviara a Eton un suministro adecuado de caza y venado para uso propio y de sus amigos.

CAPÍTULO VIII

Después de la escuela de las ocho, el día siguiente al regreso de Coningsby, según la costumbre, se dirigió a la habitación de Buckhurst, donde Henry Sydney, Lord Vere y nuestro héroe celebraban con él su reunión de desayuno. Todos estaban en la quinta forma, y eran compañeros habituales, en el río o en la pared de *Fives* (juego de pelota), en el cricket o en el fútbol. El regreso de Coningsby, su líder tanto en el deporte como en el estudio, los inspiró hoy con un espíritu inusual, que, a decir verdad, nunca estaba particularmente deprimido. Dónde había estado, qué había visto, qué había hecho, qué clase de persona era su abuelo, si la visita había sido un éxito; aquí había material

para una investigación casi interminable. Y, en efecto, para hacerles justicia, la última pregunta no era la menos excitante para ellos; pues el profundo y cordial interés que todos sentían por el bienestar de Coningsby superaba con creces la curiosidad que, en circunstancias ordinarias, habrían experimentado ante el regreso de uno de sus compañeros de una visita inusual a Londres. El informe de su amigo les dio una satisfacción ilimitada, cuando supieron que su pariente era un tipo espléndido; que había sido cargado de amabilidad y favores; que Monmouth House, cuyas maravillas esbozó rápidamente, sería de ahora en adelante su hogar; que Lord Monmouth vendría a Montem; que Coningsby podía ordenar cualquier atuendo que quisiera, construir un nuevo bote si elegía; y, finalmente, había sido *pouched* (recompensado) de una manera digna de un Marqués y un abuelo.

—Por cierto —dijo Buckhurst, cuando el alboroto se había calmado un poco —, me temo que no te gustará nada, Coningsby; pero, viejo amigo, no tenía idea de que volverías esta mañana; he invitado a Millbank a desayunar aquí.

Una nube se extendió sobre la clara frente de Coningsby.

—Fue mi culpa —dijo el amable Henry Sydney—; pero realmente quería ser cortés con Millbank, y como no estabas aquí, incité a Buckhurst a invitarlo.

—Bueno —dijo Coningsby, como si se resignara hoscamente—, no importa; ¿pero por qué invitar a un infame fabricante?

—Pues bien, el Duque siempre quiso que le prestara un poco de atención —dijo Lord Henry, suavemente—. Su familia fue tan amable con nosotros cuando estuvimos en Manchester.

—¡Manchester, ciertamente! —dijo Coningsby—; si supieras lo que sé sobre Manchester. ¡Qué bonito estado hemos tenido en Londres esta última semana con tus Manchesters y Birminghams!

—Vamos, vamos, Coningsby —dijo Lord Vere, hijo de un ministro Whig—; yo estoy por Manchester y Birmingham.

—Todo está perdido para el país, puedo decírtelo —dijo Coningsby, con el aire de alguien que está en el secreto.

—Mi padre dice que todo irá bien ahora —replicó Lord Vere—. Recibí una carta de mi hermana ayer.

—Dicen que todos perderemos nuestras propiedades, sin embargo —dijo Buckhurst—; sé que no renunciaré a la mía sin luchar. Shirley fue asediada, ya sabes, en las guerras civiles; y los rebeldes fueron terriblemente golpeados.

—Creo que toda la gente de Beaumanoir apoyaría al Duque —dijo Lord Henry, pensativamente.

—Bueno, puedes estar seguro de que lo tendrás muy pronto —dijo Coningsby —. Lo sé de la mejor autoridad.

—Depende de si mi padre se queda —dijo Lord Vere—. Es el único hombre que puede gobernar el país ahora. Todos lo dicen.

En ese momento entró Millbank. Era un chico guapo, algo tímido, y sin embargo con una expresión sincera en su rostro. Evidentemente no era extremadamente íntimo con los que ahora eran sus compañeros. Buckhurst, Henry Sydney y Vere lo recibieron cordialmente. Miró a Coningsby con cierta reserva, y luego dijo:

—Has estado en Londres, ¿Coningsby?

—Sí, he estado allí durante todo el jaleo.

—Debes haber tenido una juerga estupenda.

—Sí, si tener las ventanas rotas por una turba es una juerga estupenda. Las de mi abuelo no pudieron romperlas, eso sí. Monmouth House está en un patio. Todas las casas de los nobles deberían estar en patios.

—Me alegró ver que todo terminó muy bien —dijo Millbank.

—Aún no ha comenzado —dijo Coningsby.

—¿Qué? —dijo Millbank.

—Pues la revolución.

—El *Reform Bill* evitará una revolución, dice mi padre —dijo Millbank.

—¡Por Júpiter! aquí está el ganso —dijo Buckhurst.

En ese momento entró en la habitación un niño pequeño, vástago de una noble casa, portando un ganso asado, que había traído de la cocina del mesón de enfrente, el Christopher. El *lower boy* (muchacho de menor rango) o *fag* (criado), depositando su carga, preguntó a su amo si lo necesitaba más; y Buckhurst, después de mirar alrededor de la mesa y cerciorarse de que no, le dio permiso para retirarse; pero apenas había desaparecido cuando su amo gritó: «*Lower boy*, ¡St. John!» inmediatamente volvió a entrar y pidió saber el deseo de su amo, que era que vertiera un poco de agua en la tetera. Hecho esto, St. John realmente escapó y se retiró a una habitación de estudio, donde

la intimidación de un tutor, porque no tenía derivaciones, excedía en toda probabilidad la intimidación de su amo, si en su paso del Christopher hubiera logrado volcar el ganso o dejar caer las salchichas.

En su alegre comida, el *Reform Bill* fue olvidado. Sus pensamientos pronto se concentraron en su pequeño mundo, aunque hay que reconocer que visiones de palacios y hermosas damas ocasionalmente revoloteaban sobre el cerebro de uno de la compañía. Pero para él especialmente había mucho interés y novedad. ¡Tanto había sucedido en su ausencia! Había para él una semana de atraso de los anales de Eton. Fueron relatados con un espíritu tan fresco y en colores tan vívidos, que Coningsby no perdió nada con su visita a Londres. Todas las audaces hazañas que se habían hecho, y todas las cosas brillantes que se habían dicho; todos los triunfos, y todos los fracasos, y todas las aventuras; cuán popular se había vuelto un maestro, y cuán ridículo otro; todo fue detallado con una vivacidad, una franqueza y una ingenuidad pintoresca, que habrían hecho la fortuna de un Heródoto o un Froissart.

—Te diré una cosa —dijo Buckhurst—, propongo que después de las doce subamos los cinco a Maidenhead.

—¡Aprobado, aprobado!

CAPÍTULO IX

Millbank era hijo de uno de los fabricantes más ricos de Lancashire. Su padre, cuyas opiniones eran de tendencia muy democrática, envió a su hijo a Eton, aunque desaprobaba el sistema educativo que allí se seguía, para mostrar que tenía tanto derecho a hacerlo como cualquier duque del país. Sin embargo, había criado a su único hijo con un debido prejuicio contra todo sentimiento o institución de carácter aristocrático, y le había inculcado especialmente en su carrera escolar que evitara la más mínima apariencia de cortejar los afectos o la sociedad de cualquier miembro de la falsamente considerada clase superior.

El carácter del hijo, tanto como la influencia del padre, tendía al cumplimiento de estas admoniciones. Oswald Millbank era de naturaleza orgullosa e independiente; reservado, un poco severo. El dogma temprano y constantemente reiterado de su padre, de que pertenecía a una clase excluida de su justa posición en el sistema social, había agravado el humor grave y algo descontento de su sangre. Sus talentos eran considerables, aunque no investidos de cualidades deslumbrantes. No poseía esa comprensión rápida y brillante que, combinada con una memoria de rara retentiva, ya había adelantado a Coningsby mucho más allá de su edad, y lo había convertido en el futuro héroe de la escuela. Pero Millbank poseía una de esas fuertes y

laboriosas voliciones cuya perseverancia equivale casi al genio, y alcanza casi sus resultados. Aunque Coningsby era un año menor que él, eran rivales. Esta circunstancia no tendía a eliminar el prejuicio que Coningsby albergaba contra él, pero su sesgo por parte de Millbank tenía un efecto contrario.

La influencia del individuo no es tan sensible en ningún lugar como en la escuela. Allí las cualidades personales impactan sin causas intermedias y contrarrestantes. Una presencia graciosa, nobles sentimientos o un talento feliz, se abren camino allí de inmediato, sin investigaciones preliminares sobre a qué grupo pertenecen, o de qué familia son, cuánto ganan al año, o dónde viven. Ahora, en ningún espíritu había caído la influencia de Coningsby, ya el favorito, y pronto probablemente el ídolo, de la escuela, más efectivamente que en el de Millbank, aunque era una influencia que nadie podía sospechar excepto su devoto o su víctima.

En la escuela, la amistad es una pasión. Embelesa al ser; desgarra el alma. Todos los amores de la vida posterior nunca pueden traer su éxtasis, o su miseria; ninguna dicha tan absorbente, ninguna punzada de celos o desesperación tan aplastante y tan aguda. ¡Qué ternura y qué devoción; qué confianza ilimitada; infinitas revelaciones de pensamientos más íntimos; qué presente extático y futuro romántico; qué amargos alejamientos y qué fundentes reconciliaciones; qué escenas de salvaje recriminación, explicaciones agitadoras, correspondencia apasionada; qué sensibilidad insana, y qué sensibilidad frenética; qué terremotos del corazón y torbellinos del alma se encierran en esa simple frase, la amistad de un colegial! Es algún vago recuerdo de estos místicos pasajes de su joven emoción lo que hace que los hombres de cabello gris lamenten la memoria de sus días de colegio. Es un hechizo que puede suavizar la acritud de la guerra política, y con su brujería puede arrancar un suspiro incluso en medio del insensible ajetreo de los salones de moda.

El secreto de la vida de Millbank era una admiración y un afecto apasionados por Coningsby. El orgullo, su reserva natural y las admoniciones de su padre, sin embargo, hasta ahora se habían combinado con éxito para reprimir la más mínima manifestación de estos sentimientos. En efecto, Coningsby y él nunca eran compañeros, excepto en la escuela, o en algún juego público. El comportamiento de Coningsby no daba ánimos a la intimidad con alguien que, bajo cualquier circunstancia, habría requerido una considerable invitación para abrirse. Así que Millbank se alimentaba en silencio de una idea acariciada. Era su felicidad estar en la misma forma, unirse al mismo deporte, con Coningsby; ocasionalmente ser arrojado a un contacto inusual con él, intercambiar palabras breves y no descorteses. En su división eran rivales; Millbank a veces triunfaba, pero ser vencido por Coningsby no dejaba de tener para él un grado de suave satisfacción. No había un gesto, ni una

frase de Coningsby, que no observara, meditara y atesorara. Coningsby era su modelo, tanto en los estudios, en los modales, o en los pasatiempos; el alumno más apto, el ingenio más alegre, el asociado más grácil, el compañero de juegos más consumado: su estándar de excelencia. Sin embargo, Millbank era el último muchacho de la escuela a quien sus compañeros le habrían dado crédito por un sentimiento profundo y ardiente. No era, en verdad, impopular. El favorito de la escuela como Coningsby, bajo ninguna circunstancia podría haberse convertido; ni estaba calificado para obtener esa gracia general entre la multitud, que la dulce disposición de Henry Sydney, o la alegre profusión de Buckhurst, adquirían sin ningún esfuerzo. Millbank no estaba bendecido con el encanto de la manera. Parecía reservado y frío; pero era valiente, justo e inflexible; nunca intimidaba, y hasta donde podía, prevenía la tiranía. Los niños pequeños lo admiraban como un protector severo; y su palabra, también, en toda la escuela era un proverbio: y la verdad es una gran cualidad entre los muchachos. En una palabra, Millbank era respetado por aquellos entre quienes vivía; y los colegiales escudriñan el carácter con más sutileza de lo que los hombres suponen.

Un hermano de Henry Sydney, destinado en Lancashire, había sido herido recientemente en un disturbio, y había recibido una gran amabilidad de la familia Millbank, en cuyo vecindario inmediato había ocurrido el disturbio. El bondadoso Duque había insistido a Henry Sydney en que reconociera con cordialidad al joven Millbank en Eton, el sentido que su familia tenía de estos beneficios; pero, aunque Henry no perdió tiempo ni oportunidad para obedecer una instrucción que era grata a su propio corazón, no logró fomentar, o en verdad crear, ninguna intimidad con el objeto de su solicitud. Una compañía con alguien que era pariente de Coningsby y su amigo más familiar, a primera vista habría parecido, independientemente de todas las demás consideraciones, un resultado más deseable para que Millbank lo lograra. Pero, quizás, esta misma circunstancia proporcionaba razones adicionales para la ausencia de todo ánimo con el que recibió las ofertas de Lord Henry. Millbank sospechaba que Coningsby no estaba favorecido a su favor, y su orgullo se recogía ante la idea de ganar, por medios indirectos, una intimidad que el haber obtenido de manera clara y expresa lo habría gratificado profundamente. Sin embargo, la urgente invitación de Buckhurst y Henry Sydney, y el temor de que la persistencia en la negativa pudiera ser malinterpretada como grosería, había finalmente llevado a Millbank a su reunión de desayuno, aunque cuando aceptó su invitación, no previó que Coningsby estaría presente.

Era aproximadamente una hora antes del atardecer, el día de este mismo desayuno, y un buen número de muchachos, en grupos ociosos, se habían reunido en el Paseo Largo. Los deportes y partidos del día habían terminado. La crítica había sucedido a la acción en el remo y en el críquet. Hablaron de

las hazañas de la mañana; discutieron los méritos de los competidores, señalaron al tipo cuyo juego o cuyo golpe estaba mejorando; echaron un vistazo a otro cuyas promesas no se habían cumplido; discutieron las pretensiones y adjudicaron la palma. Así se forma la opinión pública. También se podía ver a algunos con sus libros y ejercicios, concentrados en las tareas inevitables e inminentes. Entre estos, algún desgraciado ser en la clase intermedia, vagando con su sombrero, a la manera parroquial, buscando alivio en forma de un verso. Una suerte dura esta: saber que debes producir al menos catorce versos en veinticuatro horas, y ser consciente de que no estás preñado de ninguno. Los muchachos más pequeños, de tierna edad, se agrupaban como moscas alrededor de las cestas de ciertos vendedores de delicias azucaradas que descansaban en la pared del Paseo Largo. El rostro pálido, el ojo sin brillo, la voz ronca obstruida con flema acumulada indicaban demasiado seguramente al irreclamable y desesperado devoto del caramelo, el comedor de opio de los colegiales.

—Está decidido, el partido de mañana será entre los *Aquatics* (Acuáticos) y los *Drybobs* (Secos) —dijo un alumno de los mayores, que estaba organizando un futuro partido de cricket.

—¿Pero qué se va a hacer con Fielding *major* (el mayor)? —preguntó otro—. No ha pagado su dinero de bote, y digo que no tiene derecho a jugar entre los *Aquatics* antes de pagar su dinero.

—¡Oh! pero debemos tener a Fielding *major*, es un *devil of a swipe* (diablo de un bateador).

—Declaro que no jugará entre los *Aquatics* si no paga su dinero de bote. Es una vergüenza infernal.

—Preguntemos a Buckhurst. ¿Dónde está Buckhurst?

—¿Tiene *toffy* (dulce de caramelo)? —preguntó un niño de aspecto apagado, con voz ronca, a uno de los vendedores de confitería escolar.

—*Tom Trot* (dulce de caramelo blando), señor.

—No, quiero *toffy*.

—*Tom Trot* muy bueno, señor.

—No, quiero *toffy*; he estado comiendo *Tom Trot* todo el día.

—¿Dónde está Buckhurst? Debemos decidir lo de los *Aquatics*.

—Bueno, yo por mi parte no jugaré si Fielding *major* juega entre los *Aquatics*. Eso está decidido.

—¡Oh, tonterías! pagará su dinero si se lo pides.

—No voy a pedírselo de nuevo. El capitán nos acosa todos los días. Es una vergüenza infernal.

—Digo, Burnham, ¿dónde se puede conseguir algo de *toffy*? Este tipo nunca tiene.

—Te lo diré; en Barnes, en el puente. El mejor *toffy* del mundo.

—Iré ahora mismo. Debo conseguir algo de *toffy*.

—Ayúdame con este verso, Collins —dijo un muchacho a otro, en tono suplicante—, sé buen amigo.

—Bueno, dámelo: la primera sílaba en *fabri* es corta; ¡tres falsas cantidades en los dos primeros versos! Eres todo un caso. Ahí, lo he hecho por ti.

—Eso es ser buen amigo.

—¿Alguien ha visto a Buckhurst?

—Ha subido el río con Coningsby y Henry Sydney.

—Pero ya debe haber vuelto. Lo quiero para hacer la lista para el partido de mañana. ¿Dónde demonios puede estar Buckhurst?

Y ahora, como los rumores surgen en la sociedad sin que sepamos cómo, de repente hubo un informe volante en esta multitud, cuyo origen nadie en su alarma se detuvo a determinar, de que un muchacho se había ahogado.

Todo corazón se agitó.

¿Qué muchacho? ¿Cuándo, dónde, cómo? ¿Quién faltaba? ¿Quién había estado en el río hoy? Buckhurst. El rumor decía que Buckhurst se había ahogado. Grande fue el problema y la consternación. Buckhurst siempre era muy querido; y ahora nadie recordaba nada más que sus buenas cualidades.

—¿Quién oyó que era Buckhurst? —dijo Sedgwick, capitán de la escuela, adelantándose.

—Oí decir a Bradford que se lo dijo a Palmer que era Buckhurst —dijo un niño pequeño.

—¿Dónde está Bradford?

—Aquí.

—¿Qué sabes de Buckhurst?

—Wentworth me dijo que temía que Buckhurst se hubiera ahogado. Lo oyó en Brocas; un barquero se lo dijo hace aproximadamente un cuarto de hora.

—¡Aquí está Wentworth! ¡Aquí está Wentworth! —exclamaron cien voces, y formaron un círculo a su alrededor.

—Bueno, ¿qué oíste, Wentworth? —preguntó Sedgwick.

—Estaba en Brocas, y un barquero me dijo que un chico de Eton se había ahogado río arriba de Surley, y el único bote de Eton río arriba de Surley hoy, según puedo saber, es el de cuatro remos de Buckhurst. Eso es todo.

Hubo un murmullo de esperanza.

—¡Oh, vamos, vamos! —dijo Sedgwick—, hay alguna posibilidad. ¿Quién está con Buckhurst? ¿quién sabe?

—Lo vi bajar a Brocas con Vere —dijo un muchacho.

—Espero que no sea Vere —dijo un niño pequeño, con ojos llorosos—; nunca permite que nadie me intimide.

—¡Aquí está Maltravers! —gritó un muchacho—; él sabe algo.

—Bueno, ¿qué sabes, Maltravers?

—Oí decir a el mozo de limpieza en el Christopher que un chico de Eton se había ahogado, y que había visto a una persona que estaba allí.

—Trae a el mozo de limpieza aquí —dijo Sedgwick.

Instantáneamente, una banda de muchachos se apresuró a cruzar la calle, y en un momento se presentó el testigo.

—¿Qué has oído, Sam, sobre este accidente? —dijo Sedgwick.

—Bueno, señor, oí que un joven caballero se ahogó río arriba de *Monkey Island* (Isla del Mono) —dijo el mozo.

—¿Y no se mencionó ningún nombre?

—Bueno, señor, creo que era el señor Coningsby.

Un gemido general de horror.

—¡Coningsby, Coningsby! Por los cielos, espero que no —dijo Sedgwick.

—Temo mucho que sí —dijo el mozo de limpieza —; como que el barquero que me lo dijo vio al señor Coningsby en la *Lock House* (Casa de la Esclusa) tendido en franela.

—Preferiría que se hubiera ahogado cualquier otro antes que Coningsby —susurró un muchacho a otro.

—Me gustaba, el mejor chico de Eton —respondió su compañero, en tono ahogado.

—¡Qué chico tan listo era!

—¡Y tan generoso, demonios!

—Habría conseguido la medalla si hubiera vivido.

—¿Y cómo se ahogó? ¡porque era un gran nadador!

—Oí decir que el señor Coningsby estaba salvando la vida de otro —continuó el mozo en su testimonio—, lo que lo hace de alguna manera más lamentable.

—¡Pobre Coningsby! —exclamó un muchacho, rompiendo a llorar—: propongo que toda la escuela se ponga de luto.

—Desearía poder encontrar a este barquero —dijo Sedgwick—. Ahora, paren, paren, no corran todos así como locos; asustan a la gente. Charles Herbert y Palmer, vayan ustedes dos a Brocas a investigar.

Pero en ese mismo momento, un mayor revuelo y excitación eran evidentes en el *Long Walk*; el círculo alrededor de Sedgwick se abrió, y aparecieron Henry Sydney y Buckhurst.

Hubo un silencio absoluto. Era imposible que la incertidumbre pudiera tensarse a un punto más alto. El aire y el rostro de Sydney y Buckhurst estaban más bien excitados que afligidos o alarmados. No necesitaban preguntas, porque antes de penetrar en el círculo ya se habían dado cuenta de su causa.

Buckhurst, el ser más enérgico, fue, por supuesto, el primero en hablar.

Henry Sydney, en verdad, parecía pálido y nervioso; pero su compañero, sonrojado y resuelto, sabía exactamente cómo golpear a una asamblea popular, y fue directamente al grano.

—Es todo un falso informe, una mentira infernal; Coningsby está completamente a salvo, y nadie se ha ahogado.

Hubo un vítore que pudo oírse en el Castillo de Windsor. Luego, volviéndose hacia Sedgwick, en voz baja Buckhurst añadió:

—Todo está bien, pero, ¡por Júpiter! hemos tenido un susto de muerte. Te lo contaré todo en un momento, pero queremos mantener la cosa en silencio, así que deja que los chicos se dispersen, y hablaremos después.

En unos momentos, el *Long Walk* había reanudado su carácter habitual; pero Sedgwick, Herbert y uno o dos más se dirigieron a los campos de juego, donde, sin ser molestados ni notados por la multitud, escucharon la comunicación prometida por Buckhurst y Henry Sydney.

—Sabes que subimos el río juntos —dijo Buckhurst—. Yo mismo, Henry Sydney, Coningsby, Vere y Millbank. Habíamos desayunado juntos, y después de las doce acordamos subir a Maidenhead. Bueno, subimos mucho más de lo que pretendíamos. Como a un cuarto de milla antes de llegar a la *Lock* (Esclusa) nos detuvimos; Coningsby entonces estaba al timón. Bueno, atamos el bote, y estábamos todos estirados en el prado, cuando Millbank y Vere dijeron que debían ir a bañarse en la *Lock Pool* (Poza de la Esclusa). El resto nos opusimos; pero después de que Millbank y Vere se hubieron ido unos diez minutos, Coningsby, que estaba muy fresco, dijo que había cambiado de opinión y que también iría a bañarse. Así que nos dejó. Apenas había llegado a la poza cuando oyó un grito. Había un tipo ahogándose. Se quitó la ropa y se lanzó al agua en un instante. El caso es este, Millbank se había sumergido en la poza y se encontró en unos remolinos, causados por el encuentro de dos corrientes. Gritó a Vere que no viniera, e intentó nadar hacia fuera. Pero fue vencido, y viendo que estaba en peligro, Vere saltó. Pero la corriente era tan fuerte, por la gran caída de agua del *lasher* (vertedero) superior, que Vere se agotó antes de poder alcanzar a Millbank, y casi se hunde él mismo. Bueno, apenas se salvó; pero Millbank se hundió cuando Coningsby saltó. ¿Qué te parece eso?

—¡Por Júpiter! —exclamaron Sedgwick, Herbert y todos. El juramento favorito de los colegiales perpetúa la divinidad del Olimpo.

—Y ahora viene lo peor. Coningsby atrapó a Millbank cuando subía, pero se encontró en medio de la misma fuerte corriente que antes casi había hundido a Vere. ¡Qué suerte que se le hubiera metido en la cabeza no remar hoy! Más

fresco que Vere, apenas logró llevar a Millbank y a sí mismo a tierra. Los gritos de Vere nos llamaron, y llegamos para encontrar los cuerpos de Millbank y Coningsby aparentemente sin vida, porque Millbank estaba completamente ido, y Coningsby se había desmayado al llegar a tierra.

—Si Coningsby se hubiera perdido —dijo Henry Sydney—, nunca habría vuelto a mostrar mi cara en Eton.

—¿Puedes concebir una posición más terrible? —dijo Buckhurst—. Declaro que nunca lo olvidaré mientras viva. Sin embargo, allí estaba la *Lock House* a mano; y conseguimos mantas y brandy. Coningsby se recuperó pronto; pero Millbank, puedo decirte, nos dio algunos problemas. Pensé que todo había terminado. ¿No, Henry Sydney?

—Lo más sospechoso que he visto nunca —dijo Henry Sydney.

—Bueno, aquí estábamos bastante asustados —dijo Sedgwick—. El primer informe fue que tú te habías ido, pero eso parecía infundado; pero a Coningsby lo daban completamente por perdido. ¿Dónde están ahora?

—Ambos están en casa de sus tutores. Pensé que era mejor que se mantuvieran tranquilos. Vere está con Millbank, y vamos a volver a casa de Coningsby directamente; pero pensamos que lo mejor era mostrarnos, al encontrar a nuestra llegada que había todo tipo de rumores. Creo que será mejor informar a mi tutor de inmediato, porque seguro que oirá algo.

—Yo lo haría si fuera tú.

CAPÍTULO X

¡Qué cosas tan maravillosas son los eventos! ¡Los más pequeños son de mayor importancia que las especulaciones más sublimes y comprensivas! ¡En qué fantásticos planes para obtener la amistad de Coningsby había a menudo Millbank indulgido en sus ensueños! ¡Qué combinaciones que se extenderían durante años e influirían en sus vidas! Pero en el momento en que entró en el mundo de la acción, su orgullo retrocedió ante los planes y esperas que su simpatía había inspirado. Su sensibilidad y su desmesurado amor propio estaban siempre en desacuerdo. Y rara vez intercambiaba una palabra con el ser cuya idea absorbía su afecto.

Y ahora, de repente, había ocurrido un evento, como todos los eventos, imprevisto, que en unos pocos, breves, agitados, tumultuosos momentos había cambiado singular y totalmente las relaciones que previamente existían entre él y el antiguo objeto de su ternura oculta. Millbank se encontraba ahora con respecto a Coningsby en la posición de alguien que debe a otro la

mayor obligación concebible; un favor que el tiempo no le permitiría ni olvidar ni devolver. El orgullo era un sentimiento que ya no podía subsistir ante el salvador de su vida. La devoción a ese ser, abierta, casi ostentosa, era ahora un deber, un lazo primordial y absorbente. La conciencia del peligro pasado, el éxtasis de la escapada, un renovado aprecio por la vida casi perdida, un profundo sentimiento de devota gratitud a la providencia que lo había protegido, pues Millbank era un muchacho eminentemente religioso, un pensamiento del hogar, y la angustia que podría haber abrumado su hogar; todas estas eran emociones poderosas y excitantes para una mente joven y ferviente, además de la peculiar fuente de sensibilidad que ya hemos mencionado. Lord Vere, que se alojaba en la misma casa que Millbank, y estaba sentado junto a su cama, observó, al caer la noche, que su mente divagaba.

La enfermedad de Millbank, cuyo carácter pronto trascendió, y pronto fue exagerado, atrajo la atención pública con mayor interés hacia las circunstancias de las que había surgido, y de las que las partes principalmente interesadas habían deseado desviar la atención. El enfermo, en verdad, había transgredido las reglas de la escuela al bañarse en un lugar no autorizado, donde no había nadadores expertos presentes, como es costumbre, para instruir la práctica y velar por las vidas de los jóvenes aventureros. Pero las circunstancias que acompañaron esta violación de las reglas, y la seguridad de varios del grupo de que ellos mismos no habían infringido las regulaciones, combinadas con el alto carácter de Millbank, hicieron que las autoridades no estuvieran demasiado ansiosas por castigar una infracción de la norma que, en el caso del único infractor probado, había tenido consecuencias tan impresionantes. La hazaña de Coningsby fue ensalzada por todos como un acto de gran gallardía y habilidad. Confirmó y aumentó la gran reputación que ya disfrutaba.

—Millbank se está recuperando bastante —dijo Buckhurst a Coningsby unos días después del accidente—. Henry Sydney y yo iremos a verle. ¿Quieres venir?

—Creo que seremos demasiados. Iré otro día —respondió Coningsby.

Así que fueron sin él. Encontraron a Millbank levantado y leyendo.

—Bueno, viejo amigo —dijo Buckhurst—, ¿cómo estás? Deberíamos haber venido antes, pero no nos dejaron. ¿Y ya estás completamente bien, eh?

—Completamente. ¿Ha habido algún problema por ello?

—Todo se ha calmado —dijo Henry Sydney—. C*******y (Coningsby) se comportó como un campeón.

—Aún no he visto a nadie —dijo Millbank—; no me dejaron hasta hoy. Vere se asomó esta mañana y me dejó este libro, pero yo dormía. Espero que me dejen salir en un par de días. Quiero dar las gracias a Coningsby; nunca descansaré hasta que haya dado las gracias a Coningsby.

—Oh, él vendrá a verte —dijo Henry Sydney—; le pregunté hace un momento si venía con nosotros.

—¡Sí! —dijo Millbank, ansiosamente—; ¿y qué dijo?

—Pensó que seríamos demasiados.

—Espero verle pronto —dijo Millbank—, de alguna manera.

—Le diré que venga —dijo Buckhurst.

—¡Oh! no, no, no le digas que venga —dijo Millbank—. No le aburras.

—Sé que va a jugar un partido de *fives* (pelota) esta tarde —dijo Buckhurst—, porque yo soy uno.

—¿Y quiénes son los otros? —preguntó Millbank.

—Herbert y Campbell.

—Herbert no es rival para Coningsby —dijo Millbank.

Y luego hablaron de todo lo que había sucedido desde su ausencia; y Buckhurst le dio un vívido relato de la excitación de la tarde del accidente; al fin se vieron obligados a dejarlo.

—Bueno, adiós, viejo amigo; vendremos a verte todos los días. ¿Qué podemos hacer por ti? ¿Algún libro o algo?

—Si alguien pregunta por mí —dijo Millbank—, dile que me alegrará verle. Es muy aburrido estar solo. Pero no le digas a nadie que venga si no pregunta por mí.

A pesar de las amables sugerencias de Buckhurst y Henry Sydney, Coningsby no podía fácilmente decidirse a visitar a Millbank. Sentía una restricción. Parecía como si fuera a recibir agradecimientos. Preferiría encontrarse de nuevo con Millbank en la escuela, o en los campos de juego. Sin ser capaz entonces de analizar sus sentimientos, se encogía inconscientemente de esa efusión de sentimiento que, en círculos más artificiales, se describe como una escena. No es que ninguna antipatía hacia Millbank le impulsara a esta reserva. Al contrario, desde que había conferido una gran obligación a

Millbank, su prejuicio contra él había disminuido sensiblemente. Cómo habría sido si Millbank hubiera salvado la vida de Coningsby, es otro asunto. Probablemente, como Coningsby era generoso por naturaleza, su sentido de la justicia podría haber luchado con éxito contra su doloroso sentido de la obligación abrumadora. Pero en el presente caso no había ningún elemento para perturbar su justa autosatisfacción. Se había distinguido mucho; había conferido a su rival un servicio esencial; y el mundo entero resonaba con sus aplausos. Empezó a gustarle Millbank; no diremos porque Millbank fuera la causa involuntaria de sus sensaciones placenteras. Realmente fue que las circunstancias inusuales le habían impulsado a un juicio más imparcial del carácter de su rival. Con este ánimo, el día después de la visita de Buckhurst y Henry Sydney, Coningsby visitó a Millbank, pero al encontrar a su médico con él, Coningsby se aprovechó de esa excusa para irse sin verle.

Al día siguiente dejó a Millbank un periódico de camino a la escuela, sin tiempo para una visita. Dos días después, al entrar en su habitación, encontró en su mesa una carta dirigida a *Harry Coningsby, Esq.*

ETON, mayo—, 1832.

QUERIDO CONINGSBY: Temo mucho que debas creerme un tipo muy desagradecido, porque no has tenido noticias mías antes; pero esperaba poder salir y decirte lo que siento; pero ya sea que hable o escriba, es completamente imposible para mí hacerte entender los sentimientos de mi corazón hacia ti. Ahora te diré de una vez, que siempre me has gustado más que cualquier otro chico de la escuela, y siempre te he considerado el más listo; en verdad, siempre pensé que no había nadie como tú; pero nunca quise decir esto ni mostrarlo, porque parecía que no te importaba, y porque temía que pensaras que simplemente quería con (conchabarme) contigo, como solían decir de otros chicos, cuyos nombres no mencionaré, porque siempre intentaban hacerlo con Henry Sydney y contigo. No quiero eso en absoluto; pero quiero, aunque no hablemos más que antes, que seamos amigos; y que sepas siempre que no hay nada que no haría por ti, y que me gustas más que cualquier chico de Eton. Y no quiero que esto sea solo en Eton, sino después, dondequiera que estemos, que recuerdes siempre que no hay nada que no haría por ti. No porque me salvaras la vida, aunque eso es algo grande, sino porque antes de eso lo habría hecho todo por ti; solo que, por la causa mencionada anteriormente, no lo mostraba. No espero que estemos más juntos que antes; ni puedo suponer que puedas gustarme como te gustan Henry Sydney y Buckhurst, o incluso como te gusta Vere; pero aún así espero que pienses siempre en mí con cariño ahora, y me permitas firmarme, si alguna vez te escribo, como

Tu más unido, afectuoso y devoto amigo,

OSWALD MILLBANK.

CAPÍTULO XI

Unas dos semanas después de esta aventura casi fatal en el río, se celebró el *Montem* (festival de Eton). Apenas es necesario recordar al lector que esta célebre ceremonia, cuyo origen se pierde en la oscuridad, y que ahora ocurre trienalmente, es la tenencia por la cual el Colegio de Eton posee algunos de sus dominios. Consiste en el ondear de una bandera por uno de los eruditos, en un montículo cerca del pueblo de Salt Hill, que sin duda deriva su nombre de la circunstancia de que en este día todo visitante de Eton, y todo viajero en sus cercanías, desde el monarca hasta el campesino, son detenidos en el camino por jóvenes bandidos en pintoresco atuendo, y convocados a contribuir con sal, en forma de moneda del reino, a la bolsa que se recoge para el Capitán de Eton, el erudito senior de la Fundación, que está a punto de dirigirse al *King's College, Cambridge*.

En este día, el Capitán de Eton aparece con un atuendo tan marcial como su título: en efecto, cada muchacho del sexto grado representa en su uniforme, aunque quizás no según las reglas exactas de los Guardias de Caballería, a un oficial del ejército. Uno es mariscal, otro alférez. También hay un teniente; y el resto son sargentos. Cada uno de los que están investidos de estas efímeras comisiones tiene uno o más asistentes, cuyo número varía según su rango. Estos servidores son seleccionados según los deseos de los varios miembros del sexto grado, de entre las filas de los muchachos inferiores, es decir, aquellos muchachos que están por debajo del quinto grado; y todos estos asistentes están vestidos con una variedad de disfraces. El Capitán de los Alumnos Externos y el colegial superior siguiente al Capitán de la escuela, también figuran en disfraces, y se llaman Portadores de Sal. Es su deber, junto con los doce colegiales superiores del quinto grado, que se llaman Corredores, y cuyo atuendo también está determinado por el gusto de los usuarios, recaudar las contribuciones. Y todos los alumnos externos del quinto grado, entre los que se encontraba Coningsby, se clasifican como Cabos; y son seguidos respectivamente por uno o más muchachos inferiores, que se denominan Hombres de la Pértiga, pero que aparecen con su vestimenta ordinaria.

Era una mañana brillante y despejada; las campanas de Eton y Windsor sonaban alegremente; todo el mundo estaba en movimiento, y a cada momento algún alegre equipaje entraba en la ciudad. Agrupándose alegremente en los atestados recintos del Colegio, se podía observar a muchas formas relucientes: griego aéreo u otomano suntuoso, héroes del Santo Sepulcro, *Hidalgos* (nobles) españoles que habían luchado en Pavía, *Highland Chiefs* (Jefes de las Tierras Altas) que habían cargado en Culloden, alegres con el tartán del Príncipe Carlos. El *Long Walk* estaba lleno de grupos ocupados en chaquetas escarlata o uniformes fantásticos; algunos en

conversación seria, otros criticando a los invitados que llegaban; otros rodeando a algún héroe magnífico, que los asombraba con su jubón rasgado o su pluma ondeante.

Un grupo de muchachos, sentados en la pared del *Long Walk*, con los pies balanceándose en el aire, observaban a los invitados que llegaban del Rector.

—Digo, Townshend —dijo uno—, allí está Grobbleton; era un matón. Me pregunto si esa es su esposa. ¿Quién es este? El Duque de Agincourt. ¿No fue un chico de Eton? Sí, lo fue. Entonces se llamaba Poictiers. ¡Oh, ah! su nombre está en la escuela superior, muy grande, debajo de Charles Fox. Digo, Townshend, ¿viste el turbante de Saville? ¿De qué estaba hecho? Dice que su madre lo trajo del Gran Cairo. ¿No parecía justo la *Saracen's Head* (Cabeza del Sarraceno)? Aquí hay algunos *Dons* (profesores). ¡Ese es Hallam! Le daremos un vítore. Digo, Townshend, mira a este tipo. No se tiene en poca estima. Me pregunto quién será. El ayuda de cámara del Duque de Wellington que viene a decir que su amo está ocupado. ¡Oh, por Júpiter, te oyó! Me pregunto si vendrá el Duque. ¡No le daremos un vítore!

—¡Por Júpiter! ¿quién es este? —exclamó Townshend, y saltó de la pared y, seguido por sus compañeros, se precipitó hacia la carretera.

Dos *britskas* (calesas), cada una tirada por cuatro caballos grises de nervio, y cada una acompañada por *outriders* (jinetes de escolta) igualmente bien montados, avanzaban a ritmo rápido por la carretera que conduce de Slough al Colegio. Pero estaban destinados a un irresistible control. A unas cincuenta yardas antes de llegar a la puerta que conduce al *Weston's Yard* (Patio de Weston), un despiadado pero espléndido albanés, con chaqueta bordada en carmesí y oro, y blanca camisa, se adelantó y, extendiendo su yatagán con funda de plata, ordenó a los postillones que se detuvieran. Un inca peruano al otro lado de la carretera dio una orden simultánea, e infaliblemente habría traspasado a los *outriders* con una flecha de su infalible arco, si hubieran dudado por un instante. El jefe albanés se acercó entonces a la puerta del coche, la abrió y, en tono de gran cortesía, anunció que estaba en la necesidad de molestar a sus ocupantes por *salt*. No hubo demora. El Señor del equipaje, con la amable condescendencia de un *grand monarque* (gran monarca), expresó su esperanza de que la colecta fuera abundante, y como un antiguo *Etonian* (alumno de Eton), colocó en manos del albanés su contribución, una magnífica bolsa, preparada para la ocasión, y pesada con oro.

—No se alarmen, señoras —dijo un apuesto joven oficial, riendo y quitándose el sombrero bicornio.

—¡Ah! —exclamó una de las señoras, volviéndose al oír la voz, y sobresaltándose un poco—. ¡Ah! es el señor Coningsby.

Lord Eskdale pagó la *salt* para el siguiente coche. —¿Se ponen bastante rígidos? —preguntó, y luego, sacando un rollo de billetes bancarios del bolsillo de su chaqueta marinera, les deseó buenos días.

El cortés *Provost*, entonces el benévolo Goodall, un hombre que, aunque su experiencia de la vida se limitaba a los colegios en los que había pasado sus días, estaba naturalmente dotado del más raro de todos los dones, el talento de la recepción; y cuyo feliz porte y manera graciosa, una sonrisa siempre en sus ojos y una palabra vivaz siempre en sus labios, deben ser recordados por todos con agradables recuerdos, dio la bienvenida a Lord Monmouth y sus amigos a una reunión de los nobles, los bellos y los célebres reunidos en habitaciones no indignas de ellos, al mirar sus interesantes paredes, que respiraban con los retratos de los héroes de los que Eton se enorgullece, desde Wotton hasta Wellesley. La música sonaba en el cuadrángulo del Colegio, en el que los muchachos ya se estaban reuniendo rápidamente. El Duque de Wellington había llegado, y los muchachos vitoreaban a un héroe, que era un mariscal de campo de Eton. Desde una ventana de arco en una de las habitaciones del *Provost*, Lord Monmouth, rodeado de toda circunstancia que pudiera hacer la vida deliciosa, observaba con cierta atención la escena en el cuadrángulo inferior.

—Daría su fama —dijo Lord Monmouth—, si la tuviera, y mi riqueza, por tener dieciséis años.

Quinientos de los jóvenes de Inglaterra, chispeantes de salud, altos espíritus y disfraces fantásticos, estaban ahora reunidos en el cuadrángulo. Formaron filas, y encabezados por una banda de los *Guards* (Guardias), marcharon tres veces alrededor del patio. Luego, saliendo del Colegio, comenzaron su progreso *ad Montem*. Era un espectáculo brillante verlos desfilar por los campos de juego, esas praderas frondosas; el río brillando al sol, las alturas con castillo de Windsor, su paisaje glorioso; detrás de ellos, las almenas de su Colegio.

La carretera de Eton a Salt Hill estaba atascada de carruajes; los amplios campos hasta donde alcanzaba la vista estaban cubiertos de seres humanos. En medio del estallido de la música marcial y los gritos de la multitud, la banda de héroes, como si marcharan desde Atenas, o Tebas, o Esparta, hacia alguna hazaña heroica, rodearon el montículo; el alférez alcanza su cima, y entonces, en medio de un ensordecedor grito de *Floreat Etona!* (¡Que florezca Eton!), despliega y ondea tres veces el estandarte consagrado.

—Lord Monmouth —dijo el señor Rigby a Coningsby—, desea que invites a tus amigos a cenar con él. Por supuesto, invitarás a Lord Henry y a tu amigo Sir Charles Buckhurst; ¿y hay alguien más que te gustaría invitar?

—Pues está Vere —dijo Coningsby, dudando—, y...

—¿Vere? ¿Lord Vere? —dijo Rigby—. ¡Hum! ¿Es uno de tus amigos? Su padre ha causado mucho daño, pero sigue siendo Lord Vere. Bueno, por supuesto, puedes invitar a Vere.

—Hay otro chico al que me gustaría invitar mucho —dijo Coningsby—, si Lord Monmouth no pensara que invito a demasiados.

—Nunca temas eso; me envió especialmente para decirte que invites a tantos como quieras.

—Bueno, entonces me gustaría invitar a Millbank.

—¡Millbank! —dijo el señor Rigby, un poco excitado, y luego añadió—: ¿Es hijo de Lady Albinia Millbank?

—No; su madre no es Lady Albinia, pero es un gran amigo mío. Su padre es un fabricante de Lancashire.

—¡De ningún modo! —exclamó el señor Rigby, bastante agitado—. No hay nada en el mundo que Lord Monmouth deteste tanto como a los fabricantes de Manchester, y particularmente si llevan el nombre de Millbank. No debe ni pensarse, mi querido Harry. Espero que no hayas hablado con el joven sobre el tema. Te aseguro que es imposible. Pondría a Lord Monmouth bastante enfermo. Lo echaría todo a perder, lo trastornaría por completo.

Era, por supuesto, imposible que Coningsby insistiera en sus deseos contra tales representaciones. Estaba decepcionado, más bien asombrado; pero Madame Colonna había enviado a buscarlo para presentarle algunas de las escenas y detalles de la vida de Eton, su molestia pronto se absorbió en el orgullo de actuar frente a sus compañeros como el caballero de una hermosa dama, y convertirse en el cicerone de la fiesta más brillante que había asistido al *Montem*. También presentó a sus amigos a Lord Monmouth, quien les dio una cordial invitación a cenar con él en su hotel en Windsor, que aceptaron calurosamente. Buckhurst deleitó al Marqués con su genio temerario. Incluso Lucretia se dignó parecer divertida; especialmente cuando, al visitar la escuela superior, el nombre de CARDIFF, el título que Lord Monmouth llevó en sus días de juventud, le fue señalado por Coningsby, grabado con el propio cuchillo de su abuelo en los paneles clásicos de esa memorable pared en la que apenas un nombre que haya florecido en nuestra

historia, desde el comienzo del siglo XVIII, no se puede observar con curiosa admiración.

Era el humor de Lord Monmouth que los muchachos fueran entretenidos con el más variado y delicioso banquete que el lujo pudiera idear o el dinero pudiera mandar. Durante algunos días antes se habían dado órdenes para la preparación de esta fiesta. Nuestros amigos hicieron plena justicia a su Lúculo; Buckhurst especialmente, que dio su opinión sobre los platos más refinados con toda la intrepidez de la ignorancia descarada, y de vez en cuando sacudía la cabeza sobre una copa de Hermitage o Côte Rôtie con una insatisfacción que un siracusano saciado no podría haber superado. Considerándolo todo, Coningsby y sus amigos mostraron mucho autocontrol; pero estaban alegres, incluso al borde de la travesura. Pero entonces la ocasión lo justificaba, tanto como su juventud. Todos estaban de muy buen humor. Madame Colonna declaró que no había encontrado nada en Inglaterra igual al *Montem*; que era un *Carnival* (Carnaval) protestante; y que su único defecto era que no duraba cuarenta días. El Príncipe mismo estaba todo animación, y tomó vino con cada uno de los *Etonians* varias veces. Todo fue fluido hasta que el señor Rigby contradijo a Buckhurst sobre algún punto de la disciplina de Eton, que Buckhurst no toleró. Reprendió a Rigby con firmeza, y Coningsby, lleno de champaña, y debiendo a Rigby varios años de contradicción, siguió el ataque. Lord Monmouth, a quien le gustaba un objeto de burla, y tenía debilidad por la alegría ruidosa, animó a escondidas a los muchachos, hasta que Rigby comenzó a perder los estribos y a ponerse ruidoso.

Los jóvenes llevaron la mejor parte; dijeron muchas cosas graciosas y pronunciaron varias réplicas agudas; mientras que había algo ridículo en que Rigby desplegara sus talentos demoledores contra tales mozalbetes. Sin embargo, se atrajo la aflicción sobre sí mismo por su extraña costumbre de decidir sobre temas que no conocía, y de contradecir siempre a las personas sobre los mismos temas de los que ellos eran necesariamente maestros.

Ver a Rigby acosado fue más diversión para Lord Monmouth incluso que el *Montem*. Lucian Gay, sin embargo, cuando el asunto se estaba volviendo problemático, intervino como una distracción. Cantó una canción extemporánea sobre la ceremonia del día, e introdujo los nombres de todos los invitados a la cena, y de muchas otras personas, además. ¡Esto fue estupendo! Los muchachos estaban extasiados, pero cuando el cantante lanzó un verso sobre el Dr. Keate, el aplauso se volvió atronador.

—Adiós, mi querido Harry —dijo Lord Monmouth, cuando se despidió de su nieto—. Me voy al extranjero de nuevo; no puedo permanecer en este país infestado de *Radicals* (Radicales). Recuerda, aunque esté ausente, Monmouth

House es tu hogar, al menos mientras me pertenezca. Según tengo entendido, mi sastre se ha vuelto Liberal, y se va a presentar para uno de los distritos metropolitanos, amigo de Lord Durham; quizás lo encuentre en él cuando regrese. Temo que haya días malos para la *NEW GENERATION* (NUEVA GENERACIÓN).

FIN DEL LIBRO I

LIBRO II

CAPÍTULO I

Era a principios de noviembre de 1834, y una gran partida de caza estaba reunida en Beaumanoir, la residencia de ese gran noble, que era el padre de Henry Sydney. Inglaterra no tiene rival en dos cosas: el deporte y la política. En Beaumanoir se combinaban ambas; pues los invitados no venían simplemente a matar los faisanes del Duque, sino a celebrar un consejo sobre las perspectivas del partido, que, según suponían los iniciados, comenzaba en ese momento a mostrar algunos síntomas de mejora.

El éxito del Ministerio de la Reforma en su primera apelación al nuevo electorado que habían creado había sido fatalmente completo. Pero el triunfo fue tan destructivo para los vencedores como para los vencidos.

—Somos demasiado fuertes —exclamó proféticamente uno del afortunado gabinete, que se encontró apoyado por una inconcebible mayoría de trescientos. Es de esperar que algún futuro editor de memorias privadas haya conservado algunos de los rasgos de ese parlamento crudo y de corta duración, cuando el viejo Cobbett desplazó insolentemente a Sir Robert del asiento prescriptivo del jefe de la oposición, y los subalternos del tesoro se burlaron del extraño lote que había llegado de Irlanda, sin prever cuán alto precio alcanzaría ese extraño lote eventualmente. La gratitud a Lord Grey fue el grito de campaña a finales de 1832, el pretexto que debía devolver a la Cámara de los Comunes recién modelada a ningún hombre que no estuviera dedicado a la causa liberal. La exitosa simulación, como todo lo que es falso, llevaba dentro las semillas de su propia disolución. La ingratitud hacia Lord Grey estaba más de moda a principios de 1834, y antes del cierre de ese año trascendental, el antes popular Ministerio de la Reforma fue derrocado, ¡y el tan buscado Parlamento Reformado disuelto!

Apenas se puede alegar que el público estuviera del todo desprevenido para esta catástrofe. Muchos la consideraban inevitable; pocos la creían inminente. La carrera del Ministerio, y la existencia del Parlamento, habían sido desde el principio turbulentas e intermitentes. Se sabía, por autoridad, que había disensiones en el gabinete, mientras que una Cámara de los Comunes que

aprobaba votaciones sobre temas no menos importantes que la derogación de un impuesto, o el *impeachment* (juicio político) de un juez, una noche, y rescindía sus resoluciones al día siguiente, ciertamente no establecía mayores reclamaciones a la confianza de sus electores en su discreción. Sin embargo, existía en este período una convicción prevalente de que el partido Whig, mediante un gran golpe de estado, similar en magnitud y efecto al que en el siglo anterior había cambiado la dinastía, se había asegurado el gobierno de este país por, al menos, la vida de la generación presente. E incluso los bien informados en tales asuntos se inclinaban a considerar las desconcertantes circunstancias a las que hemos aludido más como síntomas de una falta de disciplina en un nuevo sistema de táctica, que como evidencias de cualquier desorden esencial y profundamente arraigado.

La sorprendente rapidez, sin embargo, de los extraños incidentes de 1834; la indigna, pronto convertida en vituperativa, secesión de una considerable sección del gabinete, algunos de ellos considerados entonces entre sus miembros más eficientes; la lastimera deprecación de la presión externa, de labios hasta entonces considerados demasiado altivos para la súplica, seguida por el *Trades' Union* (Sindicato de Oficios), de treinta mil efectivos, desfilando en procesión hacia Downing Street; las negociaciones irlandesas de Lord Hatherton, extraña mezcla de intriga compleja y casi infantil ingenuidad; la aún inexplicable dimisión de Lord Althorp, seguida apresuradamente por su aún más misteriosa reasunción del poder, siendo el único resultado de sus precipitados movimientos la caída del propio Lord Grey, acompañada de circunstancias que incluso un historiador amistoso difícilmente podría describir como honorables para su partido o dignas para él mismo; últimamente, el discurso extemporáneo del Rey Guillermo a los Obispos; el *vagrant and grotesque apocalypse* (apocalipsis errante y grotesco) del Lord Canciller; y la feroz recriminación y memorable desafío del banquete de Edimburgo, todos estos impresionantes ejemplos de asuntos públicos y conducta pública se habían combinado para crear una opinión predominante de que, cualesquiera que pudieran ser las consecuencias, la prolongada continuación del actual partido en el poder era una clara imposibilidad.

Es evidente que la suicida carrera de lo que entonces se llamaba el partido Liberal había sido ocasión y estimulada por su antinatural exceso de fuerza. La plétora apoplética de 1834 no fue menos fatal que la tenuidad paralítica de 1841. No era factible gratificar tantas ambiciones, ni satisfacer tantas expectativas. Cada hombre tenía su doble; los talones de cada *placeman* (titular de un cargo) eran seguidos por rivales amistosos listos para hacerles tropezar. Había incluso dos gabinetes; el que se reunía en consejo, y el que se reunía en cábala. La consecuencia de destruir la legítima Oposición del país fue que una mitad de los partidarios del Gobierno tenía que desempeñar los deberes de la Oposición.

Aquí, entonces, detectamos la verdadera causa de toda esa irregular e inestable conducta de los hombres públicos que tanto perplejizó a la nación después de la aprobación del *Reform Act* (Acta de Reforma). Ningún gobierno puede ser largo tiempo seguro sin una formidable Oposición. Reduce a sus partidarios a ese número manejable que puede ser gestionado por las influencias conjuntas de la fruición y la esperanza. Ofrece venganza a los descontentos y distinción a los ambiciosos; y emplea las energías de los espíritus aspirantes, que de otro modo podrían resultar traidores en una división o asesinos en un debate.

La elección general de 1832 abrogó la Oposición Parlamentaria de Inglaterra, que había existido prácticamente durante más de un siglo y medio. ¡Y qué serie de transacciones equívocas y aventuras mortificantes implicó la retirada de esta saludable restricción para el partido que entonces se felicitaba tan ruidosamente a sí mismo y al país por estar al fin aliviado de su odiosa represión! En el ajetreo de la existencia, uno tiende demasiado a pasar por alto la historia política de los tiempos en que nosotros mismos vivimos. Los dos años que siguieron a la Reforma de la Cámara de los Comunes están llenos de instrucción, sobre los que un joven haría bien en reflexionar. Es casi imposible que pudiera levantarse del estudio de estos anales sin un disgusto confirmado por la intriga política; una práctica deslumbrante, apta al principio para fascinar a la juventud, pues apela a la vez a nuestra invención y a nuestro coraje, pero que realmente debería ser solo el recurso de los de segunda fila. Las grandes mentes deben confiar en grandes verdades y grandes talentos para su ascenso, y en nada más.

Mientras, sin embargo, avanzaba el otoño de 1834, el pueblo de este país se fue dando gradualmente cuenta de la necesidad de algún cambio en los consejos de su Soberano, ningún hombre se sintió capaz de predecir por qué medios se iba a lograr, o de qué cantera se iban a extraer los nuevos materiales. El partido **Tory**, según esas pervertidas visiones del toryismo desgraciadamente demasiado tiempo prevalentes en este país, se consideraba literalmente extinto, excepto por unas pocas viejas y maltrechas *crones* (viejas) del cargo, acurrucadas alrededor de las brasas de la facción que avivaban, y murmurando reacción en susurros místicos. No se puede suponer ni por un momento, en verdad, que la distinguida persona que había liderado ese partido en la Cámara de los Comunes antes de la aprobación del acta de 1832, desesperara alguna vez como consecuencia de su propia carrera. Su edad entonces, la perfección, casi la flor de la vida; su práctica parlamentaria, doblemente estimable en una asamblea sin experiencia; su conocimiento político; su buen carácter y su reputada posición; sus talentos y tono como orador público, que siempre había tratado de adaptar a los hábitos y la cultura de esa clase media de la que se concluía que los escaños del nuevo Parlamento serían reclutados principalmente, todas estas eran

cualidades cuya posesión debía asegurar a una mente no propensa a ser perturbada en sus cálculos por ningún calor intemperante, que con tiempo y paciencia el juego estaba aún para él.

Sin duda, cualquiera que haya sido insinuado, esta distinguida persona no tuvo la menor idea de que sus servicios en 1834 pudieran ser reclamados por su Soberano. Al cierre de la sesión de ese año, había dejado Inglaterra con su familia, y había llegado a Roma, donde era su intención pasar el invierno. Las acusaciones del partido que le han imputado un conocimiento previo y siniestro de las intenciones de la Corte, parecen haber sido hechas no solo por ignorancia del carácter personal, sino de la verdadera posición, del futuro ministro.

Había sido la desgracia de este eminente caballero, cuando entró por primera vez en la vida pública, identificarse con una conexión política que, habiendo arrogado a sí misma el nombre de un ilustre partido histórico, perseguía una política que o no se basaba en ningún principio, o se basaba en principios exactamente contrarios a los que siempre habían guiado la conducta de los grandes líderes **Tory**. Los principales miembros de esta confederación oficial eran hombres que no se distinguían por ninguna de las conspicuas cualidades de los estadistas. No tenían ninguno de los divinos dones que gobiernan los senados y guían los consejos. No eran oradores; no eran hombres de pensamiento profundo o de felices recursos, o de mentes penetrantes y sagaces. Su visión política era esencialmente obtusa y contraída. Gastaban algo de energía en obtener un conocimiento defectuoso y torpe de los asuntos exteriores; sabían tan poco del verdadero estado de su propio país como los salvajes de un eclipse inminente. Esta facciosa liga se había escabullido al poder aferrándose a las faldas de un gran ministro, el último de los estadistas **Tory**, pero que, en las imprecedentes y confusas emergencias de sus últimos años, se había visto obligado, desafortunadamente para Inglaterra, a abandonar el Toryismo. Sus sucesores heredaron todos sus errores sin el genio latente, que en él podría haberlos reunido aún y rescatado de las consecuencias de sus desastres. Sus sucesores no meramente heredaron sus errores; los exageraron, los caricaturizaron. Cabalgaron hacia el poder en una *springtide* (marea de primavera) de todos los rampantes prejuicios y rancorosas pasiones de su tiempo. Desde el Rey hasta el campesino, su política fue un mero complacer a la ignorancia pública. Usurpando impúdicamente el nombre de ese partido del cual la nacionalidad, y por lo tanto la universalidad, es la esencia, estos pseudo- **Tory** hicieron de la Exclusión el principio de su constitución política, y de la Restricción el genio de su código comercial.

La diosa ciega que juega con las fortunas humanas ha mezclado la memoria de estos hombres con tradiciones de gloria nacional. Condujeron a una

próspera conclusión la guerra más renombrada en la que Inglaterra se ha visto envuelta. Sin embargo, cada concepción militar que emanó de su gabinete fue marcada por su característica falta de grandeza. La suerte, sin embargo, les envió un gran genio militar, a quien trataron durante mucho tiempo con indiferencia, y a quien nunca apoyaron de corazón hasta que su carrera lo convirtió en su maestro. Sus trascendentes hazañas, y eventos europeos aún mayores que sus logros, colocaron en el minúsculo agarre del ministerio inglés el asentamiento de Europa.

El acta del Congreso de Viena sigue siendo el monumento eterno de su conocimiento diplomático y sagacidad política. Sus hazañas capitales fueron la creación de dos reinos, ambos ya borrados del mapa de Europa. No hicieron una sola preparación para las inevitables, casi inminentes, coyunturas del Este. Todo lo que queda de los arreglos pragmáticos del poderoso Congreso de Viena es la mediatización de los pequeños príncipes alemanes.

Pero el asentamiento de Europa por los pseudo- **Tory** fue el dictado de la inspiración comparado con su asentamiento de Inglaterra. La paz de París encontró el gobierno de este país en manos de un cuerpo de hombres de los que no es exageración decir que ignoraban todos los principios de cada rama de la ciencia política. Mientras nuestra administración doméstica se limitaba meramente a la recaudación de ingresos, imponían impuestos con grosera facilidad de la industria de un país demasiado ocupado para criticar o quejarse. Pero cuando la emoción y la distracción de la guerra habían cesado, y se vieron forzados a examinar los elementos sociales que los rodeaban, parecieron, por primera vez, haberse vuelto conscientes de su propia incapacidad. Estos hombres, en verdad, eran los meros hijos de la rutina. Se enorgullecían de ser hombres prácticos. En el lenguaje de esta escuela extinta de estadistas, un hombre práctico es un hombre que practica los errores de sus predecesores.

Ahora comenzó esa *Condition-of-England Question* (Cuestión de la Condición de Inglaterra) de la que nuestra generación oye tanto. Durante veinticinco años, toda influencia que puede desarrollar las energías y recursos de una nación había estado actuando con estimulación concentrada sobre las Islas Británicas. El peligro nacional y la gloria nacional; la perpetua amenaza de invasión, el continuo triunfo de la conquista; el más extenso comercio exterior jamás realizado por una sola nación; una moneda ilimitada; un comercio interior apoyado por millones enjambrados a quienes los fabricantes y los *inclosure-bills* (proyectos de ley de cercamiento) llamaron a la existencia; sobre todo, el control supremo obtenido por el hombre sobre la potencia mecánica, estas son algunas de las causas de ese rápido avance de la civilización material en Inglaterra, al que los anales del mundo no pueden

ofrecer paralelo. Pero no hubo un avance proporcional en nuestra civilización moral. En el ajetreo de hacer dinero, hacer hombres y hacer máquinas, habíamos superado por completo, no el espíritu, sino la organización, de nuestras instituciones.

Llegó la paz; las influencias estimulantes cesaron de repente; el pueblo, en una posición nueva y dolorosa, se encontró sin guías. Fueron al ministerio; pidieron ser guiados; pidieron ser gobernados. El comercio solicitó un código; el comercio requería una moneda; el súbdito sin derecho al voto solicitó su igual privilegio; el trabajo sufriente clamó por sus derechos; una nueva raza exigió educación. ¿Qué hizo el ministerio?

Cayeron en pánico. Habiendo cumplido durante sus vidas los deberes de la administración, estaban asustados porque se les pedía, por primera vez, que realizaran las funciones de gobierno. Como todos los hombres débiles, recurrieron a lo que llamaron medidas fuertes. Decidieron aplastar a la multitud. Creían que estaban imitando a Mr. Pitt, porque confundieron la desorganización con la sedición.

Sus proyectos de alivio eran tan ridículos como su sistema de coerción era despiadado; ambos estaban igualmente fundados en una intensa ignorancia. Cuando recordamos a Mr. Vansittart con sus resoluciones monetarias; a Lord Castlereagh con sus planes para el empleo del trabajo; y a Lord Sidmouth con sus complots para atrapar a los trabajadores; nos vemos tentados a imaginar que la época actual ha sido una de avances peculiares en la habilidad política, y nos maravillamos de cómo Inglaterra pudo alcanzar su tono actual bajo una serie de tales gobernantes.

Sin embargo, estaríamos bajo una impresión muy errónea. Repase los estadistas que han figurado en Inglaterra desde la adhesión de la familia actual, y podemos dudar de que haya uno, con la excepción quizás del Duque de Newcastle, que habría sido un colega digno del consejo de Mr. Perceval, o del primer gabinete de Lord Liverpool. Ciertamente, el genio de Bolingbroke y la sagacidad de Walpole se habrían igualmente retraído de tales hombres y tales medidas. Y si tomamos a los individuos que gobernaban Inglaterra inmediatamente antes de la Revolución Francesa, uno solo necesita referirse a los discursos de Mr. Pitt, y especialmente a los de ese profundo estadista y hombre más instruido, Lord Shelburne, para encontrar que no podemos jactarnos de una superioridad notable ni en la justicia política ni en la economía política. Uno debe atribuir esta degeneración, por lo tanto, a la larga guerra y a nuestra posición insular, actuando sobre hombres naturalmente de habilidades inferiores, y desafortunadamente, además, de hábitos iletrados.

Mientras tanto, a pesar de todos los esfuerzos de los *political Panglosses* (Pangloss políticos) que, en las Revistas vespertinas y Revistas Trimestrales, demostraban continuamente que este era el mejor de todos los gobiernos posibles, era evidente para el propio ministerio que la máquina debía parar. La clase de los Rigbys, en efecto, en este período, uno eminentemente favorable a esa tribu fungosa, se distinguía grandemente. Demostraban de una manera absolutamente convincente, que era imposible que cualquier persona poseyera alguna habilidad, conocimiento o virtud, alguna capacidad de razonamiento, algún rayo de fantasía o facultad de imaginación, que no fuera partidario de la administración existente. Si alguien impugnaba la gestión de un departamento, se aseguraba al público que el acusador había malversado; si alguien se quejaba de la conducta de un gobernador colonial, se anunciaba al demandante como un convicto repatriado. Se desalentaba una mejora del código criminal porque una búsqueda en el registro parroquial de una aldea oscura probaba que el proponente no había nacido en el matrimonio. Se denunciaba una relajación del sistema comercial porque uno de sus principales defensores era sociniano. La inutilidad de la Reforma Parlamentaria era siempre obvia desde que Mr. Rigby era miembro de la Cámara de los Comunes.

Para nosotros, con nuestro periódico *Times* cada mañana en nuestra mesa de desayuno, trayendo, sobre cada tema que puede interesar a la mente pública, un grado de información e inteligencia que debe formar una seguridad contra cualquier malentendido público prolongado, parece increíble que solo hace veinticinco años la mente inglesa pudiera haber sido tan montada y engañada, y eso también por hombres de escasos logros y moderadas habilidades. Pero la guerra había dirigido las energías del pueblo inglés por cauces de ningún modo favorables a la educación política. Conquistadores del mundo, con sus puertos llenos de la navegación de cada clima, y sus manufacturas abasteciendo al continente europeo, en el arte del autogobierno, ese arte en el que sus padres sobresalían, se habían convertido literalmente en niños; y Rigby y sus hermanos asalariados eran las enfermeras que los asustaban con fábulas horribles y feas palabras.

Sin embargo, a pesar de toda esta exitosa mistificación, el *Arch-Mediocrity* (Archi-Medio) que presidía, más que gobernaba, sobre este *Cabinet of Mediocrities* (Gabinete de Mediocres), se volvía cada hora más consciente de que la transición inevitable de cumplir los deberes de una administración a realizar las funciones de un gobierno no podía llevarse a cabo sin talentos y conocimiento. El *Arch-Mediocrity* tenía él mismo algunas tenues tradiciones de ciencia política. Proseguía de una estirpe laboriosa, había recibido algo de entrenamiento, y aunque no era un estadista, podría ser clasificado entre aquellos a quienes el *Lord Keeper Williams* (Guardián del Sello Williams) solía llamar *statemongers* (traficantes de estado). En una posición subordinada, su

mezquina diligencia y su frío método podrían no haber carecido de valor; pero las cualidades que poseía estaban mal ubicadas; ni se puede concebir un carácter menos investido de las felices propiedades de un líder. En la conducción de los asuntos públicos, su disposición era exactamente la inversa de la que es característica de los grandes hombres. Era perentorio en pequeñas cuestiones, y las grandes las dejaba abiertas.

En el curso natural de los eventos, en 1819 debería haber habido un cambio de gobierno, y otro partido en el estado debería haber entrado en el cargo; pero los Whig, aunque contaban en sus filas en ese período un número inusual de hombres de gran habilidad, y formaban, en verdad, una oposición compacta y enérgica, no pudieron luchar contra el nuevo ajuste de la influencia de los distritos que había ocurrido durante la guerra, y bajo la prolongada administración por la cual esa guerra había sido conducida. Nuevas familias habían surgido en el lado **Tory** que casi rivalizaban con el viejo Newcastle en su gestión electoral; y era evidente que, a menos que se pudiera efectuar alguna reconstrucción de la Cámara de los Comunes, el partido Whig nunca podría obtener una posesión permanente del poder oficial. Por lo tanto, a partir de ese período, los Whig se convirtieron en *Parliamentary Reformers* (Reformadores Parlamentarios).

Era inevitable, por lo tanto, que el país fuera gobernado por el mismo partido; indispensable que el ministerio fuera renovado por nuevos cerebros y sangre. En consecuencia, se indujo a un *Mediocrity* (Medio), no sin repugnancia, a retirarse, y el gran nombre de Wellington ocupó su lugar en el consejo. Los talentos del Duque, como se entendían entonces, no eran exactamente del tipo más requerido por el gabinete, y sus colegas tuvieron cuidado de que no ocupara una posición demasiado prominente; pero aún así fue una adquisición impresionante, e impartió al ministerio una apariencia de renombre.

Había un individuo que no había entrado hacía mucho en la vida pública, pero que ya había ocupado cargos considerables, aunque aún subordinados. Habiendo adquirido cierta experiencia de los deberes de la administración, y distinción por su modo de cumplirlos, se había retirado de su cargo público; quizás porque lo encontró como una barrera para la obtención de esa reputación parlamentaria para la que ya había mostrado tanto deseo como capacidad; quizás porque, siendo joven e independiente, no estaba demasiado ansioso por identificar irremediablemente su carrera con una escuela de política de cuya infalibilidad su experiencia ya podría haberle hecho un poco escéptico. Pero poseía los talentos que se necesitaban absolutamente, y los términos estaban a su propio dictado. Otro, y muy distinguido *Mediocrity*, que no quiso dimitir, fue expulsado, y Mr. Peel se convirtió en Secretario de Estado.

A partir de este momento data esa íntima conexión entre el Duque de Wellington y el actual *First Minister* (Primer Ministro), que ha ejercido una influencia considerable sobre la carrera de los individuos y el curso de los asuntos. Fue el resultado simpático de mentes superiores colocadas entre inteligencias inferiores, y fue, sin duda, asistido por una convicción entonces mutua, de que la diferencia de edad, la circunstancia de sentarse en diferentes cámaras, y el contraste general de sus anteriores ocupaciones y logros, hacían que la rivalidad personal fuera de lugar. A partir de este momento, también, el gobierno doméstico del país asumió un nuevo carácter, y uno universalmente admitido como distinguido por un espíritu de progreso ilustrado y mejora comprensiva.

Poco tiempo después, murió un tercer y más distinguido mediocre; y Canning, a quien habían hostigado dos veces fuera del gabinete, donde lo habían tolerado algún tiempo en una posición oscura y ambigua, fue llamado justo a tiempo de su inminente destierro, instalado en el primer puesto en la Cámara Baja, y encomendado con los sellos de la *Foreign Office* (Oficina de Asuntos Exteriores). El Duque de Wellington los había codiciado, ni Lord Liverpool podía haber sido insensible a la peculiar idoneidad de Su Gracia para tales deberes; pero se necesitaba fuerza en la Cámara de los Comunes, donde tenían solo un Secretario de Estado, un joven ya distinguido, pero aún no probado como líder, y rodeado de colegas notoriamente incapaces de ayudarle en el debate.

La adhesión de Mr. Canning al gabinete, en una posición, además, de influencia superior, pronto condujo a una mayor purga de los mediocres, y, entre otras introducciones, a la memorable entrada de Mr. Huskisson. De esta manera, ese gabinete, una vez notable solo por la ausencia de todas esas cualidades que autorizan la posesión del poder, llegó a ser generalmente estimado como un cuerpo de hombres que, por elocuencia parlamentaria, práctica oficial, información política, sagacidad en el consejo y un debido entendimiento de su época, eran inferiores a ninguno que hubiera dirigido la política del imperio desde la Revolución.

Si examinamos el tenor de la política del Gabinete de Liverpool durante la última mitad de su duración, encontraremos que su característica es una recurrencia parcial a esos francos principios de gobierno que Mr. Pitt había revivido durante la última parte del siglo pasado a partir de precedentes que nos habían dado, ya sea en la práctica o en el dogma, durante su período anterior, por estadistas que entonces no solo llevaban el título, sino que profesaban las opiniones, de **Tory**. Los principios exclusivos en la constitución, y los principios restrictivos en el comercio, han crecido juntos; y realmente no tienen nada en común con el antiguo carácter de nuestro asentamiento político, o con las costumbres y hábitos del pueblo inglés. La

confianza en la lealtad de la nación, testimoniada por concesiones munificentes de derechos y franquicias, y el favor a un sistema expansivo de tráfico, eran cualidades distintivas de la soberanía inglesa, hasta que la Cámara de los Comunes usurpó la mejor parte de sus prerrogativas. Una ampliación de nuestro esquema electoral, grandes facilidades para el comercio, y el rescate de nuestros súbditos católicos romanos del yugo puritano, de las cadenas que les han puesto los Parlamentos ingleses a pesar de las protestas y esfuerzos de los Soberanos ingleses; estos eran los tres grandes elementos y verdades fundamentales del verdadero sistema de Pitt, un sistema fundado en las tradiciones de nuestra monarquía, y tomado de los escritos, los discursos, los consejos de aquellos que, por el bien de estos y análogos beneficios, siempre habían estado ansiosos de que el Soberano de Inglaterra nunca fuera degradado a la posición de un *Venetian Doge* (Dux veneciano).

Es en el saqueo de la Iglesia que debemos buscar la causa primaria de nuestra exclusión política, y de nuestra restricción comercial. Ese botín sacrílego creó una aristocracia ficticia, siempre temerosa de que se le pidiera que regurgitara su despojo sacrílego. Para prevenir esto, se refugiaron en el religionismo político, y contemporizando con las conciencias perturbadas, o las fantasías piadosas, de una parte del pueblo, los organizaron en sectas religiosas. Estos se convirtieron en los inconscientes *Praetorians* (Pretorianos) de sus mal habidos dominios. A la cabeza de estos religiosis, han continuado desde entonces gobernando, o influyendo poderosamente, en este país. En ese tiempo han derribado tronos e iglesias, cambiado dinastías, abrogado y remodelado parlamentos; han desposeído a Escocia y confiscado Irlanda. Uno puede admirar el vigor y la consistencia del partido Whig, y reconocer en su carrera esa unidad de propósito que solo puede surgir de un gran principio; pero los Whig introdujeron la religión sectaria, la religión sectaria condujo a la exclusión política, y la exclusión política fue pronto acompañada por la restricción comercial.

Sería fantasioso asumir que el *Liverpool Cabinet*, en su carrera de mejora, fue dirigido por algún deseo de recurrir a los principios primordiales del partido **Tory**. Esa no fue una época en que los estadistas se preocuparan por llevar a cabo la investigación de los principios. Fue un período de práctica feliz e ilustrada. Una política más profunda es la descendencia de un tiempo como el presente, cuando los postulados originales de las instituciones son puestos en tela de juicio. El *Liverpool Cabinet* se aproximó inconscientemente a estas opiniones, porque de cuidadosos experimentos estaban convencidos de su tendencia beneficiosa, y así dieron un testimonio involuntario e imparcial de su verdad. Como muchos hombres, que creen ser inventores, solo estaban reproduciendo sabiduría antigua.

Pero uno debe lamentar siempre que este ministerio, con todos sus talentos y ardiente generosidad, no avanzara hacia los principios. Siempre es peligroso adoptar la conveniencia como guía; pero la elección puede ser a veces imperativa. Estos estadistas, sin embargo, tomaron la conveniencia como su director, cuando el principio les habría dado todo lo que la conveniencia aseguraba, y mucho más.

Este ministerio, fuerte en la confianza del soberano, el parlamento y el pueblo, podría, mediante la valiente promulgación de grandes verdades históricas, haber formado gradualmente una opinión pública, que les habría permitido organizar el partido **Tory** sobre una base amplia, permanente y nacional. Podrían haber efectuado noblemente un completo acuerdo con Irlanda, que una sección destrozada de este mismo gabinete se vio obligada unos años después a hacer parcialmente, y de una manera equívoca y ambigua. Podrían haber concluido una satisfactoria reconstrucción del Tercer Estado, sin producir esa convulsión con la que, por su violenta fabricación, nuestro sistema social aún vibra. Por último, podrían haber ajustado los derechos y propiedades de nuestras industrias nacionales de una manera que habría prevenido esa feroz y fatal rivalidad que ahora está perturbando cada hogar del Reino Unido.

Podemos, por lo tanto, achacar a las negligencias de este ministerio la introducción de ese nuevo principio y poder en nuestra constitución que en última instancia puede absorber todo, AGITACIÓN. Este gabinete, entonces, con tanto brillo en su superficie, es el verdadero progenitor de la Asociación Católica Romana, las Uniones Políticas y la Liga Anti-Leyes de Cereales.

No hay influencia al mismo tiempo tan poderosa y tan singular como la del carácter individual. Surge tanto de la debilidad del carácter como de su fuerza. La dispersión de este ministerio inteligente y vistoso es una buena ilustración de esta verdad. Una mañana el *Arch-Mediocrity* mismo murió. A primera vista, parecería que se podrían experimentar pocas dificultades para encontrar su sustituto. Su larga ocupación del puesto probó, al menos, que la calificación no era excesiva. Pero este gabinete, con su sereno y floreciente semblante, había estado todo este tiempo cargado de feroces y emuladoras ambiciones. Esperaron la señal, pero esperaron en una sombría calma. La muerte del líder nominal, cuya superioridad formal, no hiriendo vanidad, ni ofendiendo orgullo, aseguraba en sus consejos la igualdad entre los capaces, fue la *tocsin* (señal de alarma) de su anarquía. Existían en este gabinete dos hombres, que estaban resueltos a ser inmediatamente primeros ministros; un tercero que estaba resuelto a ser eventualmente primer ministro, pero que de todos modos no ocuparía ningún puesto ministerial sin el liderazgo de una Cámara del Parlamento; y un cuarto, que se sentía capaz de ser primer ministro, pero desesperaba de la revolución que solo podría hacerle uno; y

que encontró un fin prematuro cuando esa revolución había llegado.

Si el Sr. Secretario Canning hubiera permanecido como líder de la Cámara de los Comunes bajo el Duque de Wellington, todo lo que habría ganado con la muerte de Lord Liverpool era un amo. Si el Duque de Wellington se hubiera convertido en ***Secretario de Estado*** bajo Mr. Canning, habría avanzado materialmente su posición política, no solo por poseer los sellos de un alto departamento en el que estaba capacitado para sobresalir, sino por convertirse en líder de la Cámara de los Lores. Pero Su Gracia fue inducido por ciertos cortesanos intrigantes a creer que el Rey enviaría por él, y también era consciente de que Mr. Peel ya no serviría bajo ningún ministerio en la Cámara de los Comunes. Bajo cualquier circunstancia, habría sido imposible mantener unido al *Liverpool Cabinet*. La lucha, por lo tanto, entre el Duque de Wellington y mi querido Sr. Canning fue *internecine* (mutuamente destructiva), y terminó de manera algo inesperada.

Y aquí debemos detenernos para hacer justicia a nuestro amigo Mr. Rigby, cuya conducta en esta ocasión se distinguió por una ajetreada destreza que era bastante encantadora. Él había, como hemos insinuado anteriormente, sobre el crédito de algunos ingeniosos libelos escritos durante el juicio de la Reina, que eran, de hecho, las efusiones de Lucian Gay, se había infiltrado en una especie de favor ocasional e indigno en el palacio, donde era mitad víctima y mitad bufón. Aquí, durante el interregno ocasionado por la muerte, o más bien inevitable retiro, de Lord Liverpool, Mr. Rigby logró acumular la convicción de que el Duque era el caballo ganador, y en consecuencia apareció una serie de (artículos principales en un notorio periódico vespertino, en el que se demostraba, como declararon Tadpole y Taper, de la manera más demoledora, que el hijo de una actriz nunca podría ser tolerado como Primer Ministro de Inglaterra. No contento con esto, y sin dudar por un momento de la auténtica base de su persuasión, Mr. Rigby derramó su grosera locuacidad sobre el tema en varios de los nuevos clubes que estaba creando para vengarse de haber sido vetado en White's.

Entre los arreglos sobre los distritos de Lord Monmouth, y el afortunado embotellamiento de un clarete que el Duque había importado por recomendación del señor Rigby, este distinguido caballero logró pagar visitas casi por hora en Apsley House, y acosó a Tadpole y Taper tanto que apenas se atrevían a dirigirse a él. A unas veinticuatro horas del resultado, y cuando se suponía generalmente que el Duque estaba dentro, el señor Rigby, que había ido a Windsor para preguntar a Su Majestad la fecha de algún oscuro incidente histórico, que Rigby, por supuesto, conocía muy bien, encontró que las audiencias eran imposibles, que la Majestad estaba agitada, y supo, de una autoridad humilde pero segura, que a pesar de todos sus artículos demoledores, y las parodias de Lucian Gay de las melodías irlandesas,

Canning iba a ser Primer Ministro.

¡Esto parecería algo así como un apuro! Para las mentes comunes, no hay tales cosas como apuros para los caballeros con los talentos para la acción de Mr. Rigby. Tenía, en efecto, en el mundo, la reputación de ser un adepto en las maquinaciones, y se suponía que siempre estaba involucrado en profundos y complicados artificios. Esto era un error. No había nada profundo en Mr. Rigby; y su intelecto era totalmente incapaz de idear o sostener un esquema intrincado o continuo. Era, en resumen, un hombre que ni sentía ni pensaba; pero que poseía, en un grado muy notable, un instinto inquieto para la bajeza hábil. En la presente ocasión, se subió a su coche y condujo a toda velocidad desde Windsor a la *Foreign Office*. El Secretario de Estado estaba ocupado cuando llegó; pero Mr. Rigby no quiso oír de dificultades. Subió corriendo las escaleras, abrió la puerta de par en par y, con el rostro agitado y los ojos llenos de lágrimas, se arrojó en los brazos del asombrado Mr. Canning.

—Todo está bien —exclamó el devoto Rigby, en tono entrecortado—; he convencido al Rey de que el *First Minister* debe estar en la Cámara de los Comunes. Nadie lo sabe sino yo; pero es seguro.

Hemos visto que al principio de su carrera, Mr. Peel se retiró de la vida oficial. Su curso había sido de una prosperidad ininterrumpida; el héroe de la Universidad se había convertido en el favorito de la Cámara de los Comunes. Su retiro, por lo tanto, no fue provocado por el disgusto. Ni tampoco debería haber sido sugerido por una ambición calculadora, pues el curso ordinario de los eventos lo estaba llevando rápidamente a todo lo que el hombre podía aspirar. Más bien se podría suponer que ya había ganado suficiente experiencia, quizás en su Secretaría Irlandesa, para hacerle detenerse en esa carrera de éxito superficial que la educación y la costumbre le habían trazado hasta ahora, en lugar de las energías creativas de su propia mente. Un intelecto reflexivo puede haber ya detectado elementos en nuestro sistema social que requerían una observación más fina, y un estudio más ininterrumpido, de lo que los grillos y trabas del cargo permitirían. Puede haber descubierto que la representación de la Universidad, considerada en aquellos días como la *blue ribbon* (cinta azul) de la Cámara de los Comunes, era un grillete suficiente sin añadir innecesariamente a su restricción. Puede haber deseado reservarse para una ocasión más feliz, y un período más progresivo. Puede haber sentido la fuerte necesidad de detenerse en su rápida carrera de rutina feliz, para examinar su posición con calma, y para comprender la época agitada que se avecinaba.

Para eso, no podía sino ser consciente de que la educación que había consumado, por muy ornamentada y refinada que fuera, no era suficiente.

Esa era de la economía política que Lord Shelburne había predicho en 1787, cuando demolió, en la Cámara de los Lores, al Obispo Watson y la *Balance of Trade* (Balanza Comercial), que Mr. Pitt había comprendido; y para la que estaba preparando a la nación cuando la Revolución Francesa desvió la mente pública hacia una corriente más fuerte y más turbulenta, se avecinaba de nuevo, mientras que la historia intermedia del país había sido prolífica en eventos que habían agravado la necesidad de investigar las fuentes de la riqueza de las naciones. Había llegado el momento en que la preeminencia parlamentaria ya no podía ser alcanzada o mantenida por magníficas abstracciones tomadas de Burke, o sistemas superficiales robados de De Lolme, adornados con puntos horacianos, o variados con pasajes virgilianos. Iba a ser una era de disquisición abstrusa, que requería un intelecto compacto y fibroso, alimentado en una clase de aprendizaje aún no honrado en las universidades, y que podría llegar a conclusiones conflictivas con los prejuicios predominantes.

Adoptando esta visión de la posición de Mr. Peel, reforzada por su temprano retiro por un tiempo de la dirección de los asuntos públicos, puede no solo ser una evaluación caritativa sino verdadera de los motivos que le influyeron en su conducta hacia Mr. Canning, concluir que no fue guiado en esa transacción por la rivalidad falsa que generalmente se le imputa. Su declaración en el Parlamento de las circunstancias determinantes de su conducta, junto con su política subsiguiente y casi inmediata, puede quizás dejar siempre este como un pasaje doloroso y ambiguo en su carrera; pero al juzgar a los hombres públicos, nos corresponde siempre tomar visiones amplias y extendidas de su conducta; y los incidentes previos a menudo explicarán satisfactoriamente eventos subsiguientes, que, sin su ayuda ilustrativa, están envueltos en malentendido o misterio.

Parecería, por lo tanto, que Sir Robert Peel, desde un período temprano, meditó su emancipación de la confederación política en la que estaba implicado, y que ha sido continuamente frustrado en este proyecto. Se liberó de Lord Liverpool; se retiró de Mr. Canning. Forzado de nuevo a convertirse en el líder subordinado del gobierno más débil en los anales parlamentarios, creyó que finalmente había logrado su emancipación, cuando declaró a sus antiguos colegas, después del derrocamiento de 1830, que nunca volvería a aceptar una posición secundaria en el cargo.

Pero el Duque de Wellington era un táctico demasiado viejo para perder a un aliado tan valioso. Así que Su Gracia declaró después de que se aprobara el *Reform Bill*, como su resultado inevitable, que en adelante el *Prime Minister* debía ser miembro de la Cámara de los Comunes; y este aforismo, citado como de costumbre por los parásitos del Duque como demostración de su suprema sagacidad, era una manera graciosa de dimitir la preeminencia que

había sido productiva de tan grandes desastres para el partido. Es notable que el partido que ideó y aprobó el *Reform Bill*, y que, en consecuencia, gobernó la nación durante diez años, nunca una vez tuvo a su *Prime Minister* en la Cámara de los Comunes: pero eso no importa; la máxima del Duque todavía se cita como un oráculo casi igual en presciencia a su famosa pregunta, *How is the King's government to be carried on?* (¿Cómo se va a llevar a cabo el gobierno del Rey?), una pregunta a la que Su Gracia para entonces ha logrado dar una respuesta tolerablemente práctica.

Sir Robert Peel, que se había escapado de Lord Liverpool, escapado de Mr. Canning, escapado incluso del Duque de Wellington en 1832, fue finalmente atrapado en 1834; la víctima de incansables intrigantes, que no comprendían su posición, ni la de su país.

CAPÍTULO II

Beaumanoir era uno de esos palacios palladianos, vastos y ornamentados, como los que el genio de Kent y Campbell deleitaba a principios del siglo XVIII. Situado en una noble elevación, pero protegido del viento del norte, su suntuosa fachada, conectada con sus alas de gran extensión por columnatas corintias, era el orgullo y la gloria de los condados centrales. Los jardines circundantes, que igualaban en extensión al tamaño de los parques ordinarios, estaban llenos de templos dedicados a virtudes abstractas y a amigos difuntos. Ocasionalmente, un arco triunfal celebraba a un general a quien la familia aún consideraba un héroe; y a veces una columna votiva conmemoraba al gran estadista que había avanzado a la familia un escalón en la nobleza. Más allá de los límites de este placer, el ciervo y la cierva vagaban en un yermo lleno de cubiertos de helecho y verdes y majestuosos árboles.

El noble propietario de esta mansión tenía muchas de las virtudes de su clase; algunas de sus fallas. Tenía ese espíritu público que se ajustaba a su posición. No era uno de esos que evitan los esfuerzos y sacrificios que deberían ser inseparables de una alta posición, bajo el pretexto hueco de un gusto por la privacidad, y una devoción a las alegrías domésticas. Era munífico, tierno y generoso con los pobres, y amaba una hospitalidad fluida. Un entusiasta deportista, no estaba exento de letras, y tenía de hecho un gusto cultivado por las bellas artes. Aunque un político ardiente, era tolerante con las opiniones adversas, y lleno de amabilidad hacia sus oponentes. Firme partidario de las *Corn Laws* (Leyes de Cereales), nunca rechazó un arrendamiento. A pesar de que a través de todo su comportamiento y el hábito de su mente, corría una vena de simplicidad nativa que estaba llena de encanto, su manera era acabada. Nunca ofendía el amor propio de nadie. Su buena educación, en verdad, surgía de la única fuente segura de modales

suaves, un corazón bondadoso. Haber herido a otros lo habría herido a sí mismo. Quizás, también, esta noble simpatía puede haber sido en cierto grado provocada por la antigua sangre en sus venas, un accidente de linaje bastante raro entre la nobleza inglesa. Difícilmente se podía elogiar por los fuertes afectos que lo unían a su hogar, pues la fortuna le había dado la familia más agradable del mundo; pero, sobre todo, una esposa sin par.

La Duquesa era una de esas mujeres que son el deleite de la existencia. Procedía de una casa no inferior a aquella con la que se había mezclado, y estaba dotada de esa rara belleza que el tiempo siempre perdona, de modo que ahora parecía solo la hermana mayor de sus propias hermosas hijas. Ella también se distinguía por esa perfecta buena educación que es el resultado de la naturaleza y no de la educación: pues se puede encontrar en una cabaña, y se puede echar de menos en un palacio. Es una consideración cordial por los sentimientos de los demás que surge de una ausencia de egoísmo. La Duquesa, en verdad, era en todos los sentidos una *fine lady* (señora fina); sus modales eran refinados y llenos de dignidad; pero nada en el mundo podría haberla inducido a parecer aburrida cuando otro se dirigía o intentaba divertirla. No era una de esas vulgares *fine ladies* que te encuentran un día con una mirada vacía, como si no fueran conscientes de tu existencia, y te dirigen la palabra otro en un tono de impertinente familiaridad. Su temperamento, quizás, era un poco vivo, lo que hacía que esta consideración por los sentimientos de los demás fuera aún más admirable, pues era el resultado de una estricta disciplina moral actuando sobre un buen corazón. Aunque la mejor de las esposas y madres, tenía algo de caridad para sus vecinos. No necesitando ella misma indulgencia, podía ser indulgente; y de ningún modo favorecía esa moral estrecha que coartaría el juego inocente del cuerpo social. Era consumada, bien leída, y tenía una imaginación viva. Añádase a esto ese rayo de sol de un hogar feliz, un espíritu alegre y animado en su dueña, y uno podría formarse una idea vaga de esta graciosa persona.

El hijo mayor de esta casa estaba entonces en el continente; de sus dos hermanos menores, uno estaba con su regimiento y el otro era el amigo de Coningsby en Eton, nuestro Henry Sydney. Las dos hijas mayores acababan de casarse, el mismo día, y en el mismo altar; y la restante, Theresa, era aún una niña.

El Duque había ocupado un puesto principal en la *Household* (Casa Real) bajo la administración anterior, y sus presentes invitados consistían principalmente en sus antiguos colegas en el cargo. Había varios miembros del gabinete anterior, varios miembros de los antiguos distritos de Su Gracia, con aspecto de mártires, llenos de sufrimiento y de esperanza. El señor Tadpole y el señor Taper también estaban allí; ellos también habían perdido sus escaños desde 1832; pero siendo hombres de negocios, y acostumbrados

desde temprana edad a mirar a su alrededor, ya habían comenzado las combinaciones que en una ocasión futura debían llevarlos de vuelta a la asamblea donde tanto se les echaba de menos. Taper tenía su ojo puesto en una pequeña circunscripción que había escapado de las fatales listas, y donde tenía lo que llamaban una conexión; es decir, una sección de los sufragios que tenían un vivo recuerdo de los favores del Tesoro una vez otorgados por Mr. Taper, y que no habían sido tan liberalmente tratados por los poderes existentes. Esta conexio*n* de Taper, con el tiempo, debía leudar toda la masa del cuerpo constituyente, y hacer que se levantara en plena rebelión contra su actual representante liberal, que, siendo uno de una mayoría de trescientos, no podía conseguir nada cuando se presentaba en Whitehall o Downing Street.

Tadpole, por el contrario, que tenía una mente de mayor alcance que Taper, con más imaginación y recursos pero no un hombre tan seguro, estaba coqueteando con una ciudad manufacturera y una gran circunscripción, donde debía triunfar con la ayuda de los Wesleyanos, de cuya piadosa comunidad se había convertido repentinamente en un ferviente admirador. El gran Mr. Rigby, también, era un invitado fuera del Parlamento, ni deseando estar en él; pero al oír que sus amigos tenían algunas esperanzas, pensó que bajaría para frustrarlas. Las uvas políticas estaban agrias para Mr. Rigby; un profeta del mal, predicaba solo mortificación, arrepentimiento y desesperación a sus antiguos colegas. Era la única satisfacción que le quedaba a Mr. Rigby, excepto asegurar al Duque de que las mejores pinturas de su galería eran copias, y recomendarle que derribara Beaumanoir y lo reconstruyera según un diseño que Mr. Rigby le proporcionaría. La *battue* (cacería) y el banquete habían terminado; las damas se habían retirado; y el mayordomo colocó clarete fresco sobre la mesa.

—¿Y realmente crees que podrías darnos una mayoría, Tadpole? —dijo el Duque.

El señor Tadpole, con cierta ceremonia, sacó una libreta de memorándums de su bolsillo, entre las sonrisas y la débil y bien educada alegría de sus amigos.

—Tadpole no es nada sin su libro —susurró Lord Fitz-Booby.

—Está aquí —dijo el señor Tadpole, dando palmaditas enfáticas a su volumen —, una clara mayoría operativa de veintidós.

—¡Eso es navegar cerca! —exclamó el Duque.

—Una mayoría mucho mejor que la del actual Gobierno —dijo el señor Tadpole.

—No hay nada como una buena mayoría pequeña —dijo el señor Taper—, y un buen registro electoral.

—¡Ay! ¡registrar, registrar, registrar! —dijo el Duque—. Esas fueron palabras inmortales.

—Puedo decir a Su Gracia tres mucho mejores —dijo el señor Tadpole, con aire complaciente—. objetar, objetar, objetar.

—Puedes registrar y puedes objetar —dijo Mr. Rigby—, pero nunca te librarás de *Schedule A* y *Schedule B* (Anexo A y Anexo B).

—¿Pero quién podría haber supuesto hace dos años que los asuntos estarían en su posición actual? —dijo el señor Taper, deferentemente.

—Lo predije —dijo el señor Rigby—. Todo el mundo sabe que ningún gobierno puede durar ahora doce meses.

—Podemos hacer nuevos distritos —dijo Taper—. Hemos reducido Shabbyton en el último registro electoral a menos de trescientos.

—¡Y los Wesleyanos! —dijo Tadpole—. ¡Nunca contamos con los Wesleyanos!

—Me han dicho que estos Wesleyanos son realmente un cuerpo respetable —dijo Lord Fitz-Booby—. Creo que no hay diferencia material entre sus creencias y las de la *Establishment* (Iglesia establecida). No había oído hablar mucho de ellos hasta hace poco. Durante demasiado tiempo los hemos confundido con la masa de los *Dissenters* (disidentes), pero su conducta en varias de las últimas elecciones prueba que están lejos de ser individuos irrazonables y desleales. Cuando entremos, debería hacerse algo por los Wesleyanos, ¿eh, Rigby?

—Todo lo que Su Señoría puede hacer por los Wesleyanos es lo que ellos mismos harán muy pronto, apropiarse de una parte de los *Church Revenues* (Ingresos de la Iglesia) para su propio uso.

—No, no —dijo el señor Tadpole con una risita—, no creo que la Iglesia sea atacada de nuevo en un futuro próximo. ¡Ojalá lo intentaran! Un buen grito de guerra de la Iglesia antes de un *registration* —continuó, frotándose las manos—; ¿eh, mi Señor, creo que eso funcionaría?

—¿Pero cómo vamos a echarlos? —dijo el Duque.

—¡Ah! —dijo el señor Taper—, esa es una gran pregunta.

—¿Qué piensa de una derogación del *Malt Tax* (Impuesto a la Malta)? —dijo Lord Fitz-Booby—. Lo han estado probando en ——shire, y me dicen que funciona muy bien.

—Ninguna derogación de ningún impuesto —dijo Taper, sinceramente conmocionado y sacudiendo la cabeza—; y el *Malt Tax* de todos los demás. Estoy completamente en contra de eso.

—Es una muy buena consigna, sin embargo, si no hay otro —dijo Tadpole.

—Yo estoy por un lema religioso —dijo Taper—. No significa nada, y, si tiene éxito, no interfiere con los negocios cuando estamos dentro.

—Tendrás suficientes consignas religiosas en poco tiempo —dijo el señor Rigby, algo cansado de que nadie hablara excepto él, y entonces comenzó un discurso, que era, de hecho, uno de sus artículos demoledores en secreto sobre la Reforma de la Iglesia, y que abundaba en paralelos entre los asuntos presentes y los del reinado de Carlos I. Tadpole, que no pretendía saber nada excepto el estado del registro electoral, y Taper, cuya lectura política se limitaba a un íntimo conocimiento del Libro Rojo y el Índice Político de Beatson, que podía recitar al revés, fueron silenciados. El Duque, que estaba bien instruido y le gustaba que le hablaran, sorbía su clarete y se divertía bastante con la conferencia de Rigby, particularmente con una o dos declaraciones caracterizadas por la feliz audacia de Rigby, pero que el Duque era demasiado indolente para cuestionar. Lord Fitz-Booby escuchaba con la boca abierta, pero bastante aburrido. Al fin, cuando hubo una breve pausa, dijo:

—En mi época, lo habitual era proponer una enmienda al discurso.

—¡Imposible! —exclamó Tadpole con una burla.

—Completamente abandonado —dijo Taper, con una mueca.

—Si no van a beber más clarete, iremos a oír un poco de música —dijo el Duque.

CAPÍTULO III

Un desayuno en Beaumanoir era una comida de cierta ceremonia. Se esperaba que todos los invitados asistieran, y a una hora algo temprana. Sus anfitriones les daban el ejemplo de puntualidad. Es una vieja costumbre seguida rígidamente en algunas grandes casas, pero, hay que confesarlo, no contrasta muy agradablemente con los arreglos más fáciles de establecimientos de menor pretensión y de orden más moderno.

La mañana después de la cena a la que hemos sido recientemente presentados, había un individuo ausente de la mesa del desayuno cuya falta apenas podía pasarse por alto sin comentario; y varios preguntaron con cierta ansiedad si su anfitrión estaba indispuesto.

—El Duque ha recibido algunas cartas de Londres que lo retienen —respondió la Duquesa—. Se unirá a nosotros.

—Su Gracia se alegrará de saber que su hijo Henry está muy bien —dijo el señor Rigby—; tuve noticias de él esta mañana. Harry Coningsby me envió una carta para su abuelo y me dice que él y Henry Sydney acababan de tener una magnífica carrera con los perros del Rey.

—Han pasado tres años desde que vimos al señor Coningsby —dijo la Duquesa—. Una vez estuvo a menudo aquí. Era un gran favorito mío. Casi nunca conocí a un muchacho más interesante.

—Sí, he hecho mucho por él —dijo el señor Rigby—. Lord Monmouth le tiene cariño y desea que figure; pero cómo se puede distinguir alguien ahora, realmente estoy perdido para comprenderlo.

—¿Pero están tan mal los asuntos? —dijo la Duquesa, sonriendo—. Pensaba que todos estábamos recuperando nuestro buen sentido y buen humor.

—Creo que todo el buen sentido y todo el buen humor de Inglaterra están concentrados en Su Gracia —dijo el señor Rigby, galantemente.

—Sentiría ser semejante monopolista. Pero Lord Fitz-Booby me estaba dando anoche un informe bastante halagador de las perspectivas del señor Tadpole para la nación. Todos íbamos a tener lo nuestro otra vez; y Percy iba a ganar el condado.

—Mi querida Señora, antes de que pasen doce meses, no quedará ningún condado en Inglaterra. ¿Por qué debería haberlo? Si los distritos van a ser desposeídos, ¿por qué no deberían ser destruidos los condados?

En ese momento entró el Duque, aparentemente agitado. Hizo una reverencia a sus invitados y se disculpó por su inusual ausencia. —La verdad es —continuó—, que acabo de recibir un despacho muy importante. Ha ocurrido un evento que puede afectar materialmente los asuntos. Lord Spencer ha muerto.

Un rayo en un cielo de verano, como dice Sir William Temple, no podría haber producido una sensación mayor. El negocio de la comida cesó en un momento. Los cuchillos y tenedores se silenciaron de repente. Todo quedó en

silencio.

—Es un evento inmenso —dijo Tadpole.

—No veo mi camino —dijo Taper.

—¿Cuándo murió? —dijo Lord Fitz-Booby.

—No lo creo —dijo el señor Rigby.

—Tienen a su hombre listo —dijo Tadpole.

—Es imposible decir lo que sucederá —dijo Taper.

—Ahora es el momento para una enmienda al discurso (*address*) —dijo Fitz-Booby.

—Hay dos razones que me convencen de que Lord Spencer no ha muerto —dijo el señor Rigby.

—Temo que no hay duda —dijo el Duque, sacudiendo la cabeza.

—Lord Althorp era el único hombre que podía mantenerlos unidos —dijo Lord Fitz-Booby.

—Al contrario —dijo Tadpole—. Si estoy en lo cierto sobre mi hombre, y no tengo ninguna duda, tendrán un programa radical, y serán más fuertes que nunca.

—¿Crees que pueden volver a generar el vapor? —dijo Taper, pensativamente.

—Pujarán alto —respondió Tadpole—. Nada podría haber sido más desafortunado que esta muerte. ¡Las cosas iban tan bien y tan tranquilamente! ¡Los Wesleyanos casi con nosotros!

—¡Y Shabbyton también! —exclamó Taper con tristeza—. Otro *registro electoral* y tiempos tranquilos, y podría haber reducido la circunscripción a doscientos cincuenta.

—Si Lord Spencer hubiera muerto el día 10 —dijo Rigby—, Henry Rivers lo habría sabido. Y tengo una carta de Henry Rivers en este correo. Ahora, Althorp está en Northamptonshire, fíjese, y Northampton es un condado...

—Mi querido Rigby —dijo el Duque—, perdone que le interrumpa. Desgraciadamente, no hay duda de que Lord Spencer ha muerto, porque soy

uno de sus albaceas.

Este anuncio silenció incluso al señor Rigby, y la conversación ahora se sumergió por completo en especulaciones sobre lo que ocurriría. Numerosas fueron las conjeturas arriesgadas, pero la impresión predominante era que este evento imprevisto podría avergonzar esas expectativas secretas de ayuda de la Corte en las que cierta sección del partido tenía razones para confiar desde hacía algún tiempo.

Desde el momento, sin embargo, del anuncio de la muerte de Lord Spencer, se podía observar visiblemente un cambio en el tono del partido en Beaumanoir. Se volvieron silenciosos, taciturnos e inquietos. Parecía haber una convicción general, aunque no declarada, de que una crisis de algún tipo estaba cerca. El correo, también, traía cartas todos los días de la ciudad llenas de especulaciones fantásticas, y ocasionalmente esperanzas misteriosas.

—Guardé esta cubierta para Peel —dijo el Duque pensativamente, mientras cargaba su escopeta la mañana del día 14—. ¿Sabe? Siempre estuve en contra de que fuera a Roma.

—Es muy extraño —dijo Tadpole—, pero estaba pensando exactamente en lo mismo.

—Pasarán quince años antes de que Inglaterra vea un gobierno **Tory** —dijo el señor Rigby, sacando su varilla de limpieza—, y entonces solo durará cinco meses.

—Melbourne, Althorp y Durham, todos en los Lores —dijo Taper—. ¡Tres líderes! Deben pelearse.

—Si Durham entra, fíjese, disolverá sobre *Household Suffrage* (Sufragio Doméstico) y la *Ballot* (Votación Secreta) —dijo Tadpole.

—No es un lema ni de lejos tan bueno como la Iglesia —respondió Taper.

—Con el *Malt Tax* —dijo Tadpole—. La Iglesia, sin el *Malt Tax*, no funcionará contra el *Household Suffrage* y la *Ballot*.

—El *Malt Tax* es una locura —dijo Taper—. Un buen lema del amigo del granjero sin el *Malt Tax* funcionaría igual de bien.

—Nunca disolverán —dijo el Duque—. Son demasiado fuertes.

—No pueden continuar con una mayoría de trescientos —dijo Taper—. Cuarenta es todo lo que se puede manejar con circunscripciones abiertas.

—¡Si solo hubiera ido a París en lugar de a Roma! —dijo el Duque.

—Sí —dijo el señor Rigby—, podría haberle escrito entonces por cada correo, y haberle desengañado sobre su posición.

—Después de todo, él es el único hombre —dijo el Duque—; y realmente creo que el país lo piensa.

—Dígame, ¿qué es el país? —preguntó el señor Rigby—. El país no es nada; es la circunscripción con la que tienes que tratar.

—Y para manejarlos debes tener un buen lema—dijo Taper—. Ahora todo depende de un buen lema.

—Así es la ciencia de la política —dijo el Duque, derribando un faisán—. ¡Cómo habría disfrutado Peel de este coto!

—Tendrá mucho tiempo para el deporte durante su vida —dijo el señor Rigby.

En la tarde del 15 de noviembre, llegó un despacho a Beaumanoir informando a Su Gracia de que el Rey había despedido al Ministerio Whig y enviado a buscar al Duque de Wellington. Así terminó la primera incertidumbre agitadora; para ser sucedida, sin embargo, por una expectación aún más ansiosa. Fue notable que cada individuo encontrara de repente que tenía negocios particulares en Londres que no podían ser descuidados. El Duque, muy propiamente, alegó sus deberes como albacea; pero rogó a sus invitados que de ninguna manera se perturbaran por su inevitable ausencia. Lord Fitz-Booby acababa de recibir una carta de su hija, que estaba indispuesta en Brighton, y estaba muy ansioso por llegar a ella. Tadpole tenía que recibir delegaciones de Wesleyanos, y de *well-registered boroughs* (distritos bien registrados) ansiosos por recibir candidatos bien principistas. Taper se fue a conseguir el primer empleo en el contingente del Tesoro, en favor del Distrito de Shabbyton. El señor Rigby solo estaba en silencio; pero pidió tranquilamente un coche de posta al amanecer, y mucho antes de que sus compañeros de habitación fueran despertados de sus sueños, estaba a medio camino de Londres, listo para dar consejos, ya sea en el pabellón o en Apsley House.

CAPÍTULO IV

Aunque no es en absoluto improbable que, si Sir Robert Peel hubiera estado en Inglaterra en el otoño de 1834, el gobierno Whig no habría sido despedido; sin embargo, cualquiera que sea ahora la opinión sobre la conveniencia de esa medida; si se considera como un movimiento prematuro

que condujo necesariamente a la reorganización compacta del partido Liberal, o como un gran golpe de Estado, que, al asegurar en todo caso una disolución del Parlamento de 1832, restauró el saludable equilibrio de los partidos en la Legislatura, cuestiones en las que no deseamos entrar ahora, debe admitirse generalmente que la conducta de cada individuo eminentemente concernido en esa gran transacción histórica se caracterizaba por la más rara y admirable cualidad de la vida pública, el valor moral. El Soberano que despidió a un Ministerio aparentemente apoyado por una mayoría abrumadora en el Parlamento y la nación, y llamó a sus consejos al ausente jefe de una sección parlamentaria, que apenas contaba en ese momento con ciento cuarenta individuos, y de un partido en el país que se suponía completamente derrotado por una revolución reciente; los dos ministros que en esta ausencia administraron provisionalmente los asuntos del reino a pesar de una Oposición enfurecida y sin escrúpulos, y quizás ellos mismos no sostenidos por una profunda convicción de que la llegada de su líder esperado convertiría su posición provisional en una permanente; sobre todo el estadista que aceptó el gran cargo en un momento y bajo circunstancias que probablemente malograron los profundos proyectos de su propia presciente sagacidad y su madura ambición; eran todos hombres dotados de un alto espíritu de empresa, y animados por esa fortaleza activa que es el alma de los gobiernos libres.

Fue una temporada animada, ¡ese invierno de 1834! ¡Qué esperanzas, qué temores y qué apuestas! Desde el día en que Mr. Hudson debía llegar a Roma hasta la elección del *Speaker* (Presidente de la Cámara), no había contingencia que no fuera objeto de una apuesta. ¡La gente surgía como hongos; la ciudad se llenaba de repente! Todo el que había estado en el cargo, y todo el que deseaba estar en el cargo; todo el que alguna vez había tenido algo, y todo el que alguna vez esperaba tener algo, eran igualmente visibles. Todos, por supuesto, por mera casualidad; uno podía encontrarse con los mismos hombres regularmente todos los días durante un mes, que solo estaban de paso por la ciudad.

Ahora era el momento para que los hombres se presentaran que nunca habían desesperado de su país. Cierto es que habían votado por el *Reform Bill*, pero eso era para prevenir una revolución. Y ahora estaban completamente listos para votar en contra del *Reform Bill*, pero esto era para prevenir una disolución. Estos son los verdaderos patriotas, cuya confianza en el buen sentido de sus compatriotas y en su propio egoísmo es casi igual. Mientras tanto, los ciento cuarenta lanzaban una mirada sombría sobre los numerosos *waiters on Providence* (buscadores de la Providencia), y los amables *trimmers* (oportunistas), que preguntaban afectuosamente cada día cuándo se podrían esperar noticias de Sir Robert. Aunque demasiado débiles para formar un gobierno, y no habiendo contribuido en nada con sus

esfuerzos a la caída del anterior, la cohorte de los **Tory** parlamentarios sentía toda la alarma de hombres que se han topado accidentalmente con un tesoro, ante la sospechosa simpatía de nuevos aliados. Pero, después de todo, ¿quiénes debían formar el gobierno, y qué debía ser el gobierno? ¿Iba a ser un gobierno **Tory**, o un gobierno *Enlightened-Spirit-of-the-Age Liberal-Moderate-Reform* (Liberal-Moderado-Reforma del Espíritu Ilustrado de la Edad); iba a ser un gobierno de alta filosofía o de baja práctica; de principio o de conveniencia; de grandes medidas o de pequeños hombres? ¿Un gobierno de estadistas o de oficinistas? ¿De *Humbug* (Farsa) o de *Humdrum* (Monotonía)? Grandes preguntas estas, pero desafortunadamente no había nadie para responderlas. Intentaron con el Duque; pero no pudieron sacarle nada. Todo lo que sabía, que contó en su forma corta y ronca, era que tenía que llevar a cabo el gobierno del Rey. En cuanto a su solitario colega, escuchaba y sonreía, y luego les devolvía las preguntas con su voz musical, que es la mejor manera posible de evitar preguntas incómodas. Esto era muy injusto; porque nadie sabía qué tono adoptar; si debían ir a sus cenas públicas y denunciar el *Reform Act* (Acta de Reforma) o alabarlo; si la Iglesia debía ser remodelada o solo amonestada; si Irlanda debía ser conquistada o conciliada.

—Esto no puede continuar mucho más —dijo Taper a Tadpole, mientras revisaban juntos su correspondencia electoral el 1 de diciembre—; no tenemos lema.

—Ya está a mitad de camino —dijo Tadpole—; envía un extracto de una carta privada al *Standard*, fechada en Augsburgo, y di que estará aquí en cuatro días.

Por fin llegó; el gran hombre en una gran posición, convocado desde Roma para gobernar Inglaterra. El mismo día que llegó tuvo su audiencia con el Rey.

Fue dos días después de esta audiencia; la ciudad, aunque noviembre, en un estado de excitación; los clubes llenos, no solo las salas de la mañana, sino los vestíbulos y escaleras hormigueaban de miembros ansiosos por dar y recibir rumores igualmente vanos; las calles llenas de coches de alquiler y carrozas, mozos de cuadra y caballos; fue dos días después de esta audiencia que el señor Ormsby, célebre por sus cenas políticas, dio una a un numeroso partido. En verdad, sus salones hoy, durante la media hora de reunión que precede a la cena, ofrecían en los diversos grupos, los rostros ansiosos, las voces inquisitivas y los susurros misteriosos, más bien el carácter de una *Exchange* o *Bourse* (Bolsa) que el tono de una sociedad festiva.

Aquí se podía distinguir un murmullo de *greyheaded privy-councillors*

(consejeros privados de cabeza gris), que habían tenido cargos gordos bajo Perceval y Liverpool, y que miraban al *Reform Act* como a un sueño horrible; allí se podía observar a algunos aspirantes de mediana edad que habían perdido sus escaños en la convulsión, pero que se halagaban de haber hecho algo por el partido en el intervalo, sin gastar nada excepto su aliento en luchar por distritos sin esperanza, y publicando ocasionalmente un panfleto, que realmente producía menos efecto que embadurnar las paredes. Ligero como el aire, y orgulloso como un joven pavo real, caminaba de puntillas un joven **Tory**, que había logrado mantener su escaño en un Parlamento donde no había hecho nada, pero que pensaba que una Subsecretaría estaba ahora asegurada, particularmente como era hijo de un noble Señor que también, en una capacidad pública, había saqueado y metido la pata en el buen tiempo antiguo. El verdadero aventurero político, que con sosa desesperación se había aferrado a todo, nunca había descuidado una nota del Tesoro, había estado presente en cada división, nunca hablaba cuando se le pedía que callara, y estaba siempre listo sobre cualquier tema cuando querían que abriera la boca; que había tratado a sus líderes con servilismo incluso a sus espaldas, y era feliz por el día si un futuro Secretario del Tesoro le saludaba; que no solo había desalentado el descontento en el partido, sino que había informado regularmente en estricta confidencia cada instancia de insubordinación que llegaba a su conocimiento; podría también ser detectado allí bajo todas las agonías de la crisis; empezando a sentir la terrible duda de si ser un esclavo y un despreciable eran calificaciones suficientes para el cargo, sin familia ni conexión. ¡Pobre hombre! la mitad de la industria que había desperdiciado en su oficio sin alegría podría haberle hecho su fortuna en algún oficio decente.

En deslumbrante contraste con estas agonías de baja ambición, había algunos personajes brillantes que acababan de llegar al galope desde Melton, pensando que era probable que Sir Robert necesitara algunos *lords of the bed-chamber* (señores de la cámara del rey). Cualesquiera que hayan sido sus temores o sentimientos privados, todos, sin embargo, parecían sonrientes y significativos, como si supieran algo si quisieran contarlo, y ese algo muy de su agrado. El único rostro grave que ocasionalmente era conducido a la habitación pertenecía a algún individuo cuyo destino no estaba en duda, y que ya estaba practicando el aire oficial que en el futuro debía reprimir la familiaridad de sus antiguos compañeros de andanzas.

—¿Oye algo? —dijo un gran noble que quería algo en la confusión general, pero qué no sabía; solo tenía la vaga sensación de que debería tener algo, después de haber hecho tan grandes sacrificios.

—Hay un informe de que Clifford será Secretario de la Junta de Control —dijo el señor Earwig, cuya alma entera estaba en este arreglo subalterno, en

el que el Ministro, por supuesto, ni siquiera había pensado—; pero no puedo rastrearlo hasta ninguna autoridad.

—Me pregunto quién será su *Master of the Horse* (Caballerizo Mayor) —dijo el gran noble, amante del chisme aunque despreciaba al chismoso.

—Clifford no ha hecho nada por el partido —dijo el señor Earwig.

—Me atrevo a decir que Rambrooke tendrá los *Buckhounds* (Sabuesos para ciervos) —dijo el gran noble, pensativamente.

—¿Su Señoría no ha oído mencionar el nombre de Clifford? —continuó el señor Earwig.

—Supongo que no han llegado a ese tipo de cosas —dijo el gran noble, con mal disimulado desprecio—. Lo primero después de formar el Gabinete es la Casa Real; las cosas de las que hablas se hacen al final; y se giró sobre sus talones, y se encontró con el imperturbable rostro y el claro ojo sarcástico de Lord Eskdale.

—¿No ha oído nada? —preguntó el gran noble a su hermano patricio.

—Sí, mucho desde que estoy en esta habitación; pero desafortunadamente todo es falso.

—Hay un informe de que Rambrooke va a tener los *Buck-hounds*; pero no puedo rastrearlo hasta ninguna autoridad.

—¡Bah! —dijo Lord Eskdale.

—No veo por qué Rambrooke debería tener los *Buckhounds* más que cualquier otro. ¿Qué sacrificios ha hecho?

—Los sacrificios pasados no son nada —dijo Lord Eskdale—. Los sacrificios presentes son lo que queremos: hombres que sacrificarán sus principios y se unirán a nosotros.

—¿No ha oído mencionar el nombre de Rambrooke?

—Cuando un Ministro no tiene Gabinete, y solo ciento cuarenta partidarios en la Cámara de los Comunes, tiene algo más en qué pensar que en los puestos en la Corte —dijo Lord Eskdale, mientras se alejaba lentamente para preguntar a Lucian Gay si era cierto que Jenny Colon venía.

Poco después de esto, el padre de Henry Sydney, que cenaba con el señor Ormsby, llevó a Lord Eskdale a una ventana y dijo en voz baja:

—Así que habrá una especie de programa: algo va a ser escrito.

—Bueno, necesitamos una consigna —dijo Lord Eskdale—. Me enteré de esto anoche: Rigby ha escrito algo.

El Duque negó con la cabeza.

—No; Peel quiere hacerlo él mismo.

Pero en ese momento el señor Ormsby rogó a Su Gracia que los condujera a la cena.

Something is to be written (algo va a ser escrito). Es curioso recordar los términos vagos en los que se menciona a menudo la primera proyección de documentos que han de ejercer una vasta influencia en el curso de los asuntos o en las mentes de las naciones. Este *something to be written* fue escrito; y rápidamente; y desde entonces se ha hablado de él.

Creemos que podemos aventurarnos a asumir que en ningún período durante los movimientos de 1834-5 creyó Sir Robert Peel en el éxito de su administración. Su mero fracaso podía causarle poca insatisfacción; estaba compensado por ello por la noble oportunidad que se le brindó para mostrar esas grandes cualidades, tanto morales como intelectuales, que las envolturas de una prosperidad rutinaria habían reprimido durante mucho tiempo, pero de las cuales su oposición al *Reform Bill* había dado a la nación una significativa indicación. La breve administración lo elevó en la opinión pública, e incluso a los ojos de Europa; y es probable que un período de poder mucho más largo no hubiera contribuido más a su fama.

El efecto probable del prematuro esfuerzo de su partido en su futura posición como Ministro fue, sin embargo, lejos de ser tan satisfactorio. En el nivel más bajo de sus fortunas políticas, no cabe duda de que Sir Robert Peel miraba hacia adelante, quizás a través de la perspectiva de muchos años, a un período en el que la mente nacional, llegada por la reflexión y la experiencia a ciertas conclusiones, buscaría en él a un poderoso exponente de sus convicciones. Su edad le permitía estar tranquilo en la adversidad, y beneficiarse de sus saludables usos. Entonces habría accedido al poder como el representante de un *Creed* (Credo), en lugar de ser el líder de una *Confederacy* (Confederación), y habría sido apoyado por un entusiasmo sincero y perdurable, en lugar de por esa tolerancia gruñona que es el resultado de un supuesto equilibrio de ventajas a su favor. Esta es la consecuencia de la táctica de esos intrigantes miopes, que persistieron en considerar una revolución como una mera lucha de partidos, y no permitieron que la mente de la nación trabajara a través de las fases inevitables que la esperaban. En 1834, Inglaterra, aunque asustada por la

realidad de la Reforma, todavía se aferraba a sus frases; estaba inclinada, como Inglaterra práctica, a mantener las instituciones existentes; pero, como Inglaterra teórica, sospechaba que eran indefendibles.

Nadie había surgido ni en el Parlamento, las Universidades o la Prensa, para llevar a la mente pública a la investigación de los principios; y a no confundir, en sus reformas, la corrupción de la práctica con las ideas fundamentales. Era esta generación perpleja, mal informada, agotada, superficial, repitiendo *cries* que no comprendía, y cansada de las interminables efusiones de su propia vanidad estéril, la que Sir Robert Peel fue convocado a gobernar. Fue a partir de tales materiales, abundantes en cantidad, pero en todas las cualidades espirituales más deficientes; con grandes números, con amplias tierras, consolados hasta la barbilla, pero sin conocimiento, genio, pensamiento, verdad o fe, que Sir Robert Peel debía formar un gran partido Conservador sobre una base comprensiva. Que lo hizo como un político hábil, ¿quién puede negarlo? Si realizó esas prescientes visiones de un gran estadista en las que sin duda había indulgido, y en las cuales, aunque aún obstaculizado por el liderazgo de 1834, puede aún encontrar fama para sí mismo y salvación para su país, es otra cuestión. Su difícil intento se expresó en un discurso a sus electores, que ahora se encuentra entre los *state papers* (documentos de estado). Intentaremos considerarlo brevemente con la imparcialidad del futuro.

CAPÍTULO V

El *Tamworth Manifesto* (Manifiesto de Tamworth) de 1834 fue un intento de construir un partido sin principios; su base, por lo tanto, era necesariamente el *Latitudinarianism* (Latitudinarismo); y su consecuencia inevitable ha sido la Infidelidad Política.

En una época de perplejidad política y alarma social, la confederación era conveniente, y estaba calculada por agregación para animar a los tímidos y confundidos. Pero cuando la perturbación se hubo calmado un poco, y los hombres comenzaron a preguntarse por qué estaban unidos, la dificultad de definir su propósito probó que la liga, por muy respetable que fuera, no era un partido. Los líderes, en verdad, podrían beneficiarse de su eminente posición para obtener poder para su gratificación individual, pero era imposible asegurar a sus seguidores aquello que, después de todo, debe ser la gran recompensa de un partido político, la puesta en práctica de sus opiniones; porque no tenían ninguna.

En verdad, había muchos gritos sobre lo que llamaban principios Conservadores; pero la pregunta embarazosa surgió naturalmente, ¿qué vas a conservar? Las prerrogativas de la Corona, siempre que no se ejerzan; la

independencia de la Cámara de los Lores, siempre que no se afirme; el estado eclesiástico, siempre que esté regulado por una comisión de legos. Todo, en resumen, lo que está establecido, mientras sea una frase y no un hecho.

Mientras tanto, mientras las formas y frases son religiosamente atesoradas para hacer la apariencia de un credo, la regla de la práctica es doblegarse ante la pasión o combinación del momento. El Conservadurismo asume en teoría que todo lo establecido debe ser mantenido; pero adopta en la práctica que todo lo que está establecido es indefendible. Para reconciliar esta teoría y esta práctica, producen lo que llaman *the best bargain* (el mejor acuerdo); algún arreglo que no tiene principio ni propósito, excepto obtener una calma temporal de la agitación, hasta que la mente de los Conservadores, sin guía y sin objetivo, distraída, tentada y desconcertada, está preparada para otro arreglo, igualmente estadista que el anterior.

El conservadurismo fue un intento de llevar adelante los asuntos sustituyendo el cumplimiento de los deberes del cargo por el desempeño de las funciones de gobierno; y mantener este sistema negativo por la mera influencia de la propiedad, la conducta privada respetable, y lo que se llaman buenas conexiones. El conservadurismo descarta la prescripción, se encoge del principio, reniega del progreso; habiendo rechazado todo respeto por la antigüedad, no ofrece reparación para el presente, y no hace preparación para el futuro. Es obvio que durante un tiempo, bajo circunstancias favorables, tal confederación podría tener éxito; pero es igualmente claro que a la llegada de una de esas coyunturas críticas que ocurrirán periódicamente en todos los estados, y que un sistema tan desapasionado está incluso calculado para crear en última instancia, toda capacidad de resistencia faltará: la maldición estéril de la infidelidad política paralizará toda acción; y la Constitución Conservadora se descubrirá que es un *Caput Mortuum* / residuo inútil.

CAPÍTULO VI

Mientras tanto, después de la cena, Tadpole y Taper, que estaban entre los invitados del señor Ormsby, se retiraron a un sofá distante, fuera del alcance del oído, y se entregaron a una conversación confidencial.

—Tal fuerza en el debate nunca antes se había encontrado en un escaño del Tesoro —dijo el señor Tadpole—; el otro lado quedará atontado.

—¿Y en qué cifras pones ahora nuestros números? —preguntó el señor Taper.

—¿Aceptarías cincuenta y cinco para nuestra mayoría? —replicó el señor Tadpole.

—No es tanto la cola que tienen, sino la excusa que su unión será para que los hombres moderados y sensatos se pasen —dijo Taper—. Nuestro amigo Sir Everard, por ejemplo, eso lo decidiría.

—Es un impostor solemne —replicó el señor Tadpole—; pero es un baronet y miembro del condado, y muy respetado por los Wesleyanos. Los otros hombres, lo sé, le han negado un título nobiliario.

—Y podríamos mantener esperanzas juiciosas —dijo Taper.

—Nadie puede hacerlo mejor que tú —dijo Tadpole—. Yo soy propenso a decir demasiado sobre esas cosas.

—Hago una regla de nunca abrir la boca sobre tales temas —dijo Taper—. Un gesto con la cabeza o un guiño pueden decir mucho. Una presión afectuosa de la mano a veces puede hacer mucho; y he prometido muchas noblezas sin comprometerme, mediante un hábito ingenioso de deferencia que el futuro noble no puede malinterpretar.

—Me pregunto qué harán con Rigby —dijo Tadpole.

—Quiere mucho —dijo Taper.

—Te digo una cosa, señor Taper, los días en que un Marqués de Monmouth era la *Letter A, No. 1* (Letra A, Número 1) han pasado.

—Muy cierto, señor Tadpole. Un hombre sabio haría bien en mirar a la gran clase media, como dije el otro día a los electores de Shabbyton.

—Preferiría ser apoyado por los Wesleyanos —dijo el señor Tadpole—, que por todos los marqueses de la nobleza.

—Al mismo tiempo —dijo el señor Taper—, Rigby es un hombre considerable. Si queremos un artículo demoledor...

—¡Bah! —dijo el señor Tadpole—. Está bastante pasado. Tarda tres meses en sus artículos demoledores. Dame al hombre que puede escribir un artículo principal. Rigby no puede escribir un artículo principal.

—Muy pocos pueden —dijo el señor Taper—. Sin embargo, no pienso mucho en la prensa. Su poder ha pasado. Abusaron de él.

—Ahí está Tom Chudleigh —dijo Tadpole—. ¿Qué va a tener él?

—Nada, espero —dijo Taper—. Lo odio. ¡Un petimetre! Contando sus chistes y riéndose de nosotros.

—Ha hecho bastante por el partido, sin embargo —dijo Tadpole—. Eso, para ser seguro, es solo una razón adicional para dejarlo de lado, ya que está demasiado comprometido para aventurarse a oponerse a nosotros. Pero temo por algo que se dejó caer hoy, que Sir Robert piensa que tiene reclamaciones.

—Debemos detenerlos —dijo Taper, palideciendo—. Tipos como Chudleigh, una vez que entran, siempre estorban. No tengo objeción a que los jóvenes nobles sean promovidos, porque ascienden tan rápidamente, y luego sus padres mueren, que a la larga no interfieren prácticamente con nosotros.

—Bueno, su nombre fue mencionado —dijo Tadpole—. No se puede ocultar eso.

—Hablaré con Earwig —dijo Taper—. Que simplemente deje caer al oído de Sir Robert de paso, que Chudleigh solía burlarse de él en el fumadero. Esas pequeñas informaciones hacen mucho bien.

—Bueno, te lo dejo a ti —dijo Tadpole—. Estoy de todo corazón contigo en mantener fuera a todos los tipos como Chudleigh. Son muy buenos para la oposición; pero en el cargo no queremos ingeniosos.

—¿Y cuándo tendremos la respuesta de Knowsley? —preguntó Taper—. ¿No anticipas ninguna posible dificultad?

—Te digo que es *carte blanche* —respondió Tadpole—. Cuatro puestos en el gabinete. Al menos dos secretarías. ¿Conoce, por casualidad, a algún caballero de su conocimiento, señor Taper, que rechace las Secretarías de Estado tan fácilmente, como para que pueda dudar por un instante del presente arreglo?

—No conozco a ninguno, en verdad —dijo el señor Taper, con una sonrisa sombría.

—La cosa está hecha —dijo el señor Tadpole.

—Y ahora para nuestro grito de guerra —dijo el señor Taper.

—No es un Gabinete para un buen lema—dijo Tadpole—; pero entonces, por otro lado, es un Gabinete que sembrará la disensión en las filas opuestas, y les impedirá tener un buen *lema político.*

—Instituciones antiguas y mejoras modernas, supongo, señor Tadpole.

—*Ameliorations* (Mejoras) es la mejor palabra, *ameliorations*. Nadie sabe exactamente lo que significa.

—¿Vamos fuertes con la Iglesia? —dijo el señor Taper.

—Y ninguna derogación del *Malt Tax*; tenías razón, Taper. No puede ni escucharse por un momento.

—Algo se podría hacer con la prerrogativa —dijo el señor Taper—; la elección constitucional del Rey.

—No demasiado —respondió el señor Tadpole—. Todavía es un momento delicado para la prerrogativa.

—¡Ah, Tadpole! —dijo el señor Taper, poniéndose un poco sentimental—; a menudo pienso, si llegara el momento en que tú y yo fuéramos *joint Secretaries of the Treasury* (Secretarios conjuntos del Tesoro).

—Ya veremos, ya veremos. Todo lo que tenemos que hacer es entrar en el Parlamento, trabajar bien juntos, y mantener a otros hombres abajo.

—Haremos nuestro mejor esfuerzo —dijo Taper—. ¿Crees inevitable una disolución?

—¿Cómo vamos a entrar tú y yo en el Parlamento si no hay una? Debemos hacerla inevitable. Te digo qué, Taper, las listas deben probar que una disolución es inevitable. ¿Me entiendes? Si este Parlamento continúa, ¿dónde estaremos? Tendremos nuevos hombres surgiendo cada sesión.

—Cierto, terriblemente cierto —dijo el señor Taper—. ¡Que llegáramos a ver otro gobierno **Tory**! Tenemos razones para estar muy agradecidos.

—¡Silencio! —dijo el señor Tadpole—. Los días de los gobiernos **Tory** han pasado; lo que el país requiere es un gobierno sólidamente Conservador.

—Un gobierno sólidamente Conservador —dijo Taper, pensativamente—. Entiendo: hombres **Tory** y medidas Whig.

CAPÍTULO VII

En medio de las contiendas del partido, las feroces luchas de la ambición y las complejidades de la intriga política, no olvidemos a nuestros amigos de Eton. Durante el período que transcurrió desde el fracaso del Duque de Wellington para formar un gobierno en 1832, hasta el fracaso de Sir Robert Peel para continuar un gobierno en 1835, los muchachos habían entrado y avanzado en la juventud. Los lazos de amistad que entonces unían a varios de ellos solo se habían confirmado por la continua compañía. Coningsby y Henry Sydney, y Buckhurst y Vere, todavía estaban unidos por una simpatía

total, y por el afecto del cual la simpatía es el único resorte seguro. Pero sus intimidades se habían incrementado con otro amigo familiar. Habían surgido entre Coningsby y Millbank sentimientos mutuos de profundo, e incluso ardiente, aprecio. El conocimiento había desarrollado las cualidades superiores de Millbank. Su mente reflexiva e inquisitiva, su inflexible integridad, su independencia severa, y sin embargo la atractiva unión de extrema ternura de corazón con toda esta fuerza de carácter, habían ganado la buena voluntad, y a menudo excitado la admiración, de Coningsby. Nuestro héroe, también, estaba gratificado por la deferencia afectuosa que a menudo le mostraba alguien que no se rebajaba a ningún otro individuo; estaba orgulloso de haber salvado la vida de un miembro de su comunidad a quien amos y muchachos consideraban; y terminó amando al ser a quien había conferido una gran obligación.

Los amigos de Coningsby, el dulce e inteligente Henry Sydney, el fogoso y generoso Buckhurst, y el calmado y sagaz Vere, siempre habían estado favorablemente inclinados hacia Millbank, y si no lo hubieran estado, el ejemplo de Coningsby pronto los habría influenciado. Había obtenido sobre sus íntimos el poder ascendente, que es el destino del genio. Ni era esta sumisión de tales espíritus para ser tenida en poco. Aunque estaban dispuestos a tomar el color de sus mentes de él, eran en intelecto y logros, en habilidades personales y carácter general, los líderes de la escuela; una autoridad que no se puede ganar de quinientos muchachos de alto espíritu sin la posesión de grandes virtudes y grandes talentos.

En cuanto al dominio de Coningsby mismo, no se limitaba al círculo inmediato de sus amigos. Se había convertido en el héroe de Eton; el ser de cuya existencia todo el mundo estaba orgulloso, y en cuya carrera cada muchacho se interesaba. Hablaban de él, lo citaban, lo imitaban. La fama y el poder son los objetos de todos los hombres. Incluso su fruición parcial es obtenida por muy pocos; y también a expensas del placer social, la salud, la conciencia, la vida. Sin embargo, ¿qué poder de la virilidad en intensidad apasionada, apelando al mismo tiempo al súbdito y al devoto, puede rivalizar con el que ejerce el jefe idolatrado de una gran escuela pública? ¿Qué fama de los días posteriores iguala el éxtasis de la celebridad que estremece al poeta juvenil, mientras en tonos de rara emoción recita sus triunfantes versos entre los dedicados aplausos de la flor de Inglaterra? Esa es fama, ese es poder; real, indiscutido, indudable, católico. ¡Ay! el colegial, cuando se convierte en hombre, descubre que el poder, incluso la fama, como todo lo demás, es un asunto de partido.

A Coningsby le gustaba mucho hablar de política con Millbank. Escuchaba cosas de Millbank que eran nuevas para él. Él mismo, como suponía, un alto **Tory**, que lo era según la revelación de los Rigbys, también estaba

suficientemente familiarizado con las creencias hereditarias de su amigo Whig, Lord Vere. La política le había aparecido hasta entonces como una lucha sobre si el país iba a ser gobernado por nobles Whig o nobles **Tory**; y pensaba que era muy desafortunado que probablemente tuviera que entrar en la vida con sus amigos fuera del poder, y sus distritos familiares destruidos. Pero al conversar con Millbank, oyó por primera vez de clases influyentes en el país que no eran nobles, y que sin embargo estaban decididas a adquirir poder. Y aunque los puntos de vista de Millbank, que por supuesto eran simplemente captados de su padre, sin la intervención de su propia inteligencia, eran sin duda bastante crudos, y a menudo eran muy agudamente discutidos y satisfactoriamente demolidos por los inteligentes prejuicios de otra escuela, que Coningsby tenía a su disposición, todavía eran, inconscientemente para el receptor, materiales para el pensamiento, e insensiblemente provocaban en su mente un espíritu de investigación sobre cuestiones políticas, para lo que tenía una predisposición.

Se puede decir, en efecto, que generalmente entre los alumnos superiores se podía observar en esta época, en Eton, una inclinación reinante por la discusión política. La escuela verdaderamente siempre había estado orgullosa de sus estadistas y sus héroes parlamentarios, pero esto era meramente un sentimiento superficial en comparación con el sentimiento que ahora se volvió prevalente por primera vez. Las grandes cuestiones públicas que fueron consecuencia de la Reforma de la Cámara de los Comunes, también habían agitado sus jóvenes corazones. Y especialmente las controversias que ahora eran frecuentes con respecto a la naturaleza y el carácter de los establecimientos eclesiásticos, maravillosamente se dirigían a su inteligencia excitada. Leían sus periódicos con agudo gusto, discutían debates y criticaban discursos; y aunque en su sociedad de debate, que había sido instituida más de un cuarto de siglo, se prohibía la discusión sobre temas de actualidad, todavía, fijándose en períodos de nuestra historia en los que los asuntos eran análogos al presente, muchos un joven orador lograba muy efectivamente responder a Lord John, o refutar las falacias de su rival.

Como las opiniones políticas predominantes en la escuela eran lo que en lenguaje ordinario se llama **Tory**, y de hecho eran mucho más merecedoras de ese glorioso epíteto que los endebles ardides que sus padres profesaban en el Parlamento y el país; la formación y la caída del gobierno de Sir Robert Peel habían sido seguidas por los *Etonians* (alumnos de Eton) con gran interés, e incluso emoción. Los memorables esfuerzos que el propio Ministro hizo, apoyado solo por los votos silenciosos de sus numerosos adeptos, y luchando solo contra los múltiples asaltos de sus hábiles y decididos enemigos, con un espíritu igual a la gran ocasión, y con recursos de contienda parlamentaria que parecían aumentar con cada exigencia; estos grandes e insoportables esfuerzos por sí solos estaban calculados para ganar

la simpatía de los espíritus juveniles y generosos. El asalto a los ingresos de la Iglesia; la consiguiente cruzada contra la Cámara de los Lores; la exhibición de intelecto y coraje exhibida por Lord Lyndhurst en esa asamblea, cuando todos parecían acobardados y desanimados; todos estos fueron incidentes o rasgos personales aptos para agitar las pasiones y crear en pechos aún no entrenados para reprimir la emoción, un sentimiento incluso de entusiasmo. Es lo personal lo que interesa a la humanidad, lo que enciende su imaginación y gana sus corazones. Una causa es una gran abstracción, y apta solo para estudiantes; encarnada en un partido, agita a los hombres a la acción; pero coloca al frente de ese partido a un líder que pueda inspirar entusiasmo, y comanda el mundo. ¡Facultad divina! ¡Prerrogativa rara e incomparable! Un líder parlamentario que la posee, duplica su mayoría; y el que no la tiene, puede envolverse en una reserva artificial, y estudiar con una arrogancia indigna una torpe altivez, pero estará sin embargo tan lejos de controlar el espíritu como de cautivar los corazones de sus sombríos seguidores.

Sin embargo, a pesar de este sentimiento general en Eton, en 1835, a favor de los principios Conservadores, que era, de hecho, nada más que una simpatía confusa y mezclada con algunas grandes verdades políticas, que estaban en el fondo del corazón de cada muchacho, pero en ningún otro lugar; y con los logros personales y la distinción de los jefes del partido; cuando todo este alboroto se hubo calmado, y la retrospectiva, en el curso de un año, había ejercido su influencia moralizadora sobre la parte más pensativa de la nación, las preguntas, al principio débiles y sin pretensiones, y confinadas de hecho durante un largo período a círculos limitados, aunque inquisitivos, comenzaron suavemente a circular, qué eran los principios Conservadores.

Estas preguntas, instadas de hecho con una especie de escepticismo vacilante, llegaron temprano a Eton. Vinieron, sin duda, de las Universidades. Eran, sin embargo, de un carácter demasiado sutil y refinado para ejercer una influencia inmediata sobre las mentes de los jóvenes. Para perseguirlas se requería conocimiento previo y pensamiento habitual. Todavía no eran procesadas públicamente por ninguna escuela de políticos, o ninguna sección de la prensa pública. No tenían una habitación local o un nombre. Eran susurradas en la conversación por unos pocos. Un tutor hablaría de ellas en una vena esotérica a un alumno favorito, en cuyas habilidades tenía confianza, y cuya futura posición en la vida le brindaría la oportunidad de influir en la opinión. Entre otros, cayeron en el oído de Coningsby. Fueron dirigidas a una mente que estaba preparada para tales investigaciones. Hay una *Library* (Biblioteca) en Eton formada por los muchachos y gobernada por los muchachos; una de esas instituciones libres que son el justo orgullo de esa noble escuela, que muestra la capacidad de los muchachos para el

autogobierno, y que ha surgido de la gran libertad que se les ha concedido sabiamente, cuya prudencia de confianza ha sido probada por raramente abusar de ella. Esta Biblioteca se ha formado mediante suscripciones de los actuales y aún más por los regalos de los antiguos *Etonians*. Entre los honrados nombres de estos donantes se pueden observar los de los Grenvilles y Lord Wellesley; ni debemos olvidar a Jorge IV, que enriqueció la colección con una magnífica copia de los *Delphin Classics* (Clásicos Delfines). La Institución está gobernada por seis directores, los tres primeros *Collegers* (colegiales) y los tres primeros *Oppidans* (alumnos externos) en ese momento; y los suscriptores se limitan a los cien miembros mayores de la escuela.

Solo es de lamentar que la colección no sea tan extensa como interesante y selecta. Quizás su existencia no es tan generalmente conocida como merece serlo. Uno pensaría que cada hombre de Eton estaría tan orgulloso de que su nombre se registrara como donante en el Catálogo de esta Biblioteca, como un veneciano de que su nombre estuviera inscrito en el *Golden Book* (Libro de Oro). En verdad, un antiguo *Etonian*, que todavía recuerda con ternura la escena sagrada de la juventud, difícilmente podría hacer algo mejor que construir un apartamento gótico para la recepción de la colección. No cabe duda de que el *Provost* y los miembros del consejo se complacerían en conceder un terreno para el propósito. Grandes fueron las obligaciones de Coningsby con esta Biblioteca de Eton. Le introdujo a esa sabiduría histórica, esa acumulación de hechos e incidentes ilustrativos de la conducta política, para la que había adquirido un gusto temprano. Su estudio se dirigió especialmente a los anales de su propio país, en el que la juventud, y no solo la juventud, es con frecuencia tan deficiente. Esta colección podía proporcionarle Clarendon y Burnet, y los volúmenes auténticos de Coxe: estos eran materiales ricos para alguien ansioso por estar versado en la gran historia parlamentaria de su país. Durante el último año de su estancia en Eton, cuando había cumplido dieciocho años, Coningsby llevó una vida más retirada que antes; leyó mucho y meditó con todo el orgullo de la adquisición sobre su creciente conocimiento.

Y ahora ha llegado la hora en que este joven será lanzado a un mundo más vasto que aquel en el que hasta ahora ha residido, pero para el cual este microcosmos no ha sido mala preparación. Se volverá más sabio; ¿seguirá siendo tan generoso? Su ambición puede ser tan grande; ¿será tan noble? ¿Cuál es, en verdad, el futuro de esta existencia que ahora va a ser enviada al gran agregado de entidades? ¿Es una organización ordinaria que se codea entre la multitud, y es empujada? ¿Es un temperamento más fino, susceptible de recibir las impresiones y absorber las inspiraciones de espíritus superiores pero solidarios? ¿O es una mente primordial y creativa; una que dirá a sus semejantes: He aquí, Dios me ha dado pensamiento; he descubierto la verdad, y vosotros creeréis?

La noche antes de que Coningsby dejara Eton, solo en su habitación, antes de retirarse a descansar, abrió la celosía y miró por última vez el paisaje que tenía ante él; la majestuosa torre del homenaje de Windsor, las frondosas praderas de Eton, suaves bajo la luna estival y quietas en la noche estival. Las contempló; su rostro no tenía nada de la exultación que, bajo tales circunstancias, podría haber distinguido a una mirada más descuidada, ansiosa por una supuesta emancipación y apasionada por una existencia novedosa. Su expresión era seria, incluso triste; y se cubrió la frente con la mano.

FIN DEL LIBRO II

LIBRO III

CAPÍTULO I

Hay pocas cosas más llenas de deleite y esplendor que viajar durante el calor de un refulgente verano por la verde comarca de algún bosque antiguo.

En uno de nuestros condados del centro hay una región de este carácter, a la que, durante una estación de particular lustre, nos gustaría introducir al lector.

Era un fragmento de una de esas vastas extensiones selváticas donde los reyes normandos cazaban y los proscritos sajones robaban; y aunque el arado había invadido con éxito durante siglos la maleza y el boscaje, los vestigios conservaban todo su carácter original de salvajismo y reclusión. A veces la tierra verde estaba densamente salpicada de bosquecillos de enormes y vigorosos robles, intersecados con esos claros suaves y soleados, que parecen como si hubieran sido cortados para que damas y caballeros pudieran pasear por ellos. Luego, de nuevo, el suelo ondulado se extendía a todos lados, hasta donde alcanzaba la vista, cubierto de maleza y helechos de inmenso crecimiento. Al momento te encontrabas en una pradera cubierta de césped, aparentemente ceñida por oscuros bosques. Y cuando te habías abierto paso un poco a través de este cinturón sombrío, el paisaje, aún estrictamente selvático, se expandía bellamente con toda combinación y variedad de arboledas; mientras que en su centro, las aves acuáticas cubrían las aguas de un lago, y los ciervos se tumbaban en las colinas que abundaban en sus orillas.

Fue en el mes de agosto, hace unos seis o siete años, cuando un viajero a pie, conmovido al emerger del bosque oscuro por la belleza de esta escena, se arrojó bajo la sombra de un árbol extendido, y estiró sus miembros sobre el césped por placer más que por reposo. El cielo era de un color profundo y sin una nube, salvo aquí y allá un diminuto, bochornoso y bruñido vapor, casi

tan lustroso como los cielos. Todo estaba tan quieto como brillante; todo parecía meditar y descansar; la abeja en su vuelo era la única vista en movimiento, y su canto el único sonido.

El viajero cayó en un ensueño. Era joven, y por tanto sus reflexiones eran sobre el futuro. Había sentido el orgullo del aprendizaje, tan ennoblecedor para la juventud; no era ajeno a los impulsos conmovedores de una alta ambición, aunque el mundo para él era aún solo un mundo de libros, y todo lo que sabía de los planes de los estadistas y las pasiones del pueblo se encontraba en sus anales. A menudo su fantasía caprichosa se había detenido con fascinación en visiones de distinción personal, de futura celebridad, quizás incluso de fama perdurable. Pero sus sueños eran de otro color ahora. La escena circundante, tan hermosa, tan quieta y dulce; tan abstraída de todo el tumulto del mundo, sus luchas, sus pasiones y sus cuidados: había caído en su corazón con su espíritu suave y dominante; había caído en un corazón aún puro e inocente, el corazón de alguien que, a pesar de todas sus altas resoluciones y pensamientos audaces, estaba bendecido con esa ternura de alma que a veces está vinculada con una imaginación ardiente y una voluntad fuerte. El viajero era un huérfano, más que eso, un huérfano solitario. La dulce solicitud de un amor materno, el afecto místico de una hermana, no habían cultivado su temprana susceptibilidad. Ninguna suave patetismo de expresión había apelado a su oído infantil. Estaba solo, entre extraños, amables con frialdad. Debe haber sido, en verdad, una disposición verdaderamente gentil la que pudo haber resistido tan duro abandono. Todo lo que sabía del poder de las pasiones más suaves se podía encontrar en los fantásticos y románticos anales de la amistad escolar.

Y esos amigos también, tan cariñosos, tan solidarios, tan devotos, ¿dónde estaban ahora? Ya estaban dispersos; la primera gran separación de la vida se había experimentado; el antiguo colegial había plantado su pie en el umbral de la virilidad. Cierto es que muchos de ellos podrían volver a encontrarse; muchos de ellos la Universidad debe unir de nuevo, pero nunca con los mismos sentimientos. El espacio de tiempo transcurrido en el mundo antes de que se encontraran de nuevo, sería una edad de sensación, pasión, experiencia para todos ellos. Se volverían a encontrar con aspecto alterado, con diferentes modales, diferentes voces. Sus ojos no brillarían con la misma luz; no dirían las mismas palabras. Las frases favoritas de su intimidad, los sonidos místicos que solo hablaban a su oído iniciado, se avergonzarían de usarlas. Sí, podrían volver a encontrarse, pero la ternura efusiva y secreta se había ido para siempre.

Tampoco podía nuestro joven pensativo ocultarse que era el afecto, y principalmente el afecto, lo que lo había unido a estos queridos compañeros. No podían ser para él lo que él había sido para ellos. Suya había sido la

mente inspiradora que había guiado sus opiniones, formado sus gustos, dirigido el rumbo y tenor de sus vidas y pensamientos. A menudo, en verdad, había necesitado, a veces incluso había suspirado por, la compañía de una mente igual o superior; alguien que, por la comprensión de su pensamiento, y la riqueza de su conocimiento, y la ventaja de su experiencia, pudiera fortalecer e iluminar y guiar su inteligencia oscura, vacilante o sin práctica. Apenas había sido afortunado en este sentido, y lo lamentaba profundamente; pues era uno de aquellos que no se contentaban con sobresalir en su propio círculo, si pensaban que había alguien superior a él. La distinción absoluta, no la relativa, era su noble objetivo.

Solo, en una escena solitaria, sintió doblemente la soledad de su vida y su mente. Su corazón y su intelecto parecían necesitar un compañero. Los libros, la acción y el pensamiento profundo podrían con el tiempo suplir la falta de esa guía intelectual; pero para el corazón, ¿dónde encontraría consuelo?

¡Ah! ¡si ella emergiera de ese lago brillante como una hermosa ondina! ¡Ah, si saliera de la sombra verde de ese bosquecillo secreto como una dríada de la selvática Grecia! ¡Oh misterio de los misterios, cuando la juventud sueña su primer sueño sobre alguna heroína imaginaria!

De repente, las aves acuáticas meditabundas se elevaron del seno del lago, se remontaron en el aire y, lanzando gritos lastimeros, giraron en tumulto agitado. Los ciervos partieron de sus colinas, ya no soleadas, miraron a su alrededor y se precipitaron en los bosques. Coningsby levantó los ojos del césped en el que habían estado mucho tiempo fijos en abstracción, y observó que el cielo azul había desaparecido, una fina película blanca se había extendido de repente sobre los cielos, y el viento gemía con una ráfaga triste e intermitente.

Tenía alguna razón para creer que al otro lado del bosque opuesto, la foresta estaba intersecada por un camino público, y que había algunas viviendas. Levantándose inmediatamente, descendió a paso rápido al valle, pasó el lago y luego se adentró en el bosque ascendente en la orilla opuesta a aquella en la que había meditado durante algún tiempo precioso.

El viento aullaba, las ramas del bosque se agitaban y emitían sonidos como un conjuro. Pronto se podían distinguir las diversas voces de los poderosos árboles, mientras expresaban su terror o su agonía. El roble rugía, la haya chillaba, el olmo lanzaba su profundo y prolongado gemido; mientras de vez en cuando, en medio de una pausa momentánea, se oía la pasión del fresno en gemidos de angustia estremecedora.

Coningsby se apresuró, el bosque se volvió menos denso. Todo lo que

aspiraba era a ganar un país más abierto. Ahora estaba en una tierra llana y áspera, cubierta solo aquí y allá con maleza enana; el horizonte limitado a poca distancia por una colina estéril de modesta elevación. Alcanzó su altura con facilidad. Miró sobre un vasto país abierto como un páramo común; en la distancia extrema colinas cubiertas de bosques; la llanura intersecada por dos buenos caminos: el cielo completamente nublado, pero en la distancia negro como el ébano.

Un lugar de refugio estaba cerca: oculto de su primera mirada por algunos olmos, el humo ascendente ahora delataba un techo, que Coningsby alcanzó antes de que la tempestad estallara. La posada del bosque era también una granja. Había una cocina de aspecto bastante confortable; pero el rincón del hogar estaba lleno de fumadores, y Coningsby se alegró de aprovechar la única habitación privada para la comida sencilla que le ofrecieron, solo huevos y beicon; pero muy bienvenidos para un peatón hambriento.

Mientras estaba en la ventana de su pequeño apartamento, observando las grandes gotas que eran los heraldos de un huracán inminente, y esperando su comida, un relámpago iluminó todo el país, y un jinete a toda velocidad, seguido de su mozo de cuadra, galopó hasta la puerta.

La notable belleza del animal atrajo tanto la atención de Coningsby que le impidió siquiera vislumbrar al jinete, que desmontó rápidamente y entró en la posada. El anfitrión entró poco después y preguntó a Coningsby si tenía alguna objeción a que un caballero, que se había refugiado allí debido a la tormenta, compartiera su habitación hasta que amainara. Como consecuencia del asentimiento inmediato de Coningsby, el posadero se retiró y pronto regresó, presentando a un individuo que, aunque quizás diez años mayor que Coningsby, estaba todavía, según Hipócrates, en el período de la juventud vigorosa. Era de estatura superior a la media, y de aire y figura distinguidos; pálido, con una frente impresionante y ojos oscuros de gran inteligencia.

—Me alegra que ambos hayamos escapado de la tormenta —dijo el desconocido—; y le estoy muy agradecido por su cortesía. Hizo una ligera y graciosa inclinación, mientras hablaba con una voz de notable claridad; y su actitud, aunque fácil, estaba tocada por un grado de dignidad que era atractivo.

—La posada es un hogar común —respondió Coningsby, devolviendo el saludo.

—Y libre de preocupaciones —añadió el desconocido. Luego, mirando por la ventana, dijo—: Qué tormenta más extraña. Estaba paseando al sol, cuando de repente me vi obligado a galopar por mi vida. Parece más un *white squall*

(chubasco blanco) en el Mediterráneo que otra cosa.

—Nunca he estado en el Mediterráneo —dijo Coningsby—. No hay nada que desee tanto como viajar.

—Usted viaja —replicó su compañero—. Cada momento es viaje, si se entiende.

—¡Ah, pero el Mediterráneo! —exclamó Coningsby—. ¿Qué no daría por ver Atenas?

—La he visto —dijo el desconocido, encogiéndose ligeramente de hombros—, y cosas más maravillosas. Fantasmas y espectros. La Era de las Ruinas ha pasado. ¿Ha visto Manchester?

—No he visto nada —dijo Coningsby—; esta es mi primera excursión. Estoy a punto de visitar a un amigo que vive en este condado, y he enviado mi equipaje como he podido. Por mi parte, decidí confiar en un medio de transporte menos común.

—Y buscar aventuras —dijo el desconocido, sonriendo—. Bueno, según Cervantes, deberían comenzar en una posada.

—Temo que la era de las aventuras también haya pasado, así como la de las ruinas —respondió Coningsby.

—Las aventuras son para los aventureros —dijo el desconocido.

En ese momento, una bonita doncella sirvienta entró en la habitación. Extendió el elegante mantel y arregló la mesa con un aplomo bastante admirable. Parecía inconsciente de que ningún ser estuviera en la cámara excepto ella misma, o de que hubiera otros deberes que realizar en la vida más allá de llenar un salero o doblar una servilleta.

—Ni siquiera nos mira —dijo Coningsby, cuando ella salió de la habitación —; y apostaría a que solo es una mojigata.

—Está tranquila —dijo el desconocido—, porque es dueña de su tema; ese es el secreto del aplomo. Está aquí como una duquesa en la corte.

Trajeron la comida de Coningsby, e invitó al desconocido a compartirla. La invitación fue aceptada con alegría.

—Es una comida sencilla —dijo Coningsby, mientras la doncella destapaba el beicon aún chisporroteante y los huevos, que parecían manojitos de primaveras.

—No, un plato nacional —dijo el desconocido, echando una mirada rápida a la mesa—, cuya fama es proverbial. ¿Y qué más deberíamos esperar bajo un techo sencillo? ¡Cuánto mejor que una tortilla o una grasienta olla, que nos darían en una *posada*! Es un país maravilloso, esta Inglaterra. ¡Qué servilleta! ¡Qué impecable! Y tan perfumada; declaro que es una fragancia. No hay una princesa en todo el sur de Europa servida con la limpieza que nos encontramos en esta cabaña.

—¿Una herencia de nuestros padres sajones? —dijo Coningsby—. Supongo que las naciones del norte tienen un mayor sentido de la limpieza, de la propiedad, de lo que llamamos comodidad.

—De ningún modo —dijo el desconocido—; Oriente es la tierra del Baño. Moisés y Mahoma hicieron de la limpieza una religión.

—¿Me permite que le sirva? —dijo Coningsby, ofreciéndole un plato que había llenado.

—Le agradezco —dijo el desconocido—, pero hoy es uno de mis días de pan. Con su permiso, este será mi plato; y cortó de la hogaza grande un suministro de cortezas.

—Es una comida insípida después de un galope —dijo Coningsby.

—¡Ah! usted está orgulloso de su beicon y sus huevos —dijo el desconocido, sonriendo—, pero yo amo el maíz y el vino. Son nuestros principales y más antiguos lujos. El tiempo nos ha traído sustitutos, ¡pero qué inferiores! El hombre ha deificado el maíz y el vino. ¡Pero ni siquiera los chinos o los irlandeses han levantado templos al té y a las patatas!

—Pero Ceres sin Baco —dijo Coningsby—, ¿cómo funciona eso? ¿Cree usted que, bajo este techo, podríamos invocar al dios?

—Juremos por su cuerpo que lo intentaremos —dijo el desconocido.

¡Ay! el posadero no era un sacerdote de Baco. Pero entonces estas investigaciones llevaron a la mejor perada del mundo. Los jóvenes coincidieron en que rara vez habían probado algo más delicioso; pidieron otra botella. Coningsby, que estaba muy interesado por su nuevo compañero, se divirtió muchísimo.

Un queso, como solo Derby puede producir, no pudo inducir al desconocido a ser ni siquiera parcialmente inconstante con sus cortezas. Pero su conversación era tan vivaz como si el hablante hubiera sido estimulado por los jugos del mejor banquete. Coningsby nunca había conocido ni leído a

nadie como este compañero casual. Sus frases eran tan cortas, su lenguaje tan sabroso, su voz sonaba tan clara, su elocución era tan completa. Sobre todos los temas, su mente parecía estar instruida y sus opiniones formadas. Soltaba un resultado en pocas palabras; resolvía con una frase algún problema profundo que los hombres meditan durante años. Decía muchas cosas extrañas, pero inmediatamente parecían ser ciertas. Luego, sin el más mínimo aire de pretensión o desfile, parecía conocer a todo el mundo y todo. Monarcas, estadistas, autores, aventureros, de todas las descripciones y de todos los climas, si sus nombres aparecían en la conversación, los describía en una frase epigramática, o revelaba su posición precisa, carácter, calibre, mediante un rasgo dramático corto. Todo esto, también, sin ninguna excitación de modales; al contrario, con un reposo que rayaba en la indiferencia. Si su trato tenía algún defecto, era más bien una falta de seriedad. Un ligero espíritu de burla jugaba sobre su discurso incluso cuando lo creías más serio; te sobresaltabas con sus repentinas transiciones del pensamiento profundo a la sátira mordaz. Una libertad muy singular de pasión y prejuicio sobre cada tema que trataban podría ser alguna compensación por esta falta de seriedad, quizás era su consecuencia. Ciertamente era difícil determinar sus opiniones precisas sobre muchos temas, aunque su actitud era franca hasta el abandono. Y sin embargo, a lo largo de toda su conversación, no se le escapó un toque de egoísmo, ni una palabra, ni una circunstancia por la que pudieras juzgar su posición o sus propósitos en la vida. Tan poco parecía preocuparse por descubrir los de su compañero. No monopolizaba la conversación en absoluto. Lejos de ello; continuamente hacía preguntas, y mientras recibía respuestas, o había involucrado a su compañero de viaje en alguna exposición de su opinión o sentimientos, escuchaba con una atención seria y fija, mirando a Coningsby a la cara con una mirada firme.

—Percibo —dijo Coningsby, siguiendo una línea de pensamiento que el otro había indicado— que usted tiene gran confianza en la influencia del carácter individual. Yo también tengo algunas convicciones confusas de ese tipo. Pero no es el Espíritu de la Edad.

—La edad no cree en los grandes hombres, porque no posee ninguno —respondió el desconocido—. El Espíritu de la Edad es precisamente lo que un gran hombre cambia.

—¿Pero no se aprovecha más bien de él? —preguntó Coningsby.

—Los *parvenus* (advenedizos) lo hacen —replicó su compañero—; pero no los profetas, los grandes legisladores, los grandes conquistadores. Ellos destruyen y crean.

—¿Pero son estos tiempos para grandes legisladores y grandes conquistadores? —insistió Coningsby.

—¿Cuándo se les ha necesitado más? —preguntó el desconocido—. Desde el trono hasta la choza, todos claman por un guía. Das constituciones a los monarcas para enseñarles soberanía, y escuelas dominicales a las naciones para infundirles fe.

—¿Pero qué es un individuo —exclamó Coningsby— contra una vasta opinión pública?

—Divino —dijo el desconocido—. Dios hizo al hombre a su imagen; pero el Público está hecho por los Periódicos, los Miembros del Parlamento, los Oficiales de Impuestos Especiales, los Guardianes de la Ley de Pobres. ¿Habría triunfado Felipe si Epaminondas no hubiera sido asesinado? ¿Y si Felipe no hubiera triunfado? ¿Habría existido Prusia si Federico no hubiera nacido? ¿Y si Federico no hubiera nacido? ¿Cuál habría sido el destino de los Estuardo si el Príncipe Enrique no hubiera muerto, y Carlos I, como se pretendía, hubiera sido Arzobispo de Canterbury?

—Pero cuando los hombres son jóvenes, necesitan experiencia —dijo Coningsby—; y cuando han adquirido experiencia, carecen de energía.

—Los grandes hombres nunca carecen de experiencia —dijo el desconocido.

—Pero todo el mundo dice que la experiencia...

—Es lo mejor del mundo, un tesoro para ti, para mí, para millones. Pero para una mente creativa, menos que nada. Casi todo lo grande ha sido hecho por la juventud.

—Es al menos un credo halagador para nuestra edad —dijo Coningsby, con una sonrisa.

—No —dijo el desconocido—; para la vida en general solo hay un decreto. La juventud es un error; la virilidad una lucha; la vejez un arrepentimiento. No suponga —añadió, sonriendo— que sostengo que la juventud es genio; todo lo que digo es que el genio, cuando es joven, es divino. ¿Por qué? los más grandes capitanes de la antigüedad y de los tiempos modernos conquistaron Italia a los veinticinco años. La juventud, la juventud extrema, derrocó el Imperio Persa. Don Juan de Austria ganó Lepanto a los veinticinco, la mayor batalla de la era moderna; si no hubiera sido por los celos de Felipe, al año siguiente habría sido Emperador de Mauritania. Gastón de Foix solo tenía veintidós cuando se alzó victorioso en la llanura de Rávena. Todo el mundo recuerda a Condé y Rocroy a la misma edad. Gustavo Adolfo murió a los

treinta y ocho. Mira a sus capitanes: ese maravilloso Duque de Weimar, solo treinta y seis cuando murió. El propio Banier, después de todos sus milagros, murió a los cuarenta y cinco. Cortés tenía poco más de treinta cuando contempló las cúpulas doradas de México. Cuando Mauricio de Sajonia murió a los treinta y dos, toda Europa reconoció la pérdida del más grande capitán y el más profundo estadista de la época. Luego están Nelson, Clive; pero estos son guerreros, y quizás pienses que hay cosas más grandes que la guerra. Yo no: adoro al Señor de los Ejércitos. Pero toma los logros más ilustres de la prudencia civil. Inocencio III, el más grande de los Papas, fue el déspota de la cristiandad a los treinta y siete. Juan de Médici era cardenal a los quince, y según Guicciardini, burló con su astucia política al propio Fernando de Aragón. Fue Papa como León X a los treinta y siete. Lutero le robó incluso su provincia más rica a los treinta y cinco. Toma a Ignacio de Loyola y Juan Wesley, trabajaron con cerebros jóvenes. Ignacio solo tenía treinta cuando hizo su peregrinaje y escribió los *Ejercicios Espirituales*. Pascal escribió una gran obra a los dieciséis, y murió a los treinta y siete, el más grande de los franceses.

¡Ah! ese fatídico treinta y siete, que me recuerda a Byron, más grande incluso como hombre que como escritor. ¿Fue la experiencia la que guió el pincel de Rafael cuando pintó los palacios de Roma? Él también murió a los treinta y siete. Richelieu era Secretario de Estado a los treinta y uno. Bueno, entonces, estaban Bolingbroke y Pitt, ambos ministros antes de que otros hombres dejaran el cricket. Grocio ejercía con gran éxito a los diecisiete, y era Fiscal General a los veinticuatro. Y Acquaviva; Acquaviva era General de los Jesuitas, gobernaba todos los gabinetes de Europa y colonizaba América antes de los treinta y siete. ¡Qué carrera! —exclamó el desconocido, levantándose de su silla y paseando arriba y abajo por la habitación—. ¡El dominio secreto de Europa! Esa fue, en verdad, una posición. Pero es innecesario multiplicar los ejemplos. La historia de los Héroes es la historia de la Juventud.

—¡Ah! —dijo Coningsby—, me gustaría ser un gran hombre.

El desconocido le lanzó una mirada escrutadora. Su rostro era serio. Dijo con una voz de melodía casi solemne:

—Nutre tu mente con grandes pensamientos. Creer en lo heroico hace héroes.

—Usted me parece un héroe —dijo Coningsby, en un tono de sentimiento real que, medio avergonzado de su emoción, intentó convertir en broma.

—Soy y siempre seré —dijo el desconocido—, tan solo un soñador de sueños. Luego, yendo hacia la ventana y cambiando a un tono familiar como para

desviar la conversación, añadió—: Qué tarde tan deliciosa. Espero mi paseo a caballo con deleite. ¿Se queda aquí?

—No, continúo a Nottingham, donde dormiré.

—Y yo en dirección contraria. Y sonó la campanilla y pidió su caballo.

—Deseo ver de nuevo a su yegua —dijo Coningsby—. Me pareció tan hermosa.

—No solo es de raza pura —dijo el desconocido—, sino de la más alta y rara estirpe de Arabia. Se llama *la Hija de la Estrella*. Es una potranca de esa famosa yegua, que perteneció al Príncipe de los Wahabitas; y para poseerla, creo, fue una de las principales causas de guerra entre esa tribu y los egipcios. El Pachá de Egipto me la regaló, y no la cambiaría por su estatua en oro puro, incluso tallada por Lisipo. Ven al establo a verla.

Salieron juntos. Era una suave tarde soleada; el aire fresco después de la lluvia, pero templado y estimulante. El mozo de cuadra sacó la yegua. *La Hija de la Estrella* se alzó ante Coningsby con su forma fibrosa de simetría incomparable; su piel bruñida, crin negra, patas como las de un antílope, sus pequeñas orejas, su oscuro ojo parlante, y su cola digna de un Pachá. ¿Y quién era su dueño, y adónde lo llevaría?

Coningsby era tan naturalmente bien educado que podemos estar seguros de que no era curiosidad; no, era un sentimiento más fino lo que le hizo dudar y pensar un poco, y luego decir:

—Siento separarme.

—Yo también —dijo el desconocido—. Pero la vida es una separación constante.

—Espero que volvamos a encontrarnos —dijo Coningsby.

—Si nuestra amistad merece conservarse —dijo el desconocido—, puede estar seguro de que no se perderá.

—Pero la mía no merece conservarse —dijo Coningsby con seriedad—. La suya es la que es un tesoro. Usted me enseña cosas sobre las que he meditado mucho.

El desconocido tomó las riendas de *la Hija de la Estrella* y, volviéndose con una débil sonrisa, extendió la mano a su compañero.

—Al menos tu mente está nutrida con grandes pensamientos —dijo

Coningsby—; tus acciones deberían ser heroicas.

—La acción no es para mí —dijo el desconocido—; soy de esa fe que profesaban los Apóstoles antes de seguir a su maestro.

Se encaramó en su silla, *la Hija de la Estrella* se lanzó hacia adelante como si olfateara el aire del Desierto del que ella y su jinete habían surgido por igual, y Coningsby permaneció en profunda meditación.

CAPÍTULO II

Al día siguiente de su aventura en la Posada del Bosque, Coningsby llegó a Beaumanoir. Habían pasado varios años desde que había visitado a la familia de su amigo, que eran también sus parientes; y en sus días de infancia, a menudo habían demostrado que no eran indiferentes a ese parentesco. Esta era una visita que se había contado durante mucho tiempo, largamente prometida, y que una variedad de circunstancias había impedido hasta entonces. Debía haber sido hecha por el colegial; iba a ser cumplida por el hombre. Pues Coningsby, bajo cualquier circunstancia, ahora solo podía aspirar a un carácter no menor, ya que estaba a punto de cumplir diecinueve años; y parecía manifiesto que si era su destino hacer algo grande, solo tenía unos pocos años que esperar antes del pleno desarrollo de su poder. Visiones de Gastón de Foix y Mauricio de Sajonia, estadistas que abandonaban el críquet para gobernar naciones, jesuitas imberbes sumidos en profunda abstracción en gabinetes omnipotentes, rondaban su imaginación desde el momento en que se separó de su misterioso y profundamente interesante compañero. Nutrir su mente con grandes pensamientos había sido siempre el hábito inspirador de Coningsby. ¿También estaba destinado a lograr lo heroico?

Hay algunos libros que, cuando los cerramos, uno o dos en el curso de nuestra vida, por difícil que sea analizar o determinar la causa, nuestras mentes parecen haber dado un gran salto. Mil cosas oscuras reciben luz; una multitud de sentimientos indefinidos se determinan. Nuestro intelecto capta y se enfrenta a todos los temas con una capacidad, una flexibilidad y un vigor antes desconocidos para nosotros. Domina cuestiones hasta entonces desconcertantes, que ni siquiera se mencionan en el volumen que acabamos de cerrar. ¿Qué es esta magia? Es el espíritu del autor supremo, mediante una influencia magnética que se mezcla con nuestra inteligencia solidaria, que la dirige y la inspira. Mediante esa misteriosa sensibilidad extendemos a preguntas que él no ha tratado la misma fuerza intelectual que ha ejercido sobre las que ha expuesto. Su genio permanece en nosotros por un tiempo. Ocurre lo mismo con los seres humanos que con los libros. Todos nosotros encontramos, al menos una vez en nuestra vida, a algún individuo que

pronuncia palabras que nos hacen pensar para siempre.

Hay hombres cuyas frases son oráculos; que condensan en una frase los secretos de la vida; que sueltan un aforismo que forma un carácter o ilustra una existencia. Una gran cosa es un gran libro; pero más grande que todo es la conversación de un gran hombre.

¿Y qué es un gran hombre? ¿Es un Ministro de Estado? ¿Es un general victorioso? ¿Un caballero con el uniforme de Windsor? ¿Un Mariscal de Campo cubierto de estrellas? ¿Es un Prelado o un Príncipe? ¿Un Rey, incluso un Emperador? Puede ser todo esto; sin embargo, todos debemos sentir a diario que no son necesariamente grandes hombres. Un gran hombre es uno que afecta la mente de su generación: ya sea un monje en su claustro agitando la cristiandad, o un monarca cruzando el Gránico y dando un nuevo carácter al Mundo Pagano.

Nuestro joven Coningsby llegó a Beaumanoir en estado de meditación. También deseaba ser grande. No por la vanidad inquieta que a veces impulsa a la juventud a un esfuerzo momentáneo, con el que a veces obtienen una distinción tan evanescente como su energía. La ambición de nuestro héroe era de un carácter completamente diferente. Era, en verdad, en ese momento no poco vaga, indefinida, vacilante, inquisitiva, a veces desalentadora. ¿Cuáles eran sus poderes? ¿Cuál debía ser su objetivo? Eran a menudo para él, como para todos los jóvenes aspirantes, preguntas infinitamente desconcertantes y llenas de dolor. Pero, en general, a través de su carácter, a pesar de sus muchas cualidades y logros deslumbrantes, y su celebridad juvenil, que ha arruinado tantas promesas, corría una vena de grave simplicidad que era consecuencia de un temperamento serio y de un intelecto que no se conformaría con nada menos que lo profundo.

Su era una mente que amaba perseguir cada pregunta hasta el centro. Pero no era un espíritu de escepticismo lo que impulsaba este hábito; al contrario, era el espíritu de fe. Coningsby descubrió que había nacido en una era de incredulidad en todas las cosas, y su corazón le aseguraba que la falta de fe era una falta de naturaleza. Pero su vigoroso intelecto no podía refugiarse en ese sucedáneo empalagoso de la creencia que consiste en un patrocinio de teorías fantásticas. Necesitaba esa convicción profunda y duradera que solo el corazón y el intelecto, el sentimiento y la razón unidos, pueden proporcionar. Se preguntaba por qué los gobiernos eran odiados y las religiones despreciadas. Por qué la lealtad estaba muerta y la reverencia era solo un cadáver galvanizado.

Estas eran, en verdad, preguntas que se le habían presentado en una forma cruda e imperfecta; pero su mera ocurrencia mostraba la fuerte

predisposición de su mente. Era porque no había encontrado guías entre sus mayores que sus pensamientos se habían dirigido a la generación que él mismo representaba. El sentimiento de veneración estaba tan desarrollado en su naturaleza que era exactamente el joven que habría colgado con humildad entusiasta de los acentos de algún sabio de antaño en las arboledas del Academo o en el pórtico de Zenón. Pero hasta entonces solo había encontrado a la vejez perpleja y desalentada; a la virilidad solo insensible y desesperada. Algunos pensaban que los sistemas durarían su tiempo; otros, que algo surgiría. Su espíritu profundo y piadoso retrocedía con disgusto y horror ante máximas tan laxas y azarosas que, en sus consecuencias, reducirían al hombre al nivel de las bestias. A pesar de un prejuicio que lo había perseguido desde su infancia, cuando se presentó la ocasión, recurrió al señor Rigby para que le instruyera, como alguien distinguido en la república de las letras, así como en el reino de la política; que asumía la guía de la mente pública y, como dice la frase, era admirado. El señor Rigby escuchó al principio las preguntas de Coningsby, planteadas, como siempre, con una modestia y deferencia que no siempre caracterizan las investigaciones juveniles, como si Coningsby le hablara de lenguas desconocidas. Pero el señor Rigby no era un hombre que nunca admitiera estar equivocado. Captó algo del tema a medida que nuestro joven amigo avanzaba, y estaba perfectamente preparado, mucho antes de que terminara, para tomar toda la conversación en sus manos.

El señor Rigby comenzó atribuyéndolo todo al Proyecto de Ley de Reforma, y luego se refirió a varios de sus propios discursos sobre el Anexo A. Luego le dijo a Coningsby que la falta de Fe religiosa se debía únicamente a la falta de iglesias; y la falta de Lealtad, a que Jorge IV se había encerrado demasiado en la casa de campo en Windsor Park, completamente en contra del consejo del señor Rigby. Aseguró a Coningsby que la Comisión de la Iglesia estaba obrando maravillas, y que con la beneficencia privada, él mismo había suscrito 1,000 libras por Lord Monmouth, pronto tendríamos suficientes iglesias. La gran cuestión ahora era su arquitectura. Si Jorge IV hubiera vivido, todo estaría bien. Se construirían sobre el modelo de la pagoda budista. En cuanto a la Lealtad, si el actual Rey iba regularmente a las carreras de Ascot, no tenía duda de que todo iría bien. Finalmente, el señor Rigby insistió a Coningsby en que leyera las Revistas Trimestrales con gran atención; y que se hiciera dueño de la *Historia de la última Guerra* de Mr. Wordy, en veinte volúmenes, una obra capital que demuestra que la Providencia estaba del lado de los Tory.

Coningsby no volvió a responder al señor Rigby; pero siguió trabajando con su propia mente, llegando a menudo a conclusiones suficientemente crudas, y a menudo muy perplejo y acosado. Intentó ocasionalmente sus inferencias con sus compañeros, que eran inteligentes y llenos de fervor. Millbank era

más que esto. Era de un humor reflexivo; también había captado de una nueva escuela algunos principios, que eran materiales para la discusión. De una manera u otra, sin embargo, antes de dejar Eton, prevaleció entre este círculo de amigos, la idea inicial emanando sin duda de Coningsby, una sincera, aunque bastante vaga, convicción de que el estado actual de sentimiento en asuntos tanto civiles como religiosos no era saludable; que debía sustituirse a este latitudinarismo algo sólido y profundo, ferviente y bien definido, y que los sacerdotes de esta nueva fe debían encontrarse entre la Nueva Generación; de modo que cuando el jinete de mente brillante de *la Hija de la Estrella* disertaba sobre la influencia del carácter individual, de los grandes pensamientos y las acciones heroicas, y del poder divino de la juventud y el genio, tocó una cuerda que era la más íntima de su compañero, que escuchó con fascinado entusiasmo mientras le introducía en su galería de modelos inspiradores.

Coningsby llegó a Beaumanoir en una estación en la que los hombres no pueden ni cazar ni disparar. Se deberían encontrar grandes recursos internos en una familia de campo bajo tales circunstancias. El Duque y la Duquesa habían regresado de Londres solo unos días con su hija, que había sido presentada ese año. Todos se alegraron de encontrarse de nuevo en el campo, que amaban y que los amaba. Uno de sus yernos y su esposa, y Henry Sydney, completaban la fiesta.

Hay pocas coyunturas en la vida de un interés más sorprendente que encontrarse con la pequeña niña bonita con la que hemos retozado en nuestra infancia, y encontrarla cambiada en el lapso de unos pocos años, que en algunos casos pueden no haber traído una alteración correspondiente en nuestra propia apariencia, en una mujer hermosa. Algo de esto pasó por la mente de Coningsby mientras se inclinaba, un poco agitado por su sorpresa, ante Lady Theresa Sydney. Todo lo que recordaba lo había preparado para la belleza; pero no para el grado o el carácter de belleza que encontró. Era un rostro rico y dulce, con ojos azules y pestañas oscuras, y una nariz que no tenemos epíteto en inglés para describir, pero que encantaba en Roxalana. Su cabello castaño caía sobre sus blancos y bien torneados hombros en largas y exuberantes trenzas. Uno se ha encontrado con algo tan brillante y delicado en un medallón de viejo Sèvres, o entre las terrazas y jardines de Watteau.

Quizás Lady Theresa también lo habría recibido con más libertad si su apariencia hubiera concordado más con la imagen que había dejado atrás. Coningsby era un muchacho entonces, como lo describimos en nuestro primer capítulo. Aunque ahora solo tenía diecinueve años, había alcanzado su estatura completa, que era superior a la media, y el tiempo había cumplido esa promesa de simetría en su figura y gracia en su porte, entonces tan ampliamente insinuada. El tiempo, que aún no había despojado a su

rostro de ninguna de sus bellezas físicas, había desarrollado fuertemente el encanto intelectual por el que siempre se había distinguido. Cuando se inclinó ante la Duquesa y su hija, habría sido difícil imaginar a un joven de porte más atractivo y modales más acabados.

Unos modales que eran espontáneos; el puro don de la naturaleza, el reflejo de su sentimiento. Ningún artificio provocó ese profundo y pulido homenaje. Ninguna de esas influencias, cuya suma produce, como nos dicen, al caballero consumado, había ejercido jamás su poder benéfico sobre nuestro huérfano y no pocas veces desamparado Coningsby. Ninguna mujer inteligente y refinada, con su rápida percepción, y su fina crítica que nunca ofende nuestro amor propio, le había dado jamás esa educación que es más preciosa que las Universidades. Las suaves sugerencias de una hermana, la suave burla de alguna prima risueña, son también ventajas no siempre apreciadas en su momento, pero que los muchachos, cuando se convierten en hombres, a menudo recuerdan con gratitud, y un poco de remordimiento por el espíritu poco agradable con el que fueron recibidas. Ni siquiera el maestro de baile había proporcionado su ayuda mecánica a Coningsby, quien, como todos los chicos de Eton de su generación, veía a ese profesor de logros con franca repugnancia. Pero incluso en la vida bulliciosa de la escuela, Coningsby, aunque su estilo era libre y fluido, siempre era bien educado. Su espíritu retrocedía ante esa grosera familiaridad que es la característica de los modales modernos, y que destruiría todas las formas y ceremonias simplemente porque frenan y controlan su propia conveniencia grosera y su egoísmo mal disimulado. Sin embargo, ante las mujeres, Coningsby se inclinaba instintivamente, como ante seres apartados para la reverencia y el trato delicado. Por poca experiencia que tuviera de ellas, su espíritu se había alimentado de fantasías caballerescas, y sentía por ellas toda la devoción ideal de un Surrey o un Sydney. Instruido, si no erudito, como los libros y el pensamiento ya lo habían hecho en los hombres, no podía concebir que hubiera otras mujeres en el mundo que las hermosas Geraldinas y las Condesas de Pembroke. No había en Inglaterra ninguna casa de campo que tuviera tan completamente el aire de residencia habitual como Beaumanoir. Es un rasgo encantador y muy raro. En muchas grandes mansiones todo es tan rígido, formal y tedioso como si su anfitrión fuera un gran señor español en los días de la Inquisición. Nada de soltura, nada de recursos; la vida que pasa parece un espectáculo solemne en el que uno representa un papel. Qué deliciosa era la sala de la mañana en Beaumanoir; de la que los caballeros no eran excluidos con esa supuesta sospecha de que nunca pueden entrar sino con fines delictivos. ¡Qué profusión de flores! ¡Qué multitud de libros! ¡Qué variada prodigalidad de material de escritura! ¡También tantos sillones, de tantas formas; cada uno en sí mismo un hogar confortable; sin embargo, nada abarrotado. Solo la mujer puede organizar una sala de estar; el hombre a veces tiene éxito en una biblioteca. ¡Y las labores de las señoras! Qué

graciosas se ven inclinadas sobre sus bastidores de bordado, consultando la disposición de un grupo o el color de una flor. Las cestas y canastas caprichosas, rebosantes de estambre variado, son alegres y llenas de placer para la vista, y dan un aire de elegante actividad que es vivificante. Incluso la vista del trabajo interesa.

Además, el traje matutino de las mujeres inglesas es en sí mismo una hermosa obra de arte. A esta hora del día no pueden encontrar rivales en otros climas. Los brillantes cutis de las hijas del norte deslumbran a la luz del día; el salón iluminado nivela todas las distinciones. Habría que verlas con sus bien confeccionados vestidos de muselina. ¡Qué matronas y qué doncellas! Llenas de graciosa dignidad, más frescas que la mañana. ¡Y la belleza casada con su pequeña cofia de encaje! Ah, es una coqueta. Un carácter encantador en todo momento; en una casa de campo, invaluable.

Una coqueta es un ser que desea agradar. ¡Ser adorable! Si no te gusta, no tendrás dificultad en encontrar una compañera femenina de diferente humor. ¡Ay! las coquetas son demasiado raras. Es una carrera que requiere grandes habilidades, infinitos esfuerzos, un espíritu alegre y aireado. Es la coqueta la que proporciona toda la diversión; sugiere la partida de cabalgata, planea el picnic, hace y adivina charadas, las representa. Es el elemento agitador en medio de las pesadas congeries de átomos sociales; el alma de la casa, la sal del banquete. Si alguien pasa una semana muy agradable, o quizás diez días, bajo cualquier techo, y analiza la causa de su satisfacción, se podría apostar tranquilamente que su solución le presentaría el fantasma juguetón de una coqueta.

—¡Es imposible que el señor Coningsby pueda recordarme! —dijo una voz clara; y él miró a su alrededor y fue recibido por un par de ojos chispeantes y la sonrisa más alegre del mundo.

Era Lady Everingham, la hija casada del Duque.

CAPÍTULO III

—¡Y usted caminó hasta aquí! —dijo Lady Everingham a Coningsby, cuando se había calmado el ajetreo de acomodarse para la cena—. ¡Piense, papá, el señor Coningsby caminó hasta aquí! Yo también soy una gran caminante.

—Había oído mucho sobre el bosque —dijo Coningsby.

—Que estoy segura de que no lo decepcionó —dijo el Duque.

—¡Pero bosques sin aventuras! —dijo Lady Everingham, encogiéndose un poco de sus bonitos hombros.

—Pero yo tuve una aventura —dijo Coningsby.

—¡Oh, cuéntenosla por todos los medios! —dijo la Dama, con gran animación —. Las aventuras son mi debilidad. He tenido más aventuras que nadie. ¿No es así, Augustus? —añadió, dirigiéndose a su esposo.

—Pero tú haces que todo sea una aventura, Isabel —dijo Lord Everingham. Me atrevo a decir que la del señor Coningsby fue más sustancial. Y mirando a nuestro joven amigo, lo invitó a informarles.

—Me encontré con un hombre muy extraordinario —dijo Coningsby.

—Debería haber sido una heroína —exclamó Lady Everingham.

—¿Conoce a alguien en esta vecindad que monte el mejor árabe del mundo? —preguntó Coningsby—. Se llama *la Hija de la Estrella*, y fue regalada a su jinete por el Pachá de Egipto.

—Esto es realmente una aventura —dijo Lady Everingham, interesada.

—¡*La Hija de la Estrella*! —dijo Lady Theresa—. Qué nombre tan bonito. Percy tiene un caballo llamado *Rayo de Sol*.

—Un hermoso árabe, el mejor del mundo —dijo el Duque, aficionado a los caballos—. ¿Quién puede ser?

—¿Puede arrojar algo de luz sobre esto, señor Lyle? —preguntó la Duquesa a un joven que estaba sentado a su lado.

Era un vecino que se había unido a su cena, Eustace Lyle, católico romano, y el plebeyo más rico del condado, pues había heredado una gran fortuna temprano en su minoría de edad, que solo había terminado ese año.

—Ciertamente no conozco al caballo —dijo el señor Lyle—; pero si el señor Coningsby describiera al jinete, quizás...

—Es un hombre de unos treinta años —dijo Coningsby—, pálido, con el cabello oscuro. Nos encontramos en una especie de posada del bosque durante una tormenta. ¡Un hombre singularísimo! En verdad, nunca conocí a nadie que me pareciera tan inteligente ni que dijera cosas tan notables.

—Debe haber sido el espíritu de la tormenta —dijo Lady Everingham.

—Charles Verney tiene mucho pelo oscuro —dijo Lady Theresa—. Pero entonces no es nada pálido, y sus ojos son azules.

—Y ciertamente guarda sus cosas maravillosas para tu oído, Theresa —dijo su hermana.

—Desearía que el señor Coningsby nos contara algunas de las cosas maravillosas que dijo —dijo la Duquesa, sonriendo.

—Tome una copa de vino primero con mi madre, Coningsby —dijo Henry Sydney, que acababa de terminar de servirles pescado a todos.

Coningsby tenía demasiado tacto para ser atrapado en una larga historia. Ya lamentaba haber sido traicionado a hacer alguna alusión al desconocido. Tenía una noción fantasiosa de que su encuentro debería haberse conservado como un secreto sagrado. Pero se había visto impulsado a referirse a ello en primer lugar por la observación casual de Lady Everingham; y había continuado su comentario con la esperanza de que la conversación pudiera llevar al descubrimiento del desconocido. Cuando descubrió que su pregunta a este respecto no tenía éxito, estuvo dispuesto a cambiar la conversación. En respuesta a la Duquesa, entonces, describió generalmente la conversación del desconocido como llena de anécdotas animadas y visiones epigramáticas de la vida; y les dio, por ejemplo, un dicho de un ilustre príncipe extranjero, que era bastante nuevo y agudo, y que Coningsby contó bien. Esto llevó a una nueva línea de discurso. El Duque también conocía a este ilustre príncipe extranjero, y contó otra historia de él; y Lord Everingham había jugado al whist con este ilustre príncipe extranjero a menudo en el Travellers', y esto llevó a una tercera historia; ninguna demasiado larga. Luego Lady Everingham intervino de nuevo y brilló agradablemente. Ella, en verdad, sostuvo durante toda la cena el peso principal de la conversación; pero como hacía preguntas a todo el mundo, todos parecían contribuir. Incluso la voz del señor Lyle, que era bastante tímido, se oía ocasionalmente en respuesta. Coningsby, que al principio había tomado sin querer un papel más destacado del que aspiraba, se habría retirado a un segundo plano durante el resto de la cena, pero Lady Everingham continuamente lo señalaba para sus preguntas, y como ella se sentaba frente a él, parecía la persona a la que se dirigían principalmente.

Finalmente, las damas se levantaron para retirarse. Un personaje muy importante de un país extranjero, pero no remoto, mencionó una vez al escritor de estas páginas que atribuía la superioridad de los ingleses en la vida política, en su conducta de los negocios públicos y sus puntos de vista prácticos de los asuntos, en gran medida a *esa media hora* que separa, después de la cena, a las morenas de las rubias. El escritor humildemente sugirió que si el período de separación se limitara estrictamente a una *media hora*, no habría que disputar sus saludables consecuencias para ambos sexos, pero que en Inglaterra la *media hora* era demasiado propensa a hincharse en un

período de carácter y duración mucho más temibles. Lady Everingham era una discípula de la escuela de la *muy breve media hora*; pues, mientras seguía alegremente a su madre, le dijo a Coningsby, a quien correspondía la suerte de sacarlas del apartamento:

—Por favor, no se demore demasiado hoy en la *Board of Guardians* (Junta de Guardianes de la Ley de Pobres).

Estas fueron palabras proféticas; pues tan pronto como todos estuvieron de nuevo sentados, el Duque, llenando su copa y pasando el clarete a Coningsby, observó:

—Supongo que Lord Monmouth no se preocupa mucho por la *New Poor Law* (Nueva Ley de Pobres).

—Apenas —dijo Coningsby—. La frecuente ausencia de mi abuelo de Inglaterra, que su salud, creo, hace bastante necesaria, lo priva de la ventaja de la observación personal sobre un tema que, por mi parte, puedo concebir como ninguno más profundamente interesante.

—Me alegra oírle decir eso —dijo el Duque—, y le honra mucho a usted, y también a Henry, cuya atención, observo, se dirige mucho a estos temas. En mi época, los jóvenes no pensaban tanto en esas cosas, y sufrimos en consecuencia. Por cierto, Everingham, que es Presidente de una Junta de Guardianes, puede darme alguna información. Suponiendo un caso de *out-door relief* (asistencia fuera del asilo)...

—No podría suponer algo tan absurdo —dijo el yerno.

—Bien —replicó el Duque—, conozco sus puntos de vista sobre ese tema, y ciertamente es una cuestión sobre la que hay mucho que decir. ¿Pero daría usted ayuda fuera del *Union* (asilo sindicado) bajo cualquier circunstancia, incluso si la parroquia ahorrara una cantidad considerable?

—Desearía conocer el *Union* donde se siguiera tal sistema —dijo Lord Everingham; y Su Gracia pareció temblar bajo la mirada de su yerno.

El Duque tenía buen corazón y no mala cabeza. Si no hubiera hecho en su juventud tantos versos latinos e ingleses, podría haber adquirido una información considerable, pues tenía un amor natural por las letras, aunque su jauría era el orgullo de Inglaterra, su barril rara vez fallaba, y su fortuna en la hípica, donde nunca apostaba, era proverbial. Era bueno, y deseaba hacer el bien; pero sus puntos de vista estaban confusos por falta de conocimiento, y su conducta a menudo era inconsistente porque un sentido del deber lo hacía actuar inmediatamente; y a menudo adquiría en la

experiencia consiguiente una convicción exactamente contraria a la que había impulsado su actividad.

Su Gracia había sido un gran patrón y un celoso administrador de la *New Poor Law*. Se le había persuadido de que elevaría la condición de la clase trabajadora. Su yerno, Lord Everingham, que era Whig, y un hombre de cabeza clara y sangre fría, consideraba la *New Poor Law* como otra *Magna Carta*. Lord Everingham era completamente dueño del tema. Él mismo era el Presidente de uno de los *Unions* más importantes del reino. El Duque, si alguna vez tenía una duda, no tenía ninguna posibilidad de argumentar con su yerno. Lord Everingham lo abrumaba con citas de las reglas de los Comisionados y los informes de los Subcomisionados, tablas estadísticas y referencias a dietarios. A veces con un caso sólido, el Duque luchaba por hacer una pelea; pero Lord Everingham, cuando le faltaba una respuesta, lo cual era muy raro, increpaba a su suegro con los abusos del viejo sistema, y lo asustaba con visiones de tasas que excedían las rentas.

Últimamente, sin embargo, se había producido un cambio considerable en los sentimientos del Duque sobre esta gran cuestión. Su hijo Henry tenía fuertes opiniones al respecto, y había combatido a su padre con todo el fervor de un joven devoto. Una victoria sobre Su Gracia, en verdad, no era muy difícil. Su impulso natural lo habría alistado en el lado, si no de oposición al nuevo sistema, al menos de sospecha crítica de su espíritu y disposiciones. Solo las estadísticas y la aguda agudeza de su yerno lo habían mantenido, en verdad, siempre fiel a sus colores. Lord Henry no quería escuchar estadísticas, tablas dietarias, paseos de Comisionados, informes de Subcomisionados. Iba mucho más alto que su padre; mucho más profundo que su cuñado. Representó al Duque que el orden de los campesinos era tan antiguo, legal y reconocido como el orden de la nobleza; que tenía derechos y privilegios distintos, aunque durante siglos habían sido invadidos y violados, y se había permitido que cayeran en desuso. Impresionó al Duque de que la constitución parroquial de este país era más importante que su constitución política; que era más antigua, más universal en su influencia; y que esta constitución parroquial ya había sido sacudida hasta su centro por la *New Poor Law*. Aseguró a su padre que nunca estaría bien para Inglaterra hasta que este orden de los campesinos fuera restaurado a su condición prístina; no meramente en el confort físico, pues eso debe variar según las circunstancias económicas del momento, como el de cada clase; sino a su condición en todos esos atributos morales que hacen un rango reconocido en una nación; y que, en gran medida, son independientes de la economía, las costumbres, las ceremonias, los derechos y los privilegios.

—Henry piensa —dijo Lord Everingham— que el pueblo debe ser alimentado bailando alrededor de un mayo.

—¿Pero estará el pueblo más alimentado porque no baila alrededor de un mayo? —insistió Lord Henry.

—Costumbres obsoletas —dijo Lord Everingham.

—¿Y por qué debería ser más obsoleto bailar alrededor de un mayo que celebrar un Capítulo de la Jarretera? —preguntó Lord Henry.

El Duque, que tenía una *blue ribbon* (cinta azul, miembro de la Orden de la Jarretera), sintió esto como un golpe directo. —Debo decir —dijo Su Gracia — que por mi parte lamento profundamente que nuestras costumbres populares se hayan permitido caer tanto en desuso.

—El Espíritu de la Edad está en contra de tales cosas —dijo Lord Everingham.

—¿Y qué es el Espíritu de la Edad? —preguntó Coningsby.

—El Espíritu de la Utilidad —dijo Lord Everingham.

—¿Y piensa entonces que la ceremonia no es útil? —insistió Coningsby, suavemente.

—Depende de las circunstancias —dijo Lord Everingham—. Hay algunas ceremonias, sin duda, que son muy apropiadas y, por supuesto, muy útiles. Pero lo mejor que podemos hacer por las clases trabajadoras es proporcionarles trabajo.

—¿Pero qué quiere decir con *labouring classes* (clases trabajadoras), Everingham? —preguntó Lord Henry—. Los abogados son una clase trabajadora, por ejemplo, y por cierto suficientemente provistos de trabajo. ¿Pero aprobaría usted que Westminster Hall fuera despojado de todas sus ceremonias?

—¿Y la abolición de las largas vacaciones? —añadió Coningsby.

—Theresa me trae terribles noticias de los sufrimientos de los pobres que nos rodean —dijo el Duque, sacudiendo la cabeza.

—¡Las mujeres piensan que todo es sufrimiento! —dijo Lord Everingham.

—¿Cómo los encuentra entre usted, señor Lyle? —continuó el Duque.

—He revivido las costumbres monásticas en St. Geneviève —dijo el joven, sonrojándose—. Hay limosna dos veces por semana.

—Estoy seguro de que desearía poder ver felices a las clases trabajadoras —dijo el Duque.

—¡Oh, por favor no use, mi querido padre, esa frase, *labouring classes*! —dijo Lord Henry—. ¿Qué crees, Coningsby? El otro día tuvimos una reunión en este vecindario para votar una petición agrícola que debía comprender a todas las clases. Fui con mi padre, y me nombraron presidente del comité para redactar la petición. Por supuesto, la describí como la petición de la nobleza, clero, gentry (pequeña nobleza), yeomanry (campesinos propietarios) y peasantry (campesinado) del condado de ——; y ¿podrías creerlo? tacharon *peasantry* como una palabra que ya no se usa, e insertaron *labourers* (trabajadores).

—¿Qué puede significar —dijo Lord Everingham— que a un hombre se le llame *labourer* o *peasant*?

—¿Y qué puede significar —dijo su cuñado— que a un hombre se le llame Mr. Howard o Lord Everingham?

Eran la familia más cariñosa bajo este techo de Beaumanoir, y de todos sus miembros, Lord Henry el de carácter más dulce, y sin embargo era asombroso qué escaramuzas tan agudas surgían cada día entre él y su cuñado, durante esa *media hora* que forma tan felizmente el carácter político de la nación. El Duque, que por experiencia sentía que se avecinaba un movimiento de guerrilla, preguntó a sus invitados si tomarían más clarete; y al significar su disensión, propuso pasar a las damas.

Se unieron a las damas en la sala de música. Coningsby, sin experiencia en la sociedad femenina, y que encontraba un poco de dificultad por falta de práctica para mantener la conversación, aunque deseaba tener éxito, estaba encantado con Lady Everingham, quien, en lugar de requerir ser entretenida, lo entretenía a él; y sugería tantos temas y aludía a tantos tópicos, que nunca se producía esa pausa fría y torpe, tan común con los espíritus hoscos y los cerebros estériles. Lady Everingham entendía a fondo el arte de la conversación, que, en verdad, consiste en el ejercicio de dos finas cualidades. Hay que iniciar y hay que simpatizar; hay que poseer al mismo tiempo el hábito de comunicar y el hábito de escuchar. La unión es bastante rara, pero irresistible.

Lady Everingham no era una belleza célebre, pero era algo infinitamente más delicioso, una mujer cautivadora. Se combinaban en ella cualidades que no se encuentran comúnmente juntas: gran vivacidad de mente con gran gracia de modales. Sus palabras chispeaban y sus movimientos encantaban. Había, en verdad, en todo lo que decía y hacía, esa congruencia que indica una

organización completa y armoniosa. Era la misma justa proporción que caracterizaba su forma: una figura esbelta y ondulante con gracia; la oreja de forma más hermosa; una mano pequeña y suave; un pie que habría encajado en el zapato de cristal; y que, por cierto, no perdía oportunidad de mostrar; y tenía razón, pues era un modelo.

Luego había música. Lady Theresa cantaba como un serafín: una voz rica, un estilo grandioso. Y su hermana podía apoyarla con gracia y dulzura. Y no cantaban demasiado. El Duque tomó una revista y miró el último artículo demoledor de Rigby. El país parecía arruinado, pero parecía que los Whig estaban aún peor que los Tory. Los asesinos se habían suicidado. Esta justicia poética es agradable. Lord Everingham, repantigado en un sillón, hojeaba con gran satisfacción su *Morning Chronicle*, que contenía una réplica cortante al artículo de Mr. Rigby, no tan demoledora como el manifiesto del Honorable escriba, pero con una burla penetrante, que se adecuaba al tema y al fabricante de temas.

El señor Lyle se sentó junto a la Duquesa y, animado por su amabilidad, y hablando en susurros, se volvió animado y agradable, acariciando ocasionalmente al perro faldero. Coningsby se quedó junto a los cantantes, o conversaba con ellos cuando la música cesaba; y Henry Sydney hojeaba un volumen de *Deportes y Pasatiempos* de Strutt, ocasionalmente, sin apartar los ojos del volumen, llamando la atención de sus amigos sobre sus descubrimientos.

El señor Lyle se levantó para marcharse, pues tenía algunas millas que regresar; se adelantó con cierta vacilación para esperar que Coningsby visitara sus sabuesos, lo que Lord Henry le había dicho que Coningsby había expresado su deseo de hacer. Lady Everingham comentó que no había estado en St. Geneviève desde que era una muchacha, y parecía que Lady Theresa nunca la había visitado. Lady Everingham propuso que cabalgaran todos a la mañana siguiente, y apeló a su esposo para su aprobación, concedida instantáneamente, pues aunque a ella le encantaba la admiración, y él parecía un iceberg, en realidad se adoraban el uno al otro. Luego hubo una consulta sobre sus arreglos. La Duquesa iría en su cochecito de pony con Theresa. El Duque, como de costumbre, tenía asuntos que lo ocuparían. El resto iba a caballo. Fue una sugerencia feliz, todos anticiparon placer; y la velada terminó con la perspectiva de lo que Lady Everingham llamaba una aventura.

Las damas se retiraron pronto; los caballeros se quedaron un rato; el Duque tomó su vela y deseó a sus invitados buenas noches; Lord Everingham bebió un vaso de agua de Seltz, asintió con la cabeza y desapareció. Lord Henry y su amigo se quedaron despiertos hablando del pasado. Eran demasiado

jóvenes para llamarlos tiempos pasados; y sin embargo, ¡qué vida parecía haber transcurrido desde que habían dejado Eton, el querido viejo Eton! Sus sentimientos infantiles, y su aún latente carácter infantil, se desarrollaron con sus reminiscencias.

—¿Recuerdas a Bucknall? ¿Qué Bucknall? El mayor: lo vi el otro día en Nottingham; está en los *Rifles*. ¿Recuerdas aquel día en Sirly Hall, cuando Paulet se peleó con Dickinson? ¿Te gustaba Dickinson? ¡Hum! Paulet era un buen chico. Te diré quién era un buen chico, el primito de Paulet. ¿Qué? ¿Augustus Le Grange? ¡Oh! Me gustaba Augustus Le Grange. Me pregunto dónde estará Buckhurst. Tuve una carta suya el otro día. Se ha ido con su tío a París. Lo encontraremos en Cambridge en octubre. Supongo que sabes que Millbank se ha ido a Oriel. ¿De verdad? Me pregunto quién tendrá nuestra habitación en casa de Cookesley. ¡Cookesley era un buen chico! ¡Oh, magnífico! Qué bien se comportó cuando hubo ese problema por salir con los perros. ¿Recuerdas la cara de Vere? Me hace reír ahora cuando lo pienso. Te digo quién era un buen chico, Kangaroo Gray; me gustaba. No conozco a ningún chico que cantara una mejor canción.

—Por cierto —dijo Coningsby—, ¿qué clase de tipo es Eustace Lyle? Me gustó bastante su aspecto.

—¡Oh! Te lo contaré todo sobre él —dijo Lord Henry—. Es un gran aliado mío, y creo que te gustará mucho. Es una familia católica romana, de las más antiguas que tenemos en el condado, y la más rica. Verás, el padre de Lyle era el Whig más violento, y también lo eran todos los tutores de Eustace; pero en cuanto alcanzó la mayoría de edad, anunció que no se mezclaría con ninguno de los partidos del condado, y que sus arrendatarios podrían actuar exactamente como creyeran conveniente. Mi padre piensa, por supuesto, que Lyle es Conservador, y que solo espera la ocasión para presentarse; pero está completamente equivocado. Conozco bien a Lyle y me habla sin disfraz. Verás, es una antigua familia *Cavalier* (realista), y Lyle tiene todas las opiniones y sentimientos de su raza. No se aliará con antimonárquicos, demócratas, infieles y sectarios; al mismo tiempo, ¿por qué debería apoyar a un partido que pretende oponerse a estos, pero que nunca pierde la oportunidad de insultar su religión, y lo privaría, si fuera posible, de las ventajas de las mismas instituciones que su familia ayudó a establecer?

—¿Por qué, en efecto? Me alegra haber hecho su amistad —dijo Coningsby —. ¿Es inteligente?

—Creo que sí —dijo Lord Henry—. Es el tipo más tímido, especialmente entre las mujeres, que he conocido, pero es muy popular en el condado. Hace una increíble cantidad de bien, y es uno de los mejores jinetes que tenemos.

Mi padre dice que el mejor; audaz, pero muy seguro.

—Es mayor que nosotros.

—Un año mayor que yo: acaba de alcanzar la mayoría de edad.

—Oh, ah, veintiuno. Un año más joven que Gastón de Foix cuando ganó Rávena, y cuatro años más joven que Juan de Austria cuando ganó Lepanto —observó Coningsby, pensativamente—. Voto que nos vayamos a la cama, viejo amigo.

CAPÍTULO IV

En un valle, no lejos de la orilla de un hermoso río, elevado sobre una terraza alta y artificial al pie de una cadena de alturas boscosas, se alzaba una edificación moderna en el más fino estilo de la arquitectura cristiana. Era de gran extensión y ricamente decorada. Construida con una piedra blanca y brillante, chispeaba con sus pináculos bajo el sol mientras se alzaba en fuerte relieve contra su fondo verdeante. El valle sinuoso, que estaba salpicado, pero no demasiado salpicado, de grupos de árboles viejos, formaba en gran extensión a ambos lados de la mansión una pradera cubierta de hierba, que se llamaba el Parque Bajo; pero era una región que llevaba el nombre de Parque Alto, la que constituía el peculiar y más pintoresco rasgo de esta espléndida residencia. Las alturas boscosas que formaban el valle no eran, como parecían, una cadena de colinas. Su cumbre era solo la terminación abrupta de una vasta y encerrada meseta, que abundaba en todas las cualidades de la antigua cacería: césped y árboles, un yermo de maleza, y una vasta extensión de retama y helecho. Los ciervos, que abundaban, vivían aquí en un mundo tan salvaje como ellos: bajando en tropel por la tarde al río. Algunos de ellos, en verdad, estaban siempre a la vista de los que estaban en el valle, y a menudo se podían observar varios grupos apiñados en las alturas verdes sobre la mansión, cuyo efecto era muy animador y grácil. A veces, en el crepúsculo, una forma solitaria, magnificada por la hora ilusoria, se podía ver de pie al borde de la pendiente, grande y negra contra el cielo despejado.

Hemos tratado de esbozar ligeramente St. Geneviève tal como apareció a nuestros amigos de Beaumanoir, serpenteando hacia el valle el día después de que el señor Lyle cenara con ellos. El valle se abría durante aproximadamente media milla frente a la mansión, lo que daba a sus habitantes una vista sobre un extenso país ricamente cultivado. Fue a través de este distrito que la fiesta de Beaumanoir había seguido su camino. La primera mirada al edificio, su sorprendente situación, su hermosa forma, su brillante color, su gran extensión, un conjunto como de galerías, salones y

capillas, ventanas con parteluz, portales de columnas agrupadas, y grupos de pináculos aéreos y chapiteles de tracería, provocó un grito general de asombro y alabanza.

El paseo a caballo desde Beaumanoir había sido delicioso; el aliento del verano en cada brisa, la luz del verano en cada árbol. La alegre risa de Lady Everingham resonaba con frecuencia en el aire; a menudo sus ojos soleados se dirigían a Coningsby, mientras llamaba su atención sobre algún objeto hermoso o algún efecto bonito. Ella actuaba como la anfitriona de la Naturaleza, y le presentaba todas las bellezas.

El señor Lyle los había reconocido. Cabalgó hacia adelante con saludos en un pequeño y gordo poni de color leonado, con una larga crin blanca y una cola blanca y fluida, y el ojo más malicioso del mundo. Cabalgaba al lado de la Duquesa e indicó su ruta suavemente descendente.

Llegaron, y los pavos reales, que se estaban bañando al sol en las torrecillas, desplegaron su plumaje para darles la bienvenida.

—Puedo recordar la vieja casa —dijo la Duquesa, mientras tomaba el brazo del señor Lyle—, y me alegra ver la nueva. El Duque me había preparado para mucha belleza, pero la realidad supera su informe.

Entraron por un corto corredor en un gran salón. Se habrían detenido para admirar su rico techo, su galería y su biombo; pero su anfitrión sugirió que se refrescaran después del paseo, y lo siguieron a través de varios apartamentos hasta una espaciosa cámara, cuyos paneles de roble estaban cubiertos con una serie de interesantes cuadros, que representaban el asedio de St. Geneviève por las fuerzas del Parlamento en 1643: los diversos asaltos y salidas, y el final descalabro de los rebeldes. En todos ellos figuraba un valiente y grácil Sir Eustace Lyle, con coraza y jubón de ante, espada brillante y pluma ondeante. La vista de estos cuadros era siempre una gran fuente de excitación para Henry Sydney, que siempre lamentaba su mala suerte de no vivir en tales días; más aún, insistía en que todos los demás debían deplorar igualmente su mal destino.

—Mira, Coningsby, esta batería en el Parque Alto —dijo Lord Henry—. Esta hizo el trabajo: cómo barre el valle; Sir Eustace la maneja él mismo. Madre, ¡qué lástima que Beaumanoir no fuera asediado!

—Puede ser —dijo Coningsby.

—Siempre imagino que un asedio debe ser tan interesante —dijo Lady Everingham—. Debe ser tan emocionante.

—Espero que el próximo asedio sea en Beaumanoir, en lugar de St. Geneviève —dijo Lyle, riendo—, ya que Henry Sydney tiene tal predisposición militar. Duquesa, el otro día dijo que le gustaba el Malvoisie, y aquí hay un poco.

Now broach me a cask of Malvoisie,

Bring pasty from the doe;

dijo la Duquesa. Ese ha sido mi almuerzo.

—Una comida poética —dijo Lady Theresa.

—Sus razas de ovejas deben haber sido muy inferiores en los viejos tiempos —dijo Lord Everingham—, ya que hacían tanto ruido por su venado. Por mi parte, lo considero una cosa tan pasada como las justas y los torneos.

—Lamento que hayan pasado —dijo Lady Theresa.

—Todo lo que es hermoso ha pasado —dijo Lord Henry.

—La vida es mucho más fácil —dijo Lord Everingham.

—¿La vida fácil? —dijo Lord Henry—. La vida me parece una lucha feroz.

—Los modales son fáciles —dijo Coningsby—, y la vida es dura.

—Y deseo ver las cosas exactamente al revés —dijo Lord Henry—. Los medios y modos de subsistencia menos difíciles; la conducta de la vida más ceremoniosa.

—La civilización no tiene tiempo para la ceremonia —dijo Lord Everingham.

—¡Qué sentenciosos son todos ustedes! —dijo su esposa—. Quiero ver el salón y muchas otras cosas. Y todos se levantaron.

En verdad, había muchas otras cosas que ver: una larga galería, rica en retratos ancestrales, muestras de arte y vestuario desde Holbein hasta Lawrence; cortesanos de los Tudor, y caballeros de los Estuardo, terminando en escuderos de levita roja recién salidos del campo, y caballeros abotonados con levitas negras, y sentados en sillas de biblioteca, con la espalda contra una cortina carmesí. La mujer, sin embargo, es siempre encantadora; y la generación actual puede ver a sus madres pintadas por Lawrence, como si fueran patronas de Almack's; o a sus abuelas por Reynolds, como Robinettas acariciando pájaros, con tanto placer como contemplan a las de ojos húmedos matronas de Lely, y la altiva actitud de las heroínas de Van Dyck.

Pero lo que más les interesó que la galería, o los ricos salones, o incluso el salón señorial, fue la capilla, en la que el arte había agotado toda su invención, y la riqueza ofrecía todos sus recursos. Las paredes y las bóvedas del techo completamente pintadas al encausto por los primeros artistas de Alemania, y representando los principales eventos del segundo Testamento, el esplendor del pavimento de mosaico, la riqueza de las vidrieras pintadas, la suntuosidad del altar, coronado por una obra maestra de Carlo Dolce y rodeado por una barandilla de plata, el tono de luz rica y solemne que todo lo impregnaba, y mezclaba todas las diversas fuentes de belleza en un todo absorbente y armonioso: todo se combinaba para producir un efecto que los sumió en un silencio que duró varios minutos, hasta que las damas expresaron sus sentimientos en un murmullo casi inarticulado de reverencia y admiración; mientras una lágrima se escapaba al ojo del entusiasta Henry Sydney.

Saliendo de la capilla, se pasearon por los jardines, hasta que, llegando a su límite, se encontraron con la vista más bonita del mundo; un grupo de pequeñas sillas de pony, cada una tirada por un pequeño y gordo pony de color leonado, como el que había estado montando el señor Lyle. Lord Henry condujo a su madre; Lord Everingham, a Lady Theresa; Lady Everingham iba acompañada por Coningsby. Su anfitrión cabalgaba al lado de la Duquesa, y a lo largo de sinuosos caminos de fácil ascenso, que conducían a través de hermosos bosques y ofrecían encantadores paisajes, llegaron a su debido tiempo al Parque Alto.

—Uno ve a nuestro anfitrión con gran ventaja en su propia casa —dijo Lady Everingham—. Apenas es la misma persona. No lo he observado sonrojarse ni una vez. Habla y se mueve con soltura. Es una pena que no sea más grácil. Sobre todas las cosas, me gusta un hombre grácil.

—Esa capilla —dijo Coningsby—, era una cosa hermosa.

—¡Muy! —dijo Lady Everingham—. ¿Observó el cuadro sobre el altar, la Virgen con ojos azules? Nunca había observado ojos azules antes en tal cuadro. ¿Cuál es su color favorito para los ojos?

Coningsby se sintió avergonzado; dijo algo bastante irrelevante sobre admirar todo lo que es hermoso.

—Pero cada uno tiene un estilo favorito; quiero saber el suyo. ¿Le gustan los rasgos regulares? ¿O es la expresión lo que le agrada?

—La expresión; creo que me gusta la expresión. La expresión debe ser siempre deliciosa.

—¿Baila?

—No; no soy un gran bailarín. Temo que tengo pocos logros. Me gusta la esgrima.

—Yo no esgrimo —dijo Lady Everingham, con una sonrisa—. Pero creo que tiene razón en no bailar. No es su estilo. Usted es ambicioso, creo —añadió.

—No lo sabía; todo el mundo es ambicioso.

—Ya veo que sé algo de su carácter. Henry me ha hablado mucho de usted; mucho antes de que nos conociéramos —volviéramos a conocer, debería decir, pues somos viejos amigos, recuerde. ¿Sabe que su carrera me interesa mucho? Me gustan los hombres ambiciosos.

Hay algo fascinante en la primera idea de que tu carrera interesa a una mujer encantadora. Coningsby sintió que quizás estaba conduciendo a una Madame de Longueville. Una mujer a la que le gustan los hombres ambiciosos no debe ser un personaje ordinario; claramente una especie de heroína. En ese momento llegaron al Parque Alto, y el novedoso paisaje cambió el curso de sus comentarios.

Hasta donde alcanzaba la vista, se extendía ante ellos una escena selvática salvaje. Quizás carecía de ondulación de la superficie, pero esa deficiencia estaba ampliamente compensada por la multitud y el tamaño prodigioso de los árboles; eran los más grandes, en verdad, que podían encontrarse en Inglaterra; y no hay parte de Europa donde la madera sea tan enorme. Los amplios e interminables claros, las vastas avenidas, la cantidad de ciervos ramoneando o saltando en todas direcciones, las espesuras de amarillo retama y verde helecho, y la brisa que incluso en la quietud del verano jugaba siempre sobre esta meseta, todo producía una escena animada y renovadora. Era como visitar repentinamente otro país, vivir entre otras costumbres y respirar otro aire. Se detuvieron unos minutos en un pabellón construido para los propósitos de la caza, y luego regresaron, todos complacidos por esta visita a lo que parecían las regiones superiores de la tierra.

Cuando se acercaban a la cima de la colina que se cernía sobre St. Geneviève, oyeron sonar la gran campana.

—¿Qué es eso? —preguntó la Duquesa.

—Es el día de la limosna —respondió el señor Lyle, con un aspecto algo avergonzado, y sonrojándose por primera vez—. La gente de las parroquias con las que estoy conectado viene a St. Geneviève dos veces por semana a

esta hora.

—¿Y cuál es su sistema? —preguntó Lord Everingham, que se había detenido, interesado por la escena—. ¿Qué control tiene?

—Los rectores de las diferentes parroquias otorgan certificados a aquellos que, en su opinión, merecen la limosna según las reglas que he establecido. Mi limosnero los visita de nuevo, refrenda el certificado, y luego lo presentan en la puerta trasera. El certificado explica la naturaleza de sus necesidades, y mi mayordomo actúa según su criterio.

—Mamá, ¡los veo! —exclamó Lady Theresa.

—Quizás Su Gracia piense que podrían ser aliviados sin toda esta ceremonia —dijo el señor Lyle, extremadamente confundido—. Pero estoy de acuerdo con Henry y el señor Coningsby en que la Ceremonia no es, como se supone comúnmente, una forma ociosa. Deseo que el pueblo comprenda constante y visiblemente que la Propiedad es su protector y su amigo.

—Mi razón está con usted, señor Lyle —dijo la Duquesa—, así como mi corazón.

Llegaban por el valle, una procesión de la Naturaleza, cuyos grupos un artista podría haber estudiado. El anciano, que amaba demasiado la peregrinación para aprovechar el privilegio de un sustituto otorgado a sus canas, venía en persona con su nieto y su bastón. También venía la viuda con su hijo al pecho, y otros aferrándose a su forma; algunos rostros tristes, y algunos pálidos; muchos serios, y de vez en cuando una mirada juguetona; muchas dueñas con su capa roja, y muchas doncellas con su cesta ligera; pilluelos de pelo rizado con miradas remilgadas, y a veces una forma robusta frustrada por un tiempo del trabajo que deseaba. Pero no había un corazón que no bendijera la campana que sonaba desde la torre de St. Geneviève.

CAPÍTULO V

—Mis padres arriesgaron su sangre y su fortuna por la causa de la Soberanía y la Iglesia de Inglaterra —dijo Lyle a Coningsby, mientras estaban tumbados en el césped soleado del parque de Beaumanoir—, y yo heredo sus apasionadas convicciones. Eran católicos, como su descendiente. Sin duda, se habrían alegrado de ver su antigua fe predominante en su antigua tierra; pero se inclinaron, como yo me inclino, ante un decreto adverso y aparentemente irrevocable. Pero si no podíamos tener la Iglesia de nuestros padres, honramos y respetamos la Iglesia de sus hijos. Era al menos una Iglesia; una *Iglesia Católica y Apostólica*, como ella misma declara a diario. Además, era nuestra amiga. Cuando éramos perseguidos por Parlamentos puritanos,

fueron el Soberano y la Iglesia de Inglaterra los que intervinieron, con la certeza de crear contra sí mismos odio y desconfianza, para protegernos de la oscura e implacable intolerancia del calvinismo.

—Creo —dijo Coningsby— que si Carlos I hubiera ahorcado a todos los sacerdotes católicos que el Parlamento le pidió que ejecutara, nunca habría perdido su corona.

—Usted mencionaba a mi padre —continuó Lyle—. Ciertamente era Whig. Hostigado por la exclusión política, se conectó con ese partido en el Estado que comenzó a insinuar la emancipación. Después de todo, no nos emanciparon. Fue la caída del Papado en Inglaterra lo que fundó la aristocracia Whig; un hecho que siempre debe estar en el fondo de sus corazones, como, le aseguro, lo está en el mío.

—Supe desde una edad temprana —continuó Lyle— que se esperaba que heredara las conexiones políticas de mi padre con las propiedades de la familia. En circunstancias ordinarias, esto probablemente habría ocurrido. En tiempos que no obligaban a reflexionar, no es probable que me hubiera retraído de unirme a un partido formado por las mejores familias de Inglaterra, y siempre famoso por hombres consumados y mujeres encantadoras. Pero entro en la vida en medio de una convulsión en la que los propios principios de nuestros sistemas político y social son puestos en tela de juicio. No puedo unirme al partido de la destrucción. Es una causa operativa ajena a mi ser. ¿Qué se ofrece, entonces? El Duque me habla de principios Conservadores; pero no me informa de cuáles son. Observo, en verdad, un partido en el Estado cuya regla es no consentir ningún cambio hasta que se reclame clamorosamente, y entonces ceder instantáneamente; pero esos son principios de Concesión, no Conservadores. Este partido trata a las instituciones como hacemos con nuestros faisanes, las preservan solo para destruirlas. Pero ¿hay algún estadista entre estos Conservadores que nos ofrezca un dogma como guía, o que defina alguna gran verdad política que debamos aspirar a establecer? Me parece algo estéril, este Conservadurismo, un cruce infeliz; la mula de la política que no engendra nada. ¿Qué piensa de todo esto, Coningsby? Le aseguro que me siento confundido, perplejo, acosado. Sé que tengo deberes públicos que cumplir; de hecho, todos los días de mi vida soy solicitado por todos los partidos para que arroje el peso de mi influencia en una balanza u otra; pero estoy paralizado. A menudo desearía no tener ninguna posición en el país. El sentido de su responsabilidad me deprime; me hace infeliz. Le hablo sin reservas; con una franqueza que nuestro breve conocimiento apenas autoriza; pero Henry Sydney me ha hablado tan a menudo de usted, y he deseado tanto conocerle, que abro mi corazón sin restricción.

—Querido amigo —dijo Coningsby—, no ha hecho más que describir mis sentimientos cuando pintó los suyos. Mi mente sobre estos temas ha sido durante mucho tiempo un caos. Floto en un mar de problemas, y hace tiempo que habría naufragado si no me hubiera sostenido una profunda, aunque vaga, convicción de que todavía hay grandes verdades, si pudiéramos elaborarlas; de que el Gobierno, por ejemplo, debe ser amado y no odiado, y de que la Religión debe ser una fe y no una forma.

La influencia moral de la residencia proporciona algunos de los rasgos más interesantes de nuestras costumbres nacionales. La presencia de este poder era muy evidente en todo el distrito que rodeaba Beaumanoir. Las damas de esa casa eran profundamente conscientes de la responsabilidad de su posición; comprendiendo a fondo sus deberes, los cumplían sin afectación, con seriedad, y con ese efecto que surge del conocimiento del tema. Las consecuencias eran visibles en el tono de los campesinos, que era superior al que a menudo presenciamos. El antiguo sentimiento feudal que perdura en estos parajes apartados es un instrumento que, cuando se maneja hábilmente, puede ser productivo de un vasto beneficio social. El Duque entendía esto bien; y su familia había absorbido todos sus puntos de vista y los secundaba. Lady Everingham, una vez más en la escena de su vida pasada, reanudó el ejercicio de sus suaves oficios, como si nunca hubiera dejado de ser una hija de la casa, y como si otro dominio no tuviera sus reclamaciones sobre su solicitud. Coningsby era a menudo el compañero de ella y de su hermana en sus peregrinaciones de caridad y bondad. Admiraba la energía grácil y el completo conocimiento de los detalles con que Lady Everingham supervisaba las escuelas, organizaba sociedades de socorro, y el discernimiento que aportaba a los casos individuales de sufrimiento o desgracia. Estaba profundamente interesado mientras observaba la magia de su actitud, mientras derretía a los obstinados, inspiraba a los perezosos, consolaba a los afligidos y animaba con sus sonrisas y su pronta frase a los enérgicos y diligentes. Tampoco en estas ocasiones se veía a Lady Theresa bajo auspicios menos favorables. Sin la vivacidad de su hermana, había en su comportamiento una dulce seriedad de propósito que era muy atractiva; y a veces un estallido de energía, un rasgo de decisión, que contrastaba notablemente con el carácter algo demasiado controlado de su vida en los salones.

En la sociedad de estas atractivas compañeras, el tiempo para Coningsby transcurría en un curso que a veces deseaba que nada perturbara. Aparte de ellas, a menudo se sentía pensativo y vagamente inquieto. Incluso la sociedad de Henry Sydney o Eustace Lyle, por mucho que en circunstancias ordinarias se hubieran adaptado a su estado de ánimo, no compensaba la ausencia de esa emoción indefinida, novedosa, extraña pero dulce, que sentía, sin saber exactamente cómo o por qué, apoderarse de sus sentidos. A veces el rostro de

Theresa Sydney pasaba sobre su visión meditativa; a veces la voz alegre de Lady Everingham rondaba su oído. Pero ser su compañero en paseos a caballo o en excursiones; evitar cualquier arreglo que por muchas horas lo privara de su presencia; era cada día con Coningsby un objetivo principal.

Un día había estado cazando conejos con Lyle y Henry Sydney, y regresó con ellos tarde a Beaumanoir para cenar. No había disfrutado de su deporte, y no había disparado nada bien. Había estado soñador, silencioso, había sentido profundamente la falta de la conversación de Lady Everingham, que siempre era tan conmovedora e interesantemente personal para él mismo; uno de los secretos de su dominio, aunque Coningsby no era entonces del todo consciente de ello. Habla a un hombre de sí mismo, y generalmente queda cautivado. Así es como se le gana realmente. La única diferencia entre hombres y mujeres a este respecto es que la mayoría de las mujeres son vanidosas, y algunos hombres no lo son. Hay algunos hombres que no tienen amor propio; pero si lo tienen, la vanidad femenina es una pasión trivial y aérea en comparación con la vasta voracidad de apetito que en el sexo más fuerte puede tragar cualquier cosa, y siempre anhelar más.

Cuando Coningsby entró en el salón, parecía haber un ajetreo algo inusual en la habitación, pero como el crepúsculo había descendido, al principio fue bastante difícil distinguir quiénes estaban presentes. Pronto percibió que había extraños. Un caballero de aspecto agradable estaba cerca de un sofá en el que estaban sentadas la Duquesa y Lady Everingham, y hablaba con cierta locuacidad. Sus frases parecían llamar la atención; su audiencia tenía una mirada animada, ojos chispeantes de inteligencia e interés; no se descuidaba ni una palabra. Coningsby no avanzó como era su costumbre; tenía una especie de instinto de que el desconocido estaba discurriendo sobre asuntos de los que no sabía nada. Se volvió hacia una mesa, cogió un libro y comenzó a leerlo al revés. Una mano se posó ligeramente sobre su hombro. Miró a su alrededor, era otro desconocido; que dijo, sin embargo, en tono de familiaridad amistosa:

—¿Cómo está, Coningsby?

Era un joven de unos veinticuatro años, alto, buen mozo. Viejos recuerdos, su íntimo saludo, un fuerte parecido familiar, ayudaron a Coningsby a adivinar correctamente quién era la persona que lo dirigía. Era, en verdad, el hijo mayor del Duque, el Marqués de Beaumanoir, que había llegado inesperadamente a casa de su padre con su amigo, el señor Melton, de camino al norte.

El señor Melton era un caballero de la más alta moda, y un gran favorito en la sociedad. Tenía unos treinta años, buen mozo, con un aire que llamaba la

atención, y modales, aunque fáciles, suficientemente acabados. Era comunicativo, aunque tranquilo, y sin ser ingenioso, tenía a su servicio un giro de frase, adquirido por la práctica y el éxito, que era, o que siempre parecía ser, mordaz. Las damas parecían especialmente encantadas con su llegada. Sabía todo de todos los que les importaban; y Coningsby escuchaba en silencio nombres que por primera vez llegaban a sus oídos, pero que parecían despertar gran interés. El señor Melton dirigía a menudo sus observaciones más animadas y sus anécdotas más chispeantes a Lady Everingham, quien evidentemente saboreaba todo lo que él decía, y le devolvía en especie.

Durante toda la cena, Lady Everingham y el señor Melton mantuvieron una conversación muy entretenida, principalmente sobre cosas y personas que no interesaban en absoluto a nuestro héroe; quien, sin embargo, tuvo la satisfacción de oír a Lady Everingham, en el salón, decir en tono descuidado a la Duquesa:

—Me alegro tanto, mamá, de que haya venido el señor Melton; necesitábamos algo de diversión.

¡Qué confesión! ¡Qué revelación para Coningsby de su infinita insignificancia! Coningsby sentía una gran aversión por el señor Melton, pero sentía su espíritu desigual para la contienda social. El genio del joven sin educación y sin experiencia se acobardaba ante el del hombre del mundo, largo tiempo practicado y hábil. ¿Cuál era la magia de este hombre? ¿Cuál era el secreto de esa facilidad, que nada podía perturbar, y sin embargo no carecía de deferencia y buen gusto? Y luego su vestimenta, parecía confeccionada por algún artista extraterrestre; sin embargo, era imposible detectar las causas discretas del efecto general que era irresistible. El abrigo de Coningsby lo hacía Stultz; casi todos los chicos de sexto grado se hacían hacer los abrigos por Stultz; sin embargo, Coningsby imaginaba que su propia prenda parecía como si la hubiera suministrado algún vendedor de ropa rústico. Comenzó a preguntarse de dónde sacaba el señor Melton sus botas, y miró las suyas, que, aunque hechas en St. James's Street, le parecían tener un aire de zueco.

Lady Everingham estaba decidida a que el señor Melton viera Beaumanoir con la mayor ventaja. El señor Melton nunca había estado allí antes, excepto en Navidad, con la casa llena de visitantes y alegría ficticia. Ahora iba a ver el campo. En consecuencia, había largos paseos a caballo todos los días, que Lady Everingham llamaba expediciones, y que generalmente producían algún incidente leve que ella calificaba de aventura. Era amable con Coningsby, pero no tenía tiempo para disfrutar de las largas conversaciones que antes había encontrado tan mágicas. El señor Melton estaba siempre en la escena,

el héroe monopolizador, al parecer, de cada pensamiento, frase y plan. Coningsby comenzó a pensar que Beaumanoir no era un lugar tan delicioso como había imaginado. Comenzó a pensar que quizás se había quedado allí demasiado tiempo. Había recibido una carta del señor Rigby, informándole de que se le esperaba en el Castillo de Coningsby a principios de septiembre, para reunirse con Lord Monmouth, que había regresado a Inglaterra, y por graves y especiales razones iba a residir en su residencia principal, que no había visitado durante muchos años. Coningsby había tenido la intención de permanecer en Beaumanoir hasta ese momento; pero de repente se le ocurrió que la Era de las Ruinas había pasado, y que debía aprovechar la oportunidad de visitar Manchester, que estaba en el mismo condado que el castillo de su abuelo. Tan difícil es especular sobre los eventos! Por mucho que meditemos, somos criaturas de las circunstancias; y la llegada inesperada de un dandi londinense a la casa de campo de un noble inglés envió a este representante de la Nueva Generación, recién salido de Eton, criado en prejuicios, pero con una mente predispuesta a la investigación y propensa a la meditación, a una escena apta para estimular ambos procesos intelectuales; que exigía investigación e inducía al pensamiento, la gran METRÓPOLIS DEL TRABAJO.

FIN DEL LIBRO III

LIBRO IV

CAPÍTULO I

Una gran ciudad, cuya imagen habita en la memoria del hombre, es el tipo de alguna gran idea. Roma representa la conquista; la Fe se cierne sobre las torres de Jerusalén; y Atenas encarna la cualidad preeminente del mundo antiguo, el Arte.

En las edades modernas, el Comercio ha creado Londres; mientras que las Costumbres, en el sentido más amplio de la palabra, han encontrado durante mucho tiempo una capital suprema en la ciudad aérea y de mente brillante del Sena.

El Arte pertenecía al mundo antiguo, la Ciencia al moderno: la facultad distintiva. En las mentes de los hombres, lo útil ha sucedido a lo bello. En lugar de la ciudad de la Corona Violeta, una aldea de Lancashire se ha expandido hasta convertirse en una poderosa región de fábricas y almacenes. Sin embargo, bien entendido, Manchester es una hazaña humana tan grande como Atenas.

Los habitantes, en verdad, no están tan impresionados con su idiosincrasia como los compatriotas de Pericles y Fidias. No comprenden plenamente la

posición que ocupan. Solo el filósofo puede concebir la grandeza de Manchester y la inmensidad de su futuro. Aún hay grandes verdades que contar, si tuviéramos el valor de anunciarlas o la disposición para recibirlas.

CAPÍTULO II

Un sentimiento de melancolía, incluso de inquietud, acompaña a nuestra primera entrada en una gran ciudad, especialmente de noche. ¿Será que la conciencia de toda esta vasta existencia con la que no tenemos conexión, donde somos completamente desconocidos, nos oprime con nuestra insignificancia? ¿Será que es terrible sentirse sin amigos donde todos los tienen?

Sin embargo, invierte la imagen. Contempla una comunidad donde eres desconocido, pero donde serás conocido, quizás honrado. Un lugar donde no tienes amigos, pero donde tampoco tienes enemigos. Un lugar que hasta ahora ha sido un espacio en blanco en tus pensamientos, como tú has sido una cifra en sus sensaciones, y sin embargo un lugar, quizás, ¡preñado de tu destino!

No hay, quizás, ningún acto de memoria tan profundamente interesante como recordar el estado de ánimo y el momento descuidados en que hemos entrado en una ciudad, una casa, una cámara, en vísperas de un conocimiento o un evento que ha dado color e impulso a nuestra vida futura.

¿Qué es esta Fatalidad que los hombres adoran? ¿Es una Diosa?

Sin duda, es un poder que actúa principalmente a través de agentes femeninos. Las mujeres son las Sacerdotisas de la Predestinación.

El hombre concibe la Fortuna, pero la Mujer la conduce.

Es el Espíritu del Hombre el que dice: *Seré grande*; pero es la Simpatía de la Mujer la que generalmente lo hace así.

No fue la gentil y cortés dueña del Adelphi Hotel de Manchester la que dio ocasión a estos comentarios, aunque puede merecerlos, y aunque fue muy amable con nuestro Coningsby cuando llegó muy tarde por la noche, muy cansado y no muy de buen humor.

Había viajado todo el día a través del gran distrito del trabajo, su mente excitada por extrañas vistas, y finalmente cansado por su multiplicación. Había pasado sobre las llanuras donde el hierro y el carbón sustituyen al césped y al maíz, sombrías como la entrada del Hades, y llameando con hornos; y ahora estaba entre fábricas iluminadas con más ventanas que los

palacios italianos, y chimeneas humeantes más altas que los obeliscos egipcios. Solo en la gran metrópolis de la propia maquinaria, sentado en una solitaria sala de café resplandeciente de gas, sin apetito, con la cabeza dando vueltas, y sin un plan o propósito para el día siguiente, ¿por qué estaba allí? Porque un ser, cuyo nombre incluso le era desconocido, se había encontrado con él en una posada de camino durante una tormenta, y le había dicho que la Era de las Ruinas había pasado.

Extraordinario ejemplo de la influencia de un individuo; alguna evidencia de la extrema susceptibilidad de nuestro héroe.

Incluso su dormitorio estaba iluminado por gas. ¡Ciudad maravillosa! Sin embargo, eso se podía evitar. Abrió la ventana. El aire veraniego era dulce, incluso en esta tierra de humo y trabajo. Siente una sensación tal como en Lisboa o Lima precede a un terremoto. La casa parece temblar. Es una afección simpática ocasionada por una máquina de vapor en una fábrica vecina.

Sin embargo, a pesar de todos estos novedosos incidentes, Coningsby durmió el profundo sueño de la juventud y la salud, de un cerebro que, aunque ocasionalmente perplejo por el pensamiento, nunca había sido acosado por la ansiedad. Se levantó temprano, refrescado y de buen humor. Y para cuando el pollo al diablo y la tostada con mantequilla, ese misterioso e incomparable lujo, que solo se puede obtener en una posada, habían desaparecido, sintió toda la deliciosa emoción del viaje.

¡Y ahora a la acción! Coningsby no tenía una sola carta; no conocía a un solo individuo en esa vasta ciudad. Fue a consultar a su amable anfitriona, que sonrió con confianza. Debía mencionar su nombre en un lugar, el suyo en otro. Todo estaría bien; parecía confiar en el destino de un joven tan agradable.

Lo vio todo; fueron amables y hospitalarios con el joven desconocido, cuyo pensamiento, seriedad y modales gentiles los atrajeron. Uno lo recomendó a otro; todos intentaron ayudarlo y asistirlo. Entró en cámaras más vastas de las que se cuentan en las fábulas árabes, y pobladas de habitantes más maravillosos que los *Afrites* o los *Peris*. Pues allí contempló, en largas y continuas filas, esas misteriosas formas llenas de existencia sin vida, que realizan con facilidad, y en un instante, lo que el hombre solo puede cumplir con dificultad y en días. Una máquina es un esclavo que no trae ni soporta degradación; es un ser dotado del más alto grado de energía, y actuando bajo el más alto grado de excitación, sin embargo libre al mismo tiempo de toda pasión y emoción. Por lo tanto, no es solo un esclavo, sino un esclavo sobrenatural. ¿Y por qué se debería decir que la máquina no vive? Respira,

pues su aliento forma la atmósfera de algunas ciudades. Se mueve con más regularidad que el hombre. ¿Y no tiene una voz? ¿No canta el huso como una muchacha alegre en su trabajo, y la máquina de vapor ruge en alegre coro, como un fuerte artesano manejando sus herramientas vigorosas, y ganando un salario justo por un día de trabajo justo?

Tampoco se debe olvidar la sala de tejido, donde se pueden observar a mil o mil quinientas muchachas con sus collares de coral, trabajando como Penélope durante el día; algunas bonitas, algunas atrevidas, algunas gráciles y joviales, algunas absortas en su ocupación; un poco serias algunas, pocas tristes. Y el algodón que has observado en su estado rudo, que has visto al hilandero silencioso convertir en hilo, y al ajetreado tejedor convertir en tela, ahora puedes ver cómo en un momento se tiñe con bellos colores, o se estampa con fantasiosos patrones. Y sin embargo, el misterio de los misterios es contemplar máquinas haciendo máquinas; un espectáculo que llena la mente de especulación curiosa e incluso terrible.

Desde la madrugada hasta el anochecer, nuestro Coningsby se dedicó durante varios días a la comprensión de Manchester. Era para él un mundo nuevo, preñado de nuevas ideas, y sugerente de nuevas líneas de pensamiento y sentimiento. En esta asociación sin precedentes entre el capital y la ciencia, trabajando en un lugar que la Naturaleza había indicado como el teatro adecuado para sus hazañas, contempló una gran fuente de la riqueza de las naciones que había sido reservada para estos tiempos, y percibió que esta riqueza estaba desarrollando rápidamente clases cuyo poder estaba imperfectamente reconocido en el esquema constitucional, y cuyos deberes en el sistema social parecían completamente omitidos. Joven como era, la inclinación de su mente y el espíritu inquisitivo de la época lo habían preparado suficientemente, no para lidiar con estas preguntas, sino para ser consciente de su existencia y para reflexionar.

Una noche, en la sala de café del hotel, habiendo terminado de cenar bien merecida, y relajando su mente por un momento en una nueva investigación en la *Guía de Manchester*, un individuo, que también había cenado en el mismo apartamento, se levantó de su mesa y, después de holgazanear sobre la chimenea vacía, leer los anuncios enmarcados, mirar las direcciones de varias cartas que esperaban allí a sus dueños, limpiarse los dientes, se volvió hacia Coningsby y, con un aire de incómoda familiaridad, dijo:

—¿Primera visita a Manchester, señor?

—La primera.

—Viajero, supongo?

—Soy un viajero —dijo Coningsby.

—¡Hum! ¿Del sur?

—Del sur.

—Y dígame, señor, ¿cómo encontró los negocios a medida que venía? Dinámicos, me atrevo a decir. Y sin embargo hay algo, una especie de algo; ¿no le pareció, señor, que había algo? ¡Mucho papel extraño circulando, señor!

—Temo que habla sobre un tema del que no sé nada —dijo Coningsby, sonriendo—; no entiendo nada de negocios; aunque no me sorprende que, estando en Manchester, lo suponga.

—¡Ah! no está en los negocios. ¡Hum! ¿Profesional?

—No —dijo Coningsby—, no soy nada.

—¡Ah! un caballero independiente; ¡hum! y una cosa muy agradable, también. ¿Complacido con Manchester, me atrevo a decir? —continuó el desconocido.

—Y asombrado —dijo Coningsby—; creo que en toda mi vida nunca he visto tanto que admirar.

—Ha visto todos los *lions* (atracciones), no tengo duda.

—Creo que lo he visto todo —dijo Coningsby, con bastante entusiasmo y algo de orgullo.

—Muy bien, muy bien —exclamó el desconocido, en tono paternal—. Ha visto la sala de tejido del señor Birley, me atrevo a decir.

—¡Oh, no es maravilloso? —dijo Coningsby.

—Mucha gente —dijo el desconocido, con una sonrisa bastante desdeñosa.

—Pero después de todo —dijo Coningsby, con animación—, es la maquinaria sin ninguna interposición de poder manual lo que me abruma. Me persigue en mis sueños —continuó Coningsby—; veo ciudades pobladas de máquinas. Ciertamente Manchester es la ciudad más maravillosa de los tiempos modernos.

El desconocido se quedó un poco atónito ante el entusiasmo de su compañero, y luego se limpió los dientes.

—De todas las cosas notables aquí —dijo Coningsby—, ¿cuál es, en general, señor, la que considera más notable?

—¿En cuanto a maquinaria? —preguntó el desconocido.

—En cuanto a maquinaria.

—Pues, en cuanto a maquinaria, ya sabe —dijo el desconocido, muy tranquilamente—, Manchester es letra muerta.

—¡Letra muerta! —dijo Coningsby.

—Muerta y enterrada —dijo el desconocido, acompañando sus palabras con esa peculiar aplicación del pulgar a la nariz que significa tan elocuentemente que todo se ha acabado.

—¡Me asombra! —dijo Coningsby.

—Es un lugar *booked* (asegurado/reservado) sin embargo —dijo el desconocido—, y no hay error. Todos tenemos un gran respeto por Manchester, por supuesto; la consideramos como una especie de madre, y todo eso. Pero está detrás de los tiempos, señor, y eso no sirve en esta era. En resumen, Manchester ha pasado.

—Pensé que su único defecto podría ser que estaba demasiado avanzada con respecto al resto del país —dijo Coningsby, inocentemente.

—Si quiere ver vida —dijo el desconocido—, vaya a Staleybridge o Bolton. Allí hay alta presión.

—Pero la población de Manchester está aumentando —dijo Coningsby.

—Pues sí, sin duda. Verá, todos tenemos un gran respeto por la ciudad. Es una especie de metrópolis de este distrito, y hay mucho capital en el lugar. Y tiene algunas instituciones de primera clase. Está el Banco de Manchester. Es una institución noble, llena de espíritu comercial; entiende la edad, señor; alta presión hasta los huesos. Vine a la ciudad para ver al gerente hoy. Estoy construyendo una nueva fábrica ahora mismo en Staleybridge, y pienso abrirla en enero, y cuando lo haga, le daré permiso para hacer otra visita a la sala de tejido del señor Birley, con mis respetos.

—Lo siento mucho —dijo Coningsby—, solo me queda otro día; pero dígame, ¿qué me recomendaría ver más a una distancia razonable de Manchester?

—Mi fábrica no está terminada —dijo el desconocido pensativamente—, y aunque todavía hay mucho que vale la pena ver en Staleybridge, será mejor

que espere a ver mi nueva fábrica. Y Bolton, déjeme ver; Bolton, no hay nada en Bolton que pueda levantar la cabeza por un momento contra mi nueva fábrica; pero entonces no está terminada. Bueno, bueno, veamos. ¡Qué lástima que no sea el 1 de enero, y entonces mi nueva fábrica estaría funcionando! Me gustaría ver la cara del señor Birley, o incluso la del señor Ashworth, ese día. Y las *Oxford Road Works* (Obras de Oxford Road), donde siempre están haciendo algún pequeño cambio, reforma poco a poco, ¿eh? No muy fino apetito, sospecho, para la cena, en las *Oxford Road Works*, el día que oigan que mi nueva fábrica está funcionando. Pero usted quiere ver algo de primera. Bueno, ahí está Millbank; eso es regularmente de primera, todo un espectáculo, un *lion* de primera; si fuera usted, iría a ver Millbank.

—¡Millbank! —dijo Coningsby—; ¿qué Millbank?

—Millbank de Millbank, hizo el lugar, lo hizo él mismo. A unas tres millas de Bolton; tren mañana a las 7.25, tome un coche de alquiler en la estación, y estará en Millbank a las 8.40.

—Desgraciadamente estoy ocupado mañana por la mañana —dijo Coningsby —, y sin embargo estoy muy ansioso, particularmente ansioso, por ver Millbank.

—Bueno, hay un tren tarde, a las 3.15; estará allí a las 4.30.

—Creo que podría arreglarlo —dijo Coningsby.

—Hágalo —dijo el desconocido—; y si alguna vez se encuentra en Staleybridge, estaré muy feliz de serle útil. Debo irme ahora. Mi tren sale a las 9.15. Y le presentó a Coningsby su tarjeta mientras le deseaba buenas noches.

MR. G. O. A. HEAD, STALEYBRIDGE.

CAPÍTULO III

En un valle verde de Lancashire, contiguo a ese distrito de fábricas que ya hemos tocado, un arroyo claro y poderoso fluye a través de una amplia tierra de prados. En su margen, adornada, más que sombreada, por algunos viejos olmos, pues están demasiado lejos para servir excepto como ornamento, se eleva una vasta mole de ladrillo rojo oscuro, que aunque formal y monótona en su carácter general, no carece de cierta belleza de proporción y un acabado artístico en su ocasional mampostería. El frente, que es de gran extensión y está cubierto de muchas hileras de pequeñas ventanas, está flanqueado por dos alas salientes en el mismo estilo, que forman un gran patio, completado por un muro bajo coronado con una barandilla ligera y

bastante elegante; en el centro, la entrada principal, un portal elevado de diseño audaz y hermoso, rematado por una estatua del Comercio.

Este edificio, no sin un grado de dignidad, es lo que se llama técnicamente, y no muy felizmente, un *mill* (fábrica); siempre traducido por los franceses en sus relatos de nuestros disturbios manufactureros como *moulin*; y que realmente era la fábrica principal de Oswald Millbank, el padre de ese joven que, esperamos, nuestros lectores no hayan olvidado del todo.

A cierta distancia, y algo retirados de la corriente principal, había otras dos estructuras más pequeñas del mismo estilo. Como a un cuarto de milla más adelante, aparecía una aldea de tamaño no despreciable, y notable por la limpieza e incluso el carácter pintoresco de su arquitectura, y los alegres jardines que la rodeaban. En una soleada colina al fondo se alzaba una iglesia, en el mejor estilo de la arquitectura cristiana, y cerca de ella había una residencia clerical y una escuela de diseño similar. La aldea también podía presumir de otro edificio público: un *Institute* (Instituto) donde había una biblioteca y una sala de conferencias; y una sala de lectura, que cualquiera podía frecuentar a ciertas horas y bajo regulaciones razonables.

Al otro lado de la fábrica principal, pero más remota, aproximadamente media milla río arriba, rodeada de hermosos prados, y construida sobre una elevación agradable y bien arbolada, se encontraba la mansión del dueño de la fábrica; aparentemente una casa de campo espaciosa y no despreciable, construida en lo que se llama un estilo villa, con una variedad de jardines y conservatorios. La atmósfera de este asentamiento algo llamativo no estaba perturbada ni contaminada por el oscuro vapor que, para vergüenza de Manchester, todavía infestaba esa gran ciudad, pues el señor Millbank, a quien nada le gustaba tanto como un invento, a menos que fuera un experimento, se cuidaba de consumir su propio humo.

El sol declinaba cuando Coningsby llegó a Millbank, y la gratificación que experimentó al contemplarlo por primera vez no disminuyó poco cuando, al preguntar en la aldea, se le informó de que había pasado la hora de ver las obras. Decidido a no renunciar a su propósito sin luchar, se dirigió a la fábrica principal y entró en la oficina de contabilidad, situada en una de las alas del edificio.

—¿Su placer, señor? —dijo uno de tres individuos sentados en altos taburetes detrás de un alto pupitre.

—Deseo, si es posible, ver las obras.

—Completamente imposible, señor —y el oficinista, retirando la mirada, continuó escribiendo—. No se permite la entrada sin una orden, y no se

permite la entrada con una orden después de las dos.

—Soy muy desafortunado —dijo Coningsby.

—Lo siento, señor. Deme el libro mayor K. X., ¿quiere, señor Benson?

—Creo que el señor Millbank me concedería permiso —dijo Coningsby.

—Muy probable, señor; mañana. El señor Millbank está allí, señor, pero muy ocupado. Señaló una oficina de contabilidad interior, y las puertas de cristal permitieron a Coningsby observar a varios individuos en estrecha conversación.

—Quizás su hijo, el señor Oswald Millbank, ¿está aquí? —preguntó Coningsby.

—El señor Oswald está en Bélgica —dijo el oficinista.

—¿Quiere dar un recado al señor Millbank y decirle que un amigo de su hijo en Eton está aquí, y aquí solo por un día, y desea mucho ver sus obras?

—No es posible molestar al señor Millbank ahora, señor; pero si quiere sentarse, puede esperar y verlo usted mismo.

Coningsby se conformó con sentarse, aunque se impacientó mucho al cabo de un cuarto de hora. El tictac del reloj, el rascar de las plumas de los tres silenciosos oficinistas, lo irritaban. Por fin se oyeron voces, se abrieron puertas, y el oficinista dijo: *El señor Millbank viene, señor*, pero nadie vino; las voces se apagaron, las puertas se cerraron; de nuevo no se oyó nada, excepto el tictac del reloj y el rascar de la pluma.

Por fin hubo un revuelo general, y todos salieron, el señor Millbank entre ellos, un hombre bien proporcionado, apuesto, de rostro claro que tendía a la rubicundez, un ojo avellana rápido y brillante, los dientes blanquísimos, y cabello corto, rizado y castaño, aquí y allí ligeramente teñido de gris. Era un rostro de energía y decisión.

Estaba a punto de pasar por la oficina de contabilidad con sus compañeros, con quienes sus asuntos no estaban concluidos, cuando observó a Coningsby, que se había levantado.

—¿Este caballero desea verme? —preguntó a su oficinista, que asintió.

—Estaré a su servicio, señor, en cuanto termine con estos caballeros.

—El caballero desea ver las obras, señor —dijo el oficinista.

—Puede ver las obras en los horarios apropiados —dijo el señor Millbank, algo picajoso—; dígale las regulaciones; e iba a marcharse.

—Perdone, señor —dijo Coningsby, adelantándose, y con un aire de seriedad y gracia que detuvo el paso del fabricante—. Conozco las regulaciones, pero quisiera pedir permiso para infringirlas.

—No puede ser, señor —dijo el señor Millbank, moviéndose.

—Pensé, señor, que estando aquí solo por un día, y como amigo de su hijo...

El señor Millbank se detuvo y dijo:

—¡Oh! ¿un amigo de Oswald, eh? ¿Qué, en Eton?

—Sí, señor, en Eton; y esperaba quizás encontrarlo aquí.

—Estoy muy ocupado, señor, en este momento —dijo el señor Millbank—; siento no poder prestarle atención personal, pero mi oficinista le mostrará todo. Señor Benson, que este caballero lo vea todo; y se retiró.

—Tenga la bondad de escribir su nombre aquí, señor —dijo el señor Benson, abriendo un libro, y nuestro amigo escribió su nombre y la fecha de su visita a Millbank:

HARRY CONINGSBY, 2 de septiembre de 1836.

Coningsby contempló en esta gran fábrica los últimos y más refinados inventos del genio mecánico. El edificio había sido equipado por un capitalista tan ansioso de erigir un monumento a la habilidad y el poder de su orden, como de obtener un rendimiento por la gran inversión.

—¡Es la gloria de Lancashire! —exclamó el entusiasta señor Benson.

El oficinista habló libremente de su amo, a quien evidentemente idolatraba, y de sus grandes logros, y Coningsby lo animó. Le detalló a Coningsby los planes que el señor Millbank había seguido, tanto para el bienestar moral como físico de su gente; cómo había construido iglesias, escuelas e institutos; casas y cabañas sobre un nuevo sistema de ventilación; cómo había asignado jardines; establecido clases de canto.

—Aquí está el señor Millbank —continuó el oficinista, mientras él y Coningsby, al salir de la fábrica, volvían a entrar en el patio.

El señor Millbank se acercaba a la fábrica, y en el momento en que los observó, aceleró el paso.

—¿Señor Coningsby? —dijo cuando llegó hasta ellos. Su semblante estaba bastante perturbado, y su voz temblaba un poco, y miró a nuestro amigo con una mirada escrutadora y seria. Coningsby se inclinó.

—Lamento que le hayan recibido en este lugar con tan poca ceremonia, señor —dijo el señor Millbank—; pero si hubieran mencionado su nombre, lo habría encontrado apreciado aquí. Asintió al oficinista, que desapareció.

Coningsby comenzó a hablar de las maravillas de la fábrica, pero el señor Millbank volvió a otros pensamientos que pasaban por su mente. Habló de su hijo: expresó un amable reproche de que Coningsby hubiera pensado en visitar esta parte del mundo sin darles algún aviso de su intención, para que pudiera haber sido su huésped, para que Oswald pudiera haber estado allí para recibirlo, para que pudieran haber hecho arreglos para que lo viera todo, y de la mejor manera; en resumen, para que todos pudieran haber mostrado, aunque sea ligeramente, el profundo sentido de sus obligaciones para con él.

—Mi visita a Manchester, que llevó a esto, fue bastante accidental —dijo Coningsby—. Me dirijo a la otra división del condado, para visitar a mi abuelo, Lord Monmouth; pero un irresistible deseo se apoderó de mí durante mi viaje para ver este famoso distrito industrial. Hace algunos días que debería haberme encontrado en Coningsby, y esta es la razón por la que estoy tan apurado.

Una nube pasó sobre el semblante de Millbank cuando se mencionó el nombre de Lord Monmouth, pero no dijo nada. Volviéndose hacia Coningsby, con un aire de bondad:

—Al menos —dijo—, que Oswald no oiga que no probó nuestra sal. Cene conmigo hoy; aún queda una hora para la cena; y como ya ha visto la fábrica, supongamos que paseamos juntos por la aldea.

CAPÍTULO IV

El reloj de la aldea dio las cinco cuando el señor Millbank y su invitado entraron en los jardines de su mansión. Coningsby se detuvo un momento para admirar la belleza y la alegre profusión de las flores.

—Su situación —dijo Coningsby, mirando hacia el valle verde y silencioso— es absolutamente poética.

—A veces trato de imaginarme —dijo el señor Millbank, con una sonrisa bastante feroz— que estoy en el Nuevo Mundo.

Entraron en la casa; un espacioso y clásico vestíbulo, al final una escalera al estilo italiano. Cuando se acercaban a ella, la voz más dulce y clara exclamó desde arriba: *¡Papá! ¡papá!* e instantáneamente una joven bajó las escaleras de un salto, pero al ver de repente a un extraño con su padre, se detuvo en el descansillo, y evidentemente estaba a punto de retirarse tan rápidamente como había avanzado, cuando el señor Millbank le hizo señas con la mano y le rogó que bajara. Bajó lentamente; cuando se acercó a ellos, su padre dijo: *Una amiga de la que has oído hablar a menudo, Edith: este es el señor Coningsby*.

Se sobresaltó; se sonrojó mucho; y luego, con un paso tembloroso e inseguro, avanzó, extendió su mano con una gracia salvaje y sin estudio, y dijo en tono de sensibilidad: *¡Cuántas veces hemos deseado todos verte y darte las gracias!*

Esta hija de su anfitrión era de tierna edad; aparentemente apenas podía haber cumplido dieciséis veranos. Era delicada y frágil, pero cuando levantó su rostro aún sonrojado hacia el invitado de su padre, Coningsby sintió que nunca había contemplado un semblante de belleza tan llamativa y tan peculiar.

—Mi única hija, señor Coningsby, Edith; un nombre sajón, pues es hija de un sajón.

Pero la belleza del semblante no era la belleza de los sajones. Era un rostro radiante, uno de esos que parecen haber sido tocados en su cuna por un rayo de sol, y haber conservado todo su brillo y su lustre difuso y encendido. A veces se observan tales rostros, diáfanos de delicado esplendor, en las regiones del sur de Francia. Su ojo, también, era el raro ojo de Aquitania; suave y largo, con pestañas que caían sobre la mejilla, oscuras como sus rizos en racimo.

Entraron en el salón.

—El señor Coningsby —dijo Millbank a su hija— está en esta parte del mundo solo por unas horas, o estoy seguro de que se convertiría en nuestro huésped. Ha prometido, sin embargo, quedarse con nosotros ahora y cenar.

—Si la señorita Millbank perdona este atuendo —dijo Coningsby, inclinándose como disculpa por su inevitable chaqueta y botas; la doncella levantó los ojos e inclinó la cabeza.

La hora de la cena estaba cerca. Millbank ofreció mostrarle a Coningsby su vestidor. Estuvo ausente solo unos minutos. Cuando regresó, encontró a la señorita Millbank sola. Entró en la habitación algo repentinamente. Ella estaba jugando con su perro, pero cesó en el momento en que observó a Coningsby.

Coningsby, que desde su práctica con Lady Everingham, se halagaba de haber avanzado en la conversación trivial, y no le disgustaba tener ahora la oportunidad de probar su destreza, hizo algunas observaciones animadas sobre las mascotas y las razas de perros falderos, pero no tuvo suerte de obtener una respuesta o provocar un réplica. Comenzó entonces sobre la belleza de Millbank, que de ningún modo habría dejado de ver, y preguntó cuándo había tenido noticias de su hermano. La joven, aparentemente muy angustiada, estaba murmurando algo sobre Amberes, cuando la entrada de su padre la alivió de su vergüenza.

Anunciada la cena, Coningsby ofreció su brazo a su bella compañera, que lo tomó con los ojos fijos en el suelo.

—Le gustan mucho las flores, veo —dijo Coningsby, mientras se movían; y la joven dijo *Sí.*

La cena era sencilla, pero perfecta en su tipo. La joven anfitriona parecía desempeñar su oficio con un cierto grado de determinación desesperada. Miró a un pollo y luego a Coningsby, y murmuró algo que él entendió. A veces se informaba de sus gustos o necesidades con más detalle, a través de su padre, a quien trataba como una especie de *dragoman* (intérprete); de esta manera: *¿No tomaría el señor Coningsby, papá, esto o aquello, o hiciera tal y tal?* Coningsby siempre se cuidaba de responder de manera directa, sin la intervención del intérprete; pero no avanzaba. Incluso una petición por el gran honor de tomar una copa de jerez con ella solo hizo que el hermoso rostro se inclinara. Y sin embargo, cuando lo había visto por primera vez, se había dirigido a él incluso con emoción. ¿Qué podía ser? Se sentía menos confiado en su mayor poder de conversación. ¿Por qué? Theresa Sydney apenas era un año mayor que la señorita Millbank, y aunque ciertamente no iniciaba como Lady Everingham, se llevaba perfectamente bien con ella.

El señor Millbank no parecía ser consciente del silencio de su hija; al menos, intentaba compensarlo. Hablaba con fluidez y bien; sobre todos los temas sus opiniones parecían decididas, y su lenguaje era preciso. Estaba realmente interesado en lo que Coningsby había visto y en lo que había sentido; y esta simpatía despojaba a su manera del efecto desagradable que acompaña a un tono inclinado a ser dictatorial. Más de una vez Coningsby observó a la silenciosa hija escuchando con extrema atención a la conversación de él y de su padre.

El postre era notable. Millbank estaba orgulloso de su fruta. Una expresión suave de complacencia se extendió por sus rasgos mientras inspeccionaba sus uvas, sus melocotones, sus higos.

—Estas uvas han ganado una medalla —le dijo a Coningsby—. Esos también son melocotones de premio. Todavía no he tenido tanto éxito con mis higos. Estos, sin embargo, prometen, y quizás este año tenga más suerte.

—¡Qué no habríamos dado tu hermano y yo por un postre así en Eton! —dijo Coningsby a la señorita Millbank, deseando decir algo, y algo que pudiera interesarle.

Parecía infinitamente angustiada, y sin embargo esta vez quiso hablar.

—Déjeme darle... Él captó por casualidad su mirada inmediatamente retirada; sin embargo, era una mirada no solo de belleza, sino de sentimiento y pensamiento. Añadió, en tono apagado y apresurado, dividiendo muy nerviosamente algunas uvas—: Apenas sé si Oswald estará más complacido o apenado cuando sepa que usted ha estado aquí.

—¿Y por qué apenado? —dijo Coningsby.

—Porque no haya estado aquí para recibirle, y porque su estancia es tan breve. Parece tan extraño que después de haber hablado de usted durante años, solo le veamos durante horas.

—Espero volver —dijo Coningsby—, y que Millbank esté aquí para recibirme; pero espero que se me permita volver aunque él no esté.

Pero no hubo respuesta; y poco después, hablando el señor Millbank del mercado americano, y sirviéndose Coningsby una copa de clarete, la hija del sajón, mirando a su padre, se levantó y salió de la habitación, tan repentina y rápidamente que Coningsby apenas pudo llegar a la puerta.

—Sí —dijo Millbank, llenando su copa y siguiendo algunas observaciones previas—, todo lo que queremos en este país es ser dueños de nuestra propia industria; pero la industria sajona y las costumbres normandas nunca se pondrán de acuerdo; y algún día, señor Coningsby, lo descubrirá.

—¿Pero qué quiere decir con *Norman manners* (costumbres normandas)? —preguntó Coningsby.

—¿Ha oído hablar alguna vez del *Forest of Rossendale* (Bosque de Rossendale)? —dijo Millbank—. Si se quedara aquí, debería visitar el distrito. Es un área de veinticuatro millas cuadradas. Fue desaforado a principios del siglo XVI, poseyendo en ese momento ochenta habitantes. Su renta en la época de Jacobo I era de 120 libras. Cuando se introdujo la industria lanera en el norte, la lanzadera compitió con el arado en Rossendale, y hace unos cuarenta años les enviamos la *Jenny* (máquina de hilar). Las ochenta almas se

han incrementado ahora a más de ochenta mil, y la renta del bosque, según la última tasación del condado, asciende a más de 50,000 libras, un 41,000 por ciento sobre el valor en el reinado de Jacobo I. Ahora llamo a eso un ejemplo de industria sajona compitiendo con éxito con las costumbres normandas.

—Exactamente —dijo Coningsby—, pero esas costumbres han desaparecido.

—De Rossendale —dijo Millbank, con una sonrisa sombría—; pero no de Inglaterra.

—¿Dónde se encuentra con ellas?

—¡Encontrarse con ellas! En cada lugar, a cada hora; y sentirlas, también, en cada transacción de la vida.

—Sé, señor, por su hijo —dijo Coningsby, inquisitivamente—, que usted se opone a una aristocracia.

—No, no lo estoy. Estoy a favor de una aristocracia; pero una real, una natural.

—Pero, señor, ¿no es la aristocracia de Inglaterra —dijo Coningsby— una real? ¿No confunde, por ejemplo, nuestra nobleza con los degradados patricios del Continente?

—¡Hum! —dijo Millbank—. No entiendo cómo puede existir una aristocracia, a menos que se distinga por alguna cualidad que ninguna otra clase de la comunidad posea. La distinción es la base de la aristocracia. Si permites, por ejemplo, que solo una clase de la población lleve armas, son una aristocracia; no una de mi gusto, pero sigue siendo un gran hecho. Sin embargo, esa no es la característica de la nobleza inglesa. Aún tengo que saber que son más ricos que nosotros, mejor informados, más sabios, o más distinguidos por la virtud pública o privada. ¿No es monstruoso, entonces, que un pequeño número de hombres, varios de los cuales toman los títulos de Duque y Conde de ciudades de esta misma vecindad, ciudades que nunca vieron, que nunca oyeron hablar de ellos, que no formaron, construyeron o establecieron, digo, no es monstruoso que individuos en tales circunstancias estén investidos del más alto de los privilegios concebibles, el privilegio de hacer leyes? ¡Duques y Condes, en verdad! Digo que no hay nada más ridículo en una mascarada.

—¿Pero no argumenta desde una excepción, señor? —dijo Coningsby—. La cuestión es si una preponderancia del principio aristocrático en una constitución política es, como creo, conducente a la estabilidad y al poder permanente de un Estado; y si la nobleza, tal como está establecida en

Inglaterra, tiende generalmente a ese fin. No debemos olvidar en tal estimación la influencia que, en este país, se ejerce sobre la opinión por el linaje antiguo.

—¡Linaje antiguo! —dijo el señor Millbank—; nunca he oído hablar de un noble con un linaje antiguo. Las verdaderas familias antiguas de este país se encuentran entre los campesinos; los *gentry* (pequeña nobleza), también, pueden reclamar algo de sangre antigua. Puedo señalarle familias sajonas en este condado que pueden rastrear sus pedigríes más allá de la Conquista; conozco a algunos caballeros normandos cuyos padres sin duda vinieron con el Conquistador. Pero un noble con un linaje antiguo es para mí una completa novedad. No, no; los treinta años de las guerras de las Rosas nos libraron de esos caballeros. Creo que después de la batalla de Tewkesbury, un barón normando era casi tan raro en Inglaterra como lo es ahora un lobo.

—Siempre he entendido —dijo Coningsby— que nuestra nobleza era la mejor de Europa.

—Por ellos mismos —dijo Millbank—, y por los heraldos que pagan para pintar sus carruajes. Pero yo me atengo a los hechos. Cuando Enrique VII convocó su primer Parlamento, solo se encontraron veintinueve pares temporales, y algunos de ellos incluso ocuparon sus escaños ilegalmente, porque habían sido desposeídos. De esos veintinueve no quedan cinco, y ellos, como los Howard, por ejemplo, no son nobleza normanda. Debemos la nobleza inglesa a tres fuentes: el saqueo de la Iglesia; la venta abierta y flagrante de sus honores por los primeros Estuardo; y el *hmongering* (tráfico de distritos) de nuestros propios tiempos. Esas son las tres fuentes principales de la nobleza inglesa existente, y en mi opinión vergonzosas. Pero debo disculparme por mi franqueza al hablar así a un aristócrata.

—Oh, de ningún modo, señor, me gusta la discusión. Su hijo y yo en Eton hemos tenido algunos encuentros de este tipo antes. Pero si su punto de vista es correcto —añadió Coningsby, sonriendo—, no puede, al menos, acusar a nuestros actuales pares de costumbres normandas.

—Sí, lo hago: adoptaron costumbres normandas mientras usurpaban títulos normandos. No tienen ni el derecho de los normandos, ni cumplen con el deber de los normandos: no conquistaron la tierra, y no la defienden.

—¿Y dónde encontrará usted su aristocracia natural? —preguntó Coningsby.

—Entre esos hombres a los que una nación reconoce como los más eminentes por la virtud, los talentos y la propiedad, y, si se quiere, por el nacimiento y la posición en la tierra. Guían la opinión; y, por lo tanto, gobiernan. No soy un nivelador; considero una igualdad artificial tan perniciosa como una

aristocracia ficticia; ambas deprimen las energías y frenan la iniciativa de una nación. Me gusta que el hombre sea libre, realmente libre: libre en su industria tanto como en su cuerpo. ¿De qué sirve el *Habeas Corpus* (derecho a no ser detenido ilegalmente), si un hombre no puede usar sus manos cuando está fuera de la cárcel?

—Pero me parece que usted tiene, en gran medida, esta aristocracia natural en Inglaterra.

—¡Ah, sin duda! Si no la tuviéramos, ¿dónde estaríamos? Es el poder contrarrestante que nos salva, la causa perturbadora en los cálculos del egoísmo miope. Lo digo ahora, y lo he dicho cien veces, la Cámara de los Comunes es un cuerpo más aristocrático que la Cámara de los Lores. El hecho es que un gran noble sería un hombre más grande ahora en la Cámara de los Comunes que en la Cámara de los Lores. Nadie quiere una segunda cámara, excepto unos pocos individuos desacreditados. Es una institución valiosa para cualquier miembro de ella que no tenga distinción, ni carácter, ni talentos, ni propiedades. Pero un noble que posee todas o cualquiera de estas grandes calificaciones, se encontraría como una persona inmensamente más importante en lo que, a modo de broma, llaman la *Lower House* (Cámara Baja).

—¿No es la sabiduría revisora de un senado un control saludable sobre la precipitación de una asamblea popular?

—¿Por qué debería una asamblea popular, elegida por la flor de una nación, ser precipitada? Si es precipitada, ¿qué senado podría detener a una asamblea así elegida? No, no, no; la cosa se ha intentado una y otra vez; la idea de restringir al poderoso por el débil es un absurdo; la cuestión está resuelta. Si quisiéramos una nueva ilustración, solo necesitamos mirar al estado actual de nuestra propia Cámara de los Lores. No origina nada; de hecho, se ha anunciado como un mero *Court of Registration* (Tribunal de Registro) de los decretos de su Cámara de los Comunes; y si por casualidad se aventura a alterar algún miserable detalle en una cláusula de un proyecto de ley que despierta el interés público, ¡qué alboroto en todo el país, en los banquetes Conservadores organizados por los abogados rurales, sobre el poder, la autoridad y la independencia de la Cámara de los Lores! No, señor, se pueden hacer aristocracias mediante leyes; solo se pueden mantener mediante las costumbres. Las costumbres de Inglaterra la preservan de sus leyes. Y han sustituido por nuestra aristocracia formal una aristocracia esencial; el gobierno de aquellos que son distinguidos por sus conciudadanos.

—Pero entonces parecería —dijo Coningsby— que la acción remedial de nuestras costumbres ha eliminado todos los males políticos y sociales de los

que se queja.

—Han creado un poder que puede eliminarlos; un poder que tiene la capacidad de eliminarlos. Pero en gran medida todavía existen, y deben existir aún, temo, durante mucho tiempo. El crecimiento de nuestra civilización siempre ha sido tan lento como nuestros robles; pero este desarrollo tardío es preferible a la expansión temporal de la calabaza.

—El futuro a veces me parece una nube oscura.

—No a mí —dijo el señor Millbank—. Soy optimista; soy el Discípulo del Progreso. Pero tengo razones para mi fe. He sido testigo del avance. Mi padre me ha contado a menudo que en sus primeros días el desagrado de un noble inglés era como una sentencia de muerte para un hombre. Por qué se consideraba una gran concesión a la opinión pública, ya entrado el reinado de Jorge II, que Lord Ferrars fuera ejecutado por asesinato. El rey de una nueva dinastía, que deseaba ser popular entre el pueblo, insistió en ello, e incluso entonces fue ahorcado con una cuerda de seda. ¡Al menos ahora podemos defendernos! —continuó el señor Millbank—, y quizás hacer algo más. Desafío a cualquier noble a que me aplaste, aunque hay uno que estaría encantado de hacerlo. No más de eso; estoy muy feliz de verle en Millbank, muy feliz de hacer su amistad —continuó, con cierta emoción—, y no solo porque es amigo de mi hijo y más que amigo.

Las paredes del comedor estaban cubiertas de cuadros de gran mérito, todos de la moderna escuela inglesa. El señor Millbank no entendía otra, solía decir, y descubrió que muchos de sus amigos que sí la entendían, compraban muchos cuadros agradables que eran copias, y muchos originales que eran muy desagradables. Le encantaba un bello y libre paisaje de Lee, que le daba las amplias llanuras, los verdes caminos y los arroyos de su propia tierra; un grupo de animales de Landseer, tan llenos de habla y sentimiento como si estuvieran diseñados por Esopo; sobre todo, se deleitaba en el humor doméstico y el patetismo hogareño de Wilkie. Y si un tono más alto de imaginación le complacía, podía satisfacerlo sin dificultad entre sus maestros favoritos. Poseía algunos ejemplares de Etty dignos de Venecia cuando estaba viva; podía meditar entre las ruinas crepusculares de antiguas ciudades levantadas por el mágico pincel de Danby, o acompañar a un grupo de hermosas napolitanas a un festival con la genial ayuda de Uwins.

Frente a Coningsby había un retrato que había atraído mucho su atención durante toda la cena. Representaba a una mujer, joven y de una belleza poco común. El vestuario era de ese carácter clásico prevalente en este país antes de la paz general; una cinta azul sujetaba, como una cinta para el cabello, sus rizos castaños en racimo. El rostro miraba desde el lienzo, y Coningsby nunca

levantaba los ojos sin captar su mirada de mezcla de vivacidad y ternura.

Hay momentos en que nuestra sensibilidad se ve afectada por circunstancias de carácter trivial. Parece una emoción fantástica, pero la mirada de este cuadro perturbó la serenidad de Coningsby. A veces trataba de evitar mirarlo, pero lo atraía irresistiblemente. Más de una vez durante la cena anheló preguntar a quién representaba; pero es un tema delicado hacer preguntas sobre retratos, y se abstuvo. Sin embargo, cuando se levantó para salir de la habitación, el impulso fue irresistible. Le dijo al señor Millbank: *¿De quién es ese retrato, señor?*

El semblante de Millbank se perturbó; no era una expresión de tierno recuerdo lo que cayó sobre sus rasgos. Por el contrario, la expresión era agitada, casi enojada.

—¡Oh! es de un artista del lugar —dijo—, del que nunca has oído hablar, y se alejó.

Encontraron a la señorita Millbank en el salón; estaba sentada a una mesa redonda cubierta de materiales de trabajo, aparentemente vistiendo una muñeca.

—No —pensó Coningsby—, debe ser demasiado mayor para eso.

Se dirigió a ella y se sentó a su lado. Había varias muñecas sobre la mesa, pero descubrió, al examinarlas, que eran almohadillas; y obtuvo, con cierta dificultad, que se estaban haciendo para una feria benéfica que se iba a celebrar en ayuda de esa excelente institución, el *Manchester Athenaeum* (Ateneo de Manchester). Entonces el padre se acercó y dijo:

—Hija, vamos a tomar un té; y ella se levantó y se sentó a la mesa del té. Coningsby también abandonó su asiento y examinó el apartamento.

Había varios instrumentos musicales; entre ellos, observó una guitarra; no un instrumento como el que se compra en una tienda de música, sino uno como los que suenan en Sevilla, una auténtica guitarra española. Coningsby se dirigió a la mesa del té.

—Me alegra que le guste la música, señorita Millbank.

Un sonrojo y una inclinación.

—Espero que después del té tenga la amabilidad de tocar la guitarra.

Señales de gran angustia.

—¿Ha estado alguna vez en Birmingham?

—Sí: un suspiro.

—¡Qué magnífico auditorio! Deberían construir uno en Manchester.

—Deberían —en un susurro.

La bandeja del té fue retirada; Coningsby conversaba con el señor Millbank, que le hacía preguntas sobre su hijo; qué opinaba de Oxford; qué opinaba de Oriel; él mismo habría preferido Cambridge; pero había consultado a un amigo, un hombre de Oriel, que tenía una gran opinión de Oriel; y el nombre de Oswald había sido inscrito algunos años antes. Ahora lo lamentaba un poco; pero la cosa estaba hecha. Coningsby, recordando la promesa de la guitarra, se volvió para reclamar su cumplimiento, pero la cantante había escapado. Pasó el tiempo, y la señorita Millbank no reapareció. Coningsby miró su reloj; tenía que recorrer tres millas hasta el tren, que salía, como su amigo de la noche anterior diría, a las 9.45.

—Sería feliz si se quedara con nosotros —dijo el señor Millbank—; pero como dice que no es posible, en esta era de viajes puntuales, un anfitrión está obligado a despedir al huésped que parte. El coche está listo para usted.

—Entonces, adiós, señor. Debe hacer mis despedidas a la señorita Millbank, y aceptar mis agradecimientos por su gran amabilidad.

—Adiós, señor Coningsby —dijo su anfitrión, tomando su mano, que retuvo por un momento, como si quisiera decir más. Luego soltándola, repitió con un aire algo errante y con voz emocionada—: Adiós, adiós, señor Coningsby.

CAPÍTULO V

Hacia el final de la sesión de 1836, las esperanzas del partido Conservador estaban nuevamente en ascenso. Los Tadpoles y los Tapers habían infundido tanto entusiasmo en todos los abogados rurales, que a su vez habían complicado tanto el registro electoral, que se susurraba con la máxima confianza, pero como una verdad flagrante, que la *Reaction* (Reacción) era por fin *a great fact* (un gran hecho). Todo lo que se necesitaba era la oportunidad; pero como el parlamento existente no tenía dos años y el gobierno tenía una excelente mayoría de trabajo, parecía que la ocasión apenas podía darse. Bajo estas circunstancias, los políticos de la trastienda, no contentos con haber dañado ya seriamente la carrera de su líder con sus movimientos prematuros, a quien en público pretendían adorar, comenzaron a tejer de nuevo sus viejas intrigas en la corte, y no sin efecto.

Se decía que el oído real se prestaba sin marcada repugnancia a sugerencias que podían librar al soberano de ministros que, después de todo, eran los ministros no de su elección, sino de su necesidad. Pero Guillermo IV, después de dos fracasos en un intento similar, después de sus respectivas y embarazosas entrevistas con Lord Grey y Lord Melbourne, a su regreso al cargo en 1832 y 1835, estaba resuelto a no hacer otro movimiento a menos que fuera un *checkmate* (jaque mate). El rey, por lo tanto, escuchaba y sonreía, y le encantaba hablar con sus favoritos de sus sentimientos privados y esperanzas secretas; los primeros ultrajados, las segundas atesoradas; y un poco de estas revelaciones de la realeza se destilaba a grandes personajes, que a su vez hablaban hipotéticamente a sus seguidores de disposiciones reales y posibles contingencias, mientras que los seguidores e intermediarios, a su vez, miraban más de lo que expresaban; tomaban a los miembros del condado por el botón en un rincón, y aconsejaban, como amigos, a los representantes de los distritos que vigilaran atentamente el próximo registro electoral.

Lord Monmouth, que nunca era más grande que en la adversidad, y cuya emoción favorita era apuntar a lo imposible, nunca había estado más resuelto a obtener un *Dukedom* (Ducado) que cuando el *Reform Act* (Acta de Reforma) lo privó de los doce votos que había acumulado para lograr ese objetivo. Mientras todos sus compañeros en el descalabro lamentaban su irremediable derrocamiento, Lord Monmouth se convirtió casi en un converso a la medida, que había proporcionado a su mente audaz e ingeniosa, hastiada de la prosperidad y saciada con una vida de éxito, un objetivo y el estimulante disfrute de una dificultad.

Había resuelto temprano apropiarse de una división del condado en el que se encontraba su residencia principal; pero lo que más le interesaba, porque era más difícil, era la adquisición de uno de los nuevos *distritos* que estaba en sus cercanías, y en el que poseía una propiedad considerable. El *borough*, sin embargo, era una ciudad manufacturera, y devolviendo solo un miembro, hasta ahora había enviado a Westminster a un tendero radical, un tal señor Jawster Sharp, que había tomado lo que se llama *a leading part* (un papel principal) en la ciudad en cada *crisis* que había ocurrido desde 1830; uno de esos celosos patriotas que habían organizado suscripciones de un penique para copas de oro para Lord Grey; *cries* por el proyecto de ley, el proyecto de ley entero, y nada más que el proyecto de ley; y cenas públicas donde la comida era devorada antes de que se dijera la gracia; un digno que hace discursos, aprueba resoluciones, vota discursos, sube con delegaciones, tiene en todo momento la cantidad necesaria de confianza en el individuo necesario; confianza en Lord Grey; confianza en Lord Durham; confianza en Lord Melbourne: y también puede, si es necesario, dar tres vítores por el Rey, o tres gemidos por la Reina.

Pero los días del género Jawster Sharp habían terminado en este *borough* como en muchos otros. Se las había arreglado en su lustre de agitación para empollar su nido bastante exitosamente; con lo que había perdido la confianza pública y ganado su fin privado. Tres hambrientos Jawster Sharps, sus hijos prometedores, se habían convertido en comisionados de una cosa u otra; nombramientos temporales con deberes interminables; un yerno de baja iglesia se encontró cómodamente sentado en la parroquia de un canciller; y varios primos y sobrinos estaban ocupados en el *Excise* (Impuestos Especiales). Pero el propio Jawster Sharp era tan puro como Catón. Siempre había dicho que nunca tocaría el dinero público, y había cumplido su palabra. Era un hecho entendido que Jawster Sharp nunca volvería a mostrar su cara en la plataforma electoral de Darlford; el partido Liberal estaba decidido a ser representado en el futuro por un hombre de posición, sustancia, carácter, un verdadero Reformador, pero que no quisiera nada para sí mismo, y por lo tanto podría, si fuera necesario, conseguir algo para ellos. Estaban buscando a un hombre así, pero no tenían prisa. El escaño se consideraba una buena cosa; una contienda ciertamente, cada lugar es disputado ahora, pero ciertamente una gran mayoría. A pesar de toda esta confianza, sin embargo, la *Reaction* o el *Registration* (Registro Electoral), o alguna otra mistificación, había producido efectos incluso en esta criatura del *Reform Bill*, el buen *Borough* de Darlford. El *borough* que por gratitud a Lord Grey devolvió a un tendero *jobbing* (oportunista) dos veces al Parlamento como su representante sin contienda, tenía ahora una *Conservative Association* (Asociación Conservadora), con un banquero como presidente, y un cervecero como vicepresidente, y cuatro abogados astutos mordiendo sus plumas, anotando sus cuadernos de memorándums, y asegurando a sus vecinos, con un aire consolador y complaciente, que La propiedad debe imponerse a la larga. También se oían susurros de que, cuando llegara el momento apropiado, un candidato Conservador tendría ciertamente el honor de dirigirse a los electores. No se mencionaba ningún nombre, pero no se ocultaba que sería de un calibre no ordinario; un hombre probado, un individuo distinguido, que ya había luchado la batalla de la constitución y servido a su país en puestos eminentes; honrado por la nación, favorecido por su soberano. Estas importantes y alentadoras intimaciones fueron hábilmente difundidas en las columnas del periódico Conservador, y en un estilo que, por su alto tono, indicaba evidentemente ninguna fuente ordinaria y ninguna pluma común. En verdad, aparecían ocasionalmente en este periódico, artículos escritos con un vigor tan inusual, que los propietarios del periódico Liberal casi sintieron la necesidad de traer alguna mano eminente de la ciudad para competir con ellos. Era imposible que emanaran del Editor rival. Conocían bien la longitud de la cuerda de su hermano. Si hubieran estado más versados en la literatura periódica de la época, podrían haber vislumbrado en este estilo demoledor quizás al futuro candidato para su

distrito, el Muy Honorable Nicholas Rigby.

Lord Monmouth, aunque había estado ausente de Inglaterra desde 1832, había obtenido de su vigilante corresponsal un conocimiento actual de todo lo que había ocurrido en el intervalo: todas las esperanzas, temores, planes, perspectivas, maniobras y maquinaciones; su auge y caída; cómo algunos habían florecido, otros se habían marchitado; ni una sombra de reacción que no se le presentara; ni la posibilidad de una adhesión que no se le informara debidamente; podía calcular en Nápoles en cualquier momento, dentro de diez, el resultado de una disolución. La época del año le había impedido cruzar los Alpes en 1834, y después de la elección general era un practicante demasiado astuto en el mundo político para ser engañado en cuanto al resultado final. Lord Eskdale, en cuyo juicio tenía más confianza que en el de cualquier individuo, le había dicho desde el principio que la pera no estaba madura; Rigby, que siempre se cubría contra su interés con el cumplimiento de su profecía de descalabro irremediable, nunca fue muy optimista. En verdad, todo el asunto siempre fue considerado prematuro por los buenos jueces; y pasó mucho tiempo antes de que Tadpole y Taper recuperaran su influencia secreta, o reanudaran su ostentosa locuacidad, o su silencio insolente.

La pera, sin embargo, ya estaba madura. Incluso Lord Eskdale escribió que después del próximo registro electoral una apuesta era segura, y Lord Monmouth tuvo la satisfacción de ganarle al Ministro Whig en Nápoles unas frescas mil libras sobre el evento. Poco después regresó a Inglaterra y decidió visitar el Castillo de Coningsby, festejar el condado, patrocinar el *borough*, difundir esa confianza en el partido que su presencia nunca dejaba de hacer; tan grande y tan justa era la confianza en sus infalibles poderes de cálculo y su intrépido coraje. A pesar del Anexo A, el prestigio de su poder no había disminuido sensiblemente, pues sus recursos esenciales eran vastos, y su intelecto siempre sacaba el máximo partido de su influencia.

Cierto, sin embargo, a su organización, Lord Monmouth, incluso para salvar a su partido y ganar su ducado, no debía aburrirse. Por lo tanto, llenó su castillo con la gente más agradable de Londres, e incluso aseguró para su diversión una pequeña tropa de comediantes franceses. Así apoyado, recibió a sus vecinos con todo el esplendor propio de su inmensa riqueza y gran posición, y con un encanto que ni la inmensa riqueza ni la gran posición pueden mandar, la manera más perfecta del mundo. En verdad, Lord Monmouth era uno de los caballeros más consumados que jamás hayan vivido; y como era bonachón, y para un hombre egoísta incluso de buen humor, rara vez había una nube de capricho o mal humor que impidiera que sus finos modales tuvieran su lugar. Los vecinos del campo estaban todos fascinados; eran recibidos con tanta dignidad y despedidos con tanta gracia.

Nadie creía ni una palabra de las historias en su contra. Si hubiera vivido toda su vida en Coningsby, cumplido con cada deber de un gran noble inglés, beneficiado al condado, cargado a los habitantes de favores, no habría sido ni la mitad de popular de lo que se encontró dentro de una quincena de su llegada con la peor reputación de condado concebible, y cada pequeño escudero jurando que ni siquiera dejaría su nombre en el Castillo para mostrar su respeto.

Lord Monmouth, cuyo desprecio por la humanidad era absoluto; no un sentimiento fluctuante, no una convicción triste, que fluye y refluye con las circunstancias, sino un instinto fijo, profundo, inalterable; que nunca amó a nadie, y nunca odió a nadie excepto a sus propios hijos; se divertía con su popularidad, pero también estaba complacido por ella. En ese momento era un gran elemento de poder; estaba orgulloso de que, con un carácter vicioso, después de haber tratado a estas personas con un descuido y una afrenta sin precedentes, hubiera recuperado sus doradas opiniones en un momento por la magia de la manera y el esplendor de la riqueza. Su experiencia demostraba la solidez de su filosofía.

Lord Monmouth adoraba el oro, aunque, si era necesario, podía derrocharlo como un califa. Incluso tenía respeto por los hombres muy ricos; era su única debilidad, la única excepción a su general desprecio por su especie. El ingenio, el poder, las amistades particulares, la popularidad general, la opinión pública, la belleza, el genio, la virtud, todo esto se puede comprar; pero no se sigue que puedas comprar a un hombre rico: puede que no puedas o no quieras ahorrar lo suficiente. Una persona o una cosa que quizás no podrías comprar, se investía, ante los ojos de Lord Monmouth, con una especie de halo que rayaba en la santidad.

A medida que la presa subía al cebo, Lord Monmouth resolvió que debía ser atiborrada. Sus banquetes se duplicaron; se anunció un baile; se fijó un día público; no solo el condado, sino los principales habitantes del vecino *borough* fueron animados a asistir; Lord Monmouth lo deseaba, si era posible, sin distinción de partido. Había venido a residir entre sus viejos amigos, a vivir y morir donde había nacido. El Presidente de la Asociación Conservadora y el Vicepresidente intercambiaron miradas que habrían sentado bien a Tadpole y Taper; los cuatro abogados mordieron sus plumas con renovada energía, y juraron que nada podría resistir la influencia de la aristocracia *in the long run* (a la larga). Todos fueron a cenar al Castillo; todos regresaron a casa abrumados por la condescendencia del anfitrión, la belleza de las damas, varias Princesas reales, el esplendor de sus libreas, la variedad de sus viandas y el sabor de sus vinos. Se acordó que en las futuras reuniones de la Asociación Conservadora, siempre darían *Lord Monmouth and the House of Lords!* (¡Lord Monmouth y la Cámara de los Lores!), sustituyendo al Duque

de Wellington, que debía figurar en un brindis posterior con la Batalla de Waterloo.

No fue sin emoción que Coningsby contempló por primera vez el castillo que llevaba su nombre. Era visible durante varias millas antes de que siquiera entrara en el parque, tan orgullosa y prominente era su posición, en la empinada y ricamente arbolada ladera de una considerable eminencia. Era un edificio con castillos, inmenso y magnífico, en un estilo de arquitectura defectuoso e incongruente, en verdad, pero que compensaba en cierto grado estas deficiencias de gusto y belleza externos por el esplendor y la comodidad de su exterior, y que un castillo gótico, levantado según las estrictas reglas del arte, apenas podría haber proporcionado. El sol poniente arrojaba sobre el edificio un rico color cuando Coningsby se acercaba, e iluminaba con tintes fugaces y fantásticos el delicado follaje de los raros arbustos y los altos y delgados árboles que cubrían la cuesta en la que se alzaba. Nuestro joven amigo se sintió un poco avergonzado cuando, sin un sirviente y en un coche de alquiler, se detuvo ante el gran portal, y una multitud de dependientes salió a recibirlo. Un sirviente superior preguntó su nombre con una compostura altiva que desdeñaba ser desdeñosa. No fue sin cierto grado de orgullo y satisfacción que el invitado respondió: *Señor Coningsby*. El efecto instantáneo fue mágico. A Coningsby le pareció que lo llevaban sobre los hombros de la gente a su apartamento; cada uno trataba de llevar alguna parte de su equipaje; y solo esperaba que su bienvenida por parte de sus superiores fuera igualmente cordial.

CAPÍTULO VI

A Coningsby, camino de su habitación, le pareció que el Castillo estaba en un estado de gran excitación; por todas partes bullicio, preparativos, movimiento de un lado a otro, subidas y bajadas de escaleras, sirvientes en cada rincón; órdenes dadas sin límites, rápidamente obedecidas; muchos deseos, igual gratificación. Todo esto lo puso bastante nervioso. Era muy diferente de Beaumanoir. Ese también era un palacio, pero era un hogar. Este, aunque debía serlo para él, parecía no tener nada de ese carácter. De todos los misterios, los misterios sociales son los más aterradores. Ir a una reunión por primera vez es más alarmante que la primera batalla. Coningsby nunca antes había estado en una gran casa llena de gente. Parecía un asunto abrumador. La vista de los sirvientes lo desconcertaba; ¿cómo iba entonces a enfrentarse a sus amos?

Eso, sin embargo, debía hacerlo en un momento. Un ayuda de cámara le indica el camino, mientras avanza con paso vacilante y apresurado a través de varias antesalas y salones; luego las puertas se abren de repente, y es conducido al salón más grande y suntuoso que jamás había entrado. Estaba

lleno de damas y caballeros. Coningsby, por primera vez en su vida, estaba en una gran fiesta. Su emoción inmediata fue hundirse en la tierra; pero al percibir que nadie siquiera lo notaba, y que ni un ojo se había fijado en su entrada, recuperó el aliento y en cierto grado su compostura, y se apartó, tratando de hacerse, lo mejor que podía, dueño del terreno.

¡Ni un solo ser humano que hubiera visto antes! La circunstancia de no ser notado, que unos minutos antes había sentido como un alivio, se convirtió ahora en una causa de molestia. Parecía que era la única persona que estaba sola a la que nadie se dirigía. Sintió una vergüenza renovada y agravada, y se imaginó, quizás era consciente, que se estaba sonrojando. Por fin su oído captó la voz del señor Rigby. El orador no era visible; estaba a distancia rodeado por un grupo asombrado, al que contradecía individual y colectivamente, pero Coningsby no podía equivocarse con esos tonos ásperos y arrogantes. No le disgustaba, en verdad, que el señor Rigby no lo observara. Coningsby nunca lo amó particularmente, lo que era bastante ingrato, pues era una persona que había sido amable y, en general, servicial con él; pero Coningsby se retorcía, especialmente a medida que crecía, bajo el aire paternal y el tono patronizante del señor Rigby. Incluso en los viejos días, aunque atento, Coningsby nunca lo había encontrado cariñoso. El señor Rigby le decía qué hacer y qué ver, pero nunca le preguntaba qué deseaba hacer y ver. A Coningsby le parecía que siempre se arreglaba para que él apareciera como el *protégé*, o pariente pobre, de un dependiente de su familia. Estos sentimientos, que el pensamiento del señor Rigby había revivido, hicieron que nuestro joven amigo, por una inevitable asociación de ideas, recordara que, por desconocido y desapercibido que pudiera ser, era el único Coningsby en ese orgulloso Castillo, excepto el Señor del Castillo mismo; y comenzó a avergonzarse un poco de permitir que un sentido de su inexperiencia en las meras formas y modas de la sociedad lo oprimiera tanto y lo privara, por así decirlo, del espíritu y porte que convenían a su carácter y a su posición. Animado y grandemente restaurado en sí mismo, Coningsby avanzó hacia el cuerpo del salón.

De pie, luciendo su cinta azul e inclinando la cabeza con frecuencia hacia una dama que estaba sentada en un sofá y le dirigía continuamente la palabra, Coningsby reconoció a su abuelo. Lord Monmouth estaba algo más calvo que cuatro años atrás, cuando había venido a *Montem*, y quizás un poco más corpulento; pero por lo demás sin cambios. Lord Monmouth nunca se rebajaba a los artificios del aseo personal y, en verdad, a pesar de su vida de excesos, poco los necesitaba. La naturaleza había hecho mucho por él, y el lento progreso de la decadencia era disimulado por su consumada presencia. Parecía, en verdad, el jefe de una casa de la que un cadete podría estar orgulloso.

Para Coningsby, no solo el jefe de su casa, sino también su anfitrión. En cualquiera de las dos capacidades, debía dirigirse a Lord Monmouth. Sentarse a cenar sin haber presentado previamente sus respetos a su abuelo, a quien tanto debía, y a quien no había visto durante tantos años, le parecía no solo poco cortés, sino también poco amable e ingrato, y, en verdad, en el más alto grado absurdo. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Lord Monmouth parecía profundamente ocupado, y aparentemente con alguna gran dama. Y si Coningsby avanzaba y se inclinaba, en toda probabilidad solo obtendría una inclinación a cambio. Recordaba la inclinación de su primera entrevista. Había dejado una impresión duradera en su mente. Pues era más que probable que Lord Monmouth no lo reconociera. Cuatro años no habían alterado sensiblemente a Lord Monmouth, pero cuatro años habían cambiado a Harry Coningsby de un colegial a un hombre. Entonces, ¿cómo iba a darse a conocer a su abuelo? Anunciarse como Coningsby, como el nieto de Su Señoría, parecía algo ridículo; dirigirse a su abuelo como Lord Monmouth no serviría de nada; llamar *abuelo* a Lord Monmouth haría reír a todos, y parecería rígido y antinatural. ¿Qué iba a hacer? ¿Adoptar una actitud y exclamar: *¡Contempla a tu nieto!* o *¿Has olvidado a tu Harry?*

Incluso captar la mirada de Lord Monmouth no era tarea fácil; estaba muy ocupado por un lado con la gran dama, por el otro había varios caballeros que se unían ocasionalmente a la conversación. Pero algo debía hacerse.

Había en el carácter de Coningsby, como hemos mencionado antes, una vena de sencillez que no era su menor encanto. Resultaba, sin duda, en gran medida de la seriedad de su naturaleza. Nunca hubo un muchacho tan totalmente desprovisto de afectación, lo que era notable, porque tenía una imaginación brillante, una cualidad que, por sus fantasías y los deseos vagos e indefinidos que engendra, generalmente hace que aquellos cuyos caracteres no están formados sean afectados. La Duquesa, que era una fina juez de carácter, y que apreciaba mucho a Coningsby, a menudo mencionaba este rasgo como uno que, combinado con sus grandes habilidades y conocimientos tan inusuales para su edad, lo hacía muy interesante. En la presente ocasión ocurrió que, mientras Coningsby observaba a su abuelo, vio a un caballero avanzar, hacer una reverencia, decir y recibir unas palabras y retirarse. Este pequeño incidente, sin embargo, provocó una momentánea diversión en el círculo inmediato de Lord Monmouth, y antes de que todos pudieran reanudar su conversación anterior y volver a sus posiciones previas, un impulso envió a Coningsby, que se acercó a Lord Monmouth y, parándose ante él, dijo:

—¿Cómo está, abuelo?

Lord Monmouth contempló a su nieto. Su mirada comprensiva y penetrante

lo abarcó todo con un destello. Ante él se encontraba uno de los jóvenes más apuestos que jamás había visto, con un porte tan grácil como su rostro era cautivador; y todo su aire respirando esa frescura e ingenuidad que nadie aprecia tanto como el curtido hombre del mundo. Y ese era su hijo; el único de su sangre al que había sido amable. Sería una exageración decir que el corazón de Lord Monmouth se conmovió; pero su bonhomía efervesció, y su fino gusto quedó profundamente complacido. Percibió en un instante que tal relación podría ser un valioso partidario; un candidato irresistible para futuras elecciones; una herramienta brillante para lograr el Ducado. Todas estas impresiones e ideas, y muchas más, pasaron por el rápido cerebro de Lord Monmouth antes de que el sonido de las palabras de Coningsby pareciera haber cesado, y mucho antes de que los invitados circundantes se hubieran recuperado de la sorpresa que les habían ocasionado, y que no disminuyó cuando Lord Monmouth, avanzando, puso sus brazos alrededor de Coningsby con una dignidad de afecto que habría sentado bien a Luis XIV, y luego, en la alta manera de la vieja Corte, lo besó en cada mejilla.

—Bienvenido a tu hogar —dijo Lord Monmouth—. Has crecido mucho.

Luego Lord Monmouth llevó al agitado Coningsby a la gran dama, que era una Princesa y una Embajadora, y luego, colocando su brazo con gracia en el de su nieto, lo llevó a través de la habitación y lo presentó en debida forma a una sangre real que era su invitada, en la forma de un Gran Duque ruso. Su Alteza Imperial recibió a nuestro héroe tan graciosamente como el nieto de Lord Monmouth podía esperar; pero ningún saludo puede imaginarse más cálido que el que recibió de la dama con la que el Gran Duque estaba conversando. Era una dama cuya belleza era madura, pero aún radiante. Su figura era soberbia; su cabello oscuro coronado con una tiara de curiosa artesanía. Su brazo redondeado estaba cubierto de costosas pulseras, pero ni una joya en su bien formado busto, y el menor rubor posible en su aún ovalada mejilla. Madame Colonna conservaba sus encantos.

La fiesta, aunque tan considerable, consistía principalmente en los invitados del Castillo. El séquito del Gran Duque incluía varios condes y generales; luego estaban el Embajador ruso y su señora; y un Príncipe y Princesa rusos, sus parientes. El Príncipe y la Princesa Colonna y la Princesa Lucretia también estaban de visita con el Marqués; y la frecuencia de estas visitas hizo que algunos *magnificoes* (magnates) de moral estricta declararan misteriosamente que era imposible ir a Coningsby; pero como no se les invitaba, no importaba mucho. El Marqués conocía a muchas personas muy agradables de la más alta *ton* (distinción social), que tenían una visión más liberal de la conducta humana, y siempre se regían por presumir los mejores motivos en lugar de imputar los peores. Estaba Lady St. Julians, por ejemplo, cuya posición era de lo más alta; nadie era más buscada; ella se regía por ir a

todas partes y visitar a todos, siempre que tuvieran poder, riqueza y moda. No conocía más crimen que una mujer que no viviera con su marido; eso era imperdonable. Mientras su presencia sancionara su conducta, por desvergonzada que fuera, no importaba; pero si el marido era un bruto, descuidaba a su esposa primero, y luego la abandonaba; entonces, si un soplo mancillaba su nombre, debía ser aplastada; a menos, en verdad, que su propia familia fuera muy poderosa, lo que marca una diferencia, y a veces suaviza la inmoralidad en indiscreción.

Lord y Lady Gaverstock también estaban allí, que nunca decían una cosa desagradable de nadie; su señoría era pura como la nieve; pero como su madre había sido divorciada, siempre pensó que estaba rindiendo una especie de homenaje a su progenitora, visitando a aquellos que algún día podrían estar en la misma situación. Había otros señores y damas de alto rango; y algunos que, aunque no eran ni señores ni damas, eran personas encantadoras, que era lo que más le importaba a Lord Monmouth; tropas de elegantes caballeros que iban y venían; y algunos que no eran ni elegantes ni caballeros, pero que eran muy divertidos o muy serviciales, según lo requerían las circunstancias, y hacían la vida fácil y agradable para los demás y para ellos mismos.

Una nueva escena para Coningsby, que observaba con interés todo lo que pasaba ante él. Se anunció la cena; un brazo cariñoso lo guía en un momento de cierta perplejidad.

—¿Cuándo llegaste, Harry? Nos sentaremos juntos. ¿Cómo está la Duquesa? —preguntó el señor Rigby, que hablaba como si viera a Coningsby por primera vez; pero que, en verdad, con ese ojo al que nada se le escapaba, había observado su recepción por su abuelo, la había notado bien y la había digerido interiormente.

CAPÍTULO VII

Iba a haber una primera aparición en el escenario del teatro de Lord Monmouth esa noche, cuya expectativa creó un interés considerable en la fiesta, y fue uno de los principales temas de conversación en la cena. Villebecque, el director de la compañía, se había casado con la actriz Stella, una vez célebre por su genio y su belleza; una mujer que no tenía ninguno de los vicios de su oficio, pues, aunque era un ángel caído, había lo que sus compatriotas llaman circunstancias atenuantes en su declive. Con todo el mundo a sus pies, había permanecido impoluta. La riqueza y sus placeres no podían tentarla, aunque no pudo negar su corazón a alguien a quien consideraba digno de poseerlo. Encontró su destino en un inglés, que fue el padre de su única hija, una niña. Pensó que había encontrado en él a un

héroe, un semidiós, un ser de profunda pasión y mente original y creativa; pero él era solo un voluptuoso, lleno de violencia en lugar de sentimiento, y excéntrico, porque tenía grandes medios con los que podía satisfacer antojos extravagantes. Stella descubrió que había cometido el gran error irreparable. Había cambiado devoción por una fantasía apasionada y evanescente, provocada al principio por la vanidad, y disipándose a diario bajo la influencia de la costumbre y los nuevos objetos. Aunque no era inmaculada en su conducta, Stella era pura en espíritu. Requería esa devoción que había entregado; y se separó del ser al que había hecho el más precioso sacrificio. Él le ofreció la consoladora compensación de un acuerdo, que ella rechazó; y regresó con el espíritu roto a esa profesión de la que aún era el ornamento y el orgullo.

El principio animador de su carrera era su hija, a quien educó con una solicitud que la más virtuosa madre no podría superar. Preservarla del escenario y asegurarle una independencia eran los objetivos de la vida de su madre; pero la naturaleza le susurró que los días de esa vida ya estaban contados. Los esfuerzos de su profesión habían desarrollado alarmantemente una tendencia inherente a la enfermedad pulmonar. Ansiosa de que su hijo no quedara sin algún protector, Stella cedió a las repetidas solicitudes de alguien que desde el principio había sido su admirador silencioso, y se casó con Villebecque, un actor inteligente y un hombre emprendedor que aspiraba a ser algo más. Su unión no fue de larga duración, aunque fue feliz por parte de Villebecque, y serena por parte de su esposa. Stella fue llamada de este mundo, donde había conocido mucho triunfo y más sufrimiento; y donde había ejercido muchas virtudes que, en otros lugares, aunque no aquí, pueden quizás ser aceptadas como alguna paliación de un gran error.

Villebecque se comportó apropiadamente con la joven pupila que Stella le había legado. Era, como hemos insinuado, un hombre de empresa, un espíritu inquieto, no contento con moverse siempre en la esfera en la que había nacido. Las vicisitudes son la suerte de tales aspirantes. Villebecque se convirtió en director de un pequeño teatro e hizo dinero. Si Villebecque sin un céntimo había sido un intrigante, Villebecque con un pequeño capital era el mismísimo *Chevalier Law* (Caballero Law) de los directores de teatro. Tomó un teatro más grande, e incluso eso tuvo éxito. Pronto fue reconocido como el arrendatario de más de uno, y todavía prosperaba. Villebecque comenzó a incursionar en las casas de ópera. Se entronizó en París; se oyó hablar de sus enviados en Milán y Nápoles, en Berlín y San Petersburgo. Sus controversias con el *Conservatoire* (Conservatorio) de París se contaban entre los documentos del estado. Villebecque rodaba en carrozas y conducía cabriolés; Villebecque daba refinadas cenas a grandes nobles, que se sentían honrados por la invitación; Villebecque llevaba una cinta roja en el ojal de su chaqueta, y más de una cruz en su vestimenta de gala.

Todo este tiempo, la hija de Stella crecía en años y estatura, y debemos añadir en bondad: una muchacha dulce, de corazón blando, aún sin un carácter definido, pero que amaba la calma y parecía poco adecuada para el círculo en el que se encontraba. En ese círculo, sin embargo, siempre experimentó bondad y consideración. Ninguna empresa por arriesgada que fuera, ninguna gestión por complicada que fuera, ningún esquema por vasto que fuera, indujo jamás por un momento a Villebecque a olvidar a *La Petite* (La Pequeña). Si solo fuera por un instante sin aliento, apenas pasaba un día sin que la viera; era su compañera en todos sus rápidos movimientos, y estudiaba todas las comodidades y conveniencias que pudieran aliviar su delicado cuerpo en cierto grado de las molestias y el agotamiento del viaje. Estaba orgulloso de rodearla de lujo y refinamiento; de proporcionarle los más célebres maestros; de gratificar cada deseo que pudiera expresar.

Pero todo este tiempo, Villebecque estaba bailando en un volcán. La catástrofe que inevitablemente ocurre en la carrera de todos los grandes especuladores, y especialmente de los teatrales, le llegó a él. Enardecido por su prosperidad y confiado en su constante éxito, nada lo satisfacía sino el imperio universal. Había establecido su despotismo en París, sus dinastías en Nápoles y Milán; pero el Norte no estaba para él, y estaba decidido a apropiárselo. Berlín cayó ante una campaña exitosa, aunque costosa; pero San Petersburgo y Londres aún permanecían. Resuelto y temerario, nada disuadió a Villebecque. Una temporada, todas las casas de ópera de Europa obedecieron su orden, y al final de ella estaba arruinado. El *crash* (desplome) fue total, universal, abrumador; y en circunstancias ordinarias, una cama francesa y un brasero de carbón vegetal eran todo lo que le quedaba a Villebecque, que estaba a la altura de la ocasión. Pero el pensamiento de *La Petite* y el recuerdo de su promesa a Stella lo disuadieron de la acción. Revisó su posición con un espíritu digno de un filósofo práctico. ¿Estaba peor que antes de comenzar su carrera? Sí, porque era mayor; aunque para ser justos, tenía sus recuerdos compensatorios. Pero ¿era demasiado viejo para hacer algo? A los cuarenta y cinco años, el juego no estaba del todo perdido; y en un teatro grande, no demasiado iluminado, y con los artificios de un tocador dramático, podría aún ser capaz de reanudar con éxito esos personajes de petimetres y *muscadins* (elegantes), en los que una vez fue tan célebre. El lujo quizás había ensanchado demasiado su cintura, pero la dieta y los ensayos lo arreglarían todo.

Villebecque, en su adversidad, le dijo a *La Petite* que había llegado desafortunadamente el momento en que sería sabio para ella considerar los medios más efectivos para sacar provecho de sus talentos y logros. Él mismo sugirió el escenario, al que, por lo demás, sin duda había objeciones, porque su ocupación en cualquier otra actividad necesariamente los separaría; pero les expuso imparcialmente las ventajas y desventajas relativas de cada curso

que parecía abierto para ellos, y dejó el preferible a su propia decisión. *La Petite*, que había llorado mucho por las desgracias de Villebecque, y a menudo le había asegurado que solo se preocupaba por ellas por su causa, decidió dedicarse al escenario, únicamente porque aseguraría que no se separaran; y sin embargo, como a menudo le aseguraba, temía no tener predisposición para la carrera.

Villebecque no solo tenía que llenar sus propios papeles en el teatro donde había obtenido un compromiso, sino que también debía ser el instructor de su pupila. Era una vida de trabajo; una adición de labor y esfuerzo que apenas debería haberse añadido a la excitante actividad de la actuación y al aburrido ejercicio del ensayo; pero lo soportó todo sin una queja; con un autocontrol y una gentil perseverancia que el mejor temperamento del mundo difícilmente podría explicar; ciertamente no cuando recordamos que su poseedor, que tenía que hacer todos estos esfuerzos y soportar todo este trabajo tedioso, acababa de experimentar las más demoledoras vicisitudes de la fortuna, y había sido arrojado de la posesión del poder absoluto y de la ilimitada autogratificación.

Lord Eskdale, que siempre hacía cosas amables con los actores y actrices, tenía un gran aprecio por Villebecque, con quien a menudo había cenado. También había sido a menudo amable con *La Petite*. Lord Eskdale tenía un plan para poner a Villebecque, como él decía, *on his legs again* (de nuevo en pie). Era establecerlo con una Compañía Francesa en Londres en algún teatro bonito; Lord Eskdale tomaría un palco privado y haría que todos sus amigos hicieran lo mismo. Villebecque, que era tan optimista como de buen humor, estaba encantado con este amistoso plan. Inmediatamente creyó que recuperaría sus grandes fortunas tan rápidamente como las había perdido. Preveía en *La Petite* un genio tan distinguido como el de su madre, aunque aún no desarrollado, y era ilimitado en sus expresiones de gratitud a su patrón. Y en verdad, de todos los amigos, un amigo en la necesidad es el más delicioso. Lord Eskdale tenía el talento de ser un amigo en la necesidad. Quizás era porque conocía a tantas personas sin valor. Pero a menudo sucede que las personas sin valor son simplemente personas que no valen nada.

Lord Monmouth, habiendo escrito al señor Rigby sobre su intención de residir durante algunos meses en Coningsby, y habiendo mencionado que deseaba que se contratara una tropa de comediantes franceses para el verano, el señor Rigby consultó inmediatamente a Lord Eskdale sobre el tema, como la mejor autoridad actual. Pensando que esta era una buena oportunidad para dar un giro al pobre Villebecque, y que podría servir como una excelente introducción a su esquema de la compañía londinense, Lord Eskdale obtuvo el compromiso para él.

Villebecque y su pequeña tropa llevaban ya un mes en Coningsby, y hasta ahora habían actuado tres veces por semana. Lord Monmouth estaba contento; sus invitados muy complacidos; la compañía, en general, muy aprobada. Era, en verdad, considerando su número limitado, una compañía estupenda. Había una joven que hacía los papeles de anciana, nada podía ser más locuaz y venerable; y una señora de años maduros que interpretaba a las heroínas, alegre y grácil como mayo. El propio Villebecque era una celebridad en personajes de insolencia aérea y alegría despreocupada. Su hombre mayor, en verdad, era bastante duro, pero hábil; podía hacer cualquier cosa, ya sea en el drama serio o en la farsa baja. Su amante sentimental estaba demasiado empelucado y hablaba demasiado al público, una falta rara entre los franceses; pero este héroe tenía la vaga idea de que estaba destinado a huir con una princesa.

De esta manera, los asuntos habían continuado durante un mes; muy bien, pero no demasiado bien. El genio emprendedor de Villebecque, una vez más director, lo impulsó a la acción. Sintió un cosquilleo por anunciar una novedad. Imaginó que Lord Monmouth había bostezado una o dos veces cuando la heroína salía. Villebecque quería hacer un *coup* (golpe de efecto). Estaba claro que *La Petite* debía comenzar tarde o temprano. ¿Podría encontrar una audiencia más favorable, o una ocasión más adecuada, de las que ahora se le ofrecían? Cierto es que sentía una gran repugnancia a salir; pero ciertamente parecía más ventajoso para ella hacer su primera aparición en un teatro privado que en uno público; apoyada por todo el alentador patrocinio del Castillo de Coningsby, que estar sujeta a toda la crítica cínica de los palcos de St. James.

Estos puntos de vista y varias consideraciones fueron instados y representados por Villebecque a *La Petite*, con todas las facultades practicadas de plausibilidad de las que tanta experiencia como director lo había hecho dueño. *La Petite* parecía infinitamente angustiada, pero cedió, como siempre lo hacía. Y la noche de la llegada de Coningsby al Castillo presenciaría en su teatro privado la primera aparición de MADEMOISELLE FLORA.

CAPÍTULO VIII

Los invitados se reunieron de nuevo en el gran salón antes de dirigirse al teatro. Una dama del brazo del Príncipe ruso le concedió a Coningsby una inclinación altiva, pero no desagradable; que él devolvió, inconsciente de la persona a la que se inclinaba. Era, sin embargo, una persona llamativa; no hermosa, su rostro, en verdad, a primera vista era casi repulsivo, sin embargo siempre atraía una segunda mirada. Un notable palidez la distinguía; sus rasgos no tenían ni regularidad ni expresión; tampoco sus ojos eran finos; pero su frente le impresionaba con una idea de poder de un carácter o

capacidad no ordinarios. Su figura era tan fina y dominante como su rostro carecía de encanto. Juno, en plena flor de su inmortalidad, no podría haber presentado nada más majestuoso. Coningsby la observó mientras se deslizaba como un irresistible Destino.

Los sirvientes ahora daban la vuelta y presentaban a cada invitado un billete de la función. Anunciaba en caracteres llamativos el *début* de Mademoiselle Flora. Un sirviente principal, portando luces de candelabros, se adelantó y se inclinó ante el Marqués. Lord Monmouth fue inmediatamente al Gran Duque y notificó a Su Alteza Imperial que la comedia estaba lista. El Gran Duque ofreció su brazo a la Embajadora; el resto lo seguía; llamaron a Coningsby; Madame Colonna deseaba que él fuera su galán.

Era un teatro bonito; había sido rápidamente limpiado y renovado aquí y allá; la pintura apenas retocada; un poco de dorado en una cornisa. No había palcos, pero el piso, que ascendía gradualmente, estaba alfombrado y cubierto de sillones, y la parte trasera del teatro con una nueva y rica cortina de terciopelo verde.

Todos están sentados; un gran artista toca el violín, acompañado de otro gran artista al piano. Las luces suben; alguien cruza evidentemente el escenario detrás de la cortina. Están disponiendo la escena. En un momento, la cortina también se levantará.

—¿Has visto a Lucretia? —dijo la Princesa a Coningsby—. Está tan ansiosa por reanudar su amistad contigo.

Pero antes de que pudiera responder, sonó la campanilla y la cortina se levantó.

El anciano, que tenía una parte divertida esta noche, se adelantó y mantuvo una conversación con su ama de llaves; no estaba mal. La joven que interpretaba a la grave matrona lo hizo con gran acabado. Era una favorita, y siempre era aplaudida. Llegó la segunda escena; un salón amueblado con gusto; una mesa con flores, dispuestas con gracia; pájaros en jaulas, un perro faldero sobre un cojín; algunos libros. El público estaba complacido; especialmente las damas; les gusta reconocer signos de *bon ton* (buen tono) en los detalles de la escena. Una pausa bastante terrible, y entra Mademoiselle Flora. Fue recibida con una aprobación incluso vehemente. Su agitación es extrema; hace una reverencia y baja la cabeza, como para ocultar su rostro. El rostro era agradable y bastante bonito, suave y atractivo. Su figura esbelta y más bien grácil. Nada podía ser más perfecto que su vestuario; totalmente blanco, pero de una moda consumada; una sola rosa era su único adorno. Todos admitieron que su cabello estaba arreglado a la

perfección.

Por fin habló; su voz temblaba, pero tenía una buena elocución, aunque su órgano carecía de fuerza. Los caballeros se miraron y asintieron con aprobación. Había algo tan discreto en su porte que se convirtió instantáneamente en una favorita de las damas. La escena no fue larga, pero fue exitosa.

Flora no apareció en la siguiente escena. En la cuarta y última del acto, debía hacer una gran exhibición. Era una escena de amor, y de carácter bastante apasionado; Villebecque era su pretendiente. Entró primero en escena. Nunca había estado tan bien, ni había actuado con más espíritu. No le habrías dado veinticinco años; parecía rebosante de juventud. Su vestimenta, también, era admirable. Había estudiado a los más distinguidos de su audiencia para la ocasión, y los había superado a todos. El hecho es que había sido ayudado un poco por un gran conocedor, un célebre noble francés, el Conde D'O——y, que había sido uno de los invitados. La cosa era perfecta; y Lord Monmouth tomó una pizca de rapé y golpeó con aprobación en la parte superior de su caja.

Flora reapareció ahora, recibida con renovada aprobación. No parecía, sin embargo, que en el intervalo hubiera ganado valor; parecía agitada. Habló, continuó con su papel; se volvió apasionado. Debía hablar de sus sentimientos; contar los secretos de su corazón; confesar que amaba a otro; su emoción estaba exquisitamente interpretada, la ternura melancólica de sus tonos estremecedora. En toda la audiencia, hubo un silencio absoluto; todos estaban absortos en su admiración por la artista inigualable; todos sintieron que un nuevo genio había visitado el escenario; pero mientras estaban fascinados por la actriz, la mujer estaba en tortura. La emoción era la perturbación de su propia alma; la ternura melancólica de sus tonos estremecía desde el corazón: de repente juntó las manos con todo el agotamiento de la pena; una expresión de agonía cruzó su rostro; y estalló en lágrimas. Villebecque se precipitó hacia adelante y la llevó, más que la condujo, del escenario; la audiencia se miró unos a otros, algunos de ellos sospechando que este movimiento era parte de la escena.

—Tiene talento —dijo Lord Monmouth a la Embajadora rusa—, pero le falta práctica. Villebecque debería enviarla por un tiempo a las provincias.

Finalmente, M. Villebecque se adelantó para expresar su profundo pesar de que la repentina y grave indisposición de Mlle. Flora hiciera imposible para la compañía continuar con la pieza; pero que la cortina descendería para levantarse de nuevo para la segunda y última obra anunciada.

Todo esto tuvo lugar en consecuencia. La experimentada actriz que interpretaba a las heroínas ahora se adelantó y se divirtió muy jovialmente. El fracaso de Flora había dado un nuevo ánimo a su perpetua vivacidad. Parecía el alma misma de la alegría elegante. En la última escena apareció con atuendo masculino; y en aire, moda y juventud, dejó a Villebecque fuera del campo. Parecía más joven que Coningsby cuando subió a donde su abuelo.

La comedia había terminado, la cortina cayó; el público, muy divertido, parloteó una crítica brillante y abandonó el teatro para dirigirse al salón, donde esa noche serían divertidos con danzas rusas. Nadie pensó en la infeliz Flora; ni un solo mensaje para consolarla en su pena, para felicitarla por lo que había hecho, para animar su futuro. Y sin embargo, era una ocasión para una palabra amable; así lo pensó, al menos, uno de los espectadores, mientras se quedaba detrás de la multitud apresurada, absortos en sus próximas diversiones.

Coningsby se había sentado muy cerca del escenario; había observado, con gran ventaja y atención, el semblante y los movimientos de Flora desde el principio. Estaba plenamente convencido de que su aflicción era genuina y profunda. Había sentido sus ojos humedecerse cuando ella lloraba. Retrocedió ante la crueldad y la insensibilidad que, sin el más mínimo síntoma de simpatía, podían dejar a una joven que había estado trabajando para su diversión, y que estaba sufriendo por su prueba.

Subió al escenario, corrió detrás de las bambalinas y preguntó por Mlle. Flora. Le señalaron una puerta; pidió permiso para entrar. Flora estaba sentada a una mesa, con el rostro apoyado en las manos. Villebecque estaba allí, apoyado en el borde del alto guardafuegos, y aún con el atuendo con el que había actuado en la última obra.

—Me tomé la libertad —dijo Coningsby— de preguntar por Mlle. Flora; y luego, avanzando hacia ella, que había levantado la cabeza, añadió—: Estoy seguro de que mi abuelo debe sentirse muy en deuda con usted, Mademoiselle, por hacer tales esfuerzos cuando estaba sufriendo bajo tanta indisposición.

—Esto es muy amable de su parte, señor —dijo la joven, mirándolo con seriedad.

—Mademoiselle tiene demasiada sensibilidad —dijo Villebecque, haciendo una observación a modo de diversión.

—Y sin embargo, esa debe ser el alma de la buena actuación —dijo Coningsby—; espero con gran interés, todos esperamos con gran interés, la

próxima ocasión en que nos favorezca.

—¡Nunca! —dijo *La Petite*, en tono lastimero—; ¡oh, espero que nunca!

—Mademoiselle no es consciente en este momento —dijo Coningsby— de lo mucho que se aprecia su talento. Le aseguro, señor —añadió, volviéndose hacia Villebecque—, que solo escuché una opinión, una sola expresión de gratificación por su sentimiento y su fino gusto.

—El talento es hereditario —dijo Villebecque.

—En verdad tiene razón en decirlo —dijo Coningsby.

—Perdón; no estaba pensando en mí mismo. Mi hijo me recordó mucho a otra esta noche. Pero eso no es nada. Me alegro de que esté aquí, señor, para tranquilizar a Mademoiselle.

—Vine solo a felicitarla y a lamentar, por nuestro bien tanto como por el suyo, su indisposición.

—No es indisposición —dijo *La Petite*, en voz baja, con los ojos bajos.

—Mademoiselle no puede superar el nerviosismo incidental a una primera aparición —dijo Villebecque.

—Una última aparición —dijo *La Petite*—: sí, debe ser la última. Se levantó suavemente, se acercó a Villebecque, apoyó la cabeza en su pecho y puso sus brazos alrededor de su cuello—. Mi padre, mi mejor padre, sí, di que es la última.

—Eres la dueña de tu destino, Flora —dijo Villebecque—; pero con un talento tan distinguido...

—No, no, no; ningún talento. Estás equivocado, padre mío. Me conozco a mí misma. No soy de aquellas a quienes la naturaleza da talentos. Nací solo para la vida tranquila. No tengo gusto excepto por la privacidad. El convento es más adecuado para mí que el escenario.

—Pero oyes lo que dice este caballero —dijo Villebecque, devolviendo su abrazo—. Te dice que su abuelo, mi Lord Marqués, creo, señor, que todo el mundo, que...

—Oh, no, no, no —dijo Flora, sacudiendo la cabeza—. Él viene aquí porque es generoso, porque es un caballero; y deseaba calmar el alma que sabía que sufría. Dale las gracias, padre mío, dale las gracias por mí y delante de mí, y promete en su presencia que el escenario y tu hija se han separado para

siempre.

—No, Mademoiselle —dijo Coningsby, avanzando y aventurándose a tomar su mano, una mano suave—, no tome tales resoluciones esta noche. M. Villebecque no puede tener otro pensamiento u objetivo que su felicidad; y créame, no soy solo yo, sino todos los que aprecian, y si estuvieran aquí, deben respetarla.

—Prefiero el respeto a la admiración —dijo Flora—; pero temo que el respeto no sea el atributo de los que son como yo.

—Todos deben respetar a los que se respetan a sí mismos —dijo Coningsby—. Adiós, Mademoiselle; confío en que mañana me entere de que ya está bien. Se inclinó ante Villebecque y se retiró.

Mientras tanto, los asuntos en el salón asumieron un carácter muy diferente de los que estaban detrás del escenario. Coningsby regresó al brillo, grupos aparentemente brotando de alegría, contento universal, ¡y danzas rusas!

—¿Y tú también bailas las danzas rusas, señor Coningsby? —dijo Madame Colonna.

—No sé bailar en absoluto —dijo Coningsby, empezando a perder un poco su orgullo por la falta de un logro que en Eton había pensado que era de espíritu despreciar.

—¡Ah! no sabes bailar las danzas rusas. Lucretia te enseñará —dijo la Princesa—; nada la complacerá tanto.

En la presente ocasión, las damas no eran tan experimentadas en el entretenimiento como los caballeros; pero había diversión en ser instruidas. Ser disciplinado por un Gran Duque o una Princesa rusa estaba muy bien; pero lo que incluso la de buen humor Lady Gaythorp no podía perdonar era que una tal señora Guy Flouncey, a quien todas ellas estaban tratando de humillar y mantener humillada, en esta, como en casi todas las demás ocasiones, resultara ser una intérprete más consumada que incluso los propios rusos.

Lord Monmouth había recogido a los Guy Flouncey durante un invierno romano. Eran personas de cierta posición en la sociedad. El señor Guy Flouncey era un hombre de buena fortuna, deportista, orgulloso de su bonita esposa. La señora Guy Flouncey era incluso muy bonita, vestida con un estilo de moda ultra. Sin embargo, sabía cantar, bailar, actuar, montar y hablar, y todo bien; y era dueña del arte del coqueteo. Había entretenido al Marqués en el extranjero, y se había cuidado de llamar a Monmouth House en el

instante en que el *Morning Post* la informó de que había llegado a Inglaterra; la consecuencia fue una invitación a Coningsby. Llegó con un vestuario que, en cuanto a variedad, fantasía y moda, nunca fue superado. Mañana y tarde, cada día un nuevo vestido igualmente llamativo; y un hábito de montar que fue la comidilla y la maravilla de todo el vecindario. La señora Guy Flouncey causó mucha más sensación en el *borough* cuando cabalgaba por la calle Mayor, de lo que la buena gente llamaba las auténticas Princesas.

Al principio, las señoras finas no la notaban, o solo la miraban por encima del hombro; por todas partes sonaba, en susurros suprimidos, la fatal pregunta, *¿Quién es ella?* Después de la cena siempre formaban grupos educados, de los que la señora Guy Flouncey era invariablemente excluida; y si alguna vez la Princesa Colonna, impulsada en parte por su bondad natural y en parte por haberla conocido en el Continente, se sentaba amablemente junto a ella, Lady St. Julians, o alguna dama igualmente benévola, se aseguraba, mediante un hábil llamamiento a Su Alteza sobre algún punto que no podía decidirse sin moverse, de retirarla de su bonita y perseguida compañera.

Era, en verdad, un trabajo bastante difícil los primeros días para la señora Guy Flouncey, especialmente inmediatamente después de la cena. No es tranquilizador para el amor propio encontrarse sentada sola, fingiendo mirar grabados, en un hermoso salón, lleno de gente fina que no te habla. Pero la señora Guy Flouncey, después de haber tomado el Castillo de Coningsby por asalto, no iba a ser expulsada de su salón por las tácticas ni siquiera de una Lady St. Julians. La experiencia la convenció de que todo lo que se necesitaba era un poco de paciencia. La señora Guy tenía confianza en sí misma, en su rapidez, en sus siempre listos logros y en sus practicadas facultades de atracción. Y tenía razón. Siempre estaba segura de un aliado en el momento en que aparecían los caballeros. El caballero que se había sentado a su lado en la cena estaba solo demasiado feliz de volver a encontrarse con ella. Más de una vez, también, había atrapado a su noble anfitrión, aunque toda una guarnición estaba siempre alerta para impedírselo, y él estaba muy divertido, y mostraba que estaba muy divertido con su compañía. Luego le sugería planes para divertir a sus invitados. En una casa de campo, la mente que sugiere es inestimable. De una manera u otra, antes de que pasara una semana, la señora Guy Flouncey parecía el alma de todo, siempre rodeada de un grupo de admiradores, y con los que se llaman *the best men* (los mejores hombres) siempre dispuestos a montar con ella, bailar con ella, actuar con ella o caer a sus pies. Las señoras finas encontraron absolutamente necesario descongelarse: comenzaron a hacerle preguntas después de la cena. La señora Guy Flouncey solo necesitaba una oportunidad. Era una aduladora hábil, con un temperamento imperturbable, y dotada de una incesante energía para conferir pequeñas obligaciones. Les prestaba patrones para nuevas modas, en

todos cuyos misterios era muy versada; y con algo de suave engatusamiento y algo de chisme alegre, azúcar para sus lenguas y sal para sus colas, logró bastante bien atraparlas a todas.

CAPÍTULO IX

Nada podría presentar un mayor contraste que los interiores respectivos de Coningsby y Beaumanoir. Ese aire de habitación habitual, que distinguía tan agradablemente la residencia familiar del Duque, faltaba por completo en Coningsby. Todo, en verdad, era vasto y espléndido; pero parecía más una casa de gala que una vivienda; como si los muebles grandes y los sirvientes grandes hubieran bajado todos expresamente de la ciudad con la gran compañía, y fueran a desaparecer y a ser dispersados al mismo tiempo. Y en verdad, había múltiples rastros de arreglo apresurado y temporal; alfombras nuevas y tapices viejos; pintura vieja, dorado nuevo; batallones de extrañas sillas francesas, escuadrones de peculiares mesas inglesas; y grandes lámparas de mal gusto y candelabros llamativos, evidentemente verdaderos *cockneys* (londinenses), y que solo tomaban el aire a modo de cambio. Había, también, en todos los salones, una ausencia de todos esos pequeños artículos de mobiliario ornamental que son la ofrenda del gusto al hogar que amamos. Tampoco había libros; pocas flores; ningún animal doméstico; ningún portafolios de finos dibujos de nuestros artistas ingleses como el álbum de la Duquesa, lleno de bocetos de Landseer y Stanfield, y sus dotados hermanos; ni siquiera un grabado, excepto portafolios de caricaturas de H. B. Las modas y las costumbres de la casa no eran rurales; no había nada del dulce orden de una vida de campo. Nadie bajaba a desayunar; las damas apenas se veían hasta la hora de la cena; se paseaban en carruajes juntas al final de la tarde como si estuvieran en Londres, o llevaban una especie de vida de tocador ficticia en sus vestidores provinciales.

El Marqués envió a buscar a Coningsby la mañana después de su llegada y le pidió que desayunara con él en sus habitaciones privadas. Nada podía ser más amable o más agradable que su abuelo. Parecía interesado en el progreso de su nieto, se alegró de encontrar que Coningsby se había distinguido en Eton, le rogó solemnemente que no descuidara su francés. Una educación clásica, dijo, era una cosa muy admirable, y que todos los caballeros deberían disfrutar; pero Coningsby descubriría algún día que hay dos educaciones, una que su posición requería, y otra que exigía el mundo. *French, my dear Harry* (El francés, mi querido Harry) —continuó—, *is the key to this second education* (es la clave de esta segunda educación). En un par de años más o menos entrarás en el mundo; es algo diferente de lo que lees. Es una mascarada; una multitud variopinta y chispeante, en la que se pueden observar todas las formas y colores, y escuchar todos los sentimientos y opiniones; pero donde todo lo que ves y oyes tiene un solo objetivo, el saqueo. Cuando entres en

esta multitud, descubrirás que el griego y el latín no están tan difundidos como imaginas. Me alegró oírte hablar francés ayer. Estudia tu acento. Hay muchos extranjeros aquí con los que puedes probar un poco tus alas; no hables demasiado con ninguno de ellos. Ten mucho cuidado con las intimidades. Toda la gente de aquí es buena conocida; al menos bastante buena. Ahora, aquí —dijo el Marqués, tomando una carta y luego tirándola de nuevo sobre la mesa—, aquí hay un hombre al que me gustaría que conocieras, Sidonia. Estará aquí en unos días. Entrégate a él si tienes la oportunidad. Es un hombre de rara capacidad y enormemente rico. Nadie conoce el mundo como Sidonia. Nunca he conocido a su igual; y es tan agradable hablar con alguien que no puede querer nada de ti.

Lord Monmouth había invitado a Coningsby a dar un paseo en coche con él por la tarde. El Marqués deseaba mostrar una parte de su dominio a la Embajadora. Solo Lucretia, dijo, estaría con ellos, y había un lugar para él. Coningsby aceptó esta invitación de buena gana, pues aún no estaba lo suficientemente establecido en las costumbres de la casa como para saber exactamente cómo pasar la mañana. Su amigo y patrón, el señor Rigby, estaba completamente ocupado con el Gran Duque, a quien acompañaba por todo el vecindario, en visitas a fábricas, muchas de las cuales el propio Rigby veía por primera vez, pero todas las cuales explicaba con fluidez a Su Alteza Imperial. A cambio de esto, extrajo mucha información del Gran Duque sobre planes y proyectos rusos, materiales para un demoledor articulo contra la rusofobia que estaba preparando, y en el que debía probar que la agresión moscovita era un interés inglés, y que se explicaba enteramente por la falta de costa, que obligaba al Zar, con fines puramente comerciales, al Báltico y al Euxino.

Cuando llegó la hora del paseo, Coningsby encontró a Lucretia, una joven cuando la había visto por primera vez solo cuatro años antes, y aún más joven que él, en esa majestuosa dama que le había concedido un magnífico reconocimiento la víspera. Realmente parecía mayor que Madame Colonna; que, muy bella, de aspecto muy joven y dueña de los verdaderos artes del tocador, los que no se pueden detectar, no había cambiado en absoluto desde que saludó tan cordialmente a Coningsby como su querido joven amigo en Monmouth House.

El día era delicioso, el parque extenso y pintoresco, la Embajadora chispeante de anécdotas, y ocasionalmente, en voz baja, exhalando un susurro diplomático a Lord Monmouth, que inclinaba su graciosa conciencia de su distinguida confianza. Coningsby ocasionalmente aprovechaba uno de esos momentos en que la conversación dejaba de ser general para dirigirse a Lucretia, que respondía con sonrisas suaves y finas, y en afables monosílabos. En verdad, generalmente lograba transmitir a aquellos a quienes se dirigía la

impresión de que nunca los había visto antes, no le importaba verlos ahora, y nunca deseaba volver a verlos. Y todo esto, también, con un aire de gran cortesía.

Llegaron al borde de una ribera boscosa; a sus pies fluía un hermoso río, profundo y rápido, aunque no ancho; su orilla opuesta era el límite de un parque ricamente arbolado.

—¡Ah, esto es hermoso! —exclamó la Embajadora—. ¿Y eso es suyo, Lord Monmouth?

—Todavía no —dijo el Marqués—. Eso es Hellingsley; es uno de los mejores lugares del condado, con una espléndida propiedad; no tan considerable como Coningsby, pero muy grande. Pertenece a un anciano, un hombre muy viejo, sin un pariente en el mundo. Se sabe que la propiedad se venderá a su muerte, que puede esperarse casi a diario. Entonces será mía. Nadie puede ofrecer por ella lo que yo puedo permitirme. Pues me da esta división del condado, Princesa. Poseer Hellingsley es uno de mis objetivos. El Marqués habló con una animación inusual en él, casi con un grado de excitación.

El viento les dio la cara al regresar, la brisa soplaba bastante fresca. Lucretia, de repente, pareció conmovida por una emoción inusual. Temía que Lord Monmouth cogiera frío; se quitó un pañuelo de su bien torneada garganta para atarlo alrededor de su cuello. Él se resistió débilmente, evidentemente muy complacido.

La Princesa Lucretia era muy consumada. Por la noche, después de haber rechazado a varios distinguidos invitados, pero cediendo instantáneamente a la petición de Lord Monmouth, cantó. Era imposible concebir una contralto de poder más estremecedor, o una ejecución más digna de la voz. Coningsby, que no era experimentado en el canto fino, escuchó como si fuera un canto sobrenatural, pero todos coincidieron en que era de la más alta clase de naturaleza y de arte; y el Gran Duque estaba extasiado. Lucretia recibió incluso los cumplidos de Su Alteza con una indiferencia grácil. En verdad, para aquellos que observaban su comportamiento, se podía notar que parecía ceder ante nadie, aunque todos se inclinaban ante ella.

Madame Colonna, que siempre era amable con Coningsby, le expresó su gratificación por la fiesta de la mañana. Debía haber sido delicioso, aseguró Coningsby, para Lord Monmouth haber tenido tanto a Lucretia como a su nieto con él; y Lucretia también, añadió, debe haberse sentido tan complacida.

Coningsby no podía entender por qué Madame Colonna le estaba siempre insinuando que la Princesa Lucretia se interesaba tanto por su existencia,

esperaba con tanta gratificación su compañía, recordaba con tanto placer el pasado, anticipaba tanta felicidad del futuro. Le parecía que para Lucretia era, si no un objeto de repugnancia, como a veces imaginaba, ciertamente solo uno de absoluta indiferencia; pero no dijo nada. Ya había vivido lo suficiente para saber que no es sabio desear que todo se explique.

Mientras tanto, su vida era agradable. Cada día, descubría, aumentaba su conocimiento. Nunca estaba sin un compañero para montar o cazar; y a Coningsby le gustaba mucho montar. Su abuelo, también, continuamente le daba buenos consejos y lo hacía importante en el Castillo; de modo que todos los invitados quedaron plenamente impresionados con la importancia del nieto de Lord Monmouth. Lady St. Julians lo declaró distinguido; la Embajadora pensó que la diplomacia debería ser su parte, ya que tenía una buena figura y un cerebro claro; Madame Colonna hablaba de él siempre como si se interesara intensamente por su carrera, y declaró que le gustaba casi tanto como a Lucretia; los rusos persistían en llamarlo siempre *the young Marquess* (el joven Marqués), a pesar de las explicaciones del Embajador; la señora Guy Flouncey hizo un ataque audaz contra él; pero Coningsby recordó una lección que Lady Everingham le había concedido amablemente. No iba a ser atrapado de nuevo fácilmente. Además, la señora Guy Flouncey se reía demasiado y hablaba demasiado alto.

A medida que pasaba el tiempo, hubo cambios de visitantes, principalmente entre los hombres solteros. Al final de la primera semana después de la llegada de Coningsby, apareció Lord Eskdale, trayendo consigo a Lucian Gay; y pronto después siguieron el Marqués de Beaumanoir y el señor Melton. Todos estos eran héroes que, a su manera, interesaban a las damas, y cuya llegada fue recibida con general satisfacción. Incluso Lucretia se relajaba un poco con Lord Eskdale. Era uno de sus amigos más antiguos, y con una simplicidad de modales que rayaba casi en la sencillez, y con una indiferencia bastante cínica en su porte hacia los hombres, Lord Eskdale era invariablemente un favorito con las mujeres. Para ser justos, su posición era eminente; era noble, muy rico y muy poderoso, y estas son cualidades que cuentan tanto con el sexo más suave como con el más áspero; pero hay individuos con todas estas cualidades que, sin embargo, son impopulares con las mujeres. Lord Eskdale era fácil, conocía a fondo el mundo, no tenía prejuicios y, sobre todo, tenía reputación de éxito. Una reputación de éxito tiene tanta influencia con las mujeres como una reputación de riqueza la tiene con los hombres. Ambas reputaciones pueden ser, y a menudo son, injustas; pero vemos a personas hacer buenas fortunas con ellas de todos modos. Lord Eskdale no era un impostor; y aunque podría no haber sido un hombre tan exitoso si no hubiera sido Lord Eskdale, sin embargo, abandonado por una revolución, habría caído de pie.

La llegada de este noble fue la ocasión para dar un buen giro a la pobre Flora. Fue inmediatamente a ver a su amigo Villebecque y a su tropa. En verdad, era un tipo de sociedad que le gustaba a Lord Eskdale más que la que se considera más refinada. Le dio mucha pena *La Petite*; pero pensó que todo se arreglaría a la larga; y le dijo a Villebecque que le alegraba que hablaran bien de él aquí, especialmente el Marqués, que parecía tomarle cariño. En cuanto a Flora, estaba completamente en contra de que intentara el escenario de nuevo, al menos por el momento, pero como era una buena música, le sugirió a la Princesa Lucretia una noche que la ayuda subordinada de Flora podría serle útil, y permitirle favorecer a sus amigos con algunas piezas que de otro modo tendría que negarles. Esta sugerencia tuvo éxito; Flora fue introducida ocasionalmente, pronto a menudo, en sus fiestas por la noche, y sus actuaciones fueron en todos los aspectos satisfactorias. No había nada que excitara los celos de Lucretia ni en su estilo ni en su persona. Y sin embargo, cantaba lo suficientemente bien, y era una persona tranquila, refinada, retraída, en modo alguno desagradable. Era la compañera de Lucretia muy a menudo por la mañana, así como en el salón iluminado; pues la Princesa era devota del arte en el que sobresalía. Esta conexión, en general, contribuyó a la felicidad de la pobre Flora. Cierto es que por la noche a menudo se encontraba sentada o de pie sola y nadie la notaba; no tenía ninguna cualidad deslumbrante para atraer a los hombres de moda, que a sí mismos les encanta adorar siempre a los de moda. Incluso sus diosas deben estar *à la mode* (a la moda). Pero Coningsby nunca omitía una oportunidad para mostrar a Flora alguna amabilidad bajo estas circunstancias. Siempre venía a hablar con ella, alababa su canto, y a veces le ofrecía refrescos y le daba su brazo si era necesario. Estas pequeñas atenciones que venían del nieto de Lord Monmouth eran para el mundo doblemente valiosas, aunque Flora solo pensaba en su bondad esencial; todo en consonancia con esa primera visita que permanecía en la memoria de la pobre muchacha, aunque hacía tiempo que se le había escapado a la de su visitante. Pues en verdad Coningsby no tenía otro impulso para su conducta que la bondad de corazón.

Así hemos intentado dar una vaga idea de cómo transcurría la vida en el Castillo durante la primera quincena que Coningsby pasó allí. Quizás no deberíamos omitir que la señora Guy Flouncey, para infinito disgusto de Lady St. Julians, que tenía una hija con ella, atrapó con éxito las devotas atenciones del joven Marqués de Beaumanoir, que nunca se quedaba atrás si una dama se tomaba suficientes molestias; mientras que su amigo, el señor Melton, cuyo homenaje estéril Lady St. Julians deseaba que su hija evitara particularmente siempre, empleaba toda su alegría, buen humor, frivolidad y moda en divertir a esa joven, y con irresistible efecto. En cuanto al resto, continuaron, aunque solo tenían perdices para cazar, pasando la mañana sin aburrimiento. El tiempo era bueno; la cuadra numerosa; todos podían montar. El Gran Duque y su séquito, guiados por el señor Rigby, siempre

tenían algunos objetos que visitar, y los ferrocarriles los devolvían justo a tiempo para el banquete con un apetito que se habían ganado, y durante el cual Rigby relataba sus hazañas y sus propias opiniones.

La cena era siempre de primera clase; la noche nunca fallaba; la música, el baile y el teatro ofrecían grandes recursos independientemente del sentimiento que domina el alma y que se llama ásperamente coqueteo, y que es el hechizo de una casa de campo. Lord Monmouth estaba satisfecho, pues apenas se había sentido aburrido. Todo lo que requería en la vida era ser entretenido; quizás no era todo lo que requería, pero era indispensable. Ni era maravilloso que en la presente ocasión obtuviera su propósito, pues había medio centenar de los ojos más brillantes y los cerebros más rápidos siempre en la mira o en el torbellino para asegurarle distracción. La única circunstancia que lo molestaba era la no llegada de Sidonia. Lord Monmouth no podía soportar ser decepcionado. No pudo abstenerse de decir, a pesar de todos los recursos y todos los esfuerzos de sus invitados:

—No entiendo por qué Sidonia no viene. Desearía que Sidonia estuviera aquí.

—Yo también —dijo Lord Eskdale—; Sidonia es el único hombre que cuenta algo nuevo.

—Vimos a Sidonia en casa de Lord Studcaster —dijo Lord Beaumanoir—. Le dijo a Melton que vendría aquí.

—Sabes que ha comprado todos los caballos de Studcaster —dijo el señor Melton.

—Me pregunto por qué no compra al propio Studcaster —dijo Lord Monmouth—; yo lo haría si fuera él; Sidonia puede comprar cualquier cosa —se volvió hacia la señora Guy Flouncey.

—Me pregunto quién es Sidonia —pensó la señora Guy Flouncey, pero estaba decidida a que nadie supusiera que no lo sabía.

Finalmente, un día Coningsby se encontró con Madame Colonna en el vestíbulo antes de la cena.

—*Milor* está de muy buen humor, señor Coningsby —dijo ella—; ha llegado Monsieur de Sidonia.

Unos diez minutos antes de la cena hubo un revuelo en la cámara. Coningsby miró a su alrededor. Vio al Gran Duque avanzando y extendiendo la mano de la manera más graciosa. Un caballero, de aire distinguido, pero con la espalda vuelta hacia Coningsby, se inclinaba mientras recibía el saludo de Su

Alteza. Hubo una pausa general en la habitación. Varios se adelantaron: incluso el Marqués parecía un poco conmovido. Coningsby no pudo resistir el impulso de la curiosidad por ver a este individuo del que tanto había oído hablar. Se deslizó alrededor de la habitación y captó el semblante de su compañero en la posada del bosque; el que le había anunciado la Era de las Ruinas había pasado.

CAPÍTULO X

Sidonia descendía de una familia muy antigua y noble de Aragón, que, en el curso de los siglos, había dado al estado muchos ciudadanos distinguidos. En el sacerdocio, sus miembros habían sido particularmente eminentes. Además de varios prelados, contaban entre su número a un Arzobispo de Toledo; y un Sidonia, en una temporada de gran peligro y dificultad, había ejercido durante una serie de años el cargo supremo de Gran Inquisidor.

Sin embargo, por extraño que parezca, es sin embargo un hecho, del que no hay falta de evidencia, que esta ilustre familia durante todo este período, junto con dos tercios de la nobleza aragonesa, se adhirió secretamente a la antigua fe y ceremonias de sus padres; una creencia en la unidad del Dios del Sinaí, y los derechos y observancias de las leyes de Moisés.

De dónde vinieron esos árabes mosaicos cuyos pasajes a través del estrecho de África a Europa precedieron largamente a la invasión de los árabes mahometanos, es ahora imposible de determinar. Sus tradiciones nos dicen que desde tiempo inmemorial habían residido en África; y no es improbable que puedan haber sido descendientes de algunas de las dispersiones anteriores; como esas colonias hebreas que encontramos en China, y que probablemente emigraron de Persia en los días de las grandes monarquías. Cualquiera que haya sido su origen en África, sus fortunas en el sur de Europa no son difíciles de rastrear, aunque los anales de ninguna raza en ninguna época pueden detallar una historia de tales extrañas vicisitudes, o una más llena de incidentes conmovedores y románticos. Su prosperidad sin precedentes en la Península Ibérica, y especialmente en el sur, donde se habían convertido en los principales cultivadores del suelo, despertó los celos de los godos; y los *Councils of Toledo* (Concilios de Toledo) durante los siglos VI y VII intentaron, mediante una serie de decretos dignos de los bárbaros que los promulgaron, arrancar a los árabes judíos de la tierra. No hay duda de que el *Council of Toledo* condujo, tan directamente como la lujuria de Rodrigo, a la invasión de España por los árabes musulmanes. La población judía, sufriendo bajo la más sangrienta y atroz persecución, miró a sus hermanos solidarios de la Media Luna, cuyos campamentos ya brillaban en la orilla opuesta. El derrocamiento de los reinos godos fue logrado tanto por la información superior que los sarracenos recibieron de sus sufrientes

parientes, como por el irresistible valor del Desierto. Los reinos sarracenos se establecieron. Surgió esa civilización hermosa e incomparable que preservó para Europa las artes y las letras cuando la cristiandad estaba sumida en la oscuridad. Los hijos de Ismael recompensaron a los hijos de Israel con iguales derechos y privilegios que ellos mismos. Durante estos siglos *halcyon* (halcónidos / tranquilos), es difícil distinguir al seguidor de Moisés del devoto de Mahoma. Ambos por igual construyeron palacios, jardines y fuentes; ocuparon igualmente los más altos cargos del estado, compitieron en un extenso e ilustrado comercio, y rivalizaron entre sí en renombradas universidades.

Incluso después de la caída de los principales reinos moros, los judíos de España fueron aún tratados por los godos conquistadores con ternura y consideración. Su número, su riqueza, el hecho de que, especialmente en Aragón, eran los propietarios del suelo, y estaban rodeados de seguidores guerreros y devotos, les aseguró un trato que, durante un período considerable, los hizo poco sensibles al cambio de dinastías y religiones. Pero la tempestad se fue acumulando gradualmente. A medida que los godos se hacían más fuertes, la persecución se volvía más audaz. Donde la población judía era escasa, se les privaba de sus privilegios, o se les obligaba a conformarse bajo el título de *Nuevos Cristianos*. Finalmente, la unión de las dos coronas bajo Fernando e Isabel, y la caída del último reino moro, trajo la crisis de su destino tanto al Nuevo Cristiano como al hebreo no conformista. Apareció la *Inquisition* (Inquisición), la Institución que había exterminado a los albigenses y había asolado Languedoc, y que, debe recordarse siempre, fue establecida en los reinos españoles contra las protestas de las *Cortes* y en medio del terror de la populace. Los dominicos abrieron su primer tribunal en Sevilla, y es curioso que los primeros individuos que convocaron ante ellos fueron el Duque de Medina Sidonia, el Marqués de Cádiz y el Conde de Arcos; tres de los personajes más considerables de España. Cuántos fueron quemados vivos en Sevilla durante el primer año, cuántos encarcelados de por vida, cuántos miles fueron visitados con castigos severos aunque más leves, no necesita registrarse aquí. En nada fue el *Holy Office* (Santo Oficio) más feliz que en los medios múltiples y sutiles por los que probaban la sinceridad de los *New Christians* (Nuevos Cristianos).

Finalmente, la Inquisición debía extenderse a Aragón. Los nobles de altivo espíritu de ese reino sabían que su institución era para ellos una cuestión de vida o muerte. Las *Cortes* de Aragón apelaron al Rey y al Papa; organizaron una extensa conspiración; el Inquisidor jefe fue asesinado en la catedral de Zaragoza. ¡Ay! estaba destinado que en esta, una de las muchas, y continuas, y continuas luchas entre las organizaciones rivales del Norte y el Sur, los hijos del sol cayeran. La hoguera y el *San Benito* (sambenito) fueron el destino de los nobles de Aragón. Aquellos que fueron condenados por

judaísmo secreto, y esto hace apenas tres siglos, fueron arrastrados a la hoguera; los hijos de las más nobles casas, en cuyas venas se podía rastrear la mancha hebrea, tenían que caminar en solemne procesión, cantando salmos y confesando su fe en la religión del terrible Torquemada.

Este triunfo en Aragón, la caída casi simultánea del último reino moro, elevó las esperanzas de los cristianos puros a su punto más alto. Habiendo purgado a los nuevos cristianos, dirigieron su atención a los viejos hebreos. Fernando estaba resuelto a que el delicioso aire de España no fuera respirado más por nadie que no profesara la fe católica. El bautismo o el exilio era la alternativa. Más de seiscientos mil individuos (algunas autoridades aumentan mucho la cantidad), los más industriosos, los más inteligentes y los más ilustrados de los súbditos españoles, no desertarían de la religión de sus padres. Por ello abandonaron la deliciosa tierra en la que habían vivido durante siglos, las hermosas ciudades que habían levantado, las universidades de las que la cristiandad había extraído durante siglos su más preciada sabiduría, las tumbas de sus antepasados, los templos donde habían adorado al Dios por el que habían hecho este sacrificio. Solo tenían cuatro meses para prepararse para el exilio eterno, después de una residencia de otros tantos siglos; durante cuyo breve período, las ventas forzadas y los mercados saturados confiscaron virtualmente su propiedad. Es una calamidad que la nación dispersa todavía equipara con las desolaciones de Nabucodonosor y Tito. ¿Quién después de esto debería decir que los judíos son por naturaleza un pueblo sórdido? Pero el godo español, entonces tan cruel y tan altivo, ¿dónde está? Un suplicante despreciado ante la misma raza que él desterró, por alguna miserable porción del tesoro que sus hábitos de industria han acumulado de nuevo. ¿Dónde está ese tribunal que convocó a Medina Sidonia y Cádiz a su oscura inquisición? ¿Dónde está España? Su caída, su caída sin paralelo e irremediable, se debe principalmente a la expulsión de esa gran parte de sus súbditos, los más industriosos e inteligentes, que trazaban su origen a los árabes mosaicos y mahometanos.

Los Sidonia de Aragón eran *Nuevos Cristianos*. Algunos de ellos, sin duda, fueron quemados vivos a finales del siglo XV, bajo el sistema de Torquemada; muchos de ellos, sin duda, llevaron el *San Benito*; pero conservaron sus títulos y propiedades, y con el tiempo alcanzaron esos grandes cargos a los que nos hemos referido.

Durante los largos trastornos de la guerra peninsular, cuando se ofrecieron tantas oportunidades al talento, y tantas oportunidades fueron aprovechadas por los aventureros, un cadete de una rama menor de esta familia hizo una gran fortuna con contratos militares y suministrando el *commissariat* (comisariato) de los diferentes ejércitos. En la paz, presciente del gran futuro financiero de Europa, confiado en la fertilidad de su propio genio, en sus

puntos de vista originales sobre los temas fiscales, y en su conocimiento de los recursos nacionales, este Sidonia, sintiendo que Madrid, o incluso Cádiz, nunca podrían ser una base sobre la que se pudieran regular las transacciones monetarias del mundo, resolvió emigrar a Inglaterra, con la que había, en el curso de los años, formado considerables conexiones comerciales. Llegó aquí después de la paz de París, con su gran capital. Arriesgó todo lo que valía en el *Waterloo loan* (préstamo de Waterloo); y el evento lo convirtió en uno de los más grandes capitalistas de Europa.

Tan pronto como Sidonia se estableció en Inglaterra, profesó el judaísmo; que Torquemada se había halagado, con la hoguera y el *San Benito*, de haber drenado de las venas de su familia hace más de tres siglos. También envió a buscar a varios de sus hermanos, que eran tan buenos católicos en España como Fernando e Isabel podrían haber deseado, pero que hicieron una ofrenda en la sinagoga, en agradecimiento por su viaje seguro, a su llegada a Inglaterra.

Sidonia había previsto en España que, después del agotamiento de una guerra de veinticinco años, Europa necesitaría capital para llevar a cabo la paz. Cosechó la debida recompensa de su sagacidad. Europa necesitaba dinero, y Sidonia estaba listo para prestárselo a Europa. Francia quería algo; Austria más; Prusia un poco; Rusia unos pocos millones. Sidonia podía proporcionarlos a todos. El único país que evitó fue España; estaba demasiado bien familiarizado con sus recursos. Nada, también, lo tentaría jamás a prestar nada a las colonias rebeldes de España. La prudencia lo salvó de ser un acreedor de la madre patria; su orgullo español se apartaba de la rebelión de sus hijos.

No es difícil concebir que, después de haber seguido la carrera que hemos insinuado durante unos diez años, Sidonia se había convertido en uno de los personajes más considerables de Europa. Había establecido a un hermano, o un pariente cercano, en quien podía confiar, en la mayoría de las capitales principales. Era señor y dueño del mercado monetario del mundo, y por supuesto virtualmente señor y dueño de todo lo demás. Literalmente tenía los ingresos del sur de Italia en prenda; y los monarcas y ministros de todos los países buscaban su consejo y se guiaban por sus sugerencias. Todavía estaba en el vigor de la vida, y no era una mera máquina de hacer dinero. Tenía una inteligencia general igual a su posición, y esperaba el momento en que alguna relajación de sus vastas empresas y esfuerzos le permitiera dirigir sus energías a grandes objetivos de beneficio público. Pero en la altura de su vasta prosperidad, murió repentinamente, dejando solo un hijo, un joven aún de tierna edad, y heredero de la mayor fortuna de Europa, tan grande, en verdad, que solo podía calcularse por millones.

Excluido de universidades y escuelas, esas universidades y escuelas que debían su primer conocimiento de la filosofía antigua al aprendizaje y la iniciativa de sus antepasados, el joven Sidonia tuvo la suerte de tener al tutor que su padre le había procurado, y que dedicó a su pupilo todos los recursos de su intelecto entrenado y su vasta y variada erudición. Un jesuita antes de la revolución; desde entonces un líder liberal exiliado; ahora miembro de las *Cortes* españolas; Rebello era siempre judío. Encontró en su pupilo esa precocidad de desarrollo intelectual que es característica de la organización árabe. El joven Sidonia penetró los más altos misterios de las matemáticas con una facilidad casi instintiva; mientras que una memoria que nunca tuvo horas crepusculares, sino que siempre reflejaba una claridad de mediodía, parecía magnificar sus adquisiciones de aprendizaje antiguo por la prontitud con que podían ser reproducidas y aplicadas.

Las circunstancias de su posición, también, habían contribuido temprano a darle un dominio inusual sobre los idiomas modernos. Inglés, y enseñado desde la cuna a estar orgulloso de ser inglés, primero demostró al hablar su lengua nativa esos notables poderes de expresión, y esa elocución clara y feliz, que siempre después lo distinguieron. Pero el hijo de un español, las sonoras sílabas de esa noble lengua resonaban constantemente en su oído; mientras que los invitados extranjeros que llenaban la mansión de su padre lo habituaban desde una edad temprana a los tonos de idiomas que no le eran extraños por mucho tiempo. Cuando tenía diecinueve años, Sidonia, que había residido algún tiempo con su tío en Nápoles, y había hecho una larga visita a otro pariente de su padre en Frankfurt, poseía un dominio completo de los principales idiomas europeos.

A los diecisiete años se había separado de Rebello, que regresó a España, y Sidonia, bajo el control de sus tutores, comenzó sus viajes. Residió, como hemos mencionado, algún tiempo en Alemania, y luego, después de haber visitado Italia, se estableció en Nápoles, ciudad en la que se puede decir que hizo su entrada en la vida. Con una persona interesante y muy consumado, aprovechó las atenciones graciosas de una corte de la que era principal acreedor; y que, tratándolo como a un distinguido viajero inglés, pudo quizás mostrarle algunos favores que las costumbres del país no les habrían permitido otorgar a sus parientes napolitanos. Sidonia obtuvo así a una edad temprana esa experiencia de la sociedad refinada y lujosa, que es una parte necesaria de una educación acabada. Da el último pulimento a los modales; nos enseña algo del poder de las pasiones, desarrollado temprano en el semillero de la autocomplacencia; nos inculca ese indefinible tacto que rara vez se obtiene en la vida posterior, que nos impide decir lo incorrecto, y a menudo nos impulsa a hacer lo correcto.

Entre París y Nápoles, Sidonia pasó dos años, aparentemente en la disipación

que quizás era inseparable de su época de vida. Era admirado por las mujeres, a las que era magnífico, idolatrado por los artistas a los que patrocinaba, recibido en todos los círculos con gran distinción, y apreciado por su intelecto por los muy pocos a los que se abría. Porque, aunque afable y gracioso, era imposible penetrarlo. Aunque sin reservas en su manera, su franqueza se limitaba estrictamente a la superficie. Observaba todo, pensaba siempre, pero evitaba la discusión seria. Si le presionabas para obtener una opinión, se refugiaba en la burla, o soltaba alguna grave paradoja con la que no era fácil lidiar.

En el momento en que alcanzó la mayoría de edad, Sidonia, habiendo previamente, en un gran congreso familiar celebrado en Nápoles, hecho arreglos con los jefes de las casas que llevaban su nombre con respecto a la disposición y gestión de su vasta fortuna, abandonó Europa.

Sidonia estuvo ausente de sus conexiones durante cinco años, período durante el cual nunca se comunicó con ellos. Eran conscientes de su existencia solo por las órdenes de pago que les giraba, y que llegaban de todos los puntos del globo. Según estos documentos, parece que había residido un tiempo considerable en las regiones mediterráneas; penetró en el África nilótica hasta Sennaar y Abisinia; atravesó el continente asiático hasta Tartaria, de donde había visitado la India, y las islas de ese Mar Índico que son tan poco conocidas. Después se supo de él en Valparaíso, Brasil y Lima. Evidentemente permaneció algún tiempo en México, que abandonó para ir a los Estados Unidos. Una mañana, sin previo aviso, llegó a Londres.

Sidonia había agotado todas las fuentes del conocimiento humano; era dueño de la sabiduría de cada nación, de todas las lenguas muertas o vivas, de toda literatura, occidental y oriental. Había llevado las especulaciones de la ciencia a su último término, y él mismo las había ilustrado con la observación y el experimento. Había vivido en todos los órdenes de la sociedad, había contemplado todas las combinaciones de la Naturaleza y el Arte, y había observado al hombre bajo cada fase de la civilización. Incluso lo había estudiado en el desierto. La influencia de los credos y las leyes, las costumbres, las tradiciones, en todas sus diversidades, había sido sometida a su escrutinio personal.

Trajo al estudio de esta vasta agregación de conocimiento un intelecto penetrante que, madurado por la larga meditación, y asistido por esa libertad absoluta de prejuicio, que era la posesión compensatoria de un hombre sin país, permitió a Sidonia sondear, por así decirlo por intuición, la profundidad de preguntas aparentemente las más difíciles y profundas. Poseía la rara facultad de comunicar con precisión ideas de lo más abstrusas, y en general un poder de expresión que detiene y satisface la atención.

Con todo este conocimiento, que nadie sabía apreciar más, con una riqueza ilimitada, y con un cuerpo atlético, que la enfermedad nunca había probado, y que había evitado los excesos, Sidonia, sin embargo, miraba la vida con una mirada más de curiosidad que de contento. Su religión lo aislaba de las actividades de un ciudadano; sus riquezas lo privaban de las ansiedades estimulantes de un hombre. Se percibía a sí mismo como un ser solitario, sin preocupaciones y sin deberes.

Para un hombre en su posición, podría parecer aún una fuente inagotable de felicidad y alegría; independiente del credo, independiente del país, independiente incluso del carácter. Podría haber descubierto esa perpetua fuente de felicidad en la sensibilidad del corazón. Pero esta era una fuente sellada para Sidonia. En su organización había una peculiaridad, quizás una gran deficiencia. Era un hombre sin afectos. Sería duro decir que no tenía corazón, porque era susceptible a emociones profundas, pero no por individuos. Era capaz de reconstruir una ciudad que se había incendiado; de restaurar una colonia que había sido destruida por alguna terrible visita de la Naturaleza; de redimir a la libertad a una horda de cautivos; y de hacer estos grandes actos en secreto; pues, vacío de todo amor propio, la aprobación pública no valía nada para él; pero el individuo nunca lo conmovía. La mujer era para él un juguete, el hombre una máquina.

La suerte más preciosa para el hombre, y que una Providencia benéfica no ha hecho la menos común; encontrar en otro corazón una perfecta y profunda simpatía; unir su existencia con alguien que pudiera compartir todas sus alegrías, suavizar todas sus penas, ayudarle en todos sus proyectos, responder a todas sus fantasías, aconsejarle en sus preocupaciones, y apoyarle en sus peligros; hacer la vida encantadora por sus encantos, interesante por su inteligencia, y dulce por la variedad vigilante de su ternura; encontrar tu vida bendecida por tal influencia, y sentir que tu influencia puede bendecir tal vida: esta suerte, la más divina de los dones divinos, que el poder e incluso la fama nunca pueden rivalizar en sus delicias, todo esto la Naturaleza había negado a Sidonia.

Con una imaginación tan ardiente como su Desierto nativo, y un intelecto tan luminoso como su cielo nativo, carecía, como esa tierra, de esos suaves rocíos sin los cuales el suelo es estéril, y el rayo de sol es a menudo un mensajero de pestilencia como un ángel de gracia regeneradora.

Tal temperamento, aunque raro, es peculiar a Oriente. Inspiró a los fundadores de las grandes monarquías de la antigüedad, a los profetas que el Desierto ha enviado, a los jefes tártaros que han invadido el mundo; se podía observar en el gran corso, que, como la mayoría de los habitantes de las islas mediterráneas, probablemente tenía sangre árabe en sus venas. Es un

temperamento que sienta bien a los conquistadores y legisladores, pero, en tiempos ordinarios y situaciones ordinarias, acarrea a su poseedor solo aberraciones excéntricas o profunda melancolía.

La única cualidad humana que interesaba a Sidonia era el Intelecto. No le importaba de dónde viniera; dónde se encontrara: credo, país, clase, carácter, a este respecto, le eran igualmente indiferentes. El autor, el artista, el hombre de ciencia, nunca apelaban a él en vano. A menudo anticipaba sus necesidades y deseos. Fomentaba su compañía; era tan franco en su conversación como generoso en sus contribuciones; pero en el instante en que dejaban de ser autores, artistas o filósofos, y sus comunicaciones surgían de cualquier cosa que no fuera la cualidad intelectual que originalmente lo había interesado, en el momento en que eran lo suficientemente imprudentes para acercarse a la intimidad y apelaban al hombre solidario en lugar de a la inteligencia congenial, no los veía más. No era, sin embargo, solo el intelecto en estas incuestionables formas lo que llamaba su atención. No había un aventurero en Europa con el que no estuviera familiarizado. Ningún Ministro de Estado tenía tal comunicación con agentes secretos y espías políticos como Sidonia. Mantenía relaciones con todos los inteligentes marginados del mundo. El catálogo de su conocimiento en forma de griegos, armenios, moros, judíos secretos, tártaros, gitanos, polacos errantes y *Carbonari* (carbonarios), arrojaría una curiosa luz sobre esas agencias subterráneas de las que el mundo en general sabe tan poco, pero que ejercen una gran influencia en los eventos públicos. Sus extensos viajes, su conocimiento de idiomas, su disposición audaz y aventurera, y sus medios ilimitados, le habían dado la oportunidad de conocer a estos personajes, en general tan difíciles de rastrear, y de ganar su devoción. A estas fuentes debía ese conocimiento de cosas extrañas y ocultas que a menudo sobresaltaba a quienes lo escuchaban. Tampoco era fácil, apenas posible, engañarlo. La información le llegaba de tantas y tan contrarias fuentes, que con su discriminación y experiencia, podía casi instantáneamente distinguir la verdad. La historia secreta del mundo era su pasatiempo. Su gran placer era contrastar el motivo oculto, con el pretexto público, de las transacciones.

Una fuente de interés que Sidonia encontraba en su descendencia y en las fortunas de su raza. Tan firme en su adhesión al código del gran Legislador como si la trompeta aún sonara en el Sinaí, podría haber recibido en la convicción del favor divino una compensación adecuada por la persecución humana. Pero había otras consideraciones más terrenales que hacían a Sidonia orgulloso de su origen, y confiado en el futuro de su especie. Sidonia era un gran filósofo, que tenía puntos de vista comprensivos de los asuntos humanos, y examinaba cada hecho en su posición relativa a otros hechos, el único modo de obtener la verdad.

Sidonia sabía bien que en las cinco grandes variedades en que la Fisiología ha dividido la especie humana; a saber, la Caucásica, la Mongólica, la Malaya, la Americana, la Etíope; las tribus árabes se clasifican en la primera y superior clase, junto, entre otros, con el sajón y el griego. Este solo hecho es una gran fuente de orgullo y satisfacción para el Hombre animal. Pero Sidonia y sus hermanos podían reclamar una distinción que el sajón y el griego, y el resto de las naciones caucásicas, han perdido. El hebreo es una raza no mezclada. Sin duda, entre las tribus que habitan el seno del Desierto, progenitores por igual de los árabes mosaicos y mahometanos, se puede encontrar sangre tan pura como la de los descendientes del Jeque Abraham. Pero los árabes mosaicos son la sangre no mezclada más antigua, si no la única, que habita en las ciudades.

Una raza no mezclada de una organización de primera clase es la aristocracia de la Naturaleza. Tal excelencia es un hecho positivo; no una imaginación, una ceremonia, acuñada por poetas, blasonada por heraldos engañosos, sino perceptible en sus ventajas físicas, y en el vigor de su idiosincrasia impoluta.

En sus extensos viajes, Sidonia había visitado y examinado las comunidades hebreas del mundo. Había encontrado, en general, a las clases bajas degradadas; a las superiores inmersas en sórdidas ocupaciones; pero percibió que el desarrollo intelectual no se había deteriorado. Esto le dio esperanza. Estaba persuadido de que la organización sobreviviría a la persecución. Cuando reflexionaba sobre lo que habían soportado, era solo maravilloso que la raza no hubiera desaparecido. Habían desafiado el exilio, la masacre, el saqueo, la influencia degradante de la constante búsqueda de ganancias; habían desafiado el Tiempo. Durante casi tres mil años, según el Arzobispo Usher, han estado dispersos por el globo. A la corriente no contaminada de su estructura caucásica, y al genio segregador de su gran Legislador, Sidonia atribuía el hecho de que no hubieran sido absorbidos hace mucho tiempo entre esas razas mixtas, que presumen perseguirlos, pero que periódicamente se desgastan y desaparecen, mientras que sus víctimas todavía florecen con todo el vigor primigenio de la pura raza asiática.

Poco después de su llegada a Inglaterra, Sidonia se dirigió a las principales Cortes de Europa, para conocer personalmente a los monarcas y ministros de los que tanto había oído hablar. Su posición le aseguraba una distinguida recepción; sus cualidades personales lo hicieron inmediatamente apreciado. Podía agradar; podía hacer más, podía asombrar. Podía soltar una observación descuidada que haría sobresaltar al diplomático más viejo; una palabra alada que le ganaba la consideración, a veces la confianza, de los Soberanos. Cuando hubo sondado la inteligencia que gobierna Europa, y que solo puede hacerse mediante el conocimiento personal, regresó a este país.

El carácter algo duro y literal de la vida inglesa se adaptaba a alguien que se apartaba de la sensibilidad, y a menudo se refugiaba en el sarcasmo. Su vigor masculino y su inteligencia activa ocupaban e interesaban su mente. Sidonia, en verdad, era exactamente el carácter que sería bienvenido en nuestros círculos. Su inmensa riqueza, su inigualable conocimiento social, su claro y vigoroso intelecto, la severa simplicidad de sus modales, francos, pero sin reclamar ni permitir familiaridades, y su devoción a los deportes de campo, que era la válvula de seguridad de su energía, eran todas circunstancias y cualidades que los ingleses aprecian y admiran; y se puede decir con justicia de Sidonia que pocos hombres eran más populares, y ninguno menos comprendido.

CAPÍTULO XI

En la cena, Coningsby estaba sentado en el mismo lado que Sidonia, y distante de él. No hubo, por lo tanto, ningún reconocimiento mutuo. Otro invitado también había llegado, el señor Ormsby. Venía directamente de Londres, lleno de rumores, había visto a Tadpole, quien, al saber que se dirigía al Castillo de Coningsby, lo había llevado a un rincón oscuro de un club y le había mostrado su libro, una confianza segura, ya que el señor Ormsby era muy corto de vista. Se recibió, sin embargo, como un hecho indudable, que todo estaba bien, y de alguna manera u otra, antes de mucho tiempo, habría una demostración nacional de lo mismo. Esta llegada del señor Ormsby, y las noticias que traía, dieron un giro político a la conversación después de que las damas salieran de la habitación.

—Tadpole quiere que me presente para Birmingham —dijo el señor Ormsby, gravemente.

—¡Usted! —exclamó Lord Monmouth, y echándose hacia atrás en su silla, soltó una risa real y sincera.

—Sí; los Conservadores pretenden presentar dos candidatos; un fabricante lo tienen, y le han escrito a Tadpole para un *West-end man* (hombre del West End).

—¿Un qué?

—Un *West-end man*, que hará que las damas patrocinen sus artículos de fantasía.

—El resultado del *Reform Bill*, entonces —dijo Lucian Gay—, será darle a Manchester un obispo y a Birmingham un dandi.

—Empiezo a creer que el resultado será muy diferente de lo que esperábamos

—dijo Lord Monmouth.

El señor Rigby negó con la cabeza e iba a profetizar, cuando Lord Eskdale, a quien le gustaba que la conversación fuera breve, y opinaba que Rigby debía guardar sus amplificaciones para sus artículos demoledores, interpuso una breve y descuidada observación que frustró su inspiración.

—Ciertamente —dijo el señor Ormsby—, cuando los cañones disparaban por el último discurso y confesión de Vyvyan, nunca esperé que me pidieran que me presentara para Birmingham.

—Quizás sea llamado a la otra cámara por el título —dijo Lucian Gay—. ¿Quién sabe?

—Estoy de acuerdo con Tadpole —dijo el señor Ormsby—, en que si solo nos aferramos al *Registro electoral*, el país está salvado.

—¡País afortunado! —dijo Sidonia—, ¡que puede ser salvado por un buen registro!

—Creo, después de todo, que con propiedad y valor —dijo Lord Monmouth —, la *Parliamentary Reform* no es una cosa tan mala.

Aquí varios caballeros comenzaron a hablar al mismo tiempo, todos de acuerdo con su anfitrión, y demostrando a su manera, la irresistible influencia de la propiedad y el valor; propiedad en la mente de Lord Monmouth significaba vasallos, y valor un desprecio total por la opinión pública. El señor Guy Flouncey, que quería entrar en el parlamento, pero por qué nadie lo sabía, que no tenía habilidades políticas ni opiniones políticas, pero tenía alguna idea flotante de que eso le conseguiría a él y a su esposa más bailes y cenas, y que estaba debidamente etiquetado para una buena cosa en la lista de candidatos de los Tadpoles y Tapers, opinaba que se podía hacer mucho patrocinando apropiadamente las carreras de los *boroughs*. Ese era su específico para prevenir la revolución.

Aprovechando una pausa, Lord Monmouth dijo: *Me gustaría saber qué piensa de esta cuestión, Sidonia*.

—Apenas soy un juez competente —dijo, como si quisiera reclamar cualquier interferencia en la conversación, y luego añadió—, pero siempre he sido de la opinión de que las revoluciones no se pueden evadir.

—Exactamente mis puntos de vista —dijo el señor Rigby, ansiosamente—; lo digo ahora, lo he dicho mil veces, puedes arreglar el registro electoral como quieras, pero nunca te librarás del Anexo A.

—¿Hay alguna persona en esta sala que pueda decirnos ahora los nombres de los distritos del Anexo A? —dijo Sidonia.

—Estoy seguro de que yo no —dijo Lord Monmouth—, aunque seis de ellos me pertenecen a mí mismo.

—Pero el principio —dijo el señor Rigby—; representaban un principio.

—Nada más, ciertamente —dijo Lucian Gay.

—¿Y qué principio? —preguntó Sidonia.

—El principio de nominación.

—Eso es una práctica, no un principio —dijo Sidonia—. ¿Es una práctica que ya no existe?

—¿Piensa entonces —dijo Lord Eskdale, cortando antes que Rigby— que el *Reform Bill* no nos ha hecho ningún daño?

—No es el *Reform Bill* lo que ha sacudido la aristocracia de este país, sino los medios por los que se llevó a cabo ese Proyecto —respondió Sidonia.

—¿Fuerza física? —dijo Lord Eskdale.

—¿O poder social? —dijo Sidonia.

Ante esto, el señor Rigby, impaciente porque alguien diera el tono en una discusión política excepto él, y mortificado bajo la vigilancia de Lord Eskdale, que para él siempre parecía solo fortuita, asaltó violentamente el argumento y asombró a varios caballeros del campo presentes por su locuacidad. Finalmente escucharon una verdadera elocuencia. Al final de una larga apelación a Sidonia, ese caballero solo inclinó la cabeza y dijo: *Perhaps* (Quizás); y luego, volviéndose hacia su vecino, preguntó si los pájaros eran abundantes en Lancashire esta temporada; de modo que el señor Rigby se vio reducido a la necesidad de formar las opiniones políticas del señor Guy Flouncey.

Cuando los caballeros salían del comedor, Coningsby, aunque a cierta distancia, fue observado por Sidonia, quien se detuvo instantáneamente, luego avanzó hacia Coningsby y, extendiendo la mano, dijo: *Dije que volveríamos a encontrarnos, aunque apenas esperaba que tan pronto*.

—Y espero que no nos separemos tan pronto —dijo Coningsby—; me impresionó mucho lo que dijo hace un momento sobre el *Reform Bill*. ¿Sabe que cuanto más pienso, más me desconcierta lo que significa Representación?

—Es un principio del cual solo está vigente una definición limitada en este país —dijo Sidonia, saliendo de la habitación con él—. La gente puede estar representada sin elecciones periódicas de vecinos que son incapaces de mantener sus intereses, y extraños que no están dispuestos.

La entrada de los caballeros produjo el mismo efecto en el salón que la salida del sol en el mundo; animación universal, un revuelo general aunque suave. El Gran Duque, inclinándose ante todos, se dedicó a la hija de Lady St. Julians, quien ella misma atrapó a Lord Beaumanoir antes de que pudiera alcanzar a la señora Guy Flouncey. Coningsby, en cambio, dijo tonterías a esa dama. Brillantes caballeros, incluido el señor Melton, se dirigían a un grupo de hermosas doncellas agrupadas en un gran otomano. En todas partes sonaba un delicioso murmullo, roto ocasionalmente por una risa plateada no demasiado alta. Sidonia y Lord Eskdale no se unieron a las damas. Se quedaron unos momentos conversando y luego se arrojaron a un sofá.

—¿Quién es ese? —preguntó Sidonia a su compañero con bastante seriedad, cuando Coningsby los dejó.

—Es el nieto de Monmouth; el joven Coningsby.

—¡Ah! La nueva generación entonces promete. Me encontré con él una vez antes, por casualidad; me interesa.

—Me dicen que es un muchacho vivo. Es un favorito prodigioso aquí, y no me sorprendería si Monmouth lo hiciera su heredero.

—Espero que no sueñe con la herencia —dijo Sidonia—. Es la más enervante de las visiones.

—¿Admira a Lady Augustina St. Julians? —dijo la señora Guy Flouncey a Coningsby.

—No admiro a nadie excepto a usted.

—¡Oh, qué galante, señor Coningsby!

—¿Cuándo deben ser los hombres galantes, si no con las brillantes y hermosas? —dijo Coningsby.

—¡Ah, se está burlando de mí!

—No, no lo estoy. Estoy muy serio.

—Sus ojos se ríen. Ahora dígame, señor Coningsby, Lord Henry Sydney es un gran amigo suyo, ¿verdad?

—Muy.

—Es muy amable.

—Muy.

—Hace mucho por los pobres en Beaumanoir. Un lugar muy hermoso, ¿no es así?

—Muy.

—¿Tan hermoso como Coningsby?

—En este momento, con la señora Guy Flouncey en Coningsby, Beaumanoir no tendría oportunidad.

—¡Ah, se ríe de mí otra vez! Ahora dígame, señor Coningsby, ¿qué cree que haremos esta noche? Le considero, ya sabe, como el verdadero árbitro de nuestros destinos.

—Usted decidirá —dijo Coningsby.

—*Mon cher Harry* (Mi querido Harry) —dijo Madame Colonna, acercándose —, desean que Lucretia cante y no quiere. Debes pedírselo tú, no puede negarse a ti.

—Le aseguro que puede —dijo Coningsby.

—*Mon cher Harry*, tu abuelo me pidió que te rogara que le pidieras que cantara.

Así que Coningsby, de mala gana, se acercó a Lucretia, que estaba hablando con el Embajador ruso.

—Me envían en una misión infructuosa —dijo Coningsby, mirándola y captando su mirada.

—¿Qué y por qué? —respondió ella.

—La misión es suplicarle que nos haga a todos un gran favor; y la causa de su fracaso será que yo soy el enviado.

—Si el favor es para usted mismo, está concedido; y si usted es el enviado, nunca necesita temer el fracaso conmigo.

—Entonces debo presumir de llevármela —dijo Coningsby, inclinándose ante

el Embajador.

—Recuerde —dijo Lucretia, mientras se acercaban al instrumento—, que estoy cantando para usted.

—Es imposible olvidarlo nunca —dijo Coningsby, llevándola al piano con gran cortesía, pero solo con gran cortesía.

—¿Dónde está Mademoiselle Flora? —preguntó.

Coningsby encontró a *La Petite* acurrucada como detrás de algunos muebles, y aparentemente mirando algo de música. Levantó la vista cuando él se acercó, y una sonrisa se extendió por su rostro. *Vengo a pedir un favor* —dijo, y mencionó su petición.

—Cantaré —respondió ella—; pero solo dígame lo que le gusta.

Coningsby sintió la diferencia entre la cortesía de la cabeza y la del corazón, mientras contrastaba la manera de Lucretia y Flora. Nada podía ser más exquisitamente gracioso que la hija de Colonna esa noche; Flora, por el contrario, estaba bastante agitada y avergonzada; y no expresó su disposición con la mitad de la facilidad y la gracia de Lucretia; pero el brazo de Flora tembló cuando Coningsby la llevó al piano.

Mientras tanto, Lord Eskdale y Sidonia están en profunda conversación.

—¡Ja! ¡esa es una nota fina! —dijo Sidonia, y miró a su alrededor—. ¿Quién es esa que canta? ¿Alguna nueva *protégée* de Lord Monmouth?

—Es la hija de los Colonna —dijo Lord Eskdale—, la Princesa Lucretia.

—Pues no estaba en la cena hoy.

—No, no estaba allí.

—Mi voz favorita; y de todas, la más rara de encontrar. Cuando era niño, me hizo casi enamorarme incluso de Pisaroni.

—Bueno, la Princesa es apenas más hermosa. Es una pena que el plumaje no sea tan hermoso como la nota. Es simple.

—No; no simple con esa frente.

—Bueno, yo mismo la admiro bastante —dijo Lord Eskdale—. Tiene puntos finos.

—Acercémonos —dijo Sidonia.

La canción cesó, Lord Eskdale avanzó, hizo sus cumplidos y luego dijo: *No estuvo en la cena hoy*.

—¿Por qué debería estarlo? —dijo la Princesa.

—Por nosotros, por mí, si no por usted —dijo Lord Eskdale, sonriendo—. Su ausencia se ha notado y sentido, le aseguro, por otros además de mí. Mi amigo Sidonia está tan encantado con sus estremecedores tonos, que ha cerrado abruptamente una conversación que llevaba mucho tiempo esperando. ¿Lo conoce? ¿Puedo presentarlo?

Y habiendo obtenido un consentimiento, no a menudo concedido, Lord Eskdale miró a su alrededor y, llamando a Sidonia, presentó a su amigo a la Princesa.

—Lord Eskdale me dice que le gusta la música —dijo Lucretia.

—Cuando es excelente —dijo Sidonia.

—Pero eso es tan raro —dijo la Princesa.

—Y precioso como el Paraíso —dijo Sidonia—. En cuanto a la música indiferente, es el Purgatorio; pero cuando es mala, por mi parte me siento...

—¿Dónde? —dijo Lord Eskdale.

—En el último círculo del Infierno —dijo Sidonia.

Lord Eskdale se volvió hacia Flora.

—¿Y en qué círculo nos sitúa a los que estamos aquí? —preguntó la Princesa a Sidonia.

—Demasiado pulido para su verso —respondió su compañero.

—Quiere decir demasiado insípido —dijo la Princesa—. Desearía que la vida fuera un poco más dantesca.

—No hay menos tesoro en el mundo —dijo Sidonia— porque usamos papel moneda; y no hay menos pasión que antaño, aunque sea *bon ton* (buen tono) estar tranquilo.

—¿Cree eso? —dijo la Princesa, inquisitivamente, y luego mirando alrededor del apartamento—. ¿Tienen estos autómatas, en verdad, almas?

—Algunos de ellos —dijo Sidonia—. Tantos como habrían tenido almas en el siglo XIV.

—Pensé que se daban cuerda todos los días —dijo la Princesa.

—Algunos son autoimpulsados —dijo Sidonia.

—¿Y puede decirlo de un vistazo? —preguntó la Princesa—. ¿Es usted uno de los que saben leer la naturaleza humana?

—Es un libro abierto para todos.

—¿Pero si no pueden leer?

—Esos deben ser sus autómatas.

—Lord Monmouth me dice que es un gran viajero.

—No he descubierto un nuevo mundo.

—¿Pero lo ha visitado?

—Se está haciendo viejo.

—Preferiría recordar lo viejo que descubrir lo nuevo —dijo la Princesa.

—Ambos tenemos razón —dijo Sidonia—. Nuestros nombres son los nombres del Pasado.

—No amo un mundo de Utilidad —dijo la Princesa.

—Prefiere ser célebre a ser cómoda —dijo Sidonia.

—Me parece que el mundo se está marchitando bajo la rutina.

—Es la suerte inevitable de la humanidad —dijo Sidonia—. El hombre debe ser siempre el esclavo de la rutina: pero en los viejos tiempos era una rutina de grandes pensamientos, y ahora es una rutina de pequeños.

La velada transcurrió; el baile sucedió a la canción; las damas desaparecían rápidamente; el propio Coningsby meditaba un movimiento, cuando Lord Beaumanoir, al pasar, le dijo: *Ven a la habitación de Lucian Gay; vamos a fumar un cigarro*.

Este era un lugar favorito, hacia la medianoche, de varios de los miembros más jóvenes de la fiesta en el Castillo, a quienes les gustaba encontrar

relajación de las graves gravedades de la vida pulida en los efluvios del tabaco, la inspiración del *whiskey toddy* (ponche de whisky), y el infinito entretenimiento de la conversación y compañía de Lucian Gay. Esta era la hora genial cuando la buena historia alegraba, el juego de palabras brillaba, y la canción chispeaba con alegre alegría o alegre imitación. Esta noche, siendo la iniciación de Coningsby, hubo una reunión general especial del *Grumpy Club* (Club de los Malhumorados), en la que todos debían decir las cosas más alegres con la cara más grave, y cada risa llevaba una multa. Lucian era el inimitable presidente. Contó una historia por la que era famoso, de *la muy respetable familia del condado que había estado establecida en el distrito durante varias generaciones, pero que, era un hecho, siempre se había distinguido por la extraña y humillante peculiaridad de nacer con colas de oveja*. Las notables circunstancias bajo las cuales Lucian Gay se había enterado de este hecho; los misterios tradicionales por los cuales la familia en cuestión había logrado durante generaciones mantenerlo en secreto; las medidas decididas a las que el jefe de la familia recurrió para detener para siempre el rumor cuando se volvió prevalente; y finalmente el origen y el resultado de la leyenda; eran detalles que a Lucian Gay, con el rostro más lamentable, le encantaba gastar en la inteligencia atenta y en expansión de un nuevo miembro del *Grumpy Club*. Por familiares que todos los presentes estaban con la historia cuyo estímulo de risibilidad agonizante todos a su vez habían experimentado, fue con extrema dificultad que alguno de ellos pudo resistir la fatal explosión que debía ir acompañada de la temida multa. Lord Beaumanoir miró la mesa con desesperada seriedad, un ominoso fruncimiento tembloroso alrededor de sus labios; el señor Melton metió su pañuelo en su boca con una mano, mientras encendía el extremo equivocado de un cigarro con la otra; un joven se colgó sobre el respaldo de su silla pellizcándose como un faquir, mientras otro escondía su rostro sobre la mesa.

—Fue en la cena de caza —continuó Lucian Gay, en un tono casi solemne—, que por un momento prevaleció la idea de que Sir Mowbray Cholmondeley Fetherstonehaugh, como cabeza de la familia, había resuelto terminar para siempre estas misteriosas calumnias sobre su raza, que habían circulado en el condado durante más de dos siglos; me refiero a que la muy respetable familia de los Cholmondeley Fetherstonehaugh tenía la desgracia de estar adornada con ese apéndice al que me he referido. Estando brindando por su salud, Sir Mowbray Cholmondeley Fetherstonehaugh se levantó. Era un poco impopular en ese momento, por una fea historia sobre matar zorros, y los invitados no estaban tan callados como los oradores generalmente desean, así que el Honorable Baronet pidió particular atención a un asunto personal para él mismo. Instantáneamente hubo un silencio absoluto—, pero aquí Coningsby, que se había movido durante algún tiempo muy inquieto en su silla, se levantó de repente y, luchando por un momento contra la convulsión interior, pero en vano, golpeó el suelo con el pie y dio un grito.

—Una canción del señor Coningsby —dijo el presidente del *Grumpy Club*, en medio de una universal, y ahora permisible, carcajada de risa.

Coningsby no sabía cantar; así que debía favorecerlos como sustituto con un discurso o un sentimiento. Pero Lucian Gay siempre dejaba salir de estas multas fácilmente, y, en verdad, estaba siempre listo para cumplirlas por todos. Canción, discurso o sentimiento, los derramaba todos; ni faltaban pasatiempos más activos. Podía bailar una Tarantela como un Lázaro, y ejecutar una Cracoviana con todas las gracietas melindrosas de una heroína de ballet.

Sus poderes de imitación, en verdad, eran grandes y versátiles. Pero en nada era tan feliz como en un debate Parlamentario. Y era notable que, aunque él mismo era un hombre que en ocasiones ordinarias era bastante incapaz sin infinita perplejidad de expresar públicamente su sentido de la mera cortesía de la sociedad, no solo era un maestro del estilo de cada orador distinguido en ambas cámaras, sino que parecía en su juego imitativo apropiarse de sus peculiaridades intelectuales así como físicas, y te presentaba su mente así como su manera. Hubo varios intentos esta noche para inducir a Lucian a complacer a sus invitados con un debate, pero parecía evitar el esfuerzo, que era grande. A medida que la noche se hacía vieja, sin embargo, y cada hora se volvía más animado, de repente rompió sin más presión en la prometida diversión; y Coningsby escuchó con admiración una discusión, cuyo único defecto era que era más parlamentaria que la original, *plus Arabe que l'Arabie* (más árabe que Arabia).

El Duque nunca fue más corto, ni Sir Robert más especioso; era tan fogoso como Stanley, y tan mordaz como Graham. Tampoco hacía menos justicia a sus oponentes. Lord Palmerston nunca trató un tema profundo con una más agradable volubilidad; y cuando Lucian se levantó a una hora temprana de la mañana, en una sala llena igualmente agotada y excitada, y después de haber soportado durante horas, en sarcástico silencio, el dedo amenazador de Sir Robert, agitándose sobre la mesa verde y apelando a sus malas acciones en los irrevocables registros de Hansard, el propio Lord John no podría haber proporcionado un representante más perfecto del valor.

Pero por fuerte que fuera la risa, y vehemente la ovación con que se recibían las actuaciones de Lucian, todas estas efervescencias se hundieron en la insignificancia en comparación con la recepción que recibió lo que él mismo anunció que sería el discurso de la noche. Habiendo bebido muchos *quaighs* (tazones) de ponche, insistió en pronunciarlo sobre la mesa, una proposición con la que sus oyentes cerraron inmediatamente.

El orador apareció, el gran hombre de la noche, que iba a responder a todos

en ambos lados. ¡Ah! esa voz áspera, ese estilo arrogante, esa superficialidad insolente que decidía sobre todo, esa ignorancia insolente que contradecía a todos; era imposible equivocarse. Y Coningsby tuvo el placer de ver reproducido ante él al guardián de su juventud y al patrón del imitador, el Muy Honorable Nicholas Rigby.

CAPÍTULO XII

Madame Colonna, con esa vivaz energía que caracteriza al sur, no bien hubo visto a Coningsby y oído sus alabanzas celebradas por su abuelo, resolvió que una alianza tendría lugar tarde o temprano entre él y su hijastra. Comunicó sus proyectos sin demora a Lucretia, quien los recibió en un espíritu diferente de aquel en que fueron comunicados. Lucretia se parecía tan poco a su madrastra en carácter como en persona. Si no poseía su belleza, había nacido con un intelecto de mucha mayor capacidad y alcance. Tenía un juicio profundo. Una alianza apresurada con un joven, arreglada por sus parientes mutuos, podría convenir muy bien al clima y las costumbres de Italia, pero Lucretia sabía bien que era completamente opuesta a los hábitos y sentimientos de este país. No estaba convencida de que Coningsby quisiera casarse con ella, o, si estuviera dispuesto, de que su abuelo sancionara un paso así en alguien que aún estaba en el umbral del mundo. Lucretia recibió, por lo tanto, las sugerencias y propuestas de Madame Colonna con frialdad e indiferencia; incluso se podría decir desprecio, pues no sentía respeto por esta dama, ni se esforzaba por demostrarlo. Aunque realmente más joven que Coningsby, Lucretia sentía que una mujer de dieciocho años es, en todas las consideraciones mundanas, diez años mayor que un joven de la misma edad. Anticipaba que podría pasar un tiempo considerable antes de que Coningsby sintiera necesario sellar su destino mediante el matrimonio, mientras que, por otro lado, no solo estaba ansiosa, sino resuelta, a no demorar por su parte su emancipación de la molesta posición en la que se encontraba con frecuencia.

Lucretia sentía más que expresaba estas ideas e impresiones. No era naturalmente comunicativa, y conversaba con nadie con menos franqueza y facilidad que con su madrastra. Madame Colonna, por lo tanto, no encontró razones en su conversación con Lucretia para cambiar su determinación. Como su mente no era ingeniosa, no veía las preguntas bajo esas diversas luces que nos hacen al mismo tiempo débiles de propósito y tolerantes. Lo que ella imaginaba que debía hacerse, imaginaba que debía hacerse; pues no percibía un curso intermedio o alternativa. En cuanto al resto, la actitud de Lucretia hacia ella le daba poca incomodidad. Además, ella misma, aunque bonachona, era obstinada. Sus sentimientos no eran muy agudos; nada la molestaba mucho. Mientras tuviera vestidos bonitos, buenas cenas y palcos de ópera, podía soportar que sus planes se frustraran como una filósofa; y su

consuelo bajo sus dispositivos no realizados era su admirable consistencia, que siempre le aseguraba que sus proyectos eran sabios, aunque incumplidos.

Le contó su propósito al señor Rigby, para ganar no solo su adhesión a sus puntos de vista, sino su ayuda para lograrlos. Como Madame Colonna, en la estimación del señor Rigby, ejercía más influencia sobre Lord Monmouth que cualquier otro individuo, fiel a su política o práctica, estuvo de acuerdo con todos los planes y deseos de Madame Colonna, y se ofreció voluntariamente a promoverlos en el acto. En cuanto al Príncipe, su esposa nunca lo consultaba sobre ningún tema, ni él deseaba ser consultado. Al contrario, no tenía opinión sobre nada. Todo lo que requería era que estuviera rodeado de lo que contribuía a su disfrute personal, que nunca lo molestaran y que tuviera billar. No era inexperto en deportes de campo, montaba muy bien para un italiano, pero nunca le importaba estar al aire libre; y solo había una habitación en el interior que lo interesaba apasionadamente. Era donde las bolas que resonaban denotaban el barrido peligroso o el efectivo cañoneo. Esa era la cámara donde el Príncipe Colonna literalmente existía. Media hora después del desayuno, estaba en la sala de billar; nunca la abandonaba hasta que se vestía para la cena; y generalmente se las arreglaba, mientras el mundo se divertía o se entretenía en la comedia o en el baile, para escabullirse con algunos espíritus afines a la cámara mágica e iluminada, y usar su taco hasta la hora de acostarse.

Fiel a sus primeras impresiones, Lucretia no había hecho ninguna diferencia en su comportamiento hacia Coningsby de la que ofrecía a los demás invitados. Educada, pero poco comunicativa; dispuesta a responder, pero nunca iniciando conversación; lo encantaba tan poco con su manera como con su persona; y después de algunos intentos, no muy esforzados, para interesarla, Coningsby había dejado de dirigirse a ella. El día pasaba con solo un débil reconocimiento entre ellos; incluso ese a veces omitido.

Cuando, sin embargo, Lucretia observó que Coningsby se había convertido en una de las personas más notables del Castillo; cuando oyó por todas partes sus talentos y logros, su belleza y gracia y grandes conocimientos, y percibió que era cortejado por todos; que Lord Monmouth no omitía ocasión para manifestar públicamente hacia él su consideración y aprecio; que parecía generalmente considerado como el heredero de su abuelo; y que Lady St. Julians, más docta en ese sentido que cualquier dama del reino, fue oída más de una vez lamentar no haber traído otra hija con ella, Clara Isabella, además de Augustina; la Princesa Lucretia comenzó a imaginar que Madame Colonna, después de todo, podría no ser tan extravagante en su propósito como había supuesto al principio. Por lo tanto, sorprendió a Coningsby con la casi afectuosa morosidad con la que, mientras odiaba cantar, sin embargo encontraba placer en cantar para él solo. Y es imposible decir cuál podría

haber sido el siguiente movimiento en sus tácticas a este respecto, si la noche misma en que había resuelto comenzar el encantamiento de Coningsby no le hubiera presentado a Sidonia.

La Princesa Lucretia encontró la oscura y quieta mirada del amigo de Lord Eskdale. Él también contempló a una mujer diferente a las demás, y con su fina experiencia, tanto como hombre como fisiólogo, sintió que estaba en presencia de una organización no ordinaria. Desde la noche de su presentación, Sidonia buscó la compañía de la Princesa Lucretia. No podía quejarse de su reserva. Desplegaba su mente en una inteligencia variada y altamente cultivada. Reconocía en ella un espíritu profundo y sutil, una lectura considerable para una mujer, hábitos de pensamiento, y un alma apasionada y audaz. Resolvió subyugar a alguien cuya apreciación había ganado, y que la había subyugado. El profundo significado y la actitud tranquila de Sidonia se combinaban para abatir su espíritu. Luchó contra el hechizo. Trató de rivalizar con su poder; de competir con él, y con las mismas armas. Pero por rápida que fuera su pensamiento y brillante su expresión, su corazón latía en tumulto; y, con toda su aparente serenidad, su alma agitada era presa de una pasión absorbente. No podía competir con ese ojo inteligente, pero inescrutable; con esa actitud tan llena de interés y respeto, y sin embargo tan tranquila. Además, no estaban en igualdad de condiciones. Aquí había una chica compitiendo con un hombre sabio en los caminos del mundo.

Entre Sidonia y Coningsby surgió inmediatamente una compañía. La mañana después de su llegada, salieron a cazar juntos. Después de un largo paseo, se tumbaban en el césped bajo un árbol sombreado, a menudo junto a algún arroyo donde crecían los berros, lo que añadía un lujo a su comida de caza; y entonces Coningsby llevaba su conversación a algún tema sobre el cual Sidonia derramaba su mente con toda esa profundidad de reflexión, variedad de conocimiento y riqueza de memoria ilustrativa que lo distinguían; y que ofrecía un contraste tan llamativo con el talento agudo, la información superficial y la astucia mundana que hacen a un Rigby.

Esta camaradería entre Sidonia y Coningsby elevó a este último aún más en la estimación de Lucretia, y la hizo aún más deseosa de ganar su buena voluntad y opinión. Una gran amistad parecía haber surgido entre ellos, y el mundo comenzó a creer que debía haber algún fundamento para las indirectas de Madame Colonna. Esa dama no estaba en lo más mínimo alarmada por la atención que Sidonia prestaba a su hijastra. Era, por supuesto, bien sabido que Sidonia no era un hombre casadero. Era, sin embargo, un gran amigo del señor Coningsby, su presencia y compañía acercaban más a Coningsby y Lucretia; y por muy halagada que su hija pudiera estar por el momento por el homenaje de Sidonia, aún así, como

finalmente descubriría, si alguna vez se preocupara por hacerlo, que Sidonia solo podía ser su admirador, Madame Colonna no tenía ninguna duda de que, en última instancia, Coningsby sería el esposo de Lucretia, como había arreglado desde el principio.

La Princesa Lucretia era una excelente amazona, aunque rara vez se unía a las diversas partidas de cabalgata que se formaban a diario en el Castillo. A menudo, de hecho, acompañada solo por su mozo de cuadra, se encontraba con los jinetes. Ahora cabalgaba con Sidonia y Coningsby, y como una compañera femenina era indispensable, insistió en que *La Petite* la acompañara. Esta fue una prueba temible para Flora, pero la enfrentó, animada por la amable solicitud de Coningsby, que siempre parecía su amigo.

Muy poco después de la llegada de Sidonia, el Gran Duque y su séquito abandonaron el Castillo, que había sido el cuartel general de Su Alteza durante su visita a los distritos manufactureros; pero ningún otro gran cambio en la compañía reunida ocurrió durante algún tiempo.

CAPÍTULO XIII

—Observará un curioso rasgo —dijo Sidonia a Coningsby— en la historia de este país: el depositario del poder es siempre impopular; todos se combinan contra él; siempre cae. El poder fue depositado en los grandes Barones; la Iglesia, utilizando al Rey como su instrumento, aplastó a los grandes Barones. El poder fue depositado en la Iglesia; el Rey, sobornando al Parlamento, saqueó la Iglesia. El poder fue depositado en el Rey; el Parlamento, utilizando al Pueblo, decapitó al Rey, expulsó al Rey, cambió al Rey y, finalmente, sustituyó al Rey por un oficial administrativo. Durante ciento cincuenta años, el Poder ha sido depositado en el Parlamento, y durante los últimos sesenta o setenta años se ha vuelto cada vez más impopular. En 1830 se intentó mediante una reconstrucción recuperar el afecto popular; pero, en verdad, como el Parlamento entonces solo se hizo más poderoso, solo se ha vuelto más odioso. Como vemos que los Barones, la Iglesia, el Rey, se han devorado mutuamente por turno, y que el Parlamento, el último devorador, permanece, es imposible resistir la impresión de que este cuerpo también está condenado a ser destruido; y es un estadista sagaz el que puede detectar en qué forma y en qué cuarto surgirá el gran consumidor.

—Entonces tiene una visión oscura de nuestra posición.

—Perturbada, no oscura. No atribuyo a las instituciones políticas esa influencia primordial que es el sentimiento de esta era atribuirles. El Senado que se enfrentó a Breno en el Foro era el mismo cuerpo que registró en una

era posterior los libertinos decretos de un Nerón. El *trial by jury* (juicio por jurado), por ejemplo, es considerado por todos como el Paladio de nuestras libertades; sin embargo, un jurado, en un período muy reciente de nuestra propia historia, el reinado de Carlos II, era un tribunal tan inicuo como la Inquisición. Y una expresión más grave se apoderó del rostro de Sidonia mientras recordaba lo que esa Inquisición había operado sobre su propia raza y su propio destino. Hay familias en este país —continuó—, de ambos grandes partidos históricos, que en la persecución de sus casas, el asesinato y la proscripción de algunos de sus miembros más ilustres, encontraron jueces tan injustos y despiadados en un jurado abierto de sus compatriotas como nosotros en los cónclaves de Madrid y Sevilla.

—Entonces, ¿dónde buscaría la esperanza?

—En lo que es más poderoso que las leyes e instituciones, y sin lo cual las mejores leyes y las instituciones más hábiles pueden ser letra muerta, o los mismos medios de tiranía en el carácter nacional. No es en la creciente debilidad de sus instituciones donde veo el peligro de Inglaterra; es en la decadencia de su carácter como comunidad.

—Y sin embargo, difícilmente podría describir esto como una era de corrupción.

—No de corrupción política. Pero es una era de desorganización social, mucho más peligrosa en sus consecuencias, porque mucho más extensa. Puede tener un gobierno corrupto y una comunidad pura; puede tener una comunidad corrupta y una administración pura. ¿Cuál elegiría?

—Ninguna —dijo Coningsby—; deseo ver a un pueblo lleno de fe, y a un gobierno lleno de deber.

—Confíe en ello —dijo Sidonia—, que Inglaterra debería pensar más en la comunidad y menos en el gobierno.

—Pero dígame, ¿qué entiende por el término *national character* (carácter nacional)?

—Un carácter es una reunión de cualidades; el carácter de Inglaterra debe ser una reunión de grandes cualidades.

—Pero no podemos negar que los ingleses tienen grandes virtudes.

—La civilización de mil años debe producir grandes virtudes; pero estamos hablando de la decadencia de la virtud pública, no de su existencia.

—¿En qué, entonces, rastrea esa decadencia?

—En el hecho de que las diversas clases de este país están enfrentadas entre sí.

—¿Pero a qué atribuye esas hostilidades recíprocas?

—No enteramente, ni siquiera principalmente, a esas causas económicas de las que tanto oímos. Considero todas esas como causas secundarias, que, en cierto grado, deben existir siempre, que se imponen en tiempos turbulentos, y que en todo momento es deber de los sabios estadistas vigilar, regular, mejorar y modificar.

—Hablo para obtener la verdad, no para mantener opiniones —dijo Coningsby—; porque no tengo ninguna —añadió, tristemente.

—Creo —dijo Sidonia— que no hay error tan vulgar como creer que las revoluciones son causadas por causas económicas. Intervienen, sin duda, muy a menudo para precipitar una catástrofe; muy raramente ocasionan una. No conozco ningún período, por ejemplo, en el que el confort físico estuviera más difundido en Inglaterra que en 1640. Inglaterra tenía una población moderada, una agricultura muy mejorada, un comercio rico; sin embargo, estaba al borde de los mayores y más violentos cambios que había experimentado hasta entonces.

—Ese fue un movimiento religioso.

—Admítelo; la causa, entonces, no fue física. La imaginación de Inglaterra se levantó contra el gobierno. Prueba, entonces, que cuando esa facultad está en movimiento en una nación, sacrificará incluso el confort físico para seguir sus impulsos.

—¿Cree, entonces, que hay un deseo salvaje de un cambio político extenso en el país?

—Apenas eso: Inglaterra está perpleja en el momento presente, no es inventiva. Esa será la próxima fase en su estado moral, y hacia eso deseo atraer sus pensamientos. Por mi parte, mientras atribuyo poca influencia a las causas físicas para la producción de esta perplejidad, estoy aún menos convencido de que pueda ser eliminada por cualquier nueva disposición del poder político. Solo agravaría el mal. Eso sería volver al viejo error de suponer que se puede encontrar necesariamente el contento nacional en las instituciones políticas. Una institución política es una máquina; la fuerza motriz es el carácter nacional. Con eso depende si la máquina beneficiará a la sociedad o la destruirá. La sociedad en este país está perpleja, casi paralizada;

con el tiempo se moverá, y concebirá. ¿Cómo se van a mezclar de nuevo los elementos de la nación? ¿En qué espíritu se va a llevar a cabo esa reorganización?

—Saber eso sería saberlo todo.

—Al menos liberémonos de la doble ignorancia de los platónicos. No seamos ignorantes de que somos ignorantes.

—Me he emancipado de esa oscuridad durante mucho tiempo —dijo Coningsby—. Durante mucho tiempo mi mente ha estado meditando sobre estos pensamientos, pero para mí todo sigue siendo oscuridad.

—En este país —dijo Sidonia—, desde la paz, ha habido un intento de abogar por una reconstrucción de la sociedad sobre una base puramente racional. El *principle of Utility* (principio de Utilidad) ha sido poderosamente desarrollado. No hablo con ligereza de los trabajos de los discípulos de esa escuela. Me inclino ante el intelecto en todas sus formas; y deberíamos estar agradecidos a cualquier escuela de filósofos, incluso si no estamos de acuerdo con ellos; doblemente agradecidos en este país, donde durante tanto tiempo nuestros estadistas estuvieron en un atraso tan lamentable de inteligencia pública. Ha habido un intento de reconstruir la sociedad sobre una base de motivos y cálculos materiales. Ha fallado. Debe haber fallado en última instancia bajo cualquier circunstancia; su fracaso en un reino antiguo y densamente poblado era inevitable. ¡Cuán limitada es la razón humana, los más profundos investigadores son los más conscientes! No debemos a la Razón del hombre ninguno de los grandes logros que son los hitos de la acción humana y el progreso humano. No fue la Razón la que sitió Troya; no fue la Razón la que envió al sarraceno desde el Desierto para conquistar el mundo; la que inspiró las Cruzadas; la que instituyó las órdenes monásticas; no fue la Razón la que produjo a los jesuitas; sobre todo, no fue la Razón la que creó la Revolución Francesa. El hombre solo es verdaderamente grande cuando actúa desde las pasiones; nunca es irresistible sino cuando apela a la imaginación. Incluso Mormón cuenta más devotos que Bentham.

—¿Y piensa, entonces, que así como la Imaginación sometió una vez al Estado, la Imaginación puede ahora salvarlo?

—El hombre está hecho para adorar y obedecer: pero si no le mandas, si no le das nada que adorar, se fabricará sus propias divinidades y encontrará un jefe en sus propias pasiones.

—Pero ¿dónde podemos encontrar fe en una nación de sectarios? ¿Quién puede sentir lealtad hacia un soberano de Downing Street?

—Hablo de los principios eternos de la naturaleza humana, usted me responde con los accidentes pasajeros de la hora. Las sectas surgen y las sectas desaparecen. ¿Dónde están los hombres de la Quinta Monarquía? Inglaterra está gobernada por Downing Street; una vez fue gobernada por Alfredo e Isabel.

CAPÍTULO XIV

Por esta época, una carrera de obstáculos en el oeste de Inglaterra había atraído considerable atención. Este deporte era entonces de reciente introducción en Inglaterra, y es, de hecho, una importación de origen irlandés, aunque ha florecido en nuestro suelo. Un joven guardia, que era entonces invitado en el Castillo, y que había estado en guarnición en Irlanda, tenía cierta experiencia de este pasatiempo en el país de Kildare, y propuso que hicieran una carrera de obstáculos en Coningsby. Esta fue una sugerencia muy agradable para el Marqués de Beaumanoir, célebre por sus hazañas de equitación, y, en verdad, para la mayoría de los invitados. Se acordó que la carrera se llevara a cabo de inmediato, antes de que alguno de los presentes, muchos de los cuales mostraban síntomas de estar a punto de irse, hubiera abandonado el Castillo. El joven guardia y el señor Guy Flouncey habían inspeccionado el país y habían seleccionado una línea que consideraban muy apropiada para la escena de acción. Desde una colina de tierra común, se miraba hacia el valle de Coningsby, ricamente cultivado, profundamente zanjado y rígidamente cercado; el valle estaba limitado por otro terreno elevado, y la escena estaba admirablemente calculada para dar una vista extensa a una multitud.

La distancia a lo largo del valle era de dos millas de ida y dos de vuelta; la salida era también la meta, y las banderas, que se colocaban en cada valla que los caballos debían pasar, debían pasarse a la izquierda del jinete tanto a la ida como a la vuelta; de modo que aunque los caballos tenían que saltar las mismas vallas hacia adelante y hacia atrás, no podían pasar por el mismo lugar dos veces. En el último campo antes de girar, había un arroyo de diecisiete pies de lado a lado, con buen despegue en ambas orillas. Aquí comenzaba el verdadero trabajo.

Lord Monmouth aprobó mucho el esquema, pero mencionó que las apuestas debían ser moderadas y abiertas a todo el condado. La vecindad tuvo una semana de preparación, y las inscripciones para la carrera de obstáculos de Coningsby fueron numerosas. Lord Monmouth, después de una reserva por cuenta propia, puso su caballeriza al servicio de sus invitados. Por su parte, ofreció respaldar a su caballo, Sir Robert, que debía ser montado por su nieto.

Ahora, no se hablaba ni se pensaba en nada en el Castillo de Coningsby excepto en el próximo deporte. Las damas compartían la excitación general. Bordaban pañuelos, bufandas y guantes con los respectivos colores de los rivales, y trataban de hacer gorras de jockey. Lady St. Julians pospuso su partida prevista en consecuencia. Madame Colonna deseaba que pudiera idearse algún medio por el cual todas pudieran ganar.

Sidonia, con los otros competidores, había recorrido el terreno a caballo y había mirado el arroyo con ojo de experto. A su regreso al Castillo, envió un despacho para que le trajeran parte de su caballeriza.

Coningsby estaba todo ansioso por ganar. Estaba orgulloso de la confianza de su abuelo al respaldarlo. Tenía un caballo poderoso y un excelente saltador, y estaba resuelto a no acobardarse. La noche antes de la carrera, retirándose algo más temprano de lo habitual a su cámara, observó sobre su tocador un pequeño paquete dirigido a su nombre, con una letra desconocida. Al abrirlo, encontró una bonita chaqueta de carreras bordada con sus colores rosa y blanco. Esta fue una circunstancia desconcertante, pero imaginó que en general era un buen augurio. ¿Y quién era la donante? Ciertamente no la Princesa Lucretia, pues la había observado confeccionando unos listones granates, que eran los colores de Sidonia. Difícilmente podría ser de la señora Guy Flouncey. Quizás Madame Colonna para complacer al Marqués. Pensando en este incidente, se quedó dormido.

La mañana antes de la carrera llegaron los caballos de Sidonia. Todos fueron a examinarlos a las caballerizas. Entre ellos había una yegua árabe. Coningsby reconoció a *la Hija de la Estrella*. Era muy admirada por sus cualidades; pero Guy Flouncey susurró al señor Melton que ella nunca podría hacer el trabajo.

—Pero Lord Beaumanoir dice que él es todo por la velocidad contra la fuerza en estos asuntos —dijo el señor Melton.

Guy Flouncey sonrió incrédulamente.

La noche antes de la carrera llovió bastante fuerte.

—Supongo que el país no será muy parecido a los Desiertos de Arabia —dijo el señor Guy Flouncey, con una mirada de entendimiento al señor Melton, que anotaba una apuesta en su cuaderno de memorándums.

La mañana era hermosa, clara y soleada, con una suave brisa del oeste. La salida estaba a unas tres millas del Castillo; pero, mucho antes de la hora, las colinas circundantes estaban cubiertas de gente; escuderos y granjeros; con no pocas de sus esposas e hijas; muchos campesinos con su blusa de labranza,

y muchos trabajadores de las fábricas vecinas. Los jinetes aficionados llegaron gradualmente. Las inscripciones eran muy numerosas, aunque se entendía que no más de una docena llegarían a la salida, y la mitad de ellos eran invitados de Lord Monmouth. A la una y media llegó el cortejo del Castillo y ocupó el puesto que se les había preparado en la cima de la colina. Lord Monmouth fue muy vitoreado a su llegada. En el coche con él estaban Madame Colonna y Lady St. Julians. La Princesa Lucretia, Lady Gaythorp, la señora Guy Flouncey, acompañadas por Lord Eskdale y otros caballeros, formaban una compañía brillante. Apenas había un doméstico en el Castillo que no estuviera allí. Los comediantes, en verdad, no se preocuparon por venir, pero Villebecque persuadió a Flora para que lo llevara a la carrera en un buggy que tomó prestado del administrador.

La salida debía ser a las dos en punto. Los jinetes aficionados están reunidos. Nunca jinetes fueron montados y equipados con mejor estilo. Los *stewards* (comisarios) y el secretario de la pista los acompañan a la salida. Allí están reunidos ahora. Guy Flouncey sube un escalón los estribos; el señor Melton mira sus cinchas. En unos momentos, se pronunciará el irrevocable monosílabo.

La corneta suena para que se den la vuelta; el secretario de la pista canta: Caballeros, ¿están todos listos? No se hace objeción, se da la orden de salida, y quince jinetes parten con excelente estilo.

El Príncipe Colonna, que montaba como el Príncipe Rupert, tomó la delantera, seguido de cerca por un robusto *yeoman* (campesino propietario) en un viejo caballo blanco de gran celebridad provincial, que hacía una carrera constante y, por su apariencia y acción, un cliente difícil. El resto, con dos excepciones, lo siguió en grupo a poca distancia, y en este orden continuaron, con muy poca variación, durante las primeras dos millas, aunque había varias vallas de bueyes, y una o dos de ellas notablemente rígidas. De hecho, parecían más caballos corriendo por un recorrido que sobre un terreno. Las dos excepciones fueron Lord Beaumanoir en su caballo *Rayo de Sol*, y Sidonia en el árabe. Estos se mantuvieron ligeramente en la retaguardia.

Casi de esta manera se acercaron al temido arroyo. En verdad, con la excepción de los dos últimos jinetes, que estaban a unas treinta yardas detrás, parecía que se podría haber cubierto el resto del campo con una sábana. Llegaron al arroyo al mismo tiempo: diecisiete pies de agua entre bancos fuertes y sólidos no es un trabajo de vacaciones; pero cargaron con intrepidez inquebrantable. Pero qué revolución en su orden animado produjo ese instante. Una batería enmascarada de metralla y uva no podría haber logrado una ejecución más terrible. Coningsby solo aterrizó claramente en la orilla

opuesta; pero en cuanto al resto, pareció por un momento que todos estaban en medio del arroyo, uno sobre otro, chapoteando, pateando, maldiciendo; todos tratando de salir y mantener a otros dentro. El señor Melton y el robusto *yeoman* recuperaron sus sillas y pronto estuvieron de nuevo en la persecución. El Príncipe perdió su caballo, y no estaba solo en su desgracia. El señor Guy Flouncey yacía de espaldas con un caballo sobre su diafragma; solo su cabeza fuera del agua, y su boca llena de hierba y hojas de muelle. Y si no hubiera habido ayuda a mano, él y varios otros podrían haber permanecido luchando en su lecho acuático durante un período considerable. En medio de este tumulto, el Marqués y Sidonia, al mismo tiempo, cruzaron el arroyo.

Los asuntos ahora se volvieron interesantes. Aquí Coningsby tomó la delantera, con Sidonia y el Marqués pegados a sus cuartos traseros. El señor Melton había ido por el lado incorrecto de una bandera, y el robusto *yeoman*, aunque cerca, ya confiaba mucho en sus espuelas. En la distancia extrema se podían detectar tres o cuatro rezagados. Así continuaron hasta dentro de tres campos de la meta. Un campo arado acabó con el viejo caballo blanco; el *yeoman* hundió sus espuelas hasta las roldanas, pero el único efecto del experimento fue que el caballo se quedó completamente quieto. Coningsby, Sidonia y el Marqués estaban ahora todos juntos. La meta está a la vista, y una puerta alta y fuerte conduce al último campo. Coningsby, con aspecto de ganador, se lanzó galantemente hacia adelante y envió a Sir Robert a la puerta, pero había sobreestimado los poderes de su caballo en este punto del juego, y una caída estrepitosa fue la consecuencia: sin embargo, caballo y jinete estaban ambos en el lado correcto, y Coningsby estaba en su silla y trabajando de nuevo en un momento. Parecía que el Marqués estaba ganando. Solo quedaba una valla más; y el personal de a pie había hecho una brecha en el lado de un poste de puerta, y lo suficientemente ancha, como se dijo, para que pasara un carro de ruedas anchas. En lugar de pasar directamente sobre este hueco, *Rayo de Sol* se desvió hacia la puerta y arrojó a su jinete. Esto fue decisivo. *La Hija de la Estrella*, que aún iba hermosamente, tirando doble, y su jinete sentado tranquilamente, saltó sobre el hueco y entró primero; Coningsby, en Sir Robert, quedó segundo. La distancia medida era de unas cuatro millas; hubo treinta y nueve saltos; y se hizo en menos de quince minutos.

Lord Monmouth estaba muy contento con la destreza de su nieto, y su extrema cordialidad consoló a Coningsby bajo una derrota que fue muy molesta. Fue algún alivio que fuera vencido por Sidonia. Madame Colonna incluso derramó lágrimas por la decepción de su joven amigo, y la lamentó especialmente por Lucretia, que no había dicho nada, aunque se podía observar un rubor en su rostro habitualmente pálido. Villebecque, que había apostado, estaba tan extremadamente emocionado por todo el asunto,

especialmente durante los últimos tres minutos, que se olvidó por completo de su tranquila compañera, y cuando miró a su alrededor encontró a Flora desmayada.

—Montó bien —dijo Sidonia a Coningsby—; pero su caballo era más fuerte que rápido. Después de todo, esto es una carrera; y, a pesar de Salomón, en una carrera la velocidad debe ganar.

CAPÍTULO XV

A pesar de las fatigas de la mañana, la noche se pasó con gran alegría en el Castillo. Los caballeros juraron todos que, lejos de sentirse incómodos por sus percances, se sentían, en general, bastante mejor por ellos. El señor Guy Flouncey, en verdad, no parecía tan ágil y flexible como de costumbre; y el joven guardia, que antes había disertado en un estilo casi alarmante sobre los peligros y hazañas del país de Kildare, había caído en una notable reserva. Los provinciales estaban encantados con la equitación de Sidonia, e incluso los caballeros de Leicestershire admitieron que era un *customer* (cliente / tipo difícil).

Lord Monmouth llamó a Coningsby para que se sentara a su lado en el sofá y le habló de su próxima vida universitaria. Dio a su nieto muchos buenos consejos: le dijo que evitara beber, especialmente si alguna vez jugaba a las cartas, lo que esperaba que nunca hiciera; le instó a que nunca pidiera dinero prestado y a que limitara sus préstamos a pequeñas sumas, y solo a amigos de los que quisiera deshacerse; le impresionó especialmente que nunca permitiera que sus sentimientos se comprometieran con ninguna mujer; nadie, le aseguró Coningsby, despreciaba más esa debilidad que las propias mujeres. En verdad, cualquier tipo de sentimiento no convenía a la época actual: no era *bon ton* (buen tono); y en cierto grado siempre hacía a un hombre ridículo. Coningsby debía tener siempre ante sí la posible catástrofe de volverse ridículo. Era la prueba de conducta, dijo Lord Monmouth; el temor a volverse ridículo es la mejor guía en la vida, y salvará a un hombre de todo tipo de problemas. En cuanto al resto, Coningsby debía aparecer en Cambridge como correspondía al nieto favorito de Lord Monmouth. Su abuelo había abierto una cuenta para él con Drummonds, sobre la que debía girar para su considerable asignación; y si por casualidad se encontraba en un problema, sin importar de qué tipo, debía asegurarse de escribir a su abuelo, quien ciertamente lo sacaría de él.

—Tu partida es repentina —dijo la Princesa Lucretia, en tono bajo y profundo, a Sidonia, que estaba sentado a su lado y protegido de la observación general por los bailarines de vals que pasaban girando.

—Las partidas deben ser repentinas.

—No me gustan las partidas —dijo la Princesa.

—Ni a la Reina de Saba cuando dejó a Salomón. ¿Sabe lo que hizo?

—Dígame.

—Lloró mucho y dejó que uno de los pájaros del Rey volara al jardín. *Estás libre de tu jaula* —dijo—; *pero yo vuelvo a la mía*.

—¿Pero usted nunca llora? —dijo la Princesa.

—Nunca.

—¿Y siempre es libre?

—También lo son los hombres en el Desierto.

—¿Pero su vida no es un Desierto?

—Al menos se parece al Desierto en un aspecto: es inútil.

—La única vida inútil es la de la mujer.

—Sin embargo, ha habido heroínas —dijo Sidonia.

—La Reina de Saba —dijo la Princesa, sonriendo.

—Una favorita mía —dijo Sidonia.

—¿Y por qué era una favorita suya? —preguntó Lucretia con bastante ansiedad.

—Porque pensaba profundamente, hablaba finamente y se movía con gracia.

—Y sin embargo podría ser una dama muy insensible al mismo tiempo —dijo la Princesa.

—Nunca pensé en eso —dijo Sidonia.

—El corazón, aparentemente, no cuenta en su filosofía.

—Lo que llamamos corazón —dijo Sidonia— es una sensación nerviosa, como la timidez, que desaparece gradualmente en la sociedad. Es ferviente en la guardería, fuerte en el círculo doméstico, tumultuoso en la escuela. Los afectos son los hijos de la ignorancia; cuando el horizonte de nuestra

experiencia se expande, y los modelos se multiplican, el amor y la admiración desaparecen imperceptiblemente.

—Temo que el horizonte de su experiencia se haya expandido mucho. Con sus opiniones, ¿qué encanto puede haber en la vida?

—El sentido de la existencia.

—Así que Sidonia se va mañana, Monmouth —dijo Lord Eskdale.

—¡Ja! —dijo el Marqués—. Debo conseguir que desayune conmigo antes de que se vaya.

La fiesta se disolvió. Coningsby, que había oído a Lord Eskdale anunciar la partida de Sidonia, se quedó para expresar su pesar y despedirse.

—No puedo dormir —dijo Sidonia—, y nunca fumo en Europa. Si no está rígido por sus heridas, venga a mis habitaciones.

Esta invitación fue aceptada de buena gana.

—Iré a Cambridge en una semana —dijo Coningsby—. Casi esperaba que pudiera quedarse tanto tiempo.

—Yo también; pero las cartas de esta mañana me reclaman. Si no hubiera sido por nuestra carrera, me habría ido inmediatamente. El ministro no puede pagar los intereses de la deuda nacional; no es una circunstancia sin precedentes, y ha recurrido a nosotros. Nunca permito que se realice ningún asunto de Estado sin mi interposición personal; así que debo ir a la ciudad inmediatamente.

—Supongamos que no lo paga —dijo Coningsby, sonriendo.

—Si siguiera mi propio impulso, me quedaría aquí —dijo Sidonia—. ¿Puede haber algo más absurdo que una nación recurra a un individuo para mantener su crédito, y, con su crédito, su existencia como imperio y su comodidad como pueblo; y ese individuo a quien sus leyes niegan los más orgullosos derechos de ciudadanía, el privilegio de sentarse en su senado y de poseer tierras? Pues aunque he sido lo bastante imprudente para comprar varias propiedades, mi opinión es que, según la ley actual de Inglaterra, un inglés de fe hebrea no puede poseer el suelo.

—Pero seguramente sería fácil derogar una ley tan liberal...

—¡Oh! en cuanto a la intolerancia, no tengo ninguna objeción si es un elemento de poder. Evite el sentimentalismo político. Lo que sostengo es que

si permite a los hombres acumular propiedades, y ellos usan ese permiso en gran medida, el poder es inseparable de esa propiedad, y es en el más alto grado impolítico hacer del interés de cualquier clase poderosa oponerse a las instituciones bajo las que viven. Los judíos, por ejemplo, independientemente de las cualidades capitales para la ciudadanía que poseen en su industria, templanza, energía y vivacidad de mente, son una raza esencialmente monárquica, profundamente religiosa, y encogiéndose ellos mismos de los conversos como de una calamidad, están siempre ansiosos de ver florecer los sistemas religiosos de los países en que viven; sin embargo, desde que su sociedad se ha agitado en Inglaterra, y poderosas combinaciones amenazan sus instituciones, encuentra al hebreo una vez leal invariablemente alineado en las mismas filas que el nivelador y el latitudinario, y preparado para apoyar la política que puede incluso poner en peligro su vida y propiedad, antes que continuar mansamente bajo un sistema que busca degradarlo. Los Tory pierden una elección importante en un momento crítico; son los judíos los que se adelantan para votar contra ellos. La Iglesia está alarmada por el esquema de una universidad latitudinaria, y se entera con alivio de que no se dispone de fondos para su establecimiento; un judío inmediatamente adelanta y la dota. Sin embargo, los judíos, Coningsby, son esencialmente Tory. El *Toryism*, en verdad, no es más que una copia del poderoso prototipo que ha formado Europa. Y cada generación deben volverse más poderosos y más peligrosos para la sociedad que les es hostil. ¿Cree que la tranquila y monótona persecución de un decoroso representante de una universidad inglesa puede aplastar a aquellos que han burlado sucesivamente a los Faraones, Nabucodonosor, Roma y las Edades Feudales? El hecho es que no se puede destruir una raza pura de la organización caucásica. Es un hecho fisiológico; una simple ley de la naturaleza, que ha burlado a los reyes egipcios y asirios, a los emperadores romanos y a los inquisidores cristianos. Ninguna ley penal, ninguna tortura física, puede lograr que una raza superior sea absorbida en una inferior, o sea destruida por ella. Las razas mixtas perseguidoras desaparecen; la raza pura perseguida permanece. Y en este momento, a pesar de siglos, de decenas de siglos, de degradación, la mente judía ejerce una vasta influencia en los asuntos de Europa. No hablo de sus leyes, que ustedes todavía obedecen; de su literatura, con la que sus mentes están saturadas; sino del vivo intelecto hebreo.

—Nunca observa un gran movimiento intelectual en Europa en el que los judíos no participen grandemente. Los primeros jesuitas fueron judíos; esa misteriosa Diplomacia rusa que tanto alarma a Europa occidental está organizada y principalmente llevada a cabo por judíos; esa poderosa revolución que se está preparando en este momento en Alemania, y que será, de hecho, una segunda y mayor Reforma, y de la que tan poco se sabe todavía en Inglaterra, se está desarrollando enteramente bajo los auspicios de judíos, que casi monopolizan las cátedras de profesorado de Alemania.

Neander, el fundador del Cristianismo Espiritual, y que es *Regius Professor of Divinity* (Profesor Regio de Divinidad) en la Universidad de Berlín, es judío. Benary, igualmente famoso, y en la misma Universidad, es judío. Wehl, el Profesor de Árabe de Heidelberg, es judío. Hace años, cuando estaba en Palestina, conocí a un estudiante alemán que estaba acumulando materiales para la Historia del Cristianismo, y estudiando el genio del lugar; un hombre modesto y erudito. Era Wehl; entonces desconocido, desde entonces se ha convertido en el primer erudito árabe del día, y el autor de la vida de Mahoma. En cuanto a los profesores alemanes de esta raza, su nombre es Legión. Creo que hay más de diez solo en Berlín.

—Le dije hace un momento que iba a la ciudad mañana, porque siempre me regía por intervenir cuando los asuntos de Estado estaban sobre la mesa. De lo contrario, nunca interfiero. Me entero de la paz y la guerra en los periódicos, pero nunca me alarmo, excepto cuando me informan de que los Soberanos necesitan tesoro; entonces sé que los monarcas están serios.

—Hace unos años recurrieron a nosotros los rusos. Ahora, no ha habido amistad entre la Corte de San Petersburgo y mi familia. Tiene conexiones holandesas, que generalmente la han abastecido; y nuestras representaciones a favor de los judíos polacos, una raza numerosa, pero la más sufrida y degradada de todas las tribus, no han sido muy agradables para el Zar. Sin embargo, las circunstancias llevaron a una aproximación entre los Romanoff y los Sidonia. Resolví ir yo mismo a San Petersburgo. Tuve, a mi llegada, una entrevista con el Ministro de Finanzas ruso, el Conde Cancrin; contemplé al hijo de un judío lituano. El préstamo estaba conectado con los asuntos de España; resolví ir a España desde Rusia. Viajé sin interrupción. Tuve una audiencia inmediatamente a mi llegada con el Ministro español, el Señor Mendizábal; contemplé a uno como yo, el hijo de un *Nuevo Cristiano*, un judío de Aragón. Como consecuencia de lo ocurrido en Madrid, fui directamente a París para consultar al Presidente del Consejo Francés; contemplé al hijo de un judío francés, un héroe, un mariscal imperial, y muy apropiadamente, pues ¿quién debería ser héroes militares sino aquellos que adoran al Señor de los Ejércitos?

—¿Y es Soult un hebreo?

—Sí, y otros de los mariscales franceses, y los más famosos; Massena, por ejemplo; su verdadero nombre era Manasés: pero a mi anécdota. La consecuencia de nuestras consultas fue que se debía recurrir a alguna potencia del norte en calidad de amigable y mediadora. Nos decidimos por Prusia; y el Presidente del Consejo hizo una solicitud al Ministro prusiano, que asistió unos días después de nuestra conferencia. El Conde Arnim entró en el gabinete, y contemplé a un judío prusiano. Así que ya ves, mi querido

Coningsby, que el mundo está gobernado por personajes muy diferentes de lo que imaginan aquellos que no están detrás del escenario.

—Me asombra y me interesa profundamente.

—Debes estudiar fisiología, mi querido hijo. Las razas puras del Cáucaso pueden ser perseguidas, pero no pueden ser despreciadas, excepto por la ignorancia brutal de alguna raza mestiza, que blande hogueras y aúlla exterminio, pero que es exterminada sin persecución, por esa irresistible ley de la Naturaleza que es fatal para los *curs* (mestizos / perros callejeros).

—Pero yo también vengo del Cáucaso —dijo Coningsby.

—En verdad; y da gracias a tu Creador por tal destino: y tu raza es suficientemente pura. Vienes de las costas del Mar del Norte, tierra del ojo azul, y del cabello dorado, y de la frente franca: es una raza famosa, con la que nosotros los árabes hemos contendido durante mucho tiempo; de la que hemos sufrido mucho: pero estos godos, y sajones, y normandos fueron sin duda grandes hombres.

—Pero tan favorecidos por la Naturaleza, ¿por qué su raza no ha producido grandes poetas, grandes oradores, grandes escritores?

—Favorecidos por la Naturaleza y por el Dios de la Naturaleza, produjimos la lira de David; te dimos a Isaías y Ezequiel; son nuestros Olynthians, nuestras Filípicas. Favorecidos por la Naturaleza, aún permanecemos: pero en exacta proporción a lo que hemos sido favorecidos por la Naturaleza, hemos sido perseguidos por el Hombre. Después de mil luchas; después de actos de heroico valor que Roma nunca ha igualado; hechos de divino patriotismo que Atenas, Esparta y Cartago nunca han superado; hemos soportado mil quinientos años de esclavitud sobrenatural, durante los cuales, cada dispositivo que puede degradar o destruir al hombre ha sido el destino que hemos sostenido y burlado. El niño hebreo ha entrado en la adolescencia solo para aprender que era el *Pariah* (paria) de esa ingrata Europa que le debe la mejor parte de sus leyes, una buena porción de su literatura, toda su religión. Los grandes poetas necesitan un público; nos hemos contentado con las inmortales melodías que cantamos hace más de dos mil años a orillas del Babilonia y lloramos. Registran nuestros triunfos; consuelan nuestra aflicción. Los grandes oradores son criaturas de las asambleas populares; solo se nos permitía reunirnos a escondidas incluso en nuestros templos. Y en cuanto a los grandes escritores, el catálogo no está en blanco. ¿Qué son todos los escolásticos, el mismo Aquino, comparados con Maimónides? Y en cuanto a la filosofía moderna, todo surge de Spinoza.

—Pero el genio apasionado y creativo, que es el vínculo más cercano a la

Divinidad, y que ninguna tiranía humana puede destruir, aunque puede desviarlo; que debería haber conmovido los corazones de las naciones por su inspirada simpatía, o gobernado senados por su ardiente elocuencia; ha encontrado un medio para su expresión, al que, a pesar de sus prejuicios y sus malas pasiones, se han visto obligados a inclinarse. El oído, la voz, la fantasía llena de combinaciones, la imaginación ferviente con imágenes y emociones, que vinieron del Cáucaso, y que hemos preservado impolutas, nos han dotado de casi el privilegio exclusivo de la Música; esa ciencia de los sonidos armoniosos, que los antiguos reconocían como la más divina, y deificaban en la persona de su más bella creación. No hablo del pasado; aunque, si entrara en la historia de los señores de la melodía, encontrarías que son los anales del genio hebreo. Pero en este momento incluso, la Europa musical es nuestra. No hay una compañía de cantantes, no una orquesta en una sola capital, que no esté llena de nuestros hijos bajo los nombres fingidos que adoptan para conciliar la oscura aversión que vuestra posteridad algún día renegará con vergüenza y disgusto. Casi todo gran compositor, músico hábil, casi toda voz que os arrebata con sus transportadores acordes, surge de nuestras tribus. El catálogo es demasiado vasto para enumerar; demasiado ilustre para detenerse por un momento en nombres secundarios, por muy eminentes que sean. Bástenos que las tres grandes mentes creativas a cuyas exquisitas invenciones todas las naciones en este momento se rinden, Rossini, Meyerbeer, Mendelssohn, son de raza hebrea; y poco sospechan vuestros hombres de moda, vuestros *muscadins* de París, y vuestros dandis de Londres, mientras se estremecen de éxtasis ante las notas de una Pasta o una Grisi, poco sospechan que están ofreciendo su homenaje a *los dulces cantores de Israel*.

CAPÍTULO XVI

Era el mediodía del día en que Sidonia debía dejar el Castillo. El viento soplaba fuerte; las vastas nubes blancas se desplazaban sobre el cielo azul; las hojas aún verdes, y las ramas tiernas se rompían como vidrio, eran arremolinadas en remolinos desde los árboles; el césped ondulaba como el océano con mil tintes y sombras. Desde la ventana de la sala de música, Lucretia Colonna contemplaba el cielo turbulento.

El cielo de su corazón también estaba perturbado.

Se apartó del agitado mundo exterior para reflexionar sobre su emoción interior. Emitió un profundo suspiro.

Lentamente se movió hacia su arpa; salvajemente, casi inconscientemente, tocó con una mano sus cuerdas, mientras sus ojos estaban fijos en el suelo. Una melodía imperfecta resonó; sin embargo, lastimera y apasionada. Parecía

atraer su alma. Levantó la cabeza y entonces, tocando las cuerdas con ambas manos, derramó tonos de poder profundo, pero estremecedor.

Soy una extraña en los salones de un extraño. ¡Ah! ¿hacia dónde huiré?

Al castillo de mis padres en las verdes montañas; al palacio de mis padres en la antigua ciudad.

No hay bandera en el castillo de mis padres en las verdes montañas, silencioso está el palacio de mis padres en la antigua ciudad.

¿No hay hogar para los desamparados? ¿Puede el no amado nunca encontrar amor?

¡Ah! te alejas volando, nube veloz: él nos dejará más rápido que tú.

¡Ay! viento cortante, tu aliento no es tan frío como su corazón.

Soy una extraña en los salones de un extraño. ¡Ah! ¿hacia dónde huiré?

La puerta de la sala de música se abrió lentamente. Era Sidonia. Su sombrero estaba en su mano; evidentemente estaba a punto de partir.

—Esos sonidos me aseguraron —dijo con calma pero amablemente, mientras avanzaba— que podría encontrarla aquí, cosa que apenas esperaba a una hora tan temprana.

—¿Entonces se va? —dijo la Princesa.

—Mi coche está en la puerta; el Marqués me ha retrasado; debo estar en Londres esta noche. Termino más abruptamente de lo que podría haber deseado una de las visitas más agradables que he hecho; y espero que me permita expresarle cuánto le estoy agradecido por una compañía que aquellos deberían considerar afortunados que pueden disfrutar con más frecuencia.

Extendió su mano; ella extendió la suya, fría como el mármol, que él inclinó sobre ella, pero no llevó a sus labios.

—Lord Monmouth habla de quedarse aquí algún tiempo —observó—; pero supongo que el año que viene, si no este, nos reuniremos todos en alguna ciudad de la tierra.

Lucretia se inclinó; y Sidonia, con una graciosa reverencia, se retiró.

La Princesa Lucretia permaneció inmóvil unos momentos; un sonido la atrajo

a la ventana; percibió el equipo de Sidonia que se alejaba por los sinuosos caminos del parque. Lo observó hasta que desapareció; entonces, apartándose de la ventana, se arrojó a una silla y enterró su rostro en su chal.

FIN DEL LIBRO IV

LIBRO V

CAPÍTULO I

La vida universitaria no trajo a Coningsby ese sentimiento de emancipación que suelen experimentar los estudiantes de primer año. El contraste entre la vida escolar y la universitaria es, quizás, bajo cualquier circunstancia, menos llamativo para el *Etonian* (alumno de Eton) que para otros: él se ha preparado para convertirse en su propio amo gracias a la libertad que sabiamente se le confió en su infancia, y que, en general, se ejerce con discreción. Pero también había otras razones por las que Coningsby debería haber estado menos impresionado con la novedad de su vida, y haber encontrado menos tentaciones de las que comúnmente se encuentran en la nueva existencia que una universidad abre a los jóvenes. En el intervalo que había transcurrido entre dejar Eton e ir a Cambridge, por breve que el período pueda parecer comparativamente, Coningsby había visto mucho del mundo. Tres o cuatro meses, en verdad, pueden no parecer, a primera vista, un lapso de tiempo que pueda influir muy materialmente en la formación del carácter; pero el tiempo no debe contarse por calendarios, sino por sensaciones, por pensamiento. Coningsby había sentido bastante, reflexionado más. Se había encontrado con un gran número de seres humanos, que ofrecían una gran variedad de carácter para su observación. No solo las costumbres, sino incluso el desarrollo intelectual y moral de la mente humana, que en gran medida, inconscientemente para él, había sido sometido a su estudio y escrutinio. Se le habían abierto nuevas líneas de pensamiento; su mente bullía de sugerencias. El horizonte de su inteligencia se había expandido insensiblemente. Percibió que había otras opiniones en el mundo, además de aquellas a las que estaba habituado. Las profundidades de su intelecto se habían agitado. Era un hombre más sabio.

Distinguió tres individuos cuyo conocimiento había influido mucho en su mente: Eustace Lyle, el anciano Millbank, sobre todo, Sidonia. Meditó curiosamente sobre el hecho de que tres súbditos ingleses, uno de ellos un importante terrateniente, otro uno de los fabricantes más eminentes, y el tercero el mayor capitalista del reino, todos ellos hombres de gran inteligencia, y sin duda de alta probidad y conciencia, estaban en sus corazones descontentos con la constitución política del país. Sin embargo, indudablemente, estos eran los hombres entre los que deberíamos buscar a

algunos de nuestros primeros ciudadanos. ¿Cuál era, entonces, esta cualidad repulsiva en aquellas instituciones que persistíamos en llamar nacionales, y que una vez lo fueron? Aquí había una gran pregunta.

Había otra razón también por la que Coningsby debería sentirse un poco exigente con sus nuevos hábitos, y, sin ser consciente de ello, un poco deprimido. Durante tres o cuatro meses, y por primera vez en su vida, había pasado su tiempo en la continua compañía de mujeres refinadas y encantadoras. Es un conocimiento que, cuando es habitual, ejerce una gran influencia sobre el tono de la mente, incluso si no produce efectos más violentos. Refina el gusto, agudiza la percepción y da, por así decirlo, una gracia y flexibilidad al intelecto. Coningsby, en sus solitarias habitaciones arreglando sus libros, suspiraba al recordar a las Lady Everingham y a las Lady Theresa; a la graciosa Duquesa; a la franca y bonachona Madame Colonna; a esa profundamente interesante enigma, la Princesa Lucretia; y a la gentil Flora. Pensaba con disgusto en la inminente disipación de una universidad, que solo podía ser una exageración de sus groseras juergas en la escuela. Parecía bastante insulsa esta poderosa Cambridge, sobre la que tantas veces habían hablado en los campos de juego de Eton, con tales anticipaciones de su vasto y absorbente interés. Y aquellos honores universitarios que una vez fueron el gran objeto de sus aspiraciones, no figuraban con esa grandeza con la que una vez rondaban su imaginación.

Lo que Coningsby decidió conquistar era el conocimiento. Había observado la influencia de Sidonia en la sociedad con un ojo de incesante vigilancia. Coningsby percibía que todos se rendían ante él; que incluso Lord Monmouth, que parecía no respetar a nadie, cedía su lugar a su inteligencia; apelaba a él, lo escuchaba, se guiaba por él. ¿Cuál era el secreto de esta influencia? El conocimiento. Sobre todos los temas, sus puntos de vista eran prontos y claros, y esto no solo por su sagacidad nativa y su alcance de visión, sino por la acumulación de hechos que surgían para guiar su juicio e ilustrar su significado, de todos los países y todas las edades, instantáneamente a su disposición.

Los amigos de Coningsby llegaban ahora a cada hora. Parecía, cuando se volvía a encontrar con ellos, que todos se habían convertido repentinamente en hombres desde que se separaron; Buckhurst especialmente. Había estado en París, y había regresado con su mente muy abierta, y unos pantalones hechos en un estilo completamente nuevo. Todos sus pensamientos eran sobre cómo podría volver a ir; y les contaba interminables historias de actrices y cenas en cafés de moda. Vere disfrutaba más de Cambridge porque había estado con su familia desde que dejó Eton. Henry Sydney estaba lleno de arquitectura eclesiástica, deportes nacionales, restauración del orden de los Campesinos, y debía mantener una correspondencia constante sobre estos

y temas similares con Eustace Lyle. Finalmente, sin embargo, todos cayeron en una vida rutinaria bastante regular. Todos leían un poco, pero no con el entusiasmo que una vez habían proyectado. Buckhurst conducía un coche de cuatro caballos, y todos ellos a veces lo ayudaban; pero no excesivamente. Sus cenas a veces eran alegres, pero nunca escandalosas; y, entre todos ellos, la amistad escolar se mantuvo ininterrumpida, e incluso imperturbada.

La fama de Coningsby lo precedió en Cambridge. Nunca un hombre subió del que se esperara más en todos los sentidos. Los *dons* (profesores) esperaban a un aspirante a miembro de la Universidad, los estudiantes estaban preparados para dar la bienvenida a un nuevo Alcibíades. No era ninguna de las dos cosas: ni un pedante ni un libertino; sino un joven tranquilo, caballeroso, pero enérgico, gracioso con todos, pero íntimo solo con sus viejos amigos, y dando siempre una impresión en su tono general de que su alma no estaba absorbida por su Universidad.

Y sin embargo, quizás, podría haber sido mimado hasta convertirse en un pedante, o halagado hasta convertirse en un libertino, si no hubiera sido por la experiencia intermedia que había ganado entre su vida escolar y universitaria. Eso le había impreso visiblemente, lo que antes solo había adquirido débilmente de los libros, que había un mundo más grande y más real esperándole, que el que se encuentra en esas arboledas del Academo a las que la juventud tiende al principio a atribuir una importancia exagerada. Un mundo de acción y pasión, de poder y peligro; un mundo para el que una gran preparación era ciertamente necesaria, severa y profunda, pero no del todo como la que ahora se le ofrecía. Sin embargo, esta necesidad debía ser suplida, y por él mismo. Coningsby ya tenía conocimientos suficientemente considerables, con alguna aplicación formal, para asegurarle en todo momento su título. Ya no estaba absorto en la intención que una vez había acariciado con orgullo de buscar honores, y se trazó ese rango de lectura que, digerido por su pensamiento, debería proporcionarle en cierto grado ese variado conocimiento de la historia del hombre al que aspiraba. No, no debemos creer por un momento que el accidente pudiera haber desviado durante mucho tiempo el curso de un carácter tan fuerte. El mismo deseo que impidió que el Castillo de su abuelo se convirtiera en un Castillo de la Indolencia para él, que lo salvó de una iniciación demasiado temprana en las seductoras distracciones de una sociedad refinada y lujosa, habría preservado a Coningsby de la pueril libertinaje de la vida universitaria, o de ser ese ídolo de los tutores privados, un joven pedante. Era esa noble ambición, la más alta y la mejor, que debe nacer en el corazón y organizarse en el cerebro, que no dejará a un hombre contento, a menos que su poder intelectual sea reconocido por su raza, y desee que contribuya a su bienestar. Es el sentimiento heroico; el sentimiento que en los viejos tiempos producía semidioses; sin el cual ningún Estado está seguro; sin el cual las instituciones

políticas son carne sin sal; la Corona una bagatela, la Iglesia un establecimiento, los Parlamentos clubes de debate, y la Civilización misma un sueño fugaz y transitorio.

CAPÍTULO II

Menos de un año después de la llegada de Coningsby a Cambridge, y del que solo había salido una vez en el intervalo, y esa para pasar un corto tiempo en Berkshire con su amigo Buckhurst, ocurrió la muerte del Rey Guillermo IV. Este evento provocó necesariamente una disolución del Parlamento, elegido bajo los auspicios de Sir Robert Peel en 1834, y después de la publicación del *Tamworth Manifesto* (Manifiesto de Tamworth).

La muerte del Rey fue un gran golpe para lo que ahora se había llegado a llamar generalmente la Causa Conservadora. Fue completamente inesperada; dentro de la quincena de su muerte, personas eminentes todavía creían que solo era la fiebre del heno. Si Su Majestad hubiera vivido hasta después del entonces inminente registro electoral, los Whig habrían sido despedidos de nuevo. Y no hay duda de que, bajo estas circunstancias, la causa conservadora habría asegurado para los nuevos ministros una mayoría parlamentaria. ¿Cuáles habrían sido las consecuencias para el país, si los cuatro años de gobierno Whig, de 1837 a 1841, no hubieran ocurrido? Es más fácil decidir cuáles habrían sido las consecuencias para los Whig. Algunos de sus grandes amigos podrían haber carecido de cintas azules y lugartenencias de condado, y algunos de sus pequeños amigos de cómodos puestos en las aduanas e impuestos especiales. Habrían perdido, sin duda, la distribución de cuatro años de patrocinio; difícilmente podemos decir el ejercicio de cuatro años de poder; pero habrían existido en este momento como la Oposición más poderosa y popular que jamás haya florecido en este país, si, en verdad, el curso de los eventos no los hubiera llevado hace mucho tiempo de vuelta a sus viejos puestos en una orgullosa e inteligible posición. El Proyecto de Ley de Reforma no hizo más daño a los Tory que el intento de gobernar este país sin una mayoría parlamentaria decidida a los Whig. El mayor de todos los males es un gobierno débil. No pueden llevar a cabo buenas medidas, se ven obligados a llevar a cabo malas.

La muerte del Rey fue un gran golpe para la Causa conservadora; es decir, oscureció la frente de Tadpole, acobardó el corazón de Taper, aplastó todas las esperanzas crecientes de esos numerosos estadistas que creen que el país debe ser salvado si reciben mil doscientas libras al año. Es una clase peculiar, esa; 1,200 libras anuales, pagadas trimestralmente, es su idea de la ciencia política y la naturaleza humana. Recibir 1,200 libras anuales es gobierno; tratar de recibir 1,200 libras anuales es oposición; desear recibir 1,200 libras anuales es ambición. Si un hombre quiere entrar en el Parlamento, y no

quiere recibir 1,200 libras anuales, lo consideran un chiflado; como un ser atrasado. Se miran unos a otros a la cara y preguntan: ¿Para qué querrá fulano entrar en el Parlamento? No tienen idea de que la reputación pública es una fuerza motriz, y para muchos hombres la más grande. Tienen tan poca idea de la fama o la celebridad, incluso del impulso masculino de un orgullo honorable, como los eunucos de las alegrías masculinas.

Los de las mil doscientas libras al año estaban desesperados por la muerte del Rey. Sus almas leales estaban muy apenadas de que Su Graciosa Majestad no hubiera sobrevivido al registro electoral. Todos sus felices inventos sobre la fiebre del heno, circulados en confianza, y enviados por correo a los presidentes de las Asociaciones Conservadoras, seguidos de un funeral real. Elección general a punto de tener lugar con el viejo registro; distritos gubernamentales en su contra, y la joven Reina como consigna. ¡Qué consigna! ¡Juventud, belleza y una Reina! Taper palideció ante la idea. ¿Qué podrían preparar para contrarrestarlo? Incluso la Iglesia y las leyes de cereales juntas no funcionarían; y luego la Iglesia estaba hosca, porque la Causa Conservadora acababa de regalarle una comisión, y todo lo que los caballeros del campo sabían del conservadurismo era que no derogaría el impuesto a la malta, y les había hecho derogar sus promesas. Sin embargo, se debía encontrar una consigna. Una disolución sin una consigna, en la filosofía de Taper, sería un mundo sin sol. Se podría obtener un levantamiento con la Independencia de la Cámara de los Lores; y los resúmenes de Lord Lyndhurst podrían ser bien circulados a un penique por ciento, con grandes descuentos permitidos a las Asociaciones Conservadoras, y crédito sin fin. Tadpole, sin embargo, nunca fue muy aficionado a la Cámara de los Lores; además, era demasiado limitado. Tadpole quería que entrara la joven Reina; ¡el pícaro! Finalmente, una mañana, Taper se le acercó con un trozo de papel, y una sonrisa de complaciente austeridad en su torpe rostro: "Creo, señor Tadpole, que eso servirá".Tadpole tomó el papel y leyó: NUESTRA JOVEN REINA Y NUESTRAS VIEJAS INSTITUCIONES.

Los ojos de Tadpole brillaron como si hubieran encontrado una sentencia gnómica de Periandro o Tales; luego, volviéndose hacia Taper, dijo:

—¿Qué piensa de antiguo en lugar de viejo?

—No se puede tener Nuestra Reina moderna y nuestras antiguas instituciones —dijo el señor Taper.

La disolución fue seguida pronto por una elección para el distrito de Cambridge. El candidato de la Causa conservadora era un antiguo *Etonian*. Ese era un vínculo de simpatía que impartía celo incluso a aquellos que eran un poco escépticos de las virtudes esenciales del Conservatismo. Cada

estudiante, especialmente aquellos que recordaban las torres distantes, se volvió entusiasta. Buckhurst tomó una parte muy decidida. Animaba, hacía campaña, llevaba a los hombres a las urnas a quienes nadie podía mover; influía en sus amigos y sus compañeros. Incluso Coningsby se contagió, y Vere, que había absorbido mucho del sentimiento político de Coningsby, se las arregló para ser neutral. La Causa conservadora triunfó en la persona de su campeón de Eton. El día en que el miembro fue paseado en silla, varios hombres en las habitaciones de Coningsby estaban hablando de su triunfo.

—¡Por Júpiter! —dijo el jadeante Buckhurst, tirándose al sofá—, estuvo bien hecho; nunca se hizo nada mejor. ¡Un triunfo inmenso! El mayor triunfo que ha tenido la Causa conservadora. Y sin embargo —añadió, riendo—, si algún amigo me preguntara qué es la Causa conservadora, estoy seguro de que no sabría qué decir.

—Pues es la causa de nuestras gloriosas instituciones —dijo Coningsby—. Una Corona despojada de sus prerrogativas; una Iglesia controlada por una comisión; y una Aristocracia que no lidera.

—Bajo cuya genial influencia, el orden de los Campesinos, orgullo de un país, ha desaparecido de la faz de la tierra —dijo Henry Sydney—, y es sucedido por una raza de siervos, que se llaman trabajadores, y que queman las almiares.

—Bajo la cual —continuó Coningsby—, la Corona se ha convertido en una cifra; la Iglesia en una secta; la Nobleza en zánganos; y el Pueblo en esclavos.

—Es la gran causa constitucional —dijo Lord Vere—, que se niega a todo en la oposición; lo concede todo a la agitación; conservadora en el Parlamento, destructiva fuera de él; que no tiene objeción a ningún cambio siempre que se efectúe por medios no autorizados.

—La primera asociación pública de hombres —dijo Coningsby— que ha trabajado por un fin declarado sin enunciar un solo principio.

—Y que ha establecido la infidelidad política en toda la tierra —dijo Lord Henry.

—¡Por Júpiter! —dijo Buckhurst—, ¡qué infames tontos nos hemos vuelto esta última semana!

—No —dijo Coningsby, sonriendo—, fue nuestra última debilidad de colegial. *Floreat Etona*, bajo todas las circunstancias.

—Yo ciertamente, Coningsby —dijo Lord Vere—, no asumiré la *Causa*

conservadora, en lugar de la causa por la que Hampden murió en el campo y Sydney en el cadalso.

—La causa por la que Hampden murió en el campo y Sydney en el cadalso —dijo Coningsby— fue la causa de la República Veneciana.

—¿Cómo, cómo? —gritó Buckhurst.

—Lo repito —dijo Coningsby—. El gran objetivo de los líderes Whig en Inglaterra, desde el primer movimiento bajo Hampden hasta el último y más exitoso en 1688, fue establecer en Inglaterra una alta república aristocrática sobre el modelo de la veneciana, entonces el estudio y la admiración de todos los políticos especulativos. Lee a Harrington; hojea a Algernon Sydney; entonces verás cómo las mentes de los líderes ingleses en el siglo XVII estaban saturadas con el tipo veneciano. Y finalmente lo lograron. Guillermo III los descubrió. Dijo a los líderes Whig: No seré un Dux. Equilibró los partidos; los frustró como los Puritanos los frustraron cincuenta años antes. El reinado de Ana fue una lucha entre los sistemas veneciano e inglés. Dos grandes nobles Whig, Argyle y Somerset, dignos de asientos en el *Council of Ten* (Consejo de los Diez), obligaron a su Soberano en su lecho de muerte a cambiar el ministerio. Lograron su objetivo. Trajeron a una nueva familia en sus propios términos. Jorge I fue un Dux; Jorge II fue un Dux; fueron lo que Guillermo III, un gran hombre, no quiso ser. Jorge III trató de no ser un Dux, pero fue imposible resistir materialmente la combinación profundamente trazada. Podría deshacerse de los magníficos Whig, pero no podía deshacerse de la constitución veneciana. Y una constitución veneciana gobernó Inglaterra desde la adhesión de la Casa de Hannover hasta 1832. Ahora no te pido, Vere, que abandones los principios políticos que en tiempos ordinarios habrían sido tu herencia. Todo lo que digo es que, habiendo sido subvertida la constitución introducida por tus antepasados por sus descendientes tus contemporáneos, ten cuidado de seguir sosteniendo principios de gobierno venecianos cuando no tienes una constitución veneciana con la que gobernar. Haz lo que estoy haciendo, lo que Henry Sydney y Buckhurst están haciendo, lo que otros hombres que podría mencionar están haciendo, mantente al margen de los partidos políticos que, por la necesidad de las cosas, han dejado de tener principios distintivos, y por lo tanto son prácticamente solo facciones; y espera a ver si con paciencia, energía, honor y fe cristiana, y un deseo de mirar al bienestar nacional y no a intereses seccionales y limitados; si, digo, no podemos descubrir algunos grandes principios que nos guíen, a los que podamos adherirnos, y que entonces, si son verdaderos, en última instancia guíen y controlen a otros.

—Los Whig están agotados —dijo Vere—, el Conservatism*o* es una farsa, y el Radicalismo es contaminación.

—Yo ciertamente —dijo Buckhurst—, cuando entre en la Cámara de los Comunes, hablaré sin referencia a ningún partido; y todo lo que espero es que todos entremos al mismo tiempo, y entonces podamos hacer un partido propio.

—Siempre he oído decir a mi padre —dijo Vere— que no había nada tan difícil como organizar un partido independiente en la Cámara de los Comunes.

—¡Ay! pero eso fue en el período veneciano, Vere —dijo Henry Sydney, sonriendo.

—Me atrevo a decir —dijo Buckhurst— que la única manera de hacer un partido en la Cámara de los Comunes es justo la que tiene éxito en cualquier otro lugar. Los hombres deben asociarse. Cuando vives en el mismo grupo, cenando juntos todos los días, y burlándote de los *Dons* (profesores), es asombroso lo bien que se llevan los hombres. Por mi parte, nunca entraría en una conspiración, a menos que los conspiradores fueran tipos que hubieran estado en Eton conmigo; y entonces no habría traición.

—Pensemos en principios, y no en partidos —dijo Coningsby.

—Por mi parte —dijo Buckhurst—, siempre que un sistema político se está desmoronando, como en este país actualmente, creo que lo mejor es barrer a todos los viejos *Dons* del escenario. Nunca toman el nuevo camino amablemente. Siempre están estorbados por sus prejuicios caducos y tradiciones obsoletas. No creo que a un solo hombre, Vere, que se sentara en el Senado veneciano se le debería permitir sentarse en la actual Cámara de los Comunes inglesa.

—Bueno, nadie lo hace en nuestra familia excepto mi tío Felipe —dijo Lord Henry—; y en cuanto lo quiera, dimitirá; pues detesta el Parlamento. Interfiere demasiado con su caza.

—Bueno, todos tenemos perspectivas parlamentarias justas —dijo Buckhurst —. Eso es algo. Ojalá estuviéramos dentro ahora.

—¡Dios no lo quiera! —dijo Coningsby—. Tiemblo ante la responsabilidad de un escaño en cualquier momento. Con mis puntos de vista actuales, inciertos y perplejos, no hay nada de lo que me apartaría tanto como de la Cámara de los Comunes.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo Henry Sydney—. Lo mejor que podemos hacer es mantenernos lo más alejados posible del partido político. ¿Cuántos hombres desperdician la mejor parte de sus vidas

disculpándose penosamente por la desviación concienzuda de un curso parlamentario que adoptaron cuando eran muchachos, sin pensar, o impulsados por alguna conexión local, o interés, para asegurar un escaño?

Era la medianoche siguiente a la mañana en que tuvo lugar esta conversación, cuando Coningsby, solo, y después de haber dejado una fiesta bastante bulliciosa de bebedores que habían estado celebrando en las habitaciones de Buckhurst el triunfo de los *Eton Statesmen* (Estadistas de Eton), si no de los principios Conservadores, se detuvo en los recintos de ese *Royal College* (Colegio Real) que le recordaba sus días de escuela, para refrescar su frente en el aire del verano, que incluso a esa hora era suave, y calmar su mente en la contemplación de la quieta, sagrada y hermosa escena que lo rodeaba.

Allí se alzaba ese templo, el orgullo y la gloria de Cambridge, no indigno de estar entre los principales templos de la cristiandad. Su vasta forma se magnificaba en la hora incierta; parte envuelta en la más profunda oscuridad, mientras una inundación de luz plateada cubría su lado sur, distinguía con un rayo revelador las enormes costillas de sus contrafuertes, y bañaba con suave lustre sus aéreas almenas.

—¿Dónde está el espíritu que levantó estos muros? —pensó Coningsby—. ¿Está realmente extinguido? ¿Es entonces esta civilización, tan alabada, inseparable de los sentimientos moderados y los pequeños pensamientos? Si es así, ¡devuélveme la barbarie! Pero no puedo creerlo. El hombre que está hecho a imagen del Creador, está hecho para actos divinos. Venga lo que venga, me aferraré al principio heroico. Solo él puede satisfacer mi alma.

CAPÍTULO III

Debemos volver ahora a la familia, o más bien al hogar, de Lord Monmouth, en el que habían ocurrido considerables cambios y eventos desde la visita de Coningsby al Castillo en el otoño anterior.

En primer lugar, la primera helada del invierno se había llevado al anciano propietario de Hellingsley, esa finca contigua que Lord Monmouth tanto codiciaba, cuya posesión era, en verdad, uno de los pocos objetos de su vida, y para asegurar la cual estaba preparado para pagar mucho más allá de su valor intrínseco, por grande que fuera indudablemente. Sin embargo, Lord Monmouth no se convirtió en su poseedor. Por mucho que su mente había estado concentrada en el tema, por hábiles que habían sido sus combinaciones para asegurar su presa, e ilimitados los medios que debían lograr su propósito, otro intervino, y sin su conocimiento, sin siquiera el consuelo de una lucha, le robó el premio; y esto también a un hombre a

quien odiaba, casi el único individuo fuera de su propia familia a quien odiaba; un hombre que lo había cruzado antes en empresas similares; que era su enemigo declarado; había gastado tesoros para oponerse a él en las elecciones; levantado asociaciones contra su interés; establecido periódicos para atacarlo; lo había denunciado en público; agitado contra él en privado; había declarado más de una vez que el condado demasiado caliente para él; su enemigo personal, inveterado, indomable, el señor Millbank de Millbank.

La pérdida de Hellingsley fue una amarga decepción para Lord Monmouth; pero la pérdida para tal adversario lo tocó en lo más vivo. No trató de controlar su ira; no pudo siquiera ocultar su agitación. Lanzó a Rigby esa mirada tan rara en él, pero bajo la cual los hombres siempre se acobardaban; ese juego de ojos que Lord Monmouth compartía con Enrique VIII, que infundía temor a los temblorosos *Commons* (Comunes) cuando habían dado un voto desagradable, al entrar el Rey en la galería de su palacio y mirar a su alrededor.

Era una mirada que implicaba esa terrible pregunta: ¿Por qué te he comprado para que ocurran tales cosas? ¿Por qué tengo medios ilimitados y agentes sin escrúpulos? Hizo que Rigby incluso sintiera; incluso sus tonos de bronce se apagaron.

Huir de todo lo desagradable era la filosofía práctica de Lord Monmouth; pero era tan valiente como sensual. No se encogería ante el nuevo propietario de Hellingsley. Por lo tanto, permaneció en el Castillo con el corazón apenado, y redobló sus hospitalidades. Una mente ordinaria podría haber sido calmada por la incesante consideración y el hábil y delicado halago que siempre rodeaba a Lord Monmouth; pero su sagaz inteligencia nunca fue por un momento víctima de su vanidad. No tenía amor propio, y como no valoraba a nadie, realmente no había sentimientos en los que jugar. Veía a través de todos y todo; y cuando había detectado su propósito, descubierto su debilidad o su vileza, calculaba si podían contribuir a su placer o conveniencia en un grado que contrarrestara las objeciones que pudieran plantearse contra sus intenciones, o sus cualidades menos agradables y rentables. Ser complacido era siempre un objetivo principal para Lord Monmouth; pero cuando un hombre quiere venganza, la alegre diversión no es exactamente un sustituto satisfactorio.

Pasó un mes. Lord Monmouth con un semblante sereno o sonriente hacia sus invitados, pero en privado taciturno y moroso, casi nunca daba una palabra al señor Rigby, pero continuamente le dirigía miradas que afectaban dolorosamente el apetito de ese caballero. De cien maneras se le insinuó al señor Rigby que no era un invitado bienvenido, y sin embargo, continuamente se le daba algo que hacer que le imposibilitaba irse. En este

estado de cosas, ocurrió otro evento que cambió la corriente de sentimientos, y por sus posibles consecuencias distrajo al Marqués de sus meditaciones sobre su descalabro en el asunto de Hellingsley. El Príncipe Colonna, que desde la carrera de obstáculos había adquirido una mórbida predilección por tales pasatiempos, y en verdad por toda clase de equitación ruda, fue arrojado de su caballo y murió en el acto.

Esta calamidad disolvió la fiesta en Coningsby, que no era muy numerosa en ese momento. El señor Rigby, por orden, aprovechó instantáneamente la oportunidad de prevenir la llegada de otros invitados que se esperaban. Esta catástrofe fue la causa de que el señor Rigby reanudara en gran medida su antigua posición en el Castillo. Había muchas cosas que hacer, y todas desagradables; las logró todas, y estudió la comodidad de todos. Investigaciones forenses, funerales especialmente, mujeres que lloraban, todos estos eran espectáculos que Lord Monmouth no podía soportar, pero era tan bien educado que no habría permitido por nada del mundo que hubiera en la manera o en el grado la más mínima deficiencia en la propiedad o incluso en la simpatía. Pero quería a alguien que hiciera todo lo que era propio; que fuera considerado y consolador y comprensivo. El señor Rigby lo hizo todo; testificó en la investigación, fue el doliente principal en el funeral, y arregló todo tan bien que ni un solo emblema de muerte cruzó la vista de Lord Monmouth; mientras que Madame Colonna encontró sumisión en sus exhortaciones, y la Princesa Lucretia, un poco más pálida y pensativa de lo habitual, escuchó con tranquilidad su discurso sobre la vanidad de todas las cosas sublunares.

Cuando el tumulto se hubo calmado, y los hábitos y sentimientos habían vuelto a su antigua rutina y habían recaído en sus antiguos cauces, el Marqués propuso que regresaran todos a Londres, y con gran formalidad, aunque con calidez, rogó a Madame Colonna que considerara siempre su techo como propio. Todos estaban contentos de dejar el Castillo, que ahora presentaba una escena tan diferente de su antigua animación, y Madame Colonna, llorando, aceptó la hospitalidad de su amigo hasta que la inminente expansión de la primavera le permitiera regresar a Italia. Esta noticia de su regreso a su propio país pareció causar gran inquietud al Marqués.

Después de haber permanecido cerca de un mes en Londres, Madame Colonna envió a buscar al señor Rigby una mañana para decirle lo doloroso que era para sus sentimientos permanecer bajo el techo de Monmouth House sin la sanción de un esposo; que la circunstancia de ser extranjera, bajo tan inusual aflicción, podría haber excusado, aunque no autorizado, el paso al principio, y por un momento; pero que la continuación de tal curso era completamente imposible; que se lo debía a ella misma, a su hijastra, no abusar más de esta amistosa hospitalidad, que, si se persistía en ella, podría

estar sujeta a malinterpretaciones. El señor Rigby escuchó con gran atención esta declaración, y nunca interrumpió en lo más mínimo a Madame Colonna; y luego ofreció hacer lo que estaba convencido de que la dama deseaba, a saber, poner al Marqués en conocimiento del doloroso estado de sus sentimientos. Esto lo hizo según su costumbre, y con suficiente destreza. El propio señor Rigby estaba ansioso por saber hacia dónde soplaba el viento, y la misión que se le había encomendado coincidía precisamente con sus inclinaciones y necesidades. El Marqués escuchó la comunicación y suspiró, luego se giró suavemente y se contempló en el espejo y suspiró de nuevo, luego dijo a Rigby:

—Entiendes exactamente lo que quiero decir, Rigby. Es bastante ridículo que se vayan, e infinitamente angustioso para mí. Deben quedarse.

Rigby se dirigió a la Princesa lleno de misterioso ajetreo, y con un rostro radiante de importancia y satisfacción. Hizo mucho de los dos suspiros; justificó plenamente la confianza del Marqués en su comprensión de intenciones inexplicadas; prevaleció sobre Madame Colonna para que tuviera alguna consideración por los sentimientos de alguien tan devoto; se explayó sobre la insignificancia de las malinterpretaciones mundanas, cuando se respondía con intenciones tan honorables; y tuvo pleno éxito en su misión. Se quedaron. Mes tras mes pasaron, y aún se quedaron; cada mes toda la familia se volvía más resignada o más contenta, y más alegre. En cuanto al propio Marqués, el señor Rigby nunca lo recordaba más sereno e incluso alegre. Su Señoría apenas entraba en la sociedad general. La familia Colonna permanecía en estricto retiro; y él prefería la compañía de estos amigos consumados y afines a la multitud del gran mundo.

Entre Madame Colonna y el señor Rigby siempre había existido considerable confianza. Ahora, ese caballero parecía haber logrado nuevos y mayores derechos a su afecto. En el placer con que miraba su próxima alianza con su patrón, le recordó la disposición con que había abrazado sus sugerencias para el matrimonio de su hija con Coningsby. Siempre complaciente, nunca se cansaba de cantar sus alabanzas a su noble admirador, que aparentemente estaba muy complacido de que hubiera otorgado su estima a alguien de quien, necesariamente, en la vida posterior, vería tanto. Rara vez es la suerte de los esposos que sus amigos de confianza ganen el aprecio de sus novias.

—Me alegra que a todos les guste Rigby —dijo Lord Monmouth—, ya que verán tanto de él.

El recuerdo del fracaso de Hellingsley parecía borrado de la memoria del Marqués. Rigby nunca lo recordaba más cordial y confidencial, y más ecuánime en su manera. Le dijo un día a Rigby que deseaba que Monmouth

House poseyera el más suntuoso y el más fantástico *boudoir* (tocador) de Londres o París. ¡Qué insinuación para Rigby! Ese caballero consultó a los primeros artistas, y les dio algunas sugerencias a cambio; sus investigaciones sobre la decoración doméstica abarcaron todas las épocas; incluso meditó una rápida gira para madurar sus invenciones; pero su confianza en su gusto nativo y su genio finalmente lo convenció de que este movimiento era innecesario.

El verano avanzó; ocurrió la muerte del Rey; la disolución llamó a Rigby a Coningsby y al distrito de Darlford. Su éxito se marcaba como seguro en los libros secretos de Tadpole y Taper. ¡Una ciudad manufacturera, con derecho a voto bajo el *Reform Act*, ya ganada por la causa Conservadora! Aquí había reacción; aquí influencia de la propiedad. Influencia del carácter, también; pues nadie era tan popular como Lord Monmouth; un noble muy distinguido de estrictos principios Conservadores, que, si ganaba el condado y también el *borough* manufacturero, merecía la hoja de fresa.

—No habrá quien controle a Rigby —dijo Taper—; me temo que estará buscando algo muy alto.

—Cuanto más alto, mejor —replicó Tadpole—, y entonces no interferirá con nosotros. A mí me gustan los que vuelan alto; son los que se arrastran los que detesto, usando sombreros viejos y botines, hablando en comité, y pensando que son hombres de negocios: ¡malditos sean!

Rigby bajó e hizo algunos discursos impresionantes; al menos se leían muy bien en algunos de sus periódicos de segunda categoría, donde todo el alboroto figuraba como grandes vítores, y la interrupción de un tallo de col se representaba como una pregunta de algún individuo inteligente entre la multitud. El hecho es que Rigby aburría demasiado a su audiencia con historia, especialmente con la Revolución Francesa, que él imaginaba que era su fuerte, de modo que la gente finalmente, cada vez que hacía alguna alusión al tema, estaba casi tan aterrorizada como si hubiera visto la guillotina.

Rigby tenía hasta ahora una gran ventaja; no tenía oponente; y sin oposición personal, ninguna contienda puede ser muy amarga. Durante algunos días fue Rigby contra los principios Liberales; y Rigby llevaba la mejor parte; porque abusaba abundantemente de los principios Liberales en sus arengas, que, al no estar representados en la ocasión, no respondían; mientras que mucha cerveza, y algunas canciones estupendas de Lucian Gay, que bajó expresamente, daban la señal correcta a la multitud, que declaraba a coro, bajo las ventanas del hotel de Rigby, que era *a* ¡un buen viejo caballero inglés!

Pero iba a haber una contienda; no cabe duda de eso, y una dura, aunque Rigby iba a ganar, y bien. El partido Liberal había sido tan exigente con su nuevo candidato, que no tenían ninguno listo aunque varios mordían. Jawster Sharp pensó en un momento que la necesidad pura le daría otra oportunidad; pero incluso Rigby era preferible a Jawster Sharp, quien, al ver que no funcionaba, publicó su largamente preparada alocución de despedida, en la que decía a sus electores que, habiendo sacrificado durante mucho tiempo su salud a sus intereses, ahora se veía obligado a retirarse al seno de su familia. Y una familia muy bien provista, también.

Todo este tiempo, la delegación Liberal de Darlford, dos concejales, tres concejales municipales, y el Secretario de la *Reform Association* (Asociación Reformista), estaban paseando por Londres como locos, comiendo almuerzos y buscando un candidato. Llamaron al *Reform Club* (Club Reformista) veinte veces por la mañana, acosaron a los *whips* (jefes de bancada) y a los *red-tapers* (oficialistas de bajo rango); se presentaron a candidatos, acosaron a candidatos; examinaron a los posibles miembros como si estuvieran en una exposición de ganado, escucharon pedigríes políticos, dictaron compromisos políticos, consultaron el *Hansard* (diario de sesiones) para ver cómo habían votado los hombres, preguntaron si los hombres habían hablado, finalmente discutieron términos. Pero nunca daban con el hombre adecuado. Si los principios eran correctos, no había dinero; y si el dinero estaba listo, el dinero no aceptaba compromisos. De hecho, querían un Fénix: un hombre muy rico, que hiciera exactamente lo que a ellos les gustara, con opiniones extremadamente bajas y con conexiones muy altas.

—Si fuera por la votación secreta y tuviera un título nobiliario, tendría el mejor efecto —dijo el secretario de la *Reform Association*—, porque verá, estamos luchando contra un *Right Honourable* (Muy Honorable), y no tiene idea de cómo eso cala en la multitud.

La delegación llevaba tres días en la ciudad, y urgida por despachos de cada tren para llevar los asuntos a una conclusión; agotados, perplejos, confundidos, estaban listos para caer en manos del primer oportunista o audaz aventurero. Discutieron durante su cena en una cafetería del Strand las pretensiones de los diversos candidatos que se habían presentado. El señor Donald Macpherson Macfarlane, que solo pagaría los gastos legales; fue rápidamente despachado. El señor Gingerly Browne, de Jermyn Street, hijo menor de un baronet, que llegaría hasta 1,000 libras siempre que el escaño estuviera asegurado. El señor Juggins, destilador, un hombre de 2,000 libras; pero no aceptaría ninguna suscripción anual. Sir Baptist Placid, vago sobre el gasto, pero declarando repetidamente que no podría haber dificultad en ese aspecto. Sin embargo, tenía una objeción moral a suscribirse a las carreras, y ese era un gran punto en Darlford. Sir Baptist suscribiría una guinea al año

para el hospital, y lo mismo para todas las sociedades religiosas sin distinción de sectas; pero las carreras, no era la suma, 100 libras al año, sino el principio. Tenía una objeción moral.

En resumen, la delegación comenzó a sospechar lo que era la verdad: que llegaban un día después de la feria, y que todos los *electioneering rips* (tramposos electorales) que pululan en las cercanías de los clubes políticos durante una disolución inminente del Parlamento —hombres que se convierten en personajes políticos en su pequeño círculo porque se ha hablado de ellos como que una vez tuvieron la intención de presentarse a lugares para los que nunca se ofrecieron, o por haberse presentado a lugares donde nunca podrían haber tenido éxito— estaban de hecho mordisqueando su delicado bocado.

En este momento de desesperación, un rayo de esperanza les fue impartido por una nota confidencial de un secretario del Tesoro, que deseaba verlos en el *Reform Club* al día siguiente. Puede estar seguro de que fueron puntuales a su cita. El secretario los recibió con gran consideración. Les había conseguido un candidato, y de alto nivel, el hijo de un noble, y conectado con las más altas casas Whig. Sus ojos brillaron. Un auténtico honorable. Si querían, los presentaría inmediatamente al Honorable Alberic de Crecy. Solo tenía que presentarlos, ya que no había dificultad ni en cuanto a medios ni opiniones, gastos o compromisos.

El secretario regresó con un joven caballero, cuya diminuta estatura parecía, por su rostro liso y singularmente pueril, ser meramente consecuencia de sus muy tiernos años; pero el señor De Crecy tenía realmente la mayoría de edad, o al menos la tendría para el día de la nominación. No dijo una palabra, pero parecía el capullo de rosa que colgaba en el ojal de su chaqueta. Los concejales y concejales municipales estaban lo que a veces se llama enfáticamente *flabbergasted* (atónitos); estaban mudos por el asombro. *El señor De Crecy irá por la votación secreta* —dijo el secretario del Tesoro, con una mirada audaz y un aspecto demure—, *y por la total e inmediata, si lo presionan mucho; pero no lo hagan, si pueden evitarlo, porque tiene un tío, un viejo miembro del condado, que tiene prejuicios y podría desheredarlo. Sin embargo, respondemos por él. Y estoy muy feliz de haber sido el medio de lograr un arreglo que, siento, será mutuamente ventajoso*. Y dicho esto, el secretario logró escapar.

Las circunstancias, sin embargo, retrasaron por una temporada la carrera política del Honorable Alberic de Crecy. Mientras el partido Liberal en Darlford sufría bajo las diarias aflicciones del estilo demoledor del señor Rigby, y el correo les traía perspectivas muy insatisfactorias de un campeón, uno se ofreció, y en un discurso que insinuaba que no era un hombre de paja,

probable para retirarse de cualquier contienda en la que eligiera embarcarse. La ciudad fue repentinamente cartelizada con una carta a los *Independent Electors* (Electores Independientes) del señor Millbank, el nuevo propietario de Hellingsley.

Se expresaba como alguien que no estaba ansioso por imponerse a su atención, y que no fundaba ninguna reclamación a su confianza en su reciente adquisición; pero al mismo tiempo como alguien resuelto a que la comunidad libre e ilustrada, con la que necesariamente debía estar mucho conectada en el futuro, no se convirtiera en el *nomination borough* (distrito de nominación) de ningún noble del reino sin una lucha, si ellos elegían hacerla. Y así se ofreció si no podían encontrar un mejor candidato, sin esperar la ceremonia de una petición. Era exactamente el hombre que querían; y aunque no tenía título nobiliario, y era algo impracticable en cuanto a los compromisos, su fortuna era tan grande y su carácter tan alto, que se podía esperar que la gente estuviera casi tan contenta como si se les solicitara por algún oscuro vástago de la nobleza ficticia, suscribiéndose a compromisos políticos que no podía comprender, y que, en general, se vomitan con tanta facilidad como se tragan.

CAPÍTULO IV

La gente de Darlford, que mientras la contienda por su representación permanecía entre el señor Rigby y la abstracción llamada *Liberal Principles* (Principios Liberales), parecía muy indiferente sobre el resultado, en el momento en que supo que por la frase se había sustituido una sustancia, y eso también en la forma de un caballero que pronto iba a figurar como su vecino residente, se emocionó, rápidamente se volvió entusiasta. Todas las campanas de todas las iglesias repicaron cuando el señor Millbank comenzó su campaña electoral; los Conservadores, alerta, si no alarmados, insistieron en que su campeón también se mostrara en todas direcciones; y en el curso de veinticuatro horas, tal es el contagio del sentimiento popular, la ciudad se dividió en dos partidos, la gran mayoría de los cuales estaba firmemente convencida de que el país solo podía ser salvado por el regreso del señor Rigby, o preservado de la destrucción inevitable por la elección del señor Millbank.

Los resultados de las dos campañas fueron los que se habían anticipado por los informes previos de los respectivos agentes y partidarios. En estos días, la campaña personal de un candidato es una mera formalidad. Todo el país que va a ser invadido ha sido inspeccionado y cartografiado antes de la entrada; cada posición reconocida; la cadena de comunicaciones completa. En el presente caso, como no era inusual, ambos candidatos estaban realmente apoyados por numerosos y respetables adherentes; y ambos tenían buenas

razones para creer que serían finalmente exitosos. Pero había un cuerpo de electores suficientemente numeroso para decidir la elección, que no prometerían sus votos: hombres concienzudos que sentían la responsabilidad del deber que la constitución había encomendado a su desempeño, y que no se decidirían sin sopesar debidamente los respectivos méritos de los dos rivales. Esta clase de individuos profundamente meditativos se distinguen no solo por su carácter pensativo, sino por una vena caritativa que parece permear su ser. No solo pensarán en tu solicitud, sino que por su parte desean igualmente bien a ambos lados. La decisión, en verdad, como debe aplastar las esperanzas de uno de sus solicitantes, parece infinitamente penosa para ellos; siempre tienen una buena razón para posponerla. Si buscas su sufragio durante la campaña, responden que la orden (*writ*) no ha llegado, el día de la elección aún no está fijado. Si llamas de nuevo para informarles de que la orden ha llegado, responden que quizás después de todo puede que no haya contienda. Si llamas por tercera vez, medio muerto de fatiga, para darles la amistosa noticia de que tanto tú como tu rival se han comprometido a ir a las urnas, se retuercen los pantalones, se frotan las manos y con una torpe sonrisa observan:

—Bueno, señor, ya veremos.

—Vamos, señor Jobson —dice uno del comité, con una sonrisa insinuante—, déle uno al señor Millbank.

—Jobson, creo que usted y yo nos conocemos —dice un partidario muy influyente, con un gesto de complicidad.

—Sí, señor Smith, eso creo.

—Vamos, vamos, déjenos uno.

—Bueno, todavía no he decidido, caballeros.

—¡Jobson! —dice una voz solemne—, ¿no me dijo la otra noche que deseaba bien a este caballero?

—Así es; deseo bien a todos —responde el imperturbable Jobson.

—Bueno, Jobson —exclama otro miembro del comité, con un suspiro—, ¿quién podría haber supuesto que usted sería un enemigo?

—No deseo ser enemigo de nadie, señor Trip.

—Vamos, Jobson —dice un alegre curtidor—, si yo quisiera ser diputado, ¡creo que usted no podría negarme un voto!

—No creo que pudiera, señor Oakfield.

—Bueno, entonces déselo a mi amigo.

—Bueno, señor, lo pensaré.

—Déjelo de mi cuenta —dice otro miembro del comité, con una mirada significativa—. Sé cómo convencerlo. Todo está bien.

—Sí, déjelo en manos de Hayfield, señor Millbank; él sabe cómo manejarlo.

Pero aun así, Jobson sigue pareciendo tan poco manejable y dócil como se pueda imaginar.

Y aquí, en una obra que, en una forma sin pretensiones, aspira a tomar una visión ni desinformada ni parcial de la historia política de los diez decisivos años de la lucha por la Reforma, deberíamos detenernos un momento para observar lo extraño que, solo cinco años después de la reconstrucción del cuerpo electoral por el partido Whig, en un distrito llamado a la existencia política por su política, una ciudad manufacturera, además, el candidato que comprende en su persona cada cualidad y circunstancia que podría recomendarlo a la circunscripción, y su oponente el peor especímen de la *Old Generation* (Vieja Generación), un aventurero político, que debía la parte menos desacreditada de su notoriedad a su oposición al *Reform Bill*; que en tal *borough*, bajo tales circunstancias, hubiera una contienda, y eso también, una de desenlace muy dudoso.

¿Cuál fue la causa de esto? ¿Debemos buscarla en la *Reaction* (Reacción) de los Tadpoles y los Tapers? Esa no sería una solución satisfactoria. La reacción, hasta cierto punto, es la ley de la existencia humana. En el estado particular de asuntos ante nosotros, Inglaterra después del *Reform Act*, nunca podría ser dudoso que el Tiempo contrarrestaría gradualmente, y en algunos casos rápidamente, el impulso nacional de 1832. Nunca podría haber sido una cuestión, por ejemplo, de que los condados ingleses revertirían a su lealtad natural a sus propietarios; pero los resultados de las apelaciones al Tercer Estado en 1835 y 1837 no se explican por un simple reajuste de influencias legítimas.

La verdad es que, por considerables que sean las habilidades de los líderes Whig, por muy consumados que muchos de ellos deban ser reconocidos en el debate parlamentario, experimentados en el consejo, diligentes en el cargo, eminentes como eruditos, poderosos por su posición, la ausencia de influencia individual, y de la autoridad omnipresente de una mente dominante, han sido la causa de la caída del partido Whig.

Tal supremacía fue generalmente reconocida en Lord Grey en el acceso de este partido al poder: pero era la supremacía de una tradición más que de un hecho. Casi al comienzo de su autoridad se indicó a su sucesor. Cuando llegó la crisis, el sucesor previsto no estaba en las filas Whig. Es en esta virtual ausencia de un líder real y reconocido, casi desde el momento en que aprobaron su gran medida, que debemos buscar una causa principal de toda esa insubordinación, todas esas ambiciones desordenadas, y todas esas oscuras intrigas, que finalmente rompieron no solo el gobierno Whig, sino el partido Whig; desmoralizaron sus filas, y los enviaron al país, tanto en 1835 como en 1837, con todas las ilusiones que habían operado tan felizmente a su favor en 1832, disipadas. En todas las cosas rastreamos la irresistible influencia del individuo.

Y sin embargo, el intervalo que transcurrió entre 1835 y 1837 probó que había todo este tiempo en la alineación Whig uno completamente competente para el oficio de liderar un gran partido, aunque su capacidad para ese cumplimiento fue demasiado tardíamente reconocida.

LORD JOHN RUSSELL tiene ese grado de imaginación que, aunque se manifiesta más bien en sentimiento que en expresión, le permite generalizar a partir de los detalles de su lectura y experiencia; y adoptar esos puntos de vista comprensivos que, por fácilmente menospreciados por los hombres ordinarios en una era de rutina, son indispensables para un estadista en las coyunturas en que vivimos. Entiende, por tanto, su posición; y tiene la intrepidez moral que le impulsa a atreverse siempre a lo que su intelecto le asegura que es político. En consecuencia, es al mismo tiempo sagaz y audaz en el consejo. Como administrador es pronto e infatigable. No es un orador natural, y sufre deficiencias físicas que incluso un impulso demosténico difícilmente podría superar. Pero tiene experiencia en el debate, es rápido en la réplica, fértil en recursos, adopta grandes puntos de vista, y frecuentemente compensa una manera seca y vacilante con la expresión de esas nobles verdades que cruzan la fantasía y surgen espontáneamente al labio de los hombres de temperamento poético cuando se dirigen a asambleas populares. Si añadimos a esto una vida privada de digna reputación, los accidentes de su nacimiento y rango, que nunca pueden separarse del hombre, el vástago de una gran familia histórica, y nacido, por así decirlo, para el servicio hereditario del Estado, es difícil determinar en qué período, o bajo qué circunstancias, el partido Whig haya poseído jamás, o pudiera obtener, un líder más eficiente.

Pero debemos volver a la elección de Darlford. La clase de votantes reflexivos era suficientemente numerosa en ese *borough* para hacer que el resultado de la contienda fuera dudoso hasta el final; y en vísperas del día de la nominación, ambos partidos eran igualmente optimistas.

El día de la nominación, en conjunto, es un asunto insatisfactorio. Hay poco que hacer, y ese poco es mera formalidad. Las tediosas horas permanecen, y nadie puede decidirse a nada. No es un día festivo, porque todo el mundo está serio; no es un negocio, porque nadie puede atenderlo; no es una contienda, porque no hay campaña; ni una elección, porque no hay votación. Es un día de holgazanear sin objetivo, y almuerzos sin apetito; de esperanzas y temores; confianza y abatimiento; apuestas de farol y cobertura secreta; y, sobre la medianoche, de furiosas cenas de huesos a la parrilla, brandy con agua y temeridad.

El presidente y vicepresidente de la Asociación Conservadora, el secretario y los cuatro abogados que eran agentes, habían insistido al señor Rigby en que era de la mayor importancia, y debía producir un gran efecto moral, si obtenía la muestra de manos. Con sus poderes de elocuencia y su organización secreta, se halagaban de que se pudiera hacer. Con este fin, Rigby infligió un discurso de más de dos horas de duración a los electores, que lo soportaron muy amablemente, ya que a la multitud le gusta, sobre todas las cosas, que las ceremonias del día de la nominación no se acorten: además, no hay nada que le guste tanto a la multitud como un discurso. Rigby, por lo tanto, tuvo, en general, una audiencia lejos de ser desfavorable, y aprovechó su paciencia. Trajo su tema favorito, la guillotina, y se explayó tan elaboradamente sobre sus cualidades, que uno de los caballeros de abajo no pudo evitar exclamar: Ojalá la consiguiera. Esta exclamación dio a Rigby lo que se llama una gran oportunidad, que, como orador practicante, aprovechó inmediatamente. Denunció el sentimiento como *un-English* (anti-inglés), y fue muy vitoreado. Excitado por este éxito, Rigby comenzó a llamar *un-English* a todo lo demás con lo que no estaba de acuerdo, hasta que comenzaron a elevarse murmullos amenazadores, cuando cambió de tema y se elevó en una gran peroración, en la que les aseguró que los ojos de todo el imperio estaban puestos en esta elección particular; gritos de Eso es cierto por todos lados; y que Inglaterra esperaba que cada hombre hiciera su deber.

—¿Y quién espera que haga el suyo? —preguntó un caballero de abajo—, ¿acerca de esa pensión?

—Rigby —chilló una voz ronca—, no te preocupes, se las diste bien.

—Rigby, mantén el ánimo, viejo: te tendremos.

—¡Ahora! —dijo una voz estentórea; y un hombre tan alto como Saúl lo miró. Este era el líder contratado de la turba Conservadora; la mirada de cada uno de sus secuaces estaba instantáneamente sobre él. —¡Ahora! ¡Nuestra joven Reina y nuestras viejas Instituciones! ¡Rigby por siempre!

Esta fue una señal para la aparición instantánea del líder de la turba Liberal. Magog Wrath, no tan alto como Bully Bluck, su rival, tenía una voz casi tan poderosa, una espalda mucho más ancha, y un rostro mucho más amenazador. —¡Ahora, muchachos, la Reina y Millbank por siempre!

Estas consignas rivales fueron las señales para una pelea entre las dos bandas de gladiadores frente a la plataforma electoral, con el cuerpo del pueblo interfiriendo poco. Bully Bluck agarró los colores de Magog Wrath; forcejearon, se agarraron; sus partidarios estaban en lucha mutua; parecía ser una refriega muy alarmante y peligrosa; varias damas desde las ventanas gritaron, una se desmayó; una banda de policías especiales se abrió paso entre la multitud; se oían sus porras resonando en los cráneos de todos los que se les oponían, especialmente los niños pequeños: finalmente se restableció el orden; y, a decir verdad, las únicas heridas infligidas fueron las que vinieron de los policías especiales. Bully Bluck y Magog Wrath, con todas sus miradas feroces, colores ondeantes, vítores ruidosos y asaltos desesperados, no eran, después de todo, más que un par de mercenarios, que tenían cuidado de no herirse mutuamente. Eran, de hecho, una policía pacífica, que mantenía a la ciudad en respeto, y evitaba que otros fueran traviesos que estaban más inclinados a hacer daño. Sus bandas contratadas eran las válvulas de seguridad para todos los pícaros del distrito, quienes, recibiendo unos pocos chelines por cabeza por su servicio nominal, y tanta bebida como querían después de la contienda, eran sobornados y organizados en paz y sobriedad en los días en que sus excesos eran más de temer.

Ahora el señor Millbank se adelantó: fue breve comparado con el señor Rigby; pero claro y conciso. Nadie podía malinterpretarlo. No favoreció a sus oyentes con ninguna historia, sino que les dio sus puntos de vista sobre los impuestos, el libre comercio, los titulares de cargos públicos y los pensionistas, quienquiera y dondequiera que fueran.

—¡Eh, Rigby, acerca de esa pensión!

—¡Millbank por siempre! Lo tendremos.

—No te preocupes, Rigby, tú entrarás la próxima vez.

El señor Millbank fue enérgico acerca de los residentes representantes, pero no entendía que un residente representante significara el designado de un gran señor, que vivía en un gran castillo; grandes vítores. Hubo una vez un señor que declaró que, si quisiera, devolvería a su ayuda de cámara negro al Parlamento; pero el señor Millbank pensaba que esos días habían pasado. Quedaba para la gente de Darlford determinar si estaba equivocado.

—¡Nunca! —exclamó la multitud—. ¡Millbank por siempre! ¡Rigby al río! ¡No

negros, no ayuda de cámara!

—Tres gemidos por Rigby.

—Su lenguaje no es tan bonito como el del tipo de Londres —dijo un crítico abajo—; pero habla desde su *art* (corazón): y deme al hombre que *as* (tiene) un *art*.

—Esa es tu hora del día, señor Robinson.

—¡Ahora! —dijo Magog Wrath, mirando alrededor—. ¡Ahora, la Reina y Millbank por siempre! ¡Hurra!

La muestra de manos fue completamente a favor del señor Millbank. Apenas se levantó una mano por el señor Rigby abajo, excepto por Bully Bluck y sus pretorianos. El Presidente y el Vicepresidente de la Asociación Conservadora, el Secretario y los cuatro agentes, fueron individual y respectivamente al señor Rigby y lo felicitaron por el resultado, ya que era un hecho conocido que la muestra de manos nunca ganaba.

La víspera del día de la votación estaba ahora cerca. Este es el período más crítico de una elección. Durante toda la noche, partidos disfrazados recorrían los diferentes distritos, vigilando las tácticas de los demás; máscaras, pelucas, narices postizas, caballeros con libreas, hombres con atuendo femenino, un carnaval silencioso de maniobras, vigilancia, ansiedad y trepidación. Los votantes reflexivos alrededor de esta hora se deciden; los entusiastas que te han dicho veinte veces al día durante la última quincena que se levantarían en medio de la noche para servirte, requieren el encierro más vigilante; todos los individuos que te han asegurado que su palabra es su garantía, cambian de bando.

Dos de los *Rigbyites* (partidarios de Rigby) se encontraron en el mercado aproximadamente una hora después de la medianoche.

—Bueno, ¿cómo va? —dijo uno.

—He dado las rondas. La *blunt* (plata) va como la bomba. Vi a un hombre salir de la casa de Moffatt, envuelto con una máscara. Lo seguí. Era Biggs.

—¿No lo dices en serio? Diablos, respondo por Moffatt.

—Nunca pensé que fuera un hombre de verdad.

—¿Se lo dijiste a Robins?

—No pude verlo; pero me encontré con el joven Gunning y se lo dije.

—¡El joven Gunning! Eso no sirve.

—Pensé que era tan fiable como el reloj de la ciudad.

—Yo también, una vez. ¡Silencio! ¿quién viene? El enemigo, Franklin y Sampson Potts. Mantente cerca.

—Les hablaré. Buenas noches, Potts. ¿Despierto hasta tan tarde?

—Todo es válido en época de elecciones. ¿No estás roncando?

—Bueno, espero que gane el mejor hombre.

—Estoy seguro de que lo hará.

—Debes ir a por Moffatt temprano, a desayunar al *White Lion* (León Blanco); esa es tu opción. No lo dejes, y vótalo tú mismo. Me voy a casa de Solomon Lacey. Tiene cuatro partidarios de Millbank encerrados muy borrachos, y quiero llevarlos tranquilamente al campo antes del amanecer.

¡Es el día de la votación! Los candidatos son despertados de sus sueños a una hora temprana por la música de sus propias bandas que recorren la ciudad, y cada uno toca al héroe conquistador para mantener el valor de sus agotados empleadores, privándoles del descanso que solo puede tranquilizar el sistema nervioso. Hay algo en esa ráfaga matutina de música, seguida de un agudo vítore de los muchachos del distrito los únicos habitantes aún levantados, que es muy deprimente.

Las salas del comité de cada candidato pronto están llenas de informes negros; cada lado ha recibido temibles boletines de la campaña de la noche anterior; y sus consecuencias como se ejemplifican en la mañana, tergiversaciones sin precedentes, ausencias misteriosas; hombres que desayunan con un lado y votan con el otro; hombres que no quieren venir a desayunar; hombres que no quieren dejar el desayuno.

A las diez, el señor Rigby tenía una mayoría de veintiocho.

La votación fue rápida e igual hasta mediados del día, cuando se volvió lenta. El señor Rigby mantuvo una mayoría, pero una insignificante. Los amigos del señor Millbank no se desanimaron, ya que se sabía que los miembros principales del comité del señor Rigby habían votado; mientras que los de su oponente estaban principalmente reservados. A las dos y cuarto hubo grandes vítores y alboroto. Los cuatro votantes a favor de Millbank, a quienes Solomon Lacey había encerrado, emborrachado y llevado al campo, habían recuperado el sentido, escapado y votado como originalmente pretendían.

Poco después, el comité declaró al señor Millbank en mayoría de uno, pero el comité del señor Rigby publicó instantáneamente un cartel, en letras grandes, para anunciar que, por el contrario, su hombre estaba en mayoría de nueve.

—¡Si solo pudiéramos haber tenido otro *registro electoral*! —susurró el agente principal al señor Rigby, a las cuatro y cuarto.

—¿Crees que todo ha terminado?

—Pues no veo ahora cómo podemos ganar. Hemos votado a todos nuestros muertos fallecidos en el registro, y Millbank va siete por delante.

—No tengo duda de que podremos presentar una buena petición —dijo el consolador presidente de la Asociación Conservadora.

CAPÍTULO V

No fue con sentimientos de extrema satisfacción que el señor Rigby regresó a Londres. La pérdida de Hellingsley, seguida por la pérdida del distrito para el exitoso maestro de Hellingsley, no eran precisamente los incidentes que se aducirían como evidencia de la buena gestión o la buena fortuna del señor Rigby. Hasta ese momento, ese caballero había persuadido al mundo de que no solo era muy inteligente, sino que también siempre tenía suerte; una cualidad que muchos aprecian incluso más que la capacidad. Su reputación estaba indudablemente dañada, tanto con su patrón como con su partido. Pero lo que los Tapers y los Tadpoles pensaran o dijeran, lo que incluso pudiera ser el efecto perjudicial en su propia carrera de la pérdida de esta elección, asumía un carácter insignificante cuando se comparaba con su influencia en el temperamento y la disposición del Marqués de Monmouth.

Y sin embargo, su carruaje está ahora entrando en el patio de Monmouth House, y en toda probabilidad, unos minutos lo introducirían en esa presencia ante la que había, antes de esto, temblado. El Marqués estaba en casa, y ansioso por ver al señor Rigby. En unos minutos ese caballero estaba subiendo la escalera privada, entrando en la antesala, y esperando ser recibido en el pequeño salón, exactamente como nuestro Coningsby hizo hace más de cinco años, no menos agitado, pero por sentimientos de un carácter muy diferente.

—Bueno, hiciste una buena lucha —exclamó el Marqués, en tono alegre y cordial, cuando el señor Rigby entró en su vestidor—. ¡Paciencia! La próxima vez ganaremos.

Esta recepción tranquilizó instantáneamente al candidato derrotado, aunque su contraste con la que esperaba lo desconcertó bastante. Entró en los

detalles de la elección, habló rápidamente del próximo registro, de la conveniencia de presentar una petición; se acostumbró a oír su voz con su habitual locuacidad en una cámara donde temía que no pudiera sonar por algún tiempo.

—¡Maldita sea la política! —dijo el Marqués—. Estos tipos están dentro para este Parlamento, y estoy realmente cansado de todo el asunto. Empiezo a pensar que el Duque tenía razón, y que lo mejor habría sido dejarlos solos. Me alegra que hayas subido de inmediato, porque te necesito. El hecho es que me voy a casar.

Esta no era una noticia sorprendente para el señor Rigby; estaba preparado para ella, aunque difícilmente podía esperar que se le favoreciera con ella en la presente ocasión, en lugar de un comentario moroso sobre sus desgracias. El matrimonio, entonces, era la idea predominante de Lord Monmouth en ese momento, en cuyo absorbente interés se olvidaban todas las vejaciones. ¡Afortunado Rigby! Disgustado por el fracaso de sus combinaciones políticas, sus decepciones al no dictar al condado y no ganar el *borough*, y la escasa perspectiva en ese momento de obtener el gran objetivo de su ambición, Lord Monmouth había resuelto precipitar su destino, estaba a punto de casarse inmediatamente y abandonar Inglaterra.

—Te necesitarán, Rigby —continuó el Marqués—. Debemos tener un par de fideicomisarios (*trustees*), y he pensado en ti como uno. Ya sabes que eres mi albacea; y es mejor no introducir innecesariamente nuevos nombres en la gestión de mis asuntos. Lord Eskdale actuará contigo.

Rigby entonces, después de todo, era un hombre afortunado. Después de tal sucesión de fracasos, había regresado solo para recibir nuevas y las más delicadas muestras del buen sentimiento y consideración de su patrón. ¡Fideicomisario y albacea de Lord Monmouth! Sabes que eres mi albacea) ¡Verdad sublime! Debería ser blasonada en letras de oro en la parte más conspicua de la biblioteca de Rigby, para recordarle perpetuamente su gran e inminente destino. El albacea de Lord Monmouth, y muy probablemente uno de sus *residuary legatees* (herederos del resto). Algún tipo de legatario sabía que era. ¡Qué espléndido *memento mori* (recuerdo que moriras)! ¿Qué le importaba a Rigby el *borough* de Darlford? Y en cuanto a sus amigos políticos, les deseaba alegría de sus estériles escaños. Nada se perdía por no estar en este Parlamento.

Fue entonces con sinceridad que Rigby ofreció sus felicitaciones a su patrón. Alabó la juiciosa alianza, acompañada de toda circunstancia conducente a la felicidad mundana; belleza distinguida, temperamento perfecto, rango principesco. Rigby, que apenas había salido de la vena de su campaña

electoral, fue muy elocuente en sus alabanzas a Madame Colonna.

—Una mujer amable —dijo Lord Monmouth—, y muy guapa. Siempre la admiré; y una persona agradable también; me atrevo a decir que de muy buen carácter, pero no me voy a casar con ella.

—¿Podría entonces preguntar quién es...?

—Su hijastra, la Princesa Lucretia —respondió el Marqués, tranquilamente, y mirando su anillo.

¡Aquí hubo un rayo! Rigby había cometido otro error. ¡Había estado trabajando todo este tiempo por la mujer equivocada! La conciencia de ser un fideicomisario (*trustee*) fue lo único que lo sostuvo. Hubo una pausa inevitable. El Marqués no hablaría, sin embargo, y Rigby debía hacerlo. Balbuceó bastante incoherentemente sobre que la Princesa Lucretia era admirada por todos; también que era la más afortunada de las mujeres, así como la más consumada; estaba a punto de decir que la conocía desde niña, cuando la discreción detuvo su lengua, que tenía la costumbre de atropellar algo temerariamente; pero Rigby, aunque a menudo metía la pata en su conversación, tenía el talento de salir de las consecuencias de sus errores.

—Y Madame debe estar muy complacida por todo esto —observó el señor Rigby, con un acento interrogativo. Estaba deseando saber cómo había recibido primero la noticia, y se felicitó de que su ausencia por su contienda lo hubiera preservado de la tormenta.

—Madame Colonna no sabe nada de nuestras intenciones —dijo Lord Monmouth—. Y por cierto, ese es exactamente el asunto para el que deseo verte, Rigby. Deseo que se las comuniques. Vamos a casarnos, e inmediatamente. Me complacería que la esposa del padre de Lucretia asistiera a nuestra boda. Entiendes exactamente lo que quiero decir, Rigby; no quiero escenas. Siempre feliz de ver a la Princesa Colonna bajo mi techo; pero entonces me gusta vivir tranquilo, particularmente ahora; acosado como he estado por la pérdida de estas elecciones, por toda esta mala gestión, y por todas estas decepciones en asuntos en los que me llevaron a creer que el éxito era seguro. Madame Colonna está en casa; y el Marqués acompañó al señor Rigby hasta la puerta.

CAPÍTULO VI

La partida de Sidonia del Castillo de Coningsby, en el otoño, decidió a la Princesa Lucretia a dar un paso que desde algún tiempo antes de su llegada había ocupado su imaginación meditabunda. La Naturaleza había otorgado a esta dama un alma ambiciosa y un espíritu sutil; podía atreverse mucho y

podía ejecutar finamente. Sobre todas las cosas codiciaba el poder; y aunque no era libre de la característica susceptibilidad de su sexo, las cualidades que podían comprometer sus pasiones o fascinar su fantasía debían participar de esa eminencia intelectual que la distinguía. Aunque la Princesa Lucretia en un corto espacio de tiempo había visto mucho del mundo, todavía no se había encontrado con ningún héroe. En los admiradores que su rango, y a veces su inteligencia, reunían a su alrededor, su amo todavía no había aparecido. Su corazón no había temblado ante ninguna de esas brillantes formas que, según le decían, su sexo admiraba; ni envidiaba a nadie el homenaje que no apreciaba. No había, por lo tanto, ningún elemento perturbador en los cálculos mundanos que aplicaba a esa cuestión que es, para la mujer, lo que una carrera es para el hombre, la cuestión del matrimonio. Se casaría para ganar poder, y por lo tanto deseaba casarse con el poderoso. Lord Eskdale revoloteaba a su alrededor, y ella le quería. Admiraba su incomparable astucia; su libertad de los prejuicios ordinarios; su egoísmo que siempre era bonachón, y la imperturbabilidad que no era insensible. Pero Lord Eskdale había revoloteado alrededor de muchas; era su fácil hábito. Le gustaban las mujeres inteligentes, jóvenes, pero que habían visto algo del mundo. La Princesa Lucretia le complacía mucho; con la forma y la mente de una mujer incluso en la guardería. Había observado su desarrollo con interés; y había sido testigo de su lanzamiento en ese mundo donde flotaba a la vez con tanta dignidad y conciencia de poder superior, como si hubiera desafiado durante temporadas sus olas y sus tempestades.

Mientras meditaba sobre Lord Eskdale, la mente de Lucretia se dirigió a la imagen de su amigo; su amigo; el amigo de sus padres. ¿Y por qué no casarse con Lord Monmouth? La idea le agradó. Había algo grande en la concepción; difícil y extraño. El resultado, si se lograba, le daría todo lo que deseaba. Dedicó su mente a este pensamiento secreto. No tenía confidentes. Concentró su intelecto en un punto, y ese era fascinar al abuelo de Coningsby, mientras que su madrastra estaba planeando que ella se casara con su nieto. La voluntad de Lucretia Colonna era, si no suprema, de un poder más difícil de resistir. Había algo parecido a un encanto y atractivo en la conversación de alguien que era silencioso con todos los demás; algo en los tonos de su voz baja y rica que actuaba singularmente sobre el sistema nervioso. Era la voz de la serpiente; en verdad, había un movimiento ondulatorio en Lucretia, cuando se acercaba a ti, que recordaba irresistiblemente a ese misterioso animal.

Lord Monmouth no era insensible al hechizo, aunque completamente inconsciente de su propósito. Encontraba la compañía de Lucretia muy agradable; era animada, inteligente, original; sus preguntas eran estimulantes; sus comentarios sobre lo que veía, oía y leía, sabrosos y a menudo indicando un fino humor. Pero todo esto estaba reservado para su

oído. Ante sus padres, como ante todos los demás, Lucretia era silenciosa, un poco desdeñosa, nunca comunicativa, sin dar ni buscar diversión, encerrada en sí misma.

Lord Monmouth cayó, por lo tanto, en el hábito de montar y pasear en coche solo con Lucretia. Era un arreglo que encontraba que hacía su vida más agradable. Tampoco desagradaba a Madame Colonna. Consideraba la afición de Lord Monmouth por Lucretia como un nuevo lazo para todos ellos. Incluso el Príncipe, cuando su esposa llamó su atención sobre la circunstancia, la observó con satisfacción. Era una circunstancia que representaba en su mente una continuación de buena comida y buena bebida, buenos caballos, baños lujosos, billar incesante.

En este estado de cosas apareció Sidonia, conocido antes por su madrastra, pero visto por Lucretia por primera vez. Verdaderamente, vino, vio y venció. Esos ojos que rara vez se encontraban con los de otro se fijaron en su mirada penetrante pero desapasionada. Escuchó esa voz, llena de música pero vacía de ternura; y el espíritu de Lucretia Colonna se inclinó ante una inteligencia que mandaba simpatía, pero no ofrecía ninguna.

Lucretia poseía naturalmente grandes cualidades así como grandes talentos. Bajo una influencia genial, su educación podría haber formado a un ser capaz de impartir y recibir felicidad. Pero se encontró sin guía. Su padre no le ofrecía amor; su madrastra no ganaba su respeto. Su educación literaria fue el resultado de su propia mente fuerte y espíritu inquisitivo. Valoraba el conocimiento, y por lo tanto lo adquiría. Pero ni un solo principio moral ni una sola verdad religiosa le habían sido inculcados en su ser. La frecuente ausencia de su propio país había roto gradualmente incluso una observancia habitual de las formas de su credo; mientras que una vida de indulgencia imperturbada, sin ansiedad ni cuidado, mientras la preservaba de muchas de las tentaciones del vicio, la privaba de esa sabiduría más preciosa que los rubíes que solo la adversidad y la aflicción, las luchas y las penas de la existencia, pueden impartir.

Lucretia había pasado su vida en una sociedad refinada, pero bastante disoluta. No es que una palabra que pudiera provocar el rubor de una doncella, una conducta que pudiera doler a los sentimientos más puros, pudiera ser oída o presenciada en esos círculos pulidos y lujosos. El gusto más exquisito impregnaba su atmósfera; y los no iniciados que se encontraban en esas cámaras perfumadas y esos salones dorados, podrían creer, por todo lo que pasaba ante ellos, que sus habitantes eran tan puros, ordenados e irreprochables como sus muebles. Pero entre los habitantes habituales de estos delicados salones había un entendimiento tácito, una doctrina prevalente que no requería exposición formal, ni pruebas e

ilustraciones, ni comentario y ni glosa; que era en verdad más bien una convicción tradicional que un dogma impartido; de que el público exotérico era, sobre muchos temas, víctima de prejuicios muy vulgares, que estas personas ilustradas no deseaban ni perturbar ni adoptar.

Un ser de tal temperamento, criado de tal manera; una mujer llena de intelecto y ambición, audaz y sin ley, y saciada de prosperidad, no está hecha para fortunas ecuánimes y una existencia uniforme. Habría sacrificado el mundo por Sidonia, porque él había tocado la ferviente imaginación que nadie antes podía acercarse; pero ese hombre inescrutable no leería el secreto de su corazón; e impulsada por igual por el disgusto, el amor al poder y el cansancio de su vida presente, Lucretia resolvió ese gran resultado que el señor Rigby está a punto de comunicar a la Princesa Colonna.

Aproximadamente media hora después de que el señor Rigby hubiera entrado en los apartamentos de esa dama, parecía que todas las campanas de Monmouth House sonaban al mismo tiempo. El sonido incluso llegó al Marqués en su lujoso retiro; quien inmediatamente tomó una pizca de rapé y ordenó a su ayuda de cámara que cerrara la puerta de la antesala. La Princesa Lucretia también oyó los sonidos; estaba tumbada en un sofá, en su *boudoir*, leyendo el *Infierno*, e inmediatamente reunió su guarnición en forma de una doncella francesa, y dio instrucciones de que no se admitiera a nadie. Tanto el Marqués como su futura novia sintieron que una crisis estaba cerca, y resolvieron no participar en ninguna escena.

El sonido cesó; hubo de nuevo silencio. Luego hubo otro toque; un tirón corto, apresurado y violento; seguido de algunos portazos. Los sirvientes, que estaban todos alerta, y tenían ventajas de oír y observar negadas a su recluido amo, vislumbraron al señor Rigby tratando de llevar suavemente de vuelta a su apartamento a Madame Colonna, furiosa en medio de sus exclamaciones deprecatorias.

—¡Por el amor de Dios, mi querida Madame; por su propio bien; ahora realmente; ahora se lo aseguro; está usted completamente equivocada; lo está, en verdad; es un malentendido completo; se lo explicaré todo. Le ruego, le imploro, lo que quiera, justo lo que le plazca; solo escuche.

Entonces la dama, con el rostro encendido y el ojo centelleante, cerrando violentamente la puerta, se perdió de nuevo de su vista. Unos minutos después hubo un toque moderado, y el señor Rigby, saliendo de los apartamentos, con su corbata un poco desordenada, como si hubiera recibido una violenta sacudida, se encontró con el sirviente que habría entrado.

—¡Ordene el coche de viaje de Madame Colonna! —exclamó en voz alta—, y

envíe a Mademoiselle Conrad aquí directamente. No creo que el tipo me oiga —añadió el señor Rigby, y siguiendo al sirviente, añadió en voz baja y con una mirada significativa—sin coche de viaje; sin Mademoiselle Conrad; ordene la *britska* como de costumbre.

Pasó casi otra hora; hubo otro toque; muy moderado, en verdad. Se informó al sirviente de que Madame Colonna iba a bajar, y ella apareció como de costumbre. Con un hermoso vestido de mañana y apoyada en el brazo del señor Rigby, bajó las escaleras y fue ayudada a subir a su coche por ese caballero, quien, sentándose a su lado, ordenó que condujeran a Richmond.

Después de que se informara a Lord Monmouth de que todo estaba tranquilo, y de que Madame Colonna, acompañada por el señor Rigby, había ido a Richmond, ordenó su coche y, acompañado por Lucretia y Lucian Gay, partió inmediatamente hacia Blackwall, donde, en *whitebait* (pececillo blanco), una botella tranquila de clarete, la compañía de sus agradables amigos y la contemplación de los vapores que pasaban, encontró una suave distracción y un reposo divertido.

El señor Rigby informó esa noche al Marqués a su regreso de que todo estaba arreglado y tranquilo. Quizás exageró las dificultades para aumentar el servicio; pero según su relato, fueron considerables. Se necesitó algún tiempo para hacer comprender a Madame Colonna la naturaleza de su comunicación. Toda la habilidad diplomática de Rigby se gastó en el desarrollo gradual. Cuando se le presentó claramente, el efecto fue aterrador. Ese fue el primer gran toque de campanas. Rigby suavizó un poco lo que personalmente había soportado; pero confesó que ella se abalanzó sobre él como una tigresa a la que se le arrebata la presa, y derramó sobre él un volumen de epítetos, muchos de los cuales Rigby realmente merecía. Pero después de todo, en la presente instancia, no fue traicionero, solo bajo, que es lo que siempre era. Luego se sumió en una pasión de lágrimas, y juró con frecuencia que no lloraba por sí misma, sino solo por ese querido señor Coningsby, que había sido tratado tan infamemente y robado de Lucretia, y cuyo corazón sabía que debía romperse. Parecía que Rigby detuvo la primera violencia de su emoción con misteriosas insinuaciones de una importante comunicación que tenía que hacer; y pinchando su curiosidad, calmó su pasión. Pero realmente no teniendo nada que decir, estuvo a punto de verse envuelto en nuevos peligros. Se refugió en la afectación de gran agitación que impedía la exposición. La dama insistió entonces en que se ordenara y empaquetara su coche de viaje, ya que estaba decidida a partir para Roma esa tarde. Este pequeño incidente le dio a Rigby unos minutos para recomponerse, al final de los cuales hizo a la Princesa varios anuncios de arreglos previstos, todos los cuales le complacieron mucho, aunque eran tan incoherentes entre sí, que si no hubiera sido una mujer enojada, debe haber detectado que Rigby estaba

mintiendo. Le aseguró casi en el mismo aliento que nunca se separaría de ellos, y que tendría cualquier establecimiento en cualquier país que le gustara. Habló salvajemente de equipajes, diamantes, chales, palcos de ópera; y mientras su mente estaba desconcertada con estos deslumbrantes objetos, él, con intrépida gravedad, la consultó sobre la cantidad exacta que le gustaría tener asignada, independientemente de sus ingresos generales, para fines de caridad.

Al cabo de dos horas, agotada por su rabia y calmada por estas visiones, Madame Colonna, habiéndose vuelto tranquila y razonable, suspiró y murmuró una queja de que Lord Monmouth debería haber comunicado esta importante información en persona. Ante esto, Rigby le aseguró instantáneamente que Lord Monmouth había estado esperando durante algún tiempo para hacerlo, pero a consecuencia de su prolongada entrevista con Rigby, Su Señoría había partido para Richmond con Lucretia, donde esperaba que Madame Colonna y el señor Rigby se unieran a él. Así terminó, con un paseo matutino y una cena suburbana; Rigby, después de lo que había pasado, no encontrando dificultad para explicar la ausencia de los otros invitados, y llevando a Madame Colonna a casa por la noche, a veces casi tan alegre y de buen humor como de costumbre, y casi olvidada de su decepción.

Cuando el Marqués se encontró con Madame Colonna, la abrazó con gran cortesía, y a partir de entonces la consultó sobre cada arreglo. Aprovechó una ocasión muy temprana para regalarle un collar de diamantes de gran valor. Al Marqués le gustaba hacer regalos a personas a las que pensaba que no se había comportado muy bien, y que sin embargo le ahorraban escenas.

La boda siguió rápidamente, por licencia especial, en la villa del Muy Honorable Nicholas Rigby, que entregó a la novia. La boda fue muy selecta, pero brillante como el collar de diamantes: un Duque y Duquesa reales, Lady St. Julians, y algunos otros. El señor Ormsby regaló a la novia un ramo de piedras preciosas, y Lord Eskdale un abanico francés con marco de diamantes. Fue un día hermoso; Lord Monmouth, tranquilo como si estuviera ganando el *St. Leger* (carrera de caballos); Lucretia, universalmente reconocida como una belleza; todos los invitados alegres, la Princesa Colonna especialmente.

El coche de viaje está en la puerta que ha de llevar a la feliz pareja. Madame Colonna abraza a Lucretia; el Marqués hace una gran reverencia: se han ido. Los invitados permanecen un rato. Un Príncipe de sangre propondrá un brindis; se bebe otra copa de champaña, se devora otro ortolán; luego se levantan y se dispersan. Madame Colonna se va con Lady St. Julians, de quien será invitada por un tiempo. Y en unos minutos, su anfitrión está solo.

El señor Rigby se retiró a su biblioteca: el reposo de la cámara debe haber sido grato a sus sentimientos después de toda esta distracción. Era espaciosa, bien surtida, clásicamente adornada, y se abría a un hermoso césped. Rigby se arrojó en una amplia silla, cruzó las piernas y, apoyando la cabeza en su brazo, aparentemente cayó en profunda contemplación.

Tenía alguna razón para reflexionar, y aunque una vez nos aventuramos a afirmar que Rigby nunca pensó ni sintió, este quizás sea la excepción que prueba la regla.

Apenas podía abstenerse de reflexionar sobre el extraño evento del que había sido testigo, y al que había asistido.

Era un incidente que podía ejercer una influencia considerable sobre sus fortunas. Su patrón se casó, y se casó con alguien que ciertamente no ofrecía al señor Rigby una perspectiva de fácil manejo como su madrastra. Aquí surgían nuevas influencias; nuevos personajes, nuevas situaciones, nuevas contingencias. ¿Estaba pensando en todo esto? De repente salta, se apresura a un estante y toma un volumen. Es su *interleaved peerage* (libro de nobleza con páginas en blanco), del que durante veinte años había estado amenazando con una edición. Volviendo al Marquesado de Monmouth, tomó su pluma e hizo la siguiente entrada:

Casado, segunda vez, 3 de agosto de 1837, la Princesa Lucretia Colonna, hija del Príncipe Pablo Colonna, nacida en Roma, 16 de febrero de 1819.

Eso era lo que el señor Rigby llamaba un gran hecho. No había un compilador de nobleza en Inglaterra que tuviera esa fecha excepto él mismo.

Antes de cerrar esta breve narración de los incidentes domésticos que ocurrieron en la familia de su abuelo desde que Coningsby dejó el Castillo, no debemos olvidar mencionar lo que le sucedió a Villebecque y Flora.

Lord Monmouth tomó mucho cariño al director. Lo encontró muy inteligente en muchas cosas independientemente de su profesión; era útil para Lord Monmouth, y hacía su trabajo de manera agradable. Y la futura Lady Monmouth estaba acostumbrada a Flora, y la encontraba útil también, y no quería perderla.

Y así, el Marqués, dando vueltas a todas las circunstancias en su mente, y estando convencido de que Villebecque nunca podría tener éxito en Inglaterra en su profesión, y probablemente en ningún otro lugar, lo nombró, para infinita satisfacción de Villebecque, *intendant* (administrador) de su casa, con un salario considerable, mientras Flora aún vivía con su amable padrastro.

CAPÍTULO VII

Pasó otro año; no tan fructífero en incidentes para Coningsby como los anteriores, y sin embargo no pasado sin provecho. Se había dedicado a la cultivación casi ininterrumpida de su inteligencia. Había leído profunda y extensamente, digerido sus adquisiciones, y se había practicado en examinarlas, libre de esas convencionales conclusiones y esas tradicionales inferencias que lo rodeaban. Aunque había renunciado a su una vez acariciado propósito de buscar honores universitarios, un objetivo que encontraba discordante con las investigaciones en las que su mente estaba empeñada, rara vez había abandonado Cambridge. La compañía de sus amigos, la gran conveniencia de las bibliotecas públicas, y el tono general de la vida estudiantil a su alrededor, hacían de la Universidad una residencia genial para él. Hay un momento en la vida en que el orgullo y la sed de conocimiento parecen absorber nuestro ser, y así le sucedió ahora a Coningsby, que se sentía cada día más fuerte en sus recursos intelectuales, y cada día más ansioso y ávido por aumentarlos. Los hábitos de discusión pública fomentados por la *Debating Society* (Sociedad de Debate) eran también para Coningsby un lazo no despreciable con la Universidad. Esta era la arena en la que se sentía como en casa. La promesa de sus días de Eton se cumplió aquí. Y mientras sus amigos escuchaban su argumento sostenido o su declamación apasionada, la pronta respuesta o el hábil retruécano, miraban hacia adelante con orgullo a través de la perspectiva de los años al tiempo en que el héroe del Club juvenil debía convencer o deslumbrar en el senado. Es probable, entonces, que hubiera permanecido en Cambridge con breves intervalos hasta obtener su título, si no hubieran ocurrido circunstancias que dieron un giro completamente nuevo a sus pensamientos.

Cuando Lord Monmouth fijó su día de boda, él mismo escribió a Coningsby para anunciar su intención de casarse, y para solicitar la presencia de su nieto en la ceremonia. La carta fue más que amable; fue cálida y generosa. Aseguró a su nieto que esta alianza no haría ninguna diferencia en la muy amplia provisión que hacía tiempo tenía prevista para él; que siempre consideraría a Coningsby su pariente más cercano; y que, mientras su muerte traería a Coningsby una independencia tan considerable como un caballero inglés podría desear, así en su vida Coningsby siempre sería apoyado como correspondía a su nacimiento, educación y futuras perspectivas. Lord Monmouth había mencionado a Lucretia que estaba a punto de invitar a su nieto a su boda, y la dama recibió la noticia con satisfacción. Sucedió que unas horas después, Lucretia, que ahora entraba en las habitaciones privadas de Lord Monmouth sin anunciar previamente su llegada, se encontró con Villebecque con la carta para Coningsby en la mano. Lucretia se la quitó y dijo que la echaría al correo con sus propias cartas. Nunca llegó a su destino. Nuestro amigo se enteró de la boda por los periódicos, lo que lo asombró

bastante; pero Coningsby quería a su abuelo, y escribió a Lord Monmouth una carta de felicitación, llena de sentimiento e ingenuidad, y que, mientras complació mucho a la persona a quien iba dirigida, involuntariamente lo convenció de que Coningsby nunca había recibido su comunicación original. Lord Monmouth habló con Villebecque, que pudo arrojar suficiente luz sobre el tema, pero nunca se mencionó a Lady Monmouth. El Marqués era un hombre que siempre descubría todo, y disfrutaba del secreto.

Poco más de un año después de la boda, cuando Coningsby había cumplido veintiún años, el año que había pasado tan tranquilamente en Cambridge, recibió una carta de su abuelo, informándole que después de una variedad de movimientos, Lady Monmouth y él estaban establecidos en París para la temporada, y deseándole que no dejara de venir tan pronto como fuera posible, y les hiciera una visita tan larga como lo permitieran las regulaciones de la Universidad. Así, al final del período de diciembre, Coningsby dejó Cambridge para París.

Pasando por Londres, hizo su primera visita a su banquero en Charing Cross, sobre quien había girado periódicamente desde que comenzó su vida universitaria. Estaba en la oficina exterior, haciendo algunas preguntas sobre una carta de crédito, cuando uno de los socios salió de una habitación interior y lo invitó a entrar. Esta firma había sido durante generaciones la banquera de la familia Coningsby; y parecía que había una caja sellada en su poder, que había pertenecido al padre de Coningsby, y deseaban aprovechar esta oportunidad para entregársela a su hijo. Esta comunicación le interesó profundamente; y como estaba solo en Londres, en un hotel, y a punto de ir a un país extranjero, pidió permiso para examinarla inmediatamente, con el fin de volver a depositarla con ellos: así que lo llevaron a una habitación privada para ese propósito. El sello se rompió; la caja estaba llena de papeles, principalmente correspondencia: entre ellos había un paquete descrito como cartas de mi querida Helen, la madre de Coningsby. Dentro de este paquete había una miniatura de esa madre. La miró; la dejó; la miró una y otra vez. No podía equivocarse. Ahí estaba la misma cinta azul en el cabello brillante. Era una copia exacta de ese retrato que había excitado tanto su atención cuando estaba en Millbank. Esto fue un incidente misterioso y singularmente desconcertante. Lo agitó mucho. Estaba solo en la habitación cuando hizo el descubrimiento. Cuando se recuperó, selló el contenido de la caja, con la excepción de las cartas de su madre y la miniatura, que se llevó consigo, y luego la volvió a entregar a su banquero para su custodia hasta su regreso.

Coningsby encontró a Lord y Lady Monmouth en un espléndido hotel en el Faubourg St. Honoré, cerca de la Embajada inglesa. Su abuelo lo miró con marcada atención, y lo recibió con evidente satisfacción. En verdad, Lord Monmouth estaba muy complacido de que Harry hubiera venido a París; era

la Universidad del Mundo, donde todo el mundo debería graduarse. París y Londres deberían ser los grandes objetivos de todos los viajeros; el resto era mero paisaje.

No se puede negar que entre Lucretia y Coningsby existía desde el principio una cierta antipatía; y aunque las circunstancias por un corto tiempo parecían haber eliminado o modificado la aversión, la manera de la dama cuando Coningsby fue conducido a su *boudoir*, resplandeciente con todo el gusto y lujo parisino que se pudiera idear, se caracterizaba por esa cortesía frígida que había precedido a los días de su conocimiento más genial. Si la manera de Lucretia era la misma que antes de su matrimonio, se podía observar, sin embargo, un cambio considerable en su apariencia. Su hermosa forma se había desarrollado más; mientras que su vestido, que antes descuidaba, era elaborado y magnífico, y de la última moda. Lucretia era la moda de París; una gran dama, muy admirada. Un invitado bajo tal techo, sin embargo, Coningsby fue lanzado de inmediato a los más brillantes círculos de la sociedad parisina, que encontró fascinante.

El arte de la sociedad es, sin duda, perfectamente comprendido y completamente practicado en la brillante metrópolis de Francia. Un inglés no puede entrar en un salón sin sentir instantáneamente que está entre una raza más social que sus compatriotas. ¿Qué, por ejemplo, es más consumado que la manera en que una dama francesa recibe a sus invitados? Une el reposo grácil y la dignidad sin afectación, con la más amable consideración por los demás. Ve a todos; habla con todos; los ve en el momento adecuado; dice la cosa correcta; es absolutamente imposible detectar ninguna diferencia en la posición de sus invitados por el espíritu con que los recibe. Hay, en verdad, en todo círculo de la sociedad parisina, desde el *château* (castillo) hasta el *cabaret* (taberna), un sincero homenaje al intelecto; y esto sin ningún sentimiento empalagoso. Nadie más pronto que los parisinos pueden trazar la línea entre la notoriedad ficticia y la fama honesta; o distinguir antes entre la celebridad falsa y la reputación estándar. En Inglaterra, demasiado a menudo alternamos entre una desdeñosa negligencia del genio y una persecución rhapsódica de los charlatanes. En Inglaterra, cuando aparece un nuevo personaje en nuestros círculos, la primera pregunta es siempre: ¿Quién es él? En Francia es: ¿Qué es él? En Inglaterra: ¿Cuánto gana al año? En Francia: ¿Qué ha hecho?

CAPÍTULO VIII

Aproximadamente una semana después de la llegada de Coningsby a París, mientras paseaba por los suaves y soleados Bulevares, suaves y soleados aunque era Navidad, se encontró con Sidonia.

—¿Así que estás aquí? —dijo Sidonia—. Gira ahora conmigo, porque veo que solo estás holgazaneando, y cuéntame cuándo viniste, dónde estás y qué has hecho desde que nos separamos. Yo mismo he estado aquí solo unos días.

Había mucho que contar. Y cuando Coningsby hubo relatado rápidamente todo lo que había pasado, hablaron de París. Sidonia le había ofrecido hospitalidad, hasta que supo que Lord Monmouth estaba en París y que Coningsby era su invitado.

—Lamento que no puedas venir a mí —comentó—; te habría mostrado a todos y todo. Pero nos veremos a menudo.

—Ya he visto muchas cosas notables —dijo Coningsby—, y me he encontrado con muchas personas célebres. Nada me impresiona más en esta brillante ciudad que el tono de su sociedad, mucho más alto que el nuestro. ¡Qué ausencia de personalidades mezquinas! ¡Cuánta conversación y cuán poco chisme! Y sin embargo, no hay menos pedantería en ninguna parte. Aquí todas las mujeres son tan agradables como es el notable privilegio en Londres de unas pocas docenas. Los hombres también, y los grandes hombres, desarrollan sus mentes. Un gran hombre en Inglaterra, por el contrario, es generalmente el sujeto más aburrido en compañía. Y sin embargo, ¡qué lastimoso pensar que una civilización tan hermosa esté en peligro tan inminente!

—Sí, esa es una opinión común; y sin embargo, soy algo escéptico de su verdad —respondió Sidonia—. Me inclino a creer que el sistema social de Inglaterra está en un peligro infinitamente mayor que el de Francia. No debemos dejarnos engañar por la superficie agitada de este país. Los fundamentos de su orden son profundos y seguros. Aprende a entender Francia. Francia es un reino con una República como su capital. Siempre ha sido así, durante siglos. Desde los días de la *League* hasta los días de las (Secciones, hasta los días de 1830. Sigue siendo Francia, poco cambiada; y solo más nacional, porque es menos *Frank* (Franca) y más *Gallic* (Gala); como Inglaterra se ha vuelto menos normanda y más sajona.

—¿Y es su opinión, entonces, que el actual Rey puede mantenerse?

—Cada movimiento en este país, por muy aparentemente discordante que sea, parece tender a ese fin inevitable. No estaría en el trono si la naturaleza de las cosas no hubiera exigido su presencia. El Reino de Francia requería un Monarca; la República de París requería un Dictador. Él comprendía en su persona ambas calificaciones; linaje e intelecto; sangre para las provincias, cerebro para la ciudad.

—¡Qué posición! ¡Qué individuo! —exclamó Coningsby—. Dígame —añadió,

ansiosamente—, ¿qué es él? Este Príncipe del que uno oye en todos los países a todas horas; de cuya existencia nos dicen que depende la tranquilidad, casi la civilización, de Europa, y del que sin embargo recibimos relatos tan contradictorios; dígame, usted que puede decirlo, dígame qué es.

Sidonia sonrió ante su seriedad. Tengo un credo propio —comentó—, que los grandes caracteres de la antigüedad son reproducidos en raras épocas para nuestro asombro o nuestra guía. La Naturaleza, cansada de la mediocridad, vierte el metal caliente en un molde heroico. Cuando las circunstancias finalmente me colocaron ante el Rey de Francia, reconocí a ULISES.

—¿Pero no hay peligro —reanudó Coningsby, después de la pausa de unos momentos— de que la República de París pueda absorber el Reino de Francia?

—Sospecho lo contrario —respondió Sidonia—. La tendencia de la civilización avanzada es, en verdad, hacia la Monarquía pura. La Monarquía es, en efecto, un gobierno que requiere un alto grado de civilización para su pleno desarrollo. Necesita el apoyo de leyes y costumbres libres, y de una inteligencia ampliamente difundida. Los compromisos políticos no deben tolerarse excepto en períodos de transición ruda. Una nación educada retrocede ante el imperfecto vicariato de lo que se llama un gobierno representativo. Su Cámara de los Comunes, que ha absorbido todos los demás poderes en el Estado, en toda probabilidad caerá más rápidamente de lo que se levantó. La opinión pública tiene un órgano más directo, más comprensivo, más eficiente para su expresión, que un cuerpo de hombres elegidos por secciones. La *Printing-press* (Imprenta) es un elemento político desconocido para los tiempos clásicos o feudales. Absorbe en gran grado los deberes del Soberano, el Sacerdote, el Parlamento; controla, educa, discute. Esa opinión pública, cuando actúa, aparecería en la forma de alguien que no tiene intereses de clase. En una edad ilustrada, el Monarca en el trono, libre de los vulgares prejuicios y los intereses corruptos del súbdito, se vuelve de nuevo divino.

En ese momento llegaron a esa parte de los *Boulevards* que conduce a la *Place of the Madeleine* (Plaza de la Magdalena), a donde Sidonia se dirigía; y Coningsby estaba a punto de dejar a su compañero, cuando Sidonia dijo:

—Solo voy un paso a la Rue Tronchet para decir unas palabras a un amigo mío, M. P——s. No te detendré cinco minutos; y deberías conocerlo, porque tiene algunos cuadros estupendos, y una colección de cerámica de Limoges que es la desesperación de los *dilettanti* (diletantes).

Dicho esto, se desviaron por la *Place of the Madeleine*, y pronto entraron en el

patio del hotel de M. P——s. Ese caballero los recibió en su galería. Después de alguna conversación general, Coningsby se volvió hacia los cuadros y dejó a Sidonia con su anfitrión. La colección era rara e interesó a Coningsby, aunque no estaba familiarizado con el arte. Se paseó de cuadro en cuadro hasta llegar al final de la galería, donde una puerta abierta lo invitaba a entrar en una suite de habitaciones también llenas de cuadros y objetos de curiosidad y arte. Cuando entraba en una segunda cámara, observó a una dama reclinada en una silla acolchada, mirando fijamente un cuadro. Su entrada fue inadvertida y desapercibida, porque la dama estaba de espaldas a la puerta; sin embargo, Coningsby, avanzando en dirección angular, obtuvo una vista casi completa de su rostro. Estaba levantado, mirando el cuadro con una expresión de deleite; el sombrero echado hacia atrás, mientras la gran capa de marta cibelina de la observadora se había caído en parte. El rostro era más hermoso que el hermoso cuadro. Esos tonos brillantes de la galería a los que el amor, y el genio, y la devoción habían prestado su inspiración, parecían sin vida y lustre ante la radiante expresión y la expresiva presencia que Coningsby ahora contemplaba.

La finamente arqueada frente estaba un poco elevada, los suaves ojos oscuros estaban completamente abiertos, el orificio nasal de la delicada nariz ligeramente dilatado, los labios pequeños, sin embargo, ricos, llenos apenas separados; y sobre el claro y transparente rostro, jugaba un vívido destello de inteligencia satisfecha.

La dama se levantó, avanzó hacia el cuadro, lo miró fijamente unos momentos, y luego, girando en dirección opuesta a Coningsby, se alejó. Era algo por encima de la estatura media, y sin embargo apenas se la podía llamar alta; poseía una cualidad tan rara que incluso los bailarines hábiles no la poseen a menudo; ese paso elástico que es tan atractivo, y que a menudo denota la alegría y la rapidez del espíritu.

El hermoso objeto de su observación había avanzado hacia otras cámaras, y tan pronto como fue apropiado, Coningsby la siguió.

Se había unido a una dama y un caballero, que estaban examinando un antiguo marfil tallado. El caballero era de mediana edad y corpulento; la dama mayor, alta y elegante, y con trazos de interesante belleza. Coningsby la oyó hablar; las palabras eran inglés, pero el acento no era nativo.

En la parte más remota de la habitación, Coningsby, aparentemente ocupado en examinar algo de esa famosa cerámica de Limoges de la que Sidonia había hablado, observaba con interés e intensidad al hermoso ser al que había seguido, y que concluyó era la hija de sus compañeros. Después de algún tiempo, abandonaron el apartamento para regresar a la galería; Coningsby se

quedó atrás, sin preocuparse por ninguno de los raros y fantásticos objetos que lo rodeaban, pero obligado, por miedo a parecer entrometido, a permanecer durante algunos minutos.

Luego él también regresó a la galería, y justo cuando llegaba a su final, vio al corpulento caballero en la distancia estrechando la mano de Sidonia, las damas aparentemente expresando sus gracias y gratificación a M. P——s, y luego todos desapareciendo por la puerta por la que Coningsby había entrado originalmente.

—¡Qué hermosa compatriota la suya! —dijo M. P——s, cuando Coningsby se acercó a él.

—¿Es mi compatriota? Me alegra oírlo; la he estado admirando —respondió.

—Sí —dijo M. P——s—, es Sir Wallinger: uno de sus diputados; ¿no lo conoce?

—¡Sir Wallinger! —dijo Coningsby—, no, no tengo ese honor. Miró a Sidonia.

—Sir Joseph Wallinger —dijo Sidonia—, uno de los nuevos baronets Whig, y miembro por ——. Lo conozco. Se casó con una española. Esa no es su hija, sino su sobrina; la hija de la hermana de su esposa. No es fácil encontrar a nadie más hermoso.

FIN DEL LIBRO V

LIBRO VI

CAPÍTULO I

La noticia de que Sidonia estaba en París agitó mucho a Lady Monmouth. Recibió la noticia, en verdad, de labios de Coningsby durante la cena con suficiente arte para ocultar su emoción. El propio Lord Monmouth estaba bastante complacido con el anuncio. Sidonia era su favorito especial; sabía tanto, tenía un juicio tan excelente y era tan rico. Siempre tenía algo que contar, era el mejor hombre del mundo para apostar, y nunca necesitaba nada. Un personaje perfecto según la ética de Monmouth.

Por la noche del día en que Coningsby se encontró con Sidonia, Lady Monmouth hizo una pequeña visita a la encantadora Duquesa de G——t, que estaba en casa cada dos noches en su bonito hotel, con sus cortinajes de raso blanco bordado, sus finos armarios antiguos y sus retratos ancestrales de nombres famosos, valientes mariscales y brillantes princesas de otros tiempos, en sus paredes. Estas recepciones sin formalidad, pero llenas de

elegancia, son lo que las casas inglesas eran antes de la guerra del Continente, aunque ahora, por una curiosa perversión de los términos, el fácil título doméstico distingue en Inglaterra una asamblea preparada formalmente y elaboradamente reunida, en la que todo y todos se cuidan de ser lo menos hogareños posible. En Francia, por el contrario, es en estas ocasiones, y de esta manera, que la sociedad lleva a cabo ese grado y tipo de trato que en Inglaterra intentamos mantener de manera torpe por medio de esa especie impopular de visita llamada visita matutina; de la que todos se quejan de tener que hacer o soportar.

En ninguna parte esta especie de recepción se llevaba a cabo más felizmente que en casa de la Duquesa de G——t. Las habitaciones, aunque pequeñas, decoradas con gusto, brillantemente iluminadas; una anfitriona hermosa y graciosa, el Duque la mismísima perla de los caballeros, e hijos e hijas dignos de tales padres. Cada momento alguien entraba y alguien se iba. De camino de una cena a un baile, te detenías a intercambiar agradables comentarios. Parecía que cada mujer era bonita, cada hombre un ingenio. Seguro que te encontrabas rodeado de celebridades, y los hombres eran bienvenidos allí si eran inteligentes, antes de ser famosos, lo que mostraba que era una casa que valoraba el intelecto, y no buscaba meramente gratificar su vanidad estando rodeada de los distinguidos.

Envuelta en un rico chal indio, y reclinada en un sofá, Lady Monmouth estaba conversando con el cortés y clásico Conde M——é, cuando, al girar casualmente la cabeza, observó entrar en el salón a Sidonia. Apenas atrapó su figura inclinándose ante la Duquesa, e instantáneamente volvió la cabeza y se sumergió de nuevo en su conversación con mayor interés. Lady Monmouth era una persona que tenía el poder de ver todo a su alrededor, todo y todos, sin parecer que miraba. Era consciente de que Sidonia se acercaba a su vecindario. Su corazón latía con tumulto; temía encontrarse con la mirada de ese mismo individuo a quien estaba tan ansiosa por ver. Se acercaba al sofá. Instintivamente, Lady Monmouth se apartó del Conde y comenzó a hablar seriamente con su otro vecino, una joven hija de la casa, inocente y hermosa, aún no completamente emplumada, probando sus alas en la sociedad bajo la mirada materna. Se sorprendió por el extremo interés que su gran vecina de repente tomó en todas sus ocupaciones, sus estudios, sus paseos diarios por el *Bois de Boulogne* (Bosque de Boulogne). Sidonia, como la Marquesa había anticipado, había llegado ahora al sofá. Pero no, era hacia el Conde, y no hacia Lady Monmouth que avanzaba; e inmediatamente se enfrascaron en conversación. Después de algún tiempo, cuando se hubo acostumbrado a su voz y encontró su propio corazón latiendo con menos violencia, Lucretia se volvió de nuevo, como por accidente, hacia el Conde, y se encontró con la mirada de Sidonia. Tenía la intención de recibirlo con altivez, pero su autocontrol la abandonó; y levantándose ligeramente del sofá, lo recibió con

un semblante de extrema palidez y con cierta torpeza.

Su manera era tal que podría haberla ayudado, incluso si hubiera estado más turbada. Estaba marcada por un grado de respetuosa amistad. Expresó sin reservas su placer al encontrarla de nuevo; preguntó mucho cómo había pasado su tiempo desde la última vez que se separaron; preguntó más de una vez por el Marqués. El Conde se alejó; Sidonia tomó su asiento. Su facilidad y homenaje combinados la aliviaron mucho. Le expresó cuán amable consideraría su Señor su compañía, pues el Marqués había sufrido en su salud desde que Sidonia lo vio por última vez. Su gota periódica lo había dejado, lo que lo ponía enfermo y nervioso. El Marqués recibía a sus amigos a cenar todos los días. Sidonia, particularmente amable, se ofreció como invitado para el siguiente.

—¿Y vas al gran baile mañana? —preguntó Lucretia, encantada con todo lo que había ocurrido.

—Siempre voy a sus bailes —dijo Sidonia—, lo he prometido.

Hubo una breve pausa; Lucretia más feliz de lo que había sido durante mucho tiempo, su rostro un poco sonrojado, y verdaderamente en un secreto tumulto de dulces pensamientos, recordó que había estado allí mucho tiempo, y ofreciendo su mano a Sidonia, se despidió de él hasta mañana, mientras él, como era su costumbre, pronto se dirigió al refinado círculo de la Condesa de C-s-l-ne, una dama cuyos modales siempre mencionaba como su ideal, y cuya casa era su lugar favorito.

Antes de que llegue mañana, unas palabras sobre dos otros personajes de esta historia relacionados con la familia de Lord Monmouth. Y primero de Flora. *La Petite* no estaba ni muy bien ni muy feliz. Su enfermedad hereditaria se desarrolló; gradualmente, pero de una manera alarmante para aquellos que la amaban. Era muy delicada, y sufría tanto por la debilidad de su pecho que se vio obligada a abandonar el canto. Este era realmente el único lazo entre ella y la Marquesa, quien, sin ser una tirana mezquina, la trataba a menudo con insensible altivez. Por lo tanto, ahora rara vez se la veía en las cámaras de los grandes. En sus propios apartamentos encontraba, en verdad, alguna distracción en la música, para la que tenía una predisposición natural, pero esta era una búsqueda que solo alimentaba la mórbida pasión de su tierna alma. Sola, escuchando solo dulces sonidos, o entregándose a suaves sueños que nunca podrían realizarse, su existencia se deslizaba como una visión, y parecía volverse cada día más hermosa y frágil. ¡Ay! suyo era el triste y místico destino de amar a alguien a quien nunca encontraba, y por quien, si lo encontrara, apenas sería reconocida. Sin embargo, en esa pasión, fantasiosa, casi ideal, su vida estaba absorbida; ni para ella el mundo

contenía una existencia, un pensamiento, una sensación, más allá de los que surgían de la imagen del noble joven que había simpatizado con ella en sus penas, y había suavizado las duras fortunas de la dependencia con su generosa sensibilidad. Feliz que, con muchas mortificaciones, todavía era su suerte vivir bajo el techo de quien llevaba su nombre, y en cuyas venas fluía la misma sangre. Sentía, en verdad, por el Marqués, a quien veía tan raramente, y de quien nunca había recibido mucha atención, impulsada, al parecer, por su fantástica pasión, un grado de reverencia, casi de afecto, que parecía ocasionalmente, incluso para ella misma, algo inexplicable y sin razón.

En cuanto a su cariñoso padrastro, M. Villebecque, el mundo le fue muy diferente. Su genio vivo y emprendedor, sus talentos prontos y múltiples, y su temperamento que desafiaba la perturbación, se habían abierto camino. Se había convertido en la mano derecha de Lord Monmouth; su único consejero, su único confidente; su agente secreto; el ministro de su voluntad. Y bien merecía Villebecque esta confianza, y hábilmente se mantuvo en la difícil posición que logró. No había nada que Villebecque no supiera, nada que no pudiera hacer, especialmente en París. Era dueño de su tema; en todas las cosas el secreto del éxito, y sin el cual, por mucho que por accidente deslumbren al mundo, el estadista, el orador, el autor, todos sienten por igual la maldita conciencia de ser charlatanes.

Coningsby había hecho una visita a M. Villebecque y Flora al día siguiente de su llegada. Fue un recuerdo y una cortesía que evidentemente los gratificó mucho. Villebecque habló mucho y con diversión; y Flora, a quien Coningsby se dirigía con frecuencia, muy poco, aunque escuchaba con gran seriedad. Coningsby le dijo que pensaba, por todo lo que oía, que estaba demasiado sola, y le aconsejó alegría. Pero la naturaleza, que la había hecho suave, le había negado esa vivacidad constitucional del ser que es la graciosa propiedad de las mujeres francesas. Era un lirio del valle, que amaba la reclusión y la tranquilidad de los claros vírgenes. Casi todos los días, al pasar por su entresuelo, Coningsby se asomaba un momento a los apartamentos de Villebecque para preguntar por Flora.

CAPÍTULO II

Sidonia iba a cenar en casa de Lord Monmouth el día después de que se encontrara con Lucretia, y luego todos debían reunirse en un baile muy comentado, al que se buscaban mucho las invitaciones; y que iba a dar esa noche la Baronesa S. de R——d.

Las cenas de Lord Monmouth en París eran célebres. Se aceptaba generalmente que no tenían rivales; sin embargo, había otros que tenían

cocineros igualmente hábiles, otros que, para tal propósito, eran igualmente pródigos en sus gastos. ¿Cuál era, entonces, el secreto hechizo de su éxito? El más simple del mundo, aunque nadie parecía consciente de ello. Los platos de Su Señoría siempre estaban calientes; mientras que en París, en las casas mejor equipadas, y en cenas que, por los costosos materiales y el admirable arte en su preparación, no pueden ser superadas, el efecto siempre se reduce considerablemente, y por un modo más mortificante: por la mera circunstancia de que en una cena francesa todo el mundo es servido en un plato frío. La razón de una costumbre, o más bien una necesidad, que uno pensaría que una nación tan célebre por su gusto gastronómico rechazaría, es realmente, según se cree, que la porcelana francesa ordinaria es tan inferior que no puede soportar el calor preparatorio para la cena. La loza blanca común, por ejemplo, que está en uso general, y siempre se encuentra en los cafés, no resiste la vecindad de un fuego de cocina vivo durante media hora. Ahora, si solo tuviéramos ese tratado de comercio con Francia que tan a menudo ha estado a punto de completarse, los productos de nuestras inigualables alfarerías, a cambio de sus vinos capitales, se encontrarían en toda Francia. Las cenas de ambas naciones mejorarían: los ingleses ganarían una bebida deliciosa, y los franceses, por primera vez en sus vidas, cenarían en platos calientes. Un ejemplo incontestable de las ventajas de la reciprocidad comercial.

Los invitados a la cena de Lord Monmouth hoy eran principalmente Carlistas, individuos que llevaban nombres ilustres, que animan la página de la historia, y están indisolublemente ligados a los gloriosos anales de su gran país. Son los fantasmas de una aristocracia pasada, pero real; una Aristocracia que estaba fundada en un principio inteligible; que reclamaba grandes privilegios para grandes propósitos; cuyos deberes hereditarios eran tales, que sus poseedores estaban perpetuamente a la vista de la nación, y que mantenían, y en cierto punto de vista justificaban, su preeminencia mediante una ilustración constante.

A Lord Monmouth le complacía mostrar grandes cortesías a una raza caída con la que simpatizaba; cuyos padres habían sido sus amigos en los días de su juventud ardiente; a cuyas madres había hecho el amor; cuyos palacios habían sido su hogar; cuyas brillantes fiestas recordaba; cuyo fantástico esplendor excitó su temprana imaginación; y cuyo lujo magnífico y desenfrenado había desarrollado su propia predisposición al disfrute ilimitado. Soubise y sus cenas; sus chuletas y sus amantes; el pródigo y apurado De Lauragais, que suspiraba por la ruina total, como por un lujo extraño, que perpetuamente eludía su alcance; estos eran los héroes del tiempo antiguo que Lord Monmouth adoraba; la sabiduría de nuestros antepasados que apreciaba; y se volvía a su recuerdo para alivio de la vulgar prudencia de los días degenerados en que había caído: días en que los nobles

debían ser más ricos que otros hombres, o dejar de tener distinción.

Era imposible no sentirse impresionado por la efectiva aparición de Lady Monmouth mientras recibía a sus invitados con un gran atuendo previo al baile; raso blanco y *minever* (vellorí), una brillante tiara. Su hermosa forma, su vestuario de una moda tan perfecta como sus materiales eran suntuosos, y su presencia siempre dominante y distinguida, producían un efecto general al que pocos podían ser insensibles. Era el triunfo del porte sobre la mera belleza del rostro.

El hotel de Madame S. de R——d no se distingue más por su profusa decoración que por el fino gusto que ha guiado el vasto gasto. Sus salones de arabesco son casi sin rival; no hay el más mínimo adorno en el que no se reconozca la mano y el sentimiento del arte. Las habitaciones estaban muy llenas; todos los distinguidos de París estaban allí: la dama de la Corte, la duquesa del *Faubourg* (barrio aristocrático), la esposa del financiero, el Trono constitucional, la vieja Monarquía, la moderna *Bourse* (Bolsa), estaban igualmente representados. Mariscales del Imperio, Ministros de la Corona, Duques y Marqueses, cuyos antepasados holgazaneaban en el *Oeil de Boeuf* (Ojo de Buey); diplomáticos de todos los países, eminentes extranjeros de todas las naciones, diputados que lideraban secciones, miembros de academias científicas y eruditas, ocasionalmente un poeta errante; un mar de tiaras brillantes, ramos deslumbrantes, estrellas centelleantes y cintas brillantes, muchos rostros hermosos, muchos famosos: sin duda, el aire general de un salón parisino de primera clase, en una gran ocasión, no se iguala fácilmente. En Londres no hay la variedad de invitados; ni el mismo tamaño y esplendor de los salones. Nuestras casas son demasiado pequeñas para las recepciones.

Coningsby, que se había escapado de la casa de su abuelo antes que el resto de los invitados, estaba encantado con la novedad de la espléndida escena. Había estado en París el tiempo suficiente para hacer algunas amistades, y principalmente con personajes célebres. En su largo y vano esfuerzo por entrar en el salón donde se bailaba, se encontró empujado contra el ilustre Barón von H——t, con quien se había sentado a cenar unos días antes en casa del Conde M——é.

—Es más difícil que cortar el Istmo de Panamá, Barón —dijo Coningsby, aludiendo a una conversación anterior.

—Infinitamente —respondió M. de H., sonriendo—; porque emprendería cortar el Istmo, y no puedo comprometerme a entrar en este salón de baile.

El tiempo, sin embargo, llevó a Coningsby a esa brillante cámara. ¡Qué

resplandor de luz y hermosura! ¡Qué coquetos son los atuendos! ¡Qué vívidas las flores! A los sonidos de una melodía conmovedora, hermosos seres se mueven con gracia. La gracia, en verdad, es la belleza en acción.

Allí, donde todas son hermosas y todo es atractivo, su mirada es de repente arrestada por un objeto, una forma de gracia superior entre las gráciles, entre las bellas un rostro de incomparable belleza.

Era joven entre los jóvenes; un rostro de sol en medio de toda esa luz artificial; su cabeza colocada sobre sus finamente moldeados hombros con una gracia de reina; una corona de rosas blancas en su cabello castaño oscuro; su único adorno. Era la belleza de la galería de cuadros.

La mirada de Coningsby nunca la abandonó. Cuando el baile cesó, tuvo la oportunidad de verla más cerca. La encontró caminando con su caballero, y fue consciente de que ella lo observaba. Finalmente observó que reanudaba un asiento junto a la dama a la que había confundido con su madre, pero que después había entendido que era Lady Wallinger.

Coningsby regresó a los otros salones: presenció la entrada y recepción de Lady Monmouth, que se dirigió hacia el salón de baile. Poco después, llegó Sidonia; entró con el aún apuesto y siempre cortés Duque D——s. Observando a Coningsby, se detuvo para presentarlo al Duque. Mientras conversaban así, el Duque, a quien le gustan los ingleses, observó: Mire, aquí está su hermosa compatriota de la que todo el mundo habla. Ese es su tío. Me trae cartas de uno de sus lores, cuyo nombre no puedo recordar.

Y Sir Joseph y su hermosa sobrina se acercaron de verdad. El Duque se dirigió a ellos: les pidió, en nombre de su Duquesa, para un concierto el próximo jueves; y, después de mil cumplidos, continuó su camino. Sidonia se detuvo; Coningsby no pudo evitar quedarse, pero se mantuvo un poco apartado, y estaba a punto de alejarse, cuando hubo un susurro, del que, sin oír una palabra, no pudo resistir la impresión de que él era el sujeto. Se sintió un poco avergonzado y se retiraba, cuando oyó a Sidonia responder a una pregunta de la dama: El mismo, y luego, volviéndose hacia Coningsby, dijo en voz alta: *Coningsby*, la señorita Millbank dice que la ha olvidado.

Coningsby se sobresaltó, avanzó, se sonrojó un poco, no pudo ocultar su sorpresa. La dama, también, aunque más preparada, no estaba sin confusión, y por un instante miró hacia abajo. Coningsby recordó en ese momento las largas pestañas oscuras, y el hermoso y tímido rostro que tanto lo había encantado en Millbank; pero dos años habían obrado, por lo demás, un cambio maravilloso en la hermana de su amigo de la escuela, y transformado a la silenciosa y avergonzada muchacha en una mujer de belleza

incomparable y del más grácil e impresionante porte.

—No es sorprendente que el señor Coningsby no recuerde a mi sobrina —dijo Sir Joseph, dirigiéndose a Sidonia, y queriendo cubrir su mutua vergüenza—; pero es imposible para ella, o para cualquiera relacionado con ella, no estar ansiosa en todo momento de expresarle nuestro sentido de lo que todos le debemos.

Coningsby y la señorita Millbank estaban ahora en una conversación rutinaria completa, consistente en preguntas; cuánto tiempo llevaba en París; cuándo había tenido noticias de Millbank; cómo estaba su padre; también, cómo estaba su hermano. Sidonia hizo una observación a Sir Joseph sobre un transeúnte, y luego él mismo continuó su camino; Coningsby acompañó a sus nuevos amigos, en dirección contraria, a la sala de refrescos, hacia donde se dirigían.

—Y ha pasado un invierno en Roma —dijo Coningsby—. ¡Cómo le envidio! Siento que nunca podré viajar.

—¿Y por qué no?

—La vida se ha vuelto tan agitada, que siempre hay alguna gran causa que lo mantiene a uno en casa.

—La vida, por el contrario, tan rápida, que todos pueden ver ahora lo que antes solo podían leer.

—Los lados dorado y plateado del escudo —dijo Coningsby, con una sonrisa.

—Y usted, como un buen caballero, mantendrá el suyo.

—No, seguiría el suyo.

—¿No ha tenido noticias de Oswald últimamente?

—Oh, sí; creo que no hay corresponsales tan fieles como nosotros; solo deseo que pudiéramos encontrarnos.

—Pronto lo harán; pero él es tan devoto de Oxford; todo un monje; y usted también, señor Coningsby, está muy ocupado.

—Sí, y al mismo tiempo que Millbank. Esperaba, cuando una vez le hice una visita, poder encontrar a su hermano.

—Pero esa fue una visita tan rápida —dijo la señorita Millbank.

—Siempre la recuerdo con deleite —dijo Coningsby.

—Usted estaba dispuesto a sentirse complacido; pero Millbank, a pesar de Roma, tiene mi afecto, y a pesar de este esplendor circundante, hubiera deseado pasar mi Navidad en Lancashire.

—El señor Millbank ha comprado recientemente un lugar muy hermoso en el condado. Me familiaricé con Hellingsley cuando estaba en casa de mi abuelo.

—¡Ah! nunca lo he visto; en verdad, me sorprendió mucho que papá se convirtiera en su comprador, porque nunca vivirá allí; y Oswald, estoy segura, nunca podría ser tentado a dejar Millbank. Ya sabe las ideas tan entusiastas que tiene de su orden.

—Como todas sus ideas, sólidas, altas y puras. Siempre aprecié debidamente las grandes habilidades de su hermano, y, lo que es mucho más importante, su mente elevada. Cuando recuerdo nuestros días de Eton, no puedo entender cómo han pasado más de dos años sin que estemos juntos. Estoy seguro de que la culpa es mía. Podría haber estado ahora en Oxford en lugar de París. Y sin embargo —añadió Coningsby—, eso habría sido un triste error, ya que no habría tenido la felicidad de estar aquí.

—Oh, sí, eso habría sido un triste error —dijo la señorita Millbank.

—Edith —dijo Sir Joseph, reuniéndose con su sobrina, de quien se había separado momentáneamente—, Edith, ese es Monsieur Thiers.

Mientras tanto, Sidonia llegó al salón de baile, y sentada cerca de la entrada estaba Lady Monmouth, que inmediatamente se dirigió a él. Estaba, como de costumbre, inteligente y desapasionado, y sin embargo no sin una delicada deferencia que es halagadora para las mujeres, especialmente si no son completamente indignas de ella. Sidonia siempre admiraba a Lucretia, y prefería su compañía a la de la mayoría de las personas. Pero la Dama estaba en un error al suponer que había conquistado o podría conquistar su corazón. Sidonia era uno de esos hombres, no tan raros como se podría suponer, que se encogen, sobre todas las cosas, de una aventura galante con una mujer en una posición. No tenía tiempo ni temperamento para circunvoluciones sentimentales. Detestaba la diplomacia de la pasión: protocolos, negociaciones prolongadas, conferencias, correspondencia, tratados proyectados, ratificados, violados. No tenía genio para las tácticas de la intriga; tus reconocimientos, marchas y contramarchas, zapa y minas, asaltos, a veces rendiciones, y a veces rechazos. Todas las solemnemente estudiadas hipocresías le eran infinitamente tediosas; y si los movimientos no eran meramente formales, lo irritaban, distraían sus sentimientos, perturbaban el tenor de su mente, desordenaban su sistema nervioso. Algo de la vieja vena

oriental influía en su porte hacia las mujeres. Estaba más a menudo detrás del escenario de la Ópera que en su palco; también se deleitaba en la sociedad de las *etairai* (heteras); Aspasia era su heroína. Obligado a aparecer mucho en lo que se estima como sociedad pura, cultivaba la amistad de mujeres inteligentes, porque le interesaban; pero en tales salones sus conocidas femeninas eran meramente psicológicas. Ninguna dama podía acusarlo de jugar con sus sentimientos, por muy decidida que fuera su predilección por su conversación. Se rendía de inmediato a una admiradora; nunca transgredía por casualidad en el dominio del sentimiento; nunca se desviaba, por accidente o error, hacia los pasos irregulares del coqueteo; era un hombre que notoriamente nunca disminuiría por matrimonio la pureza de su raza; y uno que siempre sostenía que la pasión y la vida pulida eran completamente incompatibles. Le gustaba el salón, y le gustaba el Desierto, pero no consentiría que ninguno de los dos invadiera sus mutuos privilegios.

La Princesa Lucretia se había entregado al hechizo de la sociedad de Sidonia en el Castillo de Coningsby, cuando sabía que el matrimonio era imposible. Pero lo amaba; y con un espíritu italiano. Ahora se encontraban de nuevo, y ella era la Marquesa de Monmouth, una gran dama, muy admirada, y seguida, y cortejada, y muy poderosa. Es nuestro gran moralista quien nos dice, en la inmortal página, que un asunto galante con una gran dama es más delicioso que con damas de menor rango. En esto contradice la buena vieja balada; pero cierto es que el Dr. Johnson anunció a Boswell: Señor, en el caso de una Condesa la imaginación está más excitada.

Pero Sidonia era un hombre sobre quien las superioridades convencionales de la vida producían tan poco efecto como un copo de nieve cayendo sobre los glaciares de los altos Alpes. Su comprensión del mundo y la naturaleza humana era demasiado vasta y completa; entendía demasiado bien el valor relativo de las cosas para apreciar algo más que la excelencia esencial; y eso no demasiado. Una mujer encantadora no era más encantadora para él porque casualmente fuera una emperatriz en un distrito particular de uno de los planetas más pequeños; una mujer encantadora bajo cualquier circunstancia no era un animal único. Cuando Sidonia sentía una disposición a ser hechizado, solía repasar en su memoria a todas las mujeres encantadoras de las que había leído en los libros de todas las literaturas, y a las que había conocido en todas las cortes y climas, y el resultado de sus reflexiones siempre era que la mujer encantadora en cuestión no era, ni mucho menos, el dechado que algunos, que habían leído, visto y pensado menos, podrían inclinarse a estimarla. No había, en verdad, tema sobre el que Sidonia discurriera tan felizmente como sobre la mujer, y ninguno sobre el que Lord Eskdale más frecuentemente intentara atraerlo. Te contaba historias talmúdicas sobre nuestra madre Eva y la Reina de Saba, que te habrían asombrado. No había una cortesana de Grecia, Leontium y Friné,

Laida, Dánae y Lamia, la muchacha egipcia Thonis, sobre la que no pudiera contarte tantas historias divertidas como si fueran damas de Loretto; no un rincón de Ateneo, no un escoliasta oscuro, no un pasaje en un orador griego, que pudiera arrojar luz sobre estos personajes, que no estuviera a su disposición. ¡Qué historias te contaba sobre Marco Antonio y la actriz Citeris en su carro tirado por tigres! ¡Qué carácter pintaría de esa Flora que dio sus jardines al pueblo romano! Te arrancaría lágrimas de los ojos. Ningún hombre fue nunca tan sabio en las costumbres femeninas de los últimos siglos del politeísmo como Sidonia. Habrías supuesto que había dedicado sus estudios particularmente a ese período si no te hubiera tocado atraerlo hacia la Edad Media italiana. E incluso estas sorprendentes revelaciones eran casi eclipsadas por sus anécdotas de la Corte de Enrique III de Francia, con cada personaje de la cual estaba tan familiarizado como con los brillantes grupos que en ese momento llenaban los salones de Madame de R——d.

CAPÍTULO III

La imagen de Edith Millbank fue el último pensamiento de Coningsby mientras se hundía en un agitado sueño. A él, en general, se le había concedido hasta ahora el precioso don del sueño sin sueños. Homero nos dice que estas fantasmas provienen de Júpiter; son más bien los hijos de un alma distraída. Coningsby vivió mucho esta noche en años pasados, variados por dolorosas perplejidades del presente, que no podía ni dominar ni comprender. La escena pasó de Eton al castillo de su abuelo; y luego se encontró entre los cuadros de la Rue Tronchet, pero su dueño tenía los rasgos del anciano Millbank. Un hermoso rostro que era alternativamente la cara del misterioso cuadro, y luego la de Edith, lo perseguía bajo todas las circunstancias. Se despertó poco refrescado; inquieto, y sin embargo sensible de alguna alegría secreta.

Se despertó para pensar en ella de quien había soñado. La luz había amanecido en su alma. Coningsby amaba.

¡Ah! qué es esa ambición que persigue nuestra juventud, esa sed de poder o esa lujuria de fama que nos fuerza desde la oscuridad hacia el resplandor solar del mundo, qué son estos sentimientos tan altos, tan vehementes, tan ennoblecedores? ¡Desaparecen, y en un instante, ante la mirada de una mujer!

Coningsby apenas se había separado de su lado la víspera. Se colgaba de los acentos de esa clara y dulce voz, y buscaba, con temblorosa fascinación, el brillo deslumbrante de esos suaves ojos oscuros. Y ahora estaba sentado en su cámara, con los ojos fijos en el vacío. Todos los pensamientos y sentimientos, ocupaciones, deseos, la vida, se fusionan en un solo sentimiento absorbente.

Es imposible existir sin verla de nuevo, e instantáneamente. Había solicitado y obtenido permiso para visitar a Lady Wallinger; no perdería un momento en aprovecharlo. Tan temprano como era tolerablemente decoroso, y antes, en toda probabilidad, de que pudieran abandonar su hotel, Coningsby se dirigió a la Rue de Rivoli para presentar sus respetos a sus nuevos amigos.

Mientras caminaba, se entregaba a especulaciones fantásticas que conectaban a Edith y el misterioso retrato de su madre. Se sentía, por así decirlo, cerca del cumplimiento de algún destino, y en el umbral de algún descubrimiento crítico. Recordó las expresiones impacientes, incluso alarmadas, de Rigby en el *Montem* hace seis años, cuando propuso invitar al joven Millbank a la cena de su abuelo; la enconada enemistad que existía entre las dos familias, y por la que la opinión política, o incluso la pasión partidista, no podían dar cuenta satisfactoria; y se convenció a sí mismo de que la solución de muchas perplejidades estaba cerca, y que todo se consumaría para satisfacción de todos, por su inesperada pero inevitable agencia.

Coningsby encontró a Sir Joseph solo. El digno Baronet no era, en cualquier caso, partícipe de los sentimientos vengativos del señor Millbank contra Lord Monmouth. Por el contrario, tenía un gran respeto por un Marqués, cualesquiera que fueran sus opiniones, y no poca consideración por el nieto de un Marqués.

Sir Joseph había heredado una gran fortuna hecha por el comercio, y la había aumentado por los mismos medios. Era un Whig de clase media, había apoyado fielmente a ese partido en su ciudad natal durante los días que vagaron por el desierto, y había ganado bien su parte de la leche y la miel cuando habían vencido la tierra prometida. En el *springtide* (plenitud) del Liberalismo, cuando el mundo no era analítico de las opiniones libres, y no se trazaban odiosas distinciones entre los hombres de la Finalidad y los Reformadores progresistas, el señor Wallinger había sido el popular líder de un poderoso cuerpo de sus conciudadanos, que lo habían devuelto al primer Parlamento Reformado, y donde, a pesar de muchos un amenazador registro, había logrado permanecer. Nunca había dado un voto Radical sin el permiso del Secretario del Tesoro, y no tenía miedo de dar uno impopular para servir a sus amigos. No era como ese distinguido Liberal que, después de cenar con el difunto Primer Ministro Whig, expresó su gratitud y su agradecimiento, asegurando a Su Señoría que podía contar con su apoyo en todas las cuestiones populares.

—Quiero hombres que apoyen al gobierno en todas las cuestiones impopulares) —respondió el ingenioso estadista.

El señor Wallinger era uno de estos hombres. Su alto carácter y su fuerte

bolsa estaban siempre en primera línea en la hora del peligro. Su apoyo en la Cámara se limitaba a sus votos; pero en otros lugares igualmente importantes, en una reunión en un club político, o en Downing Street, podía encontrar su lengua, adoptar lo que se llama una visión práctica de una cuestión, adoptar lo que se llama un tono independiente, reanimar la confianza en los ministros, controlar la rebelión, y dar un ejemplo brillante y audaz a los vacilantes. Un hombre de su propiedad, alto carácter y opiniones sólidas, tan práctico y tan independiente, este era evidentemente el bloque del que se debía cortar un Baronet, y a su debido tiempo figuraba como Sir Joseph.

Un caballero español de amplios medios, y de una buena familia catalana, huyendo durante una convulsión política a Inglaterra, llegó con sus dos hijas a Liverpool, y trajo cartas de presentación a la casa de Wallinger. Algún tiempo después, por una de esas tormentosas vicisitudes de la fortuna política, no inusuales en los últimos años en la Península, regresó a su país natal, y dejó a sus hijos, y la gestión de esa parte de su fortuna que había logrado traer consigo, bajo la tutela del padre del actual Sir Joseph. Este caballero estaba a punto de convertirse de nuevo en exiliado, cuando se encontró con un prematuro fin en uno de esos terribles tumultos de los que Barcelona es el escenario frecuente.

El joven Wallinger fue cautivado por los encantos de una de las pupilas de su padre. Su belleza de un carácter al que no estaba acostumbrado, sus logros de sociedad, y el refinamiento de sus modales, conspicuos en el círculo en el que vivía, lo cautivaron; y aunque no tuvieron heredero, la unión había sido de gran felicidad. Sir Joseph estaba orgulloso de su esposa; secretamente se consideraba a sí mismo, aunque su tono era tan liberal e independiente como en los viejos días, en el umbral de la aristocracia, y era consciente de que Lady Wallinger desempeñaba su papel no indignamente en los elevados círculos en los que ahora se encontraban con frecuencia. Sir Joseph era aficionado a las grandes personas, y no opuesto a viajar; porque, llevando un título, y siendo miembro del Parlamento británico, y siempre moviéndose con los apéndices de la riqueza, sirvientes, carruajes y correos, y fortificado con no pocas cartas de la *Foreign Office* (Oficina de Asuntos Exteriores), era en todas partes reconocido, y recibido, y tratado como una personalidad; era invitado a bailes de corte, cenaba con embajadores, y se encontraba con su señora en cada festival de distinción.

El anciano Millbank había sido amigo de juventud de Joseph Wallinger. Por diferentes que fueran sus disposiciones y el nivel de sus habilidades, sus opiniones políticas eran las mismas; y el comercio habitualmente conectaba sus intereses. Durante una visita a Liverpool, Millbank había hecho la amistad de la hermana de Lady Wallinger, y había sido un exitoso

pretendiente de su mano. Esta dama era la madre de Edith y del compañero de escuela de Coningsby. Solo había muerto unos pocos años antes; apenas había vivido lo suficiente para completar la educación de su hija, a quien era devota, y sobre quien derrochó los muchos logros que poseía. Lady Wallinger, al no tener hijos, y ser muy cariñosa con su sobrina, había vigilado a Edith con infinita solicitud, y finalmente había persuadido al señor Millbank de que sería bueno que su hija los acompañara en sus viajes algo extensos. No era, por lo tanto, solo que la naturaleza hubiera desarrollado una mujer hermosa a partir de una muchacha tímida desde la visita de Coningsby a Millbank; sino que realmente, todos los medios y todas las oportunidades que podían contribuir a hacer a un individuo capaz de adornar los círculos más consumados de la vida, habían caído naturalmente, y sin esfuerzo, en la afortunada suerte de la hija del fabricante. Edith poseía una inteligencia igual a esas ocasiones. Sin perder la simplicidad nativa de su carácter, que surgía del corazón, y que el fuerte y original sesgo de la mente de su padre había fomentado, había absorbido todo el refinamiento y la facilidad de los círculos pulidos en los que se movía. Tenía una cabeza clara, un gusto fino y un espíritu generoso; había recibido tanta admiración que, aunque de ningún modo insensible al homenaje, su corazón era libre; estaba fuertemente apegada a su familia; y, a pesar de todo el esplendor de Roma y la brillantez de París, sus pensamientos estaban a menudo en su valle sajón, entre las verdes colinas y las bulliciosas fábricas de Millbank.

Sir Joseph, encontrándose a solas con el nieto de Lord Monmouth, no estaba muy ansioso de que las damas aparecieran inmediatamente. Pensó que era una buena oportunidad para llegar a lo que se llaman los verdaderos sentimientos del partido Tory; y comenzó a sondear con una seductora apariencia de franqueza. Por su parte, nunca había dudado de que un gobierno Conservador fuera finalmente inevitable; se lo había dicho a Lord John dos años antes, y, entre ellos, Lord John opinaba lo mismo. La posición actual de los Whig era el destino necesario de todos los partidos progresistas; no podía ver exactamente cómo terminaría; pensaba que a veces debía terminar en una fusión de partidos; pero no podía ver bien cómo se podría lograr eso, al menos por ahora. Por su parte, sería feliz de presenciar una unión de los mejores hombres de todos los partidos, para la preservación de la paz y el orden, sin ninguna referencia a ninguna opinión particular. Y, en ese sentido de la palabra, no era en absoluto imposible que algún día encontrara su deber de apoyar a un gobierno Conservador.

Sir Joseph estaba muy asombrado cuando Coningsby, que estaba algo impaciente por la entrada de las damas y era más bien más abrupto de lo habitual, le dijo al digno Baronet que consideraba un gobierno sin principios de política distintivos como solo un tapón para una anarquía generalizada y desmoralizadora; que él, por su parte, no podía comprender cómo un

gobierno libre podía perdurar sin opiniones nacionales que lo sostuvieran; y que los gobiernos para la preservación de la paz y el orden, y nada más, sería mejor buscarlos en China, o entre los austriacos, los chinos de Europa. En cuanto al gobierno Conservador, la pregunta natural era: ¿qué quieres conservar? ¿Quieres conservar cosas o solo nombres, realidades o meramente apariencias? ¿O quieres continuar el sistema comenzado en 1834 y, con una hipócrita reverencia por los principios y una supersticiosa adhesión a las formas de la vieja constitución exclusiva, llevar a cabo tu política mediante la práctica latitudinaria?

Sir Joseph se quedó mirando; era la primera vez que algún indicio de los puntos de vista de la *New Generation* (Nueva Generación) llegaba a sus oídos. Eran acentos extraños y poco acostumbrados. Estaba extremadamente perplejo; no podía entender de ninguna manera lo que su compañero estaba tratando de decir; finalmente, con una sonrisa bastante astuta, expresiva tanto de compasión como de comprensión, comentó:

—¡Ah! ya veo; usted es un regular *Orangeman* (Orangista / protestante irlandés radical).

—Considero a un *Orangeman* —dijo Coningsby— como un Whig puro; el único profesor y practicante del Whiggismo puro sin adulterar.

Esto fue demasiado para Sir Joseph, cuyo conocimiento político no se remontaba mucho más allá del ministerio de los Mediocres; apenas tocaba los tiempos de la *Corresponding Society* (Sociedad Correspondiente). Pero era un hombre cauteloso, y nunca respondía con prisa. Estaba tanteando su camino, cuando experimentó la dorada ventaja de ganar tiempo, porque las damas entraron.

El corazón de Coningsby palpitó cuando apareció Edith. Le extendió la mano; su rostro radiante con una amable expresión. Lady Wallinger también pareció complacida por su visita. Tenía mucha elegancia en su manera; un tono tranquilo y suave; y hablaba inglés con una dulce irregularidad dórica. Se sentaron todos, hablaron del baile de la noche anterior, de mil cosas. Había algo animador en el espíritu franco y alegre de Edith. Tenía un ojo rápido tanto para lo bello como para lo ridículo, y lanzaba sus observaciones en frases concisas y vívidas. Pasó una hora, y más de una hora, y Coningsby todavía encontraba alguna excusa para no marcharse. Parecía que esa mañana estaban a punto de hacer una expedición por la antigua ciudad de París, para visitar algunos hoteles antiguos que conservaban su carácter; especialmente habían oído mucho del hotel del Arzobispo de Sens, con su patio fortificado. Coningsby expresó gran interés en el tema y mostró algo de conocimiento. Sir Joseph lo invitó a unirse a la fiesta, que era lo que más

deseaba en el mundo.

CAPÍTULO IV

No pasaba un día sin que Coningsby estuviera en compañía de Edith. El tiempo era precioso para él, pues las agujas y pináculos de Cambridge ya comenzaban a vislumbrarse en la distancia, y resolvió hacer los más decididos esfuerzos por no perder un día de su libertad. Y sin embargo, visitar todos los días la Rue de Rivoli era una hazaña que superaba incluso la audacia del amor. Más de una vez, al intentarlo, su valor lo abandonó, y se dirigió a los jardines de las Tullerías, y solo observó las ventanas de la casa. Las circunstancias, sin embargo, le favorecieron: recibió una carta de Oswald Millbank; estaba obligado a comunicar en persona esta evidencia de la existencia de su amigo; y cuando tuvo que responder a la carta, debía necesariamente preguntar si los parientes de su amigo tenían algún mensaje que transmitirle. Estos, sin embargo, eran solo ligeras ventajas. Lo que ayudó a Coningsby en sus planes y deseos fue el gran placer que Sidonia, con quien pasaba mucho tiempo, encontraba en la compañía de los Wallinger y su sobrina. Sidonia ofreció a Lady Wallinger su palco de la ópera durante su estancia en París; los invitaba con frecuencia a sus agradables cenas; y anunció su determinación de dar un baile, que Lady Wallinger consideró como una delicada atención a Edith; mientras que Lady Monmouth se halagaba de que la fiesta surgiera del deseo que ella había expresado de ver el célebre hotel de Sidonia con ventaja.

Coningsby era muy feliz. Sus visitas matutinas a la Rue de Rivoli parecían siempre bienvenidas, y rara vez pasaba una tarde en la que no se encontrara en compañía de Edith. Ella no parecía querer ocultar que su presencia le daba placer, y aunque tenía muchos admiradores, y tenía una gracia aérea para todos ellos, Coningsby a veces se entregaba a la exquisita sospecha de que había una halagadora distinción en su porte hacia él. Bajo la influencia de estos sentimientos, comenzó a ser cada día más consciente de que la separación sería una calamidad intolerable; comenzó a meditar sobre la viabilidad de guardar un medio período, y de posponer su partida a Cambridge hasta una fecha más cercana a la época en que Edith probablemente regresaría a Inglaterra.

Mientras tanto, el mundo parisino hablaba mucho de la gran fiesta que Sidonia iba a dar. Coningsby oyó mucho de ella un día mientras cenaba en casa de su abuelo. Lady Monmouth parecía muy concentrada en la ocasión. Incluso Lord Monmouth medio habló de ir, aunque, por su parte, deseaba que la gente viniera a él, y nunca lo invitaran a sus casas. Esa era su idea de la sociedad. Le gustaba el mundo, pero le gustaba encontrarlo bajo su propio techo. No les escatimaba nada, para que no insistieran en la reciprocidad de

coger frío, y comieran sus buenas cenas en lugar de insistir en que él comiera las malas suyas.

—Pero se dice que el cocinero de Monsieur Sidonia es una joya —observó un agregado de una embajada.

—No lo dudo; Sidonia es un hombre de sentido común, casi el único hombre de sentido común que conozco. Nunca lo he pillado en un error. Nunca da un paso en falso. Sidonia es exactamente la clase de hombre que me gusta; sabes que no puedes engañarlo, y que él no quiere engañarte. Desearía que le gustara más el *rubber* (partida de cartas). Entonces sería perfecto.

—Dicen que se va a casar —dijo el agregado.

—¡Bah! —dijo Lord Monmouth.

—¡Casarse! —exclamó Lady Monmouth—. ¿Con quién?

—Con su hermosa compatriota, *la belle Anglaise* (la bella inglesa), de la que todo el mundo habla —dijo el agregado.

—¿Y quién puede ser ella, por favor? —dijo el Marqués—. Tengo tantas hermosas compatriotas.

—Mademoiselle Millbank —dijo el *Agregado*.

—¡Millbank! —dijo el Marqués, con el ceño fruncido—. Hay tantos Millbank. ¿Sabes qué Millbank es este, Harry? —preguntó a su nieto, que había escuchado la conversación con un espíritu bastante avergonzado e incluso agitado.

—¿Qué, señor? sí, ¿Millbank? —dijo Coningsby.

—Digo, ¿sabes quién es este Millbank?

—¡Oh! la señorita Millbank: sí, creo, es decir, conozco a una hija del caballero que compró alguna propiedad cerca de usted.

—¡Oh! ese tipo. ¿Tiene una hija aquí?

—La muchacha más hermosa de París —dijo el *Agregado*.

—Lady Monmouth, ¿ha visto a esta belleza con la que Sidonia se va a casar? —añadió, con una risa diabólica.

—He visto a la joven —dijo Lady Monmouth—; pero no había oído que

Monsieur Sidonia estuviera a punto de casarse con ella.

—¿Es tan hermosa? —preguntó otro caballero.

—Sí —dijo Lady Monmouth, tranquila, pero pálida.

—¡Bah! —dijo de nuevo el Marqués.

—Le aseguro que es un hecho —dijo el *Agregado*—, no al menos un *on-dit* (comentario). Lo sé de una fuente que no podría estar equivocada.

He aquí un pequeño fragmento de chismes de cena ordinaria que dejó una impresión muy dolorosa en las mentes de tres individuos que estaban presentes.

El nombre de Millbank revivió en la mente de Lord Monmouth una sensación de derrota, descalabro y disgusto; Hellingsley, elecciones perdidas y el señor Rigby; tres temas que Lord Monmouth había logrado por un tiempo expulsar de sus sensaciones. Su señoría pensó que, en toda probabilidad, esta belleza de la que tanto hablaban no era realmente la hija de su enemigo; que era alguna confusión que había surgido por la similitud de los nombres: ni creía que Sidonia se fuera a casar con ella, quienquiera que fuera; pero se habían dicho varias cosas en la cena, y se habían levantado en su mente una serie de imágenes que le tocaron la bilis. Tomó su vino libremente y, la consecuencia habitual de ese procedimiento con Lord Monmouth, se volvió silencioso y hosco. En cuanto a Lady Monmouth, había aprendido que Sidonia, cualquiera que fuera el resultado, estaba prestando una atención muy marcada a otra mujer, por quien sin duda estaba dando ese mismo baile que ella se había halagado de que era un homenaje a sus deseos, y para el que había proyectado un nuevo vestido de un esplendor eclipsante.

Coningsby estaba bastante seguro de que la historia del matrimonio de Sidonia con Edith era la idea más ridícula que jamás había entrado en la imaginación del hombre; al menos pensaba que se sentía bastante seguro. Pero el informe más ocioso y salvaje de que la mujer que amas está a punto de casarse con otro no es cómodo. Además, no podía ocultarse a sí mismo que entre los Wallinger y Sidonia existía una notable intimidad, plenamente extendida a su sobrina. La había visto ciertamente en más de una ocasión en conversaciones largas y aparentemente serias con Sidonia, quien, por cierto, hablaba con ella a menudo en español, y nunca ocultaba su admiración por sus encantos ni el interés que encontraba en su compañía. Y Edith; ¿qué, después de todo, había pasado entre Edith y él mismo que pudiera contradecir este informe, del que se le había asegurado particularmente que no era un mero informe, sino que provenía de una fuente que no podría estar equivocada? Ella lo había recibido con amabilidad. ¿Y cómo debía recibir a

alguien que era el amigo y salvador de su único hermano, y aparentemente el íntimo y apreciado conocido de su futuro esposo? Coningsby sintió esa enfermedad del corazón que acompaña a la primera desgracia de uno. Las ilusiones de la vida parecían disiparse y desaparecer. Era miserable; no tenía confianza en sí mismo, en su futuro. Después de todo, ¿qué era? Un dependiente de un hombre de voluntad muy resuelta y pasiones. ¿Podía olvidar la mirada con la que Lord Monmouth captó el nombre de Millbank y recibió la noticia de Hellingsley? Era una mirada para que un Spagnoletto o un Caravaggio la captaran e inmortalizaran. ¿Por qué, si Edith no se iba a casar con Sidonia, cómo iba a casarse él con ella, incluso si ella se preocupara por él? ¡Oh, qué futuro de miseria ininterrumpida, continua e interminable le esperaba! ¿Hubo alguna vez un ser nacido con un destino tan oscuro y lúgubre? Era el más desamparado de los hombres, ¡totalmente desdichado! Había entendido completamente mal su propio carácter. No tenía energía, no tenía habilidades, ni una sola cualidad eminente. ¡Todo había terminado!

CAPÍTULO V

Estaba destinado que Lady Monmouth no estuviera presente en ese baile, cuya anticipación le había causado tanto placer y algunas punzadas.

En la mañana después de esa ligera conversación, que había perturbado tanto las almas, aunque inconscientemente entre sí, de ella y Coningsby, el Marqués conducía a Lucretia por la avenida Marigny en su *phaeton* (coche de caballos). En el centro de la avenida, los caballos se asustaron y se lanzaron a toda velocidad. El Marqués era un cochero experimentado, tranquilo, y aún muy poderoso con el esfuerzo. Pronto habría dominado a los caballos, si no se hubiera roto desgraciadamente una de las riendas. Los caballos se desviaron; el Marqués mantuvo su asiento; Lucretia, alarmada, saltó, el coche fue lanzado contra el tronco de un árbol, y ella fue arrojada fuera de él, en el mismo instante en que uno de los *outriders* (jinetes de escolta) había logrado adelantarse al equipo y detener los caballos.

La Marquesa estaba inconsciente. Lord Monmouth había descendido del *phaeton*; varios transeúntes se habían reunido; la puerta de una casa contigua se abrió; hubo ofertas de servicio, simpatía, preguntas, un parloteo de lenguas, gran confusión.

—Consigan cirujanos y envíen por su doncella —dijo Lord Monmouth a uno de sus sirvientes.

En medio de este angustioso tumulto, Sidonia, a caballo, seguido por un mozo de cuadra, subió por la avenida desde los *Champs Elysées* (Campos Elíseos). El *phaeton* vacío, las riendas rotas, los caballos sujetos por extraños,

todas las apariencias de una desgracia, lo atrajeron. Reconoció la librea. Inmediatamente desmontó. Apartando a la multitud, percibió a Lady Monmouth inconsciente y postrada, y a su esposo, sin ayuda, conteniendo los esfuerzos imprudentes de los transeúntes.

—Llevémosla adentro, Lord Monmouth —dijo Sidonia, intercambiando un reconocimiento mientras tomaba a Lucretia en sus brazos y la llevaba a la vivienda que estaba cerca. Los que estaban en la puerta lo ayudaron. Solo la dueña de la casa y Lord Monmouth estaban presentes.

—Espero que no haya fractura —dijo Sidonia, colocándola en un sofá—, ni me parece que la percusión de la cabeza, aunque considerable, haya podido ser violentamente fatal. Le he tomado el pulso. Manténgala en posición horizontal, y pronto volverá en sí.

El Marqués se sentó en una silla junto al sofá, que Sidonia había avanzado hacia el centro de la habitación. Lord Monmouth estaba silencioso y muy serio. Sidonia abrió la ventana y tocó la frente de Lucretia con agua. En ese momento, M. Villebecque y un cirujano entraron en la cámara.

—El cerebro no puede estar afectado, con ese pulso —dijo el cirujano—; no hay fractura.

—¡Qué pálida está! —dijo Lord Monmouth, como si estuviera examinando un cuadro.

—Me parece que el color vuelve —dijo Sidonia.

El cirujano aplicó algunos restauradores que había traído consigo. El rostro de la Marquesa mostró signos de vida; se movió.

—Revive —dijo el cirujano.

La Marquesa respiró con cierta fuerza; de nuevo; luego entreabrió los ojos, y luego instantáneamente los cerró.

—Si pudiera hacer que tomara esta poción —dijo el cirujano.

—¡Alto! moje sus labios primero —dijo Sidonia.

Acercaron la poción a su boca; en un momento ella extendió la mano como para reprimirlos, luego abrió los ojos de nuevo y suspiró.

—Está en sí —dijo el cirujano.

—¡Lucretia! —dijo el Marqués.

—¡Sidonia! —dijo la Marquesa.

Lord Monmouth miró alrededor para invitar a su amigo a acercarse.

—¡Lady Monmouth! —dijo Sidonia, con voz suave.

Se sobresaltó, se levantó un poco sobre el sofá, miró a su alrededor. ¿Dónde estoy? —exclamó.

—Conmigo —dijo el Marqués; y se inclinó hacia ella y le tomó la mano.

—¡Sidonia! —exclamó de nuevo, con voz de pregunta.

—Está aquí —dijo Lord Monmouth—. La llevó dentro después de nuestro accidente.

—¿Accidente?¿Por qué se va a casar?

El Marqués tomó una pizca de rapé.

Hubo una pausa incómoda en la cámara.

—Creo ahora —dijo Sidonia al cirujano— que Lady Monmouth tomaría la poción.

Ella se negó.

—Prueba tú, Sidonia) —dijo el Marqués, bastante secamente.

—¿Se siente ya bien? —dijo Sidonia, avanzando.

—¡Ojalá no! —dijo la Marquesa, con aire de estupor—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí? ¿Estás casado?

—Ella Divaga un poco —dijo Sidonia.

El Marqués tomó otra pizca de rapé.

—Podría haber soportado incluso el rechazo) —dijo Lady Monmouth, con voz de desolación—,pero no por otra!

—¡M. Villebecque! —dijo el Marqués.

—¿Mi Señor?

Lord Monmouth lo miró con ese irresistible escrutinio que amedrentaría a un galeote; y luego, después de una breve pausa, dijo: El coche debería haber

llegado ya. Vayamos a casa.

CAPÍTULO VI

Después de la conversación en la cena que hemos notado, el inquieto y desasosegado Coningsby vagó por París, buscando en vano en la distracción de una gran ciudad algún alivio de la excitación de su mente. Su primera resolución fue partir inmediatamente para Inglaterra; pero cuando, al reflexionar, tuvo en cuenta que, después de todo, la afirmación que tanto lo había agitado podría realmente carecer de fundamento, a pesar de muchas circunstancias que a su fantasía parecían acreditarla, su firme resolución comenzó a vacilar.

Estas fueron las primeras punzadas de celos que Coningsby había experimentado, y le revelaron la inmensidad de lo que estaba arriesgando en un dado muy incierto.

A la mañana siguiente llamó a la Rue Rivoli, y le informaron que la familia no estaba en casa. Regresaba bajo los arcos, hacia la Rue St. Florentin, cuando Sidonia pasó a su lado en dirección opuesta, a caballo, y a gran velocidad. Coningsby, que no fue observado por él, no pudo resistir una extraña tentación de observar su progreso por un momento. Lo vio entrar en el patio del hotel donde se alojaba la familia Wallinger. ¿Saldría inmediatamente? No. Coningsby se quedó quieto y pálido. Los minutos pasaron. Coningsby se halagó de que Sidonia solo estaba hablando con el portero. Luego quiso creer que Sidonia estaba escribiendo una nota. Luego, cruzando la calle, subió por unos escalones a la terraza de las Tullerías, casi frente al *Hotel of the Minister of Finance* (Hotel del Ministro de Finanzas), y observó la casa. Pasó un cuarto de hora; Sidonia no salió. Estaban en casa para él; solo para él. Enfermo de corazón, infinitamente desdichado, apenas capaz de guiar sus pasos, temiendo incluso encontrarse con un conocido, y casi sintiendo que su lengua se negaría a la oficina de la conversación, logró llegar al hotel de su abuelo, y estaba a punto de enterrarse en su cámara, cuando en la escalera se encontró con Flora.

Coningsby no la había visto en las últimas dos semanas. Al verla ahora, su corazón lo reprochó por su abandono, excusable como realmente era. Cualquier otro en este momento lo habría pasado de largo sin reconocerlo, pero la gentil y sufriente Flora era demasiado mansa para ser tratada bruscamente por un corazón tan bondadoso como el de Coningsby.

La miró; estaba pálida y agitada. Su paso temblaba, mientras aún se apresuraba.

—¿Qué sucede? —preguntó Coningsby.

—Mi Lord, la Marquesa, están en peligro, arrojados de su coche. Brevemente le detalló a Coningsby todo lo que había ocurrido; que M. Villebecque ya se había dirigido a ellos; que ella misma solo en ese momento se había enterado de la noticia que parecía agitarla hasta el centro. Coningsby se volvió instantáneamente con ella; pero apenas habían salido del patio cuando se acercó el coche que traía a Lord y Lady Monmouth a casa. Lo siguieron hasta el patio. Estuvieron inmediatamente en su puerta.

—Todo está bien, Harry —dijo el Marqués, tranquilo y grave.

Coningsby apretó la mano de su abuelo. Luego ayudó a Lucretia a bajar.

—Estoy bien —dijo ella—, ahora.

—Pero debe apoyarse en mí, querida Lady Monmouth —dijo Coningsby en tono de ternura, mientras sentía a Lucretia casi hundirse a su lado. Y la sostuvo hasta el vestíbulo del hotel.

Lord Monmouth se había quedado atrás. Flora se acercó sigilosamente a él y, con inusual audacia, ofreció su brazo al Marqués. Él la miró con una mirada de sorpresa, y luego una expresión más suave, una, en verdad, de una dulzura casi atractiva, que, aunque rara, no era extraña a su rostro, suavizó sus rasgos y, tomando el brazo tan humildemente presentado, dijo:

—*Ma Petite* (Mi Pequeña), pareces más asustada que ninguno de nosotros. ¡Pobre niña!

Había llegado a lo alto de la escalinata; retiró su brazo de Flora y le agradeció con toda su cortesía.

—¿No está herido, entonces, señor? —se aventuró a preguntar con una mirada que expresaba la infinita solicitud que su lengua no se atrevía a transmitir.

—De ninguna manera, mi buena niña —y le extendió la mano, que ella reverentemente inclinó sobre ella y abrazó.

CAPÍTULO VII

Cuando Coningsby había regresado al hotel de su abuelo esa mañana, lo había hecho con la determinación de dejar París al día siguiente para Inglaterra; pero el accidente de Lady Monmouth, aunque, como finalmente pareció, no acompañado de consecuencias muy graves, disipó por completo esta intención. Era imposible dejarlos tan bruscamente en un momento así. Así que se quedó otro día, y ese fue el día anterior a la fiesta de Sidonia, a la

que particularmente resolvió no asistir. Le parecía completamente imposible que pudiera soportar de nuevo la vista de Sidonia o de Edith. Los consideraba como personas que lo habían perjudicado profundamente; aunque realmente eran individuos que lo habían tratado con invariable bondad. Pero sentía que su existencia era una fuente de mortificación y miseria para él. Con estos sentimientos, paseando las últimas horas en París, inquieto, desasosegado; sin presente, sin futuro; sin disfrute, sin esperanza; realmente, positivamente, indudablemente infeliz; infeliz también por primera vez en su vida; la primera infelicidad; ¡qué pieza complementaria para el primer amor! Coningsby, de todos los lugares del mundo, en los jardines del Luxemburgo, se encontró con Sir Joseph Wallinger y Edith.

Evitarlos era imposible; se encontraron cara a cara; y Sir Joseph se detuvo, e inmediatamente le recordó que hacía tres días que no lo veían, como para reprocharle tan sin precedentes abandono. Y parecía que Edith, aunque no dijo tanto, sintió lo mismo. Y Coningsby se dio la vuelta y caminó con ellos. Les dijo que iba a dejar París al día siguiente.

—¿Y perderse la fiesta de Monsieur de Sidonia, de la que todos hemos hablado tanto? —dijo Edith, con sorpresa sin afectación, y una expresión de decepción que intentó en vano ocultar.

—La fiesta no será menos alegre por mi ausencia —dijo Coningsby, con esa melancólica morosidad no inusual en los amantes desesperados.

—Si todos fuéramos a argumentar desde las mismas premisas y actuar en consecuencia —dijo Edith—, los salones estarían vacíos. Pero si la ausencia de alguien fuera notada, realmente habría pensado que sería la suya. Pensé que usted era uno de los grandes amigos de Monsieur de Sidonia.

—No tiene amigos —dijo Coningsby—. Ningún hombre sabio los tiene. ¿Qué son los amigos? Traidores.

Edith pareció muy asombrada. Y luego dijo:

—Estoy segura de que no se ha peleado con Monsieur de Sidonia, porque acabamos de separarnos de él.

—No tengo duda de que lo ha hecho —pensó Coningsby.

—Y es imposible hablar de otro en términos más altos que los que él habló de usted —observó Sir Joseph lo inusual que era que Monsieur de Sidonia se expresara tan cálidamente.

—Sidonia es un gran hombre, y se lleva todo por delante —dijo Coningsby—.

Yo no soy nada; no puedo competir con él; me retiro del campo.

—¿Qué campo? —preguntó Sir Joseph, que no captó claramente el significado de estas observaciones—. Me parece que un campo de acción es exactamente lo que Sidonia quiere. No hay salida para sus habilidades e inteligencia. Desgasta su energía viajando de capital en capital como un mensajero del Rey. A la mañana siguiente de su fiesta se va a Madrid.

Esto llevó a alguna referencia a sus movimientos mutuos. Edith habló de su regreso a Lancashire, de su esperanza de que el señor Coningsby viera pronto a Oswald; pero el señor Coningsby le informó que aunque iba a dejar París, no tenía intención de regresar a Inglaterra; que aún no había decidido a dónde iría; pero pensaba que viajaría directamente a San Petersburgo. Deseaba viajar por tierra a Astrakan. Ese era el lugar que estaba particularmente ansioso por visitar.

Después de este incomprensible anuncio, caminaron unos minutos en silencio, roto solo por monosílabos ocasionales, con los que Coningsby respondía al azar a los sensatos comentarios de Sir Joseph. Cuando se acercaban al Palacio, un grupo de ingleses que visitaban la *Chamber of Peers* (Cámara de los Pares), y que conocían a los compañeros de Coningsby, se encontraron con ellos. En medio de los reconocimientos mutuos, Coningsby estaba a punto de despedirse algo ceremoniosamente, pero Edith extendió su mano y dijo:

—¿Es esto realmente una despedida?

Su corazón se agitó, su semblante cambió; retuvo su mano entre los turistas parlanchines, demasiado llenos de sus críticas y sus egocéntricos lugares comunes para notar lo que pasaba. Parecía que una efusión sentimental estaba a punto de tener lugar. Sus ojos se encontraron. La mirada de Edith era triste e inquisitiva.

—Nos despediremos en el baile —dijo Coningsby, y ella lo recompensó con una radiante sonrisa.

CAPÍTULO VIII

Sidonia vivía en el *Faubourg St. Germain* (Barrio de San Germán), en un gran hotel que, en los viejos días, había pertenecido a los Crillons; pero había recibido de sus manos alteraciones tan extensas, que nada de la decoración original, y poco de su disposición, quedaba.

Una escalinata de mármol, que ascendía desde un vasto patio, conducía a un vestíbulo de grandes dimensiones, que era al mismo tiempo un *orangery*

(invernadero de naranjos) y una galería de escultura. Estaba iluminado por una luz distinta, pero suave y tenue, que armonizaba con el hermoso reposo de las formas circundantes, y con el exótico perfume que flotaba en el aire. Una galería conducía desde este vestíbulo a un vestíbulo interior de un carácter bastante diferente; fantástico, brillante, abigarrado; lleno de extrañas formas y deslumbrantes objetos.

El techo estaba tallado y dorado en ese estilo de panal de abeja prevalente en los edificios sarracenos; las paredes estaban tapizadas con cuero estampado en ricos y vívidos patrones; el suelo era una inundación de mosaico; alrededor había estatuas de negros de tamaño humano con rostros de expresión salvaje, y sosteniendo en sus manos extendidas antorchas de plata que ardían con una brillantez casi dolorosa.

Desde este vestíbulo interior, una doble escalera de mármol blanco conducía a la gran suite de apartamentos.

Estos salones, altos, espaciosos y numerosos, habían sido decorados principalmente con encausto por los más célebres artistas de Múnich. Las tres habitaciones principales solo estaban separadas entre sí por columnas, cubiertas con ricas colgaduras, que esa noche estaban corridas. La decoración de cada cámara era apropiada a su propósito. En las paredes del salón de baile, ninfas y héroes se movían en compás en paisajes sicilianos, o en las azules costas de las aguas del Egeo. Desde el techo, hermosas divinidades arrojaban guirnaldas sobre los invitados, que parecían sorprendidos de que las rosas, no dispuestas a abandonar el Olimpo, no descendieran a la tierra. El efecto general de esta hermosa cámara se veía realzado, también, por esa regulación de la casa que no permitía ningún banco en el salón de baile. Esa digna asamblea que siempre se encuentra alineada en precisa disciplina contra la pared, no estropeaba aquí la fluida gracia de la festividad. Las *chaperons* (chaperonas / señoras mayores que acompañan a jóvenes) no tenían razón para quejarse. Un gran salón abundaba en otomanas y sillones a su servicio, donde sus delicadas pupilas podían descansar cuando se cansaban, o encontrar distracción cuando no estaban ocupadas.

Todo el mundo estaba en esta fiesta de Sidonia. Superaba en esplendor y lujo a cualquier entretenimiento que se hubiera dado hasta entonces. El más alto rango, incluso Príncipes de sangre, belleza, moda, fama, todos reunidos en un magnífico e iluminado palacio, resonando con exquisita melodía.

Coningsby, aunque algo deprimido, no era insensible a la magia de la escena. Desde el pasaje en los jardines del Luxemburgo, ese tono, esa mirada, ciertamente se había sentido mucho más aliviado, más feliz. Y sin embargo, si todo fuera, con respecto a Sidonia, tan infundado como él podía desear,

¿dónde estaba entonces? ¿Había olvidado a su abuelo, esa mirada feroz, esa voz de intensa detestación? ¿Qué era Millbank para él? ¿Dónde, qué era el misterio? porque de algo no podía dudar. El origen español de Edith solo había desconcertado más a Coningsby. No ofrecía solución. No podía haber conexión entre una familia catalana y su madre, la hija de un clérigo en un condado del interior. Que hubiera alguna relación entre la familia Millbank y su madre era contradicho por la convicción en la que había sido criado, de que su madre no tenía parientes; de que regresó a Inglaterra completamente sin amigos; sin un pariente, una conexión, un conocido a quien pudiera apelar. Su completo desamparo estaba grabado en su cerebro. Por tiernos que fueran sus años cuando se separó de ella, aún podía recordar las mismas frases en las que deploraba su aislamiento; y había numerosos pasajes en sus cartas que aludían a ello. Coningsby había aprovechado la oportunidad para sondear a los Wallinger sobre este tema; pero se sintió seguro, por la manera en que sus avances fueron recibidos, de que no sabían nada de su madre, y atribuían la hostilidad del señor Millbank hacia su abuelo, únicamente a la emulación política y las rivalidades locales. Sin embargo, estaban el retrato y la miniatura. Ese era un hecho; una pista que, en última instancia, estaba persuadido, debía llevar a alguna solución.

Coningsby había tenido un gran éxito social en París. Era inmediatamente un favorito. Las damas parisinas decidieron a su favor. Era un espécimen del más alto estilo de la belleza inglesa, que es popular en Francia. Su aire era reconocido como distinguido. A los hombres también les gustaba; no había llegado aún a la edad en que se hacen enemigos. En el momento, por lo tanto, en que se encontró en los salones de Sidonia, fue abordado por muchos cuyas atenciones eran halagadoras; pero su mirada vagaba, mientras trataba de ser cortés y de ser alegre. ¿Dónde estaba ella? Casi había llegado al salón de baile cuando se encontró con ella. Iba del brazo de Lord Beaumanoir, que la había conocido en Roma, y originalmente lo reclamó como miembro de una familia que, como el lector quizás no olvide, había experimentado algunas bondades de los Millbank.

Hubo reconocimientos mutuos y cordiales entre los jóvenes; grandes explicaciones de dónde habían estado, qué estaban haciendo, a dónde iban. Lord Beaumanoir le dijo a Coningsby que había introducido las carreras de obstáculos en Roma, y se había separado de *Rayo de Sol* con el sobrino de un cardenal. Coningsby asegurando la mano de Edith para el próximo baile, todos se dirigieron juntos hacia su tía.

Lady Wallinger estaba disfrutando de algunas reminiscencias romanas con el Marqués.

—¿Y no vas a Astrakan mañana? —dijo Edith.

—No mañana —dijo Coningsby.

—Sabes que una vez dijiste que la vida estaba demasiado agitada en estos días para permitir viajar a un hombre.

—Desearía que nada estuviera agitado —dijo Coningsby—. Deseo que nada cambie. Todo lo que deseo es que esta fiesta nunca termine.

—¿Es posible que seas caprichoso? Me desconcertaste mucho.

—¿Soy caprichoso porque no me gusta el cambio?

—¿Pero Astrakan?

—Fue el aire del Luxemburgo lo que me recordó el Desierto —dijo Coningsby.

Poco después, Coningsby llevó a Edith al baile. Fue en un baile donde la había conocido por primera vez en París, y esto llevó a otras reminiscencias; todas muy interesantes. Coningsby era perfectamente feliz. Todos los misterios, todas las dificultades, fueron expulsados de su memoria; vivía solo en el emocionante y agradable presente. ¡Veintiún años y enamorado!

Algún tiempo después, Coningsby, que estaba inevitablemente separado de Edith, se encontró con su anfitrión.

—¿Dónde has estado, niño —dijo Sidonia—, que no te he visto en algunos días? Me voy a Madrid mañana.

—Y supongo que debo pensar en Cambridge.

—Bueno, has visto algo; lo encontrarás más provechoso cuando lo hayas digerido: y tendrás oportunidad. Esa es la verdadera fuente de la sabiduría: medita sobre el pasado. La Aventura y la Contemplación comparten nuestro ser como el día y la noche.

La resuelta partida para Inglaterra al día siguiente ya se había convertido en una supuesta necesidad de pensar en regresar a Cambridge. De hecho, Coningsby sentía que dejar París y a Edith era una imposibilidad. Silenció la protesta de su conciencia mediante el expediente de guardar un *half-term* (medio período), y no tuvo dificultad en persuadirse de que un breve retraso en la obtención de su título no podría ser realmente de la más mínima importancia.

Era la hora de la cena. Los invitados de un baile francés no se ven con ventaja en este período. La costumbre de separar los sexos para este refresco,

y disponer que las damas lo tomen solas, aunque originalmente fundada en un sentimiento de consideración y galantería, y con la determinación de asegurar, bajo todas las circunstancias, la conveniencia y comodidad del bello sexo, es realmente, en su apariencia y sus consecuencias, cualquier cosa menos europea, y produce una escena que más bien recuerda al harén de un sultán que a un salón de caballería. A juzgar por los rostros de las favorecidas bellas, ellas mismas no están particularmente complacidas; y cuando su comida ha terminado, necesariamente regresan a salas vacías, y se ven privadas del baile en el mismo momento en que pueden sentirse más inclinadas a participar en su grácil emoción.

Estas circunstancias algo poco graciosas, sin embargo, no acompañaron a la fiesta de esta noche. Se abrió en el Hotel de Sidonia por primera vez un comedor que podía contener con comodidad a todos los invitados. Era una vasta cámara de mármol blanco, cuyos paneles dorados contenían esculturas festivas de Schwanthaler, realzadas por un colorido encáustico. En su centro había una fuente, un grupo de Bacantes rodeando a Dioniso; y desde esta fuente, como desde una estrella, divergían las diversas mesas de las que brotaban naranjos en fruto y flor.

El banquete tenía un solo defecto; Coningsby estaba separado de Edith. La Duquesa del Gran Cairo, la hermosa esposa del heredero de una de las ilustraciones imperiales, había decidido apropiarse de Coningsby como su caballero por el momento. Distraído, escapó; pero su ojo errante no pudo encontrar el objeto de su búsqueda; y cayó prisionero de la encantadora Princesa de Petitpoix, una jefa carlista, cuyas ingeniosas palabras vengaban la causa de las dinastías caídas y de una nobleza en bancarrota.

He aquí una escena brillante en fantasía, magnífica en esplendor. Todas las circunstancias de su vida en ese momento eran tales que actuaban con fuerza en la imaginación de Coningsby. Separado de Edith, todavía tenía el deleite de verla como la dechada de esa brillante compañía, el ser consumado a quien adoraba. y que le había hablado con una voz más dulce que una serenata, y le había concedido una mirada más suave que la luz de la luna. El señor del palacio, más distinguido incluso por su capacidad que por su ilimitado tesoro, era su amigo elegido; ganado bajo circunstancias de interés romántico, cuando la influencia recíproca de sus cualidades personales no se veía afectada por ningún conocimiento accesorio de sus posiciones mundanas. Él mismo estaba en la mismísima flor de la juventud y la salud; el hijo de una noble casa, rico para sus necesidades presentes, y con un futuro de considerables fortunas. El amor embelesador y la amistad deslumbrante, una alta ambición y el orgullo del conocimiento, la conciencia de una gran prosperidad, las vagas y audaces energías del alto pulso de los veintiún años, todo se combinaba para estimular su sentido de la existencia, que, mientras

miraba a su alrededor los hermosos objetos y escuchaba los deliciosos sonidos, le parecía una dispensación de éxtasis casi sobrenatural.

Aproximadamente una hora después de esto, el salón de baile aún lleno, pero los otros salones vaciándose gradualmente, Coningsby entró en una cámara que parecía desierta. Sin embargo, oyó sonidos, como de conversación seria. Era la voz que invitaba su progreso; avanzó otro paso, luego se detuvo de repente. Había dos individuos en la habitación, por quienes no fue notado. Eran Sidonia y la señorita Millbank. Estaban sentados en un sofá, Sidonia sosteniendo su mano y tratando, al parecer, de calmarla. Sus tonos eran temblorosos; pero la expresión de su rostro era cariñosa y confiada. Todo fue obra de un momento. Coningsby se retiró instantáneamente, aunque no pudo evitar escuchar una súplica seria de Edith a su compañero de que le escribiera.

En pocos segundos, Coningsby había abandonado el hotel de Sidonia, y al día siguiente se encontraba en camino a Inglaterra.

FIN DEL LIBRO VI

LIBRO VII

CAPÍTULO I

Era una de esas puestas de sol magníficas y duraderas que parecían demorarse como si desearan celebrar la mitad del año. Quizás la hermosa hora del crepúsculo inminente nunca ejerce una influencia más efectiva en el alma que cuando desciende sobre el aspecto de alguna ciudad distante y espléndida. ¡Qué contraste entre la serenidad y el reposo de nuestros propios pechos y las feroces pasiones y destructivos cuidados ceñidos en las murallas de esa multitud cuyas cúpulas y torres se elevan con lustre púrpura contra el resplandeciente horizonte!

Y sin embargo, las emociones perturbadoras de la existencia y la amarga herencia de la humanidad deberían ejercer solo un dominio modificado, y suponer solo una carga ligera, dentro del círculo de la ciudad a la que la siguiente escena de nuestra historia nos conduce. Pues es la sagrada ciudad del estudio, del aprendizaje y de la fe; y el declinante rayo está descansando sobre la cúpula del Radcliffe, demorándose en las torres de Christchurch y Magdalen, santificando las agujas y pináculos de la santa St. Mary's.

Un joven estudiante de Oxford, que durante algún tiempo había estado observando la ciudad al atardecer, desde un terreno elevado en sus cercanías, perdido, al parecer, en meditación, se levantó de repente y, mirando su reloj, como recordado de algún compromiso, apresuró su regreso a paso rápido.

Llegó a la Calle Mayor cuando el coche de correo ligero *Blenheim* se detuvo ante el Hotel de la Estrella, con esa brillante precisión que incluso la Nueva Generación puede recordar, y que sin embargo ya se encuentra entre las tradiciones de las costumbres inglesas. Un espectáculo peculiar y muy animador solía ser la llegada de un coche de correo ligero de primera clase a una ciudad de provincias. La pequeña máquina, atestada de tantos pasajeros, los espumosos y encabritados caballos delanteros, los caballos traseros más firmes y brillantes, como si no hubieran recorrido sus diez millas en la hora, el triunfante clarín del guardia, y la altiva rutina con la que el conductor, al alcanzar su meta, arrojaba su látigo a los obedientes mozos de cuadra que esperaban; y, no menos, la multitud que miraba fijamente, un poco asombrada, y mirando por el momento al más bajo oficial de la caballeriza con considerable respeto, todo junto formaba una imagen que uno recuerda con alegría, y que ahora se echa de menos en muchas aburridas ciudades de mercado.

Nuestro estudiante de Oxford era un joven de estatura media, y naturalmente de expresión pensativa y porte más bien reservado. El carácter general de su rostro era, en verdad, un poco severo, pero se rompía en una sonrisa casi hechizante, y un rubor inundaba su rostro, mientras se adelantaba y daba la bienvenida a un individuo de la misma edad, que había saltado del *Blenheim*.

—¡Bien, Coningsby! —exclamó, extendiendo ambas manos.

—¡Por Júpiter! mi querido Millbank, por fin nos encontramos —dijo su amigo.

Y aquí debemos retroceder un momento para volver a lo que le había ocurrido a Coningsby desde que tan repentinamente abandonó París a principios de año. La herida que había recibido era profunda para alguien no acostumbrado a las heridas. Sin embargo, después de todo, nadie había ultrajado sus sentimientos, nadie había traicionado sus esperanzas. Había amado a alguien que amaba a otro. Miseria, pero apenas humillación. Y sin embargo es una amarga punzada bajo cualquier circunstancia encontrar a otro preferido a uno mismo. Es aproximadamente el mismo golpe que uno sentiría probablemente si cayera de un globo. Su vuelo icárico se funde en una existencia rastrera, apenas superior a la de una esponja o un coral, o redimida solo de la insensibilidad total por su franca detestación de su rival. Es completamente imposible ocultar que Coningsby había absorbido por Sidonia un cierto grado de aversión, que, en estos días de frase exagerada, podría incluso describirse como odio. ¡Y Edith era tan hermosa! Y había parecido entre ellos una simpatía tan nativa y espontánea, creando al instante el encanto de la intimidad sin ninguno de los atributos desencantadores que ocasionalmente son su consecuencia. Recordaba los

tonos de su voz, la expresión de su suave ojo oscuro, el espíritu aéreo y la franca gracia, a veces incluso el halagador rubor, con el que siempre había recibido a alguien de quien había oído hablar tanto y tan amablemente. Parecía, para usar una dulce y sencilla frase, que estaban hechos el uno para la otra; las circunstancias de sus destinos mutuos podrían haberse combinado en un encantador destino.

Y sin embargo, si ella le hubiera concedido ese don inigualable, su corazón, ¿con qué aspecto iba a comunicar esta consumación de todas sus esperanzas a su abuelo, pedir a Lord Monmouth su bendición, y el gracioso favor de un establecimiento para la hija de su enemigo, de un hombre cuyo nombre nunca se mencionaba excepto para nublar su rostro? ¡Ah! ¿cuál era ese misterio que conectaba la altiva casa de Coningsby con la humilde sangre del fabricante de Lancashire? ¿Por qué estaba el retrato de su madre bajo el techo de Millbank? Coningsby había tocado delicadamente el tema tanto con Edith como con los Wallinger, pero el resultado de sus preguntas solo envolvió la cuestión en una oscuridad más profunda. Edith no tenía parientes sino maternos: más de una vez había mencionado esto, y los Wallinger, en otras ocasiones, habían confirmado el comentario. Coningsby a veces había llevado la conversación hacia los cuadros, y le recordaba con bromas su primer encuentro inconsciente en la galería de la Rue Tronchet; entonces recordaba que al señor Millbank le gustaban los cuadros; luego recordaba algunos especímenes de la colección del señor Millbank, y después de tocar varios que no podían excitar sospechas, llegó a un retrato, un retrato de una dama; preguntó si era un retrato o un rostro ideal.

Edith pensaba que había oído que era un retrato, pero no estaba segura en absoluto, y ciertamente desconocía por completo el nombre del original, si había un original.

Coningsby se dirigió al punto con Sir Joseph. Preguntó al tío explícitamente si sabía algo sobre el tema. Sir Joseph opinaba que era algo que Millbank había encontrado en alguna parte. Millbank solía encontrar cuadros a menudo.

Decepcionado en su amor, Coningsby buscó refugio en la excitación del estudio, y en la imaginación meditabunda de un espíritu ambicioso. La dulzura de su corazón parecía haberlo abandonado para siempre. Recurrió a sus habituales ensueños de grandeza política y distinción pública. Y como siempre le parecía que ninguna preparación podía ser completa para la carrera que planeaba para sí mismo, se dedicó con mayor ardor a esa digestión del conocimiento que lo convierte en sabiduría. Su vida en Cambridge era ahora una vida de reclusión. Con la excepción de unos pocos amigos de Eton, evitaba toda sociedad. Y, en verdad, sus adquisiciones

durante este período fueron tales que pocos han igualado, y solo podían haber sido dominadas por una disciplina mental de carácter severo y exaltado. Al final del período, Coningsby obtuvo su título, y en unos días estaba a punto de abandonar esa universidad donde, en general, había pasado tres años serenos y felices en compañía de amigos cariñosos y fieles, y en nobles ocupaciones. Tenía muchos planes para sus próximos movimientos, aunque ninguno de ellos muy maduro. Lord Vere deseaba que Coningsby visitara a su familia en el norte, y luego que fueran juntos a Escocia: Coningsby estaba más inclinado a viajar durante un año. En medio de esta vacilación, ocurrió una circunstancia que lo decidió a no adoptar ninguno de estos cursos.

Era la ceremonia de graduación y, saliendo del cuadrángulo de St. John's, Coningsby se encontró de repente con Sir Joseph y Lady Wallinger, que estaban visitando las maravillas y rarezas de la universidad. Estaban solos. Coningsby estaba un poco avergonzado, pues no podía olvidar la abrupta manera en que se había separado de ellos; pero lo saludaron con tanta cordialidad que instantáneamente se recuperó y, girando, se convirtió en su compañero. Apenas se atrevió a preguntar por Edith: finalmente, en tono deprimido y con vacilación, preguntó si habían visto últimamente a la señorita Millbank. Él mismo se sorprendió por la extrema ligereza de corazón que le invadió en el momento en que supo que ella estaba en Inglaterra, en Millbank, con su familia. Siempre le había gustado mucho Lady Wallinger, pero esa mañana se colgaba de ella como un amante, derrochaba sobre ella incesantes y las más delicadas atenciones, parecía existir solo en la idea de hacer que los Wallinger disfrutaran y comprendieran Cambridge; y nadie más debía ser su guía en ningún lugar o bajo ninguna circunstancia. Les dijo exactamente lo que debían ver; cómo debían verlo; cuándo debían verlo. Les habló de cosas que nadie veía, pero que ellos debían ver. Insistió en que Sir Joseph cenara con él en el comedor universitario; Sir Joseph no podía pensar en dejar a Lady Wallinger; Lady Wallinger no podía pensar en que Sir Joseph perdiera una oportunidad que quizás nunca volvería a ofrecerse. Además, ambos podrían reunirse con ella después de la cena. Excepto para dar a su esposo una cena, Coningsby evidentemente tenía la intención de no abandonar nunca su lado.

Y a la mañana siguiente, siendo la ocasión favorable, estando a solas con la dama, mientras Sir Joseph se afanaba con un carruaje, Coningsby dijo de repente, con el semblante algo perturbado y en voz baja:

—Me complació, quiero decir que me sorprendió, saber que todavía había una señorita Millbank; pensé que para estas alturas podría haber llevado otro nombre.

Lady Wallinger lo miró con expresión de cierta perplejidad, y luego dijo:

—Sí, Edith era muy admirada; pero no necesita ser precipitada en casarse. El matrimonio es para una mujer el evento. Edith es demasiado preciosa para ser concedida descuidadamente.

—Pero entendí —dijo Coningsby—, cuando dejé París —y aquí se puso muy confuso—, que la señorita Millbank estaba comprometida, a punto de casarse.

—¿Con quién?

—Nuestro amigo Sidonia.

—Estoy segura de que Edith nunca se casaría con Monsieur de Sidonia, ni Monsieur de Sidonia con Edith. ¡Es una idea absurda! —dijo Lady Wallinger.

—¿Pero él la admiraba mucho? —dijo Coningsby, con mirada inquisitiva.

—Posiblemente —dijo Lady Wallinger—; pero nunca insinuó su admiración.

—¿Pero fue muy atento con la señorita Millbank?

—No más de lo que nuestra íntima amistad autorizaba y podía esperar.

—¿Conoce a Sidonia desde hace mucho tiempo?

—Fue el padre de Monsieur de Sidonia quien nos puso al cuidado del señor Wallinger —dijo Lady Wallinger—, y por lo tanto siempre he sentido por su hijo un sincero aprecio. Además, lo considero un compatriota. Recientemente ha sido incluso más amable de lo habitual con nosotros, especialmente con Edith. Mientras estábamos en París, recuperó para ella una gran cantidad de joyas que le había dejado su tío en España; y, lo que ella apreciaba infinitamente más, toda la correspondencia de su madre que mantuvo con este pariente desde su matrimonio. Nada más que la influencia de Sidonia podría haberlo logrado. Por lo tanto, por supuesto, Edith está apegada a él casi tanto como yo. En resumen, es nuestro más querido amigo; nuestro consejero en todas nuestras preocupaciones. Pero en cuanto a casarse con él, la idea es ridícula para quienes conocen a Monsieur de Sidonia. Ninguna consideración terrenal podría inducirlo jamás a perjudicar esa pureza de raza de la que se enorgullece. Además, hay otras obvias objeciones que harían una alianza entre él y mi sobrina absolutamente imposible: Edith es tan devota de su religión como Monsieur de Sidonia puede serlo de su raza.

Un rayo de luz brilló en el cerebro de Coningsby cuando Lady Wallinger

pronunció estas palabras. La agitada entrevista, que nunca podría explicarse, ya aparecía bajo un punto de vista bastante diferente. Se volvió pensativo, permaneció en silencio, se sintió aliviado cuando Sir Joseph, cuyo regreso había deplorado hasta ahora, reapareció. Coningsby supo en el curso del día que los Wallinger estaban a punto de hacer, e inmediatamente, una visita a Hellingsley; su primera visita; en verdad, este era el primer año que el señor Millbank se había instalado allí. No le gustaba mucho el cambio de vida, dijo Sir Joseph a Coningsby, pero Edith estaba encantada con Hellingsley, que Sir Joseph entendía que era un lugar muy distinguido, con hermosos jardines, de los que su sobrina era particularmente aficionada.

Cuando Coningsby regresó a sus habitaciones, esas habitaciones que pronto iba a abandonar para siempre, al arreglar algunos papeles preparatorios para su mudanza, su mirada cayó sobre una carta de Oswald Millbank que llevaba demasiado tiempo sin respuesta. Coningsby había proyectado a menudo una visita a Oxford, que deseaba mucho hacer, pero hasta entonces le había sido imposible realizarla, excepto en ausencia de Millbank; y la había pospuesto con frecuencia para poder combinar su primera visita a esa famosa sede de aprendizaje con una a su viejo compañero de escuela y amigo. Ahora eso era factible. E inmediatamente Coningsby escribió para anunciar a Millbank que había obtenido su título, era libre y estaba preparado para pagarle inmediatamente la largamente proyectada visita. Habían pasado más de tres años desde que dejaron Eton. ¡Cuánto había sucedido en el intervalo! ¡Qué nuevas ideas, nuevos sentimientos, vastos y novedosos conocimientos! Aunque no se habían encontrado, estaban sin embargo familiarizados con el progreso y la mejora de las mentes del otro. Su sugerente correspondencia era demasiado valiosa para ambos como para no haber sido atesorada. Y ahora iban a encontrarse en vísperas de entrar en ese mundo para el que habían hecho una preparación tan asidua.

CAPÍTULO II

Hay pocas cosas en la vida más interesantes que un intercambio irrestricto de ideas con un espíritu afín, y hay pocas cosas más raras. ¿Con qué poca frecuencia te encuentras en el mundo con un hombre de grandes habilidades, conocimientos, experiencia, que descubra su mente, se desabroche el cerebro y derrame en frases descuidadas y pintorescas todos los resultados de sus estudios y observaciones; su conocimiento de hombres, libros y naturaleza? Por el contrario, si un hombre tiene por casualidad lo que él concibe como una idea original, la atesora como si fuera oro viejo; y más bien evita el tema con el que está más familiarizado, por miedo de que puedas apropiarte de sus mejores pensamientos. Una de las principales causas de nuestra renombrada torpeza en la conversación es nuestra extrema celosía intelectual. Hay que admitir que a este respecto los autores, pero especialmente los poetas, se

llevan la palma. Nunca creen que se les aprecia lo suficiente, y viven con temor de que un hermano se distinga. Los artistas tienen la reputación de ser casi tan malos. Y en cuanto a un pequeño político en ascenso, un discurso inteligente de un supuesto rival o candidato sospechoso para un cargo destruye su apetito y perturba sus sueños.

Uno de los principales placeres y beneficios de viajar es que uno se encuentra perpetuamente con hombres de grandes habilidades, de mente original y de raros conocimientos, que conversan sin reservas. En estos discursos, el intelecto da saltos audaces y avances maravillosos. El tono que colorea nuestra vida posterior a menudo se capta en estas charlas casuales, y la dirección que da forma a una carrera.

Y sin embargo, quizás no hay ocasión en la que el corazón esté más abierto, el cerebro más rápido, la memoria más rica y feliz, o la lengua más pronta y elocuente, que cuando dos amigos de la escuela, unidos por cada simpatía de inteligencia y afecto, se encuentran al final de sus carreras universitarias, después de una larga separación, dudando, por así decirlo, en el borde de la vida activa, y comparan sus conclusiones del intervalo; se imparten mutuamente todos sus pensamientos y secretos planes y proyectos; altas fantasías y nobles aspiraciones; gloriosas visiones de fama personal y regeneración nacional.

¡Ah! ¿por qué debería morir nunca tal entusiasmo? La vida es demasiado corta para ser pequeña. El hombre nunca es tan viril como cuando siente profundamente, actúa audazmente y se expresa con franqueza y con fervor.

Muy seguramente nunca hubo un congreso de amistad en el que se dijera y sintiera más que en esta reunión, tan largamente proyectada, y sin embargo quizás, en general, tan felizmente pospuesta, entre Coningsby y Millbank. En un momento parecía como si nunca se hubieran separado. Su fiel correspondencia, en verdad, había mantenido la cadena de sentimiento sin romperse. Pero los detalles son solo para la conversación. Cada uno derramó su mente sin límites. No había un autor que hubiera influido en su gusto o juicio que no fuera discutido y criticado; no una teoría que hubieran formulado o un principio que hubieran adoptado que no fuera confesado. A menudo, con alegría infantil aún persistente en su propósito serio, gritaban al descubrir que habían formado la misma opinión o adoptado la misma conclusión. Hablaban todo el día y hasta altas horas de la noche. Condensaban en una semana las punzantes conclusiones de tres años de estudio casi ininterrumpido. Y una noche, mientras estaban sentados juntos en las habitaciones de Millbank en Oriel, habiendo su conversación tomado durante algún tiempo un color político, Millbank dijo:

—Ahora dime, Coningsby, exactamente lo que concibes como el estado de los partidos en este país; porque me parece que si penetramos en la superficie, la clasificación debe ser más simple de lo que sus muchos nombres sugerirían.

—Habiéndose concedido el principio de la constitución exclusiva de Inglaterra por las Actas de 1827-8-32 —dijo Coningsby—, ha surgido un partido en el Estado que exige que el principio del liberalismo político sea llevado consecuentemente a su extremo; lo que les parece imposible sin deshacerse de los fragmentos de la vieja constitución que permanecen. Este es el partido destructivo; un partido con principios distintos e inteligibles. Buscan un remedio para los males de nuestro sistema social en el sufragio general de la población.

—Se les resiste otro partido que, habiendo renunciado a la exclusión, solo abrazaría tanto liberalismo como es necesario por el momento; que, sin ninguna embarazosa promulgación de principios, desea mantener las cosas como las encuentran mientras puedan, y luego las manejarán como las encuentren lo mejor que puedan; pero como un partido debe tener la apariencia de principios, toman los nombres de las cosas que han destruido. Así, son devotos de las prerrogativas de la Corona, aunque en verdad la Corona ha sido despojada de cada una de sus prerrogativas; afectan una gran veneración por la constitución en la Iglesia y el Estado, aunque todo el mundo sabe que la constitución en la Iglesia y el Estado ya no existe; están dispuestos a triunfar o caer con la independencia de la Cámara Alta del Parlamento, aunque, en la práctica, son perfectamente conscientes de que, con su sanción, la Cámara Alta ha abdicado de sus funciones iniciadoras, y ahora sirve solo como un tribunal de revisión de la legislación de la Cámara de los Comunes. Cuando la opinión pública, que este partido nunca intenta formar, educar o liderar, cae en alguna violenta perplejidad, pasión o capricho, este partido cede sin lucha al impulso, y, cuando la tormenta ha pasado, intenta obstruir y obviar los resultados lógicos y, en última instancia, inevitables de las mismas medidas que ellos mismos han originado, o a las que han consentido. Este es el partido Conservador.

—No me importa si los hombres se llaman Whig o Tory, Radicales o Cartistas, o por cualquier apodo que una raza ajetreada y sin pensamiento pueda designarse; pero estas dos divisiones comprenden en la actualidad a la nación inglesa.

—Con respecto a la primera escuela, por mi parte no tengo fe en las cualidades remediadoras de un gobierno llevado a cabo por una democracia descuidada, que durante tres siglos no ha recibido educación. ¿Qué perspectiva nos ofrece de esos altos principios de conducta con los que hemos alimentado nuestras imaginaciones y fortalecido nuestra voluntad? No

percibo ninguno de los elementos de gobierno que deberían asegurar la felicidad de un pueblo y la grandeza de un reino.

—Pero en mi opinión, si la Democracia es combatida solo por el Conservadurismo, la Democracia triunfará, y en una fecha no lejana. Esta es, entonces, nuestra posición. El hombre que entra en la vida pública en esta época tiene que elegir entre la Infidelidad Política y un Credo Destructivo.

—Este, entonces —dijo Millbank— es el dilema al que nos han llevado casi dos siglos de Monarquía Parlamentaria e Iglesia Parlamentaria.

—Es cierto —dijo Coningsby—. No podemos ocultarnos que la primera ha hecho que el Gobierno sea detestado, y la segunda que la Religión sea descreída.

—Muchos hombres en este país —dijo Millbank—, y especialmente en la clase a la que pertenezco, están reconciliados con la contemplación de la democracia; porque se han acostumbrado a creer que es el único poder mediante el cual podemos barrer esos privilegios e intereses seccionales que impiden la inteligencia y la industria de la comunidad.

—Y sin embargo —dijo Coningsby—, la única manera de terminar lo que, en el lenguaje de hoy, se llama Legislación de Clase, no es confiar el poder a las clases. Encontrarías una mayoría demócrata radical tan adicta a la Legislación de Clase como una aristocracia ficticia. El único poder que no tiene simpatía de clase es el Soberano.

—Pero supongamos el caso de un Soberano arbitrario, ¿cuál sería su control contra él?

—El mismo que contra un Parlamento arbitrario.

—Pero un Parlamento es responsable.

—¿Ante quién?

—Ante su cuerpo constituyente.

—Supongamos que votara perpetuarse a sí mismo.

—Pero la opinión pública lo impediría.

—¿Y es la opinión pública de menor influencia en un individuo que en un cuerpo?

—Pero la opinión pública puede ser indiferente. Una nación puede ser

engañada, puede ser corrupta.

—Si la nación que elige al Parlamento es corrupta, el cuerpo elegido se le parecerá. La nación que es corrupta merece caer. Pero esto solo muestra que hay algo que considerar más allá de las formas de gobierno, el carácter nacional. Y aquí principalmente deberíamos depositar nuestras esperanzas. Si una nación es llevada a apuntar a lo bueno y lo grande, dependa de ello, cualquiera que sea su forma, el gobierno responderá a sus convicciones y sus sentimientos.

—¿Entonces declaras en contra del gobierno Parlamentario?

—Lejos de eso: considero el cambio político como el mayor de los males, pues lo comprende todo. Pero si no tenemos fe en la permanencia del acuerdo existente, si los mismos individuos que lo establecieron están, año tras año, proponiendo sus modificaciones o sus reconstrucciones; también, mientras defendemos lo que existe, debemos prepararnos para el cambio que consideramos inminente.

—Ahora, no quisiera que ni nosotros ni nuestros conciudadanos fuéramos tomados por sorpresa como en 1832, cuando los mismos hombres que se oponían al Proyecto de Ley de Reforma ofrecieron objeciones contrarias que se destruían mutuamente, tan ignorantes eran de su verdadero carácter, sus causas históricas, sus consecuencias políticas. Ahora deberíamos actuar de modo que, cuando llegue la ocasión, comprendamos claramente lo que queremos, y hayamos formado una opinión sobre los mejores medios para satisfacer esa necesidad.

—Para este propósito, acostumbraría a la mente pública a la contemplación de un poder existente aunque aletargado en la constitución, capaz de eliminar nuestros agravios sociales, si le transfiriéramos esas prerrogativas que el Parlamento ha usurpado gradualmente, y utilizado de una manera que ha producido la presente desorganización material y moral. La Cámara de los Comunes es la casa de unos pocos; el Soberano es el soberano de todos. El líder adecuado del pueblo es el individuo que se sienta en el trono.

—¿Entonces abjuras del principio Representativo?

—¿Por qué? La representación no es necesariamente, ni siquiera en un sentido principal, Parlamentaria. El Parlamento no está sentado en este momento, y sin embargo la nación está representada en sus más altos así como en sus más mínimos intereses. No hay un agravio que escape a la atención y a la reparación. Veo en el periódico de esta mañana que un pedagogo ha castigado brutalmente a su alumno. Es un hecho conocido en toda Inglaterra. No debemos olvidar que un principio de gobierno está

reservado para nuestros días que no encontraremos en nuestros Aristóteles, o incluso en los bosques de Tácito, ni en nuestros consejos sajones, ni en nuestros parlamentos Plantagenet. La Opinión es ahora suprema, y la Opinión habla impresa. La representación de la Prensa es mucho más completa que la representación del Parlamento. La representación Parlamentaria fue el feliz artificio de una edad más ruda, a la que fue admirablemente adaptada: una edad de semicivilización, cuando había una clase líder en la comunidad; pero exhibe muchos síntomas de desuso. Está controlada por un sistema de representación más vigoroso y comprensivo; que absorbe sus deberes y los cumple más eficientemente, y en el que la discusión se lleva a cabo en términos más justos, y a menudo con más profundidad e información.

—¿Y a qué poder confiarías la función de los Impuestos?

—A algún poder que la empleara más discretamente que en crear nuestra actual cantidad de deuda, y en establecer nuestro actual sistema de impuestos.

—En una palabra, la verdadera sabiduría reside en la política que lograría sus fines mediante la influencia de la opinión, y sin embargo por medio de las formas existentes. Sin embargo, si nos vemos forzados a revoluciones, propongamos a nuestra consideración la idea de una monarquía libre, establecida sobre leyes fundamentales, siendo ella misma el ápice de una vasta pila de gobierno municipal y local, gobernando a un pueblo educado, representado por una prensa libre e intelectual. Ante tal autoridad real, apoyada por tal opinión nacional, las anomalías seccionales de nuestro país desaparecerían. Bajo tal sistema, donde la calificación no sería parlamentaria, sino personal, incluso los estadistas serían educados; no tendríamos más diplomáticos que no pudieran hablar francés, no más obispos ignorantes de la teología, no más generales en jefe que nunca vieron un campo de batalla.

—Ahora hay una política adaptada a nuestras leyes, nuestras instituciones, nuestros sentimientos, nuestras costumbres, nuestras tradiciones; una política capaz de grandes fines y apelando a altos sentimientos; una política que, en mi opinión, haría del gobierno un objeto de afecto nacional, que terminaría con las anomalías seccionales, calmaría los fervores religiosos y extinguiría el Cartismo.

—Dijiste ayer —dijo Millbank después de una pausa—, citando las palabras de otro, que adoptaste, que el Hombre estaba hecho para adorar y obedecer. Ahora me has mostrado los medios por los que consideras posible que el gobierno deje de ser odioso para el súbdito; me has mostrado cómo el hombre puede ser inducido a obedecer. Pero hay deberes e intereses para el

hombre más allá de la obediencia política, y el confort social, y la grandeza nacional, intereses superiores y deberes mayores. ¿Cómo tratarías sus necesidades espirituales? Piensas que puedes combatir la infidelidad política en una nación mediante el principio de la lealtad ilustrada; ¿cómo encontrarías la infidelidad religiosa en un estado? ¿Por qué medios se va a revivir el principio de la reverencia profunda? ¿Cómo, en resumen, se va a llevar al hombre a adorar?

—¡Ah! ese es un tema que no he olvidado —respondió Coningsby—. Sé por tus cartas cuán profundamente ha comprometido tus pensamientos. Te confieso que a menudo ha llenado el mío de perplejidad y depresión. Cuando estábamos en Eton, y ambos impregnados de los prejuicios contrarios en los que habíamos sido criados, todavía había entre nosotros un terreno común de simpatía y confianza; reposábamos con confianza y afecto en el seno de nuestra Iglesia. El tiempo y el pensamiento, con ambos, solo han madurado la veneración espontánea de nuestra niñez. Pero el tiempo y el pensamiento también me han mostrado que la Iglesia de nuestro corazón no está en una posición, en cuanto a la comunidad, acorde con su carácter original y esencial, o con el bienestar de la nación.

—El carácter de una Iglesia es la universalidad —respondió Millbank—. Una vez la Iglesia en este país fue universal en principio y práctica; cuando se unió al Estado, continuó al menos universal en principio, si no en práctica. ¿Qué es ahora? Todos los lazos entre el Estado y la Iglesia están abolidos, excepto aquellos que tienden a su peligro y degradación.

—¿Qué puede ser más anómalo que la presente conexión entre el Estado y la Iglesia? Cada condición bajo la que originalmente se consintió ha sido cancelada. Esa alianza original fue, en mi opinión, una calamidad igual para la nación y la Iglesia; pero, al menos, era un pacto inteligible. El Parlamento, entonces compuesto solo por miembros de la Iglesia Establecida, era, en asuntos eclesiásticos, un sínodo laico, y podría, en algunos puntos de vista, ser considerado una parte necesaria del gobierno de la Iglesia. Pero has borrado este carácter exclusivo del Parlamento; has determinado que la comunión con la Iglesia Establecida ya no será parte de la calificación para sentarse en la Cámara de los Comunes. No hay razón, en lo que alcanza la constitución, por la que cada miembro de la Cámara de los Comunes no debería ser un disidente. Pero todo el poder del país está concentrado en la Cámara de los Comunes. La Cámara de los Lores, incluso el propio Monarca, ha anunciado y confesado abiertamente, dentro de estos diez años, que la voluntad de la Cámara de los Comunes es suprema. Un solo voto de la Cámara de los Comunes, en 1832, hizo que el Duque de Wellington declarara, en la Cámara de los Lores, que se veía obligado a abandonar a su soberano en las circunstancias más difíciles y angustiosas. La Cámara de los

Comunes es absoluta. Es el Estado. El Estado soy yo. La Cámara de los Comunes nombra virtualmente a los obispos. Una asamblea sectaria nombra a los obispos de la Iglesia Establecida. Pueden nombrar veinte Hoadleys. Jacobo II fue expulsado del trono porque nombró a un católico romano para una sede anglicana. Un Parlamento podría hacer esto mañana con impunidad. ¡Y esta es la constitución en la Iglesia y el Estado que los Conservadores brindan en sus cenas! Las únicas consecuencias de la presente unión de la Iglesia y el Estado son que, por parte del Estado, hay una perpetua interferencia en el gobierno eclesiástico, y, por parte de la Iglesia, una esmerada evitación de todos esos principios sobre los que solo puede establecerse el gobierno de la Iglesia, y mediante cuya influencia solo puede la Iglesia de Inglaterra volverse de nuevo universal.

—Pero se insiste en que el Estado protege sus ingresos.

—Ningún ingreso eclesiástico debería estar a salvo que requiera protección. La historia moderna es una historia de despojo de la Iglesia. ¿Y por quién? No por el pueblo; no por la democracia. No; es el emperador, el rey, el barón feudal, el cortesano. El patrimonio de la Iglesia es el patrimonio del pueblo, mientras la Iglesia esté gobernada por sus verdaderos principios. La Iglesia es el medio por el cual las clases despreciadas y degradadas afirman la igualdad nativa del hombre, y vindican los derechos y el poder del intelecto. Hizo, en la hora más oscura del dominio normando, al hijo de un buhonero sajón Primado de Inglaterra, y colocó a Nicolás Breakspear, un campesino de Hertfordshire, en el trono de los Césares. Haría cosas igual de grandes ahora, si se divorciara de la degradante y tiránica conexión que la encadena. Tendrías otros hijos de campesinos como Obispos de Inglaterra, en lugar de hombres nombrados para ese sagrado oficio únicamente porque eran los necesitados vástagos de una aristocracia ficticia; hombres de grosera ignorancia, hábitos libertinos y extorsión abusiva, que han deshonrado el trono episcopal y profanado el altar.

—Pero seguramente no puedes extender tal descripción justamente al actual conjunto de obispos.

—Seguramente no; hablo del pasado, del pasado que ha producido tanto mal presente. Vivimos en tiempos decentes; fríos, latitudinarios, alarmados, decorosos. En nuestros días, un sacerdote apenas es considerado un digno sucesor de los autores de los evangelios, si no es el editor de una obra de teatro griega; ¡y el que sigue a San Pablo debe ahora al menos haber sido tutor privado de algún joven noble que ha obtenido un buen título! Y entonces todos se asombran de que la Iglesia no sea universal. ¡Pues nada más que la indestructibilidad de sus principios, por muy débilmente perseguidos que sean, podría haber mantenido incluso el cuerpo

desorganizado que aún sobrevive.

—Y sin embargo, mi querido Coningsby, con todos sus errores pasados y todas sus deficiencias presentes, es mediante la Iglesia; habría dicho hasta que te escuché esta noche; mediante la Iglesia sola que veo alguna posibilidad de regenerar el carácter nacional. El sistema parroquial, aunque sacudido por la fatal ley de pobres, sigue siendo la institución más antigua, más comprehensiva y más popular del país; los sacerdotes más jóvenes son, en general, hombres cuyas almas están despiertas a la alta misión que tienen que cumplir, y que sus predecesores descuidaron tanto; hay, creo, un sentimiento creciente en la comunidad, de que el trato parlamentario en asuntos eclesiásticos no ha tendido ni a la elevación espiritual ni material de las órdenes humildes. Divorcia la Iglesia del Estado, y el poder espiritual que luchó contra la fuerza bruta de las edades oscuras, contra los monarcas tiránicos y los barones bárbaros, luchará de nuevo en oposición a influencias de forma diferente, pero de tendencia similar; igualmente egoístas, igualmente insensibles, igualmente barbarizantes. Los sacerdotes de Dios son los tribunos del pueblo. ¡Oh, ignorantes! que con tal misión se hayan arrastrado alguna vez en las antesalas de los ministros, o se hayan inclinado ante los comités parlamentarios.

—El sistema Utilitario está muerto —dijo Coningsby—. Ha pasado por el cielo de la filosofía como una tormenta de granizo, frío, ruidoso, agudo y lloviznante, y se ha derretido. Y sin embargo, ¿podemos maravillarnos de que encontrara algún éxito, cuando consideramos la ignorancia política y el torpor social que asaltó? Reyes ungidos convertidos en magistrados jefes, y por lo tanto muy sobrepagados; estamentos del reino convertidos en parlamentos de representación virtual, y por lo tanto requiriendo una reforma real; la santa Iglesia transformada en establecimiento nacional, y por lo tanto criticada por toda la nación para la que no era apoyada. ¡Qué inevitable cosecha de sedición, radicalismo, infidelidad! Realmente creo que no hay sociedad, por grandes que sean sus recursos, que pudiera resistir mucho tiempo a las influencias unidas de magistrado jefe, representación virtual y establecimiento eclesiástico.

—Tengo una fe inmensa en la nueva generación —dijo Millbank, ansiosamente.

—Es una cosa sagrada ver a un estado salvado por su juventud —dijo Coningsby; y luego añadió, en tono de humildad, si no de depresión—: ¡Pero qué tarea! ¡Qué variedad de cualidades, qué combinación de circunstancias es necesaria! ¡Qué brillantes habilidades y qué noble paciencia! ¡Qué confianza del pueblo, qué favor del Altísimo!

—Pero Él nos favorecerá —dijo Millbank—. Y te digo como Natán le dijo a David: ¡Tú eres el hombre! Fuiste nuestro líder en Eton; los amigos de tu corazón y de tu infancia todavía se aferran y se agrupan a tu alrededor. Todos son hombres cuya posición los fuerza a entrar en la vida pública. Es un núcleo de honor, fe y poder. Solo tienes que atreverte. ¿Y no te atreverás? Es nuestro privilegio vivir en una época en la que la carrera de la más alta ambición se identifica con el desempeño del mayor bien. De la época presente se puede decir verdaderamente: Quien se atreve a ser bueno, se atreve a ser grande.

—El cielo está por encima de todo —dijo Coningsby—. El telón de nuestro destino aún no está descorrido. Somos felices en nuestros amigos, querido Millbank, y sea lo que sea, estaremos juntos. Por mi parte, prefiero la fama a la vida; y sin embargo, la conciencia de las hazañas heroicas a la celebridad más extendida.

CAPÍTULO III

La hermosa luz del verano nunca había brillado sobre una escena y un paisaje circundante que evocaran imágenes más felices de la naturaleza inglesa, y mejores recuerdos de las costumbres inglesas, que aquella a la que ahora nos gustaría introducir a nuestros lectores. Una de esas verdaderas y antiguas mansiones inglesas, ahora desgraciadamente tan raras, construida en la época de los Tudor, y en su elaborado entramado de madera y su decorativa carpintería que indican, quizás, la escasez de ladrillo y piedra en el período de su construcción, tanto como el grotesco genio de su fabricante, se alzaba en una terraza rodeada de jardines antiguos y muy formales. La propia mansión, durante muchas generaciones, había sido conservada con vigilancia y buen gusto por sus propietarios. No había un punto que no estuviera tan fresco como si se hubiera renovado ayer. Se alzaba como una enorme y extraña mezcla de arquitectura griega, gótica e italiana, con un toque salvaje de lo fantástico además. Las torres de vigilancia con linterna de un castillo señorial estaban yuxtapuestas con columnas dóricas utilizadas para chimeneas, mientras que bajo las ventanas de mirador se podían observar puertas italianas con frontones griegos. Más allá de los extensos jardines, una avenida de castaños de Indias en cada punto cardinal se acercaba a la mansión, o conducía a un pequeño parque que era una meseta, cuyos límites se abrían por todos lados a hermosos y extensos valles, brillantes con cultivo, excepto en un punto, donde el río Darl formaba el límite del dominio, y luego se extendía en muchos meandros a través del rico país más allá.

Tal era Hellingsley, el nuevo hogar que Oswald Millbank estaba a punto de visitar por primera vez. Coningsby y él habían viajado juntos hasta Darlford,

donde sus caminos divergían, y se habían separado con el compromiso por parte de Coningsby de visitar Hellingsley al día siguiente. Mientras viajaban, Coningsby había llevado con frecuencia la conversación hacia temas domésticos; gradualmente había hablado, y hablado mucho de Edith. Sin una curiosidad entrometida, extrajo, inconscientemente para su compañero, rasgos de su carácter y de sus primeros días, que lo llenaron de un salvaje y secreto interés. El pensamiento de que en pocas horas volvería a encontrarse con ella infundió en su ser un grado de transporte que la misma necesidad de reprimir ante su compañero hacía más mágico y estremecedor. ¡Cuántas veces sucede en la vida que tenemos que discurrir con rostro grave sobre temas ordinarios, mientras todo el tiempo nuestro corazón y nuestra memoria están absortos en algún encantador secreto!

El castillo de su abuelo presentaba una escena muy diferente a la llegada de Coningsby de la que había ofrecido en su primera visita. El Marqués le había dado un permiso formal para ir a él a su placer, y había instruido al administrador en consecuencia. Pero llegó sin previo aviso, en una estación del año en que la ausencia de todo deporte hacía inesperada su llegada. La dispersa y ociosa servidumbre se puso en acción y contempló la convicción de que podría ser necesario hacer algún servicio por su salario. Hubo un revuelo en ese vasto y soñoliento castillo. Finalmente encontraron al administrador, que se adelantó para dar la bienvenida a su joven amo, cuyas simples necesidades se limitaban a las habitaciones que había ocupado anteriormente.

Coningsby llegó al castillo poco antes de la puesta de sol, casi a la misma hora que había llegado allí hace más de tres años. ¡Cuánto había sucedido en el intervalo! Coningsby ya había vivido lo suficiente para encontrar interés en reflexionar sobre el pasado. Ese pasado también debía ejercer inevitablemente una gran influencia sobre su presente. Recordó su paseo matutino con su abuelo, hasta la orilla de ese río que era el límite entre su propio dominio y Hellingsley. ¿Quién vivía ahora en Hellingsley?

Inquieto, excitado, no insensible a las dificultades, quizás a los peligros de su posición, pero lleno de una emoción embelesadora en la que todos los pensamientos y sentimientos parecían fusionarse, Coningsby salió a los hermosos jardines para meditar sobre su amor en medio de objetos tan bellos. Una luz rosada se cernía sobre los raros arbustos y los altos y fantásticos árboles; mientras un tinte más rico pero más oscuro bañaba los bosques distantes. Esta buena muerte del día ejerce una extraña influencia en los corazones de los que aman. ¿Quién no la ha sentido? Emociones mágicas que tocan la parte inmortal.

Pero en cuanto a Coningsby, la hora mitigante que suaviza el corazón hizo

valiente su espíritu. En medio de las ennoblecedoras simpatías de la naturaleza, las ocupaciones y propósitos de la prudencia mundana y la ventaja convencional se redujeron a su esencial nada. Quiso fusionar su vida y su destino con un ser tan hermoso como esa naturaleza que lo dominaba, y sintió en su propio pecho las energías intrínsecas que, a pesar de todos los obstáculos, debían moldear tal imaginación en realidad.

Descendió las laderas, ahora más tenues en la luz fugaz, hacia el parque. La quietud era casi sobrenatural; los alegres sonidos del día habían muerto, y las voces de la noche no habían comenzado. Su corazón también estaba quieto. Una calma sagrada había sucedido a esa distracción de emoción que lo había agitado durante todo el día, mientras había meditado sobre su amor y las infinitas e insuperables barreras que parecían oponerse a su voluntad. Ahora sintió una de esas fuertes convicciones sin fundamento que son las inspiraciones de la pasión, de que todo se rendiría ante él como ante alguien que sostiene una varita encantada.

Continuó paseando; parecía sin propósito, pero siempre avanzando. Un tinte pálido y luego brillante se extendió sobre las masas de poderosas maderas; y pronto una luz brillante inundó los céspedes y claros. La luna estaba alta en su cielo estival, y aún Coningsby continuaba paseando. Cruzó los anchos céspedes, atravesó los brillantes claros; en medio de los brillantes y sombreados bosques, trazó su camino presciente.

Llegó a la orilla de un río caudaloso, espumoso a la luz de la luna, y llevando en su azul pecho la sombra de mil estrellas.

—¡Oh río! —dijo—, que ruedas hacia mi amada, llévale, llévale mi corazón.

CAPÍTULO IV

Lady Wallinger y Edith estaban juntas en la sala de la mañana de Hellingsley, al día siguiente de la llegada de Oswald. Edith estaba arreglando flores en un jarrón, mientras su tía bordaba un campesino español en traje correcto. La hija de Millbank parecía tan brillante y fragante como las hermosas creaciones que la rodeaban. Hermoso observarla mientras arreglaba sus formas y componía sus grupos; notar cómo su mirada se deslizaba con gratificación ante alguna feliz combinación de colores, o escuchar su deleite mientras le devolvían en gratitud su perfume. Oswald y Sir Joseph estaban inspeccionando las caballerizas; el señor Millbank, que se esperaba a diario durante la última semana desde las fábricas, aún no había llegado.

—Debo decir que me ganó el corazón desde el principio —dijo Lady Wallinger.

—Desearía que el jardinero nos enviara más rosas —dijo Edith.

—Es muy superior a cualquier joven que haya conocido —continuó Lady Wallinger.

—Creo que debemos tener este jarrón enteramente de rosas; ¿no te parece, tía? —preguntó su sobrina.

—Me gustan las rosas —dijo Lady Wallinger—. ¡Qué hermosos ramos nos dio el señor Coningsby en París, Edith!

—¡Hermosos!

—Debo decir que estaba muy feliz cuando me encontré con el señor Coningsby de nuevo en Cambridge —dijo Lady Wallinger—. Me dio mucho más placer que ver ninguno de los colegios.

—¡Qué encantado parece Oswald de tener de nuevo al señor Coningsby como compañero! —dijo Edith.

—Y muy naturalmente —dijo Lady Wallinger—. Oswald debería considerarse afortunado de tener tal amigo. Estoy segura de que la amabilidad del señor Coningsby cuando nos encontramos en Cambridge es algo que nunca olvidaré. Pero siempre fue mi favorito desde la primera vez que lo vi en París. ¿Sabes, Edith? Me gustaba más que todos tus admiradores.

—¡Oh, no, tía! —dijo Edith, sonriendo—, no más que Lord Beaumanoir; olvidas a tu gran favorito, Lord Beaumanoir.

—Pero no conocía al señor Coningsby en Roma —dijo Lady Wallinger—; no puedo estar de acuerdo en que nadie sea igual al señor Coningsby. No puedo decirte lo complacida que estoy de que sea nuestro vecino.

Mientras Lady Wallinger daba el toque final a la chaqueta de su andaluza, Edith, sonrojándose vívidamente, pero hablando con voz de afectada calma, dijo:

—Aquí está el señor Coningsby, tía.

Y, en verdad, en ese momento se podía discernir a nuestro héroe, acercándose a la mansión por una de las avenidas; y en unos minutos sonó el timbre de la puerta, y luego, después de una breve pausa, los sirvientes anunciaron al señor Coningsby y lo condujeron a la sala de la mañana.

Edith estaba avergonzada; la franqueza y la alegría de su actitud la habían abandonado; Coningsby estaba más bien serio que dueño de sí mismo. Cada

uno sintió al principio que la presencia de Lady Wallinger era un alivio. Los temas ordinarios de conversación eran suficientemente abundantes; reminiscencias de París, impresiones de Hellingsley, su visita a Oxford, la visita de Lady Wallinger a Cambridge. En diez minutos sus voces parecían sonar el uno para el otro como en la Rue de Rivoli, y su mutua perplejidad se había disipado en gran medida.

Oswald y Sir Joseph entraron ahora en la habitación, y la conversación se volvió general. Hellingsley era el tema en el que Coningsby se detenía; estaba encantado con todo lo que había visto; deseaba ver más. Sir Joseph estaba completamente preparado para acompañarlo; pero Lady Wallinger, que parecía leer los deseos de Coningsby en sus ojos, propuso que la inspección fuera general; y en el transcurso de media hora, Coningsby caminaba junto a Edith, y simpatizaba con todos los encantos naturales a los que su rápido gusto y su viva expresión llamaban su atención y aprecio. Pocas cosas más deliciosas que un paseo campestre con una dulce compañera. Explorar bosques, vagar por verdes páramos, demorarse en sombreados caminos, descansar en rústicos portillos; el aire lleno de perfume, el corazón lleno de dicha.

A Coningsby le parecía que nunca había sido feliz antes. Una alegría estremecedora impregnaba su ser. Podría haber cantado como un pájaro. Su corazón era tan soleado como la escena estival. El Pasado y el Futuro se absorbían en la hora fluida; ni una alusión a París, ni una especulación sobre lo que podría llegar; sino infinitas expresiones de acuerdo, simpatía; una multitud de frases ligeras, que, por muy formuladas que estuvieran, tenían un solo significado: congenialidad. Sentía cada momento su voz volverse más tierna; su corazón fluía en suaves expresiones; cada momento estaba más fascinado; su paso era gracia, su mirada era belleza. Ahora lo conmovía con alguna frase de dulce sencillez; o lo llevaba hechizado por su alegre alegría.

Oswald dio por sentado que Coningsby se quedaba a cenar con ellos. Ni siquiera hubo la ceremonia de la invitación. Coningsby no podía menos que recordar su cena en Millbank, y a la tímida anfitriona a la que entonces se dirigía tan a menudo en vano, mientras contemplaba a la hechicera y consumada mujer a la que ahora amaba apasionadamente. Fue una cena muy agradable. Oswald, feliz de tener a su amigo como invitado bajo su propio techo, se permitió una alegría inusual.

Las damas se retiraron; Sir Joseph comenzó a hablar de política, aunque los jóvenes habían amenazado con seguir inmediatamente a sus bellas compañeras. Este era el período del Complot de la Cámara de la Reina, cuando Sir Robert Peel aceptó y renunció al poder en el curso de tres días. Sir Joseph, que originalmente había decidido apoyar a un gobierno Conservador

cuando lo consideró inevitable, había estado durante el último mes tratando de compensar este error insignificante vindicando la conducta de sus amigos y reprobando el comportamiento de aquellos que privarían a Su Majestad de los amigos de su juventud. Sir Joseph era un campeón muy caballeresco del principio de los amigos de su juventud. Sir Joseph, que siempre era moderado y conciliador en su conversación, aunque iría, en cualquier momento, a cualquier extremo por su partido, se expresó hoy con extrema sobriedad, ya que estaba decidido a no herir los sentimientos del señor Coningsby, y se limitó principalmente a instar preguntas moderadas, algo de la siguiente manera:

—Admito que, en general, en circunstancias ordinarias, quizás habría sido más conveniente que estos nombramientos hubieran permanecido con Sir Robert; pero ¿no cree que, bajo las peculiares circunstancias, siendo amigos de la juventud de Su Majestad? etc., etc.

Sir Joseph estaba extremadamente asombrado cuando Coningsby respondió que pensaba que, bajo ninguna circunstancia, ningún nombramiento en la Casa Real debía depender de la voz de la Cámara de los Comunes, aunque estaba lejos de admirar el principio de los amigos de su juventud, que consideraba impertinente.

—Pero seguramente —dijo Sir Joseph—, siendo el Ministro responsable ante el Parlamento, debe seguirse que todos los grandes cargos del Estado deben ser llenados a su discreción.

—¿Pero dónde encuentra usted este principio de la responsabilidad ministerial? —preguntó Coningsby.

—¿Y no es un Ministro responsable ante su Soberano? —preguntó Millbank.

Sir Joseph parecía un poco confundido. Siempre había oído que los Ministros eran responsables ante el Parlamento; y tenía una vaga convicción, a pesar de la reanimadora lealtad del Complot de la Cámara de la Reina, de que el Soberano de Inglaterra era una no entidad. Se refugió en expresiones indefinidas, y observó:

—La Responsabilidad de los Ministros es sin duda una doctrina constitucional.

—Los Ministros de la Corona son responsables ante su amo; no son los Ministros del Parlamento.

—Pero entonces, sabe, virtualmente —dijo Sir Joseph—, el Parlamento, es decir, la Cámara de los Comunes, gobierna el país.

—Lo hizo antes de 1832 —dijo Coningsby—; pero eso ya es pasado. Nos deshicimos de eso con la Constitución Veneciana.

—¡La Constitución Veneciana! —exclamó Sir Joseph.

—Sin duda —dijo Millbank—. Fuimos gobernados en este país por la Constitución Veneciana desde la adhesión de la Casa de Hannover. Pero ese yugo ha pasado. Y ahora espero que estemos en un estado de transición del Ducado italiano a la Monarquía inglesa.

—¡Rey, Lores y Comunes, la Constitución Veneciana! —exclamó Sir Joseph.

—Pero eran frases —dijo Coningsby—, no hechos. El Rey era un Dux; el Gabinete, el Consejo de los Diez. Su Parlamento, que usted llama Lores y Comunes, no era más que el Gran Consejo de Nobles.

—La semejanza era completa —dijo Millbank—, y no es de extrañar, porque no fue accidental; la Constitución Veneciana fue copiada intencionadamente.

—Habríamos tenido la República Veneciana en 1640 —dijo Coningsby—, si no hubiera sido por los Puritanos. Ginebra venció a Venecia.

—Estoy seguro de que estas ideas no son muy conocidas en general —dijo Sir Joseph, desconcertado.

—Porque han tenido su historia escrita por el partido Veneciano —dijo Coningsby—, y ha sido su interés ocultarlas.

—Me atreveré a decir que hay muy pocos hombres de nuestro lado en la Cámara de los Comunes —dijo Sir Joseph— que sean conscientes de que nacieron bajo una Constitución Veneciana.

—Vayamos a las damas —dijo Millbank, sonriendo.

Edith estaba leyendo una carta cuando entraron.

—¡Una carta de papá! —exclamó, mirando a su hermano con gran animación —. Podemos esperarlo cualquier día; y sin embargo, ¡ay! no puede fijar uno.

Ahora todos hablaron de Millbank, y Coningsby se sintió feliz de estar familiarizado con la escena. Finalmente se aventuró a decir a Edith:

—Una vez me hiciste una promesa que nunca cumpliste. La reclamaré esta noche.

—¿Y cuál puede ser?

—La canción que me prometiste en Millbank hace más de tres años.

—Tu memoria es buena.

—Ha morado en el tema.

Luego hablaron un rato de otros recuerdos, y entonces Coningsby, apelando a Lady Wallinger para que usara su influencia, Edith se levantó y tomó su guitarra. Su voz era rica y dulce; el aire que cantó alegre, incluso fantásticamente juguetón, como el que entonan las muchachas de Granada cuando regresan en tropel de alguna fiesta campestre; su suave ojo oscuro se iluminó con alegre simpatía; y de vez en cuando, con una gracia pícara, golpeaba la guitarra, a coro, con su bonita mano.

La luna mengua; y Coningsby debe dejar estos encantados salones. Oswald caminó con él de regreso hasta que alcanzó el dominio de su abuelo. Luego, montando su caballo, Coningsby se despidió de su amigo hasta el día siguiente y se dirigió lo mejor que pudo al Castillo.

CAPÍTULO V

Hay una novela en cada vida. La página blasonada de la existencia de Coningsby estaba ahora abierta. Había sido próspera antes, con algunos momentos de emoción, algunos de deleite; pero todos habían encontrado, por así decirlo, su origen en consideraciones mundanas, o se habían mezclado inevitablemente con ellas. En París, por ejemplo, amaba, o creía amar. Pero allí no podía pasar una hora sin encontrarse con alguna persona, u oír algo, que perturbara la belleza de sus emociones o rompiera sus pensamientos hechizados. Estaba su abuelo odiando a los Millbank, o Sidonia amándolos; y la gente común, en el mundo común, haciendo observaciones comunes sobre ellos; preguntando quiénes eran, o diciendo quiénes eran; y quitando el brillo a todas las frescas y deliciosas fantasías de la vida con su grosero manejo.

Pero ahora sus sentimientos eran etéreos. Amaba apasionadamente, y amaba en una escena y en una sociedad tan dulce, tan pura y tan refinada como su imaginación y su corazón. No había chismes maliciosos, ni charla insensible para profanar su oído y desecrar su sentimiento. Todo lo que oía o veía era digno del cielo estival, de los verdes y quietos bosques, del río caudaloso, de los jardines y terrazas, de las majestuosas y fantásticas moradas, entre las que su vida ahora se deslizaba como en una mascarada delicada y magnífica.

Todas las suaves simpatías sociales, domésticas de su naturaleza, que, por muy abundantes que fueran, nunca habían sido cultivadas, se desarrollaron con la vida que ahora llevaba. No era solo que viviera en la presencia constante y bajo la influencia constante de alguien a quien adoraba, lo que lo

hacía tan feliz. Estaba rodeado de seres que encontraban felicidad en el intercambio de sentimientos y palabras amables, en el cultivo de talentos felices y gustos refinados, y en el disfrute de una vida que su propio buen sentido y sus propios buenos corazones les hacían comprender y apreciar. La ambición perdió gran parte de su esplendor, incluso sus elevadas aspiraciones algo de su impulso santificador del deber primordial, cuando Coningsby sintió cuánto deleite ennoblecedor era consistente con la reclusión de una posición privada; y meditó sobre una existencia por pasar entre bosques y cascadas con una mano hermosa encerrada en la suya, o rodeado por sus amigos en algún salón ancestral.

La mañana después de su primera visita a Hellingsley, Coningsby se reencontró con sus amigos, como le había prometido a Oswald en su mesa de desayuno; y día tras día llegaba con el sol temprano y los dejaba solo cuando la luna tardía plateaba la torre del homenaje del Castillo de Coningsby. El señor Millbank, que escribía a diario, y era esperado a diario, no llegó. Una semana, una semana de dicha ininterrumpida, había desaparecido, pasada en largos paseos a caballo y caminatas más largas, paseos al atardecer y a veces caminatas a la luz de la luna; hablando de flores y pensando en cosas aún más dulces; escuchando canciones deliciosas, y a veces leyendo en voz alta algún brillante romance o alguna inspiradora balada.

Un día Coningsby, que llegó a la mansión inesperadamente tarde; en verdad, ya habían pasado algunas horas del mediodía, pues había sido detenido por despachos que llegaron al Castillo del señor Rigby, y que requerían su interposición; encontró a las damas solas, y le dijeron que Sir Joseph y Oswald estaban en la cabaña de pesca donde deseaban que se uniera a ellos. No tenía prisa por hacerlo; y Lady Wallinger propuso que, cuando se sintieran inclinados a pasear, caminaran todos juntos hasta la cabaña de pesca. Así que, sentándose junto a Edith, que estaba dando un tinte a un boceto que había hecho de un rico ventanal de Hellingsley, la mañana pasó en esa conversación ligera y sin embargo sutil en la que un amante se deleita, y en la que, mientras hace mil preguntas, que a primera vista parecen bastante triviales, a menudo está transmitiendo un significado que no se expresa, o tratando de descubrir un sentimiento que está oculto. Y estas son ocasiones en que las miradas se encuentran y las miradas se retiran: la lengua puede hablar ociosamente, el ojo es más elocuente, y a menudo más veraz.

Coningsby levantó la vista; Lady Wallinger, que más de una vez había anunciado que iba a ponerse el sombrero, se había ido. Sin embargo, él continuó hablando de nimiedades; y aún Edith escuchaba.

—De todo lo que me has contado —dijo Edith—, nada me complace tanto como tu descripción de St. Geneviève. ¡Cuánto me gustaría atrapar a los

ciervos al atardecer en las alturas! ¡Qué bonito dibujo haría!

—Te gustaría Eustace Lyle —dijo Coningsby—. Es tan tímido y sin embargo tan ardiente.

—Tienes un grupo de amigos. Oswald decía esta mañana que no había nadie que tuviera tantos amigos devotos.

—Todos estamos unidos por la simpatía. Es el único vínculo de la amistad; y sin embargo la amistad...

—Edith —dijo Lady Wallinger, mirando a la habitación desde el jardín, con el sombrero puesto—, me encontrarás paseando por la terraza.

—Vamos, querida tía.

Y sin embargo no se movieron. Aún quedaban unos toques de lápiz para dar al boceto teñido; Coningsby cortaría los lápices.

—¿Me darías —dijo— algún ligero recuerdo de Hellingsley y de tu arte? No me atrevería a esperar nada ni la mitad de hermoso que esto; pero el más mínimo boceto. Me haría tan feliz cuando esté lejos tenerlo colgado en mi habitación.

Un rubor inundó la mejilla de Edith; volvió la cabeza un poco hacia un lado, como si estuviera arreglando unos dibujos. Y luego dijo, en voz algo apagada y vacilante:

—Estoy segura de que lo haré; y con gusto. Una vista de la propia mansión; creo que ese sería el mejor recuerdo. ¿Desde dónde la tomaremos? Lo decidiremos en nuestro paseo. Y se levantó, y prometió regresar inmediatamente, salió de la habitación.

Coningsby se inclinó sobre el guardafuego en profunda abstracción, mirando vagamente una miniatura del padre de Edith. Un paso ligero lo sobresaltó; ella había regresado. Sin querer, la saludó con una mirada de inefable ternura.

Salieron; era un día gris y bochornoso. En verdad, el cielo cubierto había llevado al plan de pesca de la mañana. Sir Joseph era un pescador experto y consumado, y el Darl era famoso por su pesca. Se demoraron antes de llegar a la terraza donde debían encontrar a Lady Wallinger, observando los diferentes puntos de vista que presentaba la mansión, y debatiendo cuál debía ser el tema del dibujo de Coningsby; pues ya no iba a ser simplemente un boceto, sino un dibujo, el más acabado que el brillante y efectivo lápiz de

Edith pudiera lograr. Si realmente iba a ser colocado en su habitación, y debía ser un recuerdo de Hellingsley, su reputación artística exigía una obra maestra.

Llegaron a la terraza: Lady Wallinger no estaba allí, ni pudieron observarla en las cercanías. Coningsby estaba bastante seguro de que ella había seguido hasta la cabaña de pesca, y esperaba que ellos la siguieran; y convenció a Edith de la justicia de su opinión. A la cabaña de pesca, por lo tanto, dirigieron sus pasos. Salieron de los jardines al parque, paseando por la meseta, y buscando la sombra tanto como fuera posible, en la suave pero opresiva atmósfera. En el límite de la meseta, su camino seguía un sendero salvaje pero sinuoso a través de una ladera gradual y boscosa. Mientras aún estaban en este bosque escarpado y romántico, las grandes gotas fervientes comenzaron a caer. Coningsby instó a Edith a buscar un refugio natural de inmediato; pero ella, que conocía el país, le aseguró que la cabaña de pesca estaba cerca, y que podrían llegar antes de que la lluvia les hiciera daño.

Y en verdad, en ese momento, al salir del bosque, se encontraron en el valle del Darl. El río aquí era estrecho y sinuoso, pero lleno de vida; caudaloso y claro, excepto por el cielo oscuro que reflejaba; con altas orillas de césped y árboles altos; el abedul plateado, sobre todo, en grupos agrupados; infinitamente pintoresco. En la curva del río, a unas doscientas yardas de distancia, Coningsby observó el bajo y oscuro techo de la cabaña de pesca en sus orillas. Descendieron del bosque al borde del arroyo por una escalinata de césped, Coningsby sosteniendo la mano de Edith mientras guiaba su progreso.

Las gotas se volvieron más espesas. Llegaron, a paso rápido, a la cabaña. La barca ausente indicaba que Sir Joseph y Oswald estaban en el río. La cabaña era un viejo edificio de troncos rústicos, con un techo en voladizo, de modo que se podía obtener suficiente refugio sin entrar en sus paredes. Coningsby encontró un banco de jardín rústico para Edith. La llovizna era ahora violenta.

La Naturaleza, como el hombre, a veces llora de alegría. Es el gozo y la ternura de su corazón que buscan alivio; y estas son las lluvias de verano. En este caso, la vehemencia de su emoción fue transitoria, aunque las lágrimas siguieron deslizándose por su mejilla durante mucho tiempo, y se pudieron distinguir suaves suspiros y sollozos durante algún período. La atmósfera opresiva se había evaporado; el tinte gris y hosco había desaparecido; una suave brisa llegó bailando río arriba; una luz brillante cayó sobre los bosques y las aguas; el perfume de árboles, flores y hierbas flotaba a su alrededor. Había un canto de pájaros; un zumbido de felices insectos en el aire; frescura y bullicio, y una sensación de vida alegre, impregnaba todas las cosas;

parecía que el corazón de toda la creación se abría.

Coningsby, después de observar repetidamente la llovizna con Edith, y especular sobre su progreso, que no los molestaba mucho, se había sentado sobre un tronco casi a sus pies. Y ciertamente, una doncella y un joven más hermosos y atractivos rara vez se habían encontrado antes en una escena más fresca y hermosa. Edith en su asiento rústico observaba el ahora azul y espumoso río, y los abedules con un tinte más vivo, y temblando en el aire del atardecer; una expresión de tranquila dicha bañaba su hermosa frente, y hablaba desde la estremecedora ternura de su suave ojo oscuro. Coningsby contemplaba ese rostro con una mirada de rapto extasiado. Su mejilla estaba sonrojada, su ojo brillaba con deslumbrante lustre. Ella volvió la cabeza; se encontró con esa mirada y, turbada, retiró la suya.

—¡Edith! —dijo en tono de temblorosa pasión—, ¡déjame llamarte Edith! Sí —continuó, tomándole suavemente la mano—, déjame llamarte mi Edith. ¡Te amo!

Ella no retiró su mano; pero volvió la cara sonrojada como el inminente crepúsculo.

CAPÍTULO VI

La cena ya había pasado cuando Edith y Coningsby llegaron a la mansión; una circunstancia embarazosa, pero mitigada por la convicción de que no tenían que enfrentarse a una inspección muy crítica. ¿Cuáles fueron, entonces, sus sentimientos cuando el primer sirviente que encontraron les informó de que el señor Millbank había llegado? Edith nunca podría haber creído que el regreso de su amado padre a su hogar pudiera ser para ella otra cosa que una causa de deleite. Y sin embargo, ahora tembló cuando oyó el anuncio. Los misterios del amor estaban envolviendo rápidamente su existencia. Pero no era esta la temporada de la meditación. Su corazón todavía estaba agitado por la temblorosa admisión de que respondía a ese ferviente y adorador amor cuya música elocuente aún sonaba en sus oídos, y cuyas imágenes de fantástica devoción pasaban sobre su agitada visión. Sin querer, apretó el brazo de Coningsby mientras el sirviente hablaba, y luego, sin mirar su rostro, susurrándole que se apresurara, se alejó de un salto.

En cuanto a Coningsby, a pesar de la exaltación de su corazón y de la alegría etérea que fluía por todas sus venas, el nombre del señor Millbank sonó, algo así como una sentencia de muerte. Sin embargo, este no era el momento de reflexionar. Obedeció la insinuación de Edith; hizo el aseo más rápido que jamás haya sido consumado por un amante feliz, y en pocos minutos entró en el salón de Hellingsley para encontrarse con el caballero que esperaba, por

algún medio u otro, bastante inconcebible, que algún día podría transformarse en su suegro, y hacia quien había comenzado el cumplimiento de sus consiguientes deberes manteniéndole esperando para cenar.

—¿Cómo está, señor? —dijo el señor Millbank, extendiendo su mano a Coningsby—. Parece que ha dado un largo paseo.

Coningsby miró hacia la amable Lady Wallinger y dirigió su respuesta murmurando hacia ella, explicando cómo la habían perdido a ella, y su camino, y fueron atrapados en una tormenta o un aguacero, que, como terminó unas tres horas antes, y la cabaña de pesca estaba a poco más de una milla de la mansión, explicaba muy satisfactoriamente que no llegaran a tiempo para la cena.

Lady Wallinger dijo entonces algo sobre las nubes bajas que la habían asustado de la terraza, y Sir Joseph y Oswald hablaron un poco de su pesca y de haber visto una nutria; pero había, o al menos así le pareció a Coningsby, un tono de vergüenza general que lo angustiaba. El hecho es que hacer esperar a la gente para cenar bajo cualquier circunstancia es angustioso. Se ven obligados a hablar en el mismo momento en que desean usar sus poderes de expresión para un propósito muy diferente. Están desfallecidos, y la conversación los agota más. Un caballero, también, cariñoso con su familia, que a su vez es devota de él, haciendo un gran e inconveniente esfuerzo para llegar a casa a la hora de la cena, para complacerlos y sorprenderlos; y encontrándolos a todos dispersos, la cena tan tarde que podría haber llegado a casa a tiempo sin ningún gran esfuerzo inconveniente; su hija, a quien había deseado mil veces abrazar, tomando un paseo singularmente largo sin más compañero que un joven caballero, a quien no esperaba exactamente ver; todas estas son circunstancias, individualmente quizás ligeras, y sin embargo, encontradas colectivamente, se puede dudar de que no perturben un poco incluso el temperamento más dulce.

El señor Millbank, también, no tenía el temperamento más dulce, aunque no era malo; un poco rápido y fogoso. Pero entonces tenía un buen corazón. Y cuando Edith, que había enviado prudentemente un recado para pedir la cena, entró y lo abrazó en el mismo momento en que se anunció la cena, su padre lo olvidó todo en su alegría de verla, y en su placer de estar rodeado de sus amigos. Dio su mano a Lady Wallinger, y Sir Joseph llevó a su sobrina. Coningsby puso su brazo alrededor del asombrado cuello de Oswald, como si estuvieran de nuevo en los campos de juego de Eton.

—¡Por Júpiter! mi querido amigo —exclamó—, siento mucho que hayamos hecho esperar a su padre para la cena.

Como Edith presidía la mesa de su padre, según su rígida regla, Coningsby estaba a un lado de ella. Nunca hablaron tan poco; Coningsby no habría abierto los labios si hubiera seguido su humor. Estaba en un estupor de felicidad; el comedor tomó la apariencia de la cabaña de pesca; y no veía nada más que el río caudaloso. Lady Wallinger estaba, sin embargo, a su lado, y eso era un alivio; porque sentía que siempre era su amiga. Sir Joseph, un hombre de buen corazón, y sobre temas con los que estaba familiarizado, lleno de sentido común, fue invaluable hoy, porque mantuvo completamente la conversación, hablando de cosas que interesaban mucho al señor Millbank. Y así, su anfitrión pronto recuperó su buen humor; dirigió varias veces sus observaciones a Coningsby, y tuvo cuidado de brindar con él. En general, los asuntos continuaron bastante fluidos. Los caballeros, en verdad, se quedaron mucho más tiempo con el vino que en los días anteriores, y Coningsby no se atrevió a tomarse la libertad de salir de la habitación antes que su anfitrión. Era mejor así. Edith necesitaba reposo. Trató de buscarlo en el seno de su tía, mientras le susurraba el delicioso secreto de su vida. Cuando los caballeros regresaron al salón, las damas no estaban allí.

Esto volvió a perturbar un poco al señor Millbank; no había visto lo suficiente a su hija; deseaba oírla cantar. Pero Edith logró reaparecer; e incluso cantar. Entonces Coningsby se acercó a ella y le pidió que cantara la canción de las Muchachas de Granada. Ella dijo en voz baja, y con una mirada cariñosa pero seria:

—No estoy de humor para tal canción, pero si lo deseas...

La cantó, y con una gracia inexpresable, y con una vivacidad pícara, que para un observador fino habría contrastado singularmente con la expresión casi solemne e incluso turbada de su rostro un momento después.

El día estaba a punto de morir; el día más importante, el más precioso en la vida de Harry Coningsby y Edith Millbank. Se habían pronunciado palabras, se habían suspirado votos que debían influir en sus carreras para siempre. Para ellos, de ahora en adelante, solo habría una vida, un destino, un mundo. Cada uno de ellos estaba todavía en un estado de temblorosa excitación, que ni había encontrado tiempo u ocasión para reflexionar sobre el poderoso resultado. Ambos necesitaban soledad; ambos anhelaban estar solos. Coningsby se levantó para partir. Apretó la suave mano de Edith, y su mirada hablaba de su alma.

—Te veremos en el desayuno mañana, Coningsby —dijo Oswald, muy alto, sabiendo que la presencia de su padre haría que Coningsby dudara en venir. El corazón de Edith se estremeció; pero no dijo nada. Fue con deleite que oyó a su padre, después de una breve pausa, decir:

—¡Oh! ruego que tengamos ese placer.

—No a una hora tan temprana —dijo Coningsby—; pero si me lo permite, espero tener el placer de saber de usted mañana, señor, que su viaje no le ha fatigado.

CAPÍTULO VII

Estar solo; no tener necesidad de fingir una tranquilidad que no podía sentir; de acuñar cortesías comunes cuando su corazón brotaba de rapto; esto fue un gran alivio para Coningsby, aunque ganado por una separación de Edith.

La acción estaba hecha; había pronunciado su largamente incubada pasión, había recibido la dulce expresión de su simpatía, había ganado el largamente codiciado corazón. La juventud, la belleza, el amor, la inocencia de pechos no sofisticados, y la inspiración de una naturaleza exquisita, se combinaron para formar el hechizo que ahora embelesaba su vida. Se volvió a mirar las torres iluminadas por la luna y los techos puntiagudos de Hellingsley. Silenciosa y onírica, la pintoresca mole descansaba en su amplia terraza inundada de luz plateada y rodeada por los singulares cenadores de sus fantásticos jardines coronados con el brillante rayo. Medio oculto en la profunda sombra, medio brillando en el resplandor de la medianoche, reconoció la ventana de mirador que había sido el tema del boceto de la mañana. Casi deseaba que hubiera algún sonido que le asegurara su realidad. Pero nada rompió la quietud que todo lo impregnaba. ¿Iba a ser su vida tan brillante y tan tranquila? ¿Y cuál iba a ser su vida?

¿Adónde iba a llevar a la hermosa novia que había ganado? ¿Eran los portales de Coningsby las orgullosas y hospitalarias puertas que la recibirían? ¿Cuánto tiempo lo recibirían a él después de que se supiera el logro de las últimas veinticuatro horas por parte de su señor? ¿Era este el retorno por la confiada bondad de su abuelo? ¿Que empeñara su palabra a la hija del enemigo de su abuelo?

¡Fuera con esas oscuras y aterradoras visiones! ¿No es el mediodía de una noche de verano fragante con el aliento de los jardines, brillante con el rayo que los amantes aman, y suave con el soplo de las brisas ausonianas? Dentro de esa dulce y majestuosa residencia, ¿no habita una doncella lo suficientemente hermosa para revivir la caballería; que está incluso ahora pensando en él mientras se apoya en su mano pensativa, o, si acaso sueña, lo recuerda en sus visiones? Y él mismo, ¿es alguien que se acobardaría con tal suerte? ¿De qué sirven su dorada juventud, su alta sangre, su espíritu audaz e ingenioso, y todas sus reservas de sabiduría, si no le ayudan ahora? ¿No siente la energía divina que puede enfrentarse al Destino y tallar fortunas?

Además, está cerca de la Víspera de San Juan, ¿y para qué deberían reinar las hadas sino para ayudar a una pareja tan brillante como esta?

Recuerda mil veces la escena, el momento, en el que, apenas unas horas antes, se atrevió a decirle que la amaba; recuerda mil veces la voz baja y suave que murmuró su agitada felicidad: más de mil veces, pues su corazón apretó la idea como un buceador agarra una gema, recuerda el extasiado pero suave abrazo, que había sellado en su sonrojada mejilla su místico y delicioso soberanía.

CAPÍTULO VIII

La mañana amaneció sombría y tormentosa; pequeñas nubes blancas, opacas e inmóviles, moteaban el cielo plomizo; las aguas del caudaloso Darl parecían haberse vuelto negras y casi estancadas; las terrazas de Hellingsley parecían las duras líneas de un modelo; y la mansión misma tenía un carácter duro y metálico. Ante el portal principal de su mansión, el anciano Millbank, con un aire de cierta ansiedad, examinaba el paisaje y los cielos, como si estuviera especulando sobre el destino del día.

A menudo su mirada vagaba por el parque; a menudo con paso inquieto y desasosegado recorría la pasarela elevada ante él. El reloj de la iglesia de Hellingsley había dado las campanadas del mediodía. Su hijo y Coningsby aparecieron al final de una de las avenidas. Su ojo se iluminó; su labio se comprimió; avanzó a su encuentro.

—¿Vas a pescar hoy, Oswald? —preguntó a su hijo.

—Lo pensábamos, señor.

—Un buen día para la pesca, creo —observó, mientras se dirigía hacia la mansión con ellos.

Coningsby notó la fantástica belleza del portal; sus columnas retorcidas y sus cariátides talladas en roble oscuro.

—Sí, está muy bien —dijo Millbank—; pero realmente no sé por qué vine aquí; mi presencia es un esfuerzo. A Oswald no le importa el lugar; ninguno de nosotros, creo.

—¡Oh! a mí me gusta ahora, padre; y Edith lo adora.

—Ella era muy feliz en Millbank —dijo el padre, bastante bruscamente.

—Todos somos felices en Millbank —dijo Oswald.

—Me impresionó mucho el valle y todo el asentamiento cuando lo vi por primera vez —dijo Coningsby.

—Supongamos que vas a ver el equipo, Oswald —dijo el señor Millbank—, y el señor Coningsby y yo daremos un paseo por la terraza mientras tanto.

El hábito de la obediencia, que era supremo en esta familia, llevó instantáneamente a Oswald, aunque estaba bastante desconcertado de por qué su padre estaba tan ansioso por la preparación del equipo de pesca, ya que rara vez lo usaba. En cuanto su hijo se hubo ido, el señor Millbank se volvió hacia Coningsby y dijo muy bruscamente:

—Usted nunca ha visto mi propia habitación aquí, señor Coningsby; entre, pues deseo decirle una palabra. Y así hablando, se adelantó ante el asombrado y más bien agitado Coningsby, y lo condujo a través de una puerta y un largo pasaje hasta una habitación de dimensiones moderadas, parcialmente amueblada como biblioteca, y llena de documentos parlamentarios y libros azules. Cerrando la puerta con cierto énfasis y señalando una silla, rogó a su invitado que se sentara. Ambos en sus sillas, el señor Millbank, aclarando su garganta, dijo sin preámbulo:

—Tengo razones para creer, señor Coningsby, que usted siente apego por mi hija.

—He estado apegado a ella durante mucho tiempo con la mayor intensidad —respondió Coningsby, en tono tranquilo y más bien mesurado, pero con un aspecto muy pálido.

—¿Y tengo razones para creer que ella corresponde a su apego? —dijo el señor Millbank.

—Creo que ella no desdeña ignorarlo —dijo Coningsby, cuya blanca mejilla se volvió escarlata.

—Es, entonces, un apego mutuo que, si se alimenta, debe producir mutua infelicidad —dijo el señor Millbank.

—Preferiría creer lo contrario —dijo Coningsby.

—¿Por qué? —preguntó el señor Millbank.

—Porque creo que ella posee todo encanto, cualidad y virtud que puede bendecir al hombre; y porque, aunque no puedo hacerle un retorno equivalente, tengo un corazón, si me conozco, que lucharía por merecerla.

—Sé que usted es un hombre sensato; creo que es un hombre de honor —respondió el señor Millbank—. Como el primero, debe sentir que una unión entre usted y mi hija es imposible; entonces, cuál debería ser su deber como hombre de correcto principio es obvio.

—Podría concebir que nuestra unión podría estar acompañada de dificultades —dijo Coningsby, en tono algo deprecatorio.

—Señor, es imposible —repitió el señor Millbank, interrumpiéndolo, aunque sin dureza—; es decir, no hay matrimonio concebible que pudiera efectuarse con mayores sacrificios, y que ocasionaría mayor miseria.

—Los sacrificios me son más aparentes que la miseria —dijo Coningsby—, e incluso pueden ser imaginarios.

—Los sacrificios y la miseria son ciertos e inseparables —dijo el señor Millbank—. Vamos, vea cómo estamos. Hablo sin reservas, porque este es un tema que no puede permitir malentendidos, pero sin sentimientos hacia usted, señor, que no sean justos y amistosos. Usted es el nieto de Lord Monmouth; disfrutando actualmente de su favor, pero dependiendo de su generosidad. Puede ser el heredero de su riqueza mañana, y mañana puede ser el objeto de su odio y persecución. Su abuelo y yo somos enemigos; amargos, irreconciliables, hasta la muerte. Es inútil andar con rodeos; no vindico nuestros sentimientos mutuos, puedo lamentar que hayan surgido alguna vez; puedo lamentarlo especialmente en esta coyuntura. No son los sentimientos de buenos cristianos; pueden ser completamente deplorables e injustificables; pero existen, existen mutuamente; y no se han limitado a palabras. Lord Monmouth me aplastaría, si tuviera el poder, como a un gusano; y yo he frenado a menudo sus orgullosas fortunas. Si no fuera por este sentimiento no estaría aquí; compré esta propiedad meramente para molestarlo, como he hecho otros mil actos meramente para su descalabro y mortificación. En nuestro largo encuentro, le he hecho infinitamente más daño del que él podría hacerme; he estado en el lugar, soy activo, vigilante, el hacedor de mis fortunas. Él es un epicúreo, continuamente en partes extranjeras, obligado a dejar el cumplimiento de su voluntad a otros. Pero, por estas mismas razones, su odio es más intenso. Puedo permitirme odiarlo menos de lo que él me odia a mí; le he dañado más. ¡Aquí hay sentimientos para existir entre seres humanos! Pero existen; y ahora usted va a ir a este hombre, ¿y a pedir su sanción para casarse con mi hija?

—Pero yo apaciguaría estos odios; calmaría estas oscuras pasiones, cuyo origen no conozco, pero que nunca podrían justificar el fin, y que conducen a tanta miseria. Apelaría a mi abuelo; le mostraría a Edith.

—Ha mirado a una tan hermosa como Edith —dijo el señor Millbank, levantándose repentinamente de su asiento y paseando por la habitación—, ¿y eso derritió su corazón? La experiencia de su propia suerte debería haberle protegido de los peligros que tan temerariamente ha meditado enfrentar, y de la miseria que ha estado preparando para otros además de usted mismo. ¿Se va a tratar a mi hija como a su madre? ¿Y por la misma mano? La familia de su madre no era enemiga de Lord Monmouth. Eran personas sencillas e inocentes, libres de todas las malas pasiones de nuestra naturaleza, e ignorantes de los caminos del mundo. Pero como no eran nobles, porque no podían rastrear un confuso descendencia de un invasor extranjero, o del sacrílego favorito de algún déspota expoliador, su hija fue expulsada de la familia que debería haberse regocijado en recibirla, y de la tierra de la que era el ornamento nativo. ¿Por qué debería esperarle una suerte más feliz que la que les correspondió a sus padres? Usted está en la misma posición que su padre; medita el mismo acto. La única diferencia son circunstancias agravantes en su caso, que, incluso si yo fuera miembro del mismo orden que Lord Monmouth, impedirían la posibilidad de una unión próspera. Cásese con Edith, y arruinará todas las perspectivas de su vida, y le supondrá a ella un sentido de humillación incesante. ¿Haría usted esto? ¿Debería yo permitírselo?

Coningsby, con la cabeza apoyada en su brazo, el rostro un poco sombreado, los ojos fijos en el suelo, escuchó en silencio. Hubo una pausa; rota por Coningsby, cuando en voz baja, sin cambiar de postura ni levantar la mirada, dijo:

—Parece, señor, que usted conocía a mi madre.

—Sabía lo suficiente de ella —respondió el señor Millbank, con la mejilla encendida— para aprender la miseria que una mujer puede acarrearse a sí misma al casarse fuera de su condición. He criado a mis hijos en el respeto por su clase. Creo que han absorbido mi sentimiento; aunque es extraño cómo en el trato del mundo, la casualidad, en sus amistades, aparentemente ha frustrado mis designios.

—¡Oh, no diga que es casualidad, señor! —dijo Coningsby, levantando la vista y hablando con mucho fervor—. Los sentimientos que me animan hacia su familia no son sentimientos casuales: son la creación de la simpatía; probados por el tiempo, examinados por el pensamiento. ¿Y deben perecer? ¿Pueden perecer? Eran inevitables; son indestructibles. Sí, señor, es en vano hablar de las enemistades que se fomentan entre usted y mi abuelo; el amor que existe entre su hija y yo es más fuerte que todos sus odios.

—Habla como un joven, y un joven que está enamorado —dijo el señor

Millbank—. Esto es mera rapsodia; desaparecerá en un instante ante la realidad de la vida. Y usted ha llegado a esa realidad —continuó, hablando con énfasis, inclinándose sobre el respaldo de su silla y mirando fijamente a Coningsby con su ojo gris y sagaz—; mi hija y usted no pueden volver a encontrarse.

—¡Es imposible que sea tan cruel! —exclamó Coningsby.

—Tan amable; amable con ambos; porque deseo ser amable con usted tanto como con ella. Usted tiene derecho a la amabilidad de todos nosotros; aunque le diré ahora que, hace años, cuando llegó la noticia de que la vida de mi hijo se había salvado, y había sido salvada por alguien que llevaba el nombre de Coningsby, tuve el presentimiento, por grande que fuera la bendición, de que podría conducir a la infelicidad.

—Puedo responder por la miseria de uno —dijo Coningsby, en tono de gran desaliento—. Siento como si mi sol se hubiera puesto. ¡Oh! ¿por qué debería haber tal miseria? ¿Por qué hay odios familiares y disputas partidistas? ¿Por qué soy yo el más desdichado de los hombres?

—Mi buen joven amigo, vivirá, no lo dudo, para ser feliz. La felicidad no es, como solemos imaginar, enteramente dependiente de estas contingencias. Es la suerte de la mayoría de los hombres soportar lo que usted está sufriendo ahora, y pueden mirar atrás a tales coyunturas a través de la perspectiva de los años con calma.

—¿Puedo ver a Edith ahora?

—Francamente, debería decir que no. Mi hija está en su habitación; he tenido alguna conversación con ella. Por supuesto, ella sufre no menos que usted. Volver a verla solo agravará la pena. Usted deja bajo este techo, señor, algunos recuerdos tristes, pero ninguno cruel. No es probable que pueda servirle, o que usted pueda necesitar mi ayuda; pero cualquier cosa que esté en mi poder, recuerde que puede disponer de ella; sin reservas y sin restricciones. Si me controlo ahora, no es porque no respete su aflicción, sino porque, en el curso de mi vida, he sentido demasiado para no poder controlar mis sentimientos.

—Usted nunca podría haber sentido lo que yo siento ahora —dijo Coningsby, en tono de angustia.

—Toca un terreno delicado —dijo Millbank—; sin embargo, de mí puede aprender a sufrir. Hubo una vez un ser, no menos hermoso que la muchacha sin par que usted querría llamar suya, y su corazón era mi orgullosa posesión. No hubo disputas familiares para frustrar nuestra unión, ni dependía de nada,

excepto de las energías que ya me habían hecho floreciente. ¡Qué felicidad era la mía! Fue el primer sueño de mi vida, y fue el último; mi pasión solitaria, cuyo recuerdo suaviza mi corazón. ¡Ah! ustedes, eruditos soñadores y finos caballeros que pasean por la vida, piensan que no hay romance en los amores de un hombre que vive en el trabajo y el tumulto de los negocios. Están en un profundo error. En medio de mi carrera de trabajo, siempre hubo una forma brillante que animaba el esfuerzo, inspiraba mi inventiva, fortalecía mi energía, y para ganar cuyo corazón y vida hice por primera vez muchos de esos descubrimientos, y entré en muchas de esas especulaciones, que desde entonces han sido el fundamento de mi amplia prosperidad.

—Su fe estaba comprometida conmigo; vivía de su imagen; incluso se hablaba del día en que la llevaría al hogar que orgullosamente había preparado para ella.

—Llegó un joven noble, un guerrero que nunca había visto la guerra, brillando con baratijas. Estaba acuartelado en la ciudad donde residía la dueña de mi corazón, que pronto compartiría mi vida y mis fortunas. El relato es demasiado amargo para no ser breve. La vio, suspiró; espero que la amara; ella le entregó con júbilo el corazón que quizás descubrió que nunca me había dado a mí; y en lugar de llevar el nombre que una vez había esperado llamarla, empeñó su fe en el altar con uno que, como usted, se llamaba CONINGSBY.

—¡Mi madre!

—Ya ve, yo también he tenido mis penas.

—Querido señor —dijo Coningsby, levantándose y tomando la mano del señor Millbank—, soy muy desdichado; y sin embargo deseo separarme de usted incluso con afecto. Ha explicado circunstancias que me han desconcertado durante mucho tiempo. Una maldición, temo, pesa sobre nuestras familias. No tengo suficiente mente en este momento siquiera para reflexionar sobre mi situación. Mi cabeza es un caos. Me voy; sí, abandono esta Hellingsley, donde vine a ser tan feliz, donde he sido tan feliz. No, déjeme ir, querido señor. Debo estar solo, debo tratar de pensar. Y dígale a ella, no, no le diga nada. ¡Dios velará por nosotros!

Descendiendo por la avenida con paso rápido y descompuesto, su semblante perdido, por así decirlo, en una salvaje abstracción, Coningsby se encontró con Oswald Millbank. Se detuvo, reunió sus turbulentos pensamientos y, lanzando a Oswald una mirada que parecía al mismo tiempo comunicar pesar y exigir simpatía, se arrojó en sus brazos.

—¡Amigo mío! —exclamó, y luego añadió, con voz entrecortada—: Necesito

un amigo.

Luego, en un tono precipitado, apasionado y algo incoherente, apoyándose en el brazo de Oswald mientras caminaban juntos, derramó todo lo que había ocurrido, todo lo que había soñado; su dicha frustrada, su desesperación actual. ¡Ay! había poco espacio para el consuelo, y sin embargo, todo lo que el afecto sincero podía inspirar, y un cerebro sagaz y un espíritu valiente, fueron ofrecidos para su apoyo, si no para su consuelo, por el amigo que le era devoto.

En medio de esta profunda comunión, rebosante de todo pensamiento y sentimiento que pudiera encadenar y absorber el espíritu del hombre, llegaron a una de las puertas del parque de Coningsby. Millbank se detuvo. La orden de su padre era perentoria: que ningún miembro de su familia, bajo ninguna circunstancia o por ninguna consideración, pusiera un pie en ese dominio. Lady Wallinger había deseado una vez ver el Castillo, y Coningsby estaba muy feliz con la perspectiva de escoltarla a ella y a Edith por el lugar; pero Oswald había puesto entonces su veto al proyecto, como algo prohibido; y que, si se ponía en práctica, su padre nunca lo perdonaría. Así que pasó, y ahora el propio Oswald estaba a las puertas de ese mismo dominio con su amigo que estaba a punto de entrar en él, su amigo a quien quizás nunca volvería a ver; ese Coningsby que, desde sus días de infancia, había sido el ídolo de su vida; a quien había vivido para ver apelar a sus afectos y su simpatía, y a quien Oswald iba ahora a abandonar en medio de su solitaria e inconsolable pena.

—No debería entrar aquí —dijo Oswald, sosteniendo la mano de Coningsby mientras dudaba en avanzar—; y sin embargo hay deberes más sagrados incluso que la obediencia a un padre. No puedo dejarte así, amigo de mi mejor corazón.

La mañana pasó en incesantes pero infructuosas especulaciones sobre el futuro. Un momento algo sucedía, al siguiente nada podía ocurrir. A veces un rayo de esperanza brillaba sobre la fantasía de Coningsby y, saltando del césped sobre el que estaban reclinados, parecía regocijarse en sus energías renovadas; y luego este paroxismo optimista era sucedido por un ataque de depresión tan oscuro y abatido que nada más que la presencia de Oswald parecía evitar que Coningsby se arrojara a las aguas del Darl.

El día declinaba rápidamente, y el inevitable momento de la separación estaba cerca. Oswald deseaba aparecer en la mesa de la cena de Hellingsley, para que no surgiera ninguna sospecha en la mente de su padre de que había acompañado a Coningsby a casa. Pero justo cuando comenzaba a mencionar la necesidad de su partida, un relámpago pareció atravesar los cielos. El cielo

estaba muy oscuro; aunque salpicado aquí y allá de manchas sucias. Los jóvenes se levantaron al mismo tiempo.

—Será mejor que salgamos de estos árboles —dijo Oswald.

—Será mejor que vayamos al Castillo —dijo Coningsby.

Un trueno que pareció hacer temblar el parque estalló sobre sus cabezas, seguido de algunas gotas espesas. El Castillo estaba cerca; Oswald había evitado entrar en él; pero la tormenta inminente era tan amenazadora que, apresurado por Coningsby, no pudo hacer resistencia; y, en unos minutos, los compañeros observaban la tempestad desde las ventanas de una habitación del Castillo de Coningsby.

Los relámpagos en horquilla destellaban y centelleaban desde todos los puntos del horizonte: el trueno estallaba sobre el Castillo, como si la torre del homenaje se balanceara con la artillería; en medio de las pausas momentáneas de la explosión, se oía la lluvia cayendo como trombas de agua disolventes.

Ni era esta una de esas tempestades transitorias que a menudo agitan el verano. El tiempo avanzó, y su ferocidad se mitigó poco. A veces había una calma, aunque la violencia de la lluvia nunca parecía disminuir; pero entonces, como en alguna batalla campal entre ejércitos contendientes, cuando el fervor del campo parece calmarse por un momento, llegan nuevos escuadrones y reanudan la más ardiente lucha, así un viento bajo y gemebundo que ahora se oía débilmente a intervalos traía una gran reserva de vapor eléctrico, que se formaba, por así decirlo, en campo en el espacio entre el Castillo y Hellingsley, y luego descargaba su violencia sobre ese distrito condenado. Coningsby y Oswald intercambiaron miradas.

—No debes pensar en ir a casa por ahora, mi querido amigo —dijo el primero —. Estoy seguro de que a tu padre no le disgustaría. No hay un ser aquí que siquiera te conozca, y si te conocieran, ¿qué más da?

El sirviente entró en la habitación y preguntó si los caballeros estaban listos para la cena.

—Por supuesto; ven, mi querido Millbank, me siento tan temerario como la tempestad; ¡ahoguemos nuestras penas en vino!

Coningsby, de hecho, estaba agotado por toda la agitación del día y por todos los acosadores espectros del futuro. Encontró en el vino un consuelo momentáneo. Ordenó a los sirvientes que se marcharan, y por un momento sintió un grado de salvaje satisfacción en la compañía del hermano de Edith.

Así estuvieron sentados durante mucho tiempo, hablando solo de un tema, y repitiendo casi las mismas cosas, pero ambos se sintieron más felices estando juntos. Oswald se había levantado y, abriendo la ventana, examinó la noche que se acercaba. La tormenta había amainado, aunque la lluvia aún caía; en el oeste había una franja de luz. Calculó que en un cuarto de hora podría partir. Mientras observaba el viento, creyó oír el sonido de unas ruedas, lo que le recordó la promesa de Coningsby de prestarle un carruaje ligero para su regreso.

Se sentaron una vez más; habían llenado sus copas por última vez; para brindar por su fiel amistad y por la felicidad de Coningsby y Edith; cuando la puerta de la habitación se abrió, y apareció el SEÑOR RIGBY.

FIN DEL LIBRO VII

LIBRO VIII

CAPÍTULO I

Era el corazón de la temporada londinense, hace casi cuatro años, habiendo transcurrido doce meses desde la ocurrencia de aquellos dolorosos pasajes en Hellingsley que cerraron el último libro de esta historia, y largas filas de carruajes una hora antes de la medianoche, subiendo la clásica colina de St. James y a lo largo de Piccadilly, indicaban que el mundo era recibido en alguna gran recepción en Arlington Street.

Era la mansión urbana de la noble familia bajo cuyo techo en Beaumanoir hemos presentado al lector más de una vez; ganar cuyo patio era en ese momento el objeto de los cocheros emuladores, y entrar en cuyos salones era recompensar la paciencia de martirio de sus señores y señoras.

Entre los afortunados que ya habían logrado inclinarse ante su anfitriona había dos caballeros que, instalados en una buena posición, examinaban la escena y hacían sus observaciones sobre los invitados que pasaban. Eran caballeros que, a juzgar por su aire general y la gran consideración con que eran tratados por aquellos que ocasionalmente estaban en su vecindad, eran personajes cuya crítica tenía autoridad.

—Digo, Jemmy —dijo el mayor, un dandi que había cenado con el Regente, pero que aún era un dandi, y que disfrutaba de la vida casi tanto como en los días en que Carlton House ocupaba la terraza que aún lleva su nombre—. Digo, Jemmy, ¡qué montón de jóvenes hay! No conozco sus nombres en absoluto. Empiezo a pensar que los jóvenes son más jóvenes de lo que solían ser. ¡Increíble montón de jóvenes, en verdad!

En ese momento, un individuo que caía bajo la afortunada designación de joven, pero cuyo aire seguro difícilmente indicaba que esta fuera su primera temporada en Londres, se acercó al menor de los dos críticos y dijo:

—Qué buena jugada nos hiciste ayer en White's, Melton. Esperamos la cena casi una hora.

—Mi querido amigo, lo siento infinitamente; pero me vi obligado a bajar a Windsor y perdí el tren de regreso. ¿Buena cena? ¿Quiénes estaban?

—Una fiesta estupenda, solo faltabas tú. Estaban Beaumanoir y Vere, y Jack Tufton y Spraggs.

—¿Era rico Spraggs?

—¡Vaya si lo era! Aún no he terminado de reír. Nos contó una historia sobre la pequeña Biron que estuvo aquí el año pasado; la conocí en París; y una pantalla india. ¡Matador! Haz que te la cuente. ¡Lo más rico que has oído!

—¿Quién es tu amigo? —preguntó el compañero del señor Melton, mientras el joven se alejaba.

—Sir Charles Buckhurst.

—Ah... ese es Sir Charles Buckhurst. Me alegra haberlo visto. Dicen que va a lo grande.

—Sabe lo que hace.

—¡Por Dios! todos lo saben. Un joven ahora de veintidós o veintitrés años conoce el mundo como los hombres solían hacerlo después de otros tantos años de aventuras. Me pregunto dónde se puede encontrar algo así como un novato. Effie Crabbs dice que la razón por la que abandona su casa es que ha limpiado a la vieja generación, y que la nueva generación lo limpiaría a él.

—Buckhurst no es de ese tipo; jura por Henry Sydney, un hijo menor del Duque, a quien no conoces; y por el joven Coningsby; una especie de grupo nuevo; nuevas ideas y todo eso. Beau me cuenta mucho sobre ello; y cuando estuve con los Everingham en Pascua, estaban llenos de eso. Coningsby acababa de regresar de sus viajes, y estaban muy expectantes. Lady Everingham es una de su grupo. No sé exactamente qué es; pero creo que oiremos más de ello.

—Una especie de magnetismo animal, o lenguas desconocidas, me imagino por tu descripción —dijo su compañero.

—Bueno, no sé qué es —dijo el señor Melton—; pero se ha apoderado de todos los jóvenes que acaban de salir. Beau está un poco en ello. Tuve alguna idea de dedicar mi mente al asunto, tanto revuelo hicieron en Everingham; pero requiere una cantidad endiablada de historia, creo, y todo eso.

—¡Ah! eso es un rollo —dijo su compañero—. Es difícil dedicarse a algo nuevo cuando no estás acostumbrado. Yo nunca pude con las charadas.

El señor Ormsby, que pasaba, se detuvo. —Me dijeron que tenías gota, Cassilis —dijo al compañero del señor Melton.

—Así era; pero he encontrado a un tipo que cura la gota al instante. Tom Needham me lo envió. Un alemán. Pastillas de piedra pómez; una especie de encanto, creo, y todo eso; dicen que te saca la gota. Se lo envié a Luxborough, que estaba muy mal; lo curó directamente. Luxborough jura por él.

—Luxborough cree en el Milenio —dijo el señor Ormsby.

—Pero esto es algo nuevo que Melton me ha estado contando, en lo que todo el mundo va a creer —dijo el señor Cassilis—, algo patrocinado por Lady Everingham.

—Una muy buena patrona —dijo el señor Ormsby.

—¿Has oído algo al respecto? —continuó el señor Cassilis—. El joven Coningsby lo trajo del extranjero; ¿no lo dijiste, Jemmy?

—No, no, mi querido amigo; no es en absoluto esa clase de cosa.

—Pero dicen que requiere una cantidad endiablada de historia —continuó el señor Cassilis—. Uno debe repasar su Goldsmith. Canterton era el experto en historia en White's. Siempre estaba aburriendo a uno con Guillermo el Conquistador, Julio César y todo eso.

—Te digo una cosa —dijo el señor Ormsby, con aspecto astuto y solemne—, no me sorprendería que algún día u otro tengamos una historia sobre Lady Everingham y el joven Coningsby.

—¡Bah! —dijo el señor Melton—; él está comprometido para casarse con su hermana, Lady Theresa.

—¡Diablos! —dijo el señor Ormsby—; bueno, eres amigo de la familia y supongo que lo sabes.

—Es un tipo endiabladamente guapo, ese joven Coningsby —dijo el señor

Cassilis—. Todas las mujeres están enamoradas de él, dicen. Lady Eleanor Ducie está loca por él.

—Por cierto, su abuelo ha estado muy mal —dijo el señor Ormsby, con aire misterioso.

—Vi a Lady Monmouth aquí hace un momento —dijo el señor Melton.

—¡Oh! ya está bien otra vez —dijo el señor Ormsby.

—En White's cuentan una historia extraña de que Lord Monmouth iba a separarse de ella —dijo el señor Cassilis.

—Sin fundamento —dijo el señor Ormsby, sacudiendo la cabeza.

—No van a separarse, creo —dijo el señor Melton—; pero creo que sí había fundamento para el rumor.

El señor Ormsby seguía sacudiendo la cabeza.

—Bueno —continuó el señor Melton—, todo lo que sé es que el pasado invierno en París se daba por hecho.

—Hubo alguna historia sobre algún húngaro —dijo el señor Cassilis.

—No, eso se desvaneció —dijo el señor Melton—; el escándalo fue por Trautsmansdorff.

Todo este tiempo, el señor Ormsby, como amigo de Lord y Lady Monmouth, seguía sacudiendo la cabeza; pero como miembro de la sociedad, y por lo tanto deleitándose con los pequeños escándalos, apropiándose del chisme con la mayor avidez.

—Creo que el viejo Monmouth no era el tipo de persona para armar un escándalo a una mujer —dijo el señor Cassilis.

—Siempre que ella lo dejara tranquilamente —dijo el señor Melton.

—Sí, Lord Monmouth nunca pudo vivir con una mujer más de dos años —dijo el señor Ormsby, pensativamente—. Y eso lo pensé en su momento como una objeción a su matrimonio.

Debemos ahora retroceder brevemente a lo que le sucedió a nuestro héroe después de aquellos desafortunados sucesos en medio de cuya primera aflicción lo dejamos.

Al día siguiente de la llegada del señor Rigby al Castillo, Coningsby lo abandonó para ir a Londres, y antes de que transcurriera una semana se había embarcado para Cádiz. Sintió un interés romántico en visitar la tierra a la que Edith debía algo de sangre, y en adquirir la lengua que a menudo había admirado cuando ella la hablaba. Una oportunidad favorable le permitió en otoño visitar Atenas y el Egeo, que tanto deseaba. En las pensativas bellezas de esa tierra delicada, donde el perpetuo otoño parece reinar, Coningsby encontró consuelo. Hay algo en el carácter de la escena griega que se mezcla con el humor del melancólico y los sentimientos del afligido. Coningsby pasó su invierno en Roma. El deseo de su abuelo había hecho necesario que regresara a Inglaterra algo abruptamente. Lord Monmouth no había visitado su país natal desde su matrimonio; pero el período transcurrido desde ese evento había mejorado considerablemente las perspectivas de su partido. La mayoría del Gabinete Whig en la Cámara de los Comunes en 1840 se había vuelto poco más que nominal; y aunque se circulaba entre sus amigos, como desde la más alta autoridad, que uno era suficiente, parecía cada día más probable que incluso esa mágica unidad les fuera arrebatada. Por primera vez en la historia de este país desde la introducción del sistema de soberanía parlamentaria, el gobierno de Inglaterra dependía del destino de elecciones individuales; y, en verdad, por un solo voto, es notable observar, el destino del gobierno Whig se decidió finalmente.

Este estado crítico de los asuntos, debidamente informado a Lord Monmouth, revivió sus pasiones políticas y le ofreció esa excitación que siempre estaba buscando, y sin embargo por la que a menudo había suspirado. El Marqués también estaba cansado de París. Cada día le resultaba más difícil ser entretenido. Lucretia había perdido su encanto. Él, a quien nada podía ocultarse, percibía que a menudo, mientras ella elaboradamente intentaba divertirlo, su mente vagaba a otra parte. Lord Monmouth era completamente superior a todos los celos mezquinos y a los vulgares sentimientos de los mortales inferiores, pero su sublime egoísmo requería devoción. Había calculado que una esposa o una amante que pudiera estar enamorada de otro hombre, por muy poderosamente que sus intereses pudieran impulsarlas, no podía ser tan agradable o divertida para sus amigos y esposos como si no tuvieran esa distracción en sus corazones o en su fantasía. Últimamente en París, mientras Lucretia se involucraba cada día más en el vórtice de la sociedad, donde todos la admiraban y algunos la adoraban, Lord Monmouth cayó en la fácil costumbre de cenar en sus habitaciones privadas, a veces cara a cara con Villebecque, cuyas inagotables historias y aventuras sobre una especie de sociedad que Lord Monmouth siempre había preferido infinitamente a los círculos pulidos y algo insípidos en los que había nacido, lo habían convertido en el favorito principal de su gran patrón. A veces Villebecque traía también a un amigo, hombre o mujer, a quien consideraba

investido de la rara facultad de la distracción: a Lord Monmouth no le importaba quiénes o qué fueran, siempre que fueran divertidos.

Villebecque había escrito a Coningsby a Roma, por deseo de su abuelo, para rogarle que regresara a Inglaterra y se reuniera con Lord Monmouth allí. La carta estaba redactada con todo el respeto y buen sentimiento que Villebecque realmente sentía por aquel a quien se dirigía; sin embargo, una carta sobre tal tema de tal persona no fue agradable para Coningsby, y su respuesta fue directamente a su abuelo; Lord Monmouth, sin embargo, había dejado por completo de escribir cartas.

Coningsby se había encontrado en París, camino de Inglaterra, con Lord y Lady Everingham, y había regresado con ellos. Esta reanudación de una vieja amistad fue agradable y afortunada para nuestro héroe. La vivacidad de una mujer inteligente y encantadora perturbó agradablemente la memoria meditabunda de Coningsby. No hay mortificación por aguda que sea, ni miseria por desesperada que sea, que el espíritu de la mujer no pueda aliviar o mitigar en cierto grado. A punto también de hacer su entrada formal en el gran mundo, no podía haber conseguido una amiga femenina más valiosa y consumada. Le dio todas las instrucciones, todas las indicaciones que eran necesarias; despejó las dificultades sociales que en cierto grado se experimentan al entrar en el mundo, incluso por los más altamente conectados, a menos que tengan esta benévola asistencia; lo colocó inmediatamente en la posición que era conveniente; se aseguró de que fuera invitado de inmediato a las casas adecuadas; y, con la ayuda de su esposo, de que se convirtiera en miembro de los clubes adecuados.

—¿Y quién se va a llevar la cinta azul, Lord Eskdale? —dijo la Duquesa a ese noble, mientras entraba y se acercaba a presentar sus respetos.

—Si yo fuera Melbourne, la mantendría vacante —respondió Su Señoría—. Es un error regalarla demasiado pronto.

—Pero supongamos que caen —dijo Su Gracia.

—Oh, siempre hay un último día para despejar la Cámara. Pero estarán otro año. El acantilado no será socavado antes de entonces. Nos equivocamos el año pasado con el asunto de las damas.

—Sé que usted siempre lo pensó.

—Las peleas por mujeres son siempre un error. Uno debería tener como norma ceder ante ellas, y entonces ellas seguro que ceden ante nosotros.

—¿No tiene mucha fe en nuestra firmeza?

—La firmeza masculina es muy a menudo obstinación: las mujeres siempre tienen algo mejor, que vale todas las cualidades; tienen tacto.

—Un cumplido al sexo de un crítico tan consumado como Lord Eskdale es apreciado.

Pero en ese momento la llegada de algunos invitados terminó la conversación, y Lord Eskdale se alejó y se acercó a un grupo al que Lady Everingham estaba iluminando.

—Mi querido Lord Fitz-Booby —observó Su Señoría—, en política necesitamos fe como en todas las demás cosas.

Lord Fitz-Booby parecía bastante perplejo; pero, poseedor de una considerable experiencia oficial, habiendo ocupado altos cargos, algunos en el gabinete, durante casi un cuarto de siglo, era demasiado versado para reconocer que no había entendido una sola palabra de lo que se le había dirigido durante los últimos diez minutos. Miraba con la misma grave, atenta y torpe estolidez, asintiendo ocasionalmente con la cabeza, como solía hacer cuando recibía una delegación sobre los aranceles del azúcar o los bancos por acciones, y cuando hacía, como era su costumbre cuando estaba particularmente perplejo, una nota ocasional en una hoja de papel de tontillo.

—Una oposición en una era de revolución —continuó Lady Everingham— debe fundarse en principios. No puede depender de la mera habilidad personal y la dirección del partido aprovechándose de las circunstancias. Ustedes no han enunciado un principio en los últimos diez años; y cuando parecían a punto de acceder al poder, no fue por una gran cuestión de interés nacional, sino por una disputa técnica sobre la constitución de una agotada colonia azucarera.

—Si ustedes son un partido Conservador, queremos saber qué quieren conservar —dijo Lord Vere.

—Si no hubiera sido por la abolición Whig de la esclavitud —dijo Lord Fitz-Booby, incitado a la réplica—, Jamaica no sería una colonia azucarera agotada.

—¿Entonces lo que quieren conservar es la esclavitud? —dijo Lord Vere.

—No —dijo Lord Fitz-Booby—, nunca estoy por deshacer nuestros pasos.

—¿Pero avanzarán, se moverán? ¿Y hacia dónde avanzarán, y cómo se moverán? —dijo Lady Everingham.

—Creo que ya hemos tenido bastante avance —dijo Su Señoría—. No tenía idea de que Su Señoría fuera miembro del partido del Movimiento —añadió, con una sonrisa sarcástica.

—Pero si fuera malo, Lord Fitz-Booby, moverse donde estamos, como usted y sus amigos siempre han mantenido, ¿cómo puede conciliar con el principio el permanecer allí? —dijo Lord Vere.

—Haría lo mejor con un mal negocio —dijo Lord Fitz-Booby—. Con un gobierno Conservador, una Constitución reformada sería menos peligrosa.

—¿Por qué? —dijo Lady Everingham—. ¿Cuáles son sus principios distintivos que hacen el peligro menor?

—Apelo a Lord Eskdale —dijo Lord Fitz-Booby—; Lady Everingham se ha vuelto toda una Radical, declaro. ¿No opina Su Señoría que el país debe estar más seguro con un gobierno Conservador que con uno Liberal?

—Creo que el país siempre está tolerantemente seguro —dijo Lord Eskdale.

Lady Theresa, apoyada en el brazo del señor Lyle, se acercó en ese momento e inconscientemente hizo una diversión a favor de Lord Fitz-Booby.

—Dime, Theresa —dijo Lady Everingham—, ¿dónde está el señor Coningsby?

Intentemos averiguarlo. Sucedió que ese día Coningsby y Henry Sydney cenaron en Grillion's, en un club universitario, donde, entre muchos amigos que Coningsby no había visto durante mucho tiempo, y entre deliciosas reminiscencias, las horas inconscientes transcurrieron. Era tarde cuando salieron de Grillion's, y el coche de Coningsby fue detenido durante un tiempo considerable antes de que su conductor pudiera introducirse en la fila, cosa que en verdad nunca habría logrado si no se hubiera encontrado afortunadamente con el cochero del Duque de Agincourt, quien, siendo de la misma política que él, perteneciendo al mismo club y siempre vetando a los mismos hombres, lo dejó pasar por un legítimo sentimiento de partido; así que llegaron a Arlington Street a una hora muy tardía.

Coningsby subía la escalera, ahora no tan llena como había estado, y se encontró con un grupo que se retiraba; estaba a punto de decir una palabra de paso a un caballero al pasar, cuando, de repente, Coningsby se puso mortalmente pálido.

El caballero difícilmente podía ser la causa, pues era la graciosa y apuesta presencia de Lord Beaumanoir; la dama que descansaba en su brazo era Edith. Ellos siguieron mientras él permanecía inmóvil; sin embargo, Edith y

él habían intercambiado miradas. La suya era de asombro; pero ¿cuál era la expresión de la de ella? Debía haberlo reconocido antes de que él la observara. Estaba serena y expresó el propósito de su mente en un distante y altivo reconocimiento. Coningsby permaneció un momento estupefacto; luego, volviéndose de repente, bajó las escaleras de un salto y se apresuró a entrar en el guardarropa. Se encontró con Lady Wallinger; habló rápidamente, le tomó la mano, no escuchó sus respuestas, sus ojos vagaban. Había muchas personas presentes, finalmente reconoció a Edith envuelta en su manto. Se adelantó, la miró, como si quisiera leer su alma; dijo algo. Ella cambió de color cuando él se dirigió a ella, pero pareció instantáneamente mediante un esfuerzo rehacerse y recuperar su ecuanimidad; respondió a sus preguntas con extrema brevedad, y anunciado el carruaje de Lady Wallinger, se alejó con el mismo ligero y altivo saludo de antes, del brazo de Lord Beaumanoir.

CAPÍTULO II

La tristeza cayó sobre la antes feliz familia de Millbank después de la partida de Coningsby de Hellingsley. Cuando pasó la primera punzada, Edith había encontrado algún consuelo en la simpatía de su tía, que siempre había apreciado y admirado a Coningsby; pero era una simpatía que aspiraba solo a suavizar la pena, y no a crear esperanza. Pero Lady Wallinger, aunque prolongó su visita por el bien de su sobrina, con el tiempo los dejó; y entonces el nombre de Coningsby nunca fue oído por Edith. Su hermano, poco después de la triste y abrupta partida de su amigo, había ido a las fábricas, donde permaneció, y de las cuales, en el futuro, se pretendía que asumiera la dirección principal. El propio señor Millbank, sostenido al principio por la compañía de su amigo Sir Joseph, a quien estaba apegado, y ocupado con informes diarios de su establecimiento y la transacción de los asuntos con sus numerosos y ocupados electores, fue por un tiempo apenas consciente de la alteración que había tenido lugar en el comportamiento de su hija. Pero cuando estuvieron una vez más solos juntos, fue imposible seguir ciego al gran cambio. Esa feliz y ecuánime alegría de espíritu, que parecía surgir de un inocente disfrute de la existencia, y que siempre había distinguido a Edith, faltaba. Su mirada soleada se había ido. No estaba siempre taciturna y desanimada, pero era caprichosa, desigual en su tono. Ese temperamento cuya dulzura había sido un proverbio doméstico se había vuelto un poco incierto. No es que su afecto por su padre hubiera disminuido, pero había arrebatos de inusual irritabilidad que momentáneamente se le escapaban, seguidos de arrebatos de ternura que eran criaturas del remordimiento. Y a menudo, después de alguna palabra apresurada, echaba los brazos al cuello de su padre con la ternura del remordimiento. Seguía con sus ocupaciones habituales, pues tenía una mente demasiado bien regulada, era en verdad una persona de un intelecto demasiado fuerte, para descuidar

cualquier fuente de ocupación y distracción. Sus flores, su lápiz y sus libros le proporcionaban estas; y la música calmaba, y a veces embelesaba, sus agitados pensamientos. Pero no había alegría en la casa, y con el tiempo el señor Millbank lo sintió.

El señor Millbank estaba molesto, irritado, afligido. Edith, su Edith, el orgullo y el deleite de su existencia, que había sido para él solo una fuente de exultación y felicidad, ya no era feliz, quizás se estaba consumiendo; y estaba la apariencia, la injusta apariencia, de que él, su cariñoso padre, era la causa y la ocasión de toda esta miseria. Parecería que el nombre de Coningsby, al que ahora debía una gran deuda de gratitud, aún estaba condenado a traerle mortificación y miseria. Verdaderamente, el joven había dicho que había una maldición sobre sus dos familias. Y sin embargo, al reflexionar, todavía le parecía al señor Millbank que había actuado con tanta sabiduría y verdadera bondad como decisión. ¿De qué otra manera debía haber actuado? La unión era imposible; cuanto más rápida su separación, por lo tanto, claramente mejor. Desafortunado, en verdad, había sido su ausencia de Hellingsley; sin duda su presencia podría haber prevenido la catástrofe. Oswald debería haber impedido todo esto. Y sin embargo, el señor Millbank no podía cerrar los ojos a la devoción de su hijo por Coningsby. Sentía que no podía contar con ninguna ayuda a este respecto de ese lado. Sin embargo, ¡qué duro para él que pareciera figurar como un déspota o un tirano para sus propios hijos, a quienes amaba, cuando había actuado de una manera inevitable! Edith parecía triste, Oswald hosco; todo había cambiado. Todos los objetivos por los que este hombre de cabeza clara, mente fuerte y corazón bondadoso había estado trabajando toda su vida, parecían frustrados. ¿Y por qué? Porque un joven le había hecho el amor a su hija, que realmente no tenía ningún derecho a hacerlo.

A medida que avanzaba el otoño, el señor Millbank encontró Hellingsley, bajo las circunstancias existentes, extremadamente aburrida; y propuso a su hija que hicieran una visita a su hogar anterior. Edith asintió sin dificultad, pero sin interés. Y sin embargo, como el señor Millbank percibió inmediatamente, el cambio era juicioso; pues ciertamente el ánimo de Edith pareció mejorar después de su regreso a su valle. Había más objetos de interés: el cambio, también, siempre es beneficioso. Si el señor Millbank hubiera sabido que Oswald había recibido una carta de Coningsby, escrita antes de que abandonara España, quizás podría haber reconocido una razón más satisfactoria para la transitoria vivacidad de su hija que tanto lo había gratificado.

Aproximadamente un mes después de Navidad, la reunión del Parlamento convocó al señor Millbank a Londres; y había deseado que Edith lo acompañara. Pero Londres en febrero para Edith, sin amigos ni conexiones,

su padre siempre ocupado y ausente de ella día y noche, les pareció a todos, al reflexionar, una vida no muy conducente a la salud o la alegría, y por lo tanto se quedó con su hermano. Oswald había vuelto a tener noticias de Coningsby desde Roma; pero en el momento en que escribió no anticipaba su regreso a Inglaterra. Su tono era cariñoso, pero desanimado.

Lady Wallinger subió a Londres después de Pascua para la temporada, y el señor Millbank, ahora que había una compañera constante para su hija, tomó una casa y llevó a Edith de vuelta con él a Londres. Lady Wallinger, que tenía una gran fortuna y un gran tacto, había obtenido gradualmente una posición no despreciable en la sociedad. Tenía una hermosa casa en una situación de moda, y daba profusos entretenimientos. Los Whig estaban en deuda con su esposo, y las grandes damas Whig se sintieron complacidas de encontrar en su esposa a una persona pulida y agradable, a la que podían ser corteses sin ninguna molestia. Así que Edith, bajo los auspicios de su tía, se encontró de inmediato en círculos en los que de otro modo podría no haber entrado fácilmente, pero en los que su belleza, gracia y experiencia de la más refinada sociedad del Continente, la capacitaban para brillar. Una noche se encontraron con el Marqués de Beaumanoir, su amigo de Roma y París, y admirador de Edith, que a partir de entonces rara vez se apartaba de su lado. Su madre, la Duquesa, llamó inmediatamente tanto a los Millbank como a los Wallinger; contenta, no solo de complacer a su hijo, sino de expresar esa consideración por el señor Millbank que el Duque siempre deseaba mostrar. Sin embargo, no sirvió de nada; nada induciría al señor Millbank a entrar nunca en lo que él llamaba sociedad aristocrática. Le gustaba la Cámara de los Comunes; nunca se emparejaba; nunca perdía un momento de ella; trabajaba en comités toda la mañana, escuchaba atentamente los debates toda la noche; siempre cenaba en Bellamy's cuando había Cámara; y cuando no la había, le gustaba cenar en la Compañía de Pescaderos, la Compañía de Rusia, grandes banquetes de Emigración y otras festividades por acciones. Esa era su idea de la sociedad racional; negocios y placer combinados; una buena cena y buenos discursos después.

Edith sabía que Coningsby había regresado a Inglaterra, pues su hermano había tenido noticias de él a su llegada; pero Oswald no había tenido noticias desde entonces. Una temporada en Londres solo representaba en la mente de Edith la posibilidad, quizás la certeza, de volver a encontrar a Coningsby; de compartir la catástrofe del verano pasado; de calmar y consolar mutuamente su infelicidad, y quizás, con la optimista imaginación de la juventud, prever un futuro más feliz. Llevaba casi una quincena en la ciudad, y aunque se movía con frecuencia en los mismos círculos que Coningsby, aún no se habían encontrado. Era uno de esos resultados que rara vez podían ocurrir; pero incluso la casualidad entra demasiado a menudo en la liga contra los amantes. La invitación a la reunión en la casa de —— fue, por lo tanto,

particularmente grata para Edith, ya que apenas podía dudar de que si Coningsby estaba en la ciudad, lo que sus preguntas casuales a Lord Beaumanoir la indujeron a creer que era el caso, estaría presente. Nunca, por lo tanto, se había dirigido a una reunión con un espíritu tan halagador; y sin embargo, había una ansiedad fascinante en ello que desconcierta al joven corazón.

En vano Edith examinó las habitaciones para captar la forma de ese ser a quien, por un momento, nunca había dejado de atesorar y meditar. No estaba allí; y en el mismo momento en que, decepcionada y mortificada, más necesitaba consuelo, supo por el señor Melton que Lady Theresa Sydney, a quien casualmente admiraba, iba a casarse, ¡y con el señor Coningsby!

¡Qué revelación! Su silencio, quizás su evitarla, ya no eran inexplicables. ¡Qué recompensa por toda su romántica devoción en su solitaria tristeza en Hellingsley! ¿Era este el final de sus paseos crepusculares y del dulce patetismo de sus amores mutuos? No parecía haber verdad en el hombre, ni alegría en la vida. Todos los sentimientos que tan generosamente había derrochado, volvían a ella. Podría haber estallado en una pasión de lágrimas y haberse enterrado en un claustro.

En lugar de eso, la civilización hizo que escuchara con un semblante sereno aunque torturado; pero tan pronto como estuvo en su poder, alegando dolor de cabeza a Lady Wallinger, logró, o creyó haber logrado, escapar de una escena que destrozaba su corazón.

En cuanto a Coningsby, pasó una noche en vela, agitado por la inesperada presencia de Edith y distraído por la manera en que ella lo había recibido. Decir que su aparición había revivido todo su apasionado afecto por ella sería transmitir una impresión injusta de la naturaleza de sus sentimientos. Su afecto nunca había vacilado por un momento; era profundo y firme. Pero sin duda esta repentina visión había traído ante él, en colores más llamativos y vívidos, las relaciones que existían entre ellos. Allí estaba el ser a quien amaba y que lo amaba; y cualesquiera que fueran las barreras que las circunstancias de la vida imponían a su unión, eran partícipes del solemne sacramento de un corazón no contaminado.

Coningsby, como hemos mencionado, había comunicado a Oswald su regreso a Inglaterra: hasta ahora había omitido volver a escribir; no porque su espíritu flaqueara, sino porque estaba cansado de susurrar esperanzas sin fundamento y lamentar sus desgraciadas fortunas. Una vez más en Inglaterra, una vez más en comunicación con su abuelo, sintió con mayor convicción las dificultades que lo rodeaban. La compañía de Lady Everingham y su hermana, que había sido visitante suya al mismo tiempo, había sido una

relajación, y beneficiosa, para una mente que sufría demasiado por la tensión de una sola idea. Pero Coningsby había tratado el proyecto matrimonial de su alegre anfitriona con la cortés ligereza con la que creía que se había originado. Admiraba y le gustaba Lady Theresa; pero había una razón por la que no debía casarse con ella, incluso si su propio corazón no hubiera estado absorbido por una de esas pasiones de las que los hombres de carácter profundo y serio nunca se emancipan.

Después de reflexionar y meditar una y otra vez sobre todo lo que había ocurrido, Coningsby se durmió cuando la mañana estaba muy avanzada, resuelto a levantarse cuando estuviera un poco refrescado y buscar a Lady Wallinger, quien, estaba seguro, lo recibiría con amabilidad.

Sin embargo, estaba destinado que este paso no se diera, porque mientras desayunaba, su sirviente le trajo una carta de Monmouth House, informándole que su abuelo deseaba verlo lo antes posible por asuntos urgentes.

CAPÍTULO III

Lord Monmouth estaba sentado en el mismo vestidor en el que fue presentado al lector por primera vez; sobre la mesa había varios paquetes de papeles que estaban abiertos y en proceso de consulta; y dictaba sus observaciones a Monsieur Villebecque, que escribía a su izquierda.

Así estaban ocupados cuando Coningsby fue conducido a la habitación.

—Ya ves, Harry —dijo Lord Monmouth—, que estoy muy ocupado hoy, sin embargo, el asunto sobre el que deseo comunicarme contigo es tan urgente que no podía posponerse. Hizo una señal a Villebecque, y su secretario se retiró instantáneamente.

—Hice bien en presionar tu regreso a Inglaterra —continuó Lord Monmouth a su nieto, que estaba un poco ansioso por la inminente comunicación, que no podía anticipar de ninguna manera—. No son estos tiempos en que los jóvenes deben estar fuera de la vista. Tu carrera pública comenzará inmediatamente. El Gobierno ha resuelto disolver. Mi información es de la más alta fuente. Puedes estar asombrado, pero es un hecho. Van a disolver su propia Cámara de los Comunes. A pesar de esto y del nombre de la Reina, podemos vencerlos; pero la carrera requiere la mejor jineteadura. No podemos ceder ni un punto. Tadpole ha estado aquí conmigo por Darlford; vino especialmente con un mensaje, podría decir una apelación, de alguien a quien no puedo negarle nada; el Gobierno cuenta con el escaño, aunque con el nuevo Registro está casi empatado. Si tuviéramos un buen candidato, podríamos ganar. Pero Rigby no sirve. Es demasiado de la vieja camarilla;

agotado; un caballo agotado; además, un caballo vencido. Se nos asegura que el nombre de Coningsby sería un ejército; hay una sección considerable que apoya al tipo actual que no votará contra un Coningsby. Han pensado en ti como una persona adecuada, y he aprobado la sugerencia. Por lo tanto, serás el candidato para Darlford con mi total sanción y apoyo, y no tengo duda de que tendrás éxito. Puedes estar seguro de que no escatimaré nada; y me será muy gratificante que, después de que nos hayan robado todos nuestros distritos, el único Coningsby que se preocupa por entrar en el Parlamento pueda hacerlo tan pronto como podría desear razonablemente.

¡Coningsby rival del señor Millbank en la plataforma electoral de Darlford! Vencido o victorioso, igualmente una catástrofe. Las feroces pasiones, los groseros insultos, la sangre caliente y las mentiras frías, el vandalismo y la obscenidad, quizás el descalabro doméstico y la mortificación, que estaba a punto de ser el medio de traer sobre el techo que más amaba en el mundo, se le presentaron con angustia. El semblante de Edith, altivo y afligido la noche anterior, se le apareció de nuevo. La veía haciendo campaña por su padre, y contra él. ¡Locura! ¿Y para qué iba a hacer este terrible y costoso sacrificio? ¿Por su ambición? Ni siquiera por esa Divinidad o Demonio por el que todos inmolemos tanto. ¡Poderosa ambición, ciertamente, para suceder a los Rigbys! Entrar en la Cámara de los Comunes como un esclavo y una herramienta; moverse según instrucciones, y trabajar para los bajos designios de espíritus mezquinos, sin siquiera el consuelo de ser un tonto. ¿Qué simpatía podría existir entre Coningsby y el gran partido Conservador, que durante diez años en una era de revolución nunca había promulgado un principio; cuya única política inteligible y consistente parecía ser un intento, muy grato por supuesto a los sentimientos de un monárquico inglés, de revivir el puritanismo irlandés; que cuando estuvo en el poder en 1835 había usado ese poder solo para evidenciar su total ignorancia de los principios eclesiásticos; y que estaban en este momento, cuando se solicitaba formalmente a Coningsby que se uniera a sus filas, en abierta insurrección contra las prerrogativas de la Monarquía inglesa?

—¿Anticipa entonces una disolución inmediata, señor? —preguntó Coningsby después de una breve pausa.

—Debemos anticiparla; aunque lo dudo. Puede ser el mes que viene; puede ser en otoño; pueden pasar otro año, como piensa Lord Eskdale, y su opinión siempre pesa conmigo. Es muy seguro. Tadpole cree que disolverán de inmediato. Pero si disuelven ahora, o dentro de un mes, o en otoño, o el año que viene, nuestro camino está claro. Debemos declarar nuestras intenciones inmediatamente. Debemos izar nuestra bandera. El lunes próximo hay una gran cena Conservadora en Darlford. Debes asistir; esa será la mejor oportunidad del mundo para que te anuncies.

—¿No cree, señor —dijo Coningsby— que tal anuncio sería algo prematuro? Es, de hecho, embarcarse en una contienda que puede durar un año; quizás más.

—Lo que dices es muy cierto —dijo Lord Monmouth—; sin duda es muy molesto; muy asqueroso; cualquier campaña electoral lo es. Pero debemos tomar las cosas como vienen. No puedes entrar en el Parlamento ahora de la buena y antigua manera caballeresca; y deberíamos estar agradecidos de que este interés se haya fomentado para nuestro propósito.

Coningsby miró la alfombra, se aclaró la garganta como si fuera a hablar, y luego dio algo así como un suspiro.

—Creo que será mejor que te vayas pasado mañana —dijo Lord Monmouth —. He enviado instrucciones al administrador para que haga todo lo posible en tan poco tiempo, pues deseo que invites a cenar a las personas principales.

—Es usted muy amable, siempre es muy amable conmigo, querido señor — dijo Coningsby, en tono vacilante y con un aire de gran vergüenza—, pero, en verdad, no deseo entrar en el Parlamento.

—¿Qué? —dijo Lord Monmouth.

—Siento que no estoy suficientemente preparado para una responsabilidad tan grande como un escaño en la Cámara de los Comunes —dijo Coningsby.

—¡Responsabilidad! —dijo Lord Monmouth, sonriendo—. ¿Qué responsabilidad hay? ¿Cómo puede alguien tener un escaño más agradable? La única persona ante la que eres responsable es tu propio pariente, que te presenta. Y no supongo que pueda haber ninguna diferencia en ningún punto entre nosotros. Ciertamente eres aún joven; pero yo era más joven en casi dos años cuando entré por primera vez; y no encontré dificultad. No puede haber dificultad. Todo lo que tienes que hacer es votar con tu partido. En cuanto a hablar, si tienes talento para ello, sigue mi consejo; no te apresures. Aprende a conocer la Cámara; que la Cámara te conozca a ti. Si un hombre es discreto, no puede entrar en el Parlamento demasiado pronto.

—No es exactamente eso, señor —dijo Coningsby.

—Entonces, ¿qué es, mi querido Harry? Ya ves que hoy tengo mucho que hacer; sin embargo, como tu asunto es urgente, no quise posponer verte ni una hora. Pensé que te habría complacido mucho.

—Usted mencionó que no tenía nada que hacer excepto votar con su partido, señor —respondió Coningsby—. Quiere decir, por supuesto, con ese término

lo que se entiende por partido Conservador.

—Por supuesto; nuestros amigos.

—Lo siento —dijo Coningsby, bastante pálido, pero hablando con firmeza—, siento no poder apoyar al partido Conservador.

—¡Por...! —exclamó Lord Monmouth, levantándose de su asiento—, alguna mujer se ha apoderado de él y lo ha convertido en Whig.

—No, mi querido abuelo —dijo Coningsby, apenas capaz de reprimir una sonrisa, por seria que se estaba volviendo la entrevista—, nada de eso, se lo aseguro. Nadie puede ser más anti-Whig.

—No sé a qué te refieres, señor —dijo Lord Monmouth, en tono duro y seco.

—Deseo ser franco, señor —dijo Coningsby—, y soy muy consciente de su bondad al permitirme hablar con usted sobre el tema. Lo que quiero decir es que durante mucho tiempo he considerado al partido Conservador como un cuerpo que ha traicionado su confianza; más por ignorancia, lo admito, que por diseño; sin embargo, claramente un cuerpo de individuos totalmente desiguales a las exigencias de la época, y de hecho inconscientes de su verdadero carácter.

—¿Quieres decir que abandonaron esas corporaciones irlandesas? —dijo Lord Monmouth—. Bueno, entre nosotros, soy de la misma opinión. Pero debemos subir más alto; debemos ir al 28 para el verdadero daño. Pero ¿de qué sirve lamentar el pasado? Peel es el único hombre; adecuado a los tiempos y todo eso; al menos debemos decirlo, y tratar de creerlo; no podemos volver atrás. Y es culpa nuestra que hayamos dejado que el poder principal salga de las manos de nuestra propia orden. Nunca se pensó en ello en la época de tu bisabuelo, señor. Y si se permitía que un plebeyo fuera por una temporada el Primer Ministro nominal para hacer los detalles, siempre había un comité secreto de grandes nobles del 88 para darle sus instrucciones.

—Lamentaría mucho volver a ver comités secretos de grandes nobles del 88 —dijo Coningsby.

—Entonces, ¿qué demonios quieres ver? —dijo Lord Monmouth.

—Fe política —dijo Coningsby—, en lugar de infidelidad política.

—¡Hum! —dijo Lord Monmouth.

—Antes de apoyar los principios Conservadores —continuó Coningsby—,

solo deseo que se me informe qué pretenden conservar esos principios. No parecería ser la prerrogativa de la Corona, ya que la parte principal de un discurso Conservador ahora es una invectiva contra un reciente acto real que describen como un complot de la cámara de la reina. ¿Es la Iglesia lo que desean conservar? ¿Qué es una amenazada Cláusula de Apropiación contra una Comisión real de la Iglesia en manos de legos parlamentarios? ¿Podría el Parlamento Largo haber hecho peor? Bueno, entonces, si no es ni la Corona ni la Iglesia cuyos derechos y privilegios este partido Conservador propone vindicar, ¿es su Cámara, la Cámara de los Lores, cuyos poderes están preparados para defender? ¿No es notorio que el mismo hombre a quien han elegido como su líder en esa Cámara declara entre sus adherentes Conservadores, que en adelante la asamblea que solía proporcionar esos mismos Comités de grandes nobles revolucionarios que usted menciona, no va a iniciar nada; y, sin lucha, va a hundirse en ese reposo imperturbable que se asemeja a la tranquilidad imperial que aseguraba las fronteras pagando tributo?

—Todo esto está muy bien —dijo Lord Monmouth—; pero no veo ningún medio por el cual pueda lograr mi objetivo más que apoyando a Peel. Después de todo, ¿cuál es el fin de todos los partidos y toda la política? Lograr tu objetivo. Quiero convertir nuestra corona en ducal, y lograr que la baronía de tu abuela sea sacada del estado de suspensión a tu favor. Es imposible que Peel pueda negármelo. Ya he comprado una amplia propiedad con la intención de vincularla a ti y a tu descendencia. Harás una alianza considerable; puedes casarte, si quieres, con Lady Theresa Sydney. Escucho el informe con agrado. Cuenta con que entraré de inmediato en cualquier arreglo conducente a tu felicidad.

—Mi querido abuelo, siempre ha sido para mí demasiado amable y generoso.

—¿Con quién debería ser amable sino contigo, mi propia sangre, que nunca me has contradicho, y de quien tengo razones para estar orgulloso? Sí, Harry, me complace oír que te admiran y saber de tu éxito. Todo lo que quiero ahora es verte en el Parlamento. Un hombre debe estar en el Parlamento temprano. Hay una especie de rigidez en todo hombre, no importa cuáles sean sus talentos, que entra en el Parlamento tarde en la vida; y ahora, afortunadamente, la ocasión se presenta. Irás el viernes; darás de comer bien a los notables; hablarás claro; alabarás a Peel; insultarás a O'Connell y a las damas de la cámara de la reina; anatematizarás a todos los vacilantes; dirás mucho sobre Irlanda; te ceñirás al proyecto de ley de registro irlandés, esa es una buena carta; y, sobre todo, mi querido Harry, no perdones a ese tipo Millbank. Recuerda que al expulsarlo no solo ganas un voto para la causa Conservadora y nuestra corona, sino que aplastas a mi enemigo. No escatimes nada para ese objetivo; cuento contigo, muchacho.

—Lamentaría quedarme rezagado en algo que afecte a su interés o a su honor, señor —dijo Coningsby, con un aire de gran vergüenza.

—Estoy seguro de que lo harías, estoy seguro de que lo harías —dijo Lord Monmouth, en tono de cierta amabilidad.

—Y siento en este momento —continuó Coningsby— que no hay sacrificio personal que no esté preparado para hacer por ellos, excepto uno. Mis intereses, mis afectos, no deberían ponerse en la balanza si los suyos, señor, estuvieran en juego, aunque hay circunstancias que podrían involucrarme en una posición de tanta angustia mental como un hombre podría soportar; pero reclamo para mis convicciones, mi querido abuelo, una generosa tolerancia.

—No puedo seguirte, señor —dijo Lord Monmouth, de nuevo en su tono duro —. Nuestros intereses son inseparables, y por lo tanto nunca puede haber sacrificio de conducta por tu parte. Lo que quieres decir con sacrificio de afectos, no lo comprendo; pero en cuanto a tus opiniones, no tienes por qué tener otras que las que yo defiendo. Eres demasiado joven para formar opiniones.

—Estoy seguro de que deseo expresarlas sin una confianza inapropiada —respondió Coningsby—; nunca las he impuesto en su oído antes; pero siendo esta una ocasión en la que usted mismo dijo, señor, que estaba a punto de comenzar mi carrera pública, confieso que pensé que era mi deber ser franco; no querría acarrearme largos años de mortificación por una de esas entradas en la vida política mal consideradas que tantos hombres públicos tienen motivo para deplorar.

—Vas con tu familia, señor, como un caballero; no tienes que considerar tus opiniones, como un filósofo o un aventurero político.

—Sí, señor —dijo Coningsby, con animación—, pero los hombres que van con sus familias como caballeros, y pierden de vista todo principio sobre el que debería establecerse la sociedad de este país, produjeron el Proyecto de Ley de Reforma.

—¡Maldito sea el Proyecto de Ley de Reforma! —dijo Lord Monmouth—; si el Duque no se hubiera peleado con Lord Grey por un comité del carbón, nunca habríamos tenido el Proyecto de Ley de Reforma. Y Grey se habría ido a Irlanda.

—Está en tanto peligro ahora como en 1830 —dijo Coningsby.

—No, no, no —dijo Lord Monmouth—; el partido Tory está organizado ahora; no nos atraparán dormidos de nuevo: estas Asociaciones

Conservadoras han hecho el trabajo.

—¿Pero para qué están organizadas? —dijo Coningsby—. En el mejor de los casos, para expulsar a los Whig. ¿Y cuando hayas expulsado a los Whig, qué entonces? Puedes conseguir tu corona ducal, señor. Pero un duque ahora no es un hombre tan grande como lo era un barón hace solo un siglo. No podemos luchar contra la irresistible corriente de las circunstancias. El poder ha dejado nuestra orden; esta no es una era para una aristocracia ficticia. En cuanto a la baronía de mi abuela, consideraría el fin de su suspensión a mi favor como el acto de mi extinción política. Lo que queremos, señor, no es crear nuevos duques y remozar viejas baronías, sino establecer grandes principios que puedan mantener el reino y asegurar la felicidad del pueblo. Permítame ver la autoridad una vez más honrada; una reverencia solemne de nuevo el hábito de nuestras vidas; permítame ver a la propiedad reconociendo, como en los viejos días de la fe, que el trabajo es su hermano gemelo, y que la esencia de toda tenencia es el cumplimiento del deber; que se logren resultados como estos, y permítame participar, por débil que sea, en el gran cumplimiento, y entonces la vida pública se convierte en una noble carrera, y un escaño en el Parlamento en una envidiable distinción.

—Te digo una cosa, Harry —dijo Lord Monmouth, muy secamente—, los miembros de esta familia pueden pensar lo que quieran, pero deben actuar como yo quiero. Debes bajar el viernes a Darlford y declararte candidato por la ciudad, o reconsideraré nuestras posiciones mutuas. Diría que debes ir mañana; pero solo es cortés con Rigby darle una notificación previa de tu movimiento. Y eso no puede hacerse hoy. Envié a buscar a Rigby esta mañana por otros asuntos que ahora me ocupan, y descubro que está fuera de la ciudad. Regresará mañana; y estará aquí a las tres, cuando puedas reunirte con él. Te reunirás con él, no lo dudo, como un hombre de sentido —añadió Lord Monmouth, mirando a Coningsby con una mirada como nunca antes había encontrado—, que no está preparado para sacrificar todos los objetos de la vida por la búsqueda de algunas puerilidades fantásticas.

Su Señoría tocó una campanilla sobre su mesa para Villebecque; y para evitar más conversación, reanudó sus papeles.

CAPÍTULO IV

Habría sido difícil para cualquier persona, inconsciente de un delito, sentirse más abatido que Coningsby cuando salió del patio de Monmouth House. El amor de Edith lo habría consolado por la destrucción de su prosperidad; el orgulloso cumplimiento de su ambición podría con el tiempo haber sido una compensación por sus afectos aplastados; pero su posición actual parecía no ofrecer una sola fuente de consuelo. Le invadió esa irresistible convicción que

es a veces el oscuro destino de todos nosotros, de que el brillante período de nuestra vida ha pasado; que un futuro nos espera solo de ansiedad, fracaso, mortificación, desesperación; que ninguna de nuestras resplandecientes visiones puede realizarse nunca; y que añadimos una víctima más al largo y lúgubre catálogo de aspiraciones frustradas.

Tampoco podía, en verdad, por ninguna combinación, ver los medios para liberarse de los peligros que lo rodeaban. Había algo en su abuelo que desafiaba la persuasión. Por muy inclinada que sea la juventud elocuente a creer en el poder irresistible de sus apelaciones, Coningsby desesperó de inmediato de conmover a Lord Monmouth. Había habido una sequedad insensible en su manera, un propósito inquebrantable en su espíritu, que frustraban de inmediato todos los intentos de influencia. Tampoco podía Coningsby olvidar la mirada que recibió cuando salió de la habitación. No había posibilidad de equivocarse; decía de inmediato, sin perífrasis: Cruza mi propósito, ¡y te aplastaré!

Este era el momento en que la simpatía, si no los consejos, de la amistad podría haber sido grata. Una mujer inteligente podría haber ofrecido incluso más que simpatía; algún feliz recurso que podría haberlo liberado de la red en la que estaba envuelto. Y una vez Coningsby había vuelto la cabeza de su caballo hacia Park Lane para visitar a Lady Everingham. Pero seguramente si había un secreto sagrado en el mundo, era el que existía entre él y Edith. No, eso nunca debía ser violado. Luego estaba Lady Wallinger; al menos podía hablar con libertad con ella. Resolvió contarle todo. Miró un momento en un club para tomar la *Guía de la Corte* y encontrar su dirección. Unos hombres estaban de pie junto a una ventana salediza. Oyó al señor Cassilis decir:

—Así que Beau, dicen, está atado al fin; la nueva belleza, ¿has oído?

—Lo vi muy dulce con ella anoche —replicó su compañero—. ¿Tiene algo de dinero?

—Muchísimo, dicen —respondió el señor Cassilis—. El padre es un señor del algodón, y todos tienen montones de dinero, ya sabes. No hay nada como ellos ahora.

—¿Está en el Parlamento, no?

—Por Dios, creo que sí —dijo el señor Cassilis—; nunca sé quién está en el Parlamento en estos días. Recuerdo cuando solo había diez hombres en la Cámara de los Comunes que no eran miembros de Brookes' o de este lugar. Todo está tan malditamente cambiado.

—He oído que es un viejo asunto de Beau —dijo otro caballero—. Todo se

hizo hace un año en Roma o París.

—Dicen que entonces lo rechazó —dijo el señor Cassilis.

—Bueno, eso es bastante fresco para la hija de un fabricante —dijo su amigo —. ¿Qué sigue?

—Me pregunto cómo le gustará al Duque —dijo el señor Cassilis.

—¿O a la Duquesa? —añadió uno de sus amigos.

—¿O a los Everingham? —añadió el otro.

—El Duque se alegrará mucho de ver a Beau asentado, me imagino —dijo el señor Cassilis.

—Mucho depende del dinero —dijo su amigo.

Coningsby arrojó la *Guía de la Corte* con el corazón hundido. A pesar de todas las dificultades insuperables, hasta ahora el fin y objeto de todas sus aspiraciones y todas sus hazañas, a veces incluso casi inconscientemente para él mismo, era Edith. Todo había terminado. La extraña manera de la noche anterior se explicaba fatalmente. El corazón que una vez había sido suyo era ahora de otro. Para el hombre que todavía ama, esa convicción es la más profunda y desolada pena de que nuestra naturaleza es capaz. Todo el recuerdo del pasado, todas las perspectivas una vez atesoradas del futuro, se funden en una angustia desconcertante. Coningsby salió del club y, montando su caballo, cabalgó rápidamente fuera de la ciudad, casi inconsciente de su dirección. Finalmente se encontró en un camino verde cerca de Willesden, silencioso y tranquilo; detuvo su caballo y reunió toda su mente en la contemplación de sus perspectivas.

Edith estaba perdida. Ahora, ¿debía regresar con su abuelo, aceptar su misión y bajar a Darlford el viernes? Favor y fortuna, poder, prosperidad, rango, distinción serían la consecuencia de este paso; ¿no podría añadir incluso venganza? ¿No iba a haber término para su resistencia? ¿No podría enseñar a este orgulloso y prejuicioso fabricante, con toda su virulencia y caprichos despóticos, una lección memorable? ¿Y su hija, también, esta prometida, después de todo, de un joven noble, con su radiante futuro de esplendor y disfrute, iba a oír hablar de él solo, si es que oía hablar de él, como de alguien que se afana o frívola en las posiciones más humildes de la existencia; y preguntarse, con un rubor, que él pudiera haber sido alguna vez el héroe de su romántica juventud? ¡Qué degradación en la idea! Su mejilla ardía ante la posibilidad de tal ignominia.

Era una coyuntura en su vida que requería decisión. Pensó en sus compañeros que lo admiraban con tales ardientes anticipaciones de su fama, de deleite en su carrera y confianza en su liderazgo; ¿iban a frustrarse todas estas altas y queridas fantasías? En el mismísimo umbral de la vida, ¿iba a cometer un error? Es el primer paso el que lleva a todo, y el suyo iba a ser un error voluntario. Recordó su primera visita a su abuelo, y el deleite de sus amigos en Eton por su informe a su regreso. Después de ocho años de iniciación, ¿iba a perder ese favor entonces tan apreciado, cuando los resultados que habían contado durante tanto tiempo estaban a punto de cumplirse? Parlamento y riquezas, y rango y poder; estos eran hechos, realidades, sustancias, que nadie podía confundir. ¿Iba a sacrificarlos por especulaciones, teorías, sombras, quizás los vapores de un cerebro verde y engreído? No, por el cielo, ¡no! Era como César junto a la orilla estrellada del río, observando la imagen de los planetas en sus fatales aguas. La suerte estaba echada.

El sol se puso; el hechizo del crepúsculo cayó sobre su alma; la exaltación de su espíritu se desvaneció. Hermosos pensamientos, llenos de dulzura y tranquilidad y consuelo, vinieron agrupándose alrededor de su corazón como serafines. Pensó en Edith en sus horas de ternura; pensó en los momentos puros y solemnes en que mezclar su nombre con los héroes de la humanidad era su aspiración, y lograr la inmortal fama el propósito inspirador de su vida. ¿Qué eran los adornos vulgares de la ambición vulgar para él? Ningún déspota doméstico podía privarlo de su intelecto, su conocimiento, el poder sustentador de una conciencia no contaminada. Si poseía la inteligencia en la que confiaba, el mundo reconocería su voz incluso si no estaba colocado sobre un pedestal. Si los principios de su filosofía eran verdaderos, el gran corazón de la nación respondería a su expresión. Coningsby sintió en este momento una profunda convicción que nunca más lo abandonó, de que la conducta que violaría los afectos del corazón, o los dictados de la conciencia, por muy bien que conduzca al éxito inmediato, es un error fatal. Consciente de que quizás se acercaba a una vicisitud dolorosa de su vida, se dedicó a un amor que parecía desesperado, y a una fama que quizás era un sueño.

Fue bajo la influencia de estas solemnes resoluciones que escribió, a su regreso a casa, una carta a Lord Monmouth, en la que expresaba todo el afecto que realmente sentía por su abuelo, y todas las punzadas que le costaba adherirse a las conclusiones que ya había anunciado. En términos de ternura, e incluso humildad, declinaba convertirse en candidato para Darlford, o incluso entrar en el Parlamento, excepto como dueño de su propia conducta.

CAPÍTULO V

Lady Monmouth estaba reclinada en un sofá en ese hermoso tocador que había sido equipado bajo la superintendencia del señor Rigby, pero como él creía entonces para la Princesa Colonna. Las paredes estaban cubiertas de raso ámbar, pintado por Delaroche con temas como cabía esperar de su brillante y pintoresco pincel. Hermosas formas, héroes y heroínas en deslumbrantes atuendos, la descendencia de la caballería fusionándose con lo que comúnmente se llama civilización, se movían en grupos gráciles o fantásticos entre palacios y jardines. El techo, tallado en la profunda forma de panal de los sarracenos, estaba ricamente dorado y resaltado en violeta. Sobre una alfombra de terciopelo violeta se representaba el matrimonio de Cupido y Psique.

Eran aproximadamente dos horas después de que Coningsby hubiera salido de Monmouth House, y Flora entró, enviada por Lady Monmouth como era su costumbre, para leerle mientras estaba ocupada con alguna labor ligera.

—Es un libro nuevo de Sue —dijo Lucretia—. Dicen que es bueno.

Flora, sentada a su lado, comenzó a leer. Leer era un logro que distinguía a Flora; pero hoy su voz vacilaba, su expresión era incierta; parecía comprender imperfectamente su página. Más de una vez Lady Monmouth la miró con una mirada inquisitiva. De repente Flora se detuvo y estalló en lágrimas.

—¡Oh, señora! —exclamó al fin—, si usted pudiera hablar con el señor Coningsby, ¡todo podría estar bien!

—¿Qué es esto? —dijo Lady Monmouth, volviéndose rápidamente en el sofá; luego, recogiéndose en un instante, continuó con menos brusquedad y más suavidad de lo habitual—: Dime, Flora, ¿qué es? ¿Qué sucede?

—Mi Señor —sollozó Flora—, se ha peleado con el señor Coningsby.

Una expresión de ávido interés apareció en el semblante de Lucretia.

—¿Por qué se han peleado?

—No sé que se hayan peleado; quizás no es el término correcto; pero mi Señor está muy enojado con el señor Coningsby.

—No muy enojado, creo, Flora; ¿y por qué?

—¡Oh, muy enojado, señora! —dijo Flora, sacudiendo la cabeza con tristeza —. Mi Señor le dijo a M. Villebecque que quizás el señor Coningsby nunca volvería a entrar en la casa.

—¿Fue hoy? —preguntó Lucretia.

—Esta mañana. El señor Coningsby se ha ido hace solo una hora o dos. No hará lo que mi Señor desea, sobre algún escaño en la Cámara. No sé exactamente qué es; pero mi Señor está en uno de sus estados de terror: mi padre tiene miedo incluso de entrar en su habitación cuando está así.

—¿Ha estado el señor Rigby aquí hoy? —preguntó Lucretia.

—El señor Rigby no está en la ciudad. Mi padre fue a buscar al señor Rigby esta mañana antes de que llegara el señor Coningsby, y descubrió que el señor Rigby no estaba en la ciudad. Por eso lo sé.

Lady Monmouth se levantó de su sofá y caminó una o dos veces por la habitación. Luego, volviéndose hacia Flora, dijo:

—Vete ahora: el libro es estúpido; no me divierte. Espera: averigua todo lo que puedas sobre la pelea antes de que hable con el señor Coningsby.

Flora salió de la habitación. Lucretia permaneció algún tiempo en meditación; luego escribió unas líneas, que despachó de inmediato al señor Rigby.

CAPÍTULO VI

¡Qué gran hombre era el Muy Honorable Nicholas Rigby! Aquí estaba uno de los primeros nobles de Inglaterra, y una de las más bellas damas de Londres, esperando ambos con igual ansiedad su regreso a la ciudad; ¡e incapaces de realizar dos asuntos de vasta importancia, aunque totalmente desconectados, sin su interposición! ¿Cuál era el secreto de la influencia de este hombre, en quien todos confiaban, en quien nadie confiaba? Sus consejos no eran profundos, sus expedientes no eran felices; no tenía sentimientos, y no podía crear simpatía. Es que, en la mayoría de las transacciones de la vida, hay alguna porción que a nadie le importa realizar, y que todo el mundo desea que se logre. Esta era siempre la porción del señor Rigby. Ante los ojos del mundo tenía constantemente la apariencia de estar mezclado en altos tratos, y negociaciones y arreglos de fina gestión, mientras que en verdad, a pesar de su espléndida librea y los aires que se daba en el vestíbulo de los sirvientes, su verdadero negocio en la vida había sido siempre hacer el trabajo sucio.

El señor Rigby había estado encerrado en su villa últimamente. Estaba preparando, no se podría decir componiendo, un artículo, artículo muy demoledor, que debía demostrar que el *penny postage* (franqueo de un penique) debía ser la destrucción de la aristocracia. Era un gran tema, tratado en su más alto estilo. Sus retratos paralelos de Rowland Hill el

conquistador de Almarez y Rowland Hill el ideador del correo barato eran enormemente finos. Estaba lleno de pasajes en cursiva, pequeñas palabras en mayúsculas grandes, y casi arrancaba lágrimas. Los detalles estadísticos también eran muy interesantes y novedosos. Varios de los antiguos carteros, tanto de dos peniques como generales, que habían estado en el cargo con él mismo, y que estaban inspirados con un igual celo contra ese espíritu de reforma del que habían sido igualmente víctimas, le proporcionaron información que nada más que una violación del deber ministerial podría haber suministrado. La peroración profética sobre el irresistible progreso de la democracia era casi tan poderosa como uno de los discursos de Rigby sobre Aldborough o Amersham. Nunca hubo un tipo para dar una buena y sincera patada al pueblo como Rigby. Él mismo surgido de los desechos de la plebe, esto era desinteresado. ¿Qué podría ser más patriótico y magnánimo que sus jeremiadas sobre la caída de los Montmorenci y los Crillons, o la posible catástrofe de los Percy y los Manners? La verdad de todo este alboroto era que Rigby tenía una pensión oculta que, por una inevitable asociación de ideas, siempre conectaba con el mantenimiento de una aristocracia. Todas sus farragosas disertaciones sobre la revolución francesa eran impulsadas por esta influencia secreta; y cuando se lamentaba sobre *la guerre aux châteaux* (la guerra a los castillos) y gemía como una mandrágora sobre el Castillo de Nottingham en llamas, el pícaro tenía un ojo todo el tiempo en el día del pago de la pensión.

Llegando a la ciudad al día siguiente de la entrevista de Coningsby con su abuelo, el señor Rigby encontró una citación de Monmouth House esperándole, y una nota urgente de Lucretia rogándole que no permitiera que nada le impidiera verla durante unos minutos antes de llamar al Marqués.

Lucretia, actuando sobre la insinuación inconsciente de Flora, había obtenido en el curso de veinticuatro horas detalles bastante amplios y precisos de la causa de la contienda entre Coningsby y su esposo. Podía informar al señor Rigby no solo de que Lord Monmouth estaba muy indignado contra su nieto, sino de que la causa de su malentendido surgía sobre un escaño en la Cámara de los Comunes, y ese escaño también el que el señor Rigby había apropiado durante mucho tiempo para sí mismo, y sobre cuyo registro había vigilado con tan cariñosa solicitud.

Lady Monmouth arregló esta información como una artista de primera clase, y le dio una agrupación y un color que produjo el efecto más vivo sobre su confederado. El semblante de Rigby era casi cadavérico cuando recibió la noticia; una mueca, mitad de malicia, mitad de terror, jugaba sobre sus rasgos.

—Te dije que tuvieras cuidado con él hace mucho tiempo —dijo Lady

Monmouth—. Él ha estado, siempre ha estado, en el camino de ambos.

—Está en mi poder —dijo Rigby—. Podemos aplastarlo.

—¿Cómo?

—Está enamorado de la hija de Millbank, el hombre que compró Hellingsley.

—¡Ja! —exclamó Lady Monmouth, en tono prolongado.

—Estuvo en Coningsby todo el verano pasado, rondándola. Encontré al joven Millbank completamente domiciliado en el Castillo; un hecho que, por sí mismo, si se lo comunicara a Lord Monmouth, aseguraría la aniquilación del muchacho.

—Y guardaste esta buena noticia para una campaña de invierno, mi buen señor Rigby —dijo Lady Monmouth, con una sutil sonrisa—. Era un arma de servicio. Te felicito.

—La oportunidad no siempre está madura —dijo el señor Rigby.

—Pero ahora está muy madura. No nos ocultemos que, desde su primera visita a Coningsby, ninguno de los dos hemos estado realmente en la misma posición que entonces ocupábamos, o creíamos que ocuparíamos. Mi Señor, aunque usted apenas lo creería, tiene debilidad por este muchacho; y aunque yo con mi matrimonio, y usted con su celosa habilidad, aparentemente hemos asegurado un dominio permanente sobre sus hábitos, nunca he dudado de que cuando llegue la crisis descubriremos que el fruto dorado es arrancado por alguien que no ha vigilado el jardín. ¿Me entiende? No hay razón por la que nosotros dos debamos chocar; ambos podemos encontrar lo que queremos, y más seguramente si trabajamos en compañía.

—Confío en que mi devoción hacia usted nunca haya sido puesta en duda, querida señora.

—Ni hacia usted mismo, querido señor Rigby. Vaya ahora: el juego está ante usted. Líbreme de este Coningsby, y yo le aseguraré todo lo que quiere. No dude de mí. No hay razón. Quiero un aliado firme. Deben ser dos.

—Se hará —dijo Rigby—; debe hacerse. Si una vez se corre la voz de que uno de la familia del Castillo puede quizás presentarse para Darlford, todas las combinaciones actuales se desorganizarán. Debe hacerse de inmediato. Sé que el Gobierno disolverá.

—También lo he oído con certeza —dijo Lucretia—. Asegúrese de que no hay

tiempo que perder. ¿Qué quiere de usted hoy?

—No sé; hay tantas cosas.

—Sin duda; y sin embargo no puedo dudar de que hablará de esta pelea. No se pierda la ocasión. Cualquiera que sea su estado de ánimo, se puede introducir el tema. Si es bueno, lo guiará más fácilmente; si es oscuro, el amor por la muchacha de Hellingsley, el hecho de que el hermano esté en su castillo, bebiendo su vino, montando sus caballos, dando órdenes a sus sirvientes; no omitirá detalles: un Millbank completamente en casa en Coningsby lo enfurecerá. Está muy maduro. Ni una palabra de que me ha visto. Vaya, vaya, o puede que sepa que ha llegado. Estaré en casa toda la mañana. Será galante que me haga una pequeña visita cuando haya terminado sus asuntos. Entiende. *Au revoir!* (Hasta la vista).

Lady Monmouth tomó de nuevo su novela francesa; pero sus ojos pronto se deslizaron sobre la página, sin ser atrapados por su contenido. Su propia existencia era demasiado interesante para encontrar alguna emoción en la ficción. Habían pasado casi tres años desde su boda; ese gran paso que siempre tuvo la convicción de que llevaría a resultados aún mayores. Últimamente a menudo había sido invadida por el presentimiento de que estaban cerca; nunca más que en este día. Irresistible era la corriente de asociaciones que la llevó a meditar sobre la libertad, la riqueza, el poder; sobre una carrera que debería al mismo tiempo deslumbrar la imaginación y gratificar su corazón. A pesar de los chismes de París, fundados en ningún conocimiento auténtico del carácter o la información de su esposo, basados en las observaciones al azar de la multitud flotante, la propia Lucretia no tenía razón para temer que su influencia sobre Lord Monmouth, si se ejercía, estuviera materialmente disminuida. Pero satisfecha de que no había formado otro vínculo, para ella siempre la prueba de su posición, no había considerado conveniente, y ciertamente le habría resultado molesto, mantener esa influencia por medios ostentosos. Sabía que Lord Monmouth era caprichoso, fácilmente aburrido, pronto hastiado; y que en los hombres que no tienen afectos, el afecto no tiene dominio. Sus pasiones o sus fantasías, por el contrario, como le parecía, son más bien estimuladas por el abandono o la indiferencia, siempre que no sean sistemáticos; y la circunstancia de que una esposa sea admirada por alguien que no es su esposo a veces revive maravillosamente la pasión o renueva el respeto de quien debería serle devoto.

La salud de Lord Monmouth era el tema que nunca estaba ausente de la vigilancia o meditación de Lucretia. Estaba bien segura de que su vida ya no era segura. Sabía que después de su matrimonio había hecho un testamento que le aseguraba una gran parte de su gran fortuna en caso de que no

tuvieran descendencia, y después del accidente en París toda esperanza a ese respecto se había perdido. Recientemente, la extrema ansiedad que Lord Monmouth había mostrado por terminar con la suspensión de la baronía de la que su primera esposa era coheredera en favor de su nieto, había alarmado a Lucretia. Establecer en el país otra rama de la casa de Coningsby era evidentemente la última excitación de Lord Monmouth, y quizás una permanente. Si la idea se aceptaba una vez, a pesar del límite de su dotación que Lord Monmouth podría contemplar en el primer momento, Lucretia había estudiado su temperamento lo suficiente para estar convencida de que todas sus energías y todos sus recursos se dedicarían en última instancia a su realización práctica. Su prejuicio original contra Coningsby y sus celos de su influencia se habían visto, por lo tanto, considerablemente agravados últimamente; y la noticia de que por primera vez había un malentendido entre Coningsby y su esposo la llenó de excitación y esperanza. Conocía lo suficiente a su Señor para sentirse segura de que la causa del disgusto en el presente caso no podía ser leve; resolvió trabajar inmediatamente para que no fuera transitoria; y sucedió que había solicitado ayuda para este esfuerzo al mismo individuo en cuyo poder estaba lograr todo su deseo, mientras que al hacerlo sentía al mismo tiempo que defendía su propia posición y avanzaba sus propios intereses.

Lady Monmouth estaba ahora esperando con cierta excitación el regreso del señor Rigby. Su entrevista con su patrón fue de una duración inusual. Había pasado una hora, y más de una hora. Lady Monmouth volvió a dejar el libro que más de una vez había desechado. Paseó por la habitación, inquieta más que desasosegada. Tenía completa confianza en la habilidad de Rigby para la ocasión; y con su conocimiento del carácter de Lord Monmouth, no podía contemplar la posibilidad de fracaso, si las circunstancias se introducían hábilmente a su consideración. Sin embargo, el tiempo pasaba; el proceso agotador de la incertidumbre estaba actuando sobre su sistema nervioso. Comenzó a pensar que Rigby no había encontrado la ocasión favorable para la catástrofe; que Lord Monmouth, por miedo a perturbar a Rigby y acarrear explicaciones sobre sí mismo, había evitado la comunicación necesaria; que su hábil combinación por el momento había fallado. Habían transcurrido dos horas, y Lucretia, en un estado de considerable irritación, estaba a punto de preguntar si el señor Rigby estaba con Su Señoría cuando la puerta de su tocador se abrió y ese caballero apareció.

—¡Cuánto tiempo ha estado! —exclamó Lady Monmouth—. Siéntese ahora y cuénteme lo que ha pasado.

Lady Monmouth señaló el asiento que Flora había ocupado.

—Le agradezco a Su Señoría —dijo el señor Rigby, con una expresión algo

grave y sin embargo perpleja en el semblante, y sentándose a cierta distancia de su compañera—, pero estoy muy bien aquí.

Hubo una pausa. En lugar de responder a la invitación de Lady Monmouth para comunicarse con su habitual disposición y locuacidad, el señor Rigby estaba en silencio y, si fuera posible usar tal expresión con respecto a tal caballero, aparentemente avergonzado.

—Bueno —dijo Lady Monmouth—, ¿sabe lo de los Millbank?

—Todo —dijo el señor Rigby.

—¿Y qué dijo?

—Su Señoría estaba muy conmocionado —respondió el señor Rigby, con una expresión piadosa en sus rasgos—. ¡Tan monstruosa ingratitud! Como Su Señoría observó muy justamente: Es imposible decir qué está pasando bajo mi propio techo, o en quién puedo confiar.

—Pero hizo una excepción a su favor, me atrevo a decir, mi querido señor Rigby —dijo Lady Monmouth.

—Lord Monmond tuvo a bien decir que yo poseía toda su confianza —dijo el señor Rigby—, y que en mí confiaba en sus dificultades.

—Muy sensato de su parte. ¿Y qué va a ser del señor Coningsby?

—Las medidas que Su Señoría va a tomar con respecto al establecimiento en general —dijo el señor Rigby— permitirán que la conexión que actualmente subsiste entre ese caballero y su noble pariente, ahora que Lord Monmouth tiene los ojos abiertos a su verdadero carácter, termine naturalmente, sin necesidad de ninguna explicación formal.

—¿Pero qué quiere decir con las medidas que va a tomar en su establecimiento en general?

—Lord Monmouth piensa que necesita un cambio de escenario.

—¿Oh! ¿va a arrastrarme al extranjero otra vez? —exclamó Lady Monmouth, con gran impaciencia.

—Pues no exactamente —dijo el señor Rigby, bastante remilgado.

—Espero que no vaya otra vez a ese terrible castillo de Lancashire.

—Lord Monmouth pensaba que, como usted estaba cansada de París, podría

encontrar algunos de los baños alemanes agradables.

—Pues no hay nada que Lord Monmouth deteste tanto como un balneario alemán.

—Exactamente —dijo el señor Rigby.

—Entonces, qué caprichoso que quiera ir a ellos.

—¡No quiere ir a ellos!

—¿Qué quiere decir, señor Rigby? —dijo Lady Monmouth, en voz más baja, y mirándolo fijamente a la cara con una mirada poco frecuente.

Había un aspecto rudo e inusual en Rigby. Era como si, malicioso y sin embargo al mismo tiempo un poco asustado, se hubiera endurecido en la obstinación.

—Quiero decir lo que Lord Monmouth quiere decir. Sugiere que si Su Señoría pasara el verano en Kissengen, por ejemplo, y un párrafo en el *Morning Post* anunciara que Su Señoría iba a reunirse con usted allí, toda incomodidad se eliminaría; y nadie podría por un momento tomarse la libertad de suponer, incluso si Su Señoría no llegara finalmente a usted, que había ocurrido algo parecido a una separación.

—¡Una separación! —dijo Lady Monmouth.

—Completamente amistosa —dijo el señor Rigby—. Nunca habría consentido en interferir en el asunto, sino para asegurar ese punto más deseable.

—Veré a Lord Monmouth de inmediato —dijo Lucretia, levantándose, su palidez natural agravada hasta un tono de ghoul.

—Su Señoría ha salido —dijo el señor Rigby, con bastante terquedad.

—Nuestra conversación, señor, entonces termina; espero su regreso. Inclinó la cabeza con altivez.

—Su Señoría nunca volverá a Monmouth House.

Lucretia saltó del sofá.

—¡Miserable cobarde! —exclamó—. ¿Ha huido el tirano cobarde? ¿Y realmente piensa que voy a ser aplastada por un instrumento como este? ¡Bah! Puede dejar Monmouth House, pero yo no. ¡Váyase, señor!

—Aún deseoso de asegurar una separación amistosa —dijo el señor Rigby—, Su Señoría debe permitirme presentarle las circunstancias del caso con imparcialidad a su excelente juicio. Lord Monmouth ha decidido un curso; usted sabe tan bien como yo que nunca se aparta de sus resoluciones. Ha dejado instrucciones perentorias, y no escuchará ninguna apelación. Me ha facultado para representar a Su Señoría que desea en todos los sentidos considerar su conveniencia. Sugiere que todo, en resumen, debe arreglarse como si Su Señoría mismo hubiera muerto desgraciadamente; que Su Señoría entre inmediatamente en su viudedad, que se hará pagadera trimestralmente a su orden, siempre que pueda encontrar conveniente vivir en el Continente —añadió el señor Rigby, con cierta vacilación.

—¿Y si no puedo?

—Entonces, dejaremos a Su Señoría la defensa de sus derechos.

—¿Nosotros?

—Pido perdón a Su Señoría. Hablo como amigo de la familia, el fideicomisario de su acuerdo matrimonial, bien conocido también como albacea de Lord Monmouth —dijo el señor Rigby, con su semblante recuperando gradualmente su habitual confianza insensible, y cierto grado de complacencia, mientras recordaba las buenas cosas que enumeraba.

—He decidido —dijo Lady Monmouth—. Defenderé mis derechos. Su amo ha confundido mi carácter y su propia posición. Se arrepentirá del día en que me atacó.

—Lamentaría si hubiera violencia —dijo el señor Rigby—, especialmente cuando todo está dejado a mi gestión y control. Un cargo, en verdad, que solo acepté para su beneficio mutuo. Creo, si lo reflexiona, que podría presentar a Su Señoría algunas consideraciones que podrían inducirla, en general, a opinar que será mejor para nosotros cooperar en este asunto, como lo hemos hecho hasta ahora, en verdad, a lo largo de una amistad ya de algunos años. Rigby estaba asumiendo todo su tono habitual de descarada familiaridad.

—Su confianza en sí mismo supera incluso la estimación de Lord Monmouth —dijo Lucretia.

—Vamos, vamos, es usted desagradable. Su Señoría confunde mi posición. Estoy interfiriendo en este asunto por su bien. Podría haberme negado al cargo. Habría recaído en otro, que lo habría cumplido sin ninguna delicadeza y consideración por sus sentimientos. Vea mi interposición bajo esa luz, mi querida Lady Monmouth, y las circunstancias asumirán un color

completamente nuevo.

—Le ruego que abandone la casa, señor.

El señor Rigby negó con la cabeza. Lo haría con gusto, para complacerla, si estuviera en mi poder; pero Lord Monmouth ha deseado particularmente que me establezca aquí permanentemente. Los sirvientes son ahora mis sirvientes. Es inútil tocar el timbre. Por el bien de Su Señoría, deseo que todo se logre con tranquilidad y, si es posible, con amistad y buen sentimiento. Puede tener incluso una semana para los preparativos de su partida, si es necesario. Eso lo asumiré yo. También cualquier carruaje que desee; sus joyas, al menos todas las que no están en el banco. El arreglo de su viudedad, sus cartas de crédito, incluso su pasaporte, los atenderé yo mismo; demasiado feliz si, con esta dolorosa interferencia, he contribuido de alguna manera a suavizar la molestia que, a primera vista, puede experimentar naturalmente, pero que, como todo lo demás, créame, desaparecerá).

—Enviaré a buscar a Lord Eskdale —dijo Lady Monmouth—. Él es un caballero.

—Estoy bastante seguro —dijo el señor Rigby— de que Lord Eskdale le dará el mismo consejo que yo, si solo lee las cartas de Su Señoría —añadió lentamente—,al Príncipe Trautsmansdorff.

—¿Mis cartas? —dijo Lady Monmouth.

—Perdóneme —dijo Rigby, metiendo la mano en el bolsillo, como para guardar algún tesoro—, no deseo revivir asociaciones dolorosas; pero las tengo, y debo actuar sobre ellas, si insiste en tratarme como a un enemigo, siendo en realidad su mejor amigo; que es lo que debería ser, teniendo el honor de actuar como fideicomisario de su acuerdo matrimonial, y conociéndola durante tantos años.

—Déjeme sola por ahora —dijo Lady Monmouth—. Envíeme a mi sirvienta, si tengo una. No permaneceré aquí la semana que usted menciona, sino que me iré de inmediato de esta casa, que desearía no haber entrado nunca. Adiós, señor Rigby, ahora es usted señor de Monmouth House, y sin embargo no puedo evitar sentir que también a usted lo despedirán antes de que él muera.

El señor Rigby hizo a Lady Monmouth una reverencia como correspondía al amo de la casa, y luego se retiró.

CAPÍTULO VII

Un párrafo en el *Morning Post*, unos días después de su entrevista con su abuelo, que anunciaba que Lord y Lady Monmouth habían salido de la ciudad hacia los baños de Kissengen, sobresaltó a Coningsby, quien llamó ese mismo día a Monmouth House en consecuencia. Allí supo detalles más auténticos de sus inesperados movimientos. Parecía que Lady Monmouth ciertamente había partido; y el portero, con un semblante bastante escéptico, informó a Coningsby que Lord Monmouth iba a seguir; pero cuándo, no podía decir. Por el momento, Su Señoría estaba en Brighton, y en unos días iba a tomar posesión de una villa en Richmond, que hacía algún tiempo se estaba preparando para él bajo la superintendencia del señor Rigby, quien, como también supo Coningsby, residía ahora permanentemente en Monmouth House. Toda esta noticia hizo reflexionar a Coningsby. Estaba suficientemente familiarizado con las partes interesadas para sentirse seguro de que no había sabido toda la verdad. Lo que realmente había sucedido, y cuál era la verdadera causa de los sucesos, le eran igualmente místicos; todo lo que estaba convencido era que se había efectuado alguna gran revolución doméstica de repente.

Coningsby sentía por su abuelo un sincero afecto. Con la excepción de su última desafortunada entrevista, había experimentado de Lord Monmouth nada más que amabilidad tanto en palabras como en hechos. También había algo en Lord Monmouth, cuando quería, bastante fascinante para los jóvenes; y como Coningsby nunca le había causado más que sentimientos placenteros, siempre estaba dispuesto a hacerse adorable para su nieto. La experiencia de un consumado hombre del mundo, avanzado en años, detallada sin rigidez a la juventud, con franqueza y facilidad, es hechizante. Lord Monmouth nunca era locuaz; siempre era conciso y podía ser pintoresco. Revelaba un carácter en una frase, y detectaba la pasión dominante con la mano de un maestro. Además, había visto a todo el mundo y había hecho todo; y aunque, en general, demasiado indolente para la conversación, y amante de que le hablaran, estas eran circunstancias que hacían sus demasiado raras comunicaciones más preciosas.

Con estos sentimientos, Coningsby resolvió, en el momento en que supo que su abuelo estaba establecido en Richmond, hacerle una visita. Le informaron de que Lord Monmouth estaba en casa, y lo llevaron a un salón, donde encontró a dos damas francesas con sus sombreros, a las que pronto descubrió que eran actrices. También habían venido a hacer una visita a su abuelo, y no les disgustaba en absoluto pasar el intervalo que debía transcurrir antes de tener ese placer charlando con su nieto. Coningsby las encontró extremadamente divertidas; con el mejor humor del mundo, un temperamento imperturbable, y una filosofía práctica inconsciente que desafiaba al diablo Cuidado y a todas sus obras. Y menos mal que encontró compañeras tan agradables, porque el tiempo pasaba y no llegaba ninguna

citación para llamarlo a la presencia de su abuelo, ni heraldo para anunciar la llegada de su abuelo. Las damas y Coningsby habían agotado las bromas; habían examinado y criticado todos los muebles, habían saqueado los jarrones de sus flores más bonitas; y Clotilde, que ya había cantado varias veces, proponía un dúo a Ermengarde, cuando un sirviente entró y dijo a las damas que un carruaje estaba listo para darles un paseo, y después de eso Lord Monmouth esperaba que regresaran y cenaran con él; luego, volviéndose hacia Coningsby, le informó, con los cumplidos de su señor, que Lord Monmouth lamentaba estar demasiado ocupado para verle.

No había nada que hacer más que poner buena cara. Abrace a Lord Monmouth de mi parte) —dijo Coningsby a sus amigas—,y díganle que creo que es muy poco amable que no me haya invitado a cenar con ustedes.

Coningsby dijo esto con aire alegre, pero realmente con espíritu deprimido. Se sintió convencido de que su abuelo estaba profundamente disgustado con él; y mientras se alejaba de la villa, no pudo resistir la fuerte impresión de que estaba destinado a no volver a entrar en ella. Sin embargo, estaba decretado lo contrario. Sucedió que el mensaje ocioso que Coningsby había dejado para su abuelo, y que él nunca supuso seriamente por un momento que sus recientes compañeras le hubieran dado a su anfitrión, obró completamente a su favor. Cualesquiera que fueran los sentimientos con respecto a Coningsby en el fondo del corazón de Lord Monmouth, se vio actuado en su negativa a verlo no tanto por el disgusto como por un horror anticipatorio de algo parecido a una escena. Incluso una rendición de Coningsby sin condiciones, y una oferta para declararse candidato a Darlford, o para hacer cualquier otra cosa que su abuelo deseara, habría sido desagradable para Lord Monmouth en su estado de ánimo actual. Como en política una revolución es a menudo seguida por una temporada de torpor, así en el caso de Lord Monmouth la separación de su esposa, que durante un largo período había ocupado su meditación, fue sucedida por una vena de disipación mental. No deseaba ser recordado por nada ni por nadie de que todavía tenía en cierto grado la desgracia de ser un miembro responsable de la sociedad. Quería estar rodeado de individuos que estuvieran por encima o por debajo de los intereses convencionales de lo que se llama el Mundo. No quería oír nada de esas dolorosas y embarazosas influencias que, por nuestra experiencia contraída y falta de ilustración, magnificamos a tan indebida importancia. Para este propósito, deseaba tener a su alrededor personas cuyo conocimiento de las preocupaciones de la vida se refería solo a los medios de existencia, y cuyo sentido de sus objetos se refería solo a las fuentes de disfrute; personas que no habían sido educadas en la idolatría de la Respetabilidad; es decir, de realizar tal cantidad de lo que se llama carácter mediante una deferencia hipócrita a los prejuicios de la comunidad como pueda permitirles, en momentos oportunos y bajo circunstancias y disfraces

convenientes, saquear al público. Esta era la Filosofía Monmouth.

Con estos sentimientos, Lord Monmouth se apartó en este momento de nietos y parientes y lazos de todo tipo. No deseaba que le recordaran su identidad, sino nadar sin molestias ni perturbaciones en su sueño epicúreo. Cuando, por lo tanto, sus bellas visitantes —Clotilde, que abría la boca solo para respirar rosas y diamantes, y Ermengarde, que era tan buena que sacrificaba incluso a sus amantes por sus amigos— lo vieron solo para exclamar al mismo tiempo, y con las mismas voces de alegría estremecedora:

—¿Por qué no lo invitó a cenar?

Y entonces, sin esperar su respuesta, entraron con esa rapidez de elocución que solo las francesas pueden dominar en el catálogo de sus encantos y logros, Lord Monmouth comenzó a lamentar que realmente no hubiera visto a Coningsby, quien, al parecer, podría haber contribuido mucho al placer del día. El mensaje, que se dio debidamente, sin embargo, resolvió el asunto. Lord Monmouth sintió que cualquier posibilidad de explicaciones, o incluso alusiones al pasado, quedaba fuera de discusión; y para defenderse de las acusaciones de sus animadas invitadas, dijo:

—Bueno, vendrá a cenar con ustedes la próxima vez.

No hay fin para la influencia de la mujer en nuestra vida. Está en el fondo de todo lo que nos sucede. Y así fue que, a pesar de todas las combinaciones de Lucretia y el señor Rigby, y de la mortificación y el resentimiento de Lord Monmouth, la favorable impresión que casualmente causó a un par de actrices francesas hizo que Coningsby, antes de que transcurriera un mes desde su memorable entrevista en Monmouth House, recibiera una invitación para cenar de nuevo con su abuelo.

La fiesta fue agradable. Clotilde y Ermengarde tenían ingenios tan brillantes como sus ojos. Había un director de la Ópera, un gran amigo de Villebecque, y su esposa, una espléndida dama, que había sido una *prima donna* (primerísima actriz) de celebridad, y aún tenía una voz dominante para una cámara; un noble carlista que vivía de sus tradiciones, y que, aunque sin un centavo, podía contar una fiesta dada por su familia, antes de la revolución, que había costado un millón de francos; y un médico napolitano, en quien Lord Monmouth tenía gran confianza, y que él mismo creía en el *elixir vitae* (elixir de la vida), completaban la fiesta, con Lucian Gay, Coningsby y el señor Rigby. Nuestro héroe notó que Villebecque en esta ocasión se sentó al fondo de la mesa, pero Flora no apareció.

Mientras tanto, el mes que trajo este satisfactorio y en un momento inesperado resultado fue fructífero también en otras circunstancias aún más

interesantes. Coningsby y Edith se encontraban con frecuencia, si es que se puede describir como encuentro respirar el mismo aire en los mismos atestados salones; siempre vigilando los movimientos del otro, y sin embargo cuidadosos de nunca encontrarse con la mirada del otro. Los encantos de la señorita Millbank se habían convertido en un tema universal, se celebraban en los salones de baile, se discutían en los clubes: Edith era la belleza de la temporada. Todos la admiraban, muchos suspiraban incluso para expresar su admiración; pero la devoción de Lord Beaumanoir, que siempre rondaba a su alrededor, los disuadía de una rivalidad que podría haber hecho desesperar al más audaz. En cuanto a Coningsby, pasaba su vida principalmente con los diversos miembros de la familia Sydney, y casi a diario cabalgaba con Lady Everingham y su hermana, generalmente acompañado por Lord Henry y su amigo Eustace Lyle, entre quienes, en verdad, y Coningsby había relaciones de intimidad apenas menos inseparables. Coningsby había hablado con Lady Everingham del rumor del matrimonio de su hermano mayor, y descubrió, aunque la familia no había sido informada formalmente aún, que ella tenía pocas dudas de su eventual ocurrencia. Admiraba a la señorita Millbank, con cuyo conocimiento continuaba siendo ligero; y deseaba, por supuesto, que su hermano se casara y fuera feliz. *But Percy is often in love* (Pero Percy está a menudo enamorado) —añadía—, y nunca le gusta que seamos muy íntimos con sus amadas. Piensa que eso destruye el romance; y que la familiaridad doméstica puede comprometer su carácter heroico. Sin embargo, realmente creo que ese será un matrimonio.

En general, aunque mostraba un aspecto sereno al mundo, Coningsby pasó este mes en un estado de inquieta miseria. Su alma meditaba sobre un solo tema, y no tenía confidente: no podía resistir el hechizo que lo impulsaba a la sociedad donde al menos Edith podía ser vista, y el círculo en el que vivía era uno en el que su nombre se mencionaba con frecuencia. Solo, en sus solitarias habitaciones del Albany, sentía toda su desolación; y a menudo unos minutos antes de figurar en el mundo, aparentemente seguido y cortejado por todos, había estado sumido en los más oscuros accesos de irremediable desdicha.

Había, por supuesto, visto con frecuencia a Lady Wallinger, pero sus saludos, aunque nunca omitidos, y por ambos lados cordiales, eran breves. Parecía haber un entendimiento tácito entre ellos de no referirse a un tema fructífero en dolorosas reminiscencias.

La temporada menguaba. En el cumplimiento de un proyecto originalmente formado en los campos de juego de Eton, a menudo retomado en Cambridge, y atesorado con la ternura con que los hombres se aferran a un esquema de la juventud temprana, Coningsby, Henry Sydney, Vere y Buckhurst habían comprometido juntos algunos páramos este año; y en unos días estaban a

punto de dejar la ciudad para Escocia. Habían instado a Eustace Lyle a que los acompañara, pero él, que en general parecía no tener mayor placer que su compañía, los había sorprendido al declinar su invitación, con una vaga mención de que más bien pensaba ir al extranjero.

Era el último día de julio, y todo el mundo estaba en un desayuno dado, en una fantasiosa cabaña situada en hermosos jardines a orillas del Támesis, por Lady Everingham. El tiempo era tan brillante como las novelas de Boccaccio; había pirámides de fresas, en cuencos lo bastante colosales para contener naranjos; y la mejor orquesta llenaba el aire de encantadoras melodías, mientras una brillante multitud paseaba sobre un césped como terciopelo, o vagaba en existencia desultoria entre las temblorosas sombras de los sinuosos paseos.

—Mi fiesta fue profética —dijo Lady Everingham, cuando vio a Coningsby—. Me alegra que esté conectada con un incidente. Le da un punto.

—Es usted mística así como profética. Dígame qué vamos a celebrar.

—Theresa va a casarse.

—Entonces yo también profetizaré, y nombraré al héroe de la novela, Eustace Lyle.

—Ha sido más profético que yo —dijo Lady Everingham—, quizás porque estaba pensando demasiado en otra persona.

—Me parece una unión que todos deben reconocer como perfecta. Apenas sé a quién quiero más. He tenido mis sospechas durante mucho tiempo; y cuando Eustace se negó a ir a los páramos con nosotros, aunque no dije nada, quedé convencido.

—En cualquier caso —dijo Lady Everingham, suspirando, con un rostro más bien sonriente—, somos parientes, señor Coningsby; aunque me hubiera gustado desear ser algo más.

—¿Eran esos sus pensamientos, querida señora? Siempre amable conmigo. La felicidad —añadió, en tono melancólico—, temo que nunca pueda ser mía.

—¿Y por qué?

—¡Ah! es una historia demasiado extraña y dolorosa para un día en el que, como Seged, todos debemos decidir ser felices.

—Ya me ha hecho usted miserable.

—Aquí viene un grupo que la hará alegre —dijo Coningsby mientras se alejaba. Edith y los Wallinger, acompañados por Lord Beaumanoir, el señor Melton y Sir Charles Buckhurst, formaban la fiesta. Parecían pródigos en sus felicitaciones a Lady Everingham, habiendo ya sabido la noticia por su hermano.

Coningsby se detuvo para hablar con Lady St. Julians, que aún tenía una hija que casar. Tanto Augustina, que estaba en el Castillo de Coningsby, como Clara Isabella, que debería haber estado allí, habían asegurado cada una al hombre adecuado. Pero Adelaide Victoria había aparecido ahora, y Lady St. Julians tenía un gran aprecio por el favorito nieto de Lord Monmouth, y también por el influyente amigo de Lord Vere y Sir Charles Buckhurst. En caso de que Coningsby no decidiera convertirse él mismo en su yerno, podría aconsejar a cualquiera de sus amigos para una decisión juiciosa sobre un acto inevitable.

—¿Fresas con nata? —dijo Lord Eskdale al señor Ormsby, que parecía ocupado con algunas delicadezas.

—¡Por Dios! no, no, no; esos días han pasado. Creo que hay un poco de viento del este con toda esta buena apariencia.

—Yo soy partidario de la naturaleza de interior —dijo Lord Eskdale—. ¿Sabe que no me gusta ni la mitad la manera en que Monmouth está yendo? Nunca sale de esa villa. Debería cambiar más de aire. Dígaselo.

—No sirve de nada decirle nada. ¿Ha oído algo de Miladi?

—Recibí una carta suya hoy; escribe con buen ánimo. Lamento que se rompiera, y sin embargo nunca pensé que duraría tanto.

—Les di dos años —dijo el señor Ormsby—. Lord Monmouth vivió con su primera esposa dos años. Y después con la Mirandola en Milán, al menos casi dos años; fue un año y diez meses. Debo saberlo, porque me llamó para arreglar asuntos. Llevé a la dama a los baños de Lucca, con el pretexto de que Monmouth se reuniría con nosotros allí. Él se fue a París. Todos sus grandes asuntos han sido de dos años. Recuerdo que quería apostar con Cassilis, en White's, por ello cuando se casó; pero pensé, siendo su amigo íntimo, el amigo más antiguo que tiene, en verdad, y uno de sus fideicomisarios, que quizás era mejor no hacerlo.

—Debería haber apostado con él mismo —dijo Lord Eskdale—, y entonces nunca habría habido separación.

—¡Ja, ja, ja! ¿Sabe? Siento el viento.

Aproximadamente una hora después de esto, Coningsby, que acababa de dejar a la Duquesa, se encontró, en una terraza junto al río, con Lady Wallinger, paseando con la señora Guy Flouncey y un príncipe ruso, a quien esa dama estaba encantando. Coningsby estaba a punto de pasar con alguna cortesía ligera, pero Lady Wallinger se detuvo y quiso hablar con él, sobre temas ligeros, el tiempo y la fiesta, pero sin embargo lo suficientemente hábilmente logró que se volviera y se uniera a ella. La señora Guy Flouncey caminó un poco delante con su admirador ruso. Lady Wallinger la siguió con Coningsby.

—El matrimonio que se ha proclamado hoy me ha sorprendido mucho —dijo Lady Wallinger.

—¿En verdad? —dijo Coningsby—; confieso que estaba preparado para ello desde hace mucho tiempo. Y me parece la alianza más natural concebible, y que todo el mundo debe aprobar.

—Lady Everingham parece muy sorprendida.

—¡Ah! Lady Everingham es una persona brillante, y no se digna a observar circunstancias obvias.

—¿Sabe, señor Coningsby, que siempre pensé que usted estaba comprometido con Lady Theresa?

—¿Yo?

—En verdad, nos informaron hace más de un mes de que usted iba a casarse positivamente con ella.

—No soy de los que pueden cambiar sus afectos con tal rapidez, Lady Wallinger.

Lady Wallinger pareció angustiada. —¿Recuerda nuestro encuentro en las escaleras de la casa ——, señor Coningsby?

—Dolorosamente. Está profundamente grabado en mi cerebro.

—A Edith le acababan de informar de que usted iba a casarse con Lady Theresa.

—¿No sería por aquel con quien ella misma se va a casar? —dijo Coningsby, enrojociendo.

—No sé que vaya a casarse con nadie. Lord Beaumanoir la admira, siempre la ha admirado. Pero Edith no le ha dado ningún ánimo, al menos no le dio

ningún ánimo mientras ella creía... pero ¿por qué detenerse en un tema tan infeliz, señor Coningsby? Tengo la culpa; he tenido la culpa quizás antes, pero en verdad creo que es cruel, muy cruel, que Edith y usted estén separados.

—Usted siempre ha sido mi mejor, mi más querida amiga, y es la más amable y admirable de las mujeres. Pero dígame, ¿es realmente cierto que Edith no va a casarse?

En ese momento, la señora Guy Flouncey se volvió y, asegurando a Lady Wallinger que el Príncipe y ella habían acordado referirle algún punto sobre la más trascendental ética del coqueteo, esta profundamente interesante conversación fue interrumpida, y Lady Wallinger, con la debida suavidad, se vio obligada a escuchar la vivaz apelación de la dama de exageradas tonterías y las afectadas protestas del Príncipe, mientras Coningsby caminaba a su lado, pálido y agitado, y luego ofreció su brazo a Lady Wallinger, que ella aceptó con una afectuosa presión. Al final de la terraza se encontraron con otros invitados, y pronto se sumergieron en la multitud que llenaba el césped.

—Ahí está Sir Joseph —dijo Lady Wallinger, y Coningsby levantó la vista y vio a Edith de su brazo. Se acercaban sin querer. Lord Beaumanoir estaba allí, pero parecía empequeñecerse hoy ante Buckhurst, que estaba cautivado por el momento por Edith, y al oír que ningún caballero era lo suficientemente resuelto para probar una caída con el Marqués, fue impulsado por su talento para la acción a entrar en la lid. Había acallado a todos, desmontado a todos los caballeros. Nadie tenía ninguna posibilidad contra él: respondía a todas sus preguntas antes de que se las hicieran; contradecía a todos con la intrepidez de un Rigby; aniquilaba sus anécdotas con historietas infinitamente más picantes; y si alguien por casualidad hacía un chiste que él no podía superar, declaraba inmediatamente que era un *Joe Miller* (chiste viejo). Era absurdo, extravagante, grotesco, ruidoso; pero era joven, bullicioso e interesante por su salud y su espíritu. Edith estaba extremadamente divertida por él, y alentaba con su sonrisa sus excesos espirituales, cuando de repente todos se encontraron con Lady Wallinger y Coningsby.

Las miradas de Edith y Coningsby se encontraron por primera vez desde que se habían encontrado tan cruelmente en la escalera de la casa ——. Un rubor profundo y rápido inundó su rostro, sus ojos brillaron con una repentina coruscación; de repente y rápidamente extendió su mano.

¡Sí! él vuelve a presionar esa mano que retener permanentemente es la pasión de su vida, ¡y que sin embargo nunca podrá ser suya! Parecía que por

el arrebatador deleite de ese momento podría haber soportado con alegría toda la oscura y desgarradora miseria del año que había pasado desde que la abrazó en los bosques de Hellingsley, y empeñó su fe junto a las aguas del caudaloso Darl.

Aprovechó la ocasión que se le presentaba, un momento para caminar a su lado, y arrancar algunos breves instantes de comunicación sin reservas.

—¡Perdóname! —dijo ella.

—¡Ah! ¿cómo pudiste dudar de mí? —dijo Coningsby.

—Era infeliz.

—¿Y ahora estamos el uno para el otro como antes?

—Y lo estaremos, pase lo que pase.

FIN DEL LIBRO VIII

LIBRO IX

CAPÍTULO I

Era una alegre Navidad en St. Geneviève. Había un tronco de Navidad ardiendo en cada hogar de ese amplio dominio, desde el salón del escudero hasta el techo del campesino. El *Buttery Hatch* (Ventanilla de la Despensa) estuvo abierto toda la semana desde el mediodía hasta la puesta de sol; todos los que llegaban podían comer hasta saciarse, y llevarse tanta carne de res, pan blanco y alegre cerveza como un hombre fuerte pudiera cargar en una cesta con una mano. Para cada mujer, una capa roja, y un abrigo de paño para cada hombre. Todo el día, carretas cargadas de combustible y ropa abrigada recorrían los diversos distritos, distribuyendo confort y alegría. Pues era un caballero cristiano de alto rango, Eustace Lyle.

Dentro de su salón, también, celebraba su fiesta, y su hermosa novia daba la bienvenida a sus invitados, desde sus nobles padres hasta los fieles arrendatarios de la casa. Todas las clases se mezclan en la alegre igualdad que conviene a la estación, a la vez sagrada y alegre. Hay villancicos para la víspera solemne y mimos para el día festivo.

El Duque y la Duquesa, y todos los miembros de la familia, habían consentido este año en pasar la Navidad con los recién casados. Coningsby también estaba allí, y todos sus amigos. La fiesta era numerosa, alegre, cordial y feliz; porque todos estaban unidos por la simpatía.

Estaban planeando que Henry Sydney fuera nombrado *Lord of Misrule* (Señor de la Desmesura), u ordenado *Abbot of Unreason* (Abad de la Sinrazón) como mínimo, tan exitosa había sido su recuperación de los mimos, sin olvidar el *Hobby-horse* (caballo de bastón). Su anfitrión había confiado a Lord Henry la restauración de muchas antiguas observancias; y el sentimiento alegre que esta celebración de la Navidad había difundido por un extenso distrito era un nuevo argumento a favor del principio de Lord Henry, de que una mera mitigación mecánica de las necesidades materiales de las clases humildes, una mitigación que inevitablemente debe ser limitada, nunca puede bastar por sí sola para mejorar su condición; que su condición no es meramente *a knife and fork question* (una cuestión de tenedor y cuchillo), para usar la grosera y superficial frase de la escuela Utilitaria; que una simple satisfacción de las necesidades más groseras de nuestra naturaleza no hará a un pueblo feliz; que hay que cultivar el corazón así como buscar contentar el vientre; y que el medio más seguro para elevar el carácter del pueblo es apelar a sus afectos.

No hay nada más interesante que rastrear la predisposición. Una simpatía indefinida, pero fuerte, con el campesinado del reino había sido una de las sensibilidades características de Lord Henry en Eton. Aún colegial, se había ocupado de sus pasatiempos y de los detalles de su economía doméstica. A medida que avanzaba en la vida, el horizonte de sus puntos de vista se expandió con su inteligencia y su experiencia; y el hijo de una de las más nobles de nuestras casas, a quien los placeres de la vida se ofrecen con fatal facilidad, en el mismo umbral de su carrera dedicó su tiempo y pensamiento, trabajo y vida, a un vasto y noble propósito: la elevación de la condición del gran cuerpo del pueblo.

—Voto por Buckhurst como *Lord of Misrule* —dijo Lord Henry—; yo me conformaré con ser su ujier de caballero.

—Se someterá a votación —dijo Lord Vere.

—Nadie tiene ninguna posibilidad contra Buckhurst —dijo Coningsby.

—Ahora, Sir Charles —dijo Lady Everingham—, su dominio absoluto está a punto de comenzar. ¿Y cuál es su voluntad?

—Lo primero debe ser mi investidura formal —dijo Buckhurst—. Propongo que la cabeza de jabalí sea llevada en procesión tres veces alrededor del salón, y Beau será el campeón que desafíe a todos los que puedan cuestionar mi derecho. Duque, usted será mi jefe mayordomo, la Duquesa mi hierbera. Ella caminará delante de mí y esparcirá romero. Coningsby llevará la cabeza de jabalí; Lady Theresa y Lady Everingham cantarán el cántico; Lord

Everingham será el mariscal de la lista, y pondrá en el cepo a todos los que se encuentren sobrios y decorosos; Lyle será el peregrino de Tierra Santa, y Vere montará el caballo de bastón. Algunos llevarán copas de Hipocras, otros velas encendidas; todos deben unirse al coro.

Cesó sus instrucciones, y todos se apresuraron a ponerlas en práctica. Algunos se vistieron apresuradamente con trajes fantásticos, las damas con túnicas blancas y guirnaldas de flores; otros sacaron piezas de armadura de la pared y se adornaron con yelmo y lorigón; otros ondearon antiguos estandartes. Trajeron la cabeza de jabalí en una gran fuente de plata, y Coningsby la levantó en alto. Formaron la procesión, la Duquesa distribuyendo romero; Buckhurst contoneándose con toda la majestad de Tamerlán, su corte fingida irresistiblemente humorística con su servilismo; y la dulce voz de Lady Everingham cantando el primer verso del cántico, seguida en el segundo por los ricos tonos de Lady Theresa:

I.

Caput Apri defero

Reddens laudes Domino.

La cabeza de jabalí en la mano traigo,

con guirnaldas alegres y romero:

os ruego a todos cantéis alegremente,

Qui estis in convivio (los que estáis en el convite).

II.

Caput Apri defero

Reddens laudes Domino.

La cabeza de jabalí, bien lo entiendo,

es el principal servicio en esta tierra:

mire dondequiera que se encuentre,

Servite cum cantico (servid con cántico).

La procesión desfiló tres veces por el salón. Luego se detuvieron; y el *Lord of Misrule* ascendió a su trono, y sus cortesanos formaron un círculo a su

alrededor. Detrás de él sostenían los antiguos estandartes y agitaban sus brillantes armas, y colocaron sobre un elevado e iluminado pedestal la cabeza de jabalí cubierta de guirnaldas. Era una buena imagen, y el *Lord of Misrule* sostuvo su papel con incansable energía. Estaba dirigiéndose a su corte en una ampulosa rapsodia de alegres tonterías, cuando un sirviente se acercó a Coningsby y le dijo que lo buscaban fuera.

Nuestro héroe se retiró sin ser visto. Un despacho había llegado para él desde Londres. Sin ninguna premonición de su propósito, rompió el sello con mano temblorosa. Su presencia era requerida inmediatamente en la ciudad: Lord Monmouth había muerto.

CAPÍTULO II

Esta fue una crisis en la vida de Coningsby; sin embargo, como muchas épocas críticas, la persona más interesada en ella no era suficientemente consciente de su carácter. El primer sentimiento que experimentó al recibir la noticia fue sincera aflicción. Quería a su abuelo; había recibido gran bondad de él, y en un período de la vida en que era más bienvenida. El abandono y las dificultades de sus primeros años, en lugar de dejar un prejuicio contra quien, por algunos, podría ser considerado su autor, solo habían hecho a Coningsby más sensible, por su contraste, a la solicitud y el disfrute que se habían prodigado en su feliz juventud.

La siguiente impresión en su mente fue sin duda una especulación natural y razonable sobre el efecto de esta pérdida en sus fortunas. Lord Monmouth le había asegurado más de una vez a Coningsby que había provisto para él como correspondía a un pariente cercano a quien estaba apegado, y de una manera que debería satisfacer las necesidades y deseos de un caballero inglés. La asignación que Lord Monmouth le había hecho, tan considerable como la que generalmente se concede a los hijos mayores de los pares ricos, podría justificarle para estimar su futuro patrimonio como extremadamente amplio. Era consciente, en verdad, que en un período posterior su abuelo había proyectado para él fortunas de un carácter aún más elevado. Miraba a Coningsby como el futuro representante de una antigua baronía, y había estado comprando territorio con la intención de respaldar el título. Pero Coningsby no contaba en absoluto firmemente con que estas visiones se realizaran. Sospechaba que al frustrar los deseos de su abuelo al no convertirse en candidato para Darlford, había en ese momento detenido arreglos que, por el tono de la comunicación de Lord Monmouth, creía que entonces estaban en progreso para ese propósito; y pensaba que era improbable, con su conocimiento de los hábitos de su abuelo, que Lord Monmouth hubiera encontrado tiempo o inclinación para reanudar antes de su muerte la realización de estos planes. En verdad, hubo un período en el

que, al adoptar el curso que siguió con respecto a Darlford, Coningsby era muy consciente de que arriesgaba más que la gran fortuna que debía acompañar a la baronía. Si no hubiera ocurrido una separación entre Lord Monmouth y su esposa simultáneamente con la diferencia de Coningsby con su abuelo, era consciente de que las consecuencias podrían haber sido incluso totalmente fatales para sus perspectivas; pero la ausencia de su malévola influencia en tal coyuntura, su eliminación permanente, en verdad, de la escena, junto con su afortunada aunque no formal reconciliación con Lord Monmouth, había desterrado hace mucho tiempo de su memoria todos esos temores a los que había sentido imposible no cerrar los ojos en ese momento. Antes de dejar la ciudad para Escocia, había hecho una visita de despedida a su abuelo, quien, aunque no tan cordial como en los viejos días, había sido gracioso; y Coningsby, durante su excursión a los páramos y sus diversas visitas al campo, había continuado a intervalos escribiendo a su abuelo, como había sido su costumbre durante algunos años. En general, con un sentimiento indefinido que, a pesar de muchos esfuerzos racionales, sin embargo rondaba su mente, de que este gran y repentino evento podría ejercer una vasta y beneficiosa influencia en su posición mundana, Coningsby no pudo menos que sentir algún consuelo en la aflicción que sinceramente experimentaba, en la esperanza de que al menos ahora pudiera ofrecer a Edith un hogar digno de sus encantos, sus virtudes y su amor.

Aunque no la había visto desde su apresurada pero dulce reconciliación en los jardines de Lady Everingham, Coningsby nunca estaba mucho tiempo sin noticias indirectas de los incidentes de su vida; y la correspondencia entre Lady Everingham y Henry Sydney, mientras estaban en los páramos, le había informado de que la corte de Lord Beaumanoir había terminado sin éxito casi inmediatamente después de que su hermano hubiera dejado Londres.

Era tarde por la noche cuando Coningsby llegó a la ciudad: llamó de inmediato a Lord Eskdale, que era uno de los albaceas de Lord Monmouth; y persuadió a Coningsby, a quien vio deprimido, a cenar con él a solas.

—No deberías dejarte ver en un club —dijo el bonachón noble—; y recuerdo en mis viejos días cuál era la riqueza de una despensa albanesa.

Lord Eskdale, durante la cena, habló francamente de la disposición de la propiedad de Lord Monmouth. Habló como si fuera natural que Coningsby fuera el principal heredero de su abuelo.

—No sé si serás más feliz con una gran fortuna —dijo Lord Eskdale—. Es algo problemático: nadie está satisfecho con lo que haces con ella; muy a menudo ni tú mismo. Mantener un gasto ecuánime; no gastar demasiado en una cosa, demasiado poco en otra, es un arte. Debe haber una armonía, una

coherencia, en el desembolso, que muy pocos hombres tienen. La gran riqueza cansa. Lo que se debe tener son unas diez mil libras al año, y que el mundo piense que solo tienes cinco. Entonces hay algún disfrute; a uno lo dejan en paz. Pero en el momento en que tienes una gran fortuna, comienzan los deberes. Y luego tipos insolentes te piden dinero prestado; y si se lo pides de vuelta, andan por la ciudad diciendo que eres un tacaño.

Lord Monmouth había muerto repentinamente en su villa de Richmond, a la que últimamente nunca abandonaba, en una pequeña cena, sin más personas cerca de él que las que le entretenían. De repente descubrió que no podía levantar su copa a los labios y, siendo extremadamente educado, esperó unos minutos antes de pedir a Clotilde, que cantaba una chispeante canción para beber, que le hiciera ese servicio. Cuando, de acuerdo con su petición, llegó hasta él, era demasiado tarde. Las damas chillaron, asustadas: al principio estaban desesperadas, pero, después de reflexionar, mostraron cierta intención de saquear la casa. Villebecque, que estaba ausente en ese momento, llegó a tiempo; y todos se volvieron ordenados y afligidos.

El cuerpo había sido trasladado a Monmouth House, donde había sido embalsamado y expuesto en capilla ardiente. El funeral no fue muy concurrido. No había nadie en la ciudad; sin embargo, algunas distinguidas conexiones vinieron del campo, aunque era un período inconveniente para tales movimientos. Después del funeral, el testamento iba a ser leído en el salón principal de Monmouth House, uno de esos magníficos apartamentos que habían excitado la maravilla infantil de Coningsby en su primera visita a ese techo paterno, y ahora colgaban en negro, adornados con el escudo del noble difunto.

Las disposiciones testamentarias del difunto señor aún eran desconocidas, aunque los nombres de sus albaceas habían sido anunciados por su abogado familiar, en cuya custodia el testamento y los codicilos habían permanecido siempre. Los albaceas según el testamento eran Lord Eskdale, el señor Ormsby y el señor Rigby. Por un nombramiento posterior, Sidonia había sido añadido. Todos estos individuos estaban ahora presentes. Coningsby, que había sido el doliente principal, estaba a la derecha del abogado, que se sentaba al final de una larga mesa, alrededor de la cual, en grupos, estaban dispuestos todos los que habían asistido al funeral, incluyendo a varios de los miembros superiores de la casa, entre ellos M. Villebecque.

El abogado se levantó y explicó que aunque Lord Monmouth había tenido la costumbre de añadir muy a menudo codicilos a su testamento, el testamento original, por muy cambiado o modificado que estuviera, nunca había sido revocado; por lo tanto, era necesario comenzar leyendo ese instrumento. Dicho esto, se sentó y, rompiendo los sellos de un gran paquete, produjo el

testamento de Felipe Augusto, Marqués de Monmouth, que había sido retenido en su custodia desde su ejecución.

Por este testamento, de fecha 1829, la suma de 10,000 libras se dejaba a Coningsby, entonces desconocido para su abuelo; la misma suma al señor Rigby. Había un gran número de legados, ninguno de cantidad superior, la mayoría de ellos menores: estos se dejaban principalmente a viejos compañeros masculinos y a mujeres en varios países. Había un número casi inconcebible de pequeñas anualidades a sirvientes fieles, actores decrépitos y oscuros extranjeros. El resto de su patrimonio personal se dejaba a cuatro caballeros, tres de los cuales habían abandonado este mundo antes que el legatario; las mandas, por lo tanto, habían caducado. El cuarto legatario residual, en quien, según los términos del testamento, todo habría convergido, era el señor Rigby.

Siguieron varios codicilos que no afectaron materialmente la disposición previa; uno de ellos dejaba un legado de 20,000 libras a la Princesa Colonna; hasta que llegaron a la última parte del año 1832, cuando un codicilo aumentó las 10,000 libras dejadas bajo el testamento a Coningsby a 50,000 libras.

Después de la visita de Coningsby al Castillo en 1836, ocurrió un cambio muy importante en la disposición de la propiedad de Lord Monmouth. El legado de 50,000 libras a su favor fue revocado, y la misma suma se dejó a la Princesa Lucretia. Una cantidad similar fue legada al señor Rigby; y Coningsby fue dejado como único legatario residual.

El matrimonio condujo a una modificación considerable. Una propiedad de unas nueve mil libras al año, que Lord Monmouth había comprado por sí mismo, y que por lo tanto estaba en su propia disposición, fue dejada a Coningsby. El legado al señor Rigby se redujo a 20,000 libras, y todo el resto de su herencia se dejó a su descendencia con Lady Monmouth. En caso de que muriera sin descendencia, la propiedad legada a Coningsby debía ser tomada en cuenta, y el resto entonces se dividiría igualmente entre Lady Monmouth y su nieto. Bajo este instrumento, Sidonia había sido nombrado albacea y a quien Lord Monmouth dejó, entre otros, el célebre cuadro de la Sagrada Familia de Murillo, como su amigo lo había admirado a menudo. A Lord Eskdale dejó todas sus miniaturas femeninas, y al señor Ormsby su rara y espléndida colección de novelas francesas, y todos sus vinos, excepto su Tokay, que dejó, con su biblioteca, a Sir Robert Peel; aunque este legado fue revocado posteriormente, como consecuencia de la conducta de Sir Robert sobre las corporaciones irlandesas.

El abogado hizo una pausa y pidió permiso para enviar a buscar un vaso de

agua. Mientras se arreglaba esto, hubo un murmullo en la parte baja de la habitación, pero poca disposición a la conversación entre los cercanos al abogado. Coningsby estaba en silencio, su ceño un poco fruncido. El señor Rigby estaba pálido e inquieto, pero no dijo nada. El señor Ormsby tomó una pizca de rapé y ofreció su cajita a Lord Eskdale, que estaba a su lado. Intercambiaron miradas e hicieron alguna observación sobre el tiempo. Sidonia permanecía aparte, con los brazos cruzados. No había asistido, por supuesto, al funeral, ni había intercambiado aún ningún reconocimiento con Coningsby.

—Ahora, caballeros —dijo el abogado—, si les parece, continuaré.

Llegaron al año 1839, el año en que Coningsby estaba en Hellingsley. Este parecía ser un período crítico en las fortunas de Lady Monmouth; mientras que las de Coningsby alcanzaban el punto culminante. El señor Rigby fue reducido a su legado original bajo el testamento de 10,000 libras; una suma de igual cantidad fue legada a Armand Villebecque, en reconocimiento a sus fieles servicios; todas las disposiciones a favor de Lady Monmouth fueron revocadas, y ella fue limitada a su moderada viudedad de 3,000 libras anuales, bajo el acuerdo matrimonial; mientras que todo, sin reserva, fue dejado absolutamente a Coningsby.

Un codicilo posterior determinó que las 10,000 libras dejadas al señor Rigby se dividieran igualmente entre él y Lucian Gay; pero como compensación, Lord Monmouth dejó al Muy Honorable Nicholas Rigby el busto de ese caballero, que él mismo había presentado a Su Señoría, y que, a su deseo, había sido colocado en el vestíbulo del Castillo de Coningsby, con el amable motivo de que después de la muerte de Lord Monmouth, el señor Rigby podría desear, quizás, presentarlo a algún otro amigo.

Lord Eskdale y el señor Ormsby tuvieron cuidado de no encontrarse con la mirada del señor Rigby. En cuanto a Coningsby, no veía a nadie. Mantuvo, durante la extraordinaria situación en la que se encontraba, una actitud firme; pero sereno y regulado como parecía a los espectadores, sus nervios estaban realmente tensos a un alto grado.

Había aún otro codicilo. Llevaba la fecha de junio de 1840, y fue hecho en Brighton, inmediatamente después de la separación con Lady Monmouth. Fue la vista de este instrumento lo que sostuvo a Rigby en esta gran emergencia. Tenía la salvaje convicción de que, después de todo, debía poner todo en orden. Se sentía seguro de que, como Lady Monmouth ya había sido eliminada, debía referirse principalmente a la desheredación de Coningsby, asegurada por las maliciosas tergiversaciones de Rigby sobre lo que había ocurrido en Lancashire durante el verano anterior. ¿Y entonces a quién

podría Lord Monmouth dejar su dinero? Por mucho que pudiera recortar y tallar sus fortunas, Rigby, y especialmente en un momento en que lo había servido tanto, debía recibir una buena tajada.

Su mente presciente tenía razón. Todas las disposiciones a favor de mi nieto Harry Coningsby fueron revocadas; y heredó de su abuelo solo el interés de la suma de 10,000 libras que se le había legado originalmente en su niñez huérfana. Los albaceas tenían el poder de invertir el capital de cualquier manera que consideraran adecuada para su avance en la vida, siempre que no se colocara en (el capital de cualquier fábrica.

Coningsby palideció; perdió su mirada abstraída; captó la mirada de Rigby; leyó la malicia latente de ese rostro sin embargo ansioso.

Lo que pasó por la mente y el ser de Coningsby fue pensamiento y sensación suficientes para un año; pero fue como el relámpago que revela todo un país, pero cesa de ser antes de que uno pueda decir que fulmina.

Hubo una revelación para él de un poder interior que debería burlar estas calamidades convencionales, una confianza natural y sagrada en su juventud y salud, y conocimiento y convicciones. Incluso el recuerdo de Edith no iba desacompañado de algunas asociaciones sustentadoras. Al menos, el más poderoso enemigo de su unión había partido.

Todo esto fue la impresión de un instante, simultánea con la lectura de las palabras de forma con las que la última disposición testamentaria del Marqués de Monmouth dejaba la suma de 30,000 libras a Armand Villebecque; y todo lo demás, resto y remanente de su propiedad no vinculada, dondequiera y cualquiera que fuera, que ascendía en valor a casi un millón de libras esterlinas, fue dado, legado y heredado a Flora, comúnmente llamada Flora Villebecque, la hijastra del dicho Armand Villebecque, pero que es mi hija natural de Marie Estelle Matteau, actriz del Théâtre Français en los años 1811-15, con el nombre de Stella.

CAPÍTULO III

—¡Esto es un descalabro! —dijo Coningsby, con un semblante grave más que agitado, a Sidonia, mientras su amigo se acercaba a saludarlo, sin embargo, sin ninguna expresión de condolencia.

—El año que viene por estas fechas no lo pensarás así —dijo Sidonia.

Coningsby se encogió de hombros.

—La principal molestia de este tipo de fracaso —dijo Sidonia— es la

condolencia del mundo gentil. Creo que ya podemos irnos. Voy a casa a cenar. Ven y discutiremos tu posición. Por ahora no hablaremos de ello. Dicho esto, Sidonia, amablemente, sacó a Coningsby de la habitación.

Caminaron juntos hacia la casa de Sidonia en Carlton Gardens, sin hacer la más mínima alusión a la catástrofe; Sidonia preguntando dónde había estado, qué había estado haciendo, desde la última vez que se vieron, y él mismo conversando en su tono habitual, aunque con un poco más de sentimiento en su manera de lo que era costumbre. Cuando llegaron allí, Sidonia ordenó su cena inmediatamente, y durante el intervalo entre la orden y su aparición, llamó la atención de Coningsby sobre una vieja pintura alemana que acababa de recibir, sus colores brillantes y sus pintorescos atuendos.

—Come, y te vendrá el apetito —dijo Sidonia, cuando observó a Coningsby algo reacio—. Toma algo de ese Chablis: te pondrá bien; lo encontrarás delicioso.

De esta manera pasaron unos veinte minutos; su comida había terminado, y estaban solos.

—He estado pensando todo este tiempo en tu posición —dijo Sidonia.

—Una posición lamentable, me temo —dijo Coningsby.

—Realmente no puedo ver eso —dijo su amigo—. Has experimentado esta mañana una decepción, pero no una calamidad. Si hubieras perdido un ojo, habría sido una calamidad: ninguna combinación de circunstancias podría haberte dado otro. Realmente no hay miserias excepto las miserias naturales; las desgracias convencionales son meras ilusiones. Lo que parece convencionalmente, desde un punto de vista limitado, una gran desgracia, si se ve posteriormente en sus resultados, es a menudo el incidente más feliz de la vida de uno.

—Espero que llegue el día en que pueda sentir esto.

—Ahora es el momento en que la filosofía es útil; es decir, ahora es el momento en que debes comprender claramente las circunstancias que te rodean. La filosofía de vacaciones es mera ociosidad. Piensas, por ejemplo, que acabas de experimentar una gran calamidad, porque has perdido la fortuna con la que contabas.

—Debo decir que sí.

—Te pregunto de nuevo, ¿qué habrías preferido perder, la herencia de tu abuelo o tu pierna derecha?

—Ciertamente mi herencia.

—¿O tu brazo izquierdo?

—Sigue siendo la herencia.

—¿Habrías recibido la herencia con la condición de que te sacaran los dientes del frente?

—No.

—¿Habrías renunciado a un año de tu vida por esa fortuna triplicada?

—Incluso a los veintitrés años habría rechazado los términos.

—Vamos, vamos, Coningsby, la calamidad no puede ser muy grande.

—Bueno, lo has puesto en un punto de vista ingenioso; y sin embargo no es tan fácil convencer a un hombre de que debe estar contento cuando ha perdido todo.

—Tienes muchas cosas en este momento que prefieres separadamente a la fortuna que has perdido. ¿Cómo entonces se puede decir que has perdido todo?

—¿Qué tengo? —dijo Coningsby, desalentado.

—Tienes salud, juventud, buena apariencia, grandes habilidades, conocimientos considerables, un buen valor, un espíritu elevado y una experiencia nada despreciable. Con cada una de estas cualidades se podría hacer una fortuna; la combinación debería alcanzar la más alta.

—Me consuelas —dijo Coningsby, con un leve rubor y una más leve sonrisa.

—Te enseño la verdad. Eso siempre es consolador. Creo que eres un joven muy afortunado; no te habría considerado más afortunado si hubieras sido el heredero de tu abuelo; quizás menos. Pero deseo que comprendas tu posición: si la entiendes, dejarás de lamentarte.

—¿Pero qué debería hacer?

—Aplica tu inteligencia al objetivo correcto. No te ofrezco fortunas, porque sé que no las aceptarías, y en verdad no deseo verte como un holgazán en la vida. Si hubieras heredado un gran patrimonio, es posible que tu carácter natural y tu cultura previa te hubieran salvado de su influencia paralizante; pero es una cuestión, incluso contigo. Ahora eres libre; es decir, eres libre, si

no estás endeudado. Un hombre que no ha visto el mundo, cuya fantasía está acosada por brillantes imágenes de placeres que nunca ha experimentado, no puede vivir con 300 libras al año; pero tú puedes. No tienes nada que persiga tus pensamientos, o que perturbe la abstracción de tus estudios. Has visto a las mujeres más hermosas; has banqueteado en palacios; sabes de qué están hechos los héroes, los ingenios y los estadistas; y puedes recurrir a tu memoria en lugar de a tu imaginación para todos esos deslumbrantes e interesantes objetos que hacen inquieto al inexperto, y son la causa de lo que se llaman apuros. Pero no puedes hacer nada si estás endeudado. Debes ser libre. Antes, por lo tanto, de que procedamos, debo rogarte que seas franco en este punto. Si tienes algún gravamen absoluto o contingente, dímelo sin reservas y permíteme cancelarlos de inmediato hasta cualquier cantidad. Me complacerás sensiblemente al hacerlo: porque estoy interesado en observar tu carrera, y si el corredor comienza con un lastre, mis observaciones psicológicas serán imperfectas.

—Eres, en verdad, un amigo; y si tuviera deudas, te pediría que las pagaras. No tengo nada de eso. Mi abuelo era tan generoso en su asignación para mí que nunca me metí en dificultades. Además, hay caballos y cosas sin fin que debo vender, y dinero en Drummonds'.

—Eso te dará tu equipo, cualquiera que sea el curso que adoptes. Concibo que hay dos carreras que merecen tu consideración. En primer lugar, está la Diplomacia. Si te decides por eso, puedo ayudarte. Existen entre el Ministro y yo tales relaciones que puedo asegurarte de inmediato ese primer paso que es tan difícil de obtener. Después de eso, mucho, si no todo, depende de ti mismo. Pero podría adelantarte, siempre que fueras capaz. No languidecerías, al menos, por falta de ascenso. En un puesto importante, podría poner en tu camino ventajas que pronto te permitirían controlar los gabinetes. La información domina el mundo. No dudo de tu éxito, y para tal carrera, rápido. Asumámoslo como un hecho. ¿Es un resultado satisfactorio? Suponte dentro de una docena de años un Plenipotenciario en una corte principal, o en un puesto crítico, con una cinta roja y el Consejo Privado en perspectiva inmediata; y, después de una larga carrera, una pensión y un título nobiliario. ¿Te satisfaría eso? No te ves emocionado. Apenas me sorprende. En tu posición, a mí no me satisfaría. Un Diplomático es, después de todo, un fantasma. Hay una falta de nacionalidad en su ser. Siempre considero a los Diplomáticos como los hebreos de la política; sin patria, credos políticos, convicciones populares, esa fuerte realidad de existencia que impregna la carrera de un ciudadano eminente en un país libre y grande.

—Lees mis pensamientos —dijo Coningsby—. Lamentaría separarme de Inglaterra.

—Queda entonces la otra, la más grande, la más noble carrera —dijo Sidonia —, que en Inglaterra puede dártelo todo, la Abogacía. Estoy absolutamente persuadido de que con las calificaciones requeridas, y con perseverancia, el éxito en la Abogacía es seguro. Puede ser retrasado o precipitado por las circunstancias, pero no puede ser finalmente afectado. Tienes derecho a contar con tus amigos para que no falten oportunidades cuando estés maduro para ellas. Me parece que tienes todas las cualidades necesarias para la Abogacía; y puedes contar con esa perseverancia que es indispensable, por la razón que he mencionado antes, porque será sostenida por tu experiencia.

—He resuelto —dijo Coningsby—; intentaré conseguir el Gran Sello.

CAPÍTULO IV

Solo en sus habitaciones, ya no bajo la influencia sustentadora de la conversación y el consejo de Sidonia, las sombras de la noche descendiendo y trayendo melancolía al melancólico, toda la excitación de su espíritu se evaporó, el corazón de Coningsby se hundió. Todo dependía ahora de él mismo, y en ese mismo no tenía confianza. ¿Por qué iba a tener éxito? El éxito era el más raro de los resultados. Miles fracasan; unidades triunfan. Y incluso el éxito solo podía ser conducido hacia él por el curso de muchos años. Su carrera, incluso si era próspera, iba ahora a comenzar por el mayor sacrificio que el corazón del hombre podría ser llamado a soportar. Sobre el severo altar de sus fortunas debía inmolar su primer y duradero amor. Antes, tenía una posición peligrosa que ofrecer a Edith; ahora no tenía ninguna. El futuro podría entonces haberlos ayudado; no había combinación que pudiera mejorar su presente. Bajo cualquier circunstancia, debía, después de todos sus pensamientos y estudios, comenzar un nuevo noviciado, y antes de poder entrar en la arena debía pasar años de silenciosa y oscura preparación. Era muy amargo. Levantó la vista, su mirada captó ese dibujo de las torres de Hellingsley que ella le había dado en los días de sus felices corazones. Eso era todo lo que iba a quedar de sus amores. Debía llevarlo a la futura escena de sus trabajos, para recordarle a través de los años de trabajo y rutina, que él también había tenido su novela, había vagado por hermosos jardines y había susurrado en oídos dispuestos los secretos de su pasión. Ese dibujo iba a convertirse en el retablo de su vida.

Coningsby pasó una noche agitada de sueño interrumpido, despertándose a menudo con la conciencia de haber experimentado una gran desgracia, pero con una concepción indefinida de su naturaleza. Se despertó agotado y desanimado. Era un día lúgubre, un crudo viento del noreste que soplaba por los claustros del Albany, en el que la niebla se demoraba, el periódico en su mesa de desayuno, lleno de rumores particulares del testamento de su abuelo, que, por supuesto, había sido debidamente digerido por todos los que

lo conocían. ¡Qué contraste con St. Geneviève! Con la brillante y tonificante mañana de esa alegre Navidad. Esa escena radiante y alegre, y esas personas graciosas y radiantes, parecían otro mundo y orden de seres para el que ahora habitaba, y las personas con las que ahora debía comunicarse. ¡El Gran Sello, en verdad! Era la salvaje excitación de la desesperación, la frenética esperanza que se mezcla inevitablemente con la ruina absoluta, la que sola podía haber inspirado tal alucinación. Su corazón desgarrado lo abandonó. Sus energías no podían reagruparse más. Dio órdenes de que no estaba en casa para nadie; y con su bata y zapatillas, con los pies apoyados en la chimenea, el antes altivo y noble Coningsby se entregó a la desesperación.

El día pasó en un trance oscuro más que en un ensueño. Nada surgía a su conciencia. Era como una partícula de caos; en el mejor de los casos, una entidad vacilante de algún Hades sombrío. Hacia la noche, el viento cambió, la niebla se dispersó, llegó una noche clara y estrellada, vivaz y brillante. Coningsby se reanimó, se vistió y, envolviéndose en su capa, salió. Una vez más en las poderosas calles, rodeado de millones, sus pequeñas penas y fortunas personales asumieron su posición adecuada. Bien le había enseñado Sidonia: ver todo en su relación con el resto. Es el secreto de toda sabiduría. Aquí estaba la más poderosa de las ciudades modernas; la rival incluso de la más célebre de las antiguas. Tanto si heredaba como si perdía fortunas, ¿qué le importaba a la multitud que pasaba? No compartirían su esplendor, ni su lujo, ni su comodidad. Pero una palabra de sus labios, un pensamiento de su cerebro, expresados en el momento adecuado, en el lugar adecuado, podrían cambiar sus corazones, podrían influir en sus pasiones, podrían cambiar sus opiniones, podrían afectar su destino. Nada es grande excepto lo personal. A medida que la civilización avanza, los accidentes de la vida se vuelven cada día menos importantes. El poder del hombre, su grandeza y su gloria, dependen de cualidades esenciales. El cerebro cada día se vuelve más precioso que la sangre. Debes dar a los hombres nuevas ideas, debes enseñarles nuevas palabras, debes modificar sus costumbres, debes cambiar sus leyes, debes arrancar los prejuicios, subvertir las convicciones, si deseas ser grande. La grandeza ya no depende de las rentas, el mundo es demasiado rico; ni de los pedigríes, el mundo es demasiado conocedor.

—La grandeza de esta ciudad destruye mi miseria —dijo Coningsby—, y mi genio conquistará su grandeza.

Esta convicción de poder en medio de la desesperación fue una revelación de fuerza intrínseca. Es, en verdad, la prueba de un espíritu creativo. A partir de ese momento, todos los pequeños temores por un futuro ordinario lo abandonaron. Sintió que debía estar preparado para grandes sacrificios, para sufrimientos infinitos; que debía recaer sobre él una amarga herencia de oscuridad, lucha, envidia y odio, prejuicio vulgar, crítica baja, hostilidades

mezquinas, pero el amanecer rompería, y llegaría la hora en que el himno de bienvenida matutino de su éxito y su fama sonaría y sería repetido.

Regresó a sus habitaciones; tranquilo, resuelto. Durmió el sueño profundo de un hombre sin ansiedad, que no tiene ni esperanza ni temor que persigan sus visiones, sino que está preparado para levantarse al día siguiente recolectado para la gran lucha humana.

Y llegó la mañana. Fresco, vigoroso, no temerario ni precipitado, pero decidido a no perder el tiempo en ociosas meditaciones, Coningsby ya resuelto a abandonar de inmediato su residencia actual, estaba proyectando una visita a algún barrio legal, donde pretendía residir en el futuro, cuando su sirviente le trajo una nota. La letra era femenina. La nota era de Flora. El contenido era breve. Rogaba al señor Coningsby, con gran insistencia, que le hiciera el honor y la bondad de visitarla a la mayor brevedad posible, en el hotel de Brook Street donde residía.

Era una entrevista que Coningsby preferiría haber evitado; sin embargo, le pareció, después de un momento de reflexión, ni justo, ni amable, ni varonil, negarse a su petición. Flora no lo había perjudicado. Era, después de todo, su parienta. ¿Se podía suponer por un momento que envidiaba su suerte? Respondió, por lo tanto, que dentro de una hora la visitaría.

Dentro de una hora, entonces, dos individuos van a ser reunidos cuyo primer encuentro se había celebrado bajo circunstancias muy diferentes. Entonces Coningsby era el patrón, un patrón generoso y espontáneo, de un ser oscuro, casi sin amigos, y hundido bajo una amarga mortificación. Su favor no podía ser menos apreciado porque era el pariente elegido de un poderoso noble. Ese noble ya no existía; su vasta herencia había recaído en la actriz despreciada, incluso despreciada, cuyas emociones sufrientes Coningsby había calmado entonces, y cuya fortuna se había levantado sobre la destrucción de todas sus perspectivas, y el fracaso de todas sus aspiraciones.

Flora estaba sola cuando Coningsby fue conducido a la habitación. La extrema delicadeza de su apariencia se veía aumentada por su profundo luto; y sentada en una silla acolchada, de la que pareció levantarse con esfuerzo, ciertamente presentaba poco del carácter de una afortunada y próspera heredera.

—Es usted muy bueno al venir a verme —dijo, sonriendo débilmente.

Coningsby le extendió la mano afectuosamente, en la que ella colocó la suya, mirando hacia abajo muy avergonzada.

—Tiene una situación agradable aquí —dijo Coningsby, tratando de romper

la primera incomodidad de su encuentro.

—Sí; pero espero no quedarme aquí mucho tiempo.

—¿Se va al extranjero?

—No; espero no abandonar nunca Inglaterra.

Hubo una breve pausa; y luego Flora suspiró y dijo:

—Deseo hablar con usted sobre un tema que me duele; pero del que debo hablar. ¿Usted cree que le he perjudicado?

—Estoy seguro —dijo Coningsby, en tono de gran amabilidad— de que usted no podría perjudicar a nadie.

—Le he robado su herencia.

—No era mía por ningún derecho, legal o moral. Había otros que podrían haber reclamado un derecho igual a ella; y hay muchos que ahora pensarán que usted podría haber preferido uno superior.

—Usted tenía enemigos; yo no era uno. Buscaban beneficiarse a sí mismos perjudicándole a usted. No se han beneficiado a sí mismos; que no digan que al menos le han perjudicado a usted.

—No nos importará lo que digan —dijo Coningsby—; yo puedo sostener mi suerte.

—¡Ojalá pudiera yo sostener la mía! —dijo Flora. Suspiró de nuevo con mirada baja. Luego, levantando la vista avergonzada y sonrojándose profundamente, añadió—: Deseo devolverle esa fortuna de la que inconsciente e involuntariamente le he privado.

—La fortuna es suya, querida Flora, por todo derecho —dijo Coningsby, muy conmovido—; y no hay nadie que desee más fervientemente que contribuya a su felicidad.

—Me está matando —dijo Flora, tristemente; luego, hablando con inusual animación, con un grado de excitación, continuó—: Debo decir lo que siento. Esta fortuna es suya. Soy feliz con la herencia, si usted la recibe generosamente de mí, porque la Providencia me ha hecho el medio de frustrar a sus enemigos. Nunca pensé ser tan feliz como lo seré si usted acepta generosamente esta fortuna, siempre destinada a usted. ¡He vivido entonces para un propósito; no he vivido en vano; le he devuelto algún servicio, por humilde que sea, por toda su bondad conmigo en mi infelicidad!

—Usted es, como siempre la he considerado, la más amable y tierna de corazón de los seres. Pero confunde nuestras posiciones mutuas, mi gentil Flora. La costumbre del mundo no permite tales actos a ninguno de nosotros como el que usted contempla. La fortuna es suya. Se la dejó alguien sobre cuyos afectos usted tenía el mayor derecho. No diré que una herencia tan grande no traiga consigo una responsabilidad alarmante; pero usted no es desigual a ella. Tenga confianza en sí misma. Tiene buen corazón; tiene buen sentido; tiene un ser bien principiado. Su espíritu se elevará con sus fortunas y se mezclará con ellas. Será feliz.

—¿Y usted?

—Pronto aprenderé a encontrar contento, si no felicidad, en otras fuentes —dijo Coningsby—; y las meras riquezas, por muy vastas que fueran, en ningún momento podrían haber asegurado mi felicidad.

—Pero pueden asegurar aquello que trae la felicidad —dijo Flora, hablando con voz entrecortada y sin encontrarse con la mirada de Coningsby—. Tenía usted algunas ideas en la vida que desagradaron a quien ha hecho todo esto; pueden ser, deben ser, afectadas por este fatal capricho. Háble me, porque no puedo hablar, querido señor Coningsby; no me deje creer que yo, que sacrificaría mi vida por su felicidad, soy la causa de tales calamidades.

—Cualquiera que sea mi suerte, repito que puedo sostenerla —dijo Coningsby, con la mejilla escarlata.

—¡Ah! está enojado conmigo —exclamó Flora—; está enojado conmigo —y las lágrimas se deslizaron por su pálida mejilla.

—No, no, no, querida Flora; no tengo otros sentimientos hacia usted que los de afecto y respeto —y Coningsby, muy agitado, acercó su silla a ella y le tomó la mano—. Me siento complacido por estos amables deseos, aunque son totalmente impracticables; pero son testigos de su dulce disposición y su noble espíritu. Nunca existirán entre nosotros, bajo ninguna circunstancia, otros sentimientos que los de parentesco y bondad.

Se levantó como para partir. Cuando ella vio eso, se sobresaltó y pareció reunir todas sus energías.

—Se va —exclamó—, ¡y no he dicho nada, no he dicho nada; y nunca volveré a verle! Déjeme decirle lo que quiero decir. Esta fortuna es suya; debe ser suya. Es una flecha en mi corazón. No crea que hablo por un impulso momentáneo. Me conozco a mí misma. He vivido tan sola, he tenido tan poco que engañarme o ilusionarme, que me conozco a mí misma. Si no me permite hacer justicia, usted decreta mi sentencia. No puedo vivir si mi

existencia es la causa de que todas sus perspectivas se malogren, y los sueños más dulces de su vida sean derrotados. Cuando yo muera, estas riquezas serán suyas; eso no puede impedirlo. Rechace mi oferta presente, y usted sella el destino de esa infeliz Flora cuya frágil vida ha colgado durante años de la memoria de su bondad.

—No debe decir estas palabras, querida Flora; no debe entregarse a estos sentimientos lúgubres. Debe vivir, y debe vivir feliz. Tiene todo encanto y virtud que deberían asegurar la felicidad. Los deberes y los afectos de la existencia caerán en suerte. Será una que siempre me interesará, porque siempre seré su amigo. Me ha conferido uno de los más deliciosos sentimientos, la gratitud, y por eso la bendigo. La veré pronto de nuevo. Tristemente se despidió de ella.

CAPÍTULO V

Aproximadamente una semana después de esta entrevista con Flora, cuando Coningsby una mañana estaba a punto de salir del Albany para visitar algunas habitaciones en el Temple, a las que su atención había sido atraída, hubo un fuerte timbre, un ajetreo en el vestíbulo, y Henry Sydney y Buckhurst fueron conducidos adentro.

Nunca hubo una reunión tan cordial; y sin embargo los rostros de sus amigos eran serios. La verdad es que los párrafos de los periódicos habían circulado por el campo, le habían escrito a Coningsby, y después de una breve demora, él había confirmado sus peores temores. Inmediatamente subieron a la ciudad. Henry Sydney, un hijo menor, podía ofrecer poca simpatía, pero declaró que era su intención también estudiar para abogado, para que no se separaran. Buckhurst, después de muchos abrazos y algunas conversaciones ordinarias, llevó a Coningsby aparte y dijo: Mi querido amigo, no tengo ninguna objeción a que Henry Sydney oiga todo lo que digo, pero aún así estos son temas que a los hombres les gusta discutir en privado. Por supuesto, espero que compartas mi fortuna. Hay suficiente para ambos. Haremos una división exacta.

Había algo en la ferviente resolución de Buckhurst muy adorable y un poco humorístico, justo suficiente para poner a uno de buen humor con la naturaleza humana y la vida. Si había una fortuna en el mundo que Coningsby compartiría, la de Buckhurst habría tenido la preferencia; pero mientras le apretaba la mano, y con una mirada en la que una lágrima y una sonrisa parecían contender por el dominio, indicó suavemente por qué tales arreglos eran, con nuestras costumbres actuales, imposibles.

—Ya veo —dijo Buckhurst, después de un momento de reflexión—; estoy

completamente de acuerdo contigo. La cosa no se puede hacer; y, a decir verdad, una fortuna es un fastidio. Lo que voto es que nosotros tres, de inmediato, tomemos mucho dinero contante y nos alistemos en el servicio austriaco. ¡Por Júpiter! es lo único que se puede hacer.

—Hay algo en eso —dijo Coningsby—. Mientras tanto, supongamos que ustedes dos caminan conmigo hasta el Temple, porque tengo una cita para ver unas habitaciones.

Era un día hermoso, y no fue un paseo nada lúgubre. Aunque los dos amigos habían llegado llenos de indignación contra Lord Monmouth y miserable por su compañero, una vez más en su sociedad, y encontrando poca diferencia en su porte, asumieron inconscientemente su tono habitual. En cuanto a Buckhurst, estaba encantado con el Temple, que visitaba por primera vez. El nombre lo encantaba. Las tumbas en la iglesia lo convencieron de que las Cruzadas eran la única carrera. Él mismo se habría convertido en estudiante de leyes si pudiera haber proseguido sus estudios con armadura de malla. El más tranquilo Henry Sydney se consoló por las desgracias de Coningsby con un proyecto fantástico de pasar él mismo una parte de su vida en medio de estos salones y tribunales, jardines y terrazas, que mantienen en el corazón de una gran ciudad del siglo XIX, gran parte de la grave novela y el pintoresco decoro de nuestras pasadas costumbres. Henry Sydney era optimista; se reconcilió con la desheredación de Coningsby por la convicción de que era una dispensación providencial para convertirlo en Lord Canciller.

Estos fieles amigos permanecieron en la ciudad con Coningsby hasta que se estableció en *Paper Buildings* (Edificios de Papel), y se convirtió en alumno de un célebre alegador especial. Se habrían quedado más tiempo si él mismo no hubiera sugerido que era mejor que se separaran. Parecía una catástrofe terrible después de todas las visiones de sus días de infancia, sus sueños universitarios y sus deslumbrantes aventuras en el mundo.

—Y este es el final de Coningsby, el brillante Coningsby, al que todos queríamos, que iba a ser nuestro líder —dijo Buckhurst a Lord Henry cuando lo dejaron—. Bueno, pase lo que pase, la vida ha perdido algo de su brillo.

—Lo principal ahora —dijo Lord Henry— es mantener la cadena de nuestra amistad. Debemos escribirle muy a menudo, y tratar de estar juntos con frecuencia. Es terrible pensar que en los caminos de la vida nuestros corazones puedan llegar a distanciarse. Nunca me he sentido más desdichado que en este momento, y sin embargo tengo fe en que no lo perderemos.

—Amén —dijo Buckhurst—; pero siento que mi plan del servicio austriaco era, después de todo, lo único. El Continente ofrece una carrera. Podría haber

sido primer ministro; varios extranjeros lo han sido; y en cuanto a la guerra, mira a Brown y Laudohn, y a otros cincuenta. Yo tenía muchas más posibilidades de ser mariscal de campo que él de ser Lord Canciller.

—Me siento bastante convencido de que Coningsby será Lord Canciller —dijo Henry Sydney, gravemente.

Este cambio de vida para Coningsby fue una gran revolución social. Fue repentina y completa. Dentro de un mes después de la muerte de su abuelo, su nombre había sido borrado de todos sus clubes de moda, y sus caballos y carruajes vendidos, y se había convertido en estudiante del Temple. Se dedicó por completo a su nueva ocupación. Su ser estaba completamente absorbido en ella. No había nada que rondara su mente; ninguna escena o sensación de vida no experimentada que distrajera su inteligencia. Un pensamiento sagrado, sin embargo, permanecía, encerrado en el santuario más íntimo de su corazón y su conciencia. Pero era una tradición, ya no una esperanza. En el momento en que se había recuperado bastante del primer golpe del testamento de su abuelo, había claramente determinado las consecuencias para sí mismo, y había resuelto el curso a seguir, se había comunicado sin reservas con Oswald Millbank, y había renunciado a esas pretensiones a la mano de su hermana que no correspondía a un desposeído.

Su carta fue respondida en persona. Millbank se encontró con Henry Sydney y Buckhurst en las habitaciones de Coningsby. Una vez más estaban los cuatro juntos; pero bajo qué circunstancias diferentes, y con qué perspectivas diferentes de las que acompañaron su separación en Eton. A solas con Coningsby, Millbank le dijo cosas que las cartas no podían transmitir. Le llevó toda la simpatía y devoción de Edith; pero no se ocultaron que, en ese momento y en el estado actual de los asuntos, todo era desesperado. De ninguna manera se permitió Coningsby insinuar a Oswald la causa de su desheredación. Era, por supuesto, silencioso sobre ella con sus otros amigos; ya que cualquier comunicación de ese tipo debía haber tocado un tema que estaba consagrado en lo más íntimo de su alma.

CAPÍTULO VI

El estado de los partidos políticos en Inglaterra en la primavera de 1841 ofrecía un contraste más notable con su condición en el período conmemorado en el primer capítulo de esta obra. Las banderas del campamento Conservador en ese momento se cernían sobre las fuerzas Whig, como la anfitriona normanda que se reunía en la costa de Sussex. Los Whig aún no estaban conquistados, pero estaban condenados; y ellos mismos lo sabían. El error cometido por los líderes Conservadores al no retener el cargo en 1839; y, ya sea que consideremos su conducta bajo una luz nacional y

constitucional, o como una mera cuestión de táctica política y prudencia partidista, fue sin duda un gran error; había infundido en el cuerpo de la autoridad Whig una especie de acción galvánica que solo los superficiales podían confundir con vitalidad. Incluso para formar una base para sus futuras operaciones, después de la coyuntura de 1839, los Whig se vieron obligados a hacer una nueva incursión en los ingresos, cuya creciente debilidad estaba ahora llamando la atención y provocando alarma pública. Estaba claro que la catástrofe del gobierno sería financiera.

Bajo todas las circunstancias del caso, la conducta del Gabinete Whig, en sus proposiciones finales, no puede describirse como deficiente ni en audacia ni en prudencia. La política que recomendaron era en sí misma una política sagaz y enérgica; pero erraron al suponer que, en el momento en que se presentó, cualquier medida promovida por los Whig podría haber obtenido un favor general en el país. Se sabía que los Whig eran débiles; se les consideraba tramposos. El país sabía que se enfrentaban a un poderoso partido; y aunque ciertamente nunca hubo ninguna autoridad para la creencia, el país creía que ese poderoso partido estaba influenciado por grandes principios; tenía a la vista una política definida y nacional; y aseguraría a Inglaterra, en lugar de una administración débil y opiniones fluctuantes, energía y un credo.

El efecto futuro de las proposiciones Whig del 41 no será perjudicial para ese partido, incluso si en el intervalo se apropian por partes, como probablemente será el caso, por sus sucesores Conservadores. Pero por el momento, y en la situación en que se encontraba el partido Whig, era imposible haber ideado medidas más conducentes a su precipitada caída. Grandes intereses fueron amenazados por un gobierno débil. La consecuencia fue inevitable. Tadpole y Taper lo vieron en un instante. Olfatearon el aire faccioso y sintieron la tormenta que se avecinaba. A pesar de la extrema congenialidad de estos dignos, había un poco de celos latentes entre ellos. Tadpole adoraba el Registro Electoral; Taper adoraba un grito de guerra. Tadpole siempre sostenía que era la limpieza de las listas electorales lo que solo podía ganar la batalla; Taper, por el contrario, fiel a las antiguas tradiciones, siempre opinaba que el juego debía ser ganado finalmente por la protesta popular. Siempre parecía tan imposible que el partido Conservador pudiera ser alguna vez popular; la extrema gracia y popularidad personal de los líderes no siendo suficientemente aparentes para ser consideradas un contrapeso adecuado al inveterado odio que se atribuía a sus opiniones; que la filosofía de Tadpole era la creencia favorecida en los altos lugares; y Taper había recibido más de un rapapolvo por maniobrar demasiado activamente contra la *New Poor-law* (Nueva Ley de Pobres), y por contratar a varios muchachos con linternas para que vocearan el nombre de una dama muy agraviada en el Parque cuando la Corte prorrogaba el Parlamento.

Y ahora, después de todo, en 1841, parecía que Taper tenía razón. Había una gran protesta en todos los frentes, y la protesta era contra los liberales y a favor de los principios Conservadores. Lo que los comerciantes de madera canadienses entendían por principios Conservadores no es difícil de adivinar; o los plantadores de las Indias Occidentales. Estaba bastante claro en las plataformas electorales lo que los escuderos y granjeros, y sus seguidores, entendían por principios Conservadores. Lo que ellos entienden por principios Conservadores ahora es otra cuestión: y si los principios Conservadores significan algo más que una perpetuación de arreglos fiscales, algunos de ellos impolíticos, ninguno de ellos importantes. Pero no importa lo que diferentes cuerpos de hombres entendieran por la consigna en la que todos se unían, la consigna existía. Taper venció a Tadpole; y el gran partido Conservador venció a los destrozados y exhaustos liberales.

A pesar de la abstracción de sus estudios legales, Coningsby no podía ser del todo insensible a la crisis política. En el mundo político, por supuesto, nunca se mezclaba, pero los amigos de su infancia estaban profundamente interesados en los asuntos, y no perdían oportunidad que él les permitiera de cultivar su sociedad. Su compañía ocasional, una visita de vez en cuando a Sidonia, y una llamada a veces a Flora, que vivía en Richmond, comprendían sus relaciones sociales. Sus conocidos en general no lo abandonaron, pero estaba fuera de la vista, y no deseaba que lo recordaran. El señor Ormsby lo invitaba a cenar, y ocasionalmente se lamentaba de su destino en la ventana saledizа de White's; mientras que Lord Eskdale incluso iba a verlo al Temple, se interesaba en su progreso, y decía, con una mirada alentadora, que cuando fuera llamado al colegio de abogados, todos sus amigos debían unirse y preparar el terreno. Coningsby se había encontrado una vez con el señor Rigby, que paseaba con el Duque de Agincourt, razón por la cual probablemente no pudo notar a un abogado. El señor Rigby ignoró a Coningsby.

Lord Eskdale había obtenido de Villebecque detalles precisos sobre la causa de que Coningsby fuera desheredado. Nuestro héroe, si uno en tan caídas fortunas puede ser descrito aún como héroe, había mencionado a Lord Eskdale su pesar de que su abuelo hubiera muerto enojado con él; pero Lord Eskdale, sin detenerse en el tema, le había asegurado que tenía razones para creer que si Lord Monmouth hubiera vivido, los asuntos habrían sido diferentes. Había alterado la disposición de su propiedad en un momento de gran irritación y excitación general; y había sido demasiado indolente, quizás realmente demasiado indispuesto, lo que nunca quiso admitir, para volver a un arreglo más tranquilo y equitativo. Lord Eskdale había sido más franco con Sidonia, y le había contado todo sobre la negativa a convertirse en candidato para Darlford contra el señor Millbank; la comunicación de Rigby a Lord Monmouth, sobre la presencia de Oswald Millbank en el castillo, y el

amor de Coningsby por su hermana; todos estos detalles, proporcionados por Villebecque a Lord Eskdale, habían sido verdaderamente transferidos por ese noble a su co-albacea; y Sidonia, cuando los hubo digerido suficientemente, había puesto a Lady Wallinger al corriente de toda la historia.

La disolución del Parlamento Whig por los Whig, cuyo proyecto había llegado a Lord Monmouth un año antes, y sin embargo en el que nadie creía hasta el último momento, finalmente tuvo lugar. Todo el mundo estaba disperso en el corazón de la temporada, y nuestro solitario estudiante del Temple, en sus solitarias habitaciones, a pesar de todos sus esfuerzos, encontraba su mirada vagar sobre las páginas de Tidd y Chitty mientras recordaba que el gran evento al que tanto había mirado estaba ahora ocurriendo, y él, después de todo, no era actor en el poderoso drama. Iba a haber sido la época de su vida; cuando iba a encontrarse en esa orgullosa posición para la que todos los estudios, meditaciones y altos impulsos de su naturaleza lo estaban preparando. Era una prueba dura para un hombre. Cada uno de sus amigos y viejos compañeros eran candidatos, y con perspectivas optimistas. Lord Henry estaba seguro de una división de su condado; Buckhurst arengaba a un gran *borough* agrícola en sus cercanías; Eustace Lyle y Vere estaban en coalición por una ciudad de Yorkshire; y Oswald Millbank solicitaba los sufragios de una importante circunscripción manufacturera. Enviaron sus discursos a Coningsby. Estaba profundamente interesado mientras rastreaba en ellos la influencia de su propia mente; a menudo reconocía las mismas expresiones a las que los había habituado. En medio de la confusión de una elección general, ningún crítico desapasionado tenía tiempo para examinar el lenguaje de un discurso a una circunscripción aislada; sin embargo, un especulador inteligente sobre los movimientos de los partidos políticos podría haber detectado en estas declaraciones públicas cierta indicación de nuevas visiones, y de un tono de sentimiento político que ha estado desafortunadamente demasiado ausente durante mucho tiempo de la vida pública de este país.

Era el final de un bochornoso día de julio, el último rayo del sol cayendo sobre Pall Mall, abrasadora de polvo; había una multitud alrededor de las puertas de los clubes Carlton y Reform, y de vez en cuando llegaba un expreso con el boletín agitador de una nueva derrota o un nuevo triunfo. Coningsby caminaba por Pall Mall. Iba a cenar al Club Oxford y Cambridge, el único club en cuya lista había conservado su nombre, para poder tener ocasionalmente el placer de encontrar a un amigo de Eton o Cambridge sin la molestia de encontrarse con ninguno de sus antiguos conocidos de la moda. Se topó en su camino con el señor Tadpole y el señor Taper, a quienes conocía a ambos. Este último no lo notó, pero el señor Tadpole, más bonachón, le concedió un brusco movimiento de cabeza, no exento de una leve expresión de grosera lástima.

Coningsby ordenó su cena, y luego tomó los periódicos de la tarde, donde se enteró del regreso de Vere y Lyle; y leyó un discurso de Buckhurst denunciando la Constitución Veneciana, para asombro de varios miles de personas, aparentemente no poco aterrorizadas por este peligro desconocido, ahora presentado por primera vez a su atención. Siendo verdaderos ingleses, estaban todos contra el oponente de Buckhurst, que era del partido Veneciano, y que terminó desafiando a Buckhurst por sus ataques personales.

Coningsby había cenado y estaba leyendo en la biblioteca, cuando un camarero trajo una tercera edición del *Sun*, con boletines electorales de los distritos manufactureros hasta la hora más reciente. Algunas letras grandes que expresaban el nombre de Darlford captaron su atención. Parecía haber gran excitación en ese *borough*; habían ocurrido procedimientos extraños. La columna estaba encabezada: ¡Asunto Extraordinario! ¡Retirada del Candidato Liberal! ¡Dos Candidatos Tory en el campo!

Su ojeada recorrió un animado discurso del señor Millbank, su semblante cambió, su corazón palpitó. El señor Millbank había renunciado a la representación de la ciudad, pero no por debilidad; sus ocupaciones exigían su presencia; se le había pedido que dejara que su hijo ocupara su lugar, pero su hijo estaba provisto de otro modo; siempre tomaría un profundo interés en la ciudad y el comercio de Darlford; esperaba que el vínculo entre el *borough* y Hellingsley fuera siempre atesorado; fuertes vítores; deseaba, al despedirse de ellos, dar un paso que conciliara a todos los partidos, pusiera fin a los fervores locales y las contenciones facciosas, y asegurara a la ciudad un representante capaz y digno. Por estas razones, rogaba proponerles a un caballero que llevaba un nombre que muchos de ellos honraban mucho; por su parte, conocía al individuo, y era su firme opinión que, ya sea por sus talentos, su carácter o la antigua conexión de su familia con el distrito, no podía proponer un candidato más digno de su confianza que HARRY CONINGSBY.

Esta proposición fue recibida con ese salvaje entusiasmo que ocasionalmente estalla en las comunidades más civilizadas. La contienda entre Millbank y Rigby estaba igualmente equilibrada, ninguno de los partidos tenía demasiada confianza. Los Conservadores no eran particularmente celosos en nombre de su campeón; ya no había Marqués de Monmouth ni Castillo de Coningsby que lo respaldara; luchaba por sus propios recursos, y era un caballo vencido. A los Liberales no les gustaba la perspectiva de una derrota, y temían la mortificación del triunfo de Rigby. A los hombres moderados, que pensaban más en las circunstancias locales que en las políticas, les gustaba el nombre de Coningsby. El señor Millbank había preparado hábilmente a sus principales partidarios para la sustitución. Algunos rasgos del carácter y la conducta de Coningsby se habían hecho circular hábilmente.

Así, hubo una combinación de muchas causas favorables a su favor. En media hora, su imagen estaba grabada en el cerebro de cada habitante del *borough* como un joven interesante y consumado, que había sido agraviado y que merecía ser recompensado. Se susurró que Rigby era su enemigo. Magog Wrath y su turba ofrecieron al comité del señor Millbank arrojar al señor Rigby al río, o quemar su hotel, en caso de que fuera lo suficientemente prudente como para no aparecer. El señor Rigby decidió luchar hasta el final. Todas sus esperanzas estaban ahora puestas en el resultado exitoso de esta contienda. Sería imposible que, si fuera devuelto, sus amigos pudieran negarle un alto cargo. La totalidad de la reducida herencia de Lord Monmouth se dedicaba a este fin. La tercera edición del *Sun* dejó al señor Rigby en vano intentando dirigirse a una populacho enfurecido.

Aquí había una revolución en las fortunas de nuestro desamparado Coningsby. Cuando su abuelo envió a buscarlo por primera vez a Monmouth House, su destino no estaba al borde de mayores vicisitudes. Se levantó de su asiento y se sorprendió de que todos los silenciosos caballeros que lo rodeaban no notaran su agitación. No había ningún individuo allí que conociera. Era casi la una de la madrugada, y al día siguiente el casi inconsciente candidato iba a ir a las urnas. En un tumulto de emoción suprimida, Coningsby regresó a sus habitaciones. Encontró una carta en su buzón de Oswald Millbank, que había estado dos veces en el Temple. Oswald había sido devuelto sin contienda, y había llegado a Darlford a tiempo para oír la nominación de Coningsby. Partió inmediatamente a Londres, y dejó en las habitaciones de su amigo una rápida narración de lo que había sucedido, con la noticia de que volvería a verlo a la mañana siguiente a las nueve, cuando debían ir juntos inmediatamente a Darlford para que Coningsby fuera paseado en silla, pues nadie dudaba de su triunfo.

Coningsby no durmió ni un minuto esa noche, y sin embargo cuando se levantó temprano se sintió lo suficientemente fresco para cualquier hazaña, por difícil o arriesgada que fuera. Se sentía como un egipcio cuando el Nilo crece después de que se había desesperado de su elevación. En el nivel más bajo de sus fortunas, había ocurrido un evento que parecía restaurarlo todo. No se atrevía a contemplar el resultado final de todos estos maravillosos cambios. Le bastaba con que, cuando todo parecía oscuro, estuviera a punto de ser devuelto al Parlamento por el padre de Edith, y su rival vencido, que iba a morder el polvo ante él, era el autor de todas sus desgracias. Amor, Venganza, Justicia, el glorioso orgullo de haber actuado correctamente, el triunfante sentido del éxito completo y absoluto, aquí había materiales caóticos de los que finalmente se extrajo el orden; y todo se desvaneció en un abrumador sentimiento de gratitud a esa Providencia que tan señaladamente lo había protegido.

Hubo un golpe en la puerta. Era Oswald. Se abrazaron. Parecía que Oswald estaba tan emocionado como Coningsby. Su ojo brillaba, su actitud era enérgica.

—Debemos hablar de todo durante nuestro viaje. No tenemos ni un minuto que perder.

Durante ese viaje, Coningsby aprendió algo del curso de los asuntos que gradualmente había traído tan singular revolución a su favor. Mencionamos que Sidonia había adquirido un conocimiento profundo de las circunstancias que habían ocasionado y acompañado la desheredación de Coningsby. Esto se lo había contado a Lady Wallinger, primero por carta, luego con más detalle a su llegada a Londres. Lady Wallinger había conferenciado con su esposo. No se sorprendió de la bondad de Coningsby, y simpatizaba con todas sus calamidades. Siempre había sido el favorito de su juicio, y su novela siempre había consistido en mezclar sus destinos con los de su amada Edith. Sir Joseph era un hombre juicioso, que nunca se preocupaba por comprometerse; un poco egoísta, pero bueno, justo y honorable, con algunos impulsos, solo un poco asustado de ellos; pero entonces su esposa intervenía como un ángel y les daba la dirección correcta. Ambos estaban absolutamente impresionados por la admirable conducta de Coningsby, y Lady Wallinger estaba decidida a que su esposo expresara a otros las convicciones que él reconocía en unísono con ella. Sir Joseph habló con el señor Millbank, quien se quedó mirando; pero Sir Joseph habló débilmente. Lady Wallinger transmitió toda esta información, y todas sus impresiones, a Oswald y Edith. El joven Millbank habló con su padre, quien, sin hacer concesiones, escuchó con interés, invectivó contra Lord Monmouth y condenó su testamento.

Después de algún tiempo, el señor Millbank hizo preguntas sobre Coningsby, se interesó por su carrera y, como Lord Eskdale, declaró que cuando fuera llamado al colegio de abogados, sus amigos tendrían la oportunidad de mostrar su sinceridad. Los asuntos permanecieron en este estado hasta que Oswald pensó que las circunstancias estaban suficientemente maduras para instar a su padre sobre el tema. La posición que Oswald había asumido en Millbank le había hecho necesariamente conocedor de los asuntos y la fortuna de su padre. Cuando calculó la vasta riqueza que sabía que estaba al mando de su padre, y recordó a Coningsby en sus humildes habitaciones, afanándose después de todos sus nobles esfuerzos sin resultados, y a su hermana consumiéndose en una soledad provinciana, Oswald comenzó a maldecir la riqueza, y a preguntarse cuál era el uso de toda su maravillosa industria y habilidad sobrenatural. Se dirigió a su padre con esa irresistible franqueza que solo una fuerte fe puede inspirar. ¿Cuáles son los objetos de la riqueza, si no para bendecir a aquellos que poseen nuestros corazones? La única hija, el amigo a quien el único hijo debía su vida, aquí hay dos seres

seguramente a los que uno se preocuparía por bendecir, y ambos son infelices. El señor Millbank escuchó sin prejuicios, porque ya estaba convencido. Pero sentía algún interés en la conducta presente de Coningsby. Un Coningsby trabajando para ganarse el pan era un incidente novedoso para él. Deseaba asegurarse de su autenticidad. Estaba resuelto a convencerse del hecho. Y quizás habría continuado aún por algún tiempo, y observado el progreso del experimento, ya interesado y encantado por lo que le había llegado, si la disolución no hubiera llevado los asuntos a una crisis. La miseria de Oswald por la posición de Coningsby, la silenciosa tristeza de Edith, su propia convicción, que le aseguraba que no podía hacer nada más sabio o mejor que tomar a este joven en su corazón, hicieron que el señor Millbank, que era después de todo una criatura del impulso, decidiera repentinamente, y decidiera correctamente. Sin hacer una sola concesión a todas las representaciones de su hijo, el señor Millbank en un momento hizo todo lo que su hijo podría haberse atrevido a desear.

Esta es una información muy imperfecta y cruda de lo que había ocurrido en Millbank y Hellingsley; sin embargo, transmite un débil esbozo de la encantadora noticia que Oswald comunicó a Coningsby durante su rápido viaje. Cuando llegaron a Birmingham, encontraron a un mensajero y un despacho, informando a Coningsby de que al mediodía, en Darlford, estaba a la cabeza de la votación por una mayoría abrumadora, y que el señor Rigby había dimitido. Sin embargo, se le rogó que permaneciera en Birmingham, ya que no deseaban que entrara en Darlford, excepto para ser paseado en silla, así que debía llegar allí por la mañana. En Birmingham, por lo tanto, se quedaron.

Había que hablar de la elección de Oswald además de la de Coningsby. Apenas habían tenido tiempo para esto. Ahora ambos eran Miembros del Parlamento. Los hombres deben haber estado juntos en la escuela para disfrutar de verdadera diversión al encontrarse así y realizar los sueños de la infancia. A menudo, años atrás, habían hablado de estas cosas y asumido estos resultados; pero esas eran palabras y sueños, estos eran hechos positivos; después de algunas dudas y luchas, en la frescura de su juventud, Oswald Millbank y Harry Coningsby eran miembros del Parlamento británico; personajes públicos, agentes responsables, con una carrera.

Esta tarde, en Birmingham, fue una tarde tan feliz como la que suele caer en suerte al hombre. Ambos compañeros estaban trabajando bajo ese grado de excitación que es necesario para la felicidad. Tenían suficiente de qué hablar. Edith ya no era un tema prohibido o doloroso. Había un éxtasis en su nuevo encuentro bajo tales circunstancias. Luego estaban sus amigos; ese querido Buckhurst, que acababa de ser desafiado por calificar a su oponente de veneciano, y todos sus compañeros de los primeros días. ¡Qué cambio tan

repentino y maravilloso en todos sus destinos! La vida era una pantomima; se agitó la varita, y parecía que los compañeros de escuela se habían convertido de repente en elementos de poder, resortes de la gran máquina.

Llegó un tren; inquietos, salieron a buscar diversión en la dispersión de los pasajeros. Coningsby y Millbank, con esa mirada, un poco inquisitiva, incluso impertinente, si debemos confesarlo, con la que uno saluda a un extraño cuando emerge de un transporte público, estaban holgazaneando en el andén. El tren llegó; se detuvo; las puertas se abrieron de par en par, y de una de ellas emergió el señor Rigby. Coningsby, que había cenado, sintió una gran tentación de quitarse el sombrero y hacerle una reverencia, pero se abstuvo. Sus ojos se encontraron. Rigby estaba muerto. Estaba evidentemente acabado; un hombre sin recursos; la vista de Coningsby fue su último golpe; se había encontrado con su destino.

—Mi querido amigo —dijo Coningsby—, recuerdo que quise que cenaras con mi abuelo en el *Montem*, y ese tipo no quiso invitarte. ¡Así es la vida!

A eso de las once de la mañana siguiente llegaron a la estación de Darlford. Allí fueron recibidos por una ansiosa delegación, que recibió a Coningsby como si fuera un profeta, y lo condujo a un coche cubierto de raso y cintas azules, y tirado por seis hermosos caballos grises, enjaezados con sus colores, y montados por postillones, cuyos látigos eran azules y blancos. Sonaba música triunfante; las banderas ondeaban; la multitud estaba ordenada; los masones, a la primera oportunidad, se unieron a la procesión; los *Odd Fellows* (Hermanos Raros) se unieron en la esquina más cercana. Precedido y seguido por miles, con banderas ondeando, trompetas sonando e incesantes vítores, banderas y pañuelos ondeando desde cada ventana, y cada balcón lleno de damas y doncellas adornadas con sus colores, Coningsby fue llevado a través del entusiasta Darlford como Paulo Emilio regresando de Macedonia. Descubierto, todavía de riguroso luto, su hermosa figura, su porte grácil y su inteligente frente, ganaron de inmediato todos los corazones femeninos.

La singularidad era que todos opinaban lo mismo: todos lo vitoreaban, cada casa estaba adornada con sus colores. Su regreso triunfal no era una cuestión de partido. Magog Wrath y Bully Bluck caminaban juntos como corderos al frente de su procesión.

El coche se detuvo ante el hotel principal de la Calle Mayor. Era el comité del señor Millbank. La ancha calle estaba tan llena que, como todos declararon, se podría haber caminado sobre las cabezas de la gente. Cada ventana estaba llena; los mismos tejados estaban poblados. El coche se detuvo y la multitud dio tres vítores por el señor Millbank. Su antiguo miembro, rodeado de sus amigos, estaba en el balcón, que estaba equipado con los colores de

Coningsby, y llevaba su nombre en las colgaduras en letras gigantes formadas por dalias. La mirada brillante e inquisitiva de Coningsby captó la forma de Edith, que estaba apoyada en el brazo de su padre.

La plataforma electoral estaba frente al hotel, y aquí, después de un rato, llevaron a Coningsby y, saliendo de su coche, ocupó su puesto para dirigirse, por primera vez, a una asamblea pública. Por muy ansiosa que estuviera la gente por oírlo, pasó mucho tiempo antes de que su entusiasmo pudiera calmarse en silencio. Finalmente, ese silencio fue profundo y absoluto. Habló; sus tonos poderosos y ricos llegaron a todos los oídos. En cinco minutos, todos miraron a su vecino y, sin hablar, convinieron en que nunca se había oído nada parecido en Darlford antes.

Se dirigió a ellos durante un tiempo considerable, porque tenía mucho que decir; no solo para expresar su gratitud por la forma sin precedentes en que se había convertido en su representante, y por el espíritu con que lo habían recibido, sino que tenía que ofrecerles una no mezquina exposición de los puntos de vista y opiniones del miembro al que habían elegido con tanta confianza, incluso sin una declaración formal de sus sentimientos.

Lo hizo con tanta claridad, y de una manera tan precisa y popular, que la profunda atención de la multitud nunca vaciló. Sus vívidas ilustraciones los mantuvieron a menudo en continua alegría. Pero cuando, hacia su conclusión, dibujó algún cuadro de lo que esperaba que pudiera ser el carácter de su futura y duradera conexión con la ciudad, la vasta multitud se sintió singularmente conmovida. Había muchos presentes en ese momento que, aunque nunca habían visto a Coningsby antes, habrían muerto voluntariamente por él entonces. Coningsby había tocado sus corazones, porque había hablado desde el suyo. Su espíritu los había magnetizado por completo. Darlford creía en Coningsby: y un credo muy bueno.

Y ahora Coningsby fue conducido al hotel de enfrente. Caminó entre la multitud. El progreso fue lento, ya que todos querían estrecharle la mano. Sus amigos, sin embargo, finalmente lo pusieron a salvo. Subió las escaleras de un salto; fue recibido por el señor Millbank, que lo recibió con la mayor cordialidad y le ofreció sus sinceras felicitaciones.

—A usted, querido señor, le debo todo esto —dijo Coningsby.

—No —dijo el señor Millbank—, se lo debe a sus propios altos principios, grandes talentos y buen corazón.

Después de que el antiguo miembro lo hubo presentado a los principales personajes del *borough*, el señor Millbank dijo:

—Creo que ahora debemos darle un poco de descanso al señor Coningsby. Venga conmigo —añadió—, aquí hay alguien que estará muy contenta de verle.

Diciendo esto, llevó a nuestro héroe un poco aparte y, poniendo su brazo en el de Coningsby con gran afecto, abrió la puerta de un apartamento. Allí estaba Edith, radiante de hermosura y resplandeciente de amor. Sus agitados corazones revelaron de un vistazo el tumulto de su alegría. El padre unió sus manos y los bendijo con palabras de ternura.

CAPÍTULO VII

La boda de Coningsby y Edith tuvo lugar a principios de otoño. Se solemnizó en Millbank, y pasaron su primera luna de miel en Hellingsley, que en adelante sería la residencia del miembro por Darlford. La propiedad pasaría a Coningsby después de la muerte del señor Millbank, quien mientras tanto hizo arreglos que permitieron a la recién casada pareja residir en la mansión de una manera digna de sus ocupantes. Todos estos acuerdos, según aseguró el señor Millbank a Coningsby, se efectuaron no solo con la sanción, sino a instancias expresas, de su hijo.

Un evento, sin embargo, ocurrió no mucho después de la boda de Coningsby, que hizo que esta generosa conducta de su suegro ya no fuera necesaria para sus fortunas, aunque nunca olvidó su ejercicio. La gentil e infeliz hija de Lord Monmouth abandonó una escena con la que su espíritu nunca había simpatizado grandemente. Quizás habría permanecido en la vida un poco más de tiempo, si no hubiera sido por esa fatal herencia que perturbó su paz y amargó sus días, persiguiendo su corazón con el recuerdo de que había sido el instrumento inconsciente de perjudicar al único ser que amaba, y embarazándola y abrumándola con deberes ajenos a su experiencia y a su naturaleza. La boda de Coningsby la había afectado mucho, y desde ese día pareció declinar gradualmente. Murió hacia el final del otoño, y, a sujeta a una amplia anualidad para Villebecque, legó toda su fortuna al esposo de Edith. Por muy gratificante que fuera para él presentar tal herencia a su esposa, no fue sin una punzada que recibió la noticia de la muerte de Flora. Edith simpatizó con sus cariñosos sentimientos, y erigieron un monumento a su memoria en los jardines de Hellingsley.

Coningsby pasó su siguiente Navidad en su propia mansión con su hermosa y talentosa esposa a su lado, y rodeado por los amigos de su corazón y de su juventud.

Ahora están en el umbral de la vida pública. Están atados, pero en un momento serán soltados. ¿Cuál será su destino? ¿Mantendrán en augustas

asambleas y altos lugares las grandes verdades que, en el estudio y en la soledad, han abrazado? ¿O su valor se agotará en la lucha, su entusiasmo se evaporará ante la burla de corazón vacío, sus generosos impulsos cederán con una vulgar catástrofe a las vulgares tentaciones de una baja ambición? ¿Su hábil inteligencia se convertirá en la hábil herramienta de un partido corrupto? ¿La Vanidad confundirá sus fortunas, o los Celos marchitarán sus simpatías? ¿O permanecerán valientes, solitarios y verdaderos; se negarán a inclinarse ante sombras y adorar frases; sensibles a la grandeza de su posición, reconocerán la grandeza de sus deberes; denunciarán a un mundo perplejo y desanimado las frías teorías de una era generalizadora que han destruido la individualidad del hombre, y restaurarán la felicidad de su país creyendo en sus propias energías, y atreviéndose a ser grandes?

FIN DEL LIBRO IX

Glosario de Términos de *Coningsby* (Contexto 1830-1840)

Glosario de Términos Políticos, Sociales e Históricos de la Inglaterra de la década de 1830-1840, basado en su uso dentro de la novela *Coningsby* de Benjamin Disraeli.

Las complejidades de traducir *Coningsby* de Benjamin Disraeli

No es que el libro sea "imposible" de traducir, sino que presenta desafíos tan específicos que ninguna editorial española o latinoamericana ha querido asumir el riesgo.

I. Las particularidades del estilo de Disraeli

1. La ironía política constante

Disraeli escribe con un **doble filo permanente**. Cada frase aparentemente neutral contiene una burla, un sarcasmo o una crítica velada. El problema es que esta ironía se basa en un conocimiento profundo de la política británica de la época.

Ejemplo del texto:

"The Arch-Mediocrity who presided, rather than governed, over this Cabinet of Mediocrities"

En inglés, "Mediocrity" no es solo "mediocridad", sino que Disraeli lo usa como un **título nobiliario falso**. Es como si llamara a alguien "Lord Mediocre". En español, perder esa dimensión es casi inevitable.

2. El uso de arcaísmos y tecnicismos escolares

Disraeli utiliza términos que ya eran arcaicos en su época (como "wight" o "remove") para crear una atmósfera de tradición y elitismo. Estos términos no tienen equivalente en español porque pertenecen a la historia institucional de Inglaterra.

3. La sintaxis latinizante

Disraeli construye frases larguísimas, con múltiples incisos, imitando el latín clásico. Esto es deliberado: quiere sonar como un estadista romano. En español, esas frases resultan enrevesadas y agotadoras.

Ejemplo del texto (Libro II, Capítulo I):

"La consecuencia de destruir la legítima Oposición del país fue que una mitad de los partidarios del Gobierno tenía que desempeñar los deberes de la Oposición."

Esta frase, aunque larga, es clara. Pero hay otras mucho más complejas.

4. El humor de "código cerrado"

Muchas bromas de Disraeli son incomprensibles sin conocer los chismes políticos de la década de 1830. Por ejemplo, cuando se burla de "los amigos de la juventud de Su Majestad" (refiriéndose a las damas de compañía de la reina Victoria), el lector moderno, incluso inglés, necesita una nota al pie.

II. Las complejidades históricas y culturales

1. El sistema político británico no tiene equivalente

2. Las referencias a instituciones que ya no existen

- El "**Montem**" de Eton era una ceremonia trienal que dejó de celebrarse en 1847.
- Los "**pocket boroughs**" y "**rotten boroughs**" fueron abolidos en 1832.
- La "**Cámara de los Lores**" como poder independiente ya no existe desde 1911.

Traducir estas referencias requiere **notas explicativas constantes**, lo que hace que el libro sea más un documento histórico que una novela.

3. Los dialectos y acentos

Disraeli representa fonéticamente el acento de Lancashire (noroeste de Inglaterra) en personajes como el crítico que dice "art" por "heart". ¿Cómo se traduce eso al español? ¿Con acento andaluz? ¿Extremeño? Cualquier opción sería artificial.

III. ¿Por qué no se ha traducido oficialmente al español?

Esta es la pregunta clave. Aquí hay varias razones:

1. Disraeli es un autor "menor" en el canon inglés

Aunque fue Primer Ministro y una figura histórica enorme, como novelista está muy por detrás de Dickens, Thackeray, las Brontë o George Eliot. Las editoriales prefieren traducir lo que vende seguro.

2. *Coningsby* es la menos popular de sus novelas

Disraeli escribió tres novelas políticas principales:

- *Coningsby* (1844)
- *Sybil* (1845)
- *Tancred* (1847)

Sybil es la más famosa porque trata directamente sobre la "Cuestión de la Condición de Inglaterra" y la pobreza. *Coningsby*, en cambio, es una novela de **intrigas de partido**, mucho más críptica y menos accesible.

3. El público hispanohablante desconoce el contexto

Para entender *Coningsby* hay que saber:

- Quiénes eran Lord Grey, Lord Melbourne, Sir Robert Peel, el Duque de Wellington.
- Qué fue el Reform Bill de 1832.
- Qué eran los "pocket boroughs".
- Por qué importaba la "Cuestión Irlandesa".
- Quién era O'Connell.

Sin ese contexto, la novela es incomprensible. Una editorial tendría que añadir un **aparato crítico enorme** (introducción, notas, glosario,

cronología), lo que encarece la edición.

4. Existe una traducción antigua (pero incompleta)

En el propio archivo que usted me ha proporcionado, hay una **"Nota del Editor"** que explica que esta es una edición inglesa. Pero existen traducciones españolas del siglo XIX (por ejemplo, una de 1868 titulada *Coningsby o la nueva generación*), pero son traducciones **muy libres**, que omiten pasajes enteros y simplifican el lenguaje. No son "oficiales" en el sentido moderno.

5. El estilo de Disraeli es "intraducible" en el sentido más fuerte

No es que no se pueda traducir, sino que cualquier traducción será **una traición**. La ironía, los juegos de palabras, los arcaísmos, las referencias crípticas... todo eso se pierde. Un traductor profesional tendría que decidir constantemente entre:

- **Literalidad** (el lector no entiende nada)
- **Adaptación** (se pierde el estilo original)
- **Sobreexplicación** (el libro se llena de notas al pie)

Ninguna de estas opciones es buena para una novela que aspira a ser leída por placer.

IV. Comparación con otras traducciones complejas

Para que se haga una idea, el desafío de traducir *Coningsby* es similar al de traducir:

Pero con una diferencia: Shakespeare y Cervantes se traducen porque son **genios universales**. Disraeli, siendo importante para la historia de Inglaterra, no lo es para la literatura universal.

V. Conclusión: ¿Merece la pena traducir *Coningsby*?

Desde un punto de vista comercial: No. Las ventas serían muy bajas.

Desde un punto de vista académico: Sí. Sería un gran proyecto para un historiador o un filólogo interesado en el siglo XIX británico.

Desde un punto de vista literario: Depende. Si se acepta que la traducción será una "versión" más que una "reproducción", podría hacerse. Pero habría que añadir muchas notas, un glosario extenso y probablemente una

introducción de 50 páginas.